La nave de un millón de años

Poul Anderson

Título original: *The Boat of a Million Years*

Comentario [LT1]:

Contraportada

Anderson, el autor que más premios Hugo ha obtenido en toda la historia de la ciencia ficción, vuelve, tras años de colaboraciones, a expresarse en solitario en la mayor y más ambiciosa de sus novelas. LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS es la historia de un puñado de inmortales en el decurso de las civilizaciones y culturas humanas. Un repaso completo a la Historia y a un posible futuro entre las estrellas. Un hito imprescindible en el desarrollo de la ciencia ficción contemporánea: una novela sofisticada, precisa en el aspecto histórico, inteligente y emotiva, que ofrece una visión panorámica de la Humanidad, del «homo sapiens» y del nuevo «homo inmortalis». LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS es un libro fundamental en la obra de Anderson, un título básico como fueron en su tiempo DUNE de Herbert O FORASTERO EN TIERRA EXTRAÑA de Heinlein.

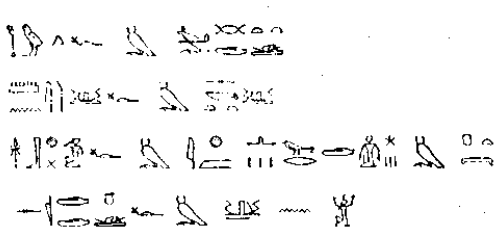
«Un libro inolvidable que tiene a la Humanidad como personaje central, y una aventura que sigue el curso del tiempo. Léalo, disfrútelo, saboréelo... puede ser el mejor libro del año, no de la década.»

JERRY POURNELLE

«Un penetrante repaso al pasado y al futuro de la Humanidad... Nos hace experimentar las pasiones de esos escasos inmortales y maravillarnos de su destino.»

DAVID BRIN

A G. C. y Carmen Edmondson Salud, amor, dinero y tiempo para gustarlos*



Que zarpe en la nave del alba,
que atraque en la nave del ocaso,
que bogue entre los eternos astros,
que viaje en la Nave de un Millón de Años.

El Libro de la Navegación Diurna

(Texto tebano, *circa* dinastía 18.ª)

I
Thule

1

—Navegar más allá del mundo...

La voz de Hanno se perdió en un murmullo. Piteas clavó los ojos en él. En la habitación austera y blanqueada donde estaban, el fenicio relucía como un destello de sol. Quizá se debía al brillo de los ojos y los dientes, o a la tez bronceada aún en invierno. Por lo demás, era un hombre común, esbelto y ágil pero de estatura media, con los rasgos aquilinos, el pelo y la pulcra barba negros como ala de cuervo. Vestía una túnica sencilla, sandalias de suela plana, un único anillo de oro.

—No hablarás en serio —espetó el griego.

Hanno despertó de su ensoñación, sacudió el cuerpo, rió.

—Oh, no. Un tropo, desde luego. Aunque convendrá asegurarnos de antemano de que muchos de tus hombres crean que vivimos en una

* En castellano en d original. (N. del T.)

esfera. Ya tendrán demasiados terrores e inquietudes sin temer una caída al abismo. —Pareces un hombre culto —dijo lentamente Piteas.

—¿Por qué no? He viajado, pero también he estudiado. Y tú amigo, un hombre sabio, un filósofo, propones un viaje a lo desconocido. Por lo visto, tienes esperanzas de regresar. —Cogió una copa de la mesilla que había entre ambos y bebió un sorbo del vino templado que había traído un esclavo.

Piteas se movió inquieto en el taburete. El brasero de carbón caldeaba la habitación. Los pulmones de Piteas anhelaban aire fresco.

—No tan desconocido —aseguró—. Tu gente llega hasta esa distancia. Lykias dice que tú afirmas haber estado allí.

—Le dije la verdad —respondió Hanno con voz seria—. He viajado hacia allá más de una vez, por tierra y por mar. Pero hay muchos lugares agrestes, y muchas cosas están cambiando hoy en día, de modo, imprevisible, aunque habitualmente violento. A los cartagineses sólo les interesa el estaño y dan poca importancia a lo demás. Sólo llegan al extremo sur de las islas Británicas. El resto escapa a su conocimiento, y al de todo hombre civilizado.

—*No* obstante, deseas acompañarme.

Hanno estudió a su anfitrión antes de responder. Piteas también vestía con gran sencillez. Era alto para ser griego, flaco, de ojos grises, con rasgos marcados bajo la frente amplia. La cara bien rasurada mostraba arrugas profundas, y el pelo castaño y rizado estaba salpicado de canas en las sienes. Ambos se miraron con la intensidad que denotaba fervor, inocencia o tal vez ambas cosas.

—Creo que sí —admitió Hanno con cautela—. Tendremos que hablar más. Sin embargo, a mi manera, como tú a la tuya, deseo aprender todo lo posible acerca de esta tierra y su gente mientras estoy en ella. Cuando tu servidor Lykias recorrió la ciudad buscando posibles asesores, y me enteré, fui a verlo con agrado. —Sonrió de nuevo—. Además, necesito empleo. Esto arrojará buenas ganancias.

—No vamos como mercaderes —explicó Piteas—. Llevaremos mercancías, pero para cambiarlas por lo que necesitemos, no para enriquecernos. No obstante, se nos promete una paga excelente a nuestro regreso.

—¿Acaso la ciudad patrocina la empresa?

—Correcto. Un consorcio de mercaderes. Quieren saber qué posibilidades y riesgos entraña una ruta marítima hacia el septentrión, ahora que los galos vuelven peligrosa la ruta terrestre. No se trata sólo de estaño, ¿entiendes? Tal vez el estaño sea lo menos importante. Ámbar,

pieles, esclavos, todo lo que esas comarcas ofrezcan.—Los galos, vaya. —No era necesario añadir nada más. Habían bajado por las montañas para adueñarse del norte de Italia; muchísimo tiempo atrás resonaron los carros de guerra, destellaron las espadas, ardieron las casas, lobos y cuervos se dieron un festín por toda Europa. Hanno añadió—: Los conozco un poco. Eso sería una ayuda. Pero te recuerdo que esa ruta es mala. Además de ellos, están los cartagineses.

—Lo sé.

Hanno ladeó la cabeza.

—No obstante, organizas esta expedición.

—Para buscar el conocimiento —respondió Piteas en voz baja—. Por fortuna, dos de los patrocinadores son... más inteligentes que la mayoría. Valoran el entendimiento por sí mismo.

—El conocimiento suele rendir frutos inesperados. —Hanno sonrió—. Perdóname. Soy un tosco fenicio. Tú eres hombre de importancia pública. He oído que has heredado dinero, pero que ante todo eres filósofo. Necesitas un navegante en el mar, un guía e intérprete en la costa. Creo que soy la persona indicada.

—¿Qué estás haciendo en Massalia? —preguntó Piteas con voz cortante—. ¿Por qué estás dispuesto a colaborar en algo que no favorece a Cartago?

Hanno se puso serio.

—No soy un traidor, pues no soy cartaginés. Claro que he vivido en Cartago, entre muchos otros lugares. Pero no me entusiasma. Son demasiado puritanos, muy poco influidos por las gracias de Grecia o Persia. Y sus sacrificios humanos... —Se encogió de hombros con una mueca—. Es necio juzgar los actos de la gente. De cualquier modo, insistirán en cometerlos. En cuanto a mí, soy de la Antigua Fenicia, del Oriente. Alejandro destruyó Tiro, y a su muerte las guerras civiles arruinaron esa parte del mundo. Yo busco mi fortuna donde puedo. Soy trotamundos por naturaleza.

—Tendré que conocerte mejor —dijo Piteas, con tono más franco del habitual. ¿Ya se sentía cómodo con ese forastero?

—Por cierto —añadió Hanno, de nuevo jovial—. He pensado cómo demostrarte mis habilidades. En poco tiempo. Comprenderás que es preciso embarcarse pronto, ¿verdad? Preferiblemente al comienzo de la temporada de navegación.

—¿Por los cartagineses?

Hanno asintió con la cabeza.

—Esa nueva guerra en Sicilia los mantendrá ocupados un tiempo. Agátocles de Siracusa es un enemigo más difícil de lo que creen los sufetas cartagineses. No me extrañaría que llevara la lucha a las costas de Cartago.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Piteas, sorprendido.

—He aprendido a prestar atención, y he estado allí hace poco. También en Cartago. Tú sabes que Cartago desalienta todo tráfico extranjero más allí de las Columnas de Heracles, a menudo con métodos que llamaríamos piratería si los emplearan sectores privados. Bien, los sufetas hablan ahora de un bloqueo. Sospecho que si ganan esta guerra, o si a menos logran un empate, quedarán sin recursos durante un tiempo. Pero al final lo harán. Tu expedición tardará por lo menos un par de años, quizá tres, posiblemente más. Cuanto antes zarpes, antes regresarás, siempre que regreses... y note toparás con una patrulla cartaginesa. Después de semejante odisea, sería una lástima terminar en el fondo del mar o en una subasta.

—Tendremos una escolta de navíos de guerra,

Hanno meneó la cabeza.

—Oh, no. Todo buque inferior a una quinquerreme sería inútil, y ese largo casco no sobreviviría en el Atlántico Norte. Amigo, no has visto olas ni tormentas si no has estado allí. Además, ¿cómo llevarás alimentos y agua para tantos remeros? Son voraces como el fuego, y reaprovisionarse no será fácil. Mi tocayo pudo explorar las costas africanas en galeras, pero él se dirigía al sur. Necesitarás buen velamen. Déjame aconsejarte qué naves comprar.

—Alardeas de muchas habilidades —masculló Piteas.

—Bueno, he asistido a muchas escuelas —replicó Hanno.

Hablaron una hora más, y acordaron reunirse de nuevo al día siguiente. Piteas acompañó afuera a su visitante. Se detuvieron un instante en la puerta.

La casa se erguía en un risco sobre la bahía. Al este, allende las murallas de la ciudad, las colinas relucían en el poniente. Las calles de la antigua colonia griega eran ríos de sombra. Voces, pisadas y ruedas enmudecían en el aire quieto y cortante. Sobre las aguas del oeste el sol trazaba un puente contra el cual se perfilaban los mástiles del puerto. Las gaviotas que revoloteaban en el cielo azul recibían el fulgor dorado en las alas.

—Una vista encantadora —murmuró Piteas—. Esta costa ha de ser la más bella del mundo.

Hanno entreabrió los labios como para hablar de otras costas que conocía, pero en cambio dijo:

—Entonces tratemos de que regreses aquí. No será fácil.

2

Tres buques navegaban bajo el claro de luna. Sus capitanes no se atrevían a recalar en Gadeira ni en Tartesos —territorio cartaginés— y de noche se mantenían en alta mar. Los tripulantes murmuraban; pero la navegación nocturna en rutas conocidas no era algo inaudito, y estar en el mismo océano era de una extrañeza que superaba todo lo demás.

Las naves eran similares, de modo que pudieran viajar en convoy. Eran buques mercantes, aunque su cargamento principal eran hombres bien armados y sus provisiones. De manga más angosta que lo habitual, el casco negro se extendía unos treinta metros desde la alta popa, donde estaban los remos gemelos para timonear y se erguía una cabeza de cisne, hasta el tajamar de la proa. En el medio un mástil portaba una gran vela cuadrada y una gavia triangular. A proa había una pequeña camareta, y a popa dos botes de remo, para remolcar la nave en caso de necesidad o para salvar vidas en caso de desesperación. Cada nave alcanzaba un ángulo de maniobra de hasta ochenta grados, despacio y con torpeza; existían aparejos más flexibles, pero menos potentes. Esa noche, con brisa favorable, iban a cinco nudos.

Hanno salió. La cabina que compartían los oficiales era sofocante para una persona de sus hábitos. A menudo dormía en cubierta, junto a los tripulantes que no soportaban el encierro ni el tufo de los compartimentos de abajo.

Arropados en mantas, se acostaban en esteras de paja a lo largo de los macarrones. El aire era frío, y Hanno se envolvió en la clámide. El viento soplaba sobre el mugido de las olas, el crujido de las maderas y los avíos. La nave se mecía, haciendo flexionar los músculos en una danza.

Había una figura a estribor, junto al castillo de proa. Hanno reconoció el perfil de Piteas contra el azogado resplandor de la luna y se le acercó.

—¡Bien! ¡Bien! —saludó—. ¿Tampoco puedes dormir?

—Esperaba ver algo —respondió el griego—. Tendremos pocas noches tan claras, ¿verdad?

Hanno miró hacia el mar. El brillo ondeaba, fulguraba, chispeaba en el agua. La espuma titilaba como un fantasma. Hanno apenas veía los fanales coleados de la verga, pero sí el centelleo y el vaivén de los faroles

de los otros barcos. En las honduras de esa movediza mezcla de luz y de tinieblas se erguía una masa oscura, Iberia.

—Hasta ahora hemos tenido suerte con el tiempo —dijo Hanno. Señaló el goniómetro que Piteas tenía en la mano—. ¿Esa cosa es útil aquí?

—Sería mucho más precisa en la costa. Si tan sólo pudiéramos... Bien, sin duda encontraremos mejores oportunidades. Las Osas estarán más altas en el cielo.

Hanno miró esas constelaciones. El ascenso de la luna las había opacado.

—¿ Qué tratas de medir? —Quiero localizar el Polo Norte celestial con mayor exactitud de lo que se ha hecho hasta ahora. —Piteas señaló—. ¿Ves que las dos estrellas más brillantes de la Osa Menor y el primer astro de la cola forman tres puntas de un cuadrángulo? El Polo es la cuarta. O eso dicen.

—Lo sé. Yo soy tu navegante.

—Disculpa. Lo olvidé en mi entusiasmo. —Piteas rió entre dientes, luego continuó con avidez—. Si esta norma práctica se puede refinar, sería de gran ayuda para los marinos, y más aún para los geógrafos y cosmógrafos. Ya que los dioses no han querido poner una estrella justo en el polo, o razonablemente cerca, debemos apañarnos como podamos.

—Hubo tales estrellas en el pasado —dijo Hanno—. Volverá a haberlas en el futuro.

—¿Qué? —Piteas lo miró intensamente en ese resplandor fantasmal—. ¿Quieres decir que los cielos cambian?

—Con los siglos. —Hanno desechó el comentario con un gesto—. Olvídalo. Como tú, hablé sin pensar. No espero que me creas. Considéralo una patraña de marino.

Piteas se acarició la barbilla.

—A decir verdad —murmuró despacio—, un colega mío que me escribe desde Alejandría, donde está la gran biblioteca, me ha mencionado que algunos documentos insinúan... Se requiere un estudio más profundo. Pero tú, Hanno...

El fenicio sonrió con simpatía.

—A veces acierto por casualidad.

—Eres... singular en muchos aspectos. Me has hablado muy poco de ti. ¿Es «Hanno» tu nombre de nacimiento?

—Cumple su función.

—No pareces tener hogar, familia ni ataduras. —Impulsivamente añadió—: Odio pensar que eres un solitario indefenso.

—Gracias, pero no necesito compasión. —Hanno se apresuró a moderar el tono—. Me juzgas por tus propios sentimientos. ¿Ya echas de menos tu hogar?

—No, no en este viaje con que he soñado durante años —<lijo el griego, e hizo una pausa—. Pero sí tengo raíces, esposa, hijos. Mi hijo mayor está casado. Cuando regrese, tendré nietos. —Sonrió—. Mi hija mayor ya está en edad de casarse. La he dejado a cargo de mi hermano, con aprobación de mi esposa. Sí, quizá también mi pequeña Dánae tenga un pequeño para entonces. —Tiritó, como por efecto del viento—. No tiene caso ponerse nostálgico. Estaremos lejos mucho tiempo.

Hanno se encogió de hombros.

—Y por lo que sé, las mujeres bárbaras son complacientes.

Piteas lo observó en silencio y no dijo nada sobre los varones jóvenes que ya estaban disponibles. Fueran cuales fuesen los gustos de Hanno, no esperaba que el fenicio llegara a intimar con ningún miembro de la expedición. A pesar de su aparente calidez, parecía haber perdido su humanidad.

3

De pronto, como un puñetazo en el vientre, aparecieron los keltoi. Del bosque salieron guerreros altos y bajaron a la playa por la pendiente cubierta de hierba: veinte, cien, doscientos o más. Otros enfilaron hacia los promontorios gemelos que protegían la caleta donde habían anclado las naves.

Los marineros gritaron, abandonaron sus faenas, cogieron las armas y dieron vueltas por la nave. Los soldados que había entre ellos, hoplitas y peltastas, la mayoría de ellos con armadura, se abrieron paso en medio del revuelo para formarse. Yelmos, petos, escudos, espadas y lanzas relucían en la llovizna. Hanno corrió hacia el capitán, Demetrios, le cogió la muñeca y ordenó:

—No inicies las hostilidades. Les encantaría llevarse nuestras cabezas como recuerdo. Trofeos de guerra.

Una sonrisa arisca cruzó de pronto el duro rostro del capitán.

—¿Crees que si nos quedamos quietos nos abrazarán?

—Depende. —Hanno escrutó la penumbra. A su espalda, el sol debía de estar cerca del horizonte. Los árboles formaban una muralla gris detrás

de los atacantes. Los gritos de guerra resaltaban sobre el estruendo del oleaje de la pequeña bahía, resonaban de peñasco en peñasco, ahuyentaban las gaviotas—. Alguien nos vio, quizás hace días y envió un mensaje al resto del clan. Han seguido nuestro curso, amparándose en la arboleda, esperaban que acampáramos en uno de los sitios que usan los cartagineses..., veríamos la leña quemada, los desperdicios, las huellas y nos adentraríamos... —Estaba pensando en voz alta.

—¿Por qué no esperaron a que todos estuviéramos dormidos, excepto los centinelas?

—Deben de temer la oscuridad. Esta comarca no les pertenece... Y así... Un momento... Dame esto... Necesitaría una vara pelada o una rama verde, pero tal vez esto sirva. —Hanno se volvió para coger el estandarte, cuyo portador se resistió insultándolo—. ¡Demetrios, dile que me lo dé! El jefe mercenario vaciló un instante antes de ordenar.

—Dáselo, Kleanthes.

—Bien. Ahora tocad las trompetas y golpead los escudos. Armad un buen alboroto, pero quedaos donde estáis.

El emblema en alto, Hanno avanzó. Caminaba despacio, gravemente, el estandarte en la mano derecha y la espada desenvainada en la mano izquierda. A sus espaldas estalló un clamor de hierro y bronce.

Los cartagineses habían despejado las matas hasta el manantial donde obtenían agua, a la distancia de un estadio ateniense. Habían crecido nuevos matorrales que estorbaban el paso e impedían un avance silencioso. Por lo tanto, la sorpresa total era imposible, y los galos aún no habían iniciado esa embestida tan temida por los hombres civilizados. Individuos y grupos pequeños trotaban en aguerrido tumulto.

Eran hombres corpulentos de tez clara. La mayoría de ellos lucían grandes bigotes; ninguno se había rasurado últimamente. Los que no se trenzaban el pelo lo habían tratado con un material que lo enrojecía y endurecía formando puntas. Pinturas y tatuajes adornaban cuerpos a veces desnudos, a menudo envueltos en una falda de lana teñida —una especie de *himation* primitiva— o con pantalones y quizás una túnica de colores chillones. Las armas eran espadas largas, lanzas, dagas; algunos portaban escudos redondos y unos pocos tenían yelmo.

El gigante que encabezaba la hilera semicircular Usaba un yelmo dorado con cuernos, un collar de bronce en la garganta y brazaletes de oro. Estaba flanqueado por guerreros casi igual de llamativos. Debía de ser el jefe. Hanno avanzó hacia él.

El bullicio que hacían los griegos desconcertó a los bárbaros. Aminoraron la marcha; miraron en torno, acallaron sus gritos y

murmuraron entre ellos. Piteas vio que Hanno iba al encuentro del líder. Oyó trompetazos de cuerno, voces vibrantes. Algunos hombres correteaban transmitiendo órdenes que él no entendía. Los galos se detuvieron, retrocedieron unos pasos, se acuclillaron o se apoyaron en las lanzas, esperando. La llovizna arreció, la luz del día se desvaneció y Piteas sólo pudo ver sombras.

Transcurrió una hora en el crepúsculo y varias fogatas florecieron al pie del bosque.

Hanno regresó. Como una sombra más, atravesó las filas de Demetrios, pasó entre los callados y apiñados marineros, y encontró a Piteas cerca de las naves. No es que estuviera dispuesto a huir, sino que allí el agua arrojaba un resplandor que aclaraba un poco la húmeda penumbra.

—Estamos a salvo —declaró Hanno. Piteas soltó un bufido—. Pero nos espera una noche atareada. Enciende fogatas, levanta tiendas, trae lo mejor de nuestros pobres alimentos y pongámonos a cocinar, aunque nuestros visitantes no se fijarán en la calidad. Para ellos cuenta la cantidad.

Piteas trató de estudiar ese semblante que apenas veía.

—¿Qué ha sucedido? —rezongó—. ¿Qué has hecho?

Hanno habló con voz serena, un poco burlona.

—Sabes que sé suficiente celta como para apañármelas, y conozco bastante bien sus costumbres y creencias. No son muy diferentes de otros salvajes. La intuición me permite llenar las lagunas de mi conocimiento. Fui hacia ellos como un heraldo, lo cual hizo sagrada mi persona, y hablé con el jefe. No es mal sujeto, para ser quien es. He conocido a monstruos peores gobernando a helenos, persas, fenicios, egipcios..., no tiene importancia.

—¿Qué querían?

—Cerrarnos el paso, desde luego, y adueñarse de nuestras naves para saquearlas. Eso me sugirió que no debían de ser oriundos de aquí. Los cartagineses tienen tratados con los nativos. Claro que éstos podrían haber objetado el acuerdo por alguna razón pueril. Pero en tal caso habrían atacado después del anochecer. Alardean de ser temerarios pero, cuando se trata de botín más que de gloria, no quieren sufrir bajas innecesarias ni toparse con una dura resistencia mientras la mayoría escapa hacia las naves. No obstante embistieron en cuanto estuvimos en la costa, así que deben de temer la oscuridad..., los fantasmas y dioses de los muertos recientes, aún no apaciguados. Recurrí a eso, entre otras cosas.

—¿Quiénes son?

—Fictos del este que intentan instalarse en esta comarca. —Hanno echó a andar de aquí para allá bajo la mirada de Piteas, haciendo crujir la arena húmeda—. No se parecen mucho a esas tribus dóciles de las inmediaciones de Massalia, pero están emparentados con ellas. Tienen más respeto por la destreza y el conocimiento que el griego medio, por lo que he visto. Sus adornos y objetos artesanales son bellos. No sólo es sagrado el heraldo, sino el poeta o cualquier persona sabia. Les demostré que era un mago, lo que ellos llaman druida, con trucos de prestidigitación y jerigonza ocultista. Con mucho tacto, les amenacé con escribir una sátira acerca de ellos si me ofendían. Primero los convencí de que era poeta, plagiando descaradamente versos de Hornero. Tendré que hacer un esfuerzo, pues les prometí más.

—¿Que tú qué?

Hanno soltó una carcajada.

—Ten listo el campamento. Prepara el festín. Di a los hombres de Demetrios que ellos formarán la guardia de honor. Recibiremos a nuestros huéspedes al alba, y sin duda los festejos continuarán todo el día. Esperarán obsequios generosos, pero tenemos suficientes mercancías, y el honor exigirá que recibas varias veces ese valor en cosas que nos vendrán mejor. Además, ahora tenemos salvoconducto para viajar un buen trecho hacia el norte. —Hizo una pausa. El mar y la tierra suspiraban alrededor—. Oh, y si mañana por la noche tenemos buen tiempo, observa las estrellas, Piteas. Eso les impresionará.

—Y forma parte de aquello por lo cual viajamos —susurró el griego—. De aquello que tú has salvado.

4

Detrás se extendían las importantes minas de estaño de Dumnon, y el puerto al cual no iría ningún cartaginés mientras durase la guerra, y las tres naves. Lykias las custodiaba y se encargaba del calafateo y las reparaciones. Demetrios organizaba exploraciones terrestres en las costas del oeste y del sur. Piteas exploraba el interior y el norte de Pretania.

Con Hanno y una pequeña escolta militar, salió de las colinas a una llanura ondulante y agreste tachonada de pastos y tierras de labranza. Dominaban el paisaje terraplenes y un montículo gigantesco que se erguía dentro de una fosa. Ese cráter gredoso de cima hueca albergaba a hombres armados y sus viviendas.

El comandante recibió hospitalariamente a los viajeros, una vez que estuvo seguro de sus intenciones. La gente siempre ansiaba recibir

noticias del exterior; la mayoría de los bárbaros tenían horizontes patéticamente estrechos. Hanno charlaba con un dumnoniano que los había acompañado hasta allí y ahora quería ir a casa. Un hombre llamado Segovax se ofreció para reemplazarlo y conducirlos hasta una gran maravilla de las cercanías.

Soplaba un helado viento otoñal. Las hojas ya eran amarillas, pardas y rojizas y empezaban a caer. Un sendero subía hasta una elevación donde raleaban los árboles. Las sombras de las nubes y la pálida luz del sol segaban inmensidades de hierba cetrina. A lo lejos, rebaños de ovejas se perdían en la soledad. Los griegos marchaban enérgicamente, conduciendo los ponis de carga que habían adquirido en Dumnonia. No regresarían al fuerte de la colina, sino que continuarían avanzando. Un invierno era poco tiempo para recorrer esa comarca, y Piteas tenía que estar de vuelta en el puerto en primavera.

Poco a poco, Piteas vio de qué se trataba. Al principio parecía pequeño, y supuso que la gente le daba tanta importancia porque no conocía nada mejor. Al acercarse, reparó cada vez más en su enorme tamaño. Dentro de una muralla de tierra derruida se erguía un triple círculo de piedras de unos setenta cubitos de anchura, y la más alta debía de tener la talla de tres hombres. Tenían encima losas de tamaño similar, grises, manchadas de liquen, castigadas por la intemperie, inescrutablemente poderosas.

—¿Qué es esto? —jadeó.

—Has visto obras megalíticas en el sur, ¿verdad? —susurró Hanno, la voz menos serena que las palabras.

—Sí, pero nada como esto... ¡Pregunta!

Hanno se volvió hacia Segovax y hablaron en celta.

—Dice que los gigantes lo construyeron en la alborada del mundo —le explicó Hanno a Piteas.

—Entonces esta gente es tan ignorante como nosotros —murmuró el griego—. Acamparemos aquí, al menos para pasar la noche. Tal vez aprendamos algo. —Era más una plegaria que una esperanza.

Durante el resto del día se dedicó a mirar y hacer mediciones. Hanno podía brindarle escasa ayuda y Segovax poca información. Piteas pasó un largo rato tratando de hallar el centro exacto del complejo y estudiando el lugar.

—Creo que aquella piedra... —dijo señalando—. El sol se elevará sobre ella el día del solsticio de verano. Pero no estoy seguro, y no podemos esperar para confirmarlo, ¿verdad?

Atardecía. Los soldados, que habían aprovechado la ocasión para remolonear, encendieron una fogata, cocinaron, se relajaron. Charlaban y reían. No tenían razones para temer un ataque de hombres mortales, ni para preguntarse qué fantasmas moraban allí.

El cielo se había despejado y, al anochecer, Piteas se alejó del campamento para efectuar observaciones, como hacía siempre que podía. Hanno lo acompañó, llevando una tablilla de cera y un estilo para registrar las mediciones. Como buen fenicio, sabía escribir sin luz. Piteas se valía de las protuberancias y los surcos para leer los instrumentos con los dedos, una medición menos precisa de la que deseaba pero preferible a ninguna. Cuando una roca bloqueó las fogatas, quedaron a solas con el cielo, en medio del círculo.

Titánicas masas negras los cercaban. Las estrellas titilaban como atrapadas entre las piedras. En lo alto se curvaba la Galaxia, un río de bruma por donde nadaba el Cisne. La Lira colgaba en silencio. El Dragón se enroscaba alrededor de un polo extrañamente alto en el cielo. El frío se intensificaba con las horas, la vasta rueda giraba, la escarcha blanqueaba las piedras.

—¿No nos convendría dormir? —preguntó Hanno al fin—. Estoy olvidando qué es la tibieza.

—Supongo que sí—masculló Piteas—. He aprendido todo lo posible. —Y de pronto exclamó—: ¡No es suficiente! Jamás lo será. Tendríamos que vivir un millón de años.

5

Siguieron rumbo al norte, dejando atrás tierras cada vez más agrestes rodeadas de arrecifes, hasta que la costa se curvó hacia el este. Las aguas eran tan escabrosas como la tierra donde se estrellaban las olas; los buques se mantenían lejos de la orilla y anclaban al atardecer. Era preferible privarse de una fogata a tener visitantes desconocidos. El cuarto día los promontorios rojos y amarillos de una isla se recortaron en la bruma. Piteas decidió pasar entre ella y la costa principal. Las naves continuaron su arduo avance hasta el anochecer.

Los hombres no vieron el alba, pues el aire era aún más denso. A popa una muralla de blancura se erguía en el horizonte. Soplaba una brisa ligera y había una visibilidad de unos doce estadios atenienses, así que izaron las velas goteantes. Dejaron atrás la abrupta isla y adelante, a estribor, distinguieron un borrón que debía de ser una isla más pequeña. Creció el rumor de las rompientes, y un estruendo subterráneo.

La muralla blanca rodó sobre ellos, cegándolos. La brisa murió y siguió una calma chicha que los dejó impotentes.

Esa niebla era inaudita. Desde el centro de la nave no se veía la proa ni la popa; un remolino gris y sofocante desdibujaba las cosas. Al costado apenas se distinguía la turbulencia estriada de espuma. El agua se posaba sobre el cordaje y se precipitaba en una llovizna maligna que bruñía la cubierta. La humedad apelmazaba el pelo, la ropa, el aliento y el frío los calaba hasta los huesos como si ya se estuvieran ahogando. No había formas, sólo ruidos. En el denso mar, los maderos crujían y el casco se mecía sin ton ni son. Soplaban ráfagas susurrantes, el oleaje rugía. Con cornetazos y voces roncas, cada nave llamaba desesperadamente a las otras naves invisibles.

Piteas, a popa junto al timón, meneó la cabeza.

—¿Por qué se elevan las olas cuando no hay viento? —preguntó en medio del bullicio.

El timonel aferró el inservible timón y se estremeció.

—Criaturas de la profundidades —jadeó— o los dioses de estas aguas, enfurecidos porque los molestamos.

—Lanza los botes —le aconsejó Hanno a Piteas—. Nos advertirán sí estamos a punto de chocar contra una roca, o quizá puedan sacarnos de aquí.

El timonel mostró los dientes.

—¿Pero qué estás diciendo? —exclamó— ¡No enviarás a esos hombres a los demonios! No irán.

—¡No los enviaré! —replicó Hanno— Yo los conduciré.

—¿Oyó—dijo Piteas.

El fenicio meneó la cabeza.

—No podemos arriesgar tu vida. ¿Quién más pudo habernos traído tan lejos, quién nos llevará de vuelta? Sin ti todos estamos perdidos. Ven, ayúdame a alentar a la tripulación.

Consiguió hombres, pues las serenas palabras de Piteas aplacaron el terror de los marineros. Desataron un bote, lo arrastraron hacia el flanco, lo alzaron sobre la borda cuando la cubierta se ladeó y olas de blancas crines galoparon debajo. Hanno bajó de un brinco, plantó las pantorrillas entre dos bancos, cogió un remo que le entregó un marinero, se apartó de la nave mientras otros remeros lo seguían. Avanzaron sujetos al extremo de un cabo, seguidos por el otro bote.

—Espero que los otros capitanes... —empezó Hanno. Una ráfaga de espuma ahogó palabras que nadie había oído.

La nave se perdió en la humosa humedad. El bote trepó por una ola que era como un cerro móvil, revoloteó en la cresta, se despeñó en un canal donde los hombres quedaron al pie de las murallas de agua que los rodeaban. El ruido rodaba sin rumbo. Hanno, al timón, sólo podía tratar de evitar que la estacha se enredara detrás.

—¡Remad! —gritó—. ¡Remad, remad, remad!

Los hombres jadeaban remando y achicando el agua. El mar les lamía los tobillos.

Una ola monstruosa los embistió. Giraron. Una catarata saltó de la niebla y rompió sobre sus cabezas. Cuando pudieron ver de nuevo, tenían el barco encima. El bote se estrelló contra el casco. El agua lo aplastó contra las tracas. La madera crujió, escupió clavos, gimió. El bote se partió en dos.

Piteas miró desde arriba. Un hombre pataleaba. El mar lo arrojó contra la nave, partiéndole el cráneo. Las aguas arrastraron los sesos, la sangre, el cuerpo.

—¡Cuerdas fuera! —gritó Piteas. No perdió tiempo en desenrollar un cabo. Desenvainó el cuchillo y liberó una escota de la floja vela mayor. Arrojó el extremo por la borda, hacia la niebla y la espuma. Los nadadores que se entreveían, perdidos en las aguas, no lograban alcanzarla. Pidió más cuerda. Aferrando la escota cortada en la mano izquierda, se deslizó por la borda. Los pies plantados en el casco, tendiendo el brazo para tensar el cordaje y mantenerse firme, se estiró. Con la mano derecha lanzó la segunda cuerda como un látigo.

Ahora era visible para aquellos a quienes deseaba salvar, excepto cuando ese lado de la nave se elevaba y una ola bañaba a Piteas. Un hombre le pasó al lado. Piteas le arrojó la cuerda. El hombre la agarró y los marineros de cubierta lo subieron a bordo.

El tercero a quien Piteas rescató fue Hanno, que estaba aferrado de un remo. Después se le agotaron las fuerzas. Subió con la ayuda de dos marineros y cayó desmañadamente junto al fenicio. Nadie más intentó imitar la hazaña; pero no se vieron más náufragos en las encrespadas aguas.

Hanno se incorporó.

—A la cabina, tú, yo y estos dos —ordenó. Le castañeteaban los dientes—. De lo contrario el frío nos matará. No habríamos sobrevivido diez minutos en esas aguas.

Una vez dentro, los hombres se desnudaron, se frotaron con toallas para acelerar la sangre, se arroparon con mantas.

—Estuviste magnífico, amigo —dijo Hanno—. No pensé que un erudito como tú, curtido, pero erudito al fin y al cabo, pudiera lograrlo.

—Tampoco yo —resolló Piteas.

—Nos salvaste de las consecuencias de mi locura.

—Locura no. ¿Quién podía prever que el mar fuera tan bravo cuando no hay viento?

—¿Qué puede haberlo causado?

—Demonios —murmuró un marinero.

—No —dijo Piteas—. Debe ser un truco de estas marejadas del Atlántico, corrientes en un estrecho erizado de islas y arrecifes.

Hanno rió entre dientes.

—¡Ha hablado el filósofo!

—Aún nos queda un bote —dijo Piteas—. Y nuestra suerte puede cambiar. Si queréis, muchachos, rezad a vuestros dioses. —Se tendió en su litera—. Yo pienso dormir.

6

Las naves resistieron, aunque una rozó una roca y se le abrieron las juntas. Cuando se disipó la niebla y se calmaron las aguas, los remeros impulsaron los tres navíos hacia la isla alta. Encontraron una caleta segura con una loma donde podrían reparar los daños con la bajamar.

Varias familias vivían en las cercanías: pescadores hirsutos, vestidos con pieles, que cuidaban algunos animales y sembraban diminutos jardines. Sus viviendas eran piedras amontonadas y techos de hierba sobre fosos. Al principio huyeron y los observaron de lejos. Cuando Piteas ordenó que les entregaran obsequios, regresaron tímidamente para recogerlos. Luego acogieron a los griegos como huéspedes.

Fue una suerte, pues una borrasca sopló desde el oeste. La caleta daba al este y los peñascos que la rodeaban apenas guarecían las naves, pero en otras partes la tormenta rugió con furia días y noches. Los hombres no lo resistían. Dentro, se esforzaban para hablar y oír a pesar del bullicio. Olas más altas que murallas se estrellaban contra los riscos del oeste. Rocas que pesaban toneladas eran arrancadas de los bajíos. La tierra temblaba. El aire era un torrente espumoso y salobre que azotaba la cara y cegaba los ojos. Era como si el mundo se hubiera precipitado en el caos primordial.

Piteas, Hanno y sus compañeros se agazapaban sobre algas secas tendidas sobre el suelo de tierra de una caverna sombría. Los rescoldos ardían en el hogar. Un humo acre flotaba en el aire helado. Piteas era una sombra más, y sus palabras un susurro en medio de esa violencia.

—La niebla, y ahora esto. Aquí no hay mar ni tierra ni aire. Todos se han vuelto uno, algo semejante a un pulmón marino. Más al norte sólo puede haber el Gran Hielo. Creo que estamos cerca de la frontera del reino de la vida. —Irguió la cabeza—. Pero no hemos llegado al fin de nuestra búsqueda.

7

Hacia el este, a cuatro días de navegación desde la punta norte de Pretania, los exploradores hallaron otra tierra. Se elevaba abruptamente desde el agua, pero las vegas protegían una gran bahía. En un extremo vivía un pueblo que recibió con los brazos abiertos a los recién llegados. No eran celtas, y eran aún más altos y rubios. Hablaban un idioma emparentado con una lengua germánica cuyos rudimentos Hanno había aprendido en viajes anteriores. Pronto se hizo entender. Ese pueblo mostraba la influencia de los celtas en las herramientas y las armas de hierro, en las artes y el modo de vida, pero tenía un espíritu más sobrio, menos obsesionado por lo sobrenatural. Los griegos se proponían permanecer poco tiempo allí, preguntar acerca de los parajes que buscaban, reaprovisionarse y continuar viaje. Pero su estancia se prolongó. Los afanes, los peligros y las pérdidas los habían desgastado. Aquí encontraban hospitalidad y admiración. A medida que aprendían el idioma, hallaban camaradería, compartían tareas, intercambiaban ideas, recuerdos y canciones, retozaban, se divertían. Las mujeres eran complacientes. Nadie pidió a Piteas que ordenara levar anclas ni le preguntó por qué no lo hacía.

Los huéspedes no eran parásitos. Les ofrecieron maravillosos regalos. Condujeron a bordo de una de sus naves a hombres que sólo conocían botes largos hechos de tablones cosidos, impulsados por remos. Esos hombres aprendieron más acerca de sus propias aguas y sus comunidades de otras tierras de lo que jamás habían soñado. Iniciaron transacciones comerciales, y visitaron algunos parajes por primera vez. Tierra adentro la caza era excelente, y los soldados llevaban gran cantidad de carne a casa. La presencia de los griegos, que revelaba la existencia de un mundo exterior, daba nueva chispa a la vida. Se sentían acogidos como hermanos.

Éste era el país que su gente llamaba Thule.

Llegó el verano, con sus noches de luz.

Hanno y una joven fueron a juntar bayas. Solos bajo la dulzura de los abedules, hicieron el amor. El largo día fatigó a la muchacha y al regresar a casa de su padre, durmió feliz. Hanno no pudo dormir. Se quedó tendido un buen rato en el camastro de pieles, sintiendo la tibieza de ella, oyendo la respiración de la familia, aspirando el tufo de las vacas del establo que había en un extremo de la única y larga habitación. Aunque la fogata a veces chisporroteaba, esa luz tenue no nacía allí sino en el cielo que se extendía más allá de la puerta de mimbre. Hanno se levantó, se cubrió la cabeza con la túnica y salió con sigilo.

Sobre él se extendía una profunda claridad que evocaba recuerdos de rosas blancas. Un puñado de estrellas casi invisibles titilaba a través del fulgor. El aire fresco estaba tan quieto que se oía el agua batiendo contra la orilla. El rocío centelleaba en el declive que descendía hacia la ancha superficie de plata. Tierra adentro, el suelo trepaba hacia montañas cuyos riscos azules se recortaban contra el cielo.

Se alejó de la aldea. Las casas estaban apiñadas en una doble hilera que terminaba en un gran cobertizo donde trillaban el grano, en ese clima lluvioso, y que hacía las veces de fortaleza en caso de ataque. Más allá había arrozales, colmenares, parcelas que la proximidad de la cosecha pintaba de oro. Caminó en dirección opuesta, hacia la playa. Cuando llegó a la hierba, se limpió de los pies descalzos la suciedad que los cerdos y pollos sueltos habían dejado en el sendero. La humedad lo acarició. Siguió andando hasta una playa de guijarros, piedras frías y duras pero redondeadas. La marea bajaba, una pulsación potente que apenas se conocía en el Mediterráneo, y las algas se esparcían sobre la playa. Olían a sal, profundidades, misterios.

A cierta distancia un hombre miraba hacia arriba. El bronce del instrumento que él apuntaba al cielo despedía un fulgor. Hanno se le acercó.

—¿Tú también? —murmuró.

Piteas se sobresaltó, dio media vuelta.

—¡Qué alegría! —saludó mecánicamente. En el luminoso crepúsculo era evidente que la sonrisa era forzada.

—No es fácil dormir con tanta claridad —aventuró Hanno. Los nativos no dormían mucho.

Piteas asintió. —Odio perder un solo minuto de esta magnificencia.

—Aunque es pésima para la astronomía.

—Aja. Durante el día he estado recogiendo datos que arrojarán un valor más preciso para la oblicuidad de la eclíptica.

—Ya deberías tener bastantes. Ha pasado el solsticio.

Piteas desvió la mirada.

—Y hablas a la defensiva —insistió Hanno— ¿por qué nos demoramos aquí?

Piteas se mordió el labio.

—Aún quedan muchos descubrimientos por hacer. Es como un mundo nuevo.

—Como la tierra de los lotófagos —rezongó Hanno.

Piteas alzó el cuadrante como si fuera un escudo.

—No, no, éstas son personas reales. Trabajan y tienen hijos y envejecen y mueren, al igual que todos nosotros.

Hanno lo observó. Las aguas susurraban.

—Es Vana, ¿verdad? —dijo al fin el fenicio.

Piteas quedó atónito.

—Muchas de estas muchachas son bellas —continuó Hanno—. Altas, esbeltas, una tez bronceada por el verano, ojos como el cielo que rodea el sol, y esas melenas rubias... oh, sí. Y la que está contigo es la más guapa de todas.

—Es más que eso —dijo Piteas—. Ella es... libre. Sin prejuicios, cándida, pero muy rápida y ávida de aprender. Orgullosa, valiente. Los griegos enjaulamos a nuestras esposas. Nunca hacía pensado en ello, ¿pero no es culpa nuestra si las pobres criaturas se vuelven tan obtusas que buscamos solaz en otros hombres?

—O en prostitutas.

—Vana es tan ardiente como la hetaira más fogosa. Pero no está en venta, Hanno. Me ama de veras. Hace unos días descubrimos que está encinta. Vino a mis brazos llorando y riendo.

—Es magnífica, sin duda, pero es bárbara.

—Eso se puede alterar.

Hanno meneó la cabeza.

—No té engañes. No es como tú. ¿Crees que podrás llevarla cuando zarpemos? Si sobreviviera a la travesía, se marchitaría y moriría en Massalia, como toda flor silvestre arrancada. ¿Qué haría de sí misma? ¿Qué clase de vida podrías darle? Es muy tarde. Para ambos.

Piteas guardó silencio de nuevo.

—Tampoco puedes instalarte aquí—dijo Hanno—. Recapacita. Tú, un hombre civilizado, un filósofo, apiñado con seres humanos y vacas en una

mísera choza de argamasa tosca. Sin libros. Sin correspondencia. Sin oratoria. Sin esculturas, templos ni tradiciones propias, nada de lo que ha formado tu alma. Esa dama envejecerá deprisa, se le caerán los dientes y se le aflojarán los senos, y la odiarás porque fue el señuelo que te atrapó. Recapacita, por favor.

Piteas cerró la mano libre con fuerza y se golpeó el muslo una y otra vez.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Márchate. A ella no le costará conseguir un esposo que críe al niño. Su padre es una persona de buena posición, ella ha demostrado que es fértil, y cada niño es precioso, dado los que pierden. Hazte a la mar. Vinimos en busca de la isla del Ámbar, ¿recuerdas? Y si es un mito, queremos descubrir cuál es la realidad. Debemos aprender un poco sobre estas costas y mares del este. Nos proponemos regresar a Pretania y terminar de circunnavegarla, determinar su forma y tamaño, porque es importante para Europa de un modo que Thule no lo será durante siglos. Y luego regresarás a tu gente, tu ciudad, tu esposa, tus hijos y tus nietos. ¡Cumple con tu deber, nombre!

—Hablas con crudeza.

—Debido al respeto que siento por ti, Piteas.

El griego miró de un lado a otro: las montañas erguidas contra ese cielo cuya luz velaba las estrellas, los bosques y los prados, el océano, invisible allende la brillante bahía.

—Sí —dijo al fin—. Tienes razón. Tendríamos que haber partido hace tiempo. Lo haremos. Soy un necio reblandecido por la edad.

Hanno sonrió.

—No, simplemente un hombre. Ella te devolvió una primavera que creías haber perdido en el corazón. Es algo que he visto a menudo.

—¿Te ha pasado a ti?

Hanno apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Ven —dijo—, volvamos y tratemos de dormir. Tenemos trabajo que hacer.

8

Maltrechas, zarandeadas, despintadas y triunfantes, las tres naves se acercaron al puerto de Massalia. Era un vivido día de otoño, y el agua bailaba y chispeaba como si hubieran esparcido diamantes sobre zafiros, pero soplaba poco viento y las quillas estaban sucias, avanzaban despacio.

Piteas llamó a Hanno.

—Quédate conmigo en la proa —le solicitó—, pues quizá sea la última charla tranquila que tengamos.

El fenicio se le acercó. Piteas era su propio vigía en esta hora final de la travesía. —Estarás muy ocupado —convino Hanno—. Todo el mundo querrá hablar contigo, interrogarte, oír tus declaraciones, enviarte cartas, pedirte que escribas tus experiencias.

Piteas torció los labios.

—Siempre de broma, ¿verdad?

Miraron un rato el mar. Ahora que terminaba la temporada de navegación, las olas —pequeñas y suaves, tan distintas a las del Atlántico— estaban atestadas de embarcaciones. Botes de remo, chalanas, pesqueros sucios de brea, rechonchos buques mercantes, un gran carguero con grano de Egipto, una barcaza con bordes dorados, dos esbeltas naves de guerra erizadas de remos, todas procuraban avanzar. Se oían órdenes y juramentos. Las velas tronaban, las vergas rechinaban, los toletes crujían. La ciudad brillaba en frente y un intrincado resplandor blanco con matices azules rebosaba sus murallas. Jirones de humo ondeaban sobre los tejados rojos. Granjas y villas se apiñaban entre rastrojos, prados aún verdes, pinos oscuros y huertos amarillentos. Detrás de las colinas se erguía una cordillera. Cientos de gaviotas aleteaban y graznaban como una nevisca del norte.

—¿No cambiarás de parecer, Hanno? —preguntó Piteas.

—No puedo —masculló Hanno—. Me quedaré para cobrar mi paga y luego me marcharé.

—¿Por qué? No lo entiendo. Y no quieres explicarte.

—Es mejor.

—Un hombre hábil como tú tiene un gran futuro aquí..., posibilidades ilimitadas. Y no como extranjero. Con mis influencias, puedo hacerte ciudadano de Massalia, Hanno.

—Lo sé. Lo has dicho antes. Gracias, pero no.

Piteas tocó la mano del fenicio, que aferró la borda con fuerza. —¿Temes que la gente te recrimine tu origen? No lo hará, te lo prometo. Estamos por encima de eso, somos una cosmópolis.

—Soy un extraño en todas partes.

—Nunca me has abierto tu alma —suspiró Piteas—, tal como yo te la he abierto a ti. Y aun así... nunca me he sentido tan cerca de nadie. Ni siquiera de... —Se interrumpió, y ambos desviaron los ojos.

Hanno adoptó de nuevo su voz tranquila. Sonrió.

—Hemos compartido cosas tremendas, buenas y malas, terribles y aburridas, divertidas y espantosas, deliciosas y mortales. Eso forja vínculos.

—Y sin embargo los cortarás... ¿Sin más? —musitó Piteas—. ¿Simplemente dirás adiós?

Por un instante, antes de que Hanno recobrara su expresión burlona, algo se desgarró en él y el griego entrevió un dolor desconcertante.

—¿Qué es la vida sino siempre decir adiós?

II
los melocotones de la eternidad

Un inspector de Ch'ang-an visitaría a Yen Ting-kuo, subprefecto del distrito del Arroyo Caudaloso, por encargo del mismo emperador. Un correo llegó de antemano, dando a la familia tiempo para preparar una bienvenida adecuada. La partida llegó al mediodía: primero una polvareda en el camino del este, luego una tropa de hombres montados, servidores y soldados, escoltando un carruaje tirado por cuatro caballos blancos.

La gallardía de los pendones en alto y el metal relampagueante contrastaba con la serenidad del paisaje. Desde la cima de la colina donde vivía Yen Ting-kuo, la vista abarcaba hasta la Aldea de Piedra Molar, paredes de tierra, techos de tejas o bálago apiñados a lo largo de callejones donde trajinaban cerdos y labriegos, un grato espectáculo que formaba parte del amarillento suelo de loes del cual los hombres extraían su alimento. Más allá se extendían las tierras. Empezaba el verano, y el intenso verdor de la cebada y el mijo cubría las terrazas, moteadas con las prendas azules de los labriegos. Las diminutas granjas estaban muy desperdigadas. Aquí y allá los huertos habían terminado de florecer, los frutos estaban maduros y las hojas llenas de sol. A lo largo de las zanjas de irrigación, los sauces tiritaban en una brisa que olía a fecundidad. En las lomas lejanas los pinos y cipreses se erguían con oscura dignidad. A izquierda y derecha los contornos de los altos pastos se perfilaban en la sombra.

Al oeste de la aldea las colinas se volvían abruptas y boscosas. El viaje a la frontera, hasta los dominios de los tibetanos, los mongoles y otros bárbaros, continuaba siendo difícil, pero aquí la civilización ya empezaba a ralear y se valoraba más que en los centros urbanos, donde disfrutaban de ella plenamente.

Yen Ting-kuo murmuró:

*Bella es la procesión de estaciones que nos legaron los dioses, y la procesión de costumbres y ritos que nos legaron los antepasados...*pero interrumpió el antiguo poema y entró por el portón. Normalmente habría seguido hasta la casa y habría esperado dentro. Para recibir al enviado imperial, se instaló en el porche con sus hijos, ataviados con sus mejores prendas. Los criados flanqueaban el camino que atravesaba el patio interior; en otras partes los arbustos formaban un laberinto que conducía a un estanque con pececillos. Mujeres, niños y peones se apiñaban en otros edificios del complejo.

Repiqueteos, cascabeles y clamores anunciaron la llegada. Un palafrenero la anunció más formalmente, y al desmontar fue recibido por el chambelán del subprefecto. Intercambiaron gestos y palabras. Luego apareció el inspector. Los criados se prosternaron y Yen Ting-kuo hizo la reverencia debida a un noble de rango menor. Ts'ai Li respondió con cortesía. No era imponente, sino de talla baja y bastante joven para su jerarquía, mientras que el subprefecto era alto y canoso. Incluso los emblemas que el inspector se había puesto al bajar del vehículo mostraban indicios de Un viaje agotador. Sin embargo, su aplomo revelaba muchas generaciones de proximidad con el trono. Anfitrión y huésped simpatizaron de inmediato.

Poco después pudieron hablar a solas. Ts'ai Li había ido a sus aposentos, donde lo habían bañado y le habían cambiado el atuendo. Entretanto se hicieron arreglos para que su séquito, sus asistentes y criados se alojaran en el complejo según el rango, y los soldados entre los aldeanos. Atractivos aromas flotaban en el aire, la preparación de un banquete: especias, hierbas, carnes asadas —aves, lechones, perro, tortuga— y tibios licores. Chasquidos de cítara y campanilleos llegaban desde la casa donde ensayaban los cantores y las bailarinas.

El inspector había insinuado que antes de la reunión con los funcionarios locales deseaba entablar una charla confidencial. Conversaron en una cámara casi desnuda excepto por dos biombos, esteras de paja fresca, apoyabrazos, una mesa baja con vino y tortas de arroz del sur.

Era una habitación brillante y aireada de agradables proporciones; las pinturas —bambúes y una escena de montaña— y la caligrafía de los biombos eran exquisitas. Ts'ai Li manifestó mesuradamente su admiración, dando a entender que le agradaban pero no exigía que se las obsequiaran.

—El esclavo de mi señor lo agradece con humildad —dijo Yen Ting-kuo—. Temo que en estas zonas remotas nos encontrará pobres e incultos.

—En absoluto —replicó Ts'ai Li. Sus largas uñas pintadas relucieron cuando se acercó la taza a los lacios—. En verdad, esto parece un refugio de paz y orden. Cielos, aun cerca de la capital medran la chusma y el bandidaje, mientras que en otras partes cunde la rebelión abierta, y sin duda los hsiung-nu nos vuelven a mirar ávidamente desde allende la Muralla. Por eso llevo mi escolta. —Su tono manifestó desdén por los soldados, la más baja de las clases libres—. Gracias al Cielo, no fue necesario utilizarla. Los astrólogos anunciaron que era un día propicio para mi partida.

—Quizá la presencia de los soldados contribuyó a que lo fuera —dijo Yen Ting-kuo, con sequedad.

Ts'ai Li sonrió.

—Palabras de un benévolo y viejo barón. Supongo que nuestra familia ha brindado líderes a este distrito por mucho tiempo.

—Desde que el emperador Wu-ti escogió a mi honrado antepasado Yen Chi después de sus servicios contra los bárbaros del Norte.

—¡Ah, ésos fueron días de gloria! —suspiró Ts'ai Li—. Nosotros, herederos empobrecidos, sólo podemos luchar contra un creciente caudal de problemas.

Yen Ting-kuo se balanceó sobre los talones, se aclaró la garganta y miró a su huésped.

—Sin duda mi señor guía ese esfuerzo —dijo—, habiendo realizado un viaje tan largo y arduo. ¿En qué podemos contribuir a sus rectos propósitos?

—Ante todo necesito información, y tal vez un guía. A la capital han llegado ciertos rumores sobre un sabio, un verdadero santo, que vive en vuestros dominios.

—¿Qué? —exclamó Yen Ting-kuo, asombrado.

—Historias de viajeros, pero hemos interrogado a varios de ellos, y sus descripciones coinciden. Predica el Tao, y su virtud parece haberle proporcionado gran longevidad. —Ts'ai Li titubeó—. ¿Inmortalidad, acaso? ¿Qué sabéis, subprefecto? —Ya. —Yen Ting-kuo frunció el ceño—. Entiendo. El que se hace llamar Tu Shan.

—¿Sois escéptico, entonces?

—No concuerda con mi idea de un santo, inspector —masculló Yen Ting-kuo—. Por aquí hay muchos que afirman ser tal cosa, pues la gente sencilla es demasiado crédula, especialmente en tiempos turbulentos. Vagabundos sin amo, que en vez de trabajar mendigan o lisonjean para ganarse la vida. Se atribuyen poderes tremendos. Los campesinos juran que han visto a uno de ellos curar a los enfermos, exorcizar demonios, resucitar a los muertos y cosas por el estilo. He examinado algunos casos sin hallar pruebas de nada, excepto de que a menudo el vagabundo se apropia del dinero de los hombres y del cuerpo de las mujeres, convenciéndolos de que ése es el Camino, antes de continuar la marcha.

Ts'ai Li entornó los ojos.

—Sabemos que hay charlatanes —dijo—. También sabemos que hay vulgares *wu,* magos tradicionales, honestos pero analfabetos y muy supersticiosos. En verdad, sus creencias y prácticas han contaminado las otrora puras enseñanzas de Lao Tse. Es lamentable.

—¿Acaso la corte no sigue los preceptos del gran K'ung Fu Tse?

—Exacto. Aun así, subprefecto, la sabiduría y la fortaleza escasean. Debemos buscarlas donde las podamos encontrar. Lo que hemos oído sobre el tal Tu Shan induce al Único a creer que será una voz deseable entre los consejeros imperiales.

Yen Ting-kuo miró la taza como buscando una revelación confortante.

—La gente como yo no es quien para cuestionar al Hijo del Cielo —dijo al fin—. Y sin duda ese sujeto es inofensivo. —Rió—. Tal vez sus consejos no resulten peores que los de otros. Ts'ai Li lo miró en silencio antes de susurrar:

—¿Insinúas, subprefecto, que el emperador ha recibido mal asesoramiento en el pasado?

Yen Ting-kuo palideció, se sonrojó y se apresuró a responder:

—No quise ser irrespetuoso, mandarín.

—Claro que no. Por supuesto —murmuró Ts'ai Li—. Aunque, entre nosotros, la insinuación es muy atinada.

Yen Ting-kuo lo miró desconcertado.

—Reflexionad —lo exhortó Ts'ai Li—. Hace diez años que el glorioso Wang Mang recibió el Mandato del Cielo. Ha decretado muchas reformas y ha buscado por todos los medios mejorar la situación de su pueblo. Pero cunde la inquietud. Así como cunden la pobreza en el interior y la arrogancia de los bárbaros en el exterior. —Tácitamente daba a entender: Muchos, cada vez más, afirman que los Hsin no constituyen una nueva dinastía sino una mera usurpación, un producto de las intrigas palaciegas, y que es hora de devolver a los Han el poder que les corresponde—. Es obvio que se necesita mejor asesoramiento. La inteligencia y la virtud a menudo moran bajo el techo de un plebeyo.

—La situación ha de ser desesperada, si os enviaron tan lejos para seguir un mero rumor —exclamó Yen Ting-kuo. Y se apresuró a añadir—: Desde luego, vuestra exaltada presencia nos honra y nos deleita, mi señor.

—Sois muy gentil, subprefecto —dijo Ts'ai Li con voz cortante—. ¿Pero qué podéis decirme de Tu Shan?

Yen Ting-kuo desvió los ojos, frunció el ceño, se mesó la barba y habló despacio.

—Francamente, no puedo decir que sea un bribón. Investigo todas las cosas cuestionables que llegan a mis oídos, y no he sabido que defraudara a nadie ni que hiciera nada malo. Es sólo que... no concuerda con mi idea de lo que es un santo.

—Los buscadores del Tao pueden ser... un poco excéntricos.

—Lo sé. Aun así... Pero dejadme contaros. Se presentó entre nosotros hace cinco años, tras atravesar comunidades del norte y del este, habitando un tiempo en algunas de ellas. Con él viajaba un solo discípulo, un joven granjero. Desde entonces reclutó dos más, y rechazó a otros. Se ha instalado en una caverna del bosque, a tres o cuatro horas de marcha, junto a una cascada. Allí medita, o eso afirma. He ido allí, y Tu Shan ha transformado la caverna en una cómoda morada. No tiene lujos, pero no sufre escasez. Los discípulos han construido una cabaña en las cercanías. Cultivan grano, pescan, recogen avellanas, bayas y raíces. La gente les lleva otros obsequios, incluido dinero. Van allí a oír sus palabras y confiarle sus penas, pues él sabe escuchar, y recibir su bendición o simplemente pasar un rato en su silenciosa presencia. De cuando en cuando viene aquí y se está un par de días. Entonces ocurre lo mismo, salvo que bebe y come bien en nuestra única posada y se solaza en nuestra única casa de placer. Me han dicho que es un amante fogoso. Bien, no he oído decir que sedujera a la esposa ni a la hija de nadie. No obstante, su conducta no me parece piadosa, ni sus prédicas parecen tener mucho sentido.

—El Tao no se puede expresar en palabras.

—Lo sé. Aun así, aun así...

—Y en cuanto a hacer el amor, he oído que los entendidos en el Tao afirman que de ese modo, especialmente si se prolonga el acto todo lo posible, un hombre logra equilibrar su Yang con el Yin. Al menos, eso es lo que afirma una corriente de pensamiento, aunque me han dicho que otros no están de acuerdo. Pero no podemos esperar una conducta convencionalmente respetable en un hombre cuyo propósito en la vida es la iluminación.

Yen Ting-kuo sonrió amargamente.

—Creo que mi señor es más tolerante que yo.

—No, sólo deseo prepararme antes de partir, para comprender mejor lo que encuentre. —Ts'ai Li hizo una pausa—. ¿Qué sabéis de la vida anterior de Tu Shan? ¿Cuánta verdad hay en su presunta longevidad? Oí decir que tiene aspecto de hombre joven.

—Tiene el aspecto, el vigor y todo lo demás. ¿Un sabio no debería tener un aire más circunspecto? —Yen Ting-kuo aspiró—. Bien, he investigado acerca de esas afirmaciones. Aunque él no las hace en voz alta. De hecho, nunca menciona el asunto a menos que deba hacerlo por alguna razón, como para explicar que Chou P'eng, muerto hace mucho, fue su maestro. Pero tampoco ha intentado disimular. He podido

interrogar a personas y visitar algunos sitios, cuando mis ocupaciones me llevaban por esos rumbos.

—Por favor, contadme qué habéis averiguado, para que pueda compararlo con el resto de mi información.

—Bien, es evidente que nació hace más de cien años. Fue en el distrito de las Tres Rocas Grandes, y pertenecía sólo a la clase de los artesanos. Siguió el oficio del padre, herrero, se casó, tuvo hijos, nada inusitado al margen de no envejecer. Eso lo transformó gradualmente en la maravilla del poblado, pero al parecer no sacó partido de ello. En cambio, cuando se casaron sus hijos y falleció su esposa, anunció que buscaría la sabiduría, la razón de su extraña condición y de todo lo demás en este mundo. Echó a andar, y no se volvió a oír hablar de él hasta que se hizo discípulo de Chou P'eng. Cuando murió ese viejo sabio, Tu Shan continuó viaje, enseñando y practicando el Tao tal como él lo entendía. No sé cuan fiel es a las enseñanzas de Chou P'eng. Tampoco sé cuánto tiempo piensa quedarse aquí. Tal vez él mismo no lo sepa. Le he preguntado, pero estas personas son hábiles para evadir preguntas que no desean responder.

—Gracias. Eso confirma los informes que he recibido. Un hombre de vuestra perspicacia, subprefecto, verá que esa vida indica poderes extraordinarios de alguna clase y...

Una figura respetuosa apareció en la puerta.

—Entra y habla —dijo Yen Ting-kuo.

El secretario de Ts'ai Li avanzó un paso, hizo una reverencia y anunció:

—Este servidor suplica perdón por molestar a sus superiores. Sin embargo, se ha enterado de algo que puede resultar de interés y aun de urgencia. El sabio Tu Shan se dirige a la aldea por el camino del oeste. ¿Mi señor tiene alguna orden?

—Bien, bien —murmuró el subprefecto—. Qué interesante coincidencia.

—Si es una coincidencia... —respondió Ts'ai Li.

Yen Ting-kuo enarcó las pobladas cejas.

—¿Acaso previo la llegada y el propósito de mi señor?

—No es preciso que sean poderes ocultos. El Tao obra para armonizar los acontecimientos.

—¿Deseáis que lo convoque aquí, o que le ordene esperar a mi señor?

—Ninguna de ambas cosas. Aunque me duele interrumpir esta fascinante conversación, yo iré a verlo a él. —Ante la mirada sorprendida del anfitrión, Ts'ai Li añadió—: A fin de cuentas, si él no hubiera venido yo habría ido a su refugio. Si es digno de respeto, demostremos respeto.

Con su susurro de seda y brocado, se levantó del cojín y echó a andar. Yen Ting-kuo lo siguió. El palafrenero del inspector se apresuró a llamar a una cantidad apropiada de asistentes para seguir a los magnates. Atravesaron el portón y marcharon colina abajo con paso digno.

Un viento fuerte soplaba ahora desde el norte, enfriando el aire, empujando nubes cuyas sombras cruzaban la tierra como guadañas. El polvo amarillo se arremolinaba sobre los campos y el camino. Una bandada de cuervos pasó volando. Sus graznidos se enredaron con los murmullos de la gente, la multitud se había reunido ante el pozo de la aldea. Estaban aquellos que no trabajaban en los campos: comerciantes, artesanos, sus mujeres e hijos, los viejos e inválidos. Los soldados de la escolta del enviado imperial se mezclaban con ellos, acuciados por la curiosidad.

Todos rodeaban a un hombre que se había detenido junto al brocal. Era de complexión robusta y vestía como un labriego: pantalones y chaqueta acolchados y azules. Iba descalzo, los pies llenos de callos. Llevaba la *cabeza* descubierta, y rizos negros ondeaban bajo el pelo anudado en la coronilla. Tenía una cara ancha, de nariz chata, curtida. Había apoyado un cayado cerca del brocal y tenía una niñita en el hombro. Cerca de él había tres jóvenes, vestidos tan sencillamente como él.

—¡Ja, pequeña! —rió el hombre, haciéndole cosquillas—. ¿Quieres montar tu viejo caballo? Pequeña desvergonzada. —Ella se contorsionó entre risitas.

—Bendícela, maestro —pidió la madre.

—Vaya, pues ella misma es la bendición —replicó el hombre—. Aún está cerca del Manantial de la Quietud al cual ansían regresar los hombres sabios. Aunque eso no te impide desear una golosina, ¿eh, Meimei?

—¿La infancia puede ser mejor que la vejez? —preguntó con voz trémula un encorvado anciano de abundante barba blanca. —¿Queréis que enseñe con el gaznate reseco por el polvo del camino? —respondió cordialmente el hombre—. No, por favor, primero unas copas de vino. Todo exceso es malo, incluso en la autonegación.

—¡Abrid paso! —exclamó el palafrenero—. ¡Paso al señor Ts'ai Li, enviado imperial de Ch'ang-an, y el señor del distrito, Yen Ting-kuo!

Todos enmudecieron. La gente se apartó. La asustada niña gimoteó y buscó a la madre. El hombre se la entregó a la mujer y se inclinó, cortés pero no sirviente, ante las dos figuras con túnica.

—He aquí a nuestro sabio Tu Shan, inspector —dijo el subprefecto.

—¡Largo de aquí! —ordenó el palafrenero a los plebeyos—. Ésta es una cuestión de Estado.

—Pueden escuchar si desean —dijo Ts'ai Li con suavidad.

—El hedor de esa chusma no debe ofender el olfato de mi señor —declaró el palafrenero, y la multitud retrocedió, formando grupos y mirando boquiabierta.

—Volvamos, pues, a la casa —propuso Yen Tingkuo—. Hoy recibes un gran honor, Tu Shan.

—Doy las gracias de todo corazón a mi señor —respondió el recién llegado—, pero estamos harapientos y sucios, y no merecemos entrar en vuestro hogar. —El acento no era educado pero tampoco soltaba inculto. La profunda voz era risueña, al igual que los ojos chispeantes—. ¿Puedo tomarme la libertad de presentar a mis discípulos Ch'i, Wei y Ma? —Los tres jóvenes se prosternaron hasta que él les indicó que se levantaran.

—Pueden acompañarnos —dijo Yen Ting-kuo, sin ocultar su disgusto.

Tu Shan lo percibió.

—Quizá mi señor desee explicar enseguida su cometido —le dijo a Ts'ai Li—. Entonces sabremos si pierde el tiempo o no al buscarlo.

El inspector sonrió.

—Espero que no, sabio señor, pues ya he perdido mucho —dijo. Al barón, al secretario y al resto, estupefactos ante lo que habían oído, comentó—: Tu Shan tiene razón. Me ha ahorrado la dificultosa marcha hasta su ermita.

—Casualidad —dijo el aludido—. Y tampoco se requiere una percepción sobrenatural para adivinar vuestro cometido.

—Alégrate —respondió Ts'ai Li—. Los comentarios sobre ti han llegado a los augustos oídos del emperador. Me pidió que te buscara y te llevara a Ch'ang-an, para que el reino se beneficie con tu sabiduría.

Los discípulos soltaron una exclamación antes de recobrar la compostura. Tu Shan no se inmutó.

—Sin duda el Hijo del Cielo tiene un sinfín de consejeros —dijo.

—En efecto, pero son insuficientes. Como dice el proverbio, mil ratones no equivalen a un tigre.

—Tal vez mi señor sea un poco injusto con los consejeros y ministros. Ellos realizan tareas abrumadoras que mi pobre y escaso ingenio no puede comprender.

—Tu modestia es loable. Revela tu carácter.

Tu Shan negó con la cabeza.

—No, soy necio e ignorante. ¿Cómo podría atreverme siquiera a ver el trono imperial?

—Te menosprecias —replicó Ts'ai Li con impaciencia—. Nadie puede haber vivido tanto como tú sin ser inteligente y sin haber ganado experiencia. Más aún, has reflexionado sobre lo que observaste y has extraído de ello valiosas lecciones.

Tu Shan sonrió hoscamente como si estuviera ante un igual. —Sí algo he aprendido, es que la inteligencia y el conocimiento valen poco por sí mismos. Sin la iluminación que trasciende las palabras y el mundo, sólo nos brindan maravillosas razones para hacer lo que pensábamos hacer de todos modos.

Yen Ting-kuo no pudo abstenerse de intervenir.

—Vamos, no eres un asceta. El emperador recompensa con imperial generosidad a todos los que le sirven bien.

Tu Shan cambió sutilmente de actitud, como un maestro ante un alumno lerdo.

—He visitado Ch'ang-an en mis vagabundeos. Y aunque no entré en el palacio, estuve en mansiones. Señores míos, allí hay demasiadas paredes. Cada pabellón está apartado del otro, y cuando al atardecer suenan los tambores de las torres, los portones se cierran para todos salvo para los nobles. En las montañas uno viaja libremente bajo las estrellas.

—Para quien recorre el Camino, todos los lugares deberían ser semejantes —dijo Ts'ai Li.

Tu Shan inclinó la cabeza.

—Mi señor es versado en el Libro del Camino y su Virtud. Pero yo soy un torpe, medio ciego, que se tropezaría constantemente contra esas paredes.

Ts'ai Li dijo con frialdad:

—Creo que presentas excusas para eludir un deber difícil. ¿Para qué predicas entre los demás, si te importan tan poco que no pones tus ideas al servicio de ellos?

—Así no se les puede ayudar. —Aunque Tu Shan habló en voz baja, sus palabras vibraron en el viento—. Sólo ellos pueden encararse a sus problemas, así como cada hombre sólo puede encontrar el Tao por sí mismo.

—¿Niegas la beneficencia del emperador? —preguntó Ts'ai Li, con voz cortante como una daga.

—Muchos emperadores han ido y venido. Muchos más lo harán. —Tu Shan gesticuló—. Mira la polvareda. Otrora también tuvo vida. Sólo el Tao permanece.

—Te arriesgas... a ser castigado, sabio señor.

Tu Shan soltó una carcajada y se palmeó el muslo.

—¿Cómo puede dar consejos una cabeza separada del cuello? —dijo, recobrando la calma—. Mi señor, no deseo ser irrespetuoso. Sólo digo que no soy apto para la tarea que tienes en mente, y soy indigno de ella. Llévame contigo y pronto te convencerás de ello. Será mejor que ahorres el valioso tiempo del Único.

Ts'ai Li suspiró. Yen Ting-kuo, observando al inspector, se calmó un poco.

—Bribón —rezongó Ts'ai Li—, usas el Libro..., ¿cómo dice ese verso? «Como agua, blanda y dócil, que desgasta la piedra más dura...»

Tu Shan hizo una reverencia.

—¿No deberíamos decir, más bien, que el arroyo fluye hacia su destino mientras la estúpida roca se queda donde estaba?

Ahora fue Ts'ai Li quien habló como ante un igual.

—Si no deseas ir, así sea. Perdóname cuando comuniqué que me habías defraudado.

—Lo expresáis con gran astucia.

Tu Shan esbozó una sonrisa y se inclinó ante Yen Ting-kuo.

—Como puedes ver, mi señor, no hay razones para que yo ensucie tus bellas esteras. Será mejor que mis discípulos y yo nos retiremos al instante de tu presencia.

—Bien —dijo con frialdad el subprefecto.

El inspector le lanzó una mirada reprobatoria, se volvió de nuevo hacia Tu Shan y preguntó casi en un susurro: —Sin embargo, sabio señor, has vivido más que casi cualquier otro hombre, y no muestras signos de vejez. ¿Puedes al menos decirme cómo ha ocurrido?

El rostro de Tu Shan adquirió una expresión solemne.

—Siempre me lo he preguntado —respondió, casi con piedad.

—¿Y bien?

—Nunca doy una respuesta clara, pues no la tengo.

—Sin duda la conoces.

—He dicho que no, pero la gente insiste. —Tu Shan pareció ahuyentar la tristeza—. Cuenta la historia que en el jardín de Hsi Wang Mu, Madre del Oeste, crecen ciertos melocotones, y que aquel a quien ella le permite saborearlos se vuelve inmortal.

Ts'ai Li lo miró durante un largo rato.

—Como desees, sabio señor —respondió al fin con un hilo de voz. Los curiosos suspiraron, miraron a su alrededor y se retiraron uno por uno. El inspector inclinó la cabeza—. Me marcho asombrado.

Tu Shan respondió al saludo.

—Saluda al emperador. También él merece compasión.

Yen Ting-kuo se aclaró la garganta, titubeó y ante un gesto siguió a Ts'ai Li fuera de la aldea. Regresaron a la mansión subiendo por la colina, seguidos por sus asistentes. Los plebeyos hicieron una reverencia, agachándose sobre las manos entrelazadas y retrocedieron hacia sus hogares. Tu Shan y sus discípulos permanecieron a solas junto al pozo. El viento murmuraba en el silencio. Las sombras iban y tenían.

Tu Shan cogió el cayado.

—Venid —dijo.

—¿Adonde, maestro? —aventuró Ch'i. —A nuestro refugio. Después... —Por un instante, el dolor le cruzó la cara—. No sé. A otra parte. Hacia las montañas del oeste, tal vez.

—¿Temes una represalia, maestro? —preguntó Wei.

—No. Confío en la palabra de ese señor. Pero conviene marcharse. Este viento huele a problemas.

—El maestro lo sabe —dijo el atrevido Ma—. Debe de haber sentido ese olor a menudo en sus muchos años. ¿De veras saboreaste esos melocotones?

Tu Shan sonrió.

—Tenía que decirle algo a ese hombre. Sin duda la historia se difundirá, y se inventarán anécdotas sobre otros que hicieron lo mismo. Bien, nosotros estaremos lejos.

Se puso en marcha.

—Os he advertido, jóvenes —continuó—, y os advertiré de nuevo. No tengo inspiración, ni secretos que revelar. Soy la más común de las personas, excepto que de algún modo, por alguna razón, mi cuerpo ha permanecido joven. Así que busqué el entendimiento, y descubrí que éste es el único modo de vida posible para los que son como yo. Si queréis escucharme, hacedlo. De lo contrario, id con mi bendición. Entretanto, andemos más deprisa.

—Pero dijisteis que no tenemos nada que temer, maestro—protestó Ma.

—No, no dije eso —respondió Tu Shan con voz cortante—. Temo presenciar lo que muy probablemente le pasará a esta gente a quien tanto amo. Son tiempos malignos. Debemos buscar un sitio apartado, y el Tao.

Echaron a andar en el viento.

III
El camarada

1

Una nave estaba cargando en el muelle Claudiano. Era grande para tratarse de un buque oceánico, con dos mástiles y el vientre negro y redondo con capacidad para unas quinientas toneladas. El dorado codaste, curvado sobre la cabeza y el cuello de cisne que adornaban la popa, también hablaba de riqueza. Luego se acercó para curiosear. Andaba por allí y había resuelto desviarse para ver qué novedades había en puerto. Siempre intentaba estar al corriente de todo lo que pasaba a su alrededor.

Los estibadores eran esclavos. Aunque era una mañana fresca, los cuerpos relucían y apestaban a sudor mientras subían ánforas por la plancha, dos hombres por vasija. La brisa del río mezclaba el olor de la brea fresca del barco con el de los esclavos. Lugo se acercó al capataz.

—El Nerida —contestó el capataz—, con vino, cristal, sedas y no sé qué más, para Britania. El capitán quiere coger la primera marea de mañana. ¡Eh, tú! —El látigo restalló sobre una espalda desnuda. Era de una sola cola y no tenía puntas, pero trazó una marca entre la clavícula y el taparrabo—. ¡Muévete! —El esclavo lo miró con furia resignada y se dirigió no sin dificultad hacia el siguiente fardo—. Hay que mantenerlos alerta —explicó el capataz—. Se ablandan y se ponen perezosos cuando remolonean. No son suficientes —suspiró—. En estos malos tiempos, puedes despedir a un hombre libre para llamarlo cuando lo necesitas. Pero la gente que ocupa su puesto de por vida...

—Me asombra que esta nave pueda zarpar —dijo Lugo—. ¿No atraerá piratas como un cadáver a las moscas? He oído que los sajones y escoceses arrasan las costas de Armórica.

—La Casa de los Cielos siempre fue inescrutable, y supongo que aguardan pingües beneficios a los pocos que se atrevan a navegar — respondió el capataz.

Luego asintió, se acarició la barbilla y murmuró:

—Es cierto que los ladrones del mar buscan su botín en tierra. Sin duda el Nereida llevará guardias, además de una tripulación bien armada. Aunque ataquen varios buques bárbaros, quizá los escoceses no puedan escalar esa alta borda desde sus carracas, y con el menor viento esta nave puede dejar a la zaga a las galeras sajonas.

—Hablas como marinero, pero no lo pareces. —El capataz lo miró con mayor atención, pues la suspicacia estaba en el orden del día. Vio a

un hombre juvenil y musculoso de talla media, cara angosta y pómulos altos, nariz curva, ojos castaños un tanto oblicuos; pelo negro y barba pulcramente recortada, a la moda; túnica limpia y blanca, capa azul con cogulla echada hacia atrás; sandalias fuertes y un cayado en la mano, aunque caminaba con agilidad.

Lugo se encogió de hombros.

—Conozco el mundo. Y me agrada hablar con la gente. Contigo por ejemplo. —Sonrió—. Gracias por satisfacer mi enorme curiosidad, y que tengas un buen día.

—Ve con Dios —contestó el capataz, desarmado, volviéndose hacia los esclavos.

Lugo continuó su paseo. Cuando llegó a la puerta siguiente, se detuvo para admirar el paisaje del este. Sus pestañas atraparon la luz del sol y formaron franjas irisadas.

Ante él se extendía el Garumna, en su camino hacia la confluencia con el Duranius, su estuario común y el mar. En la brillante extensión de agua se mecían varios botes de remo, un pesquero que bogaba corriente arriba con su carga, una gárrula vela sobre un bote alargado. Las tierras de la otra margen eran bajas e intensamente verdes; vio los pardos muros y las rosadas tejas de dos mansiones entre sus viñas y jirones de humo brotando de humildes techos de paja. Los pájaros revoloteaban por todas partes; petirrojos, golondrinas, grullas, patos, un halcón en lo alto, y un martín pescador asombrosamente azul. Sus trinos resbalaban sobre el murmullo del río. Era difícil creer que los infieles germanos amenazaban las puertas de Lugdunum, que la principal ciudad de la Galia central, a menos de quinientos kilómetros, hubiera caído en sus manos.

Pero también era fácil creerlo. Lugo tensó la boca. Olvídalo, se dijo. Era más proclive a la ensoñación que otros hombres, pero con menos excusas. Esta región se había salvado hasta ahora, pero cada año Lugo leía mejor las escrituras de la pared, como habrían dicho ciertos judíos que había conocido. Dio media vuelta y entró en la ciudad.

Era una puerta menor una abertura en las murallas cuyas torres y almenas rodeaban toda Burdigala. Un centinela medio dormido se apoyaba en la lanza contra las piedras entibiadas por el sol. Era un auxiliar, un germano. Las legiones estaban en Italia o cerca de las fronteras, y eran la sombra de lo que habían sido antaño. Entretanto, los bárbaros arrancaban a los emperadores el permiso para establecerse en tierras romanas. A cambio, debían obedecer las leyes y ceder tropas; pero en Lugdunensis, por ejemplo, se había rebelado...

Lugo atravesó el pomoeriurn abierto y entró en una calle que reconoció como la vía Vindomariana. Serpeaba entre edificios cuyos

flancos chatos tapaban el cielo, con adoquines embadurnados por entrañas pestilentes, un callejón oscuro que quizá se remontaba a épocas en que sólo los bituriges se acuclillaban allí. Lugo había aprendido a conocer la ciudad entera, tanto la parte vieja como los barrios nuevos.

Aquí se cruzaba con pocas personas, la mayoría vestidas con harapos. Las mujeres parloteaban a la vez que llevaban ropa sucia al río, cubos con agua del acueducto o cestos de hortalizas del mercado local. Un porteador llevaba una carga tan pesada como el carro contra el cual chocó; él y el cochero maldijeron, tratando de pasar. Un aprendiz que buscaba lana para su maestro se había detenido para cortejar a una muchacha. Dos campesinos con chaquetas y pantalones a la antigua, tal vez arrieros, hicieron comentarios con un acento tan dialectal y tantas palabras galas que Lugo apenas entendió lo que oía. Un borracho —un peón a juzgar por las manos, y sin trabajo a juzgar por el estado— caminaba dando tumbos buscando una juerga o una riña; el desempleo proliferaba mientras las turbulencias de la década anterior atentaban contra un comercio en decadencia. Una meretriz con ropas patéticamente ostentosas, buscando clientes ya a esas horas, rozó a Lugo. El la ignoró,

aunque aferró la bolsa que le colgaba de la cintura. Un mendigo jorobado pidió limosna en nombre de Cristo. Lugo también lo ignoró y el mendigo probó suerte con Júpiter; Mitra, Isis, la Gran Madre, y la céltica Epona; al fin lanzó maldiciones contra la espalda de Lugo. Niños desgreñados con ropas mugrientas hacían recados o jugaban. Por ellos sintió un aguijonazo de compasión.

Los rasgos levantinos de Lugo llamaban la atención. Burdigala era cosmopolita y llevaba sangre de Italia, Grecia, África y Asia. Pero la mayoría de sus habitantes seguían siendo como sus antepasados: robustos, de cabeza redonda, de pelo oscuro pero de tez clara. Hablaban latín con una entonación nasal que él nunca había llegado a dominar.

La tienda de un alfarero, que exhibía sus mercaderías y su rueda ronroneante, le indicó que debía girar hacia la más ancha calle Teutatis, a la cual el obispo últimamente intentaba hacer llamar San Johannes. Era la ruta más rápida para llegar por ese laberinto al callejón de la Madre Thornbesom, donde vivía el que buscaba. Tal vez Rufus no estuviera en casa, pero ciertamente no estaba trabajando. Hacía más de un año que el astillero no recibía pedidos, y los hombres dependían del Estado para comer; los circos sólo presentaban osos adiestrados o cosas similares. Si no encontraba a Rufus, esperaría en el vecindario sin hacerse notar. Había aprendido a ser paciente.

Había andado un trecho cuando se oyó un rumor. Otros también lo oyeron, se detuvieron, prestaron atención, ladearon la cabeza y entornaron los ojos. La mayoría empezó a retroceder. Los tenderos y

aprendices se apresuraron a cerrar puertas y postigos. Algunos hombres se frotaron las manos y echaron a andar hacia el ruido. El revuelo llamaba a los revoltosos. El bullicio creció, sofocado por las casas y los sinuosos callejones, pero inconfundible. Lugo conocía desde tiempo atrás ese gruñido profundo y brutal, los gritos y abucheos. La turba cazaba a alguien.

Comprendió con un escalofrío quién podía ser la presa. Vaciló un instante. ¿Valía la pena correr el riesgo? Cordelia, sus hijos, él y su familia podían tener treinta o cuarenta años por delante.

Tomó una decisión. Al menos vería si la situación era desesperada o no. Se cubrió la cabeza con la capucha. Cosido al borde tenía un velo, y lo bajó. Le permitía ver a través de la gasa, pero le ocultaba la cara. Lugo había aprendido a estar preparado.

Si lo veía una patrulla militar; quizá se extrañara y lo detuviera para interrogarlo. Sin embargo, si hubiera una patrulla en el vecindario, la turba no estaría persiguiendo a Rufus. Si la hubiera, pensó Lugo con un rictus, lo más probable era que arrestara a Rufus.

Lugo avanzó para interceptar el tumulto. Iba un poco más deprisa que los revoltosos, aunque no tanto como para llamar la atención. La capucha arrojaba una sombra que impedía ver el velo; tal vez nadie reparó en él. Para sus adentros, Lugo recitó antiguos encantamientos contra el peligro. Que no te domine el terror; mantén los tendones flojos y los sentidos alerta, dispuesto a entrar en acción en cualquier momento. Tranquilo, alerta, ágil; tranquilo, alerta, ágil...

Salió a la plaza Hércules al mismo tiempo que el perseguido. Una corroída estatua de bronce del héroe daba su nombre a la plazoleta. Varias calles partían desde allí. El perseguido era un sujeto corpulento, pecoso, de rasgos toscos, pelo fino, barba desaliñada y rojiza. La túnica que le ondeaba sobre las gruesas piernas estaba empapada de maloliente sudor. Éste debía de ser Rufus y «Rufus» —el Rojo —era un apodo.

El fugitivo era fuerte, pero no rápido. Sus perseguidores estaban a punto de alcanzarlo. Eran una cincuentena de trabajadores como él, con ropas raídas. Había varias mujeres, cuyos rizos de Medusa enfurecida enmarcaban rostros de ménade. La mayoría llevaba armas improvisadas, cuchillos, martillos, palos, adoquines. Algunas palabras sobresalían entre los gritos: «¡Hechicero...! ¡Pagano...! ¡Satanás! ¡Te mataremos!». Una piedra golpeó a Rufus entre los hombros. Rufus se tambaleó pero siguió adelante. Tenía la boca tensa, el pecho jadeante, los ojos desorbitados.

Lugo echó una rápida ojeada. A veces no se podía esperar para ver qué sucedía, había que tomar una decisión al instante. Calibró la situación, la distancia, las velocidades, la índole de la turba. El odio con

que gritaban denotaba terror. Valía la pena intentar el rescate. Si fallaba, quizá pudiera escapar sin heridas graves, sanaría pronto.

—¡A mí, Rufus! —gritó. Y a la turba—: ¡Alto! ¡Deteneos, perros sin ley!

El cabecilla de los perseguidores lanzó un gruñido. Lugo cerró las manos sobre el cayado. Era de roble. Le había abierto orificios en las puntas y los había rellenado de plomo. El cayado silbó y golpeó. El hombre gritó y cayó a un lado. Una costilla rota, probablemente. El arma de Lugo golpeó a otro debajo del pecho, arrancándole un bufido. Otro recibió un golpe en la rótula, gritó de dolor y cayó sobre dos que lo seguían. Una mujer blandió un estropajo. Lugo la esquivó y le pegó en los nudillos. Quizá quebró un par de huesos.

La multitud retrocedió, giró, gimió, chilló. Escudado tras su cayado movedizo, casi invisible, Lugo sonrió a los perseguidores y a los curiosos que habían aparecido.

—Regresad a casa —dijo—. ¿Os atrevéis a tomar en vuestras manos la ley del César? ¡Largo!

Alguien arrojó una piedra y erró. Lugo descargó un golpe en el cráneo más cercano. Controló su fuerza. Las cosas ya estaban bastante mal sin cadáveres que provocaran una inmediata acción oficial. No obstante, la herida sangró espectacularmente: un charco rojo en la piel y el pavimento, un motivo de alarma.

Rufus resollaba.

—Vamos —murmuró Lugo—. Despacio y tranquilo. Si corremos, nos perseguirán de nuevo. —Retrocedió, agitando el cayado con una sonrisa lobuna. Por el rabillo del ojo, vio que Rufus caminaba a su derecha. Bien. El sujeto había conservado cierta compostura.

Los perseguidores murmuraban boquiabiertos. Los heridos gemían. Lugo entró en la calle angosta que había escogido. Dobló la esquina y perdió a Hércules de vista.

—Ahora, en marcha —masculló, volviéndose hacia Rufus y cogiéndole la manga—. No, no corras. Camina.

Los testigos lo miraron con recelo, pero no se entrometieron. Lugo se metió en un callejón que conectaba con otra calle. Cuando estuvieron solos en medio del ajetreo, ordenó a Rufus que se detuviera. Se puso el cayado bajo el brazo y asió el broche que le sujetaba la capa.

—Te pondremos esto encima. —Guardó el velo dentro de la capucha antes de cubrir el llamativo pelo del acompañante—. Muy bien. Somos dos hombres apacibles que se dedican a sus ocupaciones. ¿Puedes recordarlo?

El artesano pestañeó. El sudor relucía en la escasa luz.

—¿Quién eres? —dijo con voz trémula—. ¿Qué buscas?

—Salvarte la vida —dijo con frialdad—, pero no me propongo arriesgar más la mía. Haz lo que digo y quizá encontremos un refugio. —El aturdido Rufus titubeó y Lugo se apresuró a añadir—: Acude a las autoridades, si lo deseas. Ve de inmediato, antes de que tus queridos vecinos se armen de valor y vengan a por ti. Di al prefecto que estás acusado de hechicería. Él lo averiguará, de todos modos. Mientras te interrogan bajo tortura, quizá puedas demostrar tu inocencia. La hechicería es un crimen capital, ya sabes.

—Pero tú...

—No soy más culpable que tú. Sospecho que podemos ayudarnos. Si no estás de acuerdo, adiós. De lo contrario, ven conmigo y mantén la boca cerrada.

El corpulento Rufus resopló. Se cubrió con la capa y comenzó a andar.

Pronto caminó con mayor soltura, pues nadie los detuvo. Ambos se mezclaron con el tráfico.

—Quizá creas que es el fin del mundo —murmuró Lugo—, pero fue un alboroto puramente local. Nadie más ha oído hablar de ello, o en todo caso a nadie le importa. He visto a la gente seguir con su vida cotidiana mientras el enemigo irrumpía por la puerta.

Rufus lo miró de soslayo y tragó saliva, pero guardó silencio.

2

La casa de Lugo estaba en el distrito noroeste, en la calle de los Zapateros, una zona tranquila. La casa era discreta, bastante vieja, y aquí y allá el estuco se desprendía de la pared. Lugo llamó y el mayordomo abrió la puerta; Lugo tenía pocos esclavos, cuidadosamente escogidos y seleccionados a través de los años.

—Este hombre y yo tendremos una charla confidencial, Perseo —dijo—. Quizá se quede un tiempo con nosotros. No quiero que nadie lo moleste.

El cretense asintió y sonrió.

—Entendido, amo —replicó—. Informaré a los demás.

—Podemos confiar en ellos —le dijo a Rufus, en un aparte—. Saben que tienen camas mullidas. —Y dirigiéndose a Perseo, añadió—: Como puedes ver y oler, mi amigo ha pasado un mal rato. Lo alojaremos en la

Sala Baja. Trae comida de inmediato; agua en cuanto puedas calentar una buena cantidad, toallas y ropa limpia. ¿Está hecha la cama?

—Siempre lo está, amo —dijo el esclavo, un poco ofendido. Reflexionó—. En cuanto a la indumentaria, la vuestra no servirá. Se la pediré prestada a Durig. ¿Debo comprar más?

—Todavía no —resolvió Lugo. Quizá necesitara de repente todo el efectivo disponible. Aunque no las envilecidas monedas pequeñas. Hacían demasiado bulto; un solidus de oro equivalía a catorce mil nummi—. Durig es nuestro peón —le explicó a Rufus—. Además, tenemos un hábil cocinero y un par de criadas. Un hogar modesto. —Los detalles domésticos tal vez calmaran a Rufus, poniéndolo en condiciones de responder a varias preguntas.

Del atrio pasaron a una sala de estar, igualmente austera. La luz del sol se volvía verdosa al atravesar las ventanas de estilo eclesiástico. En el centro del piso, un mosaico presentaba una pantera rodeada por pavos reales. Incrustados en las paredes había paneles de madera con motivos más comunes, el Pez y Chi Rho entre flores, un Buen Pastor de grandes ojos. Desde el reinado de Constantino el Grande había sido cada vez más imperativo profesar el cristianismo, y en esta región además convenía ser católico. Lugo seguía siendo catecúmeno; el bautismo le habría impuesto obligaciones inconvenientes. La mayoría de los creyentes lo postergaban hasta un período tardío de la vida.

Su esposa lo había oído llegar y le salió al encuentro.

—Bienvenido, querido —dijo con alegría—. Has vuelto pronto.

Vio a Rufus y se turbó visiblemente.

—Este hombre y yo tenemos asuntos urgentes —dijo Lugo—. Es muy confidencial. ¿Entiendes?

Ella tragó saliva pero asintió.

—Bienvenido seas —saludó con voz sumisa.

Buena chica, pensó Lugo. Era difícil dejar de mirarla. Cordelia tenía diecinueve años, de estatura baja pero formas deliciosamente redondeadas, con rasgos delicados y labios entreabiertos bajo una lustrosa mata de pelo castaño. Hacía cuatro años que era su esposa y le había dado dos hijos que aún vivían. El matrimonio le había brindado contactos útiles, ya que el padre de Cordelia era curial, pero no una dote digna de mención, pues la clase curial estaba agobiada por los impuestos y los deberes cívicos. Pero lo más importante para ambos esposos era la atracción mutua, y el lecho nupcial era un deleite cada vez mayor.

—Marco, ésta es mi esposa Cordelia —dijo Lugo. «Marco» era un hombre bastante común. Rufus inclinó la cabeza y gruñó. A ella le dijo—:

Debemos hablar de inmediato. Perseo se ocupará de todo. Estaré contigo cuanto antes.

Ella los siguió con la mirada. ¿Acaso suspiraba? Lugo sintió una punzada de temor. Había seguido adelante impulsado por la esperanza, una esperanza tan desbocada que insistía en negarla, recriminándose por ello. Ahora veía hacia dónde podía conducir la realidad.

No, no debía pensar en ello. No ahora. Un paso, dos pasos, pie izquierdo, pie derecho, así era como se avanzaba a través del tiempo.

La Sala Baja estaba en el subsuelo, parte del sótano que Lugo había cerrado con ladrillos tras adquirir la casa. Esos escondrijos eran comunes y no llamaban la atención. A menudo estaban destinados a las plegarias o a las austeridades íntimas. En el oficio del Lugo, era obvio que necesitaba un sitio a salvo de los curiosos. La celda era estrecha. Tres ventanas diminutas daban al jardín con peristilo de la planta baja. El vidrio era tan grueso y ondulante que impedía ver el interior; pero la luz que se filtraba resplandecía en las paredes blanqueadas, aclarando un poco la penumbra. En un anaquel había velas de sebo, y al lado un pedernal, acero y madera. Los únicos muebles eran una cama, un taburete y un orinal en el piso de tierra.

—Siéntate —invitó Lugo—. Descansa. Estás a salvo, amigo, a salvo.

Rufus se desplomó en el taburete. Se echó la capucha hacia atrás, pero se aferró la paenula contra la túnica; ese sitio estaba helado. Irguió la cabeza roja en un gesto desafiante.

—¿Quién demonios eres? —gruñó.

Su anfitrión se apoyó en la pared y sonrió.

—Flavio Lugo —dijo—. Y tú, según creo, eres un carpintero del astillero, sin empleo, a quien llaman Rufus. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Rufus barbotó una obscenidad y una pregunta:

—¿Qué te importa?

Lugo se encogió de hombros.

—Poco o nada, supongo. Podrías ser más amable conmigo. Esa chusma te habría quitado la vida.

—¿Y en qué te concierne? —replicó Rufus con dureza—. ¿Por qué te entrometiste? Mira, no soy hechicero. No me interesan la magia ni las prácticas paganas. Soy buen cristiano, un ciudadano romano libre.

Lugo enarcó las cejas.

—¿Nunca has hecho ofrendas salvo en las iglesias? —murmuró.

—Bien... eh, bien... Epona, cuando mi esposa agonizaba. —Rufus se encolerizó—. ¡Por el estiércol de Cernunnos! ¿Tú eres hechicero?

Lugo alzó la palma. Acarició el cayado persuasivamente.

—No lo soy. Ni te puedo leer la mente. Sin embargo, las viejas costumbres tarden en morir; aun en las ciudades, y la campiña es mayormente pagana. Por tu aspecto y tu modo de hablar yo diría que tus familiares fueron cadurci hace una o dos generaciones, en las colinas del valle del Duranius.

Rufus se aplacó. Respiraba ruidosamente. Se tranquilizó poco a poco y esbozó una sonrisa.

—Mis padres vienen de esa tribu —rezongó—. Mi nombre es Cotuadun. Pero todos me llaman Rufus. Eres observador.

—Me gano la vida con eso.

—Tú no eres galo. Cualquiera puede llamarse Flavio, ¿pero quién se llama Lugo? ¿De dónde eres?

—Hace varios años que me establecí en Burdigala.

—Se oyó un golpe en la puerta de madera—. Ah, aquí viene el amable Perseo con el refrigerio que ordené. Creo que tú lo necesitas más que yo.

El mayordomo trajo una bandeja con jarras de vino y agua, cuencos de pan, queso, aceitunas. La dejó en el suelo y se marchó a una seña de Lugo, cerrando la puerta. Lugo se sentó en la cama, sirvió vino, ofreció a Rufus un trago con poca agua, pero diluyó bien el suyo.

—A tu salud —propuso—. Hoy casi la perdiste. Rufus bebió un largo sorbo.

—¡Ahhh! Que me cuelguen, qué bueno está.

—Miró a su salvador con ojos entornados—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué significo para ti?

—Bien, en todo caso, esa chusma no tenía derecho a matarte. Eso es tarea del Estado, una vez que te han hallado culpable..., y no creo que lo seas. Me correspondía aplicar la ley.

—Me conocías.

Lugo bebió. El vino de Falerno tenía un sabor dulzón.

—Había oído hablar de ti. Rumores. Es natural. Me mantengo al corriente de lo que ocurre. Tengo mis agentes. Pero no te asustes, no son informadores secretos. Sólo mocosos callejeros, por ejemplo, que se ganan una moneda comunicándome las novedades de interés. Decidí buscarte y averiguar más. Fue una suerte para ti que eso ocurriera

exactamente cuando y donde pude rescatarte de tus compañeros de fatigas.

La pregunta lo turbó: ¿Cuántas oportunidades había perdido, y por qué márgenes, a través de los años? No compartía la difundida fe actual en la astrología. Pensaba que el mero accidente regía el mundo. Tal vez en esta ocasión había correspondido que los dados rodaran a su favor.

Siempre que el juego fuera real. Siempre que existiera alguien más como él, que alguna vez hubiera existido.

Rufus irguió la cabeza sobre los hombros macizos.

—¿Por qué lo hiciste? —rezongó—. ¿Qué demonios buscas?

Era preciso calmarlo. Lugo aplacó su propia ansiedad, su propio temor.

—Bebe el vino —dijo—. Escucha y me explicaré. Esta casa te habrá inducido a creer que soy un curial, o un tendero próspero, o algo por el estilo. No lo soy. No lo había sido en mucho tiempo. El decreto de Diocleciano había congelado a todos en la categoría dentro de la cual habían nacido, incluidas las clases medias. Pero en vez de dejarse aplastar; grano por grano, entre las piedras molares de los gravámenes, las regulaciones, la moneda envilecida, el comercio languideciente, cada vez más personas se daban a la fuga. Escapaban, cambiaban de nombre, se transformaban en siervos o esclavos, trabajadores migratorios ilegales y charlatanes; algunos se unían a las Baucaudae, cuyas pandillas de bandidos aterrorizaban las atrasadas zonas rurales, otros acudían a los bárbaros. Lugo había hecho arreglos más convenientes, muy de antemano. Estaba habituado a ser previsor.

—Actualmente soy empleado de un tal Aureliano, un senador de esta ciudad —continuó.

Rufus manifestó hostilidad.

—He oído hablar de él.

Lugo se encogió de hombros.

—Pues sí, llegó a ese cargo mediante el soborno, e incluso entre sus colegas es increíblemente corrupto. ¿Y qué? Es un hombre capaz de comprender que es sabio ser leal a quienes lo sirven. Los senadores no pueden participar en el comercio, como sabrás, pero él tiene variados intereses. Eso exige intermediarios que no sean meros mascarones. Yo soy su representante. Voy y vengo, huelo peligros y posibilidades, comunico mensajes, ejecuto tareas que requieren discreción, doy consejos cuando es apropiado. Hay posiciones peores en la vida. De hecho, hay algunas mucho menos honorables.

—¿Y qué quiere de mi Aureliano? —preguntó Rufus, inquieto.

—Nada. Jamás ha oído hablar de ti. Si el destino lo quiere nunca oirá hablar de ti. Te he buscado por decisión propia. Tú y yo podemos ayudarnos mucho.

—Lugo habló con voz más cortante—. No amenazo. Si no podemos trabajar juntos pero haces lo posible para colaborar conmigo, al menos intentaré sacarte de Burdigala para que empieces de nuevo en otro sitio. Recuerda que me debes la vida. Si te abandono, eres hombre muerto.

—Sabrán que me has escondido aquí —respondió con un gesto obsceno.

—Yo mismo se lo diré —declaró Lugo sin inmutarse—. Como ciudadano respetable, no quería que te descuartizaran ilegalmente, sino que creí mi deber entrevistarte en privado, sacarte de... ¡Alto! —Había dejado el tazón en el suelo mientras hablaba, suponiendo que Rufus se sulfuraría. Cogió el cayado con ambas manos—. Quédate donde estás, muchacho. Eres fuerte, pero ya has visto lo que puedo hacer con esto.

Rufus se quedó en su sitio y Lugo se echó a reír.

—Así está mejor. No seas tan irritable. No te quiero causar daño, de verdad. Déjame repetirlo. Si eres franco conmigo y haces lo que te digo, lo peor que puede ocurrirte es irte de Burdigala bajo un disfraz. Aureliano posee un vasto latifundio; sin duda le vendrá bien un peón, si yo lo recomiendo, y el senador encubriría todas las pequeñas irregularidades. Y lo mejor..., bien, aún no lo sé, así que no haré promesas, pero superaría la gloria de tus mayores sueños infantiles, Rufus.

Sus palabras y el tono tranquilizador surtieron efecto. Y también el vino. Rufus calló un instante, asintió, sonrió, bebió un sorbo, extendió la mano.

—¡Por la Trinidad, de acuerdo! —exclamó.

Lugo estrechó la dura palma. El gesto era nuevo en la Galia, quizás aprendido de inmigrantes germanos.

—Espléndido —dijo—. Tan sólo habla con franqueza. Sé que no será fácil, pero recuerda que tengo mis razones. Me propongo ser benévolo contigo, tanto como Dios permita.

Llenó el tazón vacío. A pesar de su aire jovial, estaba cada vez más tenso.

Rufus bebió, agitó el tazón.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Primero, por qué tienes problemas.

Rufus hizo una mueca de disgusto, apartando los ojos.

—Porque mi esposa falleció —masculló Rufus—. Eso inició los rumores.

—Muchos hombres enviudan —dijo Lugo, al mismo tiempo que los recuerdos le revolvían una espada en las entrañas.

La manaza se cerró sobre el tazón hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Mi Livia era vieja. Pelo blanco, arrugas, sin dientes. Teníamos dos hijos crecidos, varón y mujer. Están casados, tienen sus propios hijos. Y han envejecido.

—Me imaginaba algo así —susurró Lugo, pero no en latín—. ¡Oh Ashtoreth...! —Y en voz alta, usando la lengua común—: Los rumores que oí me sugerían algo parecido. Por eso fui a buscarte. ¿Dónde naciste Rufus?

—¿Y qué diablos sé yo? —respondió hurañamente—. ¡Demonios! Los pobres no llevan la cuenta como vosotros los ricos. No podría decirte quién es cónsul este año, y mucho menos quién lo era entonces. Pero mi Livia era joven como yo cuando nos enamoramos..., catorce, quince años. Era una hembra fuerte, paría vástagos como semillas de melón, aunque sólo dos llegaron a crecer. No se agotó pronto, como otras hembras.

—Entonces quizá tengas más de setenta años —murmuró Lugo—. Pero no aparentas más de veinticinco. ¿Alguna vez estuviste enfermo?

—No, a menos que cuentes un par de veces que me hirieron. Heridas feas, pero sanaron en pocos días, ni siquiera me dejaron cicatrices. Nunca tuve dolor de muelas. Una vez me cayeron tres dientes en una pelea, y volvieron a crecer. —Rufus habló con menos arrogancia—. La gente me miraba con creciente desconfianza. Cuando murió Livia, empezaron los rumores. —Rufus gruñó—. Decían que yo había hecho un paco con el diablo. Ella me dijo lo que había oído. Pero ¿qué cuernos podía hacer yo? Dios me dio un cuerpo fuerte, eso es todo. Ella me creyó.

—Yo también, Rufus.

—Cuando ella enfermó al fin, muchos dejaron de hablarme. Se alejaban de mí en la calle, se persignaban, se escupían el pecho. Acudí a un sacerdote. Él también se asustó de mí. Me dijo que viera al obispo, pero el bastardo no quiso acompañarme. Luego murió Livia.

—Una liberación —sugirió Lugo, sin poder contenerse.

—Bien, hacia tiempo que yo iba a un burdel —respondió Rufus sin rodeos. Se encolerizó—. Pero esas zorras me dijeron que me fuera y no regresara. Me enfurecí, armé un escándalo. La gente lo oyó y se agrupó

fuera. Cuando salí, los cerdos me insultaron. Tumbé al que más gritaba. Logré zafarme y echar a correr. Pero me persiguieron y eran cada vez más.

—Y habrías muerto pisoteado por ellos. O los rumores habrían llegado a oídos del prefecto. La historia de un hombre que no envejecía y obviamente no era un santo, así que debía de estar aliado con el diablo. Te habrían arrestado, interrogado bajo tortura, y sin duda decapitado. Éstos son malos tiempos. Nadie sabe qué esperar. ¿Vencerán los bárbaros? ¿Tendremos otra guerra civil? ¿Nos destruirá la peste, el hambre, el colapso total del comercio? Los herejes y hechiceros son objeto de temor.

—¡No soy nada de eso!

—No he dicho que lo fueras. Acepto que eres un hombre común, común como el que más, aparte de... Dime, ¿has oído hablar de alguien como tú, a quien el tiempo no parece afectar? ¿Parientes, quizá?

Rufus negó con la cabeza. Lugo suspiró.

—Tampoco yo. —Se armó de coraje y continuó—. Aunque he esperado e intentado, buscado y resistido, desde que llegué a comprender.

—¿Eh? —El vino goteó del tazón de Rufus. Lugo bebió un sorbo en busca de consuelo.

—¿Qué edad crees que tengo? —preguntó.

Rufus lo escudriñó antes de decir con voz gutural:

—Aparentas veinticinco.

Lugo torció la boca en una sonrisa.

—Como tú, tampoco sé mi edad con certeza —respondió lentamente—. Pero Hiram era rey de Tiro cuando yo nací allí. Las crónicas que he podido estudiar desde entonces indican que eso fue hace doce siglos.

Rufus se quedó boquiabierto. Las pecas lucían sombrías sobre la tez repentinamente blanca. Se persignó con la mano libre.

—No temas —lo exhortó Lugo—. No hice ningún pacto con las tinieblas. Ni con el cielo, llegado el caso, ni con ninguna potestad o ningún alma. Soy de tu misma carne, si eso significa algo. Simplemente, llevo más tiempo sobre la Tierra. Eso te hace sentir solo. Tú apenas has tenido tiempo de saborear esa soledad.

Se levantó, dejando el cayado y el tazón, para caminar por la estrecha habitación, las manos en la espalda.

—Flavio Lugo no fue el nombre con que nací, desde luego. Ese es sólo mi nombre más reciente. He perdido la cuenta de los que tuve. El primero fue..., no importa. Un nombre fenicio. Era un mercader hasta que los años me causaron los mismos problemas que tú tienes hoy. Durante mucho tiempo fui marino, guardia de caravanas, mercenario, bardo errante, todos los oficios en que un hombre puede ir y venir inadvertido. Tuve que asistir a una dura escuela. A menudo estuvieron a punto de matarme las heridas, los naufragios, el hambre, la sed, muchos peligros. A veces habría muerto, de no ser por el extraño vigor de este cuerpo. Un peligro más lento, más temible cuando empecé a notarlo, era el desquiciarme, de perder el juicio entre los recuerdos. Por un tiempo estuve fuera de mis cabales. En cierto modo fue piadoso; amortiguó el dolor de perder a todas las personas que llegaba a amar; perderlo a él, perderla a ella, perder a los niños... Poco a poco elaboré el arte de la memoria. Ahora tengo capacidad de recordar; soy como una biblioteca de Alejandría ambulante... No, ésa ardió, ¿verdad? —Rió entre dientes—. Tengo mis deslices. Pero domino el arte de almacenar lo que sé hasta que lo necesito, y entonces lo recobro. Domino el arte de controlar la pena. Domino...

Observo la mirada estupefacta de Rufus y se interrumpió.

—¿Mil doscientos años? —jadeó el artesano—. ¿Viste al Salvador?

Lugo esbozó una sonrisa forzada.

—Lo lamento, pero no lo vi. Si nació durante el reinado de Augusto, como dicen, eso habría sido entre trescientos y cuatrocientos años atrás. Entonces yo estaba en Britania. Roma aún no la había conquistado, pero el comercio era activo y las tribus meridionales eran cultas a su manera. Y mucho menos pendencieras. Es una característica siempre deseable en un lugar. Difícil de encontrar hoy en día, a menos que huyas hacia los germanos, los escoceses o lo que sea. Y aun ellos...

»También domino el arte de aparentar más edad. Polvo capilar; tinturas, esas cosas son incómodas y poco fiables. Dejo que todos comenten sobre mi apariencia juvenil. A fin de cuentas, algunas personas aparentan menos edad de la que tienen. Pero entretanto empiezo a encorvarme, a arrastrar los pies, a toser; a fingir que oigo mal, a quejarme de dolores y malestares y de la insolencia de la juventud moderna. Sólo funciona hasta cierto punto, desde luego. Finalmente debo esfumarme e iniciar otra vida en otra parte, con otro nombre. Trato de arreglar las cosas para hacer creer que me escapé y me topé con algún infortunio, quizá porque envejecí y me volví distraído. Y en general he podido prepararme para esa circunstancia. Acumulo gran cantidad de oro, estudio el lugar adonde iré, a veces lo visito para establecer mi nueva identidad.

La fatiga de los siglos lo abrumó un instante.

—Detalles, detalles. —Calló y miró por una de las ventanas ciegas—. ¿Me estoy volviendo senil? Rara vez divago de esta manera. Bien, tú eres el primer congénere que encuentro, Rufus, el primero. Esperemos que no seas el último.

—¿Has oído hablar de otros? —aventuró Rufus a sus espaldas.

Lugo meneó la cabeza.

—Ya te he dicho que no. ¿Cómo podría saberlo? A veces creí hallar un rastro, pero lo perdí o resultó falso. Quizá una vez. No estoy seguro.

—¿Quién era..., amo? ¿Quieres contarme?

—Por qué no. Fue en Siracusa, donde pasé muchos años a causa de sus lazos con Cartago. Maravillosa ciudad. Una mujer llamada Althea, de bonita apariencia, y brillante como a veces eran las mujeres en los últimos días de las colonias griegas. Ella y su esposo eran conocidos míos. Él era un magnate naviero y yo era capitán de un carguero volandero. Hacía más de tres décadas que estaban casados. Él estaba calvo y barrigón, y ella le había dado doce hijos y el mayor de ellos peinaba canas, pero Althea parecía una doncella en primavera.

Calló un rato antes de continuar.

Luego dijo con voz monocorde:

—Los romanos capturaron la ciudad. La saquearon. Yo estaba ausente. Siempre has de tener una excusa para largarte cuando ves venir esas cosas. Cuando regresé, hice preguntas. Quizá la tomaron como esclava. Pude haber tratado de encontrarla y comprarla para darle la libertad. Pero no, cuando hallé a alguien que sabía, tan insignificante como para haber sobrevivido, supe que estaba muerta. Violada y apuñalada. No sé si es cierto o no. Las historias crecen con cada versión. No importa. Fue hace mucho tiempo.

—Qué lástima. Tendrías que haber llegado antes allí. —Rufus se puso tenso—. Eh, lo lamento, amo. Pero no pareces odiar a Roma.

—¿Por qué habría de odiarla? Es la misma y eterna historia. Guerra, tiranía, exterminio, esclavitud. Yo mismo he formado parte de ello. Ahora Roma es la perjudicada.

—¿Qué? —jadeó Rufus—. ¡No puede ser! ¡Roma es eterna!

—Como gustes. —Lugo se volvió hacia él—. Parece que al fin he hallado a otro inmortal. Por lo menos, he aquí a alguien a quien puedo salvaguardar; vigilar; para asegurarme. Bastará con dos o tres décadas. Aunque ya no tengo dudas.

Inhaló profundamente.

—¿Comprendes qué significa? No, no puedes comprender. No has tenido tiempo para pensar en ello.

Examinó el tosco semblante, la frente baja, la consternación transformada en primitiva alegría.

«No creo que jamás comprendas —pensó—. Eres un carpintero más o menos competente, eso es todo. Y aun así tengo suerte de haberte encontrado. A menos que Althea..., pero ella se me escurrió entre los dedos. La muerte me la arrebató.»

—Significa que no soy único —dijo Lugo—. Si hay dos de nosotros, debe de haber más. Muy pocos, muy infrecuentes. No está en la herencia sanguínea, como la altura o el color o las deformidades típicas de una familia. Fuera cual fuese la causa, pasa por accidente. O por voluntad de Dios, si prefieres, aunque en tal caso Dios es bastante caprichoso. Y sin duda meros accidentes eliminan a muchos inmortales en su juventud, tal como eliminan a hombres, mujeres y niños comunes. Podemos escapar de la enfermedad, pero no de la espada ni del caballo desbocado ni de la inundación ni del fuego ni del hambre. Posiblemente otros mueren a manos de vecinos que los consideran demonios, magos, monstruos.

—La cabeza me da vueltas —gimió Rufus, intimidado.

—Bien, has pasado un mal rato. Los inmortales también necesitan descanso. Duerme si lo deseas.

Rufus tenía los ojos vidriosos.

—¿Por qué no podemos decir que somos... santos? ¿Ángeles?

—¿Cuán lejos habrías llegado así? —se burló Lugo—. Tal vez, un hombre nacido en la realeza... Pero no creo que eso nunca haya ocurrido, tan rara como es nuestra especie. No, si sobrevivimos, pronto aprendemos a pasar inadvertidos.

—¿Entonces cómo nos encontraremos? —Rufus hipó y ventoseó.

3

—Ven conmigo al peristilo —dijo Lugo.

—Oh, encantada —canturreó Cordelia, casi bailando.

Era un atardecer sereno y despejado. La luna, casi llena, brillaba sobre el tejado este en un cielo azul violáceo. Hacia el oeste, el cielo se oscurecía y despuntaban estrellas trémulas. El claro de luna moteaba los canteros, tiritaba sobre el agua de un estanque, bañaba de plata el rostro joven y los senos de Cordelia.

Permanecieron unos pocos minutos tomados de la mano.

—Hoy has estado atareado —dijo ella al fin—. Cuando regresaste temprano, pensé... Desde luego, tenias trabajo que hacer.

—Por desgracia, sí —respondió Lugo—. Pero estas horas nos pertenecen.

Se apoyó en él. Su melena castaña conservaba la fragancia del sol.

—Los cristianos deben agradecer lo que tienen. —Cordelia rió—. Es fácil ser cristiana esta noche.

—¿Cómo se han portado hoy los niños? —preguntó él. Su hijo Julius, que ya no se tambaleaba sino que brincaba por todas partes, y empezaba a hablar; y la pequeña Dora, dormida en su cuna, las manitas entrelazadas.

—Bien, muy bien —dijo Cordelia, algo sorprendida.

—Los veo tan poco.

—Te interesas por ellos. Pocos padres se interesan tanto como tú. —Cordelia le apretó la mano—. Quiero darte muchos hijos. —Y añadió con picardía: —Podemos empezar enseguida.

—Yo... he intentado ser amable.

Ella oyó cómo arrastraba las palabras, soltó a Lugo, y lo miró con alarma.

—¿Qué pasa, querido?

Él se obligó a aferrarle los hombros, a mirarla a la cara. El claro de luna la hacía desgarradoramente bella.

—Entre nosotros, nada —respondió. Sólo que tú envejecerás y morirás. Y ha ocurrido tantas, tantas veces. No puedo contar las muertes. No hay medida para el dolor; pero creo que no ha disminuido; simplemente he aprendido a convivir con él, como un mortal aprende a convivir con una herida incurable. Creí que tendríamos treinta, quizá cuarenta años antes de mi partida. Habría sido maravilloso—. Pero debo realizar un viaje inesperado.

—¿Algo que te dijo ese hombre, Marco? —Lugo asintió. Cordelia hizo una mueca de disgusto—. No me agrada. Perdóname, pero no me agrada. Es tosco y estúpido.

—En efecto —convino Lugo. Le había parecido conveniente que Rufus compartiera la cena con ellos. El encierro en la Sala Baja, con la única compañía de sus temores y esperanzas animales, habría desbaratado la poca compostura que le quedaba y la necesitaría para el porvenir—. Aún así, me trajo información importante.

—¿Puedes decirme de qué se trata? —Cordelia se esforzó para que no pareciera una súplica.

—Lo lamento, no. Tampoco puedo decir adónde me dirijo ni cuánto tardaré en regresar.

Ella le cogió ambas manos. Se le habían enfriado los dedos.

—Los bárbaros. Piratas. Bacaudae.

—El viaje tiene sus peligros —admitió él—. He pasado buena parte del día haciendo arreglos para ti. Por si acaso, querida, por si acaso. —La besó. Los trémulos labios de Cordelia tenían un tenue gusto a sal—. Debes saber que éste es un asunto que puede interesar o no a Aureliano, pero en caso afirmativo se debe investigar de inmediato, y él está en Italia. Se lo he dicho a su amanuense Corbilo, y él te dará mi paga para tus necesidades. También te he dejado una suma sustancial en la iglesia. El sacerdote Antonino la ha guardado y me entregó un recibo que te daré. Y eres heredera de esta propiedad. Tú y los niños estaréis bien. —Siempre que Roma resista.

Ella se arrojó a sus brazos y se acurrucó. Él le acarició el pelo, la espalda, arrugando el vestido, transformando la caricia en abrazo.

—Calma, calma —la arrulló—, esto es sólo una previsión. No temas. No correré grandes riesgos. —Eso creía—. Regresaré. —Eso no era cierto y decirlo era doloroso como una llamarada.

Bien, sin duda ella se casaría de nuevo, cuando lo dieran por muerto. Lo vieron por última vez en la costa ordovicia, cuando atacaron los escoceses...

Ella se apartó, se abrazó el cuerpo, tragó saliva, sonrió trémulamente.

—Claro que S-S-sí —respondió—. R-r-rezaré por ti todo el tiempo. Y tenemos esta noche.

Hasta poco antes del alba, cuando zarpaba el Nereida. Había comprado pasajes para él y para Rufus. La mayor parte de Britania continuaba segura, pero los bárbaros causaban suficientes estragos como para que nadie cuestionada a un par de hombres que aparecían en Aquae Sulis o Augusta Londinium contando que habían huido. Dinero en mano, podrían comenzar de nuevo; y Lugo había enterrado una buena provisión de monedas fuertes en la isla, varias generaciones atrás.

—Si tan sólo pudieras quedarte —dijo Cordelia sin querer.

—Si pudiera.

Pero Rufus estaba marcado en Burdigala.

Rufus, el patán, el inmortal, quien sin duda perecería sin un hombre inteligente que lo cuidara. Y no debía morir. Por torpe que fuera, la suya era la única ayuda con que Lugo podría contar cuando se reuniera su raza.

Cordelia notó con qué dolor decía su esposo esas palabras.

—No lloraré —declaró—. Tenemos esta noche. Y muchas, muchas más cuando regreses. Te esperare, te esperaré por siempre jamás.

No, pensó Lugo, no lo harás. No tendrá sentido, una vez que consideres que eres viuda, aún joven pero con el tiempo pisándote los talones.

Tampoco podrías haber esperado por siempre jamás.

Busco a aquella que nunca tendrá que abandonarme.

IV
Muerte en Palmira

La caravana de Trípolis partiría al romper el alba. Nebozabad, el jefe, quería que todo estuviera listo la noche anterior. Quería que cada hombre ensayara cómo instalar y levantar el campamento. Las demoras no sólo costaban dinero, sino que multiplicaban los riesgos.

Así pensaba él. Algunos le decían que se lo tomara con calma. Afirmaban que la paz era segura, con Siria en manos árabes. ¿Acaso el califa mismo no había pasado por Tadmor, en su camino hacia la santa Jerusalén, tres años atrás? Nebozabad era menos confiado. Durante su vida había visto demasiadas guerras, con el consiguiente desmoronamiento del comercio, el colapso del orden y el auge del bandidaje. Se proponía usar cada hora de oportunidad que Dios le brindara.

Por lo tanto sus acompañantes no dormían en un caravasar sino en un terreno más allá de la Puerta de Filipo. Él iba de aquí para allá, hablando con los conductores de camellos, los guardias, los comerciantes, los plebeyos, dando órdenes cuando era necesario, dando al tumulto una forma y un sentido. Era bien entrada la noche cuando terminó. Se detuvo, pues, para disfrutar de un momento a solas. El humo de las fogatas que chispeaban en el campamento flotaba en el aire fresco. Alrededor todo era negrura. Distinguió la punta de algunas tiendas, alzadas por sus viajeros más prósperos, y a veces la luz rebotaba en la punta de la lanza de un centinela. Nebozabad quería que todo lo rutinario funcionara desde el principio. Le llegaban murmullos a los oídos, palabras de hombres que permanecían levantados, en ocasiones el suave relincho de un caballo o el gorgoteo gutural de un camello.

Un sinfín de estrellas titilaba en el cielo. Desde el oeste una luna gibosa alumbraba el valle angosto, escarchando colinas, palmares, las tumbas monumentales que se elevaban en las sombras, las torres y almenas de la muralla de la ciudad. Esa pared blanca y grisácea se elevaba como si hubieran levantado una franja de la estepa que rodeaba esta cuenca. Parecía tan eterna e inquebrantable como si la vida que ahora dormía a su amparo pudiera palpitar todos los días para siempre.

Nebozabad se mordió el labio ante esta idea. Bien sabía que no era así. En su propia vida los persas habían expulsado a los romanos, y luego los romanos habían expulsado a los persas, y por aquel entonces, ambas naciones huían de la espada del Islam; y aunque las rutas comerciales de Tadmor aún llevaban y traían fortunas, la gloria de la ciudad había pasado. Ah, haber vivido cuando ella —Palmira en las lenguas latina y

griega— era la reina de Siria, antes de que el emperador Aureliano aplastara el intento de liberación de Zenobia...

Nebozabad suspiró, se encogió de hombros, dio media vuelta y echó a andar. Una ciudad, como un hombre, debía someterse a los designios de Dios. En eso, al menos, los musulmanes tenían razón.

A su paso oyó y respondió varios saludos: «Cristo sea contigo, señor.» «Y con tu espíritu.» Todos reconocían su forma corpulenta en el sencillo *djellakak,* sus gruesos rasgos a la intemperie. La luz de la luna le rozaba las estrías blancas del pelo y de la barba recortada.

Se acercó a su tienda. Era de buen material, aunque de tamaño modesto. Nunca llevaba un peso que podría ir, en cambio, en artículos de valor.

El fulgor amarillo de la lámpara se filtraba por la entrada abierta.

Una mano le aferró el tobillo. Se paró en seco, ahogó un suspiro, cerró los dedos sobre la empuñadura del cuchillo.

—Silencio. —Un susurro frenético—. Por la misericordia de Dios, te lo suplico. No quiero hacerte daño.

No obstante sintió un escalofrío al mirar. Alguien estaba agazapado en el suelo, una palidez entre las sombras.

—Necesito ayuda —dijo la voz, y Nebozabad creyó reconocerla—. ¿Podemos hablar a solas? Mira, no llevo armas.

A menudo Nebozabad tenía que tomar decisiones rápidas.

—Espera —murmuró. La mano implorante lo soltó. Nebozabad dio la vuelta hasta el frente de la tienda y entró en ella tratando de que nadie lo viera. Dentro, la tela de pelo de camello encerraba algo de tibieza. Una lámpara de arcilla alumbraba el lecho preparado, la jarra y el cuenco de agua y dos o tres pequeñas comodidades. Su sirviente lo saludó tocando la tierra con las rodillas, las manos y la frente.

—¿Qué desea mi amo? —preguntó.

—Espero una visita —dijo Nebozabad—. Sal cautelosamente, tal como yo llegué. Cuando haya cerrado la entrada, no dejes que nadie venga, ni menciones una palabra sobre esto. —Que caiga sobre mi cabeza, amo. —El esclavo se fue con el mayor sigilo. Nebozabad lo había escogido y lo había adiestrado bien; era del todo leal. Cuando se hubo marchado, Nebozabad se asomó un instante, susurró «Adentro» y se retiró.

La otra persona se escurrió, se enderezó, y lo miró cara a cara. A pesar de que lo sospechaba, Nebozabad jadeó. Una mujer. ¡Oh, vaya mujer!

Ella se había acuclillado, las manos tendidas sobre el regazo. Las trenzas le cubrían los hombros, se le derramaban sobre los pechos. Nebozabad supuso que no era por mera coincidencia. No tenía nada más encima, excepto mugre, una estría de sangre coagulada en el brazo izquierdo, sudor que resplandecía a la luz de la lámpara, y ese aire de abatimiento. Su cuerpo podía haber pertenecido a una diosa antigua, esbelto, pechos firmes, cintura delgada, caderas redondas. Tenía pómulos altos, nariz recta, labios carnosos sobre la tersa mandíbula. La tez era ligeramente dorada y los grandes ojos, bajo cejas arqueadas, eran castaños. En ella, el romano de Occidente, el romano de Oriente, el heleno y el persa se habían mezclado con Siria.

Él la observó. Parecía una doncella, no, una matrona joven, no, algo para lo cual no tenía nombre. Pero la conocía.

—Oh Nebozabad, viejo amigó —dijo ella con voz trémula y acariciante—, tú eres mi única esperanza. Ayúdame, como una vez mi casa te ayudó. Nos conoces desde siempre.

Cuarenta y pico de años. El pensamiento fue como un mazazo. Su mente retrocedió una treintena de esos años.

1

Aliyat ansiaba el retorno de Barikai, pero también lo temía. Tendría el solaz de abrazarlo y brindarle su amor sin freno. Así habían permanecido juntos al perder otros niños, pero ésos eran bebés. Ante todo debería contarle qué había ocurrido.

Él estaba en otra parte de Tadmor, hablando con el mercader Taimarsu. Las noticias del frente eran desalentadoras. Los persas infligían una derrota tras otra a los romanos, internándose en Mesopotamia, con las escasas defensas de Siria a la izquierda. Cada vez más, el comercio con la costa se encerraba en su caparazón y aguardaba el desenlace. Los caravaneros como Barikai sufrían. La mayoría tenía miedo de aventurarse en cualquier parte. Él, más audaz, persuadía a los mercaderes para que no permitieran que las mercancías se estropearan en los depósitos.

Ella imaginó el ímpetu, la risa de Barikai: «Los llevaré. ¡Los precios de Trípolis y Berytus estarán en alza! La recompensa es para los valientes.» Ella lo había alentado. Hija de un hombre del mismo oficio, estaba más cerca del marido que la mayoría de las mujeres, casi un socio además de amante y madre de sus hijos. Eso calmaba la angustia que sentía cuando subía a la muralla de la ciudad para verlo marchar más allá del horizonte.

Pero ese día... Una esclava la halló en el jardín y anunció: «El amo está aquí.» El corazón se le encogió. Se armó de coraje, como deben hacerlo las mujeres en el lecho del parto o junto a un lecho de muerte, y se apresuró. Sus faldas susurraron a través de un silencio lleno de ojos. Todos los criados estaban al corriente.

Era una servidumbre numerosa en un gran edificio. Hasta tiempos recientes, Barikai, como su padre, había prosperado. Aliyat esperaba no tener que vender ningún esclavo; les tenía afecto. Estaba instituyendo la frugalidad... ¿Qué importaban esas cosas?

El atrio estaba oscuro en el anochecer. Aliyat miró la imagen de la Virgen, erguida en un nicho, un fulgor azul y oro contra la pared blanqueada. Se arrodilló un instante ante ella, rogando en silencio que la noticia no fuera cierta. La imagen la miró sin inmutarse.

Barikai acababa de entregar la capa a un sirviente. Debajo usaba una túnica decorada con hilo de oro, para demostrar poder y confianza. Aunque el tiempo le había agrisado el pelo oscuro y le había arrugado la cara enjuta, aún caminaba con agilidad.

—Cristo sea contigo, señora mía —comenzó como correspondía en presencia de criados. Aguzó los ojos. Se acercó a ella a grandes pasos y le cogió los hombros—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella tuvo que tragar saliva dos veces antes de rogarle que la acompañara. Sin añadir ni una palabra más, la siguió en silencio hasta el jardín.

Rodeado por la casa, éste era un lugar tranquilo y fresco, un refugio apartado del mundo. Jazmines y rosas crecían alrededor de un estanque con lirios de agua. Las fragancias impregnaban el aire. El cielo se había vuelto espléndidamente azul mientras el sol se hundía detrás del tejado. Era un lugar donde dos personas podían estar a solas.

Aliyat se volvió a Barikai. Cerró los puños y exclamó:

—¡Manu ha muerto!

Él no se movió.

—El joven Mogim trajo la noticia esta mañana —prosiguió Aliyat—. Estaba entre los pocos que escaparon. El escuadrón patrullaba al sur de Khalep cuando lo sorprendió la caballería persa. Mogim vio que Manu recibía una flecha en el ojo, caía de la silla y rodaba bajo los cascos.

—Al sur de Khalep —graznó Barikai—. Ya. Entonces están entrando en Siria.

Ella supo que ese pensamiento de hombre era el primer escudo que él podía alzar. Era frágil, y pronto se resquebrajó.

—Manu —dijo Barikai—. Nuestro primogénito. Muerto. —Le tembló la mano mientras se persignaba una y otra vez—. Dios se apiade de él. Cristo lo acoja en su seno. Ayúdalo, santo Georgios.

Yo también debería rezar, pensó Aliyat y supo con vaga sorpresa que el deseo de hacerlo se había marchitado.

—¿Se lo has dicho a Aqmat? —preguntó Barikai.

—Desde luego. Creo que es mejor dejarla a ella y sus hijos en paz por un tiempo. —La joven esposa de Manu había vivido aterrada por esto desde que lo habían llamado para la guerra. La noticia había sido como un martillazo.

—Envié un mensajero a Haira, pero su amo lo ha despachado a Emesa con algún encargo —continuó Aliyat. El menor de sus hijos trabajaba para un vinatero—. Las hermanas guardan luto en casa. —Sus tres hijas vivas estaban bien casadas, y ella se alegraba de haberse esforzado para ahorrar buenas dotes para ellas.

—Creo..., para continuar mi trabajo..., creo que tomaré a Nebozabad como aprendiz —murmuró Barikai—. Lo conoces, ¿verdad? Hijo de la viuda Hafsa. Tiene sólo diez años, pero es un mozo capaz. Y sería un acto de bondad. Tal vez los santos sonrían al alma de Manu.

De pronto la apretó con mucha fuerza, haciéndole daño.

—¿Pero por qué divago de este modo? —gritó—. ¡Manu ha muerto! Ella le aflojó las manos, se cobijó en sus brazos y lo estrechó con fuerza. Así permanecieron largo rato, mientras las sombras se elevaban en el jardín y la luz se derramaba desde el cielo.

—¡Aliyat, Aliyat! —susurró él al fin, con voz trémula—, mi amor, mi fuerza. ¿Cómo puede ser que seas así? Esposa mía, madre, abuela, y sin embargo, bien podrías ser la joven con quien me desposé.

2

Cuando los persas ocuparon Tadmor, primero impusieron un oneroso tributo. Luego no fueron malos señores, no peores que los romanos, pensaba Aliyat en secreto. Los zoroastrianos, que consideraban sagrado el fuego, dejaban que todos adorasen de acuerdo con sus creencias, e incluso evitaron que los cristianos ortodoxos, los cristianos nestorianos y los judíos se molestaran entre sí. Entretanto, el firme control de los territorios que conquistaron permitió reiniciar el comercio, incluso con su propio país. Al cabo de doce años, la gente oyó que avanzaban aún más, que tomaban Jerusalén y luego Egipto. Aliyat se preguntaba si continuarían hasta la vieja Roma, pero, por lo que había

oído decir sobre Italia, esa tierra arrasada, dividida entre jefes lombardos, el Papa católico y restos de guarniciones imperiales, supuso que no valía la pena.

Llegaron rumores de que un nuevo emperador, Heraclio, reinaba en Constantinopla, y se decía que era enérgico y capaz. Sin embargo, tenía problemas. Apenas había logrado impedir que los salvajes avaros tomaran la capital. En Tadmor esos acontecimientos parecían remotos e irreales. Aliyat era casi la única mujer de allí que siquiera tenía noticias de ellos. Uno debía solucionar su vida privada. Para ella, además, los años y los días se confundían. El nacimiento de un nieto, la muerte de un amigo, afloraban a la realidad y luego se erguían en la memoria como cerros solitarios espiando una larga caravana.

Así estaban las cosas en el momento en que llegaron a su fin.

Aliyat enfiló hacia el ágora con una corpulenta criada. Partieron temprano por la mañana, para terminar los regateos y nacer las compras antes de que el calor del día indujera a la gente a descansar. Barikai murmuró una despedida que ella apenas pudo oír. Últimamente él estaba débil, con espasmos en el pecho y resuellos; él, que había sido tan fuerte. Ni las plegarias ni los médicos servían de mucho.

Aliyat y Mará caminaron por la sinuosa calle hasta el peristilo y continuaron avanzando. La gran doble hilera de columnas relucía triunfalmente entre los arcos de ambos extremos, estallando en una florescencia allí donde los capiteles desafiaban el cielo. Desde un reborde de cada hilera, la estatua de un ciudadano célebre miraba hacia abajo, siglos de historia en actitud solemne. Debajo, las calles estaban atestadas de tiendas, oficinas comerciales, capillas, burdeles, seres humanos. Los olores eran punzantes: humo, sudor, estiércol, perfume, aroma de especias, aceites y frutos. El ruido era tumulto de pisadas, cascos, ruedas crujientes, martillazos, cánticos, gritos, discursos, en general en el arameo de ese país pero también en griego, persa, árabe y lenguas de tierras aún más distantes. Giraban los colores, una manta, una túnica, un velo, un tocado, un pendón ondeando sobre una lanza, un adorno, un amuleto. Un vendedor de alfombras estaba sentado entre los ricos matices de sus mercancías. Un vinatero mantenía en alto su vasija de cuero. Un calderero trabajaba el metal. Un carro de bueyes avanzaba entre las multitudes, cargado con dátiles del desierto. Un camello gruñía y se bamboleaba bajo los fardos, más allá de la vista de Aliyat. Un grupo de jinetes persas trotaba detrás de un heraldo que ordenaba a la multitud que despejara el camino; las armaduras centelleaban, los penachos ondeaban. Una litera trasladaba a un rico comerciante, y otra a una acicalada cortesana, y ambos miraban con indolente insolencia. Un sacerdote cristiano dejó pasar a un austero mago y se persignó. Arrieros

que traían ovejas de las áridas estepas caminaban boquiabiertos entre tentaciones que quizá los dejaran sin un céntimo antes de regresar a sus tiendas. Una flauta gorjeaba, un tamboril repiqueteaba, alguien cantaba con voz aguda y trémula.

Ésta era su ciudad, Aliyat lo sabía, ésta era su gente, y sin embargo, estaba cada vez más lejos de ellos.

—¡Señora! ¡Señora!

Aliyat se detuvo y miró alrededor. Nebozabad se abría paso a codazos, y la gente lo maldecía agitando los puños. Él continuó sin prestar atención hasta llegar a ella. Aliyat le miró el semblante y sintió un nudo en el estómago.

—Señora, esperaba poder alcanzarte —jadeó el joven—. Yo estaba con mi amo, tu esposo, cuando él sufrió un ataque. Dijo tu nombre. Mandé buscar un médico y vine a avisarte.

—Vamos —dijo Aliyat.

Él la guió abriéndole paso a gritos. Bajo un cielo brillante y despiadado regresaron a la casa.

—Espera —ordenó Aliyat ante la puerta del dormitorio y entró sola.

No tenía por qué haber lastimado a Nebozabad dejándolo en el corredor. No había reflexionado. Dentro había varios esclavos, apartados conmocionados e impotentes. Pero también estaba el hijo varón que les quedaba. Hairan, inclinado sobre la cama, se aferraba al que estaba tendido en ella.

—Padre —suplicaba—, padre, ¿puedes oírme?

Barikai tenía los ojos echados hacía atrás, un blanco insidioso contra el azul que trepaba por debajo de la piel. Le salía espuma por los labios. La respiración era violenta, ronca, entrecortada. Las cortinas de abalorios de las ventanas trataban de oscurecer el espectáculo. Para Aliyat sólo creaban un crepúsculo donde lo veía con mayor crudeza.

Hairan alzó los ojos, la barba humedecida por las lágrimas.

—Temo que está agonizando, madre.

—Lo sé. —Aliyat se arrodilló, apartó las manos del hijo, tendió los brazos sobre Barikai y apoyó la mejilla en el pecho de su esposo. Oyó y sintió cómo se le escapaba la vida.

Levantándose, le cerró los ojos y trató de enjugarle la cara. En ese momento, llegó el médico.

—Yo me encargaré de eso, señora —ofreció.

Ella negó con la cabeza.

—Yo lo prepararé —dijo—. Es mi derecho.

—No temas, madre —tartamudeó Hairan—. Cuidaré de ti, tendrás una vejez apacible... —Las palabras murieron. Él la miró fijamente, al igual que el médico y los esclavos. Barikai, caravanero, no había llegado a los setenta años, pero los aparentaba, con el pelo blanco, el rostro consumido, los músculos marchitos sobre los huesos. La viuda, en cambio, parecía una mujer de veinte primaveras.

3

Hairan el vinatero tuvo un nieto varón, para gran regocijo de su casa. La fiesta con que él y su padre agasajaron a parientes y amigos duró hasta tarde en la noche. Aliyat se retiró temprano a la parte trasera del edificio, donde tenía una habitación. Nadie lo tomó a mal; a fin de cuentas, aunque sus años le granjearan respeto, eran un peso.

No fue a descansar como todos suponían. Una vez a solas, irguió la espalda y dejó de arrastrar los pies. Ligera y ágil, salió por una puerta trasera. Las abultadas prendas negras que le disimulaban la figura ondeaban con su prisa. Llevaba la cabeza cubierta, como de costumbre, para ocultar la negrura de sus rizos. La familia y los sirvientes a menudo comentaban que su rostro y sus manos eran asombrosamente juveniles, pero ahora se cubrió con un velo.

Se cruzó con un esclavo que realizaba sus tareas, y él la reconoció pero se limitó a saludarla. No diría que la había visto. Él también era viejo, y sabía que uno debe soportar a los viejos si a veces se ponen un poco raros.

El aire de la noche era benignamente fresco. La calle era un corredor de sombras, pero los pies de Aliyat conocían cada piedra y la llevaron sin dificultad al peristilo. Desde allí caminó hacia el ágora. La luna llena alumbraba las azoteas. El fulgor ocultaba algunas estrellas, aunque más abajo titilaban en enjambres. Las columnas relucían de blancura. Las pisadas de Aliyat retumbaban en el silencio. Casi toda la gente dormía. Era arriesgado, pero no tanto. Bajo dominio persa, los guardias de la ciudad continuaban manteniendo la ley y el orden. Aliyat se ocultó detrás de una columna cuando vio pasar un escuadrón. Las puntas de las picas relucieron bajo la luz de la luna. Si la hubieran visto, habrían tratado de llevarla a su casa, a menos que la tomaran por una ramera, lo cual habría suscitado preguntas para las cuales no tenía respuesta.

«¿Por qué vagabundeas en la oscuridad?» Lo ignoraba, pero tenía que marcharse un rato o de lo contrario empezaría a gritar.

No era la primera vez.

En la calle de los Mercaderes viró hacia el sur. El grácil teatro se elevó a su derecha. A la izquierda se erguían el pórtico y la muralla que rodeaban el ágora, fantasmales bajo la luna. Aliyat había oído decir que eran sólo fragmentos de lo que habían sido antaño, antes de que hombres desesperados los destruyeran buscando material de fortificación cuando los romanos cerraban el cerco sobre Zenobia. Eso congeniaba con su estado de ánimo. Atravesó un portal y salió a la ancha plaza.

El recuerdo del ajetreo diurno la hacía parecer aún más vacía. Las estatuas de altos funcionarios, comandantes militares, senadores y, sí, caravaneros, la rodeaban como centinelas de una necrópolis. Aliyat caminó hasta el centro, bajo el claro de luna, y se detuvo. Sólo oía sus jadeos, las palpitaciones de su corazón.

—Miriamne, Madre de Dios, te... agradezco... —Las palabras murieron en sus labios. Eran tan huecas como el lugar donde se encontraba, y si las terminaba serían una parodia.

¿Por qué no sentía satisfacción ni gratitud? El hijo de su hijo había tenido un hijo. La vida de Barikai perduraba en ellos. Si Aliyat hubiera podido invocar la amada sombra de su esposo en la noche, sin duda él habría sonreído.

Tiritó. No podía evocar el recuerdo. El rostro de Barikai era apenas un borrón; tenía palabras para describirlo, pero ya no lo veía. Todo retrocedía en el pasado, sus amores morían y morían y morían, y Dios no le permitía seguirlos.

Debía alabarlo con canciones por estar lozana e íntegra, no tocada por los años. ¿Cuántos, postrados, arrugados, desdentados, medio ciegos, inflamados por el dolor, ansiaban la misericordia de la muerte? Mientras que ella... Pero el temor crecía año a año, las miradas furtivas, los murmullos, los signos furtivos para ahuyentar el mal. Hairan mismo veía en el espejo su pelo gris y su frente arrugada y se preguntaba qué pasaba con la madre; Aliyat sabía, lo sabía. Trataba de mantenerse aparte, para no despertar sospechas y comprendía que sus parientes participaban en una conspiración silenciosa para no mencionarla ante los extraños. Y así ella se convertía en la extraña, la que estaba siempre sola. ¿Cómo podía ser bisabuela cuando en sus entrañas ardía el deseo? ¿Era ésa la razón del castigo, o habría olvidado algún espantoso pecado de la niñez?

La luna avanzó en el cielo mientras giraban las estrellas. Lentamente, el cielo le transmitió su turbadora serenidad. Aliyat emprendió el regreso. No se rendiría. Aún no.

4

La guerra devoró una generación, pero al fin Heraclio venció. Acosó a los persas hasta que pidieron la paz. Veintidós años después de marcharse, los romanos entraron de nuevo en Tadmor.

Los seguía un nuevo residente, Zabdas, un mercader de especias de Emesa, una ciudad más grande y más cercana a la costa, y por lo tanto más rica y gobernada con más celo. La firma de la familia de Zabdas tenía una filial en Tadmor. Después del caos de la batalla y del último cambio de gobernantes, necesitaba reorganización, una mano astuta que llevara las riendas y un ojo alerta a las oportunidades.

Zabdas llegó y se puso al frente. Tenía que establecer contactos y alianzas con los lugareños. Su reciente viudez era un obstáculo, y pronto empezó a buscar esposa.

Nadie le habló a Aliyat de él, y cuando Zabdas visitó a Hairan por primera vez fue por negocios. La dignidad de la casa, del huésped y de ella misma exigían que Aliyat estuviera entre las mujeres qué le daban la bienvenida antes de que comieran los hombres. Por mera rebeldía, o eso creyó, ella dejó sus insípidas ropas de abuela y se vistió con recato pero con elegancia. Notó que él se quedaba atónito al enterarse de quién era; los ojos de ambos se cruzaron, y ella intentó controlar el estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo. Zabdas era un hombre bajo de cincuenta años, pero erguido y despierto, con pocas canas y un rostro bien conformado. Intercambiaron cortesías rituales. Ella regresó a su habitación.

Aunque a menudo le costaba escoger un recuerdo específico entre los muchos que la acuciaban, ciertas situaciones se repetían con tal frecuencia que le habían proporcionado experiencia. Entendía bien lo que significaban las furtivas miradas de Hairan, las palabras que le decía y las que callaba. Notaba la creciente excitación en las esposas y esclavas, incluso en los niños mayores. No podía dormir, caminaba o se escapaba al anochecer. Había perdido el consuelo que a veces hallaba en los libros.

No se sorprendió cuando al fin Hairan quiso verla en privado. Fue un anochecer de invierno, cuando casi todos se habían ido a acostar. Hairan la hizo entrar, la acompañó hasta un taburete acolchado, se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra, detrás de una mesa donde había vino, dátiles, tonas. Permanecieron un rato en silencio. Las lámparas de bronce relucían en el suave fulgor que arrojaban. La luz fluctuaba sobre las estampas florales de los frescos, los rojos, azules y marrones de una alfombra, los pliegues de la túnica y las arrugas del rostro de Hairan. Tenía el pelo cano y le había crecido el vientre. Pestañeó con ojos débiles. El brocado verde y oro que vestía Aliyat le ceñía las curvas; sobre la toca, una guirnalda de oro enmarcaba las cejas claras.

—¿Quieres un refrigerio, madre? —invitó él en voz baja.

—Gracias. —Ella cogió una copa. El vino le relució en la lengua. La bebida y la comida también eran un consuelo. No habían perdido el sabor con los años, y ella no había engordado.

—No tienes que agradecérmelo. —Hairan desvió los ojos—. Es mi deber procurar tu bienestar.

—Lo has cumplido muy bien, hijo.

—Hice lo posible. —Deprisa, sin mirarla—: Sin embargo, tú eres desdichada entre nosotros. ¿Verdad? Aún no soy ciego ni sordo. Nunca te quejas, pero no puedo evitar notarlo.

Ella envaró el cuerpo, dominó la voz.

—Es verdad. No es culpa tuya ni de nadie. —Debía obligarse a herirlo—. Quizá tú te sientas como un joven atrapado en carnes que envejecen. Bien, yo soy anciana atrapada en carnes que permanecen jóvenes. Sólo Dios sabe por qué.

Él entrelazó los dedos.

—¿Qué edad tienes? ¿Setenta años? Bien, algunas personas llevan bien sus años y son muy longevas. Si vivieras cien años con buena salud, no sería inaudito. Dios te lo conceda. —Aliyat notó que él evitaba mencionar que, excepto por los dientes gastados, ella no revelaba rastros del tiempo transcurrido.

Debía alentarlo a decir lo que él deseaba decir.

—Entenderás que mi inutilidad me pone muy inquieta.

—¡No es preciso! —exclamó él. Alzó los ojos. Aliyat vio que estaba sudando—. Oye, Zabdas, un hombre respetable, un mercader, ha pedido tu mano en matrimonio.

Lo sabía, pensó ella.

—Sé de quién hablas —dijo en voz alta, sin mencionar las cautas indagaciones que había realizado—. Pero él y yo nos vimos una sola vez.

—Ha preguntado por ti, ha hablado a menudo conmigo y... es un hombre honorable, acaudalado y con excelentes perspectivas para el futuro, un viudo que necesita esposa. Comprende que tú eres mayor que él, pero no cree que eso sea un obstáculo. Tiene hijos crecidos, nietos por venir, y sólo desea una compañera. Créeme, me he cerciorado de ello.

—¿Deseas esta unión, Hairan? —preguntó Aliyat en voz baja.

Bebió un sorbo mientras él tartamudeaba, acariciaba la copa, miraba aquí y allá.

—Jamás te obligaría, madre —dijo al fin—. Simplemente creo... que puede convenirte. No negaré que él ofrece ciertos acuerdos comerciales que serían... ventajosos. Mi empresa ha pasado tiempos difíciles.

—Lo sé. —Hairan quedó sorprendido, y Aliyat añadió con tono hiriente— ¿Creías que yo era ciega o sorda? Trabajé al lado de tu padre, Halran como jamás me dejaste trabajar contigo.

—Yo..., madre, no quise...

—Oh, has sido tan amable como sabes serlo. —Rió—. Olvidemos ese tema. Cuéntame más.

5

La boda y la consiguiente celebración fueron una ocasión modesta, casi tímida. Al final la novia fue escoltada hasta el dormitorio del novio y quedó a solas con una criada.

Era una habitación mediana, con paredes blanqueadas y muebles austeros. Habían colgado algunas guirnaldas. Un biombo ocultaba un rincón. Un candelabro de tres brazos daba luz. Sobre la cama había dos batas.

Aliyat sabía que ella debía ponerse la suya. En silencio, dejó que la criada la ayudara. Ella y Barikai habían retozado desnudos bajo el resplandor de las velas. Bien, los tiempos cambiaban, o quizá la gente. Hacía mucho que no participaba en los chismorreos para saberlo.

Cuando la vio desnuda, la esclava de Zabdas exclamó:

—¡Pero mi señora es bellísima!

Aliyat se acarició los costados con las manos. Sintió un cosquilleo, y se dominó para no acariciarse la entrepierna. Esta noche conocería de nuevo el placer verdadero que había añorado durante... ¿cuántos años? Sonrió.

—Gracias.

—Había oído decir que eras vieja —tartamudeó la joven.

—Lo soy —respondió Aliyat con una voz que imponía temor y silencio.

Estuvo un par de horas a solas en la cama. Pensamientos desbocados le cruzaban la cabeza. De cuando en cuando tiritaba de inquietud. Al menos, los días en casa del hijo eran previsibles. Claro que eso mismo los había vuelto horrorosos.

Se irguió sobresaltada cuando entró Zabdas. Él cerró la puerta y la miró un instante. Estaba muy... elegante con el traje de fiesta. La bata de Aliyat era de tela gruesa, y no era ceñida, pero se marcaba el pecho.

—Eres más bella de lo que pensé —dijo él con cautela.

Ella bajó las pestañas.

—Gracias, mi señor —respondió con un nudo en la garganta.

Él avanzó.

—Aun así, eres una mujer discreta, con la sabiduría de tus años —dijo—. Eso es lo que necesito. —Se detuvo ante el icono de san Ephraem Syrus, que era el único adorno fijo de la habitación, y se persignó—. Bríndanos una satisfactoria vida en común —rezó.

Cogió la bata, fue detrás del biombo y apiló pulcramente las ropas encima. Cuando regresó vestido para dormir, se agachó, cubrió cada vela con la mano y las sopló para apagarlas. Se metió en la cama con su habitual economía de movimientos.

Ella extendió los brazos, lo buscó con la boca.

—¿Qué? —exclamó Zabdas—. Tranquilízate. No te haré daño.

—Hazlo, si deseas. —Ella se apretó contra él—. ¿Cómo puedo complacerte?

—Vaya, esto es..., por favor, calma, señora. Recuerda tus años.

Ella obedeció. A veces ella y Barikai habían jugado al amo y la esclava. O al joven y la ramera. Zabdas se apoyó sobre el codo y le acarició la bata con la mano libre. Ella la subió y abrió los muslos. Él montó sobre ella. Le apoyó todo su peso encima, algo que Barikai no hacía, pero Zabdas era mucho más liviano. Quiso guiarlo con la mano, pero él tomó la iniciativa le aferró los pechos cubiertos por la bata y la penetró. No pareció notar cómo ella lo estrechaba con los brazos y las piernas. Pronto acabó todo. Él se separó y se quedó tendido, recobrando el aliento. Ella apenas lo veía como una sombra más en la noche.

—Qué húmeda estabas —dijo con tono preocupado—. Tienes el cuerpo de una mujer joven, además del rostro.

—Para ti —murmuró ella.

Notó que Zabdas se ponía tenso.

—¿Cuántos años tienes, en verdad? —Así que Hairan había evitado decirlo directamente; o quizá Zabdas había evitado preguntar.

Eran ochenta y uno.

—Nunca he llevado la cuenta—fue la respuesta—. Pero no ha habido engaño, mi señor. Soy la madre de Hairan. Yo era muy joven cuando lo tuve, y has visto que llevo mi edad mejor que la mayoría.

—Una maravilla —jadeó él.

—Algo infrecuente. Una bendición. Soy indigna de ello, pero... —debía decirlo—. Mis períodos aún no han terminado. Puedo darte hijos, Zabdas.

—Esto es... —Zabdas buscó una palabra—, inesperado.

—Demos las gracias a Dios.

—Sí. Deberíamos hacerlo. Pero ahora será mejor dormir. Tengo mucho que hacer por la mañana.

6

El caravanero Nebozabad fue a ver a Zabdas. Debían hablar sobre un embarque a Darmesek. Una travesía tan larga no se podía tomar a la ligera. Circulaban ominosas noticias sobre la embestida árabe contra Persia y su amenaza contra Nueva Roma. El mercader recibió bien a su huésped, como lo hacía con todas las personas encumbradas, y lo invitó a cenar. Aliyat insistió en servirles ella misma. Mientras disfrutaban de los postres, Zabdas se excusó y se marchó. A veces sufría de trastornos intestinales. Nebozabad esperó a solas.

La habitación era la mejor amueblada de la casa, con colgaduras rojas bordadas, cuatro candelabros de bronce de siete brazos, una mesa de teca con tallas foliadas e incrustaciones de nácar, utensilios de plata o de fino cristal. Una pizca de incienso en el brasero volvía el aire denso, aun en el cálido atardecer.

Nebozabad alzó los ojos cuando Aliyat entró con una bandeja de frutas. Ella se detuvo frente a él, con prendas oscuras que sólo permitían ver las manos, el rostro y los grandes ojos castaños.

—Siéntate, señora —pidió él.

Ella negó con la cabeza.

—No sería apropiado —respondió con un susurro.

—Entonces yo me pondré de pie. —Nebozabad se levantó—. Ha pasado mucho tiempo desde que te vi por última vez. ¿Cómo estás?

—Bastante bien. —Ella no pudo contener sus preguntas—: ¿Y cómo estás tú? ¿Y Hairan, y todos los demás? He recibido pocas noticias.

—No ves mucho a nadie... ¿verdad, señora?

—Mi esposo entiende que sería... indiscreto... a mi edad. Pero ¿cómo estás, Nebozabad? ¡Cuéntame, por favor!

—Bastante bien —repitió su misma frase—. Has tenido otra nieta, ¿lo sabías? En cuanto a mí, tengo dos hijos varones y una mujer, por gracia de Dios. Los negocios... —Se encogió de hombros—. Por eso he venido.

—¿Los árabes representan un gran peligro?

—Eso temo. —El calló y se atusó la barba—. Cuando vivías con el amo Barikai, el Cielo lo guaiv de, tú sabías todo lo que sucedía. Incluso participabas.

Ella se mordió el labio.

—Zabdas piensa de otra manera.

—Supongo que desea apaciguar los rumores, y por eso nunca invita aquí a Hairan, ni a ningún otro pariente... ¡Perdóname! —exclamó al verle la expresión—. No debería inmiscuirme. Es sólo que eras la señora de mi señor cuando yo era joven, y siempre fuiste amable conmigo, y... —Calló.

—Eres bondadoso al preocuparte. —Se enderezó—. Pero tengo menos preocupaciones que muchos otros.

—Oí decir que tu hijo murió. Lo lamento.

—Eso fue el año pasado —suspiró ella—. Las heridas sanan. Lo intentaremos de nuevo.

—¿Aún no lo habéis intentado...? Lo siento, otra vez he hablado demasiado. Es el vino. Perdóname. Viendo cuan bella eres aún, pensé...

Ella se sonrojó.

—Mi esposo no es demasiado viejo.

—Sin embargo, él... No. Aliyat, señora mía, si alguna vez necesitas ayuda...

Zabdas regresó y Aliyat, tras dejar la bandeja, se despidió dando las buenas noches.

7

Mientras los romanos y los persas se desangraban hasta el agotamiento, Mahoma ibn Abdallah, en la lejana Makkah, tuvo visiones, predicó, tuvo que huir a Yathrib, prevaleció sobre sus enemigos, dio a su refugio el nuevo nombre de Medinat Rasul Allah, la Ciudad del Apóstol de Dios y murió siendo amo de Arabia. Su califa o sucesor Abu Bakr reprimió

revueltas y lanzó esas guerras santas que unían al pueblo y propagaban la fe por el mundo.

Seis años después que las tropas del emperador Heraclio reclamaran Tadmor, las tropas del califa Ornar la tomaron. Al año estaban en Jerusalén, y un año después el califa visitó la ciudad santa, atravesando triunfalmente una Siria subyugada mientras los correos traían noticias de que los estandartes islámicos se internaban en el corazón de Persia.

El día que el califa pasó por Tadmor, Aliyat, desde su azotea fue testigo del esplendor: gallardos caballos, camellos con ricos caparazones, jinetes cuyos yelmos, cotas de malla, lanzas y escudos relucían al sol, capas de color ondeando en el viento, trompetas, tambores y profundos cánticos. La calle y el oasis eran un hervidero de conquistadores. Pero ella había notado que la mayoría eran flacos y estaban toscamente vestidos. Lo mismo ocurría con la guarnición, cuyos oficiales llevaban una vida sencilla, humillándose cinco veces diarias ante Dios cuando la llamada del almuecín gemía en el viento.

No eran tan malos gobernantes. Exigían tributo, pero era soportable. Transformaron algunas iglesias en mezquitas, pero dejaron vivir a los cristianos y judíos en la paz que habían impuesto por la fuerza. El cadí, su juez principal, administraba justicia bajo la arcada del extremo este del peristilo, cerca del ágora, y aun los más humildes podían apelar directamente a él. La irrupción de los árabes había sido demasiado rápida para perjudicar mucho el comercio, que pronto empezó a revivir.

Aliyat no se sorprendió demasiado cuando Zabdas le dijo, con ese tono que implicaba que la enviaría a una habitación del fondo si ella se oponía: —He tomado una gran decisión. Esta casa abrazará el Islam.

No obstante, ella guardó silencio entre las sombras que la única lámpara arrojaba en el dormitorio. Al fin habló lentamente, clavándole los ojos.

—Éste es un asunto de suma importancia. ¿Te han obligado?

—No, no. No obligan a nadie..., excepto a los paganos, por lo que he oído —sonrió vagamente—. Prefieren que la mayoría sigamos siendo cristianos, para que podamos poseer tierras, algo que no pueden hacer los creyentes, y pagar tributo por ellas, así como los demás impuestos. Mis charlas con el imán han sido arduas. Pero desde luego no puede rechazar a un converso sincero.

—Obtendrás muchas ventajas.

—¿Me llamas hipócrita? —preguntó enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—No, por cierto que no, mi señor.

—Te comprendo —dijo en un tono más moderado—. Esto te conmociona, pues te han educado para adorar a Cristo. Piensa, sin embargo, que El Profeta jamás negó que Jesús también fuera un profeta. Simplemente no fue el último, aquel a quien Dios reveló la plena verdad. El Islam barre con las supersticiones acerca de un sinfín de santos, los sacerdotes que se interponen entre un hombre y su dios, los insensatos mandamientos y restricciones. Sólo tenemos que reconocer que hay un Dios y que Mahoma es su profeta. Sólo tenemos que vivir con rectitud. —Alzó el índice—. Piensa. ¿Podrían los árabes haber arrasado con todos los obstáculos, tal como han hecho y harán, si su causa no fuera bendita, si su fe no fuera verdadera? Deseo que nos acerquemos a la verdad, Aliyat. —La miró con ojos entornados—. Deseas la verdad, ¿no es cierto? No puede dañarte, ¿no? Ella avanzó hacia él.

—He oído que el hombre que se vuelve musulmán debe someterse a lo mismo que los niños judíos.

—Eso no me incapacitará—rezongó él, encolerizándose—. No espero que una mujer comprenda estos asuntos profundos. Sólo confía en mí.

Ella tragó saliva, y se impuso calma, mientras se acercaba a Zabdas.

—Confío en ti, mi señor —murmuró. Tal vez debía incitarlo a engendrar un tercer hijo con ella, y tal vez ése sobreviviera para devolver sentido a su vida. Él rara vez la poseía y casi siempre cuando ella lo provocaba con esa misma esperanza. Era como si Zabdas la temiera cada vez más.

En cuanto al cambio de religión, tenía menos importancia de la que él suponía. ¿En qué habían ayudado los santos durante tantos años?

8

Aliyat no había previsto las consecuencias del cambio. El Islam irrumpió en Siria de repente. Zabdas lo estudió antes de tomar su decisión, pero ella sólo se enteró cuando todo hubo concluido.

El Profeta había impuesto sobre las mujeres de la fe las antiguas usanzas de Arabia. En público debían usar el *gashmak,* el grueso velo que ocultaba todo salvo los ojos, y también en casa, en presencia de todo hombre que no fuera el padre, el hermano, el esposo o el hijo. El adulterio se castigaba con la muerte. Las habitaciones de hombres y mujeres estaban separadas, como si en medio de la casa hubiera una pared invisible de cuya puerta el amo tenía la única llave. La sumisión de la mujer al esposo no estaba limitada por la ley y la costumbre como entre los cristianos y judíos; mientras durase el matrimonio, era total y él tenía

derecho a mutilar o matar a la desobediente. Al margen de tareas tales como hacer compras, ella no tendría nada que ver con el mundo exterior; el esposo, los hijos que con éste tuviera y la morada de él serían su universo. Para ella no había iglesia, ni compartiría con él el Paraíso.

Así se fue explicando Zabdas a medida que surgía la oportunidad. Aliyat no estaba muy segura de que la Ley fuera tan unilateral. Estaba convencida de que en la mayoría de las familias la práctica la suavizaba. Fuera como fuese, era una prisionera.

Incluso se le negó el solaz del vino. Qué más daba, pensó cuando se aplacó su furia inicial. Había recurrido a él más de lo conveniente.

Curiosamente, sin embargo, con el transcurso de los meses musulmanes se encontró menos sola que hasta entonces. Viviendo juntas, las mujeres de la casa —no sólo ella y las esclavas, sino las esposas y nietas de dos hijos de Zabdas que se habían reunido con él en Tadmor— al principio riñeron, pero luego empezaron a confiar unas en otras. La posición y lozanía de Aliyat la habían alejado de todas. Ahora que la veían compartir la impotencia de las demás, las mujeres descubrieron que podían pasar por alto esas cosas. Si le contaban sus problemas, ella hacía lo poco que podía para ayudarlas.

Por su parte, aprendió, poco a poco, que no estaba aislada del todo. En algunos sentidos, tuvo mayor contacto con la ciudad del que había tenido desde la muerte de Barikai. Aunque ella estuviera encerrada, las mujeres de menor jerarquía debían hacer ciertos recados, y tenían parientes con quienes chismorreaban a la menor oportunidad; y a nadie le importaba ser severo con los humildes, ni pensaba que tuvieran oídos agudos, ojos abiertos ni mentes inquisitivas. Tal como el contacto de una mosca hace vibrar la tela hasta alejar a la araña acechante, así llegaban a Aliyat los jirones de información.

No estaba presente cuando Zabdas fue a ver al cadí poco después de su conversión; pero, dado lo que se oía y decía, y lo que ocurrió después, al fin creyó poder reconstruirlo casi como si hubiera escuchado sin ser vista.

Habitualmente, el cadí atendía las súplicas en público. Todos eran libres de asistir. Ella habría podido hacerlo, si hubiera tenido una queja. Lo pensó y llegó a la desalentadora conclusión de que no la tema. Zabdas no abusaba de ella. Le daba lo necesario. Si ya no la visitaba en el lecho, ¿qué podía esperar una mujer de noventa años, aunque le hubiera dado un hijo que aún vivía? La sola idea era obscena.

Zabdas pidió una audiencia privada y el cadí se la concedió. Los dos se sentaron en la casa de Mitkhal ibn Dirdar y bebieron zumo de granada helado mientras hablaban, sin prestar atención al eunuco que los servía;

pero éste tenía conocidos fuera, quienes a su vez conocían a otras personas.

—Sí, claro que puedes divorciarte de tu esposa —dijo Mitkhal—. Es fácil de hacer. Sin embargo, bajo la Ley ella retiene toda la propiedad que le pertenecía, y entiendo que ella aportó una buena cantidad al matrimonio. En todo caso, debes velar para que ella no quede desvalida ni carezca de protección. —Y añadió juntando los dedos—. Más aún, ¿deseas ofender a sus parientes?

—La buena voluntad de Hairan vale poco hoy en día —replicó Zabdas—. Sus negocios andan mal. Los demás hijos de Aliyat, los de su primer matrimonio, apenas la reconocen. Pero los requerimientos que tú describes podrían causar inconvenientes.

Mitkhal lo miró de hito en hito.

—¿Por qué deseas librarte de esta mujer? ¿Qué falta ha cometido?

—Orgullosa, resentida, huraña... No —reconoció Zabdas, intimidado por esa mirada—. No puedo, con franqueza, decir que sea contumaz.

—¿No te ha dado un hijo?

—Una niña. Los dos anteriores murieron pronto. La niña es menuda y enfermiza.

—Es poco fundamento para una acusación, amigo mío. La simiente vieja da frutos frágiles.

Zabdas optó por entender mal.

—Vieja, sí, pero ¡por el Profeta! He consultado. Debí hacerlo antes, pero... señor, ella raya en los cien años.

Los labios del cadí formaron un silencioso silbido.

—Y sin embargo..., uno oye rumores... ¿Acaso no es atractiva? Y tú me dices que conserva la salud y la fertilidad.

Zabdas se inclinó hacia delante. La luz del sol se filtraba por el enrejado de una ventana moteándole la calva. Detrás de patillas ralas, las verrugas del cuello se le hincharon cuando graznó con voz ronca.

—¡Es antinatural! Hace poco perdió un par de dientes y yo creí que al fin, al fin... Pero le están creciendo otros nuevos, como si fuera una criatura de seis o siete años. Debe de ser una bruja, o un *ifrit,* un demonio, o... Eso es lo que solicito. Eso es lo que pido, una investigación, la certeza de que puedo librarme de ella sin... sin temer su venganza. ¡Ayúdame!

Mitkhal alzó la palma.

—Un momento —dijo con suavidad—. Cálmate. En verdad tenemos aquí una maravilla. Pero todas las cosas son posibles para Dios el Omnipotente. Ella no ha sido impía ni pecaminosa, ¿verdad? Tal vez hayas hecho bien en mantenerla recluida, puesto que tú, el esposo, sentías este terror. Si la historia se difundiera y cundiese el pánico, quizá la hubieran atacado en las calles. Ten cuidado con eso. —Y añadió severamente—: Los antiguos patriarcas vivieron hasta cerca de los mil años. Si Dios el Omnipotente cree oportuno permitir que Aliyat viva hasta los cien sin envejecer, ¿quiénes somos para cuestionar Su voluntad o adivinar Su propósito?

Zabdas agachó la cabeza. Los pocos dientes que le quedaban castañeteaban.

—No obstante... —murmuró.

—Mi consejo es que la conserves mientras no te haga daño, pues ello es justicia para tu esposa y prudencia para ti. Mi decreto según la Ley, es que no le hagas daño cuando ella no te ha causado ninguno, ni presentes acusaciones infundadas. —Mitkhal cogió su copa, bebió, sonrió—. Pero, si acostarte con un vejestorio te parece indecente, tuya es la opción. ¿Has pensado en tomar una segunda esposa? Se te permiten cuatro, además de las concubinas.

Zabdas se aplacó. Guardó silencio un instante, mirando un rincón del cuarto. Luego sonrió y murmuró:

—Agradezco a mi señor su sabio y misericordioso juicio.

9

Un buen día llamó a Aliyat a su oficina.

Era una cámara desnuda y estrecha. Una ventana daba al patio interior, pero era demasiado alta para que se vieran el agua o las flores. Había un nicho vacío que otrora había albergado la figura de un santo. En el otro extremo, una tarima sostenía una mesa llena de cartas, documentos y materiales para escribir. Él estaba sentado detrás, en un banco. Aliyat entró. Él dejó a un lado una crujiente hoja de papiro y señaló el suelo. Ella se acuclilló sobre los mosaicos desnudos. Se hizo un silencio.

—¿Bien? —dijo Zabdas.

—¿Cuál es el deseo de mi señor? —le preguntó mientras mantenía los ojos bajos.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¿De qué debe defenderse tu esclava?

—¡No te burles de mí! —gritó Zabdas—. Estoy harto de tu insolencia. Ahora has abofeteado a mi esposa. Es demasiado.

Aliyat alzó los ojos y le sostuvo la mirada.

—Suponía que Furja vendría lloriqueando a verte. ¿Qué historia se ha inventado? Tráela y déjame oírla.

Él descargó un puñetazo en el escritorio.

—Yo arreglaré esto. Yo soy el amo. Trato de ser amable. Te doy la oportunidad de explicar por qué no debo azotarte.

Ella contuvo el aliento. Lo había sospechado desde el principio, y había tenido un par de horas para ordenar las ideas.

—Mi señor debe saber que su nueva esposa y yo somos proclives a reñir. —Criatura estúpida, servil, despreciable, siempre procurando obtener los favores del hombre y dominar el harén—. Lamento que sea así. Está mal. —Le disgustaba pero tenía que decirlo—. Me insultó de modo intolerable. Le pegué una vez, con la mano abierta, entre las costillas. Ella rompió a llorar y echó a correr... hacia ti, que tienes asuntos más importantes que atender.

—A menudo ha venido con quejas. La has fastidiado desde que entró en mi casa.

—No pido más que el respeto debido a tu primera esposa, mi señor. —No me transformaré en una esclava, una perra, una cosa.

—¿Cuál fue ese insulto? —preguntó Zabdas.

—Es una infamia. ¿Debo ponerlo en mis labios?

—Descríbelo.

—Ella gritó que yo conservaba mi aspecto y mi fortaleza por... medios cuya descripción no se puede repetir en compañía decente.

—¿Estás segura? Las mujeres tienen memoria frágil.

—Supongo que si la llamaras para preguntarle, ella lo negaría. No es su primera mentira.

—La palabra de una contra la de otra —suspiró Zabdas—. ¿Qué debe creer un hombre? ¿Cuándo hallará paz para realizar su trabajo? ¡Mujeres!

—Creo que también los hombres perderían los estribos si estuvieran siempre encerrados sin nada que hacer —dijo Aliyat, pues tenía poco que perder.

—Si he decidido no... molestarte, ha sido por consideración a tu edad.

—¿Y la tuya, señor? —se atrevió a murmurar Aliyat.

Zabdas palideció. Las manchas pardas de la piel se volvieron muy visibles.

—¡Furja no me encuentra deficiente!

No todas las noches del mes, pensó Aliyat. Y, con repentina y sorprendente piedad: teme que su inquietud ante mí lo prive de la virilidad; y en verdad es probable que ese temor surta tal efecto, se dijo.

Pero se estaban acercando a un terreno peligroso. Ella retrocedió:

—Ruego el perdón de mi señor. Sin duda parte de la culpa es mía, de su servidora. Simplemente deseaba explicarle por qué hay riñas en su harén. Si Furja me demuestra cortesía, haré lo mismo.

Zabdas se frotó la barbilla y miró a lo lejos. Aliyat tuvo la turbadora sensación de que él había estado aguardando esta oportunidad. Al fin la miró y dijo con voz tensa:

—La vida era diferente para ti cuando eras joven. A los viejos les cuesta cambiar. Al mismo tiempo, el vigor que conservas te impide resignarte. ¿Estoy en lo cierto?

Ella tragó saliva.

—Mi señor dice la verdad —respondió, sorprendida de que él demostrara alguna comprensión.

—Y he oído que ayudabas a tu primer esposo en sus negocios —continuó.

Ella sólo pudo asentir.

—Bien, he pensado mucho en ti, Aliyat —dijo Zabdas con más prisa—. Mi deber ante Dios es brindarte bienestar, y eso incluye el de tu espíritu. Si el tiempo, se ha vuelto vacío para ti, si nuestra hija no es suficiente... bien, quizá podamos encontrar algo más.

El corazón de Aliyat dio un vuelco. La sangre le martilleó las sienes. De nuevo Zabdas miró a lo lejos.

—Lo que tengo en mente es irregular —dijo con cautela—. No viola la Ley, por supuesto, pero causaría habladurías. Estoy dispuesto a correr este riesgo por ti, pero debes cumplir tu parte. Debes actuar con suma discreción.

—¡Lo que ordene mi señor!

—Será un comienzo, una prueba. Si haces bien tu labor, quién sabe cómo seguiremos. Pero escucha... —agitó el índice—. En Emesa hay un joven, un pariente lejano mío, que ansia iniciarse en el negocio. Su padre quedará complacido si lo invito aquí y le instruyo. Pero yo no tengo tiempo

para enseñarle los pormenores, las reglas y costumbres y tradiciones propias de Tadmor, así como los problemas prácticos..., especialmente cuando se trata de embarques, de tratar con caravaneros. Podría designar a uno de mis hombres para que lo instruya, pero no puedo prescindir de nadie. Sin embargo, supongo que tú lo recordarás. Desde luego, la discreción es esencial.

Aliyat se postró.

—¡Confía en mí, mi señor! —sollozó.

10

Bonnur era alto, de hombros anchos y cintura delgada. Su barba era apenas un velo de seda sobre rasgos delicados, pero sus manos tenían una fortaleza viril. Tenía los ojos y los movimientos de una gacela. Aunque era cristiano, Zabdas lo recibió cordialmente antes de indicarle que buscara una cama entre los demás jóvenes que trabajaban y estudiaban allí.

Un año antes, el mercader había comprado un edificio más pequeño, contiguo a la casa. Contrató peones para levantar paredes y un techo que unieran ambas viviendas, luego derrumbó las separaciones para hacer una sola casa. Así tendría más oficinas, depósitos y alojamiento para el nuevo personal; sus negocios eran prósperos. Hacía poco había ordenado detener la construcción. Declaraba que era conveniente esperar a ver qué efecto tenía la actual conquista de Persia sobre el tráfico con la India. El anexo estaba pues sin muebles, desocupado, polvoriento y silencioso.

Cuando Zabdas la condujo allí, Aliyat se sorprendió de encontrar una habitación apartada, limpia y ordenada. Una sencilla pero gruesa alfombra de lana suavizaba el suelo. La alta ventana estaba flanqueada por colgaduras. En una mesa había una jarra de agua, tazas, papiro, tinta, plumas. Dos tabú- retes aguardaban, y Bonnur. Aunque ya se lo habían presentado, a Aliyat se le aceleró el pulso.

Él hizo una profunda reverencia.

—Poneos cómodos —dijo Zabdas con inusitada cordialidad—, poneos cómodos, queridos míos. Si hemos de actuar con cierta irregularidad, al menos disfrutemos de ello. —Dio una vuelta por la habitación, sin dejar de hablar—: Para que mi esposa te explique las cosas, Bonnur, y para que tú hagas preguntas, necesitáis libertad. No soy el sujeto insulso por quien me toma la gente. Sé que las costumbres y sutilezas de una ciudad no se pueden registrar en los libros ni analizar como una frase. Las miradas y risitas, los constreñimientos que sentiríais, si os pusierais a hablar delante de cualquier necio, os sujetarían la lengua y la mente. La tarea se volvería

ardua, prolongada, tal vez imposible. Y por cierto, me considerarían un excéntrico por impulsaros a ella. Los hombres se preguntarían si no empiezo a delirar. Eso sería malo para el comercio.

»De ahí este retiro. En los momentos que yo considere oportunos, cuando tus servicios no se requieran en otra parte, Bonnur, te lo haré saber. Abandonarás la casa y entrarás en este sector por la puerta trasera, por la calleja del fondo. Y a ti te daré una señal, Aliyat. Vendrás directamente aquí. De hecho, a veces vendrás aquí para estar sola. Deseabas ayudarme; muy bien, puedes examinar los informes y cifras que te daré, sin molestias, y darme tu opinión. Esto lo sabrán todos. En otras ocasiones, sin que lo sepa nadie más, te encontrarás con Bonnur.

—¡Pero señor! —exclamó el joven, ruborizándose—. ¿La señora y yo y nadie más? Sin duda una criada, un eunuco o... o...

Zabdas meneó la cabeza.

—Tus objeciones te honran —replicó—. Sin embargo, un observador atentaría contra mi propósito, que es darte a conocer las condiciones de Tadmor al tiempo que se evitan burlas e insinuaciones. —Los miró a ambos—. Sin duda puedo confiar en un pariente y en mi primera esposa. —Con una fugaz sonrisa—: A fin de cuentas, ella tiene más edad de la habitual.

—¿Qué? —exclamó Bonnur—. ¡Señor, bromeas! El velo, la bata, no pueden ocultar...

—Es verdad —declaró Zabdas con voz sibilante—. Ella misma te lo dirá, junto con otras cosas menos llamativas.

11

Se acercaba el poniente.

—Bien —dijo Aliyat—, será mejor que lo dejemos. Tengo otros deberes.

—También yo. Y debo reflexionar sobre lo que me has revelado en esta ocasión —dijo Bonnur, arrastrando la voz.

Ninguno de los dos se levantó de los taburetes donde estaban sentados. De pronto, él se sonrojó, agachó la mirada y exclamó:

—Mi señora tiene... tiene una extraordinaria inteligencia.

Fue casi como una caricia.

—No, no —objetó ella—. En una larga vida, aun una persona estúpida aprende algo.

Notó que Bonnur rompió una barrera para mirarla a los ojos.

—Es difícil creer que seas vieja.

—Llevo bien mis años. —¿Cuántas veces había repetido esa frase? Cuan mecánica se había vuelto. —Todo lo que has visto... —siguió impulsivamente—: El cambio de fe. ¡Te obligaron a alejarte de Cristo!

—No tengo nada que lamentar.

—¿De veras? ¿Ni siquiera la libertad que has perdido, la libertad que han perdido tus amigos, la simple libertad de mirarte...?

Por un instante ella quiso silenciarlo. Nada cubría la puerta salvo una cortina de abalorios. Sin embargo, la cortina ahogaba un poco el sonido, y más allá se extendían corredores y habitaciones desiertas hasta la parte habitada, y él había hablado en voz baja y gutural, mientras las lágrimas le brillaban en las pestañas.

—¿A quién le interesa ver a una vieja? —exclamó Aliyat, sabiendo que lo estaba provocando.

—¡No lo eres! No tendrías que ocultarte detrás de ese velo. Lo noté cuando olvidaste encorvarte y simular temblores.

—Parece que me has observado con atención —dijo ella, combatiendo un mareo.

—No puedo evitarlo —confesó Bonnur.

—Sientes demasiada curiosidad. —Como si otra criatura le guiara la lengua y las manos—: Será mejor que la aplaquemos. Observa.

Se apartó *elyashmak.* Él suspiró. Ella se lo puso de nuevo y se levantó.

—¿Estás satisfecho? Guarda silencio, o tendremos que suspender estas reuniones. A mi señor no le agradaría eso.

Se marchó, y su hija le salió al encuentro en el harén.

—Mamá, ¿dónde estabas? Gutne no me deja jugar con el león de paño.

Aliyat trató de armarse de paciencia. Tenía que amar a esa niña. Pero Thirya era quejumbrosa, enfermiza y se parecía a su padre.

12

A veces la monotonía de los días se quebraba, cuando Zabdas daba a Aliyat materiales para estudiar y preparar informes. En ese cuarto apartado, ella trataba de comprender lo que leía, pero las palabras se le

escapaban reptando como gusanos. Dos veces se encontró allí con Bonnur. La segunda vez se quitó el velo desde el principio, y llevaba una bata de tela ligera.

—El calor es agobiante —le dijo—, y soy sólo una abuela, no, una bisabuela.

No avanzaron demasiado. A menudo se hacía un silencio entre ambos.

Los días pasaron muy lentamente, y ella perdió la cuenta. ¿Qué importaba el número? Cada cual era igual al anterior, salvo por riñas y molestias y, de noche, sueños. ¿Satanás inducía algunos de ellos? En tal caso, le estaba agradecida.

Luego Zabdas la llamó a su oficina.

—Tus consejos se han vuelto inservibles —gruñó—. ¿Al fin empiezas a chochear?

Ella contuvo la furia.

—Lamento, mi señor, que últimamente no se me haya ocurrido ninguna idea. Trataré de mejorar.

—¿De qué vale? Ya no sirves para nada. Furja, en cambio, entibia mi cama, y sin duda pronto dará fruto. —Zabdas agitó la mano con desdén—. Bien lárgate. Ve a esperar a Bonnur. Te lo mandaré. Tal vez al menos puedas persuadirlo de enmendar sus hábitos soñadores. Por todos los santos... Por las barbas del Profeta, lamento mis promesas a ambos.

Aliyat atravesó la parte vacía de la casa apretando los puños. En el cuarto de reuniones caminó de un lado a otro. Era una jaula. Se detuvo ante la ventana y miró a través del enrejado. Desde allí veía el antiguo templo de Bel. El sol furibundo desteñía la piedra caliza. Los capiteles de bronce de las columnas del pórtico ardían. El calor hacía temblar los bajorrelieves del santuario. Durante mucho tiempo había estado en desuso, vacío como ella. Ahora lo estaban restaurando. Había oído de cuarta o quinta mano que los árabes planeaban transformarlo en fortaleza.

¿Pero esas potestades estaban totalmente muertas? Bel de la tormenta, Jarhibol del sol, Aglibol de la luna, Ashtoreth de la concepción y el nacimiento, de terrible belleza, la que había descendido al infierno para recobrar a su amante: invisibles, caminaban por la tierra sin ser vistos; gritaban desde el cielo sin ser oídos; el mar que Aliyat nunca había conocido le tronaba en el pecho.

Una pisada, un chasquido de abalorios. Se dio media vuelta. Bonnur se paró en seco. Brillaba de sudor. Aliyat sintió el olor en el calor y el

silencio, olor de hombre. Estaba húmeda con su propia transpiración; se le pegaba el vestido.

Se desató el velo y lo arrojó al suelo.

—Mi señora —dijo él con voz sofocada—, oh, mi señora.

Aliyat avanzó. Sus caderas se meneaban con vida propia. Jadeaba.

—¿Qué quieres de mí, Bonnur?

Los ojos de gacela se movían de izquierda a derecha, arrinconados.

Bonnur retrocedió un paso, alzó las manos para defenderse.

—No —suplicó.

—¿No qué? —rió ella. Se plantó ante Bonnur y él tuvo que encararse a su mirada—. Tenemos cosas que hacer, tú y yo.

Si es sabio, estará de acuerdo. Se sentará y me preguntará cuál es el mejor modo de regatear con un caravanero. No le dejaré ser sabio.

13

—Tengo asuntos en Tripolis —dijo Zabdas—. Tal vez me demore unas semanas. Iré con Nebozabad, quien partirá dentro de pocos días.

Aliyat se alegró de haberse dejado el velo para ir a su oficina.

—¿Mi señor desea informarme de qué asunto se trata?

—No tiene sentido. Tus consejos ya no sirven, al igual que el resto. Te informo en privado para decirte lo que es obvio, que en mi ausencia debes permanecer en el harén y ocuparte de los asuntos propios de una esposa.

—Desde luego, mi señor.

Ella y Bonnur ya habían pasado dos tardes juntos.

14

Thirya se despertó.

—Mamá...

Aliyat contuvo su furia.

—Calla, querida—susurró—. Duérmete. —Y tuvo que esperar mientras la niña se movía y gemía, hasta que al fin la cama se aquietó.

¡Al fin!

Sus pies la guiaron por la oscuridad. Se aferró la bata por si rozaba algo. Pensó: Así abandonan sus tumbas los muertos sin reposo. Pero ella iba hacia la vida. Ya sentía fluir sus calientes jugos. Su olfato bebía el aroma de cedro de su deseo. Nadie más se despertó, y un harén tan pequeño y austero no tenía guardias. Sus dedos palparon las paredes, guiándola, hasta que la llevaron al último corredor. No, no corras, no hagas ruidos innecesarios. Las cuentas de la puerta de abalorios la rodearon como serpientes. La ventana enmarcaba estrellas. Una fresca brisa del desierto soplaba desde allí. Se le aceleró el pulso. Se quitó la bata y la arrojó a un lado.

Bonnur fue hacia ella. Los pies de Aliyat rozaron la alfombra.

—Aliyat. —El ronco susurro le retumbó en la cabeza. Bonnur tropezó, tumbó un taburete, jadeó. Ella ahogó una risa y se le acercó.

—Sabía que vendrías, amado —canturreó. Los brazos de él la estrecharon y Aliyat lo apretó contra sí, metiéndole la lengua entre los labios.

Bonnur la tendió sobre la alfombra, Aliyat pensó que debía tener cuidado de no mancharla, él soltó un gruñido de satisfacción mientras ella lo acariciaba.

La luz de una lámpara los cegó.

—¡Mirad! —graznó Zabdas.

Bonnur se apartó de Aliyat. Ambos se irguieron, retrocedieron, se levantaron. La lámpara se mecía en la mano de Zabdas, arrojando sombras deformes contra la pared. Ella lo vio en fragmentos: ojos, nariz, dientes húmedos, arrugas, odio. Lo flanqueaban sus dos hijos varones, con espadas desenvainadas. El acero centelleaba.

—¡Hijos, capturadlos! —gritó Zabdas.

Bonnur retrocedió alzando las manos como un mendigo.

—No, amo, mi señor, no.

Aliyat comprendió de golpe: Zabdas lo había planeado desde el principio. No pensaba ir con la caravana. Los tres aguardaban en otra habitación, con la luz tapada, sabiendo lo que ocurriría. Ahora se libraría de ella, se quedaría con su propiedad y creería que ni siquiera un *ifrit* —o cualquier otra criatura inhumana por quien la tomara— escaparía al castigo por adulterio.

Una vez habría recibido con agrado ese final. Pero la fatiga de los años se había consumido.

—¡Pelea, Bonnur! —gritó—. ¡Nos encerrarán en un saco y nos lapidarán! —Le apoyó las manos en la espalda y lo empujó hacia delante—. ¿Eres hombre? ¡Sálvanos!

Él gritó y brincó. Un hombre agitó la espada, pero erró por falta de práctica. Bonnur le cogió ese brazo con una mano y le asestó un puñetazo en la nariz. El segundo avanzó torpemente, temiendo herir al hermano. Los contrincantes dejaron atrás a Aliyat, manchándola de sangre. Aliyat se apartó de ellos.

Zabdas le cerraba el paso. Aliyat arrebató el farol de las débiles manos del viejo y lo arrojó al suelo. El aceite brincó en llamas amarillas. Zabdas se tambaleó. Gritó cuando el fuego le lamió el tobillo.

Aliyat atravesó la cortina de abalorios, corrió por el pasillo, bajó la escalera, salió por la puerta del fondo y fue por el callejón hasta las calles fantasmales. La Puerta de Filipo permanecía abierta después del anochecer cuando se preparaba una caravana. Con cuidado y sigilo, podría pasar sin ser vista por los centinelas.

—¡Oh, Bonnur!

Pero no le quedaban lágrimas ni aliento para él, todavía no, no si quería sobrevivir.

15

Desde la caravana, al mirar atrás, se veía el primer destello del sol en las torres de Tadmor. Treparon por el valle y salieron a la estepa. Adelante el cielo se iluminó hasta que se esfumaron las últimas estrellas.

Las señales humanas fueron escasas en ese día de viaje. Cuando Nebozabad dejó la carretera romana para cortar camino por el desierto, siguieron una senda trazada por las generaciones que habían viajado antes por el mismo sitio. Al anochecer, Nebozabad ordenó un alto ante un lago fangoso donde podían abrevar los caballos. Los hombres se conformaron con lo que habían llevado en sus sacos de piel, los camellos con los secos arbustos que encontraron.

En medio del bullicio y el ajetreo, el jefe de la caravana se acercó a un conductor.

—Cogeré ese fardo ahora, Hatim —le dijo. El otro sonrió. Como la mayoría de sus colegas, consideraba que el contrabando formaba parte del oficio y nunca hacía preguntas innecesarias.

El fardo era en realidad un bulto largo atado con cuerdas, insertado en el cargamento que llevaba el camello. El esclavo de Nebozabad lo llevó hasta la tienda del amo, lo dejó en el suelo, hizo una reverencia y salió

para impedir que entraran extraños. Nebozabad se arrodilló, deshizo los nudos, desató el paño.

Aliyat se incorporó. El sudor le pegaba el pelo y el *djellabab* que él le había prestado al sinuoso cuerpo. Tenía los ojos hundidos y los labios cuarteados. Pero una vez que él le dio agua y un bocado, se recobró con turbadora rapidez.

—Habla en voz baja —advirtió Nebozabad—. ¿Cómo te ha ido? —Sufrí el calor y el polvo y los barquinazos —respondió ella con voz más sedosa que ronca—, pero te lo agradeceré eternamente. ¿Vino una partida en mi busca?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—En cuanto nos fuimos. Algunos soldados árabes, malhumorados... Supongo que Zabdas se ganó su mala voluntad por despertar al cadí. Estaban somnolientos y apáticos. No era preciso ocultarte tan bien.

Ella estaba sentada con las rodillas juntas. Suspiró, se pasó los dedos por las trenzas apelmazadas y le obsequió una sonrisa que brillaba en el fulgor de la lámpara.

—Has cuidado de mí, querido amigo.

Nebozabad, con las piernas cruzadas ante ella, frunció el ceño.

—Fui imprudente. Podría costarme la cabeza, y tengo una familia en que pensar.

Ella le acarició los dedos.

—Preferiría morir antes que causarte daño. Dame agua y un poco de pan y me marcharé por el desierto.

—¡No, no! —exclamó él—. Eso significaría una muerte más lenta. A menos que te hallaran los nómadas, lo cual sería aun peor. No, puedo llevarte. Te arroparemos con prendas amplias, te mantendremos aparte y no hablarás. Diré que eres un joven pariente que pidió que lo llevara a Tripolis. —Sonrió sin convicción—. Quienes duden del parentesco se reirán a mis espaldas. Bien, así sea. Compartirás mi tienda mientras dure el viaje.

—Dios te lo pague, si yo no puedo hacerlo. Barikai intercederá por tu alma desde el paraíso.

Nebozabad se encogió de hombros.

—Me pregunto de qué servirá, cuando estoy colaborando en la fuga de una adúltera confesa. A ella le tembló la boca. Una lágrima le humedeció el sudor y el polvo que le manchaban las mejillas.

—Pero está bien —se apresuró a añadir Nebozabad—. Me has contado qué crueldades te sacaron de tus cabales.

Él le cogió una mano y la aferró. Se aclaró la garganta.

—Pero debes entender, Aliyat, que no puedo hacer más por ti. En Tripolis debo dejarte, con las pocas monedas que pueda ofrecerte, y luego estarás sola. Si me acusan de haberte ayudado, lo negaré todo.

—Y yo negaré que te vi. Pero no temas. Me esfumaré.

—¿Adonde irás? ¿Cómo vivirás sin ayuda?

—Lo haré. Ya tengo noventa años. Mira. ¿Me han dejado alguna marca?

Él miró, sorprendido.

—No —murmuró—. Eres extraña, extraña.

—No obstante... sólo una mujer. Nebozabad, puedo hacer algo para pagar parte de tu generosidad. Lo único que puedo ofrecer son recuerdos, pero podrás llevarlos a casa contigo.

Nebozabad se quedó inmóvil.

Aliyat se le acercó.

—Es mi deseo —susurró—. También serán mis recuerdos.

16

Y son muy gratos, pensó ella cuando él estaba durmiendo. Casi envidió a la esposa.

Hasta que él envejeciera, y ella. A menos que una enfermedad se llevara a uno o al otro. Aliyat nunca había estado enferma. Sus carnes habían olvidado los ultrajes del día y de la noche que había pasado. La dominaba una agradable languidez, pero se excitaría de inmediato si él llegaba a despertar.

Sonrió en la oscuridad. Debía dejarlo descansar. Deseaba salir a caminar un rato bajo la luna y las altas estrellas del desierto. No, demasiado arriesgado. Debes esperar. Esperar. Había aprendido.

Sintió una punzada de dolor. Pobre Bonnur. Pobre Thirya. Pero si se daba el lujo de llorar por los que vivían poco, no dejaría de llorar nunca. Pobre Tadmor. Pero una nueva ciudad esperaba adelante, y más allá todo el mundo y el tiempo.

Una mujer que no envejecía tenía al menos un recurso para seguir viviendo en libertad.

V
Ningún hombre escapa a su destino

Se cuenta en la saga de Olaf Tryggvason que Nornagest fue a verlo cuando estaba en Nidharos y permaneció un tiempo en la residencia del rey; pues muy maravillosas eran las historias que conocía Gest Una noche tras otra, mientras el año se arrastraba hacia el invierno, los hombres se sentaban a escuchar junto al fuego. Escuchaban historias de tiempos pasados y de los confines del mundo. A menudo Nornagest cantaba estrofas, pues era un escaldo y sabía acompañar las palabras con arpa, al estilo inglés. Algunos mascullaban que debía de ser un embustero, preguntándose cómo un hombre podía haber viajado o ser tan viejo. Pero el rey Olaf los silenciaba y escuchaba con atención.

—Yo vivía en una granja de las tierras altas —acababa de decir Gest—. Mi último hijo murió, y de nuevo estaba harto de mi morada, más harto que nunca, señor. Me llegaron noticias tuyas, y he venido para ver si son ciertas.

—Las buenas noticias que has oído son ciertas —respondió el sacerdote Conor—. Por la gracia de Dios, él está trayendo un nuevo día a Noruega.

—Pero tu primer día amaneció ya hace mucho tiempo, ¿eh, Gest? —musitó Olaf—. Hemos oído hablar de ti una y otra vez, aunque sólo tus vecinos de las montañas te han visto durante muchos años, y yo creía que estabas muerto. —El forastero era un hombre alto y delgado de espalda recta, pelo y barba gris, pero con pocas arrugas sobre los fuertes huesos de la cara—. No has envejecido.

—Soy más viejo de lo que parezco, señor —suspiró Gest.

—Nornagest: Huésped de las Nornas. Un apodo extraño y pagano —dijo lentamente el rey—. ¿Cómo te lo has ganado?

—Tal vez no quieras saberlo.

Y Gest cambió de tema.

Conocía muy bien ese arte. Una y otra vez, Olaf lo exhortaba a aceptar el bautismo y salvarse. Pero el rey no hacía amenazas ni ordenaba su muerte, como hacía con la mayoría de los obstinados. Las historias de Gest eran tan cautivadoras que deseaba retener allí a ese vagabundo.

Conor insistía, y buscaba a Gest casi a diario. El sacerdote cumplía celosamente con su deber. Había ido a ver a Olaf cuando el rey navegó de Dublín a Noruega, derrocó a Hákon Jarl y conquistó la comarca. Ahora el

rey llamaba a misioneros de Inglaterra y Alemania, así como de Irlanda, y quizá Conor se sentía un poco excluido.

Gest lo escuchaba con gravedad y respondía con suavidad.

—No desconozco a tu Cristo —le dijo—. A menudo me he topado con él, o con sus adoradores. No reverencio a Odín ni a Thor. —Sonrió con escepticismo.— He conocido a demasiados dioses.

—Pero éste es el Dios único y verdadero —le replicó Conor—. No te resistas, o te perderás. Dentro de pocos años habrán transcurrido mil desde Su nacimiento entre los hombres. Entonces regresará, pondrá fin al mundo y levantará a los muertos para juzgarlos.

Gest miró a lo lejos.

—Ojalá pudiera creer que veré de nuevo a mis muertos —susurró, y dejó que Conor siguiera hablando.

Sin embargo, al anochecer, después de las carnes, cuando se llevaban las mesas del salón y las mujeres traían los cuernos para beber, Gest hablaba de otras cosas. Contaba relatos, cantaba versos, respondía preguntas. Una vez un par de guardias hablaron de la gran batalla de Bravellir.

—Mi antepasado Grani de Bryndal estuvo entre los islandeses que lucharon contra el rey Sigurdh Anillo —alardeó uno—. Avanzó tanto que pudo ver la caída del rey Harald Diente de Guerra. Ni siquiera Starkadh tuvo fuerzas para salvar a los daneses ese día.

—Perdona —intervino Gest—. No hubo islandeses en Bravellir. Los escandinavos aún no habían descubierto esa isla.

El guerrero se enfadó.

—¿Nunca has oído el poema que compuso Starkadh? —replicó—. Menciona todas las hazañas que ambos bandos hicieron durante la refriega.

Gest meneó la cabeza.

—Lo he oído, y no te llamo embustero, Eyvind. Tú cuentas lo que te contaron. Pero Starkadh nunca compuso ese poema. El autor fue otro escaldo, mucho después, y lo puso en labios del rey. La batalla de Bravellir... —Se interrumpió para recordar mientras las llamas siseaban y crepitaban—. ¿Fue hace trescientos años? Lo he olvidado.

—¿Quieres decir que Starkadh no estuvo allí, y tú sí? —se burló el guardia.

—Oh, estuvo —dijo Gest—, aunque no era como en las historias que hoy cuentan los hombres, ni estaba cojo, viejo y medio ciego cuando al fin encontró la muerte.

De nuevo se hizo el silencio. El rey Olaf escrutó las fluctuantes sombras antes de preguntarle:

—¿Entonces lo conociste?

Gest asintió.

—En efecto. Lo conocí justo después de Bravellir.

1

Su cayado era una lanza, pues ningún hombre viajaba desarmado en el norte; pero en el hatillo llevaba un arpa enfundada, y no dañaba a nadie. Cuando encontraba una casa al anochecer, dormí allí, pagando la hospitalidad con canciones y relatos y noticias del exterior. De lo contrario, se arropaba en la manta y al amanecer bebía en un manantial o un arroyo o comía el pan y el queso que le había dado el último anfitrión. Así había viajado la mayor parte de sus años, de un confín al otro del mundo.

Era un día fresco bajo un cielo borroso donde escaseaban las nubes y el sol giraba hacia el sur. Los bosques que rodeaban las colinas de Gautlandia guardaban silencio. Los abedules habían empezado a amarillearse, y el verde de los robles y encinas era menos brillante. Oscuros abetos se erguían entre ellos. Grosellas maduras relucían en la sombra. El olor de la tierra y la humedad impregnaba el aire.

Gest oteó desde el risco al que había trepado. Abajo, la tierra rodaba hasta un horizonte desleído. En general era terreno boscoso, pero prados y campos arados asomaban aquí y allá. Vio un par de casas empequeñecidas por la distancia; penachos de humo adornaban los tejados. En las cercanías un arroyo rutilante corría hacia un lago que brillaba en la distancia.

Se había alejado tanto del campo de batalla que los destrozos y los muertos resultaban borrosos. Aves carroñeras sobrevolaban el lugar, una negrura giratoria que también se había vuelto diminuta. Apenas podía oír los gritos. A veces el aullido de un lobo se elevaba y quedaba suspendido sobre las colinas antes de morir entre ecos.

Los supervivientes se habían retirado rumbo a sus hogares. Llevaban consigo a los parientes y amigos heridos, pero apenas habían podido echar unos terrones sobre los caídos que conocían. Un grupo con el que Gest se había cruzado esa mañana afirmaba que el rey Sigurdh, en

resguardo de su propio honor, se había llevado el cuerpo de su enemigo el rey Harald para ofrecerle dignos funerales en Upsala.

Gest se apoyó en su lanza, menó la cabeza y sonrió tristemente ¿Cuántas veces había visto esto, después de que los jóvenes embistieron para perder la vida? No lo sabía. Había perdido la cuenta en el desierto de los siglos. O bien nunca había tenido ánimo para llevar la cuenta, ya no sabía cuál de ambas cosas. Como siempre, sintió la necesidad de brindar una despedida, lo único que él o cualquier otro podía ahora brindar a esos jóvenes.

No fue un drapa lo que acudió a sus labios. Las palabras eran nórdicas para que los muertos las entendieran si podían oírlas, pero no tenía deseos de elogiar el valor y evocar hazañas violentas. La forma poética que escogió procedía de un País del oriente donde gente baja de ojos rasgados sabía mucho y confeccionaba objetos de gran belleza, aunque también allá la espada causaba estragos.

Al morir el verano,
el frío teñirá las hojas de sangre.
¿Adónde volarán los gansos?
Esta tierra ya enrojeció
mientras el viento llamaba a las almas.

Gest se quedó un rato más, después dio media vuelta y partió. Los daneses con quienes se había cruzado habían podido ver al que él buscaba, quien había ido hacia el este siguiendo a media docena de suecos. Gest había ido a Bravellir y había buscado hasta que su ojo de cazador halló lo que debía de ser un rastro. Era mejor darse prisa. No obstante, mantuvo su paso de todos los días. Parecía lento, pero en una jornada cubría tanto camino como un caballo, o más, y le permitía observar todo.

Estaba en una senda de cazadores. Los reyes se habían enfrentado en Bravellir porque era un ancho prado atravesado por una carretera de norte a sur, a medio camino entre Harald en Escania y Sigurdh en Suecia. La tierra del sendero aún estaba floja. Los seis que seguían ese rumbo debían de enfilar hacia la costa del Báltico, donde se hallaban las naves que los habían traído. Su escaso número indicaba que la batalla había sido atroz. Sería recordada, cantada y exagerada en la memoria de los hombres durante cientos de años. Y aquellos que araban los campos vecinos morirían olvidados.

Los zapatos de Gest se hundían suavemente en el suelo. Las ramas formaban un dosel por donde los rayos del sol penetraban formando charcos de luz e umbrío corredor que tenía delante. Una ardilla trepa un

árbol como una llamarada. En alguna parte arrulló una paloma. Crujieron arbustos a la izquierda y una silueta grande y opaca huyó, un alce. Gest dejó que su alma vagara por esos lugares de dulce olor. Entretanto, siguió estudiando los rastros. Era fácil: huellas, ramas rotas, telarañas rasgadas, marcas en troncos musgosos donde los hombres se habían sentado a descansar. No eran cazadores profesionales, como él lo había sido buena parte de su vida. Tampoco lo era el que los seguía sin detenerse, acortando la distancia. Esos pies eran enormes.

Pasó el tiempo. Los rayos del sol se volvieron más oblicuos y cobraron un tono dorado. El aire se enfrió.

De pronto, Gest se detuvo. Se inclinó hacia delante, y ladeó la cabeza. Oyó un ruido que le pareció familiar.

Apuró el paso. Al principio sofocado por las hojas, el ruido creció. Vibraciones metálicas y gritos, y pronto crujidos, chasquidos y resuellos. Gest preparó la lanza y avanzó con sigilo.

Había un cadáver en el camino. Había caído en un arbusto que le tapaba el torso. La sangre goteaba de los tallos formando un charco brillante. Le habían abierto un tajo desde el hombro izquierdo hasta el esternón. Le sobresalían trozos de costillas y los pulmones. El sudor le pegaba el pelo rubio a las mejillas lampiñas. El muchacho muerto miraba con ojos vacíos.

Gest se apartó y tropezó con otro cuerpo. En las cercanías, el combate agitaba los arbustos. Entrevió hombres, hierro, sangre y más sangre. Un arma chocaba contra otra, rozaba yelmos, golpeaba escudos de madera. Otro guerrero cayó, el muslo chorreando, pataleando y gritando con un chillido animal. Un cuarto guerrero cayó y quedó tendido entre ortigas. Tenía la cabeza casi arrancada.

Gest se ocultó detrás de un abeto. Lo protegía, pero le permitía ver entre las ramas. Quedaban dos de la banda que el recién llegado había alcanzado y atacado. Como sus compañeros, usaban sólo camisas, chaquetas, pantalones. Si alguno tenía una cota de malla, no se la había puesto a tiempo. La mayoría tenía cascos redondos. Uno llevaba una espada y un escudo, otro un hacha.

El enemigo solitario llevaba una armadura completa, con una cota de malla larga hasta las rodillas, un yelmo cónico con protector nasal, un escudo con borde de hierro en la mano izquierda y una espada descomunal en la derecha. Era enorme: superaba al alto Gest por una cabeza, hombros anchos como el marco de una puerta, brazos y piernas como ramas de roble. Una desaliñada barba negra le caía hasta el pecho.

El par se había recobrado de la sorpresa del ataque. Combatían juntos ladrándose indicaciones. El espadachín se lanzó contra el gigante.

Los aceros chocaron, un destello cuando les daba el sol, un borrón cuando se movían hacia abajo o al costado. El sueco recibió un golpe en el escudo y trastabilló, pero conservó su posición y devolvió el golpe. El del hacha se acercó a su enemigo por la espalda.

El hombretón se dio cuenta y con desconcertante rapidez, giró sobre los talones y embistió de costado, esquivando el hachazo. Lanzó una estocada. El otro se tambaleó, soltó el hacha, se miró el antebrazo derecho abierto con el hueso astillado. El gigante dio un brinco, dejándolo atrás. Había una franja de hierba entre él y el otro espadachín. En el linde dio media vuelta y echó a correr hacia su enemigo. Los escudos chocaron con estruendo. El aturdido sueco cayó de espaldas. Atinó a aferrar la espalda y alzar el escudo. El gigante dio un brinco y aterrizó sobre él. El escudo chocó contra las costillas. Gest las oyó crujir. El caído soltó un resuello. El gigante se montó a horcajadas sobre el cuerpo trémulo y lo liquidó de dos tajos.

Miró en torno. El hombre herido echaba a correr, tropezando entre los troncos. El vencedor lo persiguió y lo abatió.

Los chillidos del hombre herido en el muslo se redujeron a un graznido, un gemido, un silencio.

El vencedor soltó una fuerte risotada. Golpeó la espada tres veces contra el suelo, la enjugó en la camisa de un caído y la envainó. Respiró con más calma. Se quitó el yelmo y el gorro, los tiró al suelo, se secó el sudor de la frente con la mano velluda.

Gest salió de detrás del abeto. El gigante cogió la espada envainada. Gest apoyó la lanza en la horqueta de un árbol y extendió las palmas.

—Vengo en son de paz —dijo.

El guerrero permaneció tenso.

—¿Pero estás solo? —preguntó. La voz era como la rompiente en una playa pedregosa.

Gest miró la cara surcada de arrugas, los ojos glaciales y azules, y asintió.

—Estoy solo. Además, después de lo que he visto, creo que Starkadh no necesita tener miedo de nada ni de nadie.

El guerrero sonrió.

—Ah, me conoces. Pero nunca nos hemos visto.

—En el norte todos han oído hablar de Starkadh el Fuerte. Y.. te estaba buscando.

—¿De veras? —La sorpresa se transformó en cólera—. Entonces ha sido una cobardía permanecer al margen sin ayudarme.

—No lo necesitabas —dijo Gest con tono conciliador———. Además la batalla ha sido muy rápida. Jamás he visto a alguien tan diestro con las armas.

Complacido, Starkadh habló con voz más cordial.

—¿Quién eres?

—He tenido muchos nombres. En el norte el más frecuente es Gest.

—CY qué quieres de mí?

—Es una larga historia. ¿Puedo antes preguntarte por qué perseguiste y mataste a estos hombres?

Starkadh miró hacia el sol cuya luz formaba haces amarillos entre los árboles que se oscurecían contra el cielo. Movió los labios. Al cabo de un rato asintió con la cabeza, miró de nuevo a Gest y empezó:

Aquí no tendrán hambre los lobos.
Harald alimentó los cuervos.
Honor ganamos.
Sólo Odín nos superó.
No tengo cerveza, mas ofrezco
a Harald todos estos enemigos.
Él nunca fue tacaño.
Ahora he demostrado mi gratitud.

Conque era cierto lo que contaban, pensó Gest. Además de ser el mejor guerrero, Starkadh tenía cierto talento como escaldo. ¿Qué otra habilidad tendría?

—Entiendo —convino Gest—. Luchaste por Harald, y deseabas vengar a tu señor caído, aunque guerra ha terminado.

Starkadh asintió.

—Espero haber complacido a su espíritu. Más aún, espero haber complacido a su antepasado, el rey Frodhi, quien fue el mejor de los señores y nunca me escatimó el oro ni las armas ni otras cosas de valor.

Gest sintió un cosquilleo en la espalda.

—¿Te refieres a Frodhi Fridhleifsson de Dinamarca? Dicen que Starkadh pertenecía a su linaje. Pero él murió hace generaciones.

—Soy más viejo de lo que parezco —respondió. Starkadh con renovada hosquedad y le recorrió un estremecimiento—. Después de un día tan ajetreado, estoy sediento. ¿Sabes dónde hay agua?

—Sé cómo encontrarla, si vienes conmigo —dijo Gest—. ¿Pero qué pasa con estos cadáveres?

Starkadh se encogió de hombros.

—No soy cuervo para limpiarles los huesos. Dejémoslos para las hormigas. —Las moscas revoloteaban sobre ojos ciegos, lenguas resecas y sangre coagulada. El tufo era nauseabundo.

Gest estaba habituado a ese espectáculo pero siempre se alegraba de dejarlo atrás, y trataba de no pensar en las viudas, los hijos, las madres. Las vidas que había compartido eran breves, apenas un parpadeo, y después, en otro parpadeo, la mayoría eran olvidadas por todos salvo por él. Cogió la lanza y encabezó la marcha por el sendero.

—¿Regresarás a Dinamarca? —preguntó.

—No creo —tronó Starkadh a sus espaldas—. Sigurdh se cerciorará de que el próximo rey de Hleidhra le sea leal, y de que todos los reyezuelos riñan entre ellos.

—Oportunidades para un guerrero.

—Pero me disgustaría ver derrumbarse el reino construido por Frodhi y reconstruido por Harald Diente de Guerra.

—Por lo que he oído, la simiente de algo grande pereció en Bravellir —suspiró Gest—. ¿Qué harás?

—Tomar las naves que poseo, juntar tripulantes y hacerme vikingo... Iré hacia el este, creo, a Wendland y Gardhariki. ¿Es un arpa lo que llevas allí?

Gest asintió.

—He practicado muchos oficios, pero ante todo soy escaldo.

—Entonces ven conmigo. Cuando lleguemos a la morada de un señor, compondrás un drapa sobre lo que he hecho hoy. Te recompensaré bien.

—Debemos hablar sobre eso.

Ambos callaron. Al cabo de un rato Gest tomó por una senda lateral. Daba a un claro salpicado de tréboles. Un manantial borboteaba en el centro y el agua se escurría en la hierba para perderse bajo los árboles. Éstos formaban una muralla alrededor, oscura abajo, verde oro arriba, donde las rozaban los últimos rayos del sol. El cielo del este era azul violáceo. Una bandada de cornejas volaba hacia el hogar. Starkadh se

arrojó de bruces y bebió con avidez. Cuando al fin alzó la barba goteante, vio que Gest había tendido la capa, abierto la mochila, y desparramado cosas. Ahora recogía leña bajo los árboles y arbustos que rodeaban el claro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Starkadh.

—Estoy preparándome para pasar la noche —dijo Gest.

—¿No vive nadie en las cercanías? La choza de un porquerizo bastaría.

—Lo ignoro, y quizá nos sorprenda la oscuridad mientras buscamos. Además, es mucho mejor descansar aquí que en un suelo de lodo, oliendo humo y flatulencias.

—Oh, he dormido a menudo bajo las estrellas, y también he padecido hambre. Veo que traes comida. ¿Deseas compartirla?

Gest miró de hito en hito la guerrero.

—¿No me la arrebatarías?

—No, no. No eres un enemigo ni un absoluto extraño. —Starkadh se echó a reír—. Tampoco una mujer. Qué pena.

Gest sonrió.

—Repartiremos lo que hay, aunque no es mucho para un hombre de tu talla. Pondré trampas. Por la mañana, con suerte, tendremos ratones campestres para cocinar, o incluso una ardilla o un erizo. —Hizo una pausa—. ¿Quieres ayudarme? Si haces lo que te indico, podremos estar cómodos antes del anochecer.

Starkadh se levantó.

—¿Me tomas por uno de esos torpes mineros? Claro que te ayudaré. ¿Eres finés, o has vivido entre fineses, para saber cómo sobrevivir en el bosque?

—No, nací en Dinamarca, como tú.... hace mucho tiempo. Pero aprendí el arte del cazador en mi infancia.

Gest notó sin sorpresa que debía escoger las palabras con cuidado al dar instrucciones. La arrogancia de Starkadh. podía estallar a cada instante. En una ocasión rugió «¿Acaso soy un cautivo?» y desenvainó la espada. Al fin la envainó, se dio un puñetazo en la palma e hizo lo que se le pedía, pero por un segundo el dolor le contrajo la cara.

La luz del día se derramaba desde el oeste. Cada vez despuntaban más estrellas. Cuando la penumbra cubrió el claro, los hombres tenían preparado el campamento. Un refugio de leña, con helechos y ramas en el interior, les permitía descansar a resguardo del rocío, las nieblas

nocturnas y las posibles lluvias. La hierba apilada en la entrada mantenía la tibieza de una fogata que Gest había encendido con una barrena. Además de piñones y bayas, había hallado piñas, juncos y raíces para acompañar el pan con queso. Una vez que las asaran, él y Starkadh podrían dormir bastante satisfechos.

Gest se acuclilló ante el fuego, cortando una vara verde con el cuchillo para tallar un utensilio de cocina. Era un fuego más pequeño del que habría preparado el guerrero, y chisporroteaba suavemente. El humo ligero olía a resina. Aunque el aire se enfriaba deprisa en esa temporada, Starkadh comprendió que podía mantenerse tibio quedándose cerca. Las llamas rojas y amarillas arrojaban una luz trémula sobre los pómulos y la nariz de Gest; le resbalaba en los ojos y le arrojaba sombras en la barba gris.

—Eres muy hábil —dijo Starkadh—. Desde luego, viajarás conmigo.

—Ya hablaremos de eso —respondió Gest, mirando su labor.

—¿Por qué? Me has dicho que me buscabas.

—Sí, exacto. —Gest inhaló con fuerza—. Largo tiempo estuve lejos, hasta que al fin los recuerdos del norte me abrumaron y tuve que regresar para ver si los álamos aún temblaban en las ligeras noches de verano. —No mencionó a la mujer que había muerto después de que ambos hubieran viajado treinta años juntos por las vastas praderas del Oriente con una tribu de pastores—. Había perdido las esperanzas, había dejado de buscar... hasta que atravesé los bosques y los brezales de Jutlandia y la vieja lengua volvió a despertar en mí, sin muchos cambios desde mi partida. Oí hablar de Starkadh—. ¡Debía encontrarlo! Seguí los rumores hasta Hleidhra, donde me dijeron que había cruzado el mar para reunirse con el rey Harald e ir a la guerra. Seguí ese rastro hasta Bravellir, y llegué al atardecer, cuando la matanza de ese día había terminado. Por la mañana hallé a hombres que lo habían visto alejarse de allí, y seguí el camino que me indicaron. Y aquí estamos, Starkadh.

El hombre corpulento se movió.

—¿Qué deseas de mí? —gruñó.

—Primero, que me cuentes la historia de tu vida. He oído algunas anécdotas llamativas.

—Te gustan los chismes.

—He buscado el conocimiento por todo el mundo. ¿Cómo puede un narrador de historias pagar el alojamiento de una noche o un escaldo componer estrofas para los jefes a menos que tenga entre los labios algo digno de contar?

Starkadh se había desabrochado la espada, pero llevó la mano al cuchillo.

—¿Se trata de una brujería? Eres extraño, Gest.

El vagabundo clavó los ojos en el guerrero y respondió:

—Juro que no obraré ningún hechizo. Lo que busco es aún más extraño.

Starkadh reprimió un temblor. Como si embistiera contra el miedo para pisotearlo, dijo deprisa:

—Mis actos son célebres, aunque nadie salvo yo los conoce todos. Pero sin duda historias exageradas e insidiosas han circulado con los años. No desciendo de los gigantes. Eso es un cuento de viejas. Mi padre era un hacendado del norte de Zelanda, mi madre venía de una aldea de pescadores, y tuvieron otros hijos que crecieron, vivieron como gente común, envejecieron y fueron a la tumba, también como gente común.... cuando no los arrebataron la batalla, la enfermedad o el mar.

—¿Cuánto hace que reposan bajo tierra? —preguntó Gest, pero Starkadh ignoró la respuesta.

—Yo era grande y fuerte, como ves. Desde la infancia me desagradó trabajar los campos o izar redes llenas de peces malolientes. A los doce años me hice vikingo. Algunos hombres de la vecindad tenían un barco en común. Se juntaron con otros barcos y durante un tiempo realizaron incursiones en las costas escandinavas. Cuando regresaron para cosechar el heno, yo me quedé. Busqué a un capitán que se quedara durante el invierno; y desde entonces mi fama creció rápidamente.

»¿He de hablarte de batallas, saqueos, incendios, banquetes, hambre, frío, camaradas, mujeres, ofrendas a los dioses, luchas contra la tormenta y la mala suerte cuando los dioses se encolerizaban con nosotros, reyes a quienes servimos y reyes a quienes derrocamos? Los años se confunden dentro de mí como restos de naufragio en un arrecife.

»Frodhi, rey de Hleidhra, me acogió cuando me fui a pique. Me puso al mando de las tropas de su palacio, y yo le convertí en el mayor de los señores de su tiempo. Pero su hijo Ingjald resultó ser debilucho, perezoso y glotón. Se lo reproché y abandoné la comarca disgustado. Pero en ocasiones regresé para empuñar la espada por hombres más dignos de la casa Skjoldung. Harald fue el mejor de ellos. Fue el primero de los reyes de toda Dinamarca y Gautlandia, e incluso de Suecia; pero ahora Harald ha caído, y su obra se ha desmoronado, y estoy solo de nuevo.

Se aclaró la garganta y escupió. Tal vez era su forma de no llorar.

—Me dijeron que Harald era viejo —dijo Gest—. Tuvo que viajar a Bravellir en carreta, y estaba casi ciego.

—¡Murió como un hombre!

Gest asintió, calló y preparó la cena. Comieron en silencio. Luego aplacaron de nuevo la sed en el manantial y se alejaron para orinar. Cuando Starkadh regresó a la fogata encontró a Gest de vuelta, agazapado. Había anochecido por completo. El Carro de

Thor relucía enorme, desnudo sobre las copas de los árboles, y la Estrella del Norte estaba más alta que una punta de lanza.

Starkadh se plantó ante el fuego, las piernas separadas, los brazos en jarras, y bramó:

—Estoy ya harto de tus arteras evasivas. ¿Qué quieres? Dilo, o te abatiré.

Gest alzó los ojos.

—Una última pregunta ——dijo—. Luego lo sabrás. ¿Cuándo naciste, Starkadh?

El gigante escupió una maldición.

—¡Preguntas y preguntas y preguntas, pero nada dices! ¿Qué clase de criatura eres? Te sientas en cuclillas como un hechicero finés.

Gest negó con la cabeza.

—Aprendí esto más hacia el este —replicó con voz mansa—, y muchas cosas más, pero nada de hechicería.

—¡Aprendiste a portarte como una mujer! ¡Llegaste tarde al campo de batalla y te quedaste mirando mientras yo luchaba con seis hombres!

Gest se levantó, enderezó la espalda, miró a través de las llamas.

—Ésa no era mi guerra, y no habría perseguido a hombres que ya no me amenazaban —dijo con una voz que parecía acero deslizándose en la vaina. En la fluctuante penumbra, bajo las estrellas y el Camino del Invierno, de pronto parecía tan alto como el guerrero, o más aún—. Oí decir que eres formidable en la batalla, pero que estás condenado a hacer malos actos, cosas despreciables una y otra vez. Dicen que Thor te impuso esto porque te odia. Dicen que el dios que te profesa buena voluntad es Odín, padre de la brujería. ¿Es verdad?

El gigante jadeó intimidado. Alzó las manos y las agitó en el aire.

—Cháchara vacía —gruñó—. Nada más.

Gest continuó su embestida.

—Pero has cometido traiciones. ¿Cuántas, en todas las vidas que has vivido?

—¡Contén la lengua! —bramó Starkadh—. —Tú qué sabes de no tener edad? Calla, o te partiré en dos como el insecto que eres.

—Tal vez no sea tan fácil —murmuró Gest—. Yo también he vivido un largo tiempo. Mucho más que tú, amigo mío.

Starkadh respiró roncamente. Lo miró boquiabierto.

—Bien —dijo secamente Gest—, nadie en estas comarcas lleva la cuenta de los años, como en el sur o en el este. Oí decir que habías vivido las vidas de tres hombres. Eso debe significar simplemente que la gente recuerda que sus abuelos hablaron de ti. Supongo que cien años es una buena estimación.

—Yo... pensaba que era más.

De nuevo Gest miró a Starkadh de hito en hito. Habló con voz más suave pero más sombría, trémula como una brisa en la noche.

—Yo no sé qué edad tengo. Pero en mi infancia aún no conocían el metal en estas tierras. De piedra eran los cuchillos, las puntas de hacha, de lanza y de flecha y las cámaras funerarias. No fueron los gigantes quienes levantaron esos dólmenes que se yerguen sobre la tierra. Fuimos nosotros, tus antepasados, quienes poníamos nuestros muertos a descansar y ofrendábamos a nuestros dioses. Aunque esos «nosotros» ya no existen. Los he sobrevivido, sólo yo, así como he sobrevivido a sucesivas generaciones de hombres... hasta hoy, Starkadh

—Has encanecido —dijo el guerrero, con un gemido que era una negación.

—Encanecí cuando era joven. Les ocurre a algunas personas. En nada más he cambiado. Nunca he estado enfermo, y las heridas sanan deprisa, sin dejar cicatriz. Cuando se me caen los dientes, crecen otros nuevos. ¿Te sucede lo mismo?

Starkadh tragó saliva y asintió.

—Supongo que has sufrido más heridas que yo, con la vida que llevas ——dijo Gest con tono reflexivo—. Yo he sido tan pacífico como me permitían los demás, y tan cauto como cualquier viajero. Cuando los carros irrumpieron en lo que hoy llamamos Dinamarca... —Frunció el ceño—. Eso está olvidado, sus guerras, sus hazañas y su misma lengua. La sabiduría perdura. Eso es lo que he buscado a través del mundo.

Starkadh se estremeció.

—Gest —murmuró—, ahora recuerdo que en mi juventud se contaban historias sobre un viajero que... Nornagest. ¿Eres tú? Pensé que era sólo una historia.

—A menudo me fui del norte por cientos de años. Siempre sentía ganas de volver. Mi última estancia aquí fue ochenta años atrás. Una ausencia más breve que las anteriores, pero... —Gest suspiró de nuevo,_. Cada vez me canso más de deambular por la tierra entre los vientos. Conque las gentes me recordaron por un tiempo, ¿eh?

El aturdido Starkadh sacudió la cabeza.

—Y pensar que yo estaba vivo entonces. Pero debía de estar viajando... ¿Es verdad que las Nornas contaron a tu madre que morirías cuando se agotara una vela, y que ella la apagó y tú aún la llevas contigo?

Gest sonrió.

—¿Tú crees que Odín te ha dado longevidad? —Adoptó un semblante grave—. No sé por qué ambos somos lo que somos. Es un enigma tan oscuro como la muerte del resto de los hombres. ¿Nornas, dioses? El hambre de saber me llevó hasta los confines del mundo, además de la esperanza de encontrar a otros como yo. Oh, ver a una amada esposa marchitarse, y ver que nuestros hijos la siguen... Pero en ninguna parte hallé a alguien a quien el tiempo perdonara, ni encontré ninguna respuesta. En cambio, oí demasiados consejos, conocí demasiados dioses. Allende el mar invocan a Cristo, pero si viajas muy al sur está Mahoma; y en el Oriente está Gautama Buda, salvo allá donde dicen que el mundo es un sueño de Brahma, o hacen ofrendas a una hueste de dioses y fantasmas, y elfos como los de nuestras tierras del norte. Y casi todos los hombres a quienes pregunté me dijeron que su gente sabía la verdad mientras que los demás estaban confundidos. Si tan sólo pudiera oír una palabra que tuviera al menos un viso de certeza...

—No te inquietes por eso —dijo Starkadh, con renovada arrogancia—. Las cosas son lo que son, y ningún hombre escapa a su destino. La libertad consiste en dejar un alto nombre detrás.

—Me preguntaba si estaba solo, si mi inmortalidad era una maldición lanzada sobre mí por alguna culpa horrenda que he olvidado —continuó Gest—. Pero eso parecía erróneo. Ocurren nacimientos extraños. A menudo son inválidos o deformes, pero de vez en cuando surge una criatura que puede florecer, como un trébol de cuatro hojas. ¿Seremos los inmortales algo parecido? Seríamos muy pocos. La mayoría bien podría morir en guerras o accidentes antes de descubrir que son distintos. Otros podrían morir en manos de vecinos que temen que sean brujos. O quizá huyan, adopten nuevos nombres, aprendan a ocultar lo que son. Yo hice esto, y rara vez permanecí mucho tiempo en el mismo lugar. De cuando en cuando hallé gente dispuesta a aceptarme tal como soy, hombres sabios del Oriente, o toscos habitantes del bosque como mis nórdicos, pero al final siempre había demasiada pena, el peso agobiante de los recuerdos, y también debí marcharme.

»Nunca hallé a los de mi especie. Muchos caminos seguí, a veces durante años, pero ninguno condujo a nada. Al final perdí las esperanzas y emprendí la Vuelta hacia mi hogar. Al menos, la primavera nórdica es eternamente joven.

»Y entonces oí hablar de ti.

Gest se acercó al fuego. Apoyó las manos en los hombros de Starkadh.

—Aquí termina mi búsqueda, donde comenzó —dijo. Las lágrimas le temblaban en las pestañas—. Ahora somos dos, y ya no estamos solos. Y así sabemos que tiene que haber más, mujeres entre ellos. Juntos, ayudándonos y alentándonos, podemos buscar hasta encontrarlos. ¡Starkadh, hermano mío!

El guerrero permaneció inmóvil.

—Esto... es... inesperado —musitó.

Gest lo soltó.

—En efecto. Yo tuve mucho tiempo para pensar desde que recibí noticias de ti. Bien, tómate tu tiempo. Nosotros tenemos más de lo que tienen la mayoría de los hombres.

Starkadh escrutó la oscuridad.

—Pensé que un día sería viejo y débil como Harald —jadeó—. A menos que primero cayera en la batalla, y pensé en tratar de que así fuera... Pero me dices que siempre seré joven. Siempre.

—Una carga que a menudo ha resultado insoportable para mí —declaró Gest—. Pero, compartida, será más liviana.

Starkadh apretó los puños duros como roble.

—¿Qué haremos con ella?

—Cuidar de nuestro don. Tal vez, a pesar de todo, venga del Más Allá y quienes lo reciben estén señalados para hazañas que cambiarán el mundo.

—Sí. —La alegría palpitó en la voz de Starkadh—. Una fama imperecedera, y estar vivo para disfrutarla. Reunir huestes guerreras, capturar reinos, fundar casas reales.

—Aguarda, aguarda —dijo Gest—. No somos dioses. Nos pueden asesinar, ahogar, quemar, matar de hambre, como a los demás hombres. He permanecido en la tierra tantos años gracias a mi cautela.

Starkadh lo miró con frialdad.

—Lo entiendo —barbotó con desdén—. ¿Tú sabes de honor?

—No quiero decir que actuemos como timoratos. Procuremos tener poder, y un escondrijo por si la suerte no nos sonríe. Después daremos a conocer lo que somos poco a poco, a la gente en quien Podamos confiar. Su respeto nos ayudará, pero eso no es suficiente; para conducir, debemos servir, debemos dar.

—¿Cómo podemos dar a menos que tengamos oro, tesoros, un botín tal como el que pueden acumular vikingos inmortales?

Gest frunció el ceño

—Estamos a punto de discutir. Será mejor que no hablemos más, sino que reflexionemos mientras descansamos. Mañana, después de dormir, pensaremos con mayor claridad.

—¿Puedes dormir.. después de esto?

—¿Qué? ¿Tú no estás agotado?

Starkadh rió.

—Después de recoger tan buena cosecha, quise decir. —No llegó a ver la mueca de disgusto de Gest.— Como quieras. Al lecho.

Sin embargo, en el refugio pataleó y murmuró y movió los brazos. Al fin Gest decidió salir.

Encontró un lugar seco cerca del manantial, pero optó por buscar descanso en la meditación y no en el sueño. Tras adoptar la posición del loto, indujo la calma dentro de sí mismo. Eso fue fácil. Tiempo atrás había superado a sus gurús en comarcas que estaban al este de las alboradas de Dinamarca: pues había tenido siglos para practicar las disciplinas mentales y corporales que ellos enseñaban. Pero no habría podido resistir tanto sin sus enseñanzas. ¿Cómo les iría a esos maestros, a esos chelas amigos? ¿Natha y Lobsang al fin se habrían liberado de la Rueda?

¿Él se liberaría alguna vez? Sintió esperanza. Nunca podía abandonarla M todo. ¿Eso significaba que él rechazaba la fe? «Om mani padme hum.» Esas palabras no le habían capturado el alma. ¿Pero era porque él no lo consentía? Si tan sólo hallara un Dios a quien entregarse...

Al menos se había vuelto semejante a los sabios que controlaban el cuerpo y sus pasiones. Había alcanzado el poder que ellos buscaban. A una orden, el aliento y el pulso disminuyeron hasta que dejó de percibirlos. El frío dejó de ser algo que le invadía la piel; Gest fue el frío, fue el mundo nocturno, se transformó en la estrofa que decía:

Despacio asciende
la luna.
Su filoso borde
hiende la oscuridad.

Astros y escarcha,
quietos como los muertos,
anuncian el ocaso
de otro año.

Un ruido lo sacó del trance. Habían pasado horas. El cielo del este estaba gris sobre los árboles. El rocío irradiaba los únicos resplandores en una penumbra sin matices. Humeaban brumas encima de esa penumbra y en el aliento de los hombres. El claro gorgoteo del manantial parecía más fuerte de lo que era.

Starkadh estaba acuclillado ante el refugio. Al salir lo había desbaratado con su andar torpe. Empuñaba la espada envainada que había dejado sobre la cota de malla. Miró a su alrededor con los ojos irritados hasta encontrar a Gest. Soltó un gruñido y se le acercó. Gest se levantó.

—Buenos días —saludó.

—¿Has pasado la noche sentado? —preguntó Starkadh con voz ronca—. Yo tampoco he podido dormir.

—Espero que hayas descansado, de todos modos. Iré a ver qué hay en las trampas.

—Espera. Antes de continuar juntos...

Gest sintió un escalofrío.

—¿Qué te molesta?

—Tú. Tu lengua evasiva. Me he agitado como en una pesadilla, procurando entender lo que dijiste ayer. Ahora explícate.

—Vaya, pensé que te lo había explicado. Somos dos inmortales. Nuestra soledad ha llegado a su fin. Pero debe de haber otros, mujeres entre ellos, y debemos encontrarlos y.. permanecer juntos. Para ello, haremos juramentos, seremos hermanos.

—¿De qué tipo? —gruñó Starkadh—. Yo el jefe, luego el rey; tú mi escaldo y vasallo... ¡Pero no fue eso lo que dijiste! —Tragó saliva—. ¿Tú también quieres ser rey? —Sonriendo—: ¡Claro! Podemos dividirnos el mundo.

—Moriríamos en el intento.

—Nuestra fama nunca morirá.

—Peor aún, podríamos distanciarnos. ¿Cómo pueden permanecer juntos dos que siempre trafican con la muerte y la traición?

De inmediato Gest comprendió su error. Había querido decir que así era la naturaleza del poder. Apresarlo y conservarlo eran dos actos igualmente sucios. Pero antes de que él pudiera continuar, Starkadh se llevó la mano a la empuñadura. La cara de piedra palideció.

—Conque enlodas mi honor —dijo Starkadh con voz gutural.

Gest alzó la mano, la palma hacia fuera.

—No. Deja que me explique.

Starkadh se inclinó haciendo aletear las fosas nasales.

—¿Qué has oído decir de mí? ¡Escúpelo!

Gest sabía bien que debía hacerlo.

—Dicen que tomaste cautivo a un reyezuelo y lo colgaste como ofrenda a Odín, después de prometerle la vida. Dicen que asesinaste a otro en su casa de baños, en venganza. Pero...

—¡Tuve que hacerlo! —aulló Starkadh—. Siempre fui un forastero. Los demás eran demasiado jóvenes y... —bramó como un uro.

—Y tu soledad te fustigó hasta que devolviste los golpes, a ciegas —dijo Gest—. Comprendo. Lo comprendí en cuanto oí hablar de ti. A menudo me he sentido así. Recuerdo actos míos que me dolieron como quemaduras. Es sólo que no me gusta matar.

Starkadh escupió en el suelo.

—Correcto. Te has abrazado a tus años como una vieja arropándose en la manta.

—¿Pero no ves que las cosas han cambiado para ambos? —exclamó Gest—. Ahora tenemos tareas mejores que atacar a gente que nunca nos ha hecho daño. Lo que te trajo deshonor fue el afán de fama, riqueza y poder.

Starkadh soltó un grito y desenvainó la espada. Atacó.

Gest se deslizó como una sombra, pero el acero le mordió el brazo izquierdo. La sangre brotó, empapó la tela, goteó en el arroyuelo que salía del manantial.

Retrocedió, extrajo el cuchillo, se agazapó. Starkadh—. se quedó donde estaba.

—Debería partirte en dos por lo que has dicho —jadeó. Tragó aire—. Pero creo que morirás pronto de este tajo. —Una risotada vibrante—. Qué lastima. Esperaba que fueras mi amigo. El primer amigo verdadero de mi vida. Bien, las Nornas lo han dispuesto de otro modo.

«Nuestros caracteres lo han dispuesto de otro modo —pensó Gest—. Qué fácil sería matarte. Qué vulnerable eres a cien trucos marciales que conozco.

—En cambio, tendré que continuar como antes —dijo Starkadh—. Solo.

«Así sea», pensó Gest.

Con los dedos de la mano derecha tanteó bajo la camisa rasgada y juntó los labios de la herida.

Transformó el dolor en algo muy distante de sí mismo, como las brumas que se despedazaban bajo la creciente luz. Concentró la mente en el flujo sanguíneo.

Starkadh destrozó el refugio a patadas, cogió su cota de malla, se la puso sobre la tela mullida donde se había acostado a la noche. Se puso el casco y el yelmo, se calzó la espada, alzó el escudo. Cuando estuvo preparado para marcharse, miró con asombro al otro hombre.

—¿Qué? ¿Todavía estás en pie? —dijo—. ¿Debo rematarte?

Si lo hubiera intentado, Gest lo habría matado él. Pero Starkadh se detuvo, se estremeció y dio media vuelta.

—No —murmuró—. Esto me da escalofríos. Parto hacia mi propio destino, Nornagest.

Echó a andar camino arriba, se internó en el bosque y se perdió de vista.

Entonces Gest pudo sentarse y prestar plena atención a su cuerpo. Había detenido la hemorragia antes de perder mucha sangre, pero estaría débil durante unos días. No importaba. Podía quedarse allí hasta que estuviera en condiciones de viajar; la tierra proveería. Trató de apresurar la unión de la carne herida.

No se atrevió a pensar en la incurable herida interior.

2

—Sin embargo, nos vimos muy poco, Starkadh y yo —continuó Gest—. Después de eso oí rumores sobre él, hasta que me marché de nuevo; y cuando regresé había muerto hacía tiempo, del modo que él deseaba.

—¿Por qué has viajado tanto? —preguntó el rey Olaf—. ¿Qué buscabas?

—Lo que nunca he encontrado —le respondió Gest—. Paz.

No, eso no era del todo cierto. Una y otra vez había encontrado la paz, en la cercanía de la belleza o la sabiduría, en los brazos de una mujer, en la risa de los niños. ¡Pero qué breves momentos! Su último matrimonio, en las tierras altas de Noruega, ya parecía el sueño de una sola noche: Ingridh y su juvenil alegría, sus vástagos en la cuna que Gest había tallado, sus bríos aún mientras se volvía más canosa que él, pero luego los años de agotamiento, y después los entierros, los entierros. ¿Dónde estaba Ingridh ahora? Gest no podía seguirla, ni a ella ni a todas las que titilaban en el linde de la memoria, ni a la primera y más dulce de todas, con guirnaldas de laurel y un cuchillo de pedernal en la mano...

—En Dios está la paz —dijo el sacerdote.

Quizá, quizá. Hoy las campanadas de la iglesia repicaban en Noruega, como durante una generación o más habían repicado en Dinamarca, sí, en la zona sagrada de la Madre donde él y la muchacha de las guirnaldas habían ofrecido flores... Había visto la invasión de los carros de guerra y los dioses de la tormenta en el terruño, había visto bronce y hierro, las caravanas que enfilaban a Roma y las naves vikingas que infiltraban a Inglaterra, la enfermedad y el hambre, la sequía y la guerra, y la vida que comenzaba pacientemente de nuevo; cada año se hundía en la muerte y aguardaba la llegada del sol para renacer; él también podía marcharse si deseaba y errar en el viento con las hojas.

El sacerdote del rey Olaf pensaba que pronto terminarían todas las búsquedas y los muertos se levantarían de las tumbas. Ojalá fuera así. Muchos otros lo creían. ¿Por qué no el?

Venid a mí, todos los que trabajáis y sufrís una pesada carga, y yo os daré reposo.

Días después, Gest dijo:

—Sí. aceptaré el bautismo.

El sacerdote lloró de alegría y Olaf dio muestras de alegría.

Pero esa noche en el salón, cuando todo hubo terminado, Gest cogió una vela y la encendió con una antorcha. Se echó en un banco desde donde pudiera verla y afirmó:

—Ahora puedo morir.

«Ahora me he rendido. »

Dejó que la luz de la vela le inundara la visión, el ser. Fue uno con ella. La luz creció hasta que Gest vio que brillaba en esas caras perdidas, las arrancaba de la oscuridad, las acercaba cada vez más. Los latidos del corazón seguían a Gest, internándose en la quietud.

Olaf y los jóvenes guerreros quedaron atónitos. El sacerdote se arrodilló en la sombra y rezó en voz baja.

La luz de la vela se apagó. Nornagest permanecía inmóvil. En el salón ululaba un viento invernal.

VI
Encuentro

El oro brillaba a lo lejos como una estrella vespertina. A veces lo ocultaban los árboles, una fronda o los restos de un bosque, pero los viajeros siempre lo veían de nuevo al moverse hacia el oeste, rutilante en un cielo vasto donde escasas nubes cabalgaban sobre una llanura ventosa salpicada de aldeas y verdes sembradíos.

Horas después, cuando los rayos del sol se enredaban en las cejas de Svoboda Volodarovna, las colinas se perfilaron con claridad, con la ciudad en la más alta. Detrás de las murallas y torres se elevaban cúpulas, capiteles, el humo de mil hogares; y encima de todo fulguraba el cielo. Svoboda oyó tañidos, no la voz solitaria de una capilla campestre sino varias campanas, que debían de ser grandes para llegar a tanta distancia, repicando juntas en un son que sin duda era similar a la música de los ángeles o de la morada de Yarilo.

—El campanario, la cúpula dorada, pertenece a la catedral de Sviataya Sophia —señaló Gleb Ilyev—. No es el nombre de un santo, sino que significa «Santa Sabiduría». Viene de los griegos, quienes trajeron la palabra de Cristo a los rusos. —Ese hombre bajo y rechoncho, de nariz respingona y barba hirsuta y entrecana, era algo presuntuoso. Pero la tez curtida indicaba muchos años de viajes, a menudo a través del peligro, y la ropa elegante indicaba su éxito.

—¿Entonces todo esto es nuevo? —preguntó asombrada Svoboda.

—Bien, esa iglesia y otras cosas —replicó Gleb—. El gran príncipe Yaroslav Vladimirovitch las ha construido desde que capturó estas tierras y trasladó su sede desde Novgorod. Pero desde luego Kiyiv ya era grande. Fue fundada en tiempos de Rurik..., hace dos siglos, creo.

Y para mí esto era sólo un sueño, pensó Svoboda. Habría sido menos real que los viejos dioses que según suponemos aún rondan el desierto, si mercaderes como Gleb no atravesaran nuestra aldea de vez en cuando, trayendo mercancías que pocos pueden costear pero también historias que todos ansían oír.

Azuzó al caballo y lo espoleó con los talones. Estas tierras bajas cercanas al río aún estaban húmedas después de las inundaciones de primavera, y el lodo del camino había fatigado al caballo. Detrás de ella y su guía venían sus acompañantes, media docena de empleados y dos aprendices que conducían animales de carga y un par de carromatos con mercancías. Aquí, a salvo de los bandidos y los guerreros pecheneg, habían dejado las armas y sólo llevaban túnicas, pantalones, sombreros

altos. Gleb se había puesto buenas ropas esa mañana, para tener un aspecto adecuado al llegar; se había echado una capa orlada de piel sobre una chaqueta de brocado.

También Svoboda estaba elegante, con un vestido de lana gris con un ribete bordado. Iba sentada de costado en la silla, y sus faldas revelaban botas con finas costuras. Un pañuelo cubría sus trenzas rubias. La intemperie apenas la había bronceado, el trabajo la había fortalecido sin encorvarle la espalda ni ajarle las manos. Los huesos grandes no le afeaban la buena figura, y tenía ojos azules, nariz roma, labios carnosos y barbilla cuadrada. El linaje y la fortuna eran manifiestos; su padre había sido jefe de la aldea en sus tiempos, y cada uno de sus esposos había sido más acaudalado que la mayoría de los hombres: herrero, trampero, criador de caballos, comerciante. No obstante, debía contenerse para manifestar calma, y el corazón le saltaba en el pecho.

Cuando llegó ante el Dnieper, contuvo el aliento. El pardo y caudaloso río fluía a pocos metros de distancia. A la derecha, una isla baja y cubierta de hierba lo dividía. Arroyos menores salían de cada orilla. La margen opuesta era mucho más boscosa, aunque casas y otros edificios jalonaban el camino desde las aguas hasta la ciudad y se apiñaban alrededor de las murallas, mientras que la colina presentaba huertos, pequeñas granjas o tierras de pastoreo.

En esta margen había apenas un lodoso apiñamiento de viviendas. Sus braceros y labriegos prestaban poca atención a los viajeros; estaban habituados a ellos. Pero ella sí atrajo miradas y provocó murmullos. Pocas mujeres acompañaban a los mercaderes, y éstas no gozaban de buena reputación. Una barcaza estaba esperando. El dueño salió al encuentro de Gleb y regateó con él, luego pidió a los tripulantes que ocuparan sus puestos. Se necesitarían tres viajes. La pasarela era empinada, pues el muelle estaba construido previendo la crecida anual. Gleb y Svoboda estuvieron entre los primeros en cruzar. Se instalaron a proa para mirar mejor. Se impartieron órdenes, la madera crujió y el agua gorgoteó al zarpar la nave. Soplaba una brisa fresca. Revoloteaban aves alrededor: patos, gansos, pájaros pequeños, una bandada de cisnes, pero no tantos como en casa; aquí los cazaban más.

—Venimos en un momento de muchísimo trajín —advirtió Gleb—. La ciudad está llena de forasteros. Las trifulcas son comunes, y pueden ocurrir cosas aún peores, a pesar de los esfuerzos del gran príncipe para mantener el orden. Tendré que dejarte sola mientras atiendo mi trabajo. Ten mucho cuidado, Svoboda Volodarovna.

Ella asintió con impaciencia, oyendo apenas las palabras que él había repetido una y otra vez, mirando hacia delante. Cuando se acercaron a la margen oeste, las naves reunidas allí parecieron

multiplicarse. Ella aguzó los sentidos y notó que ahora las naves ancladas no tapaban las que estaban junto a los muelles, y debían de sumar veintenas y no centenares. Aun así quedó impresionada. Aquí no había barcazas como aquella en que viajaba, ni botes o bateas como las que usaba su gente. Eran naves largas y delgadas, de tingladillo, de colores chillones, muchas con antojadizos mascarones en la proa. Remos, vergas y mástiles sacados de la carlinga descansaban sobre caballetes encima de los bancos. ¡Debían de extender las velas como alas cuando se hacían a la mar!

—Sí, la famosa flota mercante —dijo Gleb—. Ahora deben de estar todas. Quizá mañana zarpen para Constantinopla, Nueva Roma.

Svoboda seguía sin escuchar. Trataba de imaginar el mar que las naves hallarían en la desembocadura del río. Se extendía allende la mirada de los hombres; era bravío, oscuro y salobre; enormes serpientes y seres que eran mitad pez habitaban sus olas. Eso contaban las historias. Trató de verlo con la mente, pero no pudo. En cuanto a la ciudad del *basileus,* ¿cómo podía ser que hiciera parecer a la propia Kiyiv pequeña y pobre en comparación?

—¡Quién pudiera ir allí y averiguarlo!

Suspiró una vez, pero contuvo sus anhelos. Con frecuencia había novedades ante uno. Tanto las ganancias como los sufrimientos eran imprevisibles. Ni siquiera en los cuentos de vieja una mujer se había aventurado donde ella lo hacía. Pero ninguna había sido impulsada por tamaña necesidad.

Evocó recuerdos, pensamientos secretos que la habían asaltado cuando estaba sola, trabajando en la casa o el jardín, recogiendo bayas o leña en el lindero del bosque, pasando las noches en vela. ¿Podía ella ser tan especial, una princesa robada de la cuna, una niña escogida por los antiguos dioses o los santos cristianos? Sin duda todos los niños abrigaban ensueños semejantes que siempre se esfumaban al crecer. Pero en ella se habían vuelto a encender poco a poco...

Ningún príncipe había acudido al rescate, ningún zorro ni pájaro de fuego había pronunciado palabras humanas. La vida, simplemente, continuó año tras año hasta que al fin ella se liberó; y eso era obra de ella. Y aquí estaba.

El corazón se le aceleró, liberándola del miedo. ¡Maravillas, por cierto!

La barcaza golpeó contra el muelle. La tripulación la amarró. Los pasajeros desembarcaron internándose en el ajetreo. Gleb se abrió paso entre la multitud de peones, buhoneros, marineros, soldados, remolones. Svoboda permanecía a su lado. Siempre trataba de demostrar carácter en

presencia de Gleb, de negociar en vez de suplicar, de ser cordial en vez de apocada; pero en ese momento él sabía qué hacer y ella estaba confundida. Esto no era como las ferias de ese pueblo que conocía, poco más que un fuerte donde los aldeanos buscaban refugio.

Observaba, escuchaba, aprendía. Gleb habló con un funcionario de la capitanía de puerto y un funcionario del príncipe, ordenó a uno de sus hombres que reuniera al resto en determinado lugar, y al fin la condujo colina arriba hacia la ciudad. se habían casado, ganaba algún dinero extra aceptando inquilinos de confianza.

Una criada abrió la puerta y los recibió la dueña de casa. Los seguidores de Gleb entraron el equipaje de Svoboda, y Gleb pagó a la mujer. Fueron a la habitación que ocuparía Svoboda. Era pequeña y tenía una cama estrecha, un taburete, un orinal, una jofaina y una jarra de agua. Sobre la cama colgaba la imagen de un hombre con aureola, rodeado por las letras de su nombre. Era san Yuri, explicó la mujer.

—Mató a un dragón y salvó a una doncella —explicó—. Un buen guardián para ti, querida. Has venido a casarte, ¿verdad? —El marcado y rápido acento obligó a Svoboda a prestar atención.

—En eso confiamos —replicó Gleb—. Arreglar la boda llevará días, Olga Borisovna, y luego están los preparativos. Por ahora, esta dama está cansada después de una larga y ardua travesía.

—Desde luego, Gleb Ilyev. Y sin duda hambrienta. Iré a ver si la sopa esta caliente. Venid a la cocina cuando estéis listos, ambos.

—Yo debo marcharme inmediatamente —dijo Gleb—. Sabes que un comerciante tiene que mirar y trajinar como un halcón en esta temporada, si desea hacer negocios que valgan la pena.

La mujer se fue, y también sus hombres, cuando él les hizo una seña. Por un instante Gleb y Svoboda se quedaron a solas.

La habitación estaba en penumbra, pues sólo había una ventana pequeña cubierta por una tela. Svoboda escrutó la cara de Gleb, que se encontraba en la puerta.

—¿Hoy verás a Igor Olegev? —preguntó en voz baja.

—Lo dudo —suspiró él—. Es un hombre importante, a fin de cuentas, e influyente. Está muy atareado cuando la flota está aquí, no sólo como

Las murallas eran macizas, terrosas y en algunos puntos estaban blanqueadas. Un pórtico arqueado, flanqueado por roquetas y coronado por una torre, les cedió el paso. Los guardias con yelmo y cota de malla se apoyaban en las picas sin estorbar el tráfico que circulaba en ambas direcciones, a pie, a caballo, en carros tirados por asnos o bueyes, a veces

ovejas o vacas rumbo al sacrificio, o en una bestia monstruosa y de pesadilla que Gleb dijo que era un camello. Más allá se elevaban calles serpenteantes. La mayoría de los pintorescos edificios eran de madera, con techos de tejas musgosas o hierba floreciente. A menudo tenían dos o tres pisos. En las ventanas de los edificios de ladrillo relucía el vidrio. Sobre ellos se erguía la cúpula dorada donde anidaban las campanas, coronada por una cruz.

El ruido, los olores y el trajín aturdieron a Svoboda. Gleb debía alzar la voz para identificar a los personajes que veían. Svoboda reconoció enseguida a los sacerdotes, con túnica negra y barba larga; pero un hombre con harapos era un monje que venía a la ciudad desde su remota caverna, mientras que un anciano ricamente vestido y en litera era un obispo. La gente de la ciudad —comadres regateando en un mercado rebosante de mercancías y personas, corpulentos mercaderes, peones, esclavos, niños, campesinos— usaba una gran variedad de atuendos, y ninguno llevaba los adornos que ella conocía. Marineros sucios de brea, nórdicos altos y rubios, polacos y fineses con sus variados atavíos, tribus esteparias de altos pómulos, un par de bizantinos elegantes y desdeñosos: se sentía perdida, y también excitada, entusiasmada, ebria.

En una casa cercana a la muralla sur. Gleb se detuvo.

—Aquí te quedarás —dijo. Ella asintió. Él le había descrito el lugar. Un maestro tejedor, cuyas hijas abastecedor de buques sino..., bien, cuando tratas con hombres de muchas naciones, todo es política y planes y... —No era su costumbre hablar con tanta torpeza—. Le dejaré el mensaje y quizá me reciba mañana. Luego fijaremos una hora para que lo veas y... rezaré por un buen desenlace.

—Dijiste que era seguro.

—No, comenté que me parecía probable. Está interesado. Conozco bien a ese hombre y su situación. Pero ¿cómo puedo hacerte promesas?

Ella suspiró.

—Es verdad. En el peor de los casos, dijiste, puedes encontrar a alguien de inferior posición.

Él miró los juncos del suelo.

—Tampoco es necesario que sea... así. Somos viejos amigos, ¿verdad? Yo podría cuidarte... mejor de lo que me has permitido hacerlo hasta ahora.

—Has sido muy generoso conmigo —dijo ella con suavidad—. Tu esposa es una mujer afortunada.

—Será mejor que me vaya —masculló Gleb—. Debo reunir a mi gente, alojarla, depositar las mercancías, y luego... Mañana, cuando

pueda, pasaré por aquí para darte la noticia. Hasta entonces, que Dios te acompañe, Svoboda Volodarovna. —Dio media vuelta y se fue.

Ella se quedó un rato sumida en sus pensamientos antes de dirigirse a la cocina. Óigale ofreció un cuenco de espeso caldo de carne, llena de puerros y zanahorias, acompañado por pan negro y mantequilla. Se sentó frente a ella y le dio conversación.

—Gleb Ilyev me ha hablado tanto de ti...

Con la cautela que le habían enseñado los años, Svoboda cambió de tema. ¿Cuánto habría dicho ese hombre? Fue un alivio comprobar que había sido astuto como de costumbre. Había descrito a una viuda sin hijos que dependieran de ella y sin perspectivas de nuevo matrimonio en su distante y tosco villorrio.

Por caridad, y con la esperanza de ganar los favores del Cielo, Gleb la había recomendado al proveedor Igor Olegev de Kiyiv, también viudo con varios hijos. La perspectiva parecía buena; una campesina podía aprender los modales urbanos si era sagaz, y esta mujer tenía además otras cualidades. Por lo tanto Gleb ayudó a Svoboda a convertir su herencia en dinero, una dote, y la llevó en su siguiente viaje.

—Ah, pobre niña, pobre pequeña. —Olga se enjugó las lágrimas—. ¿Ningún hijo tuyo en esta tierra, y ningún hombre que se case con una joven tan bella? No lo entiendo.

Svoboda se encogió de hombros.

—Había rencillas. Por favor, prefiero no hablar de ello.

—Sí, rencillas de aldea. La gente se vuelve maliciosa cuando se pasa toda la vida sin ver a nadie más. Además son presa de temores paganos. ¿Acaso creen que traes mala suerte, que te maldijo una bruja, sólo porque tuviste tantas penas? Que ahora Dios traiga, al fin, prosperidad a tu vida.

Conque Gleb había contado la verdad, incluso mientras la ocultaba. Una habilidad de comerciante. Por un instante, Svoboda pensó en él. Se llevaban bien, y podían llegar a algo más, si este plan matrimonial fracasaba. Que los curas lo llamaran pecado. Kupala el Jovial no lo llamaría así, y quizá los viejos dioses aún permanecieran sobre la tierra... Pero no. Gleb ya peinaba canas. Le quedaba demasiado poco tiempo para que Svoboda se animara a lastimar a una esposa que nunca había conocido. Sabía cuánto dolía una pérdida.

Después de comer, cuando Olga regresó a sus tareas, Svoboda fue a su habitación. Desempacó, guardó sus pertenencias y se preguntó qué hacer. Siempre había tenido alguna ocupación, al menos hilar. Pero había dejado sus enseres al abandonar su hogar. Y no podía resignarse al bendito ocio, saboreándolo, ni al sueño, como hacía la gente del campo

cuando tenía la rara oportunidad. Así no se comportaba la hija de un notable, la esposa de un hombre importante. La embargó la inquietud. Caminó de un lado a otro, se tumbó en la cama, se levantó, bostezó, miró a su alrededor, caminó de nuevo. ¿Debía ir a ayudar a los criados de Olga? No, no estaba familiarizada con el lugar. Además, Igor Olegev podía pensar que eso rebajaba a la novia. Siempre que él tuviera interés. ¿Cómo era Igor? Gleb lo llamaba un buen sujeto, pero Gleb nunca lo vería con ojos de mujer, y ni siquiera lo que Gleb decía sobre su apariencia evocaba una imagen real para Svoboda.

Al menos podía apreciar a san Yuri, enjuto, de ojos grandes... Se arrodilló ante él para pedirle su bendición. Las palabras se le atascaron en la garganta. Era obediente pero no devota, y hoy no estaba de ánimo para la mansedumbre.

Se puso a caminar. Poco a poco tomó una decisión. ¿Por qué permanecer encerrada entre esas paredes? Gleb le había dicho que fuera prudente, pero a menudo se había internado sola en el bosque, sin temer al lobo ni al oso, y no había sufrido ningún daño. Una vez cogió a un caballo desbocado por las bridas y lo obligó a detenerse, en otra ocasión mató a un perro rabioso con el hacha, otra vez ella y los vecinos se apiñaron en la aldea amurallada y rechazaron un ataque pecheneg. Además, mientras aquí las horas se arrastraban, allá bullía la vida, la novedad, la maravilla. El campanario, alto y brillante...

¡Claro! La iglesia de la Santa Sabiduría. Allí sentiría ánimo de rezar, allí Dios la oiría y le daría ayuda. Sin duda.

Se puso una capa, la abrocho, se cubrió con la capucha y salió. Nadie podía prohibirle que se fuera, pero sería mejor que pasara inadvertida. Se cruzó con un sirviente, quizás un esclavo, pero él le clavó una mirada obtusa y siguió fregando una estufa de mosaicos en la sala principal. Svoboda cerró la puerta. La calle la absorbió.

Vagabundeó un rato, tímidamente al principio, luego aturdida por el deleite. Nadie la trató con rudeza. Varios jóvenes la miraron y algunos se sonrieron y se codearon, pero eso sólo le provocó un cosquilleo. Algunos la empujaron sin querer. Era menos frecuente que antes, pues las calles estaban menos atestadas a medida que caía el sol. Al fin tuvo una clara vista de la catedral y se dejó guiar por ella.

Cuando contempló Santa Sofía entera, contuvo el aliento. Calculó, deslumbrada, que tendría sesenta pasos de longitud. La masa blanca y verde se erguía con sus paredes y entradas, pasajes con arcadas y altas ventanas de cristal, diez cúpulas en total, seis con cruces y cuatro coronadas de estrellas. Durante un largo tiempo sólo pudo admirarla. Al fin, armándose de coraje, entró dejando atrás a los obreros que acrecentaban ese esplendor. El corazón le latía con gran fuerza. ¿Estaba

prohibido? Pero además de los sacerdotes, había plebeyos que entraban y salían. Atravesó la entrada.

Después, durante un tiempo sin tiempo, se desplazó como una *rusaíka* bajo el agua. Casi se preguntó si ella también se habría ahogado convirtiéndose en uno de esos espíritus. El crepúsculo y el silencio la envolvieron, las ventanas relucientes de colores e imágenes, las paredes de oro e imágenes..., pero no, ese rostro extraño y severo era Cristo, Señor del Mundo, rodeado por sus apóstoles, y esa gigante hecha de pequeñas piedras era Su Madre y... la canción, los tonos profundos y plañideros que se elevaban desde atrás de un tabique tallado, mientras arriba repicaban campanas, eran en alabanza del Padre... Se postró sobre las losas frías. Despertó del trance mucho después. La iglesia era una caverna tenebrosa; Svoboda estaba sola, excepto por unos clérigos y muchas velas. ¿Adonde había ido el día? Se persignó y salió deprisa.

Había caído el sol, y el cielo aún estaba azul pero se ennegrecía con rapidez. La penumbra inundaba las calles entre paredes en cuyas ventanas fluctuaba una luz amarilla. Hacía rato que estaban desiertas. Svoboda notó que su respiración, sus pisadas y el susurro de sus faldas resonaban en el silencio. Doblar a la derecha en esa esquina, a la izquierda en la siguiente... No, se había equivocado, nunca había visto esa casa con las puntas de las vigas talladas con forma de cabezas... Se había perdido.

Se detuvo, se llenó los pulmones, exhaló el aire, hizo una mueca.

—Tonta —susurró—. A tu edad deberías ser más avispada.

Miró en torno. Los techos negros se recortaban contra el cielo casi igualmente oscuro donde temblaban tres estrellas. Enfrente crecía una palidez, la luna en ascenso. Así pues, oeste y este. Su vivienda estaba cerca de la pared sur. Si continuaba ese camino, tanto como lo permitían esas callejas sinuosas, tendría que llegar. Luego podría llamar a una puerta y pedir instrucciones. Sin duda Olga armaría un alboroto y mañana Gleb la reprendería.

Irguió la espalda. Era la hija del notable volodar. Avanzando con cuidado, recogiendo la falda para no mancharla de lodo, se puso en marcha.

Anocheció. El aire se volvió frío. La luna irradiaba una luz tenue cuando atinaba a verla, pero casi siempre la ocultaban los tejados.

Una puerta entornada dejó escapar el fulgor de una lámpara, olor a *kvass* y comida. Se oían vozarrones y carcajadas. Intimidada, Svoboda avanzó por el otro lado de la calle. Una posada donde los hombres se embriagaban. Había visto cosas similares al visitar el pueblo con un

esposo. Rostislav se había aficionado demasiado a ello y regresaba a casa sudoroso y maloliente...

Unas botas taconearon a sus espaldas.

Apuró el paso. La sombra también apuró el paso, y la alcanzó.

—Ja —espetó—, te saludo. —Ella apenas pudo entenderle.

Entraron en un retazo de luz lunar y él dejó de ser una sombra. Una cabeza más alta que ella le impedía ver las estrellas del oeste. Tenía la coronilla rasurada excepto por un rizo en el lado derecho, un bigote bajo una nariz partida, tatuajes sobre el pecho velludo y en los brazos fornidos. Llevaba una camisa entreabierta, pantalones anchos, capa corta, todo endurecido por la grasa. En el cinturón llevaba un cuchillo que casi parecía una espada, un arma prohibida dentro de la ciudad salvo para los guardias del príncipe.

Un demonio, pensó Svoboda con un escalofrío, y luego: No, un *varyag.* He oído hablar de ellos, nórdicos y rusos que recorren los ríos, afrontan tormentas... Desvió los ojos e intentó continuar.

Una mano le aferró el brazo derecho.

—Ea, no te apresures —rió el hombre—. ¿Buscas diversión a estas horas, eh? Yo te daré diversión.

—¡Dejadme en paz! —exclamó Svoboda, dando un tirón. Él apretó con más fuerza. Una punzada de dolor le apuñaló el hombro. Svoboda trastabilló. Él la sostuvo.

—Ven, allá hay un callejón, te gustará —dijo. El tufo del hombre se le atoró en el gaznate. Tuvo que inhalar para gritar.

—¡Cállate! Nadie vendrá. —La alzó con la mano libre. Svoboda sintió un mareo, un rugido en la cabeza, pero pataleó y gritó de nuevo. —Cállate o..., vaya. —La dejó caer en los adoquines. Ella miró hacia arriba y vio que el hombre se había vuelto hacia otros dos.

Debían de estar en una calle lateral y la habían oído, pensó en su aturdimiento. Que me ayuden. Cristo, Dazhbog, Yarilo, san Yuri, haced que me ayuden.

El *varyag* había desenvainado el cuchillo.

—Largo —rugió—. No os necesito. —Svoboda comprendió que estaba ebrio, y que eso lo volvía más peligroso.

El más pequeño de los otros dos hombres avanzó con agilidad gatuna.

—Mejor que te refresques la cabezota, amigo —replicó, sacando el cuchillo. Era un utensilio para comer y trabajar, una astilla comparada con

la otra arma. Y el que la empuñaba no parecía un guerrero. Era esbelto. Llevaba una chaqueta orlada de piel y pantalones metidos en botas blandas. Svoboda logró distinguir eso porque el acompañante llevaba un farol que arrojaba un fulgor opaco sobre ambos y un charco de luz a sus pies.

El *varyag* sonrió bajo la luna.

—El lechuguino y el tullido —se burló—. ¿Tú me dices qué debo hacer? Cierra el pico, o descubriré cuan blancas son tus tripas.

El segundo hombre dejó el farol en el suelo con la mano izquierda. No tenía mano derecha. De un tazón de cuero sujeto al antebrazo surgió un garfio de hierro. Era un hombre musculoso, con ropa gruesa y sencilla. Extrajo su pequeño cuchillo.

—Nosotros dos —gruñó—. Tú solo. Cadoc dice largo, tú vas. —Al contrario del hombre delgado, apenas podía hablar ruso.

—¡Dos cucarachas! —aulló el *varyag*—. ¡Por el trueno de Perun, se acabó!

Dio una zancada hacia delante. Su arma centelleó. El hombre delgado —¿Cadoc?— se movió a un lado y estiró el tobillo. El *varyag* tropezó, cayó en los adoquines. El hombre del garfio rió. El *varyag* rugió, se levantó y embistió.

El garfio atacó. La curva terminaba en una punta que se hundió en el brazo del atacante. El *varyag* aulló. El cuchillo del oponente le abrió un tajo en la muñeca y el *varyag* soltó su arma. Cadoc se acercó de un brinco y juguetonamente le cogió el rizo y lo cortó.

—Tomaremos el próximo trofeo de tu entrepierna —dijo Cadoc con voz socarrona. El *varyag* gritó, viró en redondo y huyó. Los ecos murieron.

Cadoc se acercó a Svoboda.

—¿Estás bien, señora? —preguntó—. Ven, apóyate en mí.

La ayudó a levantarse mientras su compañero recogía el cuchillo del *varyag.*

—No, deja eso —ordenó Cadoc. Sin duda hablaba en ruso para que ella entendiera—. No quiero que los guardias nos lo encuentren encima. Sería tan problemático como el cadáver de ese energúmeno. Vámonos. El alboroto puede haber despertado una curiosidad que no nos interesa. Ven, mi señora.

—Yo no estoy lastimada —jadeó Svoboda. En efecto, sólo había sufrido magulladuras. Aún estaba un poco aturdida. Echó a andar a ciegas, guiada por la mano de Cadoc.

El hombre del farol y el garfio preguntó algo que debía significar: «¿Adonde vamos?»

—A nuestro alojamiento, desde luego —replicó Cadoc en ruso—. Si nos topamos con una patrulla, no ha ocurrido nada. Simplemente salimos en busca de bebida y jolgorio. ¿Estás de acuerdo, señora? Nos debes algo, y no queremos perder la partida de la flota por la mañana tan sólo porque los oficiales de Yaroslav desean interrogarnos. —Debo volver a casa — imploró ella.

—Volverás. Te acompañaremos, no temas. Pero antes... —Se oyeron gritos detrás—. ¡Oíd! Alguien viene. Han encontrado el cuchillo y si también tienen un farol, habrán visto la sangre y las huellas de la pelea. —Cadoc los condujo a un callejón, un túnel tenebroso—. Un camino indirecto, pero evita problemas. Nos ocultaremos un par de horas y luego te escoltaremos, señora.

Salieron a una calle ancha iluminada por la luna. Svoboda había recobrado la compostura. Se preguntó si podría confiar en ese par. ¿No sería más prudente regresar de inmediato a casa de Olga? Si rehusaban, ella iría sola, y no estaría peor que antes. Pero antes no le había ido muy bien. Y —un cosquilleo, una tibieza— nunca había conocido a nadie así. Tal vez nunca lo conocería. Zarparían por la mañana y ella se casaría una vez más.

Cadoc tiró de la manga del compañero y dijo alegremente.

—Ea, Rufus, no pases de largo.

Una casa se erguía ante ellos. La puerta no tenía tranca. Se limpiaron los pies y entraron en una sala en penumbra con mesas, bancos y un par de faroles encendidos.

—La sala común —le dijo Cadoc al oído—. Éste es un hostal para quienes pueden costearlo. Silencio, por favor.

Ella los examinó. Rufus, a la luz del farol, mostraba rasgos toscos, pecas, patillas pobladas y pelo fino, rojizo y brillante. Cadoc tenía aspecto extranjero, cara angosta y aquilina, ojos un tanto rasgados, como los de un danés, pero grandes y castaños, el pelo largo hasta los hombros y tan negro como la barba puntiaguda. Llevaba un anillo de oro con tallas igualmente extrañas, una serpiente que se mordía la cola. Rara vez Svoboda había visto una sonrisa tan afable.

—Bien, bien—murmuró Cadoc—. No sabía que la dama en apuros era tan bonita. —Le hizo una reverencia, como si fuera una princesa—. No temas repito. Te cuidaremos. Qué pena tu vestido. Al mirarse, Svoboda vio que estaba embadurnado de fango.

—Oh, puedo decir que me caí—tartamudeó Svoboda—. Es verdad.

—Creo que podemos hacer algo mejor —dijo

Cadoc.

Rufus los siguió arriba, hasta una cámara. Era amplia, con paneles de madera, colgaduras junto a una ventana esmerilada, una alfombra en el suelo. Había cuatro camas, una mesa, varios taburetes y otras comodidades. Rufus cogió la vela del farol y la usó para encender las palmatorias de un candelabro de bronce de siete brazos. Su destreza indicó a Svoboda que debía de haber perdido la mano tiempo atrás, pues se las apañaba muy bien sin ella.

—Somos sólo nosotros dos —le explicó Cadoc a Svoboda—. Vale la pena el coste. Ahora... —Se agachó junto a un baúl, sacó una llave de la faltriquera, abrió el cerrojo—. La mayoría de nuestros bienes están en nuestra nave, desde luego, pero aquí hay algunos muy valiosos, tanto del exterior como adquiridos en Kiyiv. Incluyen... —Hurgó en el baúl—. Ah, sí. —Extrajo una tela que brilló a la luz de las velas—. Lamento que no podamos preparar un baño caliente a estas horas, señora mía, pero allá encontrarás una jofaina, una jarra de agua, jabón, toallas, una tinaja para el agua sucia. Usa lo que desees, y luego ponte esto. Entretanto, por supuesto, Rufus y yo nos ausentaremos. Si entreabres la puerta y extiendes tus prendas sucias, él verá qué puede hacer para limpiarlas.

El pelirrojo torció la boca y gruñó en una lengua desconocida. Cadoc le respondió en tono jocoso hasta persuadirlo. Ambos cogieron velas y salieron. Svoboda se quedó a solas con su desconcierto. ¿Había soñado? ¿Se había internado en la tierra de los elfos o había encontrado a un par de dioses, allí en ese baluarte cristiano? Se echó a reír. ¡Fuera lo que fuese, era nuevo, era maravilloso!

Abrió broches, desató cordones, se quitó la ropa, la pasó por la puerta como había sugerido Cadoc. Alguien la cogió. Ella cerró la puerta y fue a lavarse. Acarició una desnudez lamida por el aire fresco. Se frotó con languidez. Oyó un golpe en la puerta, contestó «Aún no» y se apresuró a secarse. La prenda estirada sobre una cama le arrancó un suspiro de admiración. Era una túnica de tela brillante y tersa, azul con bordes dorados, con botones de plata. Tenía los pies descalzos. Bien, mirando por debajo de la falda, los pies espiarían, pensó con un sonrojo. Se peinó los rizos que le habían caído sobre las trenzas recogidas, y supo que su pelo ámbar luciría bien con el vestido.

—Adelante —dijo con voz trémula.

Apareció Cadoc con una bandeja en la mano izquierda. Cerró la puerta y puso la bandeja en la mesa. Traía una jarra y dos tazas.

—Nunca pensé que la seda pudiera ser tan bella —dijo.

—¿Qué? —preguntó Svoboda, deseando que se le aplacara el pulso.

—No importa. A menudo soy muy directo. Por favor siéntate y disfruta de una copa conmigo. He despertado al camarero para que me sirviera lo mejor. Tranquilízate, recóbrate de esa desdichada experiencia.

Ella se sentó en un taburete. Antes de imitarla, Cadoc sirvió un líquido rojo con un aroma estival.

—Eres muy amable —susurró Svoboda. Gleb también es amable, pensó; luego, involuntariamente, se dijo: No, Gleb es un campesino que envejece.

Sabe leer y escribir, ¿pero qué más sabe? ¿Qué más ha visto y hecho fuera de sus cortos recorridos?—. ¿Cómo puedo recompensarte? —Y pensó: ¡Qué tontería he dicho!

Pero Cadoc sólo sonrió, alzó la taza y replicó:

—Puedes decirme tu nombre, señora, y cualquier otra cosa que desees. Puedes complacerme un rato con tu compañía. Es más que suficiente. Bebe, por favor.

Ella bebió un sorbo. Sintió un delicioso sabor en el paladar. Esto no era vino de bayas de los bosques, era... era...

—Yo soy... —Casi le dio su nombre de pila. Pero desde luego eso sería imprudente. Creía que podía confiar en Cadoc, pero sería vulnerable a los hechizos si ese nombre llegaba a oídos de un brujo. Además, rara vez pensaba en él—. Svoboda Volodarovna —dijo. El nombre que usaba en casa—. De... muy lejos. ¿Dónde está tu amigo?

—¿Rufus? Oh, lo he puesto a limpiar tu ropa. Así no nos molestará. Le di su propio vino para que tuviera compañía. Un hombre leal y valiente, pero limitado.

—¿Tu sirviente, pues?

¿Una sombra cruzó la cara de Cadoc?

—Un compañero de hace mucho tiempo. Perdió la mano luchando, cubriéndome la espalda, cuando nos emboscó una pandilla de sajones. Continuó luchando con la mano izquierda, y escapamos.

¿Qué eran los sajones? ¿Salteadores?

—Semejante herida debió dejarlo inválido. La mayoría de los hombres pronto habrían muerto por su causa.

—Somos duros de pelar. Pero no hablemos más de eso. ¿Por qué estabas en la calle después del anochecer, Svoboda Volodarovna? Sin duda no eres de las que frecuentan las calles. Fue pura suerte que Rufus y yo estuviéramos en las cercanías. Estábamos bebiendo una última copa

con un agente comercial ruso que conozco; nos despedimos, pues mañana debemos madrugar, nos fuimos y entonces... Ah, parece que Dios no desea que una dama como tú sufra un episodio tan sórdido.

El vino brillaba y le cosquilleaba en la sangre. Recordó que debía ser cauta, pero se sorprendió revelando tantas cosas como Gleb le había revelado a Olga Borisovna y aun a Igor Olegev. Las preguntas de Cadoc, serenas y astutas, facilitaron las respuestas.

—Ah —murmuró Cadoc al fin—. Gracias a los santos, te salvamos de la ruina. Ese maldito mercenario no te habría dejado en condiciones de ocultar lo sucedido, siempre que te hubiera dejado con vida. —Hizo una pausa—. Ahora puedes contar a la dueña de casa, y al hombre que te cuida como un padre, que te quedaste hasta tarde en la iglesia, sumida en la plegaria. No es nada insólito por aquí.

Ella se ofuscó.

—¿Debo decir una mentira? Soy una persona de honor.

—Oh, vamos —sonrió Cadoc—. No acabas de salir de un claustro. —Ella no sabía qué era eso, pero entendió el sentido—. ¿Cuántas veces en tu vida un embuste ha sido no sólo inofensivo, sino un escudo contra el dolor? ¿Por qué poner al pobre Gleb en una situación embarazosa, cuando ha trabajado con tanto empeño por ti —y añadió sin ningún pudor—: Como intermediario entre Igor el Proveedor y una magnífica prometida, Gleb puede esperar excelentes negocios, Svoboda.

Ella ocultó su confusión empinando el tazón. Cadoc lo llenó de nuevo.

—Entiendo —dijo—. Eres joven, y los jóvenes son idealistas. No obstante, tienes más imaginación

y audacia que la mayoría a tu edad, y que la mayoría de los hombres, y podrías buscar una vida diferente. Usa esa sabiduría.

De pronto se sintió embargada por la desolación. Pero había aprendido a transformarla en una especie de alegría.

—Hablas como mi abuelo —dijo—. ¿Qué edad tienes?

—Aún no estoy senil —bromeó él. La ansiedad de saber surgió como el deseo. Se inclinó hacia delante, notando que él le miraba los pechos. El vino zumbaba como abejas en un prado de tréboles.

—No has dicho nada de ti mismo. ¿Qué eres? ¿Un príncipe o boyardo cuyo nombre paterno no terminaba en «ev» sino en «vitch»? ¿El vástago de un dios del bosque?

—Un comerciante —dijo Cadoc—. He seguido esta ruta durante años amasando mi fortuna hasta adquirir una nave. Mi ramo son las

exquisiteces: ámbar y pieles del norte, paños y golosinas del sur, costosas sin ser voluminosas ni pesadas. —Tal vez el vino también lo había afectado un poco, pues añadió, casi sin aliento—. Me permite conocer una gran variedad de gente. Soy muy curioso. —¿ De dónde eres ?

—Oh, he venido por Novgorod, como los mercaderes de mi tierra, a través de ríos, lagos y encrucijadas terrestres, hasta aquí. Delante esperan el gran Dnieper y sus cascadas, el cruce terrestre más difícil, y nuestra escolta militar, muy necesaria en caso de que nos ataquen salteadores de la estepa..., luego el mar, y al fin Constantinopla. Claro que no efectúo el viaje cada año. Es largo en ambos sentidos, a fin de cuentas. La mayoría de los cargamentos trasbordan aquí en Kiyiv. Regreso a puertos suecos y daneses, y a menudo a Inglaterra. Sin embargo, como decía, quiero viajar todo lo posible. ¿He respondido satisfactoriamente?

Ella meneó la cabeza.

—*No.* Preguntaba cuál es tu nación.

Él habló con mayor cautela.

—Rufus y yo... Cymriu, llaman los habitantes a esa comarca. Forma parte de la misma isla que Inglaterra, es el último resabio de la antigua Bretaña, lo cual es mejor porque allí nadie me confundiría con un inglés. Rufus no importa. Es mi viejo servidor, y ha usado ese apodo tanto tiempo que ya ha olvidado todo lo demás. Yo soy Cadoc ap Rhys.

—Nunca he oído hablar de esas tierras.

—No —suspiró él—. Lo suponía.

—Tengo la sensación de que has viajado más de lo que dices.

—He deambulado mucho, es verdad.

—Te envidio —dijo Svoboda sin poder contenerse—. ¡Oh, te envidio!

Él enarcó las cejas.

—¿Qué? Es una vida dura, a menudo peligrosa y siempre solitaria.

—Pero libre. Eres tu propio amo. Si pudiera viajar como tú... —Le ardían los ojos. Tragó saliva y trató de contener las lágrimas.

Él meneó la cabeza con gravedad.

—Tú no sabes qué ocurre a las que siguen a los viajeros, Svoboda Volodarovna. Yo sí.

Ella comprendió.

—Eres un hombre solitario, Cadoc —masculló—. ¿Por qué?

—Saca partido de la vida que tienes —aconsejó él—. Cada cual a su modo, todos estamos atrapados en la nuestra.

—Tú también. —Tu fuerza languidecerá, tu orgullo se derrumbará, en un santiamén serás sepultado en la tierra y poco después incluso tu nombre será olvidado, polvo en el viento.

Él hizo una mueca.

—Sí. Así parece.

—¡Te recordaré! —exclamó ella.

—¿Qué?

—Yo..., nada, nada. Estoy conmocionada y cansada, y creo que un poco ebria.

—¿Deseas dormir hasta que tu ropa esté lista? Yo me callaré... Svoboda, estás llorando. —Cadoc se le acercó, se agachó junto a ella, le apoyó el brazo en los hombros.

—Perdóname, mi actitud es débil y tonta. No soy así, créeme, no soy así.

—No, claro que no, querida viajera. Sé cómo te sientes. —Los labios de Cadoc rozaron el pelo de Svoboda. Ella volvió la cabeza, sabiendo que él la besaría. Fue un beso tierno. Las lágrimas le dieron el sabor del mar.

—Soy un hombre honorable, en cierto modo —le dijo Cadoc al oído. Cuan tibios eran su aliento y su cuerpo—. No te obligaría a nada.

—No es preciso —murmuró ella, aún temblando.

—Parto poco después del alba, Svoboda, y tu boda te espera.

Ella lo aferró con fuerza, clavándole las uñas.

—Ya he tenido tres esposos, y a veces, junto al lago, la fiesta primaveral de Kupala... Oh, sí, Cadoc.

Por un instante ella notó que había dicho demasiado. Ahora debía responder a sus preguntas, con la cabeza hecha un remolino... Pero él le dio la mano, levantándola, y la acompañó hasta una cama.

Luego ella se hundió de nuevo en un ensueño. El deseo la arrasaba como un torrente, y suponía que él le permitiría desahogarse. No era un hombre corpulento, pero debía de ser fuerte; tal vez alargara las cosas el tiempo suficiente, y luego ella dormiría. En cambio, él le quitó la túnica por un tiempo que se prolongó más y más y la guió para ayudarlo a quitarse su vestimenta, siempre sabiendo qué hacer, qué suscitar, con los dedos y la boca; y aunque la cama era angosta, cuando la tendió allí siguió acariciándola y besándola hasta que ella le rogó que abriera los cielos y desencadenara los soles.

Después se acariciaron, rieron, bromearon, tendieron dos esteras de paja en el suelo para tener espacio donde moverse, jugaron, se amaron,

él descansó apoyándole la cabeza entre los senos, ella lo incitó una y otra vez, él juró que nunca había conocido a nadie igual y esa convicción fue como un fuego.

El vidrio de la ventana se oscureció. Las velas se habían consumido. El humo acre impregnó un aire helado que ella al fin empezó a sentir.

—Debo acompañarte hasta tu casa —dijo él, en sus brazos.

—Oh, no tan rápido —suplicó ella.

—La flota zarpa pronto. Y debes ir al encuentro de tu mundo. Primero tendrás que descansar, querida Svoboda.

—Estoy tan agotada como si hubiera arado diez campos —murmuró ella, riendo—. Aunque fuiste tú quien aró. Pícaro, apenas puedo caminar. —Le hundió la cara en la sedosa barba—. Gracias, gracias.

—Yo dormiré profundamente en la nave. Después despertaré para recordarte. Y te echaré de menos, Svoboda. Pero ése es el precio, supongo.

—Si tan sólo...

—Te lo he dicho, mis actuales negocios no son aconsejables para una mujer.

—Regresarás después de la temporada, ¿verdad?

Él se incorporó. Su cara parecía gris como la luz.

—Ya no tengo hogar. No me atrevo. No podrías entender. Vamos, debemos darnos prisa, pero no tenemos por qué arruinar lo que hemos tenido.

Aturdida, ella esperó mientras él se vestía e iba a pedirle la ropa a Rufus. Jugueteó con ese pensamiento: Tiene razón, es imposible, o al menos sería demasiado breve y pronto nos causaría dolor. Sin embargo, él no sabe por qué tiene razón.

Las ropas de Svoboda aún estaban mojadas. Se le pegaron al cuerpo. Bien, con suerte llegaría inadvertida hasta su habitación.

—Ojalá pudiera darte la túnica de seda —dijo Cadoc—. Si puedes explicarla... ¿No? —Quizá pensara en ella cuando se la regalara a otra muchacha en otro lugar—. También me agradaría darte de comer. Ambos estamos bajo el látigo del tiempo. Ven. —Sí, Svoboda estaba débil de hambre, fatiga y dolor. Eso era bueno. La devolvía a la realidad.

La niebla oscurecía las calles. El sol despuntaba apenas en el este que Svoboda no había logrado encontrar. Caminó con Cadoc de la mano. Entre los rusos, eso sólo significaba amistad. Nadie sabría cuándo se

estrujaban con fuerza, y de todas maneras había poca gente en la calle. Un peatón indicó a Cadoc el camino hacia la casa de Olga.

Se detuvieron ante ella.

—Buena suerte, Svoboda.

—Igualmente—fue todo lo que pudo responder.

—Te recordaré... —dijo Cadoc, con una sonrisa amarga—, más de lo conveniente.

—Yo te recordaré para siempre, Cadoc —dijo ella.

Él le cogió ambas manos, se inclinó, se enderezó, la dejó ir, dio media vuelta y se fue. Pronto se perdió en la niebla.

—Para siempre —le dijo ella al vacío.

Permaneció un rato allí. El cielo claro cobraba un tono azul brillante. Un halcón recibió en las alas la luz del sol oculto.

Tal vez es mejor que haya sido esto y nada más, pensó. Un momento arrebatado al tiempo para que yo recuerde a través de los años.

Tres esposos he sepultado, y creo que fue una liberación, decirles adiós con una oración y ver cómo los enterraban, pues entonces ya estaban desgastados y marchitos y no eran los hombres que me llevaron orgullosamente a la boda. Y Rostislav me miraba con recelo, me acusaba, me aporreaba cuando se embriagaba... No, sepultar a mis hijos, eso fue lo peor. No tanto los pequeños, mueren y mueren y no tienes tiempo de conocerlos excepto como un fulgor pasajero. Incluso mi primer nieto era pequeño. Pero Svetlana era una mujer, una esposa, fue mi bisnieto quien la mató en el parto.

Al menos eso había terminado. Los aldeanos, sí, mis hijos vivientes, ya no podían soportar que yo fuera lo que soy, que nunca envejeciera como es debido. Me temen, y por lo tanto me odian. Y yo tampoco podía soportarlo. Tal vez hubiera bendecido el día en que vinieran con hachas y garrotes para poner fin a todo.

Gleb Ilgev, el feo y codicioso Gleb, tiene la hombría para ver más allá de lo extraño, ver la mujer que no es hija de los dioses ni criatura de Satanás, pero es el más extraviado y desconcertado de todos. Ojalá pudiera recompensar a Gleb con algo más que dinero. Bien, deseo muchas cosas imposibles.

A través de él he encontrado cómo permanecer viva. Seré una buena esposa para Igor Olegev. Pero al pasar los años entablaré amistad con alguien como Gleb, y cuando llegue el momento él hallará un nuevo lugar, un nuevo comienzo para mí. La viuda de un hombre se puede casar de nuevo, en alguna ciudad o granja remota, y ninguno de sus conocidos

la considerara extravagante, y nadie le hará preguntas que no pueda responder. Desde luego, hay que dejar bien provistos a los hijos que no han crecido. Seré una buena madre.

Sonrió.

Quién sabe, tal vez algunos esposos míos sean como Cadoc.

El vestido mojado se le pegaba al cuerpo. Tiritando de frío, caminó despacio hacia la puerta de la casa.

VII
De la misma especie

1

Las costumbres tardan en morir, y a veces regresan de la tumba.

—¿Qué sabes de esa furcia, Lugo? —preguntó Rufus en un latín que no se había oído en siglos, ni siquiera entre los clérigos de Occidente.

Y hacía tiempo que Cadoc no usaba ese nombre.

—Practica más tus lenguas vivas —respondió en griego—. Afina tu vocabulario. La palabra que has usado no conviene a la cortesana más célebre y cara de Constantinopla.

—Una puta es una puta —dijo Rufus con terquedad, aunque adoptando la lengua moderna del Imperio—. La has investigado, has hablado con personas, les sonsacaste información desde que llegaste. Semanas. Y yo he de chuparme el dedo. —Se miró el muñón de la muñeca izquierda—. ¿Cuándo haremos algo?

—Quizá muy pronto —respondió Cadoc—. O quizá no. Depende de lo que logre averiguar sobre la bella Athenais. Y de muchas otras cosas, por cierto. No sólo es hora de que yo cambie de identidad, sino de que ambos cambiemos de ocupación. El comercio ruso se está arruinando deprisa.

—Sí, sí, lo has dicho a menudo. Lo he visto yo mismo. ¿Pero qué hay de esta mujer? No me has dicho nada sobre ella.

—Eso es porque la paciencia ante la decepción no es una de tus virtudes. —Cadoc caminó hasta la única ventana y miró hacia fuera El aire estival estaba impregnado de olores de humo, brea, estiércol y fragancias, ruido de ruedas, cascos, pies y voces. Desde esta habitación del tercer piso de una posada se veían tejados, calles, la muralla de la ciudad, la puerta y la bahía del Kontoskalion. Un bosque de mástiles se erguía sobre los muelles. Más allá centelleaba el mar de Mármara. Las naves se mecían en la extensión azul, desde botes vivanderos con forma de jofaina hasta un velero de carga y una galera militar. Costaba imaginar y sentir la sombra bajo la cual se extendía todo esto.

Cadoc entrelazó las manos detrás de la espalda.

—Sin embargo, conviene que te informe ahora. Hoy tengo esperanzas de llegar al fin del camino, o de descubrir que fue una pista falsa. Ha sido muy vaga, como era de esperar. Fulano me cuenta que alguna vez Mengano le contó algo. Con dificultad, porque se ha mudado, llego hasta Mengano para verificarlo, y por lo que él recuerda eso no es

exactamente lo que contó a Fulano, sino que un tercero le dijo una vez... En fin.

»Básicamente, Alheñáis es el último nombre que ha adoptado esta dama. Eso no es sorprendente. Los cambios de nombre son habituales en su profesión; y desde luego prefiere ocultar sus orígenes, dado que no siempre fue la mimada de la ciudad. He confirmado que anteriormente trabajó como Zoe en uno de los mejores burdeles de Galacia; y estoy prácticamente seguro de que antes estuvo en este lado del Cuerno de Oro, en el barrio de Phanar, como una muchacha menos elegante que se llamaba Eudoxia. Al margen de eso, la información es escasa e imprecisa. Demasiadas personas han muerto o desaparecido.

»Pero la conducta ha sido siempre la misma: una mujer exteriormente afable pero muy elusiva que evita a los rufianes (al principio, en el peor de los casos, les pagaba lo que correspondía) y no gasta en fruslerías más de lo debido. En cambio, ahorra (sospecho que invierte) con miras a ascender otro peldaño en la escala. Ahora es independiente, incluso poderosa, con sus conexiones y las cosas que sin duda sabe. Y... —A pesar del monótono trabajo de investigación, a pesar de la voz calma, Cadoc sintió un cosquilleo en la espalda que le llegó hasta la coronilla y la punta de los dedos—. El rastro llega hasta por lo menos treinta años en el pasado, Rufus. Quizá tenga cincuenta años o más. Siempre se mantiene joven, siempre se mantiene hermosa.

—Sabía lo que buscabas —dijo el pelirrojo, bajando la voz—, pero había dejado de creer que lo encontrarías.

—También yo. Hace siete siglos te encontré a ti, y luego a nadie más, a pesar de mis búsquedas. Sí, la esperanza se agota. Pero hoy, al fin... —Cadoc se estremeció, dio media vuelta y se echó a reír—. Pronto debo ir a verla. ¡No me atrevo a contarte cuánto cuestan unas horas allí!

—Cuídate —gruñó Rufus—. Una puta es una puta. Yo iré a buscarme una barata, ¿eh?

Impulsivamente, Cadoc metió la mano en la faltriquera y le dio un puñado de monedas de plata.

—Añade esto a tu capital y diviértete, viejo amigo. Es una lástima que el Hipódromo aún no esté abierto, aunque debes conocer varios odeones donde las representaciones son lo bastante procaces para tus momentos menos elevados. Pero no hables en exceso.

—Tú me enseñaste eso. Pásalo bien. Espero que sea la que buscas, amo. Yo usaré parte del dinero para comprarte un amuleto de la buena suerte. —Ésa parecía ser la única perspectiva que conmocionaba la estolidez de Rufus. Pero, pensó Cadoc, carece del ingenio para

comprender qué significa hallar a otro inmortal: una mujer. Al menos, en lo inmediato; quizá lo entienda después.

Creo que yo mismo no lo entiendo aún.

Rufus salió. Cadoc cogió un manto bordado de la percha y se lo puso sobre el elegante *sakkos* de lino y la dalmática enjoyada. Iba calzado con zapatos curvos de la lejana Córdoba. Aun para una cita de una tarde, uno iba a ver a Alheñáis vestido con decoro.

Ya se había hecho cortar el pelo y rasurar la barba. Dominaba el griego y estaba familiarizado, tras muchos vagabundeos, con los pasajes de la ciudad, así que podía pasar por bizantino. Claro que no lo intentaría innecesariamente. El riesgo no valía la pena. Se suponía que los mercaderes rusos debían permanecer en el suburbio de San Mamo, en el lado gálata del Cuerno, cruzando el puente de la Puerta de Blaquerna de día y retornando al anochecer. Él aún estaba entre ellos. Había obtenido la autorización para alojarse aquí mediante el soborno y la labia. En realidad no era ruso, dijo a los oficiales, y estaba a punto de retirarse del oficio. Ambas declaraciones eran ciertas. Había descrito con persuasivas mentiras los nuevos pasos que pensaba dar, los cuales serían tan lucrativos para los magnates locales como para él mismo. En el curso de las generaciones, y dado un talento innato para ello, uno aprende a convencer. Así conquistó la libertad para continuar sus averiguaciones con máxima eficiencia. El ajetreo hacía palpitar y canturrear las calles. Siguió los empinados ascensos hasta la Mese, la avenida que corría de un extremo al otro de la ciudad, ramificándose. A la derecha vio la columna que sostenía la estatua ecuestre de Justiniano en el Foro de Constantino, y más allá atisbo las murallas del palacio imperial, la cámara del senado, los tribunales, el Hipódromo, las cúpulas de Hagia Sophia, los jardines y los brillantes edificios de la Acrópolis: glorias construidas por una generación transitoria tras otra.

Giró a la izquierda. El brillo lo envolvía y se derramaba desde las arcadas que bordeaban la avenida. Allí casi no se notaba la gente sencilla, obreros, porteadores, carreteros, granjeros, sacerdotes de las ordenes menores. Aun los buhoneros y actores ambulantes exhibían colores chillones mientras pregonaban las maravillas que ofrecían; incluso los esclavos lucían la librea de casas importantes. Un noble pasaba en su palanquín, jóvenes petimetres festejaban en una bodega, una tropa de guardias pasó con relucientes cotas de malla, un oficial de caballería y sus soldados con catafracta trotaron con arrogancia detrás de un fugitivo que gritaba apartando a la gente a codazos; ondeaban estandartes, capas y bufandas en el brioso viento marino. Nueva Roma parecía inmortalmente joven. La religión cedía ante el comercio y la diplomacia, y abundaban los extranjeros, desde los delicados sirios musulmanes, los torpes normandos

católicos o gente de tierras aún más lejanas y extrañas. Cadoc se alegró de desaparecer en la marea humana.

En el Foro de Teodosio cruzó hacia la esquina norte, ignorando a los vendedores que pregonaban sus mercancías y a los mendigos que pregonaban sus carencias. Se detuvo un instante allí donde el Acueducto de Valente se veía sobre los tejados. El paisaje se extendía hasta la muralla y las almenas, la Puerta de los Drungarios, el Cuerno de Oro lleno de naves, y más allá de esas aguas las colinas verdes, las blancas casas de Pera y Galacia. Las gaviotas formaban una nevisca viviente. Se puede distinguir un puerto rico por las gaviotas, pensó Cadoc. ¿Cuánto tiempo volarán y graznarán aquí en tal profusión?

Olvidó la tristeza y continuó viaje hacia el norte, colina abajo, hasta hallar la casa que buscaba. Por fuera era un discreto edificio de tres pisos, apretado entre sus vecinos, con una fachada de yeso rosado. Pero era suficiente para una mujer, sus sirvientes y los placeres que esa mujer presidía.

Había una aldaba de bronce con forma de venera. El corazón de Cadoc dio un brinco. ¿Acaso ella recordaba que este emblema cristiano y occidental de los romeros había pertenecido antaño a Ashtoreth? Lo tocó con dedos humedecidos por el sudor.

La puerta se abrió y se topó con un enorme negro con camisa y pantalones de estilo asiático: un varón entero, quizás un empleado y no un esclavo, capaz de echar a cualquiera que su patrona considerara objetable.

—Cristo sea contigo, kyrie. ¿Puedo preguntar qué deseas?

—Mi nombre es Cadoc ap Rhys. Alheñáis me aguarda. —El visitante entregó el pergamino de identificación que le habían dado cuando pagó el precio al agente. Esa mujer tenía primero que decidir si era suficientemente refinado, y aun asile había dicho que no tendría tiempo disponible en una semana. Cadoc entregó al portero un besante de oro: una extravagancia, quizá, pero le convenía causar buena impresión.

Por cierto le granjeó deferencia. Entre los gorjeos de una nube de muchachas bonitas y eunucos, atravesó una antecámara ricamente amueblada, cuyas paredes estaban adornadas con escenas discretamente eróticas, y subió por una suntuosa escalera hasta la cámara exterior de una habitación. Estaba revestida de terciopelo rojo, con una alfombra oriental con motivos florales. Las sillas flanqueaban una mesa de ébano incrustado donde había una jarra de vino, copas de vidrio tallado, bandejas con golosinas, dátiles y naranjas. Una luz opaca atravesaba las pequeñas ventanas, pero ardían velas en muchos candelabros. Un

incensario de oro impregnaba el aire de un aroma dulzón. En una jaula de plata había una alondra.

En esa sala estaba, Athenais, quien dejó a un lado el arpa que estaba tocando.

—Bienvenido, kyrie Cadoc de muy lejos —dijo con voz suave y educada, tan musical como las cuerdas que tañía—. Dos veces bienvenido, pues traes noticias sobre maravillas, como una brisa fresca.

Él hizo una reverencia.

—Mi señora es demasiado gentil con un pobre viajero.

Entretanto, la evaluó con tanta atención como si fuera una enemiga. Ella estaba sentada en un diván, tendida contra el respaldo blanco y oro, con una bata que realzaba en vez de mostrar. Tenía la inteligencia de enfatizar su persona, no su riqueza, y su espíritu más que su persona. Su figura era magnífica en un voluptuoso estilo oriental, pero Cadoc juzgó que también era ágil y fuerte. El rostro era simplemente elegante: ancho, de nariz recta, labios carnosos, ojos castaños bajo cejas arqueadas, pelo negro azulado recogido sobre la tez bronceada. No había conseguido esa casa gracias a su aspecto, sino gracias al conocimiento, la astucia, la percepción, fruto de una larga experiencia.

La risa de Athenais campanilleó.

—¡Ningún hombre pobre entra aquí! Ven, siéntate, toma algo. Conozcámonos. Había oído que ella nunca se apresuraba a entrar en el dormitorio, a menos que los clientes insistieran, y a éstos rara vez los recibía de nuevo. La conversación y la seducción formaban parte de un deleite que, según la fama, tenía una culminación incomparable.

—He visto maravillas, sí—declaró Cadoc—, pero hoy veo la mejor de todas. —Permitió que un sirviente le quitara la prenda de abrigo y se sentó junto a ella. Una muchacha se arrodilló para llenarles las copas. Ante un ademán de Alheñáis, todos los sirvientes se marcharon.

Ella parpadeó antes de continuar:

—Algunos hombres de Britannia son más refinados de lo que sugieren los rumores —murmuró—. ¿Vienes directamente de allá? —Él observó la agudeza de esa mirada tímida y supo que también ella lo estaba evaluando. Si quería una mujer que tuviera algo más que una boca, eso es lo que ella ofrecía.

Por lo tanto...

Le tembló el pulso. La miró, bebió un sorbo del exquisito vino y sonrió con un aplomo que era fruto de los siglos.

—No —dijo—, hace tiempo que no estoy en Britannia, o Inglaterra y Gales, como hoy la llaman. Aunque le dije a tu criada que ése era mi país cuando ella me preguntó, en realidad no soy de allá. Ni de ninguna otra parte, de hecho, en mi última visita oí rumores sobre ti que me hicieron regresar tan pronto como pude.

Ella iba a responder, se interrumpió y lo escrutó con mirada felina demasiado hábil para exclamar: «¡Zalamero!»

Él sonrió calculadamente.

—Debo decir que tus... visitantes... incluyen a algunos con diversas peculiaridades. Los gratificas o no según tu inclinación. Has de haber luchado duramente para ganar esta independencia. Pues bien, ¿complacerás mi capricho? Es del todo inofensivo. Sólo deseo hablar contigo un corto rato. Me gustaría contarte una historia. Quizá te resulte divertida. Eso es todo. ¿Me permites?

Ella no logró ocultar su tensión.

—He oído muchas historias, kyrie. Continúa.

Él se recostó y habló con soltura mirando hacia delante, observándola por el rabillo del ojo.

—Es la clase de historia que inventan los marineros durante las noches de vigilia o en las tabernas de la costa. Alude a un marino, aunque después hizo muchas otras cosas. Se creía un hombre común de su pueblo. Eso creían todos los demás. Pero poco a poco, año a año, notó algo muy raro en él. No enfermaba ni envejecía. Su esposa se hizo vieja y murió, sus hijos encanecieron, los hijos de ellos engendraron y criaron hijos y también fueron presa del tiempo, pero en este hombre nada cambió desde la tercera década de su vida. ¿No es notable?

Notó con satisfacción que la había atrapado. Athenais lo miraba con intensidad.

—Al principio parecía una bendición de los dioses. Pero el hombre no demostraba otros poderes, ni realizó actos especiales. Aunque hizo costosos sacrificios y luego, al borde de la desesperación, consultó a costosos magos, no obtuvo ninguna revelación, ni recibió ningún solaz cuando sus seres amados morían. Entretanto, el lento crecimiento del asombro entre su gente se transformó, con igual lentitud, en envidia, en temor, en odio. ¿Qué había hecho para merecer esa condena, o qué había vendido para recibir ese don? ¿Qué era él? ¿Hechicero, demonio, cadáver ambulante, qué? Apenas logró evadir los atentados contra su vida. Al fin las autoridades decidieron investigarlo y condenarlo a muerte. Sabía que podían herirlo, aunque se recobrase deprisa, y estaba seguro de que las

peores heridas le resultarían tan fatales como a los demás. A pesar de su soledad, era un joven que amaba la vida y deseaba disfrutarla.

«Durante cientos de años ambuló por la faz de la Tierra. A menudo se dejó abrumar por la añoranza y se instaló en alguna parte, se casó, crió una familia, vivió como los mortales. Pero siempre debía perderlos, y al cabo de un tiempo desaparecer. En los intervalos, es decir casi siempre, buscaba oficios donde los hombres van y vienen inadvertidos. El de marino era uno de ellos, y lo ejerció en muchas partes del mundo. Siempre buscaba a otros iguales a él. ¿Era único en toda la creación? ¿O simplemente su especie era muy rara? Aquellos a quienes el infortunio o la malicia no destruían al principio sin duda aprendían a permanecer ocultos, como él. Pero si era así, ¿cómo los encontraría, o cómo lo encontrarían a él?

»Y si ésta era una suerte cruel y frágil, cuanto peor debía de ser para una mujer. ¿Qué podía hacer? Sin duda sólo las más fuertes y sagaces sobrevivían. ¿Cómo?

»¿Interesa ese enigma a mi señora?

Bebió vino, buscando un poco de serenidad. Ella miraba el vacío. El silencio se prolongó.

Al fin ella inhaló, lo miró a los ojos y dijo lentamente.

—Una historia muy curiosa, kyrie Cadoc.

—Una mera historia, desde luego, una fantasía para entretenerte. No me interesa que me encierren por loco.

—Comprendo. —Una sonrisa le cruzó el semblante—. Por favor, continúa. ¿Ese inmortal encontró alguna vez a otros?

—Eso queda por contarse, señora.

—Entiendo —asintió ella—. Pero háblame más de él. Todavía es una sombra para mí. ¿Dónde nació y cuándo?

—Imaginemos que fue en la antigua Tiro. Era un niño cuando el rey Hiram ayudó al rey Salomón a construir el templo de Jerusalén.

—¡Hace mucho tiempo! —jadeó ella.

—Dos mil años, creo. Él perdió la cuenta, y luego intentó consultar los documentos, que eran fragmentarios y contradictorios. No importa.

—¿Conoció al... Salvador? —susurró ella.

Él suspiró y meneó la cabeza.

—No, en ese momento estaba en otra parte. Vio ir y venir muchos dioses. Y reyes, naciones, historias. Por fuerza vivió entre ellos, con nombres adecuados, mientras ellos duraban y hasta que perecían.

Nombres que se volvieron borrosos, como los años. Fue Hanno, Ithobaal, Snefru, Phaon, Shlomo, Rashid, Gobor, Flavio Lugo y muchos más de los que puede recordar.

Ella se irguió en el diván, como dispuesta a brincar, ya hacia él o para huir de él.

—¿Estará Cadoc entre esos nombres? —preguntó con voz gutural.

Él se mantuvo sentado, se reclinó, pero la miró a los ojos.

—Tal vez, así como una dama pudo haberse llamado Zoe, y antes Eudoxia, y antes..., nombres que quizás aún se puedan descubrir.

Ella se estremeció.

—¿ Qué quieres de mí ?

Él dejó la copa, sonrió, extendió las manos con las palmas para arriba y le dijo con voz muy suave:

—Lo que quieras ofrecer. Tal vez nada. ¿Cómo puedo obligarte, en el remoto caso de que ése fuera mi deseo? Si te desagradan los lunáticos inofensivos, no tienes que volver a verme ni oír hablar de mí.

—¿Qué... estás... dispuesto a ofrecer?

—Una fe compartida y duradera. Ayuda, consejo, protección, el final de la soledad. He aprendido mucho sobre la supervivencia, y prospero casi siempre, y tengo mis ahorros para los malos tiempos. En este momento dispongo de una modesta fortuna. Más importante aún, soy leal a mis amigos y prefiero ser el amante de una mujer y no su amo. Quién sabe. Tal vez los hijos de dos inmortales también lo sean.

Ella lo estudió unos instantes.

—Pero siempre te guardas algo, ¿verdad?

—Un hábito fenicio, fortalecido por una vida de desarraigo. Podría abandonarlo.

—Nunca fue mi estilo —jadeó ella, acercándose.

2

Estaban recostados contra las almohadas en el cabezal de la enorme cama. La conversación florecía como una planta en primavera. De vez en cuando, ahora que había pasado el frenesí, se acariciaban con suavidad. Un sopor los dominaba entre los olores del incienso y del amor, pero sus mentes despertaban. Hablaban con calma, con ternura.

—Hace cuatrocientos años fui Aliyat en Palmira —dijo ella—. ¿Y tú, en tu antigua Fenicia?

—Mi nombre de nacimiento era Hanno —respondió—. Lo usé a menudo, después, hasta que murió en todas las lenguas.

—Qué aventuras debes de haber tenido.

—Y tú.

Ella hizo una mueca.

—Preferiría no hablar de ello.

—¿Estás avergonzada? —Él le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarlo—. No lo estés

—añadió con tono grave—. Yo no lo estoy. Hemos sobrevivido con los medios que eran necesarios. Todo eso ha pasado. Deja que se pierda en las tinieblas junto con las ruinas de Babilonia. Pertenecemos a nuestro futuro.

—¿No me encuentras... pecaminosa?

—Sospecho que si ambos habláramos con franqueza de nuestro pasado —sonrió—, serías tú quien se escandalizaría.

—¿Y no temes la maldición de Dios?

—He aprendido mucho en dos mil años, pero nada sobre ningún Dios, excepto que surgen, cambian, envejecen y mueren. Si hay algo más allá del universo, dudo que se interese por nosotros.

Temblaron lágrimas en las pestañas de Alheñáis.

—Eres fuerte y amable, —se acurrucó contra él—. Habíame de ti.

—Eso llevaría un tiempo. Me daría sed.

Ella cogió una campanilla y la agitó.

—Podemos solucionarlo —dijo con una sonrisa fugaz—.Tienes razón, sin embargo. Tenemos todo el futuro para explorar nuestro pasado. Habíame primero de Cadoc. Necesito comprenderlo, para que tracemos nuestros planes.

—Bien, todo comenzó cuando la Vieja Roma se marchó de Britannia... No, espera, he olvidado algo, en medio de tanta alegría. Primero debe hablarte de Rufus.

Entró una criada. Agachó la vista, aunque no parecía turbada por los dos cuerpos desnudos. Athenais ordenó que le trajeran el vino y los refrigerios de la antecámara. Entretanto Cadoc ordenó sus pensamientos. Cuando estuvieron a solas, describió a su compañero.

—Pobre Rufus —suspiró ella—. Cómo te envidiará.

—Oh, espero que no —replicó Cadoc—. Está habituado a ser mi subalterno. A cambio, yo pienso por él. Si come, bebe y copula lo suficiente, está satisfecho.

—Entonces no ha sido un bálsamo para tu soledad —murmuró Alheñáis.

—No mucho. Pero le debo la vida, pues me ha salvado varias veces, y por lo tanto el esplendor de este día.

—Canalla adulador. —Athenais le dio un beso y él hundió el rostro en su cabellera fragante hasta que ella le dio una copa de vino y un tentempié y lo invitó a continuar.

—Los britanos del oeste conservaron algún vestigio de civilización. Sí, con frecuencia pensé en venir aquí, pues sabía que el Imperio continuaba. Pero por mucho tiempo no tuve perspectivas de llegar con algún dinero, de llegar siquiera. Entretanto, la vida entre los britanos no era tan mala. Había llegado a conocerlos. Era muy fácil cambiar de identidad y estar económicamente desahogado. Podía esperar a que los ingleses, los francos y los normandos adquirieran hábitos más corteses, a que la civilización renaciera en Europa. Después de eso, como he dicho, la ruta comercial rusa me permitió vivir bien y conocer a una variedad de personas, tanto durante el viaje como aquí, en el mundo mediterráneo. Comprenderás que ésa era mi única esperanza de encontrar a alguien igual a mí. Sin duda has abrigado la misma esperanza. Athenais... Aliyat.

—Hasta que se volvió muy dolorosa —respondió ella con un hilo de voz.

Él le besó la mejilla, y ella le acercó los labios y susurró:

—Ahora ha terminado. Me encontraste. Trato de creer que esto es real.

—Lo es, y haremos que lo siga siendo.

Con un sentido práctico que indicaba inteligencia, ella preguntó:

—¿Qué propones que hagamos?

—Bien —dijo él—, de todos modos era hora de que yo terminara con Cadoc. Ha estado en escena más de la cuenta; algunos viejos conocidos pueden empezar a hacer preguntas. Además, desde que el duque normando se nombró a sí mismo rey de Inglaterra, cada vez más jóvenes ingleses descontentos vienen al sur para unirse a la guardia del emperador Varangiano. Los que han oído hablar de Cadoc sabrían cuan improbable es que un galés realice tráfico de esta clase.

»Pero aún, cuando el señor ruso Yaroslav murió, el reino se dividió entre los hijos, y ahora están distanciándose. Los bárbaros de las planicies aprovechan la situación. Las rutas son peligrosas. Es posible que los rusos vuelvan a atacar Constantinopla, y eso afectaría el comercio más que nunca. Recuerdo bien las dificultades que causaron incursiones anteriores.

»Así, dejemos que Athenais y Cadoc se retiren de sus respectivos oficios, alejémonos y no veamos más a nuestros conocidos. Primero, naturalmente, Aliyat y Hanno habrán liquidado sus pertenencias.

Ella frunció el ceño.

—Hablas como si quisieras abandonar Constantinopla. ¿Debemos hacerlo? Es la reina del mundo.

—No lo será para siempre —dijo sombríamente Cadoc.

Ella lo miró con asombro.

—Piensa —dijo Cadoc—. Los normandos han tomado el último baluarte imperial en Italia. Los sarracenos dominan todo el sur desde España hasta Siria. Últimamente no han sido hostiles. Sin embargo, la derrota imperial del año pasado en Manzikert fue algo más que un desastre militar que provocó un abrupto cambio de emperadores. Los turcos ya habían capturado Armenia. Ahora Anatolia está abierta para ellos. Dependerá de que el imperio pueda defender contra ellos el litoral jónico. Entretanto, el descontento cunde en las provincias balcánicas y los normandos se aventuran hacia el este. Aquí el comercio mengua, crecen la pobreza y los disturbios, la corrupción de la corte otorga poder a los incompetentes. Oh, quizá la catástrofe tarde un tiempo en caer sobre Nueva Roma. Pero larguémonos antes de que suceda.

—¿Adonde? ¿Hay algún sitio seguro y decente?

—Bien, algunas capitales musulmanas son brillantes. He oído que hacia el este un emperador gobierna un reino vasto, apacible y glorioso. Pero es gente extraña; los caminos que llegan allá son largos y peligrosos. El oeste de Europa sería más fácil, pero todavía es turbulento y retrógrado. Además, desde que un cisma dividió las iglesias, la vida allá ha sido dura para la gente de países ortodoxos. Tendríamos que convertirnos públicamente al catolicismo, y no nos conviene llamar la atención de esa manera. No, creo que sería mejor permanecer dentro del Imperio Romano por un par de siglos. En Grecia nadie nos conoce.

—¿Grecia? ¿No se ha vuelto bárbara?

—No tanto. Hay una densa población de eslavos en el norte y de valacos en Tesalia, mientras que los normandos causan estragos en el mar Egeo. Pero las ciudades como Tebas y Corinto son prósperas y están

bien defendidas. Un bello país, lleno de recuerdos. Ahí podemos ser felices.

Cadoc enarcó las cejas.

—¿Pero tú no has pensado en ello? —continuó—. A lo sumo habrías podido quedarte aquí diez años. Luego tendrías que retirarte, antes de que los hombres notaran que no envejeces. Y siendo una figura pública tan notoria, no podrías quedarte aquí.

—Es verdad. —Alheñáis sonrió—. Me proponía anunciar que había cambiado de opinión, me arrepentía de mi maldad y me marcharía para iniciar una nueva vida de pobreza, plegaria y buenas obras. Ya había hecho los arreglos necesarios para transportar a toda prisa mi fortuna, por si tenía que escapar de repente. A fin de cuentas, así ha sido mi vida, largarme de un lugar para empezar de nuevo en otro.

Él frunció el ceño.

—¿Siempre así?

—La necesidad me obliga —respondió ella con tristeza—. No tengo predisposición para ser monja ni ermitaña. A menudo digo que soy una viuda acaudalada, pero al fin el dinero se acaba, a menos que disturbios, guerras, saqueos o pestes traigan la ruina primero. Una mujer no puede invertir su dinero como un hombre. Cuando tengo problemas, debo comenzar desde abajo y... trabajar para ahorrar y ser complaciente para estar en mejor posición.

Cadoc sonrió con amargura.

—Mi vida también fue así.

—Un hombre tiene más opciones. —Ella hizo una pausa—. Estudio las cosas de antemano. Estoy de acuerdo, Corinto será lo mejor para nosotros.

—¿Qué? —dijo Cadoc, irguiéndose con asombro—. ¿Me dejaste divagar acerca de algo que conocías perfectamente bien?

—Los hombres tienen que alardear de su sagacidad.

Cadoc se echó a reír.

—¡Magnífico! Una mujer que pueda llevarme de la nariz..., ésa es la mujer con quien me quedaré para siempre. —Se calmó—. Pero ahora debemos actuar cuanto antes. De inmediato, a ser posible. Salgamos de esta... inmundicia para ir al primer hogar que cualquiera de ambos ha tenido desde...

Ella le apoyó los dedos en los labios.

—Calma, amor—murmuró—. Si tan sólo pudiera ser así. Pero no podemos desaparecer y nada más.

—¿Porqué no?

—Llamaría la atención —suspiró ella—. Por lo menos, a mí me buscarían. Hay nombres muy encumbrados que se interesan en mí, que temerían una mala pasada de mi parte. Si nos buscaran... No. —Apretó el puño—. Debemos seguir fingiendo. Una vez más, tal vez, mientras preparo el terreno hablando de un... peregrinaje, algo por el estilo.

Él sólo habló al cabo de unos instantes.

—Bien, un mes, cuando nos quedan siglos...

—Para mí, será el mes más largo que jamás conocí. Pero entretanto nos veremos, ¿verdad?

—Desde luego.

—Odio hacerte pagar, pero comprenderás que debo hacerlo. De todos modos, el dinero será de ambos cuando seamos libres.

—Sí, tenemos que hacer planes, preparativos.

—Espera hasta la próxima vez. El tiempo que tenemos hoy es muy breve. Luego debo prepararme para el próximo hombre.

Él se mordió el labio.

—¿No puedes decir que estás enferma?

—Mejor no. Es uno de los más importantes; su buena voluntad puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Bardas Manasses, un *manglahites* de la plana mayor de los archiestrategos.

—Sí, un militar de alto rango. Entiendo.

—Oh, querido, no te mortifiques. —Athenais lo abrazó—. No sufras. Olvídate de todo salvo de nosotros dos. Aún tenemos una hora en el paraíso.

Era tan experta, hábil y excitante como contaban los hombres.

3

Una pequeña procesión cruzó el puente del Cuerno y se acercó a la Puerta de Blaquerna. Eran cuatro rusos, dos normandos y un par de otra raza. Los rusos llevaban un pesado corre, colgado de dos varas. Los normandos eran de la Guardia Varangiana, con yelmo y cota de malla, hachas al hombro. Aunque era obvio que estaban ganando un dinero extra

custodiando una carga valiosa, también era obvio que lo hacían con autorización oficial, y los centinelas dejaron pasar al grupo.

Continuaron por las calles que había al pie de la muralla de la ciudad. Las almenas y el cielo se alzaban sobre ellos. La mañana aún era joven y las sombras eran profundas, casi heladas después del resplandor del agua. Las mansiones de los ricos quedaron atrás y los hombres entraron en el más humilde y atareado distrito de Phanar.

—Esto es una necedad —gruñó Rufus en latín—. Incluso has vendido el barco, ¿verdad? Hiciste un mal negocio, por lo rápido que te deshiciste de todo.

—Transformándolo en oro, gemas, riqueza portátil —corrigió Cadoc alegremente, en la misma lengua. Aunque no había razones para desconfiar de la escolta, la cautela formaba parte de su espíritu—. Partiremos dentro de un par de semanas, ¿lo has olvidado?

—Pero entretanto...

—Entretanto estará a buen recaudo, en un sitio donde podemos sacarlo en cualquier momento del día o de la noche sin aviso previo. Has pasado mucho tiempo preocupándote cuando no te estabas embriagando, amigo. ¿Nunca me escuchas? Aliyat preparó esto. —¿Qué dijo a los poderosos para que todo resultara tan fácil?

Cadoc sonrió.

—Que le insinué que yo haría un magnífico trato con ciertos poderosos..., un trato del que estos hombres sacarán buen provecho si me ayudan. Las mujeres también aprenden a vérselas con el mundo.

Rufus rezongó.

El edificio donde Petros Simonides, joyero, vivía y tenía su tienda, era modesto. Sin embargo, Cadoc sabía desde tiempo atrás qué negocios se efectuaban allí, además de las actividades visibles. A varios miembros de la corte imperial les resultaba útil que las autoridades hicieran la vista gorda. Petros recibió jovialmente a los visitantes. Un par de matones a quienes llamaba sobrinos, aunque no se le parecían en absoluto, los ayudaron a llevar el cofre al sótano y guardarlo detrás de un panel falso. Cadoc pagó y declinó la hospitalidad pretextando que tenía prisa. Regresó con sus hombres a la calle.

—Bien, Arnulf, Sviatopolk, a todos vosotros, gracias —dijo—. Ahora podéis ir donde os guste. Recordad que debéis guardar silencio. Eso no os impedirá beber por mi salud y buena fortuna. —Les entregó una generosa propina. Los marineros y soldados partieron satisfechos.

—¿No crees que el vino y la comida de Petros sean buenos?,— preguntó Rufus.

—Sin duda lo son —dijo Cadoc—, pero tengo prisa. Athenais ha reservado la tarde entera para mí, y primero quiero prepararme bien en los baños.

—¡Ja! Como todo este tiempo desde que la conociste. Nunca te había visto enamorado. Pareces un quinceañero.

—Me siento renacido —murmuró Cadoc. Miró más allá del ajetreo que lo rodeaba—. También tú te

sentirás así, cuando encontremos a tu verdadera esposa.

—Con mi suerte, será una marrana.

Cadoc rió, palmeó a Rufus en la espalda y le deslizó un besante en la única palma.

—Ve a ahogar ese ánimo sombrío. Mejor aún, échalo fuera con una mujerzuela fogosa.

—Gracias. —Rufus no cambió el semblante—. Estos días estás muy generoso.

—Una extraña cualidad de la alegría pura —dijo Cadoc—. Uno desea compartirla. —Echó a andar, silbando. Rufus, con los hombros encorvados, lo siguió con la mirada.

4

Las estrellas y la luna daban buena luz. Las silenciosas calles estaban desiertas. A veces pasaba una patrulla y el fulgor de un farol bañaba el metal, encarnación de ese poder que mantenía la paz en la ciudad. Un hombre podía caminar tranquilo.

Cadoc bebió el aire nocturno. El calor era menos sofocante, y el humo, el polvo, los hedores y las pestilencias habían disminuido. Al acercarse al Kontoskalion, olió a brea y sonrió. Los olores evocaban recuerdos. Una galera en el puerto egipcio de Sor, curtida por fabulosos mares, y su padre junto a él, cogiéndole la mano... Se llevó esa misma mano a la nariz. El vello le hizo cosquillas en el labio. Un aroma de jazmín, el perfume de Aliyat, y quizás un dejo de su dulzura. Se habían dado un largo beso de despedida.

Y sentía una dichosa fatiga. Rió entre dientes. A su llegada, ella había dicho que el gran Bardas Manasses le había enviado un mensaje: no podría visitarla esa noche según lo planeado, así que ella y su amado tendrían tiempo de más, un obsequio de Afrodita. «He descubierto qué significa fuerza inmortal», ronroneó ella al fin, abrazada a Cadoc.

Cadoc bostezó. Dormiría bien. Si tan sólo pudiera tenerla al lado... Pero los sirvientes ya habían notado que ella sentía predilección por ese extranjero. Era mejor no llamar la atención. Los chismes podían llegar a oídos inconvenientes.

¡Pero pronto, pronto!

De golpe se ahondó la oscuridad. Había tomado por una calleja, cerca del puerto y de su posada. A ambos costados se erguían altas paredes de ladrillo, dejando arriba un retazo de cielo. Anduvo más despacio, para no tropezar con nada. El silencio también era profundo. ¿Pisadas a sus espaldas? Recordó que varias veces había entrevisto la misma figura encapuchada. ¿Era mera coincidencia que siguieran el mismo rumbo?

Un destello de luz, un farol en un callejón le cegó por un instante.

—¡Es él! —oyó. Tres hombres salieron del callejón y resplandeció una espada.

Cadoc dio un salto atrás. Los hombres se desplegaron, derecha, izquierda, frente. Lo tenían arrinconado contra una pared.

Desenvainó el cuchillo. Dos de los atacantes portaban armas similares. No gastó saliva en gritos de protesta ni en pedir auxilio. Si no podía salvarse solo, era hombre muerto. Se desabrochó la túnica con la mano izquierda.

El espadachín se lanzó al ataque. El farol, que había quedado en la boca del callejón, lo transformaba en una sombra, pero Cadoc le vio un destello de luz en la cadera. Tenía una cota de malla. El acero susurró. Cadoc se movió a un costado. Arrojó la túnica contra la cara invisible, arrancándole una maldición y desviando el arma. Cadoc saltó a la derecha. Esperaba esquivar al que estaba allí, pero el sujeto era hábil y le cerró el paso. Lo atacó con la daga. Cadoc habría recibido la puñalada en el vientre si no hubiera contado con su vigor de inmortal. Detuvo el golpe con el cuchillo y retrocedió.

Los ladrillos le mordieron la espalda. Estaba acorralado, pero se defendió. Los dos hombres con dagas recularon. El espadachín se dispuso a atacar de nuevo.

Se oyeron sandalias sobre adoquines. La luz centelleó sobre una barba cobriza. El garfio de Rufus se hundió en la garganta del espadachín. Rufus movió el garfio salvajemente. El hombre soltó la espada, se agarró al garfio, cayó de rodillas. Soltó un graznido a través de la sangre.

Cadoc se agachó, cogió la espada y se irguió. No manejaba muy bien ese arma, pero había tratado de dominar todas las artes de la lucha a través de los siglos. Uno de los contrincantes se apartó. Cadoc giró a

tiempo para detener al segundo, que estaba a sus espaldas. La hoja dio contra un brazo, haciendo crujir el hueso. El hombre gritó, trastabilló y huyó.

Gruñendo, Rufus extrajo el garfio y fue en busca del otro atacante, que también desapareció en la noche. Rufus se detuvo y dio media vuelta.

—¿Estás herido?—jadeó.

—No. —Cadoc también estaba sin aliento. Le martilleaba el corazón. Pero tenía la mente fría y despejada como hielo flotando en el mar de Thule. Miró al hombre con cota de malla, quien se contorsionaba entre gemidos y perdía mucha sangre—. Vámonos... antes de que... alguien venga. —Tiró la espada delatora.

—¿A la posada?

—No. —Cadoc echó a trotar. Recobró el aliento, se le apaciguó el pulso—. Éstos me conocían. Por lo tanto, sabían dónde esperar y deben de saber dónde me alojo. Quien los haya enviado querrá intentarlo de nuevo.

—Pensé que sería buena idea seguirte. Dejaste un buen tesoro en casa de ese cerdo de Phanar.

—No debería enorgullecerme de mi inteligencia —dijo el consternado Cadoc—. Tú has demostrado mucha más que yo.

—Bah, estás enamorado y eso es peor que estar ebrio. ¿Adonde vamos? Supongo que las calles principales son seguras. Quizá podamos despertar a otro posadero. Yo tengo suficiente dinero, si tú no tienes.

Cadoc meneó la cabeza. Habían salido a una avenida, desnuda y opaca bajo la luna.

—No. Vagaremos hasta el amanecer, luego nos mezclaremos con gente que salga de la ciudad. Éstos no eran vulgares matones, ni siquiera asesinos a sueldo. Armadura, espada..., por lo menos uno de ellos era un soldado imperial.

5

Vsevolod el Gordo, una eminencia entre los mercaderes rusos, poseía una casa en San Mamo. Era pequeña, pues sólo la usaba cuando estaba en Constantinopla, pero estaba adornada con opulencia bárbara y, durante sus estancias, con un par de mujerzuelas. Los sirvientes eran parientes jóvenes de Vsevolod, y se podía confiar en su lealtad. Arriba había una habitación disimulada.

Entró en ella al terminar el día. La barba entrecana le llegaba hasta el vientre que hinchaba la túnica bordada. Llevaba una jarra.

—He traído vino —saludó— Barato, pero abundante. Pues lo querréis abundante, sin fijaros en la calidad. —Se lo dio a Cadoc.

Éste se levantó sin prestar atención. Rufus cogió la jarra y se la llevó a la boca. Había roncado durante horas, mientras Cadoc caminaba entre las paredes desnudas o miraba el Cuerno de Oro y la ciudad de muchas cúpulas por la ventana.

—¿Qué has averiguado, Vsevolod Izyaslavev? —preguntó Cadoc en ruso.

El mercader se desplomó en la cama, haciéndola crujir.

—Malas noticias —dijo—. Fui a la tienda de Petros Simonides y hallé guardias apostados. Me costó sonsacarles una respuesta franca, y de todos modos no saben nada. Pero dicen que lo arrestaron para interrogarlo. —Un suspiro, como un viento estepario—. Si eso es verdad, si no lo dejan salir, adiós a la mejor agencia de contrabando que he tenido. ¡Ah, santos misericordiosos, ayudad a un pobre viejo a ganar el pan de su esposa y sus hijos!

—¿Y qué hay de mí?

—¿No entiendes, Cadoc Rhysev? No me atreví a insistir demasiado. No soy joven como tú. El coraje se ha ido con la juventud y el vigor. Recuerda al Señor, en estos días felices de tu vida, antes de que te agobien la edad y el pesar. Pero he hablado con un capitán de la guardia a quien conozco. Sí, es como temías, te están buscando. No sabe por qué, pero mencionó una trifulca cerca de tu posada y la muerte de un hombre. Lo cual ya sabía, por lo que me contaste.

—Eso pensaba —dijo Cadoc—. Gracias.

Rufus dejó la jarra.

—¿Qué nacemos? —rezongó. —Será mejor que os quedéis aquí, donde habéis buscado refugio —replicó Vsevolod—. Pronto volveré a Chernigov. Podéis venir conmigo. Los griegos no os conocerán en mi nave. Tal vez te disfrace e bella esclava circasiana, ¿eh, Rufus? —Soltó una risotada.

—No podemos pagarte el pasaje —dijo Cadoc.

—No importa. Eres mi amigo, mi hermano en Cristo. Confío en que me pagarás más tarde. Treinta por ciento de interés, ¿de acuerdo? Y cuéntame cómo te metiste en este aprieto. Me serviría de advertencia.

Cadoc asintió.

—Te lo contaré una vez que hayamos salido.

—Bien. —Vsevolod echó una ojeada a sus huéspedes—. Creí que esta noche pasaríamos un momento alegre y nos embriagaríamos, pero no estás de ánimo. Sí, es una pena perder tanto dinero. Os haré enviar la cena. Nos veremos mañana. Dios alegre vuestro sueño. —Se levantó y salió con torpeza, cerrando el panel.

Constantinopla era una sombra azul sobre las aguas doradas, contra el poniente rojizo. La penumbra inundó la habitación de San Mamo. Cadoc cogió la jarra de vino, bebió un sorbo, la dejó.

—¿De veras vas a contárselo? —preguntó Rufus.

—Oh, no. No la verdad. —Ahora hablaban en latín—. Inventaré una historia creíble y eso no le causará daño. Algo sobre un funcionario que decidió deshacerse de mí y apoderarse del oro en vez de esperar su parte de la ganancia.

—Ese cerdo también podría estar celoso —sugirió Rufus—. Quizá Vsevolod sepa que veías a Alheñáis.

—De todos modos tengo que inventar una historia —dijo Cadoc con voz quebrada—. Yo mismo no sé qué sucedió.

—¿Ah, no? Vaya, está claro como el agua. Esa zorra le habló a uno de sus clientes. Te hubieran cerrado el pico para siempre, y después me habrían buscado a mí para apoderarse del dinero. Tal vez ella tenga influencia sobre algún sujeto del gobierno, puede que sepa algo sobre él. O tal vez él se contentó con nacerte el favor y recibir su parte. Tuvimos suerte de salir vivos, pero ella ha ganado. Nos persiguen. Si queremos conservar el pellejo, no regresaremos en veinticinco años. —Rufus bebió un trago de vino—. Olvídala.

Cadoc dio un puñetazo contra la pared. El yeso se rajó y cayó.

—¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo?

—Ah, fue fácil. Tú mismo le armaste la trampa. —Rufus dio unas palmadas al hombro de Cadoc—. No te sientas mal. En una generación ganarás otro cofre de oro.

—¿Por qué? —Cadoc se apoyó en la pared, hundiendo la cara en el brazo.

Rufus se encogió de hombros.

—Una puta es una puta.

—No, pero ella... es inmortal..., le ofrecí... —Cadoc no pudo continuar.

Rufus apretó los labios en la oscuridad.

—Deberías entenderlo. Piensas mejor que yo cuando te lo propones. ¿Cuánto tiempo hace que es lo que es? ¿Cuatrocientos años, dijiste? Bien, eso significa muchos hombres. ¿Mil por año? Tal vez menos hoy en día, pero puede que antes más.

—Ella me dijo que se toma... tantas libertades como puede... en la vida...

—Eso te demuestra cuánto le gusta. Tú sabes qué quieren los hombres de una puta. Y todas las veces que una mujer es maltratada, asaltada, pateada, aporreada y abandonada... ¿Crees que puede dejar eso en un bote de basura? Cuatrocientos años, Lugo. ¿Qué crees que siente por los hombres? Y nunca llegaría a verte envejecer.

VIII
Dama de honor

La silenciosa llovizna se perdía en las brumas que flotaban sobre el suelo, diluyendo el mundo como un sueño. Desde la veranda, Okura miró el jardín donde las piedras y los cipreses enanos lucían borrosos. El agua goteaba de las tejas y formaba una pátina sobre la pared blanqueada. Más allá no se veía nada. Aunque la ancha puerta sur estaba abierta, ella apenas distinguía la avenida exterior, un charco, un cerezo deshojado. La niebla había cubierto el palacio. Era como si Heian-kyo no existiera.

Okura tiritó y regresó a sus aposentos. Las dos o tres criadas con quienes se cruzó estaban cubiertas de ropa acolchada. Sus quimonos superpuestos mantenían el calor, y los colores invernales cuidadosamente escogidos preservaban una melancólica elegancia. El aliento flotaba como un fantasma. Cuando Okura entró en la mansión, el crepúsculo la envolvió. Era como si el frío también la envolviera. Las persianas y postigos podían contener el viento, pero la humedad se filtraba y los braseros servían de poco.

Sin embargo, la aguardaban ciertas comodidades. Masamichi había tenido la gentileza de adjudicarle una plataforma para dormir en el pabellón oeste. Entre los biombos corredizos que separaban la habitación, un par de cofres y una mesa de *gó* se agazapaban en el suelo. Okura imaginó que deseaban ocultarse debajo del grueso *tatami* que cubría la plataforma. No había nadie más, así que las cortinas estaban cerradas. Bajo la luz fluctuante de algunas palmatorias, el *futon y* los cojines Parecían bultos negros.

Okura abrió el armario donde estaba su *koto. Era.* uno de los legados que aún no habían retirado; se llamaba Canción del Cuclillo. Cuan apropiado para un día como ése, pensó: el pájaro que es el amante inconstante, que puede llevar mensajes entre los vivos y los muertos, que encarna el ineluctable paso del tiempo. Tenía en mente una melodía que le agradaba en la infancia. Luego siempre la había tocado para sus hombres, esos dos amantes a quienes quería de veras. Pero no, recordó que el instrumento ahora estaba afinado para una modalidad invernal. Una criada entró en la habitación, se acercó, saludó con una reverencia y gorjeó:

—Un mensajero del noble señor Yasuhira acaba de llegar, señora.

Sus modales no revelaban sorpresa. La relación entre Chikuzen no Okura, dama de honor de la casa del ex emperador Tsuchimikado, y Nakahari no Yasuhira, hasta hacía poco un consejero menor del emperador Go-Toba, se remontaba a muchos años atrás. Ella lo llamaba

Mi-yuki, Nieve Espesa, porque ésa había sido la primera excusa que puso él para pasar la noche con ella.

—Tráelo —dijo Okura, con el pulso trémulo.

La criada se marchó. Regresó cuando el mensajero apareció en la veranda. Como la luz le daba en la espalda, Okura no sólo pudo ver a través de la persiana traslúcida que era un niño, sino que notó que la chaqueta de brocado estaba seca y que los pantalones blancos apenas estaban arrugados. Además de usar una capa de paja, debía de haber viajado a caballo. Esbozó una sonrisa al pensar que Nieve Espesa conservaría las apariencias hasta el final.

Dejó de sonreír. Se acercaba el final para ambos.

Con el apropiado ritual, el mensajero deslizó lo que traía bajo la persiana, dándoselo a la criada y se arrodilló esperando la respuesta. La criada le llevó la carta a Okura y salió. Okura la desenrolló. Yasuhira había usado un papel verde claro, sujeto a un broche de sauce. La caligrafía era menos precisa que en otros tiempos; Yasuhira era miope.

«Consternadamente he sabido que perdiste tu posición en la corte. Esperaba que la consorte del ex emperador te protegiera de la ira que ha caído sobre tu pariente Chikuzen no Masamichi. ¿Qué será de ti, privada de su protección cuando tampoco yo puedo hacer nada? Ésta es una pena que sólo Tu Fu podría expresar. A mi pobre intento añado el deseo de que al menos podamos vernos pronto.

En el año que languidece
mis mangas, que yacían sobre las tuyas,
están húmedas como la tierra,
aunque la lluvia que las cubre es sal
de un mar de pesadumbre por ti.»

Sin duda, los poemas de Yasuhira no serían citados junto a los del gran maestro chino, pensó Okura. No obstante, sintió un repentino deseo de verlo. Se preguntó por qué. El ardor que habían sentido antaño se había enfriado convirtiéndose en amistad; ya no recordaba la última vez que habían compartido el lecho.

Bien, un encuentro podría fortalecerlos con el conocimiento de que ninguno de ambos estaba solo en el infortunio. Okura había oído que el nuevo gobernador militar estaba confiscando miles de propiedades de familias que habían apoyado la causa del emperador; pero eso era sólo un número, tan irreal como la vida interior de un labriego, un peón o un perro. Esa casa quedaría en manos de un seguidor del clan Hojo, pero para ella sólo había significado un alojamiento que se le brindaba por

deber hacia antepasados comunes. Lo que le dolía de veras era que la hubieran echado de la corte. La separaba de su mundo.

Aun así, en poco tiempo habría partido de todas maneras. Sin duda, el aislamiento de Yasuhira era peor. Deberían solazarse mutuamente.

Uno debía respetar las formas, aun al responder lo que reconocía como una súplica. Okura se arrodilló en silencio, componiendo, decidiendo, antes de llamar a una criada.

—Quiero una rama de ciruelo —ordenó.

Eso complementaría su respuesta con mayor sutileza que el cerezo. De sus materiales para escribir escogió una hoja color gris perla. Cuando terminó de preparar la tinta, ya veía las palabras con claridad. Eran sólo otro poema.

Los capullos fueron fragantes,
luego se marchitaron y volaron
dejando amargo fruto.
Cayó, y en ramas desnudas
un brote llama a otro a través del viento.

Él comprendería y vendría.

Preparó el envoltorio con la elegancia que merecía y se lo dio a una criada para que lo entregara al mensajero. Éste viajaría deprisa por la ciudad, pero el carruaje tirado por bueyes del amo, el único medio adecuado para un noble, tardaría casi una hora. Okura tenía tiempo para prepararse.

Se examinó la cara en un espejo a la luz de una palmatoria. Nunca había sido bella: demasiado delgada, pómulos demasiado enérgicos, ojos demasiado anchos, boca demasiado grande. Sin embargo, estaba correctamente empolvada, con las cejas bien depiladas, las cejas cosméticas pintadas a suficiente altura, los dientes bien ennegrecidos. Su figura también dejaba que desear, más busto y menos caderas de las que debía tener, pero llevaba la ropa con elegancia; las sedas ondeaban grácilmente cuando ella avanzaba con el andar correcto. El pelo redimía muchos defectos, una catarata negra que se arrastraba por el suelo.

Ordenó que preparasen vino de arroz y tortas. Su karma y el de Yasuhira no podían ser tan malos, pues ella estaba ahora a solas con pocos sirvientes. Masamichi había llevado a su esposa, dos concubinas e hijos a casa de un amigo que les ofrecía refugio momentáneo. Llevaban sus posesiones para guardarlas en alguna parte. Había dicho que Okura podía ir con las suyas, pero se mostró aliviado cuando ella respondió que tenía sus propios planes para el futuro. La bien educada familia no había

dicho nada indecoroso sobre los hombres que la visitaban y que a veces pasaban la noche con ella. No obstante, el hecho de que alguien de importancia oyera cosas habría inhibido la conversación en un día en que debía ser franca o inútil.

Privada de la clepsidra, y con ese sol oscurecido, Okura no podía calcular la hora, pero Yasuhira debió de llegar alrededor del mediodía, la Hora del Caballo. Okura ordenó a un criado que instalara el biombo de gala en un sitio conveniente, y al oír los pasos en la veranda esperó arrodillada detrás del biombo. No sólo por los sirvientes, sino por Yasuhira, pensó con amargura. Cuando el mundo de ambos se desmonoronaba, era más importante que nunca observar el decoro. Dedicaron un rato a las formalidades y la charla menuda. Luego ella rompió las convenciones y corrió el biombo. En otros tiempos eso habría implicado que iban a hacer el amor. Ese día un par de referencias poéticas entre las trivialidades habían aclarado que ése no era el propósito de ninguno de ellos. Sólo deseaban hablar con libertad.

Las criadas Kodayu y Ukon quizá se escandalizaron más ante esto que ante la unión de dos cuerpos a plena luz del día. Mantuvieron su ciega deferencia y trajeron los refrigerios. Buenas chicas, pensó Okura cuando se marcharon. ¿Qué sería de ellas? Ligeramente sorprendida, deseó que el nuevo amo conservara al personal y lo tratara con amabilidad. Pero temía lo contrario, dada la clase de criatura que era.

Ella y su visitante se acomodaron en el suelo. Mientras Yasuhira observaba cortésmente el dibujo floral de su tazón de vino, Okura pensó que parecía haber envejecido de la noche a la mañana. Había encanecido años atrás, pero la cara de luna, los ojos entornados, la boca semejante a un pimpollo, la barba pequeña y suave habían conservado la lozanía de la juventud. Muchas damas suspiraban comparándolo con Genji, el Príncipe Brillante de la historia de Murasaki, que ya tenía doscientos años. Hoy la lluvia le había corrido el maquillaje y el carmín, revelando ojeras, un semblante abotargado, arrugas profundas, y Yasuhira tenía los hombros encorvados.

Pero no había perdido la gracia cortesana con que sorbía el vino.

—Ah —musitó—, esto es muy agradable, Asagao. —«Gloria de la Mañana», el nombre con que la llamaba en la intimidad—. Sabor, aroma y tibieza. «Luz esplendorosa...»

Ella se sintió obligada a cerrar la alusión literaria diciendo:

—Pero no, me temo, «fortuna eterna» —y añadió con mayor suavidad—: En cuanto a Gloria de la Mañana, ¿a mi edad no sería mejor Pino?

Él sonrió.

—Conque he conservado cierto tacto para guiar la conversación. ¿Nos libramos de los temas desagradables? Luego podremos hablar de los viejos tiempos y sus alegrías.

—Si tenemos el ánimo de hacerlo. —Si tú tienes el ánimo, quería decir. Yo nunca tuve más opción que ser fuerte.

—Esperaba que el señor Tsuchimikado te retuviera.

—En estas circunstancias, irme de la corte no es lo peor que podía ocurrirme —dijo Okura. Él no ocultó su desconcierto. Okura explicó—: Sin una familia que posea tierras, yo sería apenas una mendiga, sin siquiera un lugar como éste para retirarme. Las otras me despreciarían y pronto me ultrajarían.

—¿De veras?

—Las mujeres son tan crueles como los hombres, Mi-yuki.

Él mordisqueó una torta. Okura comprendió que era un modo de darse tiempo para pensar.

—Debo confesar que el conocimiento de la situación me llevó a abrigar pocas esperanzas por ti —dijo al fin.

—¿Por qué? —Okura conocía muy bien la respuesta, pero sabía que a él le haría bien explicarse.

—Es verdad que el señor Tsuchimikado se mantuvo en paz durante el levantamiento pero, aunque no conspiró contra los jefes Hojo, tampoco los ayudó. Creo que ahora siente la necesidad de buscar favores, sobre todo porque pueden nombrar próximo emperador a uno de su linaje cuando muera o abdique el actual soberano. Librarse de los miembros de todas las familias que estuvieron en la revuelta parece un gesto trivial. Empero, es un gesto, y el señor Tokifusa, a quien han designado gobernador militar de Heiankyo, reparará en él.

—Me pregunto qué pecado de una vida pasada instó al señor Go-Toba a tratar de recobrar el trono que había abandonado —musitó Okura.

—Ah, no fue una locura, sino un noble esfuerzo que debió haber triunfado. Recuerda que su hermano, el entonces emperador Juntoku, estuvo junto a él, así como familias como las nuestras y sus seguidores, soldados de los Taira que deseaban vengar lo que los Minamoto habían hecho a sus padres. Incluso muchos monjes empuñaron las armas.

Okura se estremeció. Sabía que los monjes del monte Hiei a menudo bajaban a la ciudad para sembrar el terror, no sólo mediante amenazas sino con palizas, muertes, saqueos e incendios. Iban para imponer decisiones políticas que ellos deseaban. ¿Pero eran mejores que las pandillas de malhechores que dominaban la mitad oeste de la capital?

—No, sin duda fallamos por nuestros propios pecados anteriores —continuó Yasuhira—. ¡Cuánto hemos caído desde los días dorados! Habríamos vencido para un emperador que gobernara de verdad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Okura, intuyendo que él necesitaba expresar su amargura.

—Vaya —protestó Yasuhira—, durante generaciones el emperador sólo ha sido un títere en manos de los poderosos, entronizado en la infancia y obligado a retirarse cuando era un adulto. Y entretanto, los clanes han irrigado la tierra con sangre luchando para decidir quién nombraría al shogun. —Recobró el aliento y continuó precipitadamente—: El shogun es el jefe militar de Kamakura, el verdadero amo del Imperio. O lo era. Hoy... hoy los Hojo han ganado las guerras entre clanes, y el shogun de ellos es un niño, otro títere que dice lo que sus señores desean que diga. —Se contuvo y pidió disculpas—. Suplico el perdón de Asagao. Debes de estar escandalizada ante mi franqueza. Y sin necesidad, pues por cierto una mujer no puede entender estas cosas.

Okura, que había mantenido los oídos abiertos y la mente alerta el tiempo suficiente para saber todo lo que él había contado, replicó:

—Desde luego, no son para ella. Pero sí entiendo que sientes pesar por lo que hemos perdido. Pobre Mi-yuki, ¿qué será de ti?

—Yo estaba en mejor posición para solicitar lenidad que Masamichi o la mayoría de los demás —continuó con más calma—. Así obtuve autorización para ocupar mi mansión de Heian-kyo por un corto tiempo. Después tendré que marcharme. Iré a una granja del este que me permitirán conservar, más allá de Ise. Los arrendatarios me mantendrán a mí y al resto de mis dependientes.

—¡Pero en la pobreza! Y tan lejos, entre toscos campesinos. Será como haber cruzado el borde del mundo.

Él asintió.

—A menudo caerán todas mis lágrimas. Aun así... —Ella no pudo seguir la cita, pues había tenido pocas oportunidades de practicar el chino hablado, pero dedujo que se trataba de conservar el sosiego en la adversidad—. He oído que se ve la montaña sagrada Fuji. Y podré llevar conmigo algunos libros y mi flauta.

—Entonces no estás destruido del todo. Ésa es una mota brillante en el aire oscuro.

—¿Y qué será de ti? ¿Qué le ha ocurrido a esta casa?

—Ayer vino el barón, que tomará posesión de ella. Un patán con la cara sin empolvar, curtido como un labriego, hirsuto, tosco como un mono, gruñendo en un dialecto tan bárbaro que apenas pude

comprenderlo. En cuanto a los soldados del séquito, no parecen salvajes de Hokkaido. Sí, el conocimiento de lo que dejo atrás tal vez aplaque mi añoranza por Heian-kyo. Nos dio unos días para realizar nuestros preparativos.

Yasuhira titubeó.

—La mía no será existencia adecuada para una dama bien nacida —dijo al fin—. Sin embargo, si no tienes nada más, ven con los míos. Por el resto de nuestros días procuraremos consolarnos mutuamente.

—Te lo agradezco, viejo y querido amigo —murmuró Okura—, pero me aguarda mi propio camino.

Él vació el cuenco de vino.

Ella lo llenó de nuevo.

—¿De veras? Permíteme sentir alegría por ti, no decepción por mí. ¿Quién te acogerá?

—Nadie. Buscaré el templo de Higashiyama, donde a menudo estuve con la ex consorte imperial y el sumo sacerdote me conoce. Iré a tomar mis votos.

No había esperado que él demostrara consternación. Yasuhira casi soltó el cuenco. El vino le salpicó la túnica.

—¿Qué? ¿Hablas de votos plenos? ¿Te transformarás en monja?

—Eso creo.

—¿Te cortarás ese bello pelo, te pondrás vestimentas toscas y negras, vivirás...? ¿Cómo vivirás?

—Ni el bandido más feroz se atreve a hacer daño a una monja; la cabaña más humilde no le niega refugio ni arroz. Me propongo ir en perpetua peregrinación, de altar en altar, para ganar méritos en los años de vida que me resten. —Okura sonrió—. Durante esos años, quizá pueda visitarte en ocasiones. Entonces recordaremos juntos.

Él meneó la cabeza, confundido. Como la mayoría de los cortesanos, nunca había ido lejos, rara vez a más de un día de viaje de Heian-kyo. Y lo había hecho en carruaje, para asistir a ceremonias que para gente como él eran más sociales que religiosas; para contemplar capullos en la campiña primaveral o las hojas de arce en otoño; para admirar el claro de luna en el lago Biwa y componer poemas sobre ello.

—A pie —murmuró—. Caminos que con la lluvia se convierten en lodazales. Montañas, desfiladeros, ríos caudalosos. Hambre, lluvia, nieve, viento, un sol aplastante. Plebeyos ignorantes. Bestias, demonios, fantasmas. No. —Dejó el cuenco, se enderezó, habló con firmeza—. No lo

harás. Sería arduo para un hombre joven. Tú eres una mujer de cierta edad, y perecerás miserablemente. No lo toleraré.

En vez de recordarle que él no tenía autoridad sobre ella, pues su preocupación era conmovedora, Okura preguntó dulcemente.

—¿Te parezco frágil?

Él guardó silencio. La escrutó con los ojos como deseando atravesar las vestiduras y mirar el cuerpo que otrora había poseído. Pero no, pensó ella, eso jamás se le ocurriría. Era un hombre decente a quien repugnaba la desnudez. Siempre habían conservado por lo menos una capa de ropa.

—Es cierto —murmuró al fin Yasuhira—, es perturbador, los años apenas te han tocado. Podrías pasar por una mujer de veinte. ¿Pero cuál es tu edad? Nos conocemos desde hace casi treinta años y debías de tener veinte cuando llegaste a la corte, con lo cual sólo eres un poco más joven que yo. Y mis fuerzas se han debilitado.

Dices la verdad, pensó ella. Poco a poco he visto cómo alejabas un libro de tus ojos o cómo pestañeabas ante palabras que no oías; has perdido la mitad de los dientes; cada vez te asedian más fiebres, toses, escalofríos. ¿Te duelen los huesos cuando te levantas por la mañana? Conozco bien los signos, pues a menudo he visto cómo afectaban a seres amados.

Había sentido el impulso días atrás, cuando supo la mala noticia y comenzó a pensar qué significaba y qué debía hacer. Había intentado combatirlo, pero en vano. ¿Qué mal habría en seguirlo? Podía confiar en este hombre, aunque no sabía si aplacaría su dolor o lo agudizaría.

Decidió ser franca. Al menos le daría algo en qué pensar además de su gran pérdida, en la soledad que le esperaba.

—No tengo la edad que crees, querido —dijo en voz baja—. ¿Deseas conocer la verdad? Te advierto que al principio pensarás que estoy loca.

Él la estudió antes de responder con la misma suavidad:

—Lo dudo. Hay en ti algo más de lo que muestras. Siempre lo he sabido de forma vaga, pero con certeza. Quizá nunca me he atrevido a preguntar.

Entonces eres más sabio de lo que yo creía, pensó Okura. Su decisión se afirmó.

—Salgamos —dijo—. Nadie más debe oír lo que te contaré.

Salieron juntos a la veranda sin ponerse abrigo. Rodearon el pabellón y caminaron por una galería cubierta hasta un quiosco que estaba al borde del estanque. En esa placidez se erguía una piedra alta

como un hombre en cuya rugosa superficie estaba tallado el emblema del clan que había perdido esta morada. Okura se detuvo.

—He aquí un buen sitio para demostrarte que ningún espíritu maligno usa mi lengua para decir falsedades —dijo Okura.

Recitó solemnemente un pasaje escogido del Sutra del Loto.

—Sí, eso es suficiente —dijo Yasuhira con igual gravedad. Pertenecía a la secta Amidist, que sostenía que el Buda mismo protege a la humanidad.

Se quedaron observando objetos de, casta belleza. La neblina cubría el quiosco y dejaba gotas en el pelo, la ropa y las pestañas. El frío y el silencio eran como presencias remotas.

—Tú supones que tengo cincuenta años —dijo Okura—, pero tengo más del doble.

Él contuvo el aliento, la miró fijamente, desvió los ojos, y preguntó con estudiada calma:

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —suspiró Okura—. Sólo sé que nací durante el reinado del emperador Toba, durante el cual el clan Fujiwara gobernaba con tanta energía que mantenía la paz por doquier. Me crié como cualquier niña de buena cuna, salvo que nunca estuve enferma, pero cuando llegué a ser plenamente mujer, todo cambio cesó en mí, y así ha sido desde entonces.

—¿Cuál es tu karma? —susurró Yasuhira.

—Te repito que no lo sé. He estudiado, orado, meditado, practicado austeridades, pero no he alcanzado la iluminación. Al fin decidí que lo más conveniente era continuar esta larga vida como pudiera.

—Eso debe ser... difícil.

—Lo es.

—¿Por qué no te has revelado? —dijo Yasuhira con voz trémula—. Debes de ser una santa, una bodhisattva.

—Sé que no lo soy. Sufro la turbación, la incertidumbre y el tormento del deseo, el miedo, la esperanza, todos los males de la carne. Además, a medida que otros reparaban en mi longevidad, me topé con celos, despecho y espanto. Sin embargo, no he podido renunciar al mundo y retirarme a una vida de sagrada pobreza. No sé qué soy, Mi-yuki, pero no soy santa. Él caviló. La bruma se arremolinaba más allá de la muralla del jardín.

—¿Qué has hecho? —preguntó al fin—. ¿Cómo has pasado los años?

—Cuando tenía catorce años, un hombre de más edad, cuyo nombre ya no importa, fue a buscarme. Como era influyente, mis padres lo alentaron. Yo no le tenía afecto, pero no sabía cómo rehusar. Al fin pasó las tres noches conmigo y luego me hizo esposa secundaria. También me consiguió una posición en la corte de Toba, quien para entonces había abdicado. Le di hijos, y dos de ellos vivieron. Toba murió. Poco después murió mi esposo.

»Para entonces las guerras entre los Taira y los Minamoto habían estallado. Aproveché para abandonar el servicio de la viuda de Toba y, llevando mi herencia, regresé a la familia donde nací. Fue una ayuda que una dama que no está en la corte viva tan apartada. ¡Pero qué existencia tan vacía!

»Al final confié en un amante que tenía, un hombre de cierta riqueza y poder. Me llevó a una finca rural, donde pasé varios años. Entretanto él dio a mi hija en matrimonio en otra parte. Me llevó de regreso a Heian-kyo con el nombre de ella. Las gentes que me recordaban se maravillaban ante la semejanza con la madre. Bajo su patrocinio, volví a servir en una casa real. Poco a poco superé el desprecio que sienten por lo provincianos; pero cuando notaron que yo conservaba la juventud...

«¿Deseas oírlo todo? —dijo en un arrebato de fatiga—. Ésta ha sido mi tercera renovación. Los trucos, los engaños, los hijos que he alumbrado, logrando que de un modo u otro los adoptaran en otra parte, para que no resultara demasiado obvio que ellos envejecían mientras yo no. Eso ha sido lo más doloroso. Me pregunto cuánto más podré resistir.

—Por lo tanto abandonas todo —jadeó él.

—Ya era hora. Vacilé a causa de la lucha, la incertidumbre acerca del destino de mis parientes. Bien, eso ya está decidido. Es casi una liberación.

—Si tomas votos de monja, no podrás regresar aquí como antes.

—No lo deseo. Estoy harta de las mezquinas intrigas y las hueras diversiones. Son menos las estrellas de la medianoche que los bostezos que he ahogado, las horas que he mirado el vacío esperando que algo ocurriera, cualquier cosa. —Le tocó la mano—. Tú me diste una razón para quedarme. Pero ahora tú también debes irte. Además, me pregunto cuánto tiempo más podrán mantener la farsa en Heian-kyo.

—Creo que escoges un camino más difícil del que imaginas.

—No más difícil, creo yo, que la mayoría de los caminos en los tiempos venideros. Es una época cruel. Al menos una monja vagabunda cuenta con el respeto de la gente... y nadie le hace preguntas. Tal vez un día incluso llegue a comprender por qué sufrimos como sufrimos.

—¿Podría yo demostrar tanto valor como el de ella? —le preguntó Yasuhira a la lluvia.

Ella le tocó la mano una vez más.

—Temí que esta historia te angustiara.

Él seguía mirando la bruma plateada.

—Por tu causa, tal vez. No ha cambiado lo que eres para mí. Mientras yo viva, siempre serás mi Gloria de la Mañana. Y ahora me has ayudado a recordar que afortunadamente soy mortal. ¿Rezarás por mí?

—Siempre —prometió ella.

Permanecieron un rato en silencio, luego entraron. Hablaron de cosas gratas y evocaron recuerdos felices, placeres y deleites que habían compartido. Él se achispó un poco. No obstante, cuando se dijeron adiós, lo hicieron con la dignidad propia de un noble y una dama de la corte imperial.

IX
Fantasmas

¿La despertó el humo? Le rozaba las fosas nasales, le raspaba los pulmones. Tosió. Se le partía el cráneo. Las astillas cayeron con estrépito. Se estrellaron como trozos de hielo en un lago bajo la tormenta. Tosió de nuevo, y de nuevo. En medio del ruido y del filoso dolor oyó una crepitación cada vez más fuerte.

Abrió los ojos. El humo los inflamó. Borrosamente vio las llamas. Todo ese lado de la capilla estaba ardiendo. El fuego ya lamía el techo. No podía distinguir los santos pintados, ni los iconos de las paredes —¿habían desaparecido?— pero el altar seguía en pie. Entre las volutas de humo y la penumbra fluctuante, la mole del altar parecía temblar. Tuvo la vaga sensación de que flotaba a la deriva, de que pronto la alcanzaría y la aplastaría o se perdería para siempre en la humareda.

Entre las vaharadas de calor se arrastró a gatas. Por un tiempo no pudo alzar la cabeza. Le dolía demasiado. Luego algo en el límite de su visión la guió en un lento bamboleo. Se incorporó a duras penas y trató de comprender.

La hermana Elena. Tendida de espaldas. Muy quieta, más que el altar, totalmente tiesa. Ojos donde bailaba la luz del luego. La boca abierta, la lengua fuera, seca. Piernas y abdomen asombrosamente blancos contra el suelo de arcilla y el hábito que los dejaba al desnudo. Gotas blancas relumbrando sobre la entrepierna. Brillantes manchas de sangre en los muslos y el vientre.

A Varvara se le revolvió el estómago. Vomitó. Una, dos, tres veces. Las convulsiones le provocaban ondas en la cabeza. Cuando terminó y sólo quedaron el gusto desagradable y la irritación, estaba más alerta. Se preguntó si ésta había sido la violación definitiva o un signo de la gracia de Dios, ocultando el rastro de lo que le habían hecho a Elena.

«Eras mi hermana en Cristo —pensó Varvara—. Tan joven, oh, tan joven. Ojalá yo no te hubiera intimidado tanto. Era dulce oír tu risa. Ojalá a veces hubiéramos estado juntas, sólo nosotras dos, contándonos secretos y riendo antes de ir a orar. Bien, supongo que has ganado el martirio. Ve a tu hogar en el Cielo.»

Las palabras temblaron en medio del dolor las palpitaciones, los mareos. El fuego rugía. El calor se volvía más denso. Bailaban chispas en el humo. Algunas le cayeron en las mangas. Se apagaron, pero debía huir o se quemaría viva.

Por un instante la abrumó la fatiga. ¿Por qué no morir junto a la pequeña Elena? Poner fin a los siglos, ahora que todo lo demás llegaba a su fin. Si respiraba hondo, la agonía sería breve. Luego, la paz.

La broncínea luz del sol atravesó la humareda y el hollín. Había salido a rastras mientras pensaba en la muerte. El asombro le devolvió la compostura. Miró hacia ambos lados. No había nadie cerca. Los edificios, construidos principalmente con madera, ardían a su alrededor. Logró levantarse y alejarse dando tumbos.

Más allá de los edificios, la dominó una cautela animal. Se agazapó junto a una pared y atisbó. El monasterio y el convento estaban cerca de la ciudad, como era habitual. Los religiosos habrían hallado refugio detrás de las defensas. Pero no habían tenido tiempo. Los tártaros llegaron de pronto, interponiendo sus caballos entre ellos y la seguridad. Retrocedieron y rogaron a la Virgen, los santos y los ángeles. Poco después, esos salvajes se les acercaron aullando como perros.

Varvara se dio cuenta de que no había gran diferencia. Pereyaslavl había caído. Sin duda los tártaros la habían asolado antes de ir a la casa de la Virgen. Una monstruosa nube negra se elevaba desde las murallas, tocando el cielo, donde se deshacía en borrones sobre la pureza del atardecer. Abajo crecían las llamas, tiñendo las sombras con un rojo inquieto. Varvara recordó que el Señor se presentaba a los israelitas como una columna de humo durante el día y una columna de fuego durante la noche. ¿Acaso Su voz rugía como la pira que había sido Preyaslavl?

En la campiña ondulante también ardían villorrios y huían sombras. Los tártaros parecían estar reunidos cerca de la ciudad. Grupos de jinetes cabalgaban por los campos hacia el cuerpo principal. Guerreros a pie arreaban a los cautivos, que no eran muchos. Varvara vio que los invasores no constituían un ejército enorme, que no eran la manga de langostas de los rumores, apenas unos centenares. Tampoco llevaban ropa de acero, sino cuero y piel sobre los cuerpos fornidos. A veces se veía un destello, pero debía de ser un arma y no un yelmo. En el carro uno portaba el estandarte, una estaca de cuyo travesaño colgaban... ¿colas de bueyes? Las monturas eran meros ponnis, pardos, hirsutos, de cabeza larga.

Pero esos hombres habían arrasado la tierra como una llamarada, ahuyentando o pisoteando a todos. Aun las habitantes del claustro habían oído, años atrás, que los pechenegs mismos habían huido para suplicar socorro a los rusos. Jinetes que atacaban como un dragón con mil patas asesinas, flechas que volaban como una tormenta de granizo...

Hacia el este, la verde campiña se extendía en una placidez casi ofensiva. La luz inundaba el Trubezh, de modo que el río parecía un

torrente de oro. Bandadas de aves acuáticas volaban hacia las marismas de las costas.

«Allá está mi refugio —pensó Varvara—, mi única esperanza.»

¿Cómo llegar? Su carne era un guiñapo de dolor, astillado de angustia, y los huesos eran como pesas. No obstante, con el fuego a sus espaldas, debía marcharse. La astucia compensaría la torpeza. Podría avanzar un trecho, detenerse, esperar hasta que pareciera seguro seguir adelante. Eso significaba mucho tiempo hasta llegar a su meta, pero el tiempo le sobraba. Claro que si. Ahogó una risa histérica.

Al principio, un huerto del claustro le permitió ocultarse. ¡Cuántas veces esos árboles habían sido rosados y blancos al florecer en primavera, verdes y susurrantes en verano, dulces y crepitantes en otoño, esqueléticamente bellos en el gris invierno, para ella y sus hermanas! Varvara había perdido la cuenta de los años. Recordó a algunas personas, Elena, la astuta Marina, la regordeta y plácida Yuliana, el obispo Simeón, grave detrás de su barba semejante a una mata. Muertos en ese día o años atrás, fantasmas y quizá ella misma estaba muerta, aunque le negaran el reposo, una rusa ika que regresaba a su río.

Más allá del huerto había un prado. Varvara pensó que le convendría aguardar al anochecer entre los árboles. El terror la obligó a seguir. Avanzaba con creciente cautela. Recobró la destreza que había adquirido en la infancia. Antes de que Cristo llegara a los rusos y durante generaciones, las mujeres a menudo recorrían los bosques, libres como los hombres. No el corazón del bosque, un sitio donde no había senderos y merodeaban las fieras y los demonios, sino los lindes, donde llegaba la luz del sol y se podían coger avellanas y bayas.

Ese verdor perdido parecía más cercano que el claustro. No recordaba qué había sucedido cuando el enemigo se acercó al santuario.

Oyó pisadas y se tumbó en la hierba. A pesar de la fatiga, el corazón le martilleaba y sentía un canturreo entre las sienes. Por suerte no se había quedado en la capilla. Varios caballos tártaros cruzaron la arboleda al trote y salieron a la ladera. Varvara vio claramente a uno de los jinetes, la cara ancha y parda, los ojos rasgados, las patillas pobladas. ¿Lo conocía? ¿Él la había conocido en la capilla? Pasaron cerca pero siguieron adelante sin verla.

El pecho se le colmó de gratitud. Sólo después recordó que no había agradecido a Dios ni a los santos sino a Dazhbog del Sol, el Protector. Otro antiguo recuerdo, otro fantasma insistente.

El crepúsculo suavizaba los horizontes cuando llegó a la marisma. Temblores rojizos aún teñían el humo de Pereyaslavl; los villorrios de las inmediaciones debían de ser cenizas y carbón. Las fogatas tártaras

empezaron a titilar en cúmulos ordenados. Eran pequeñas, como sus amos, y sangrientas.

El lodo frío resbalaba por las sandalias de Varvara, entre los dedos de los pies, en los tobillos. Encontró una loma menos fangosa y se tendió en la hierba húmeda y mullida. Hundió los dedos en la hierba y el suelo. ¡Tierra, Madre de Todo, abrázame, no me dejes ir, consuela a tu hija!

Despuntaron las primeras estrellas. Varvara al fin pudo llorar.

Luego se quitó las vestiduras, capa por capa. Una brisa le acarició la desnudez. Apiló la ropa y caminó entre los juntos hasta llegar a un arroyo. Allí se lavó la boca y la garganta, bebió y bebió. Casi no sentía el contacto del agua en los dedos magullados. Se agazapó y se frotó una y otra vez. El río la bañaba, lamía, acariciaba. Se acuclilló y abrió las piernas.

—Límpiame —suplicó.

La luz de las estrellas y la Senda del Cielo se reflejaban en la corriente, lo cual le permitió encontrar el camino de regreso. Se irguió en la loma para dejarse secar por la brisa. Tiritaba, pero no tardó mucho. Le temblaron los labios un momento. El pelo cortado al rape era un legado del claustro, útil esta noche. Cogió la ropa y sintió náuseas. Ahora olía el tufo a transpiración, sangre, tártaro. Le costó gran esfuerzo ponérsela de nuevo. Quizá no habría podido si el olor del humo no hubiera tapado lo demás. Otro legado, otro recuerdo. Debía protegerse del frío de la noche. Aunque nunca había enfermado, quizá estuviera demasiado débil para resistir una fiebre.

Se acostó en la loma y cayó en un sueño ligero poblado por fantasmas.

La despertó el alba. Varvara estornudó, rezongó, tembló. Una fría lucidez la dominó mientras la claridad se alargaba sobre la tierra. Moviéndose con cautela cerca de su escondrijo, notó que tenía las articulaciones menos rígidas, que se aplacaban los dolores. Las heridas aún dolían, pero menos a medida que el día las entibiaba; sabía que sanarían.

No se alejó de los juncos, pero en ocasiones echaba una ojeada. Vio que los tártaros abrevaban los caballos, pero el río disolvía la suciedad antes de que llegara a ella. Cabalgaban de un horizonte al otro. A menudo regresaban con bultos, botín. Cuando las sombras movedizas del campamento se apartaron, logró ver a los cautivos, apiñados y bajo vigilancia. Niños y mujeres jóvenes, supuso, los que valía la pena tomar como esclavos. Los demás yacían muertos en las cenizas.

No recordaba sus últimas horas en el claustro. Un golpe en la cabeza podía haber producido ese efecto. Y no deseaba saber nada.

Bastaba con la imaginación. Cuando irrumpieron los jinetes, las religiosas se debían de haber dispersado. Quizá Varvara había cogido la mano de Elena y la había guiado hasta la capilla de Santa Eudoxia. Era un edificio pequeño, apartado, y no albergaba tesoros. Esperaba que esos demonios lo pasaran por alto. Pero no fue así.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había muerto Elena? Varvara..., bien, esperaba haberse defendido, obligado a tres o cuatro a aferrarla por turnos. Era grande y fuerte, una superviviente habituada a cuidarse. Supuso que al fin, un tártaro, quizá cuando ella lo mordió, le había aplastado la cabeza contra el suelo. Pero Elena... Elena era menuda, frágil, dulce, soñadora. Se habría quedado inerme mientras ese horror continuaba. Tal vez el último hombre, al ver cómo su compañero castigaba a Varvara, había hecho lo mismo con Elena y ella murió. ¿También dieron por muerta a la compañera, se abrocharon los pantalones y se fueron? ¿No les importaba?

Al menos no habían usado cuchillos. Varvara no habría sobrevivido a eso. Aunque su cráneo parecía bastante duro, quizá ni siquiera se hubiera levantado a tiempo para escapar, salvo por la vitalidad que la mantenía inmortal. Tendría que darle gracias a Dios.

—No —jadeó—, primero. Te agradezco por permitir que Elena muriera. Habría quedado deshecha, condenada a días de obsesión y noches de insomnio.

No encontró otra cosa que agradecer.

El río y las horas se deslizaban con un murmullo. Piaban pájaros. Las moscas zumbaban en densos enjambres, atraídas por su ropa pestilente. El hambre empezó a acuciarla. Recordó otra antigua destreza, se tendió de bruces en el lodo de un charco formado por unas matas a la deriva, esperó.

Ya no estaba sola. Los fantasmas se apiñaban. Acariciaban, tironeaban, susurraban, llamaban. Al principio eran horribles. La tomaban contra su voluntad, esposos ebrios y dos canallas que la habían sorprendido en esos años de vagabundeo. Con un tercero había tenido suerte y lo había apuñalado primero.

—Arde en el infierno con esos tártaros —gruñó—. He vivido más que tú. Viviré más que ellos.

Sí, y los recuerdos. En todo caso, vencería a los nuevos fantasmas como había superado a los viejos. Quizá tardara años —tenía años por delante— pero al fin la fortaleza que la había mantenido viva tanto tiempo le permitiría gozar de la vida.

—Buenos hombres, volved a mí. Os echo de menos. Fuimos felices juntos, ¿verdad?

Papá. El abuelo de barbas blancas, a quién podía pedirle cualquier cosa. Su hermano mayor Bogdan, cómo reñían, pero qué apuesto fue después, hasta que una enfermedad le comió las entrañas y lo abatió. Su hermano menor, sí, y sus burlonas hermanas, a quienes tanto quería. Vecinos. Dir; quien la besaba tímidamente en un prado de tréboles donde zumbaban las abejas; ella tenía doce años y el mundo se tambaleaba. Vladimir, el primero de sus esposos, un hombre fuerte hasta que la edad lo debilitó, pero siempre tierno con ella. Esposos posteriores, los que le habían gustado. Amigos que la habían defendido, sacerdotes que la habían consolado cuando la dominaba la pena. Recordaba bien al feo y pequeño Gleb Ilyev, el primero que la ayudó a escapar cuando su hogar se transformó en una trampa. Y sus hijos, sus nietos y bisnietos, arrebatados por el tiempo. Cada fantasma tenía una cara que cambiaba, envejecía y al fin era la máscara de la muerte.

No, no todos. Algunos habían sido muy fugaces. Recordaba con extraña nitidez a ese mercader extranjero. ¿Cadoc? Sí, Cadoc. Le alegraba no haber visto cómo se derrumbaba... ¿Cuándo? Doscientos años, desde esa noche en Kiyiv. Aunque quizá hubiera muerto pronto, en la flor de la juventud.

Otros eran borrosos. No sabía si algunos eran reales o meros jirones de sueños que se pegaban a la memoria.

Una rana chapoteó entre los juncos, cerca de la arboleda. Se acomodó, gorda, blanca y verde, para cazar moscas. Varvara se quedó inmóvil. Notó que la rana miraba hacia otra parte. Estiró la mano.

La fría y resbalosa rana se resistió hasta que Varvara le golpeó la cabeza. La descuartizó, la mordisqueó arrancando la carne de los huesos, los arrojó al río mascullando las gracias. Flotaban patos en la corriente. Varvara podía quitarse la ropa, zambullirse y nadar bajo el agua hasta coger una de las patas. Pero quizá los tártaros la vieran. En cambio, cogió unos juncos con raíces comestibles. Si, aún sabía sobrevivir en el bosque. Nunca había perdido esa habilidad.

De lo contrario... Suponía que una creciente angustia, la sensación de estar perdiendo el alma, la había conducido hasta el santuario. No, no sólo eso. Demasiados adioses. En la casa de Dios el refugio sería más perdurable.

Sin duda había paz alrededor; aunque no siempre en su interior. Los apetitos de la carne se negaban a morir, entre ellos el deseo de sentir una pequeña tibieza en los brazos, una boquita de amamantar. Contenía esas ansias, pero a veces le despertaban el deseo de burlarse de la Fe,

recuerdos de viejos dioses vernáculos, ansias de ver allende los muros y viajar a otros horizontes. Y también pecados menores, furia contra las hermanas, impaciencia con los sacerdotes y las monótonas tareas. No obstante, había paz. Entre las faenas, los enfados y la desconcertada búsqueda de santidad hubo horas en las que pudo, año a año, reconstruirse. Descubrió cómo ordenar los recuerdos, tenerlos disponibles en vez de permitir que se esfumaran o que la abrumaran con su variedad. Domó a sus fantasmas.

El viento agitó los juncos. Ella tembló también. ¿Y si había fracasado? Si no estaba sola en el mundo, ¿era el destino común de su especie errar sin saberlo y perecer sin ayuda?

¿O ella era la única que sufría esa bendición o maldición? Por cierto, el claustro no tenía registros de tales seres, desde que Matusalén había vivido en la alborada del mundo. Tampoco ella había contado nada a nadie, al principio. La cautela de siglos se lo impedía. Se había presentado como una viuda que tomaba los hábitos porque la iglesia exhortaba a las viudas a hacerlo.

Por cierto, cuando transcurrieron las décadas y sus carnes conservaban la juventud...

Estallaron ruidos en la marisma, gritos, relinchos, tamborileos. Se agazapó para mirar. Los tártaros habían juntado el botín y ordenaban la tropa. Se marchaban. No vio cautivos, pero supuso que iban sujetos a caballos de carga junto con los demás bártulos. Un humo claro aún flotaba sobre las murallas rotas y chamuscadas de Pereyaslavl.

Los tártaros enfilaron hacia el nordeste, alejándose del Trubezh, rumbo al Dnieper y Kiyiv. La gran ciudad estaba a un día de marcha en esa dirección, menos de un día yendo a caballo.

Oh Cristo, ten piedad. ¿Tomarían Kiyiv?

No, eran pocos.

Pero otros debían de estar asolando otras comarcas de la tierra rusa.

El rey demonio debía de tener un plan. Podían juntarse, afilar las espadas melladas por la matanza y continuar como una horda conquistadora.

«En la casa de Dios busqué la eternidad —pensó Varvara—. Acabo de ver que eso también tiene un final.

¿También yo?

Sí, puedo morir, aunque sólo sea mediante el acero, el fuego, el hambre o la inundación; por lo tanto algún día moriré. Para aquellos entre

quienes fui inmortal, aquellos que viven, ya soy un fantasma, o menos que un fantasma.»

Primero las monjas, luego los monjes y los seglares, y al fin los laicos, empezaron a maravillarse ante la hermana Varvara. Al cabo de cincuenta años, los labriegos la buscaban para pedir alivio a sus penurias y los peregrinos llegaban desde sitios lejanos. Como ella había temido desde el principio, no tuvo más remedio que contar al confesor la verdad sobre su pasado. Con el renuente permiso de Varvara, él le contó al obispo Simeón. Éste planeaba informar al metropolitano. Si la hermana Varvara del claustro de la Virgen no era una santa —y ella declaraba que no lo era—, se trataba de un milagro.

¿Cómo conviviría ella con eso?

Pero ya no tendría que hacerlo. El obispo, los sacerdotes y los creyentes habían muerto o huido. Los anales del claustro estaban quemados.

En otras partes todo estaba igualmente destruido, o lo estaría pronto, o estaba condenado a ajarse en el olvido ahora que la gente tenía tantas muertes en que pensar. Algunos la recordarían, pero rara vez tendrían la oportunidad de mencionarla y el recuerdo moriría con ellos.

¿Los tártaros habían venido como una negación de Dios. Su decisión de que ella era indigna, o para liberarla de un peso que ningún hijo de Adán debería soportar? ¿O acaso ella, ultrajada y desgarrada, sólo se creía importante porque estaba llena de orgullo mundano?

Se aferró a la loma. La tierra y el sol, la luna y las estrellas, el viento y la lluvia y el amor humano: entendía a los antiguos dioses mejor que a Cristo. Pero el hombre los había abandonado, y sólo los recordaba en danzas y fiestas, en historias que se contaban junto al fuego; eran fantasmas.

Pero el rayo, el trueno y la venganza recorrían siempre los cielos de Rusia, pertenecieran a Perun o a san Yuri el matador de dragones. Varvara extrajo fuerzas del suelo, como un bebé de la leche materna.

Cuando los tártaros se perdieron de vista, se puso de pie, sacudió el puño y gritó:

—¡Permaneceremos! ¡Duraremos más que vosotros, y al final os aplastaremos para recobrar lo que es nuestro!

Más calmada, se quitó la ropa, la lavó en el río, la tendió a secar en una ladera.

Se limpió de nuevo y buscó más comida. A la mañana siguiente registró las ruinas.

Cenizas, madera chamuscada, restos de ladrillo y piedra yacían en silencio bajo el cielo. Quedaban en pie un par de iglesias manchadas de hollín. Dentro había cadáveres por doquier. Fuera, los muertos eran muchos más, y estaban en peores condiciones. Las aves carroñeras reñían y echaban a volar con una salva de aleteos y graznidos cuando Varvara se acercaba. No podía hacer nada, salvo ofrecer una plegaria.

Encontró ropa, zapatos, un cuchillo intacto y otros utensilios. Tomándolos, sonrió y susurró «Gracias» al fantasma del dueño. El viaje sería arduo y peligroso. No pensaba detenerse hasta encontrar el nuevo hogar que deseaba, fuera donde fuese.

En el alba, antes de partir; le dijo al cielo:

—Recuerda mi nombre. Ya no soy Varvara. De nuevo soy Svoboda. Libertad.

X
En las colinas

1

Una aldea se acurrucaba allí donde las montañas iniciaban su largo ascenso hacia el Tibet. En tres lados el valle se erguía abruptamente, cerrando los altos horizontes. Un arroyo del oeste se despeñaba por altos bosques de cipreses y robles enanos, centelleaba formando una cascada, gorgoteaba entre las casas y se perdía en los bambúes y los terrenos escabrosos del este. La gente cultivaba trigo, soja, hortalizas, melones, algunos árboles frutales en el suelo del valle y en pequeñas terrazas. Tenía cerdos, pollos y un estanque con peces. La veintena de casas de arcilla con techo de hierbas y sus habitantes habían estado allí tanto tiempo que el sol, la lluvia, la nieve el viento y el tiempo los habían fundido con el paisaje, y formaban parte de él como el pavo real, el panda o las flores silvestres en primavera.

Hacia el este se abría una vista de irregularidades boscosas, verdes y pardas. A izquierda y derecha picos nevados flotaban en el cielo. Una carretera serpenteante, apenas una huella, terminaba en la aldea. El tráfico era escaso. Varias veces por año, los hombres emprendían un viaje de días hasta el mercado de una pequeña ciudad y regresaban. Allí pagaban los impuestos en especie. El gobernador rara vez les enviaba un agente. Cuando lo hacía, el inspector se quedaba una sola noche, preguntaba a los ancianos cómo andaban las cosas, recibía respuestas rituales y se marchaba deprisa. El lugar tenía una reputación inquietante.

Eso era para los forasteros convencionales. Para otros era sagrado. Dado este aura de extrañeza, y el aislamiento, la guerra y los bandidos no habían tocado la aldea. Seguía sus propias costumbres, soportando sólo las penas y calamidades comunes de la vida. En ocasiones, un peregrino superaba los obstáculos —distancia, penurias, peligro— para visitarla. En el curso de las generaciones, algunos de ellos se habían quedado. La aldea los acogía en su paz. Así eran las cosas. Así habían sido siempre. Sólo el mito y el Maestro conocían los comienzos.

Hubo gran alboroto, pues, cuando un pastorcillo fue corriendo a avisar que se acercaba un viajero.

—Deberías avergonzarte de haber descuidado tu buey —le reprochó el abuelo, pero con dulzura. El niño explicó que primero había amarrado la bestia; y, a fin de cuentas, ningún tigre se había acercado. El abuelo lo perdonó. Entretanto la gente corría y gritaba. Pronto un discípulo hizo

sonar el gong del altar. Una voz metálica vibró, reverberó en Tas laderas, se mezcló con el susurro de la cascada y el murmullo del viento.

El otoño llega temprano a las colinas altas. Los bosques estaban moteados de marrón y amarillo, la hierba se estaba secando, las hojas caídas crujían cerca de los charcos dejados por la lluvia de la noche anterior. Arriba se arqueaba un cielo inexpresablemente azul, surcado por pájaros. Los gritos de las aves flotaban en el aire de la ladera. El humo de los hogares era más denso.

Cuando el anunciado viajero recorrió el último tramo del camino, los aldeanos reunidos vieron con asombro que era una mujer. La raída bata de tosco algodón estaba desteñida y gris. Las botas estaban igualmente ajadas, y el uso había gastado el cayado que le colgaba de la mano derecha. Del hombro izquierdo le colgaba una manta enrollada, igualmente andrajosa, que sostenía un cuenco de madera y un par de enseres más.

Pero no era una anciana. El cuerpo era recto y delgado, el andar firme y ágil. La bufanda ondeante dejaba al descubierto un pelo semejante al ala de un cuervo, cortado a la altura de las orejas; y el rostro curtido y enjuto no tenía arrugas. Nunca había aparecido semejante rostro en esa región. Ni siquiera parecía de la misma raza que los habitantes de las tierras bajas del país.

El anciano Tsong se adelantó. A falta de mejor ocurrencia, la saludó de acuerdo con el antiguo rito, a pesar de que todos los recién llegados hasta el momento habían sido varones.

—En nombre del Maestro y del pueblo, os doy la bienvenida a nuestra Aldea del Rocío de la Mañana. Que siga *en paz* la senda de Tao y que los dioses y espíritus os acompañen. Que la hora de vuestra llegada sea afortunada. Entrad como huésped, partid como amigo.

—Esta humilde persona os lo agradece, honorable señor —respondió ella. El acento era extraño, pero eso no era sorprendente—.Vengo en busca de... iluminación. —Dijo la palabra con temblor. Debía de sentir una gran esperanza.

Tsong se volvió hacia el altar y la casa del Maestro y se inclinó. —Aquí está el hogar del Camino —dijo. Algunos sonrieron con satisfacción. Era su hogar.

—¿Podemos saber tu nombre, para comunicarlo al Maestro? —preguntó Tsong.

—Me llamo Li, honorable señor —le respondió ella tras un titubeo.

Tsong cabeceó. El viento le agitó la barba blanca.

—Si has escogido ése, probablemente has escogido bien. —En la pronunciación de la forastera, la palabra podía aludir a la medida de distancia. Ignorando los susurros, los murmullos y los cuchicheos, se abstuvo de preguntar más—. Ven. Tomarás un refrigerio y te alojarás conmigo.

—Vuestro... líder...

—A su debido tiempo, jovencita, a su debido tiempo. Ven, por favor.

Los rasgos de Li adoptaron una expresión insondable, algo entre la resignación y una determinación sin edad.

—De nuevo, mis humildes gracias —dijo Li, y lo acompañó.

Los aldeanos la dejaron pasar. Algunos le manifestaron sus buenos augurios. Al margen de la natural curiosidad, todos eran tan semejantes en su discreción —aun los niños— como en la ropa acolchada y las manos curtidas. También eran similares los rostros, anchos y de nariz chata, los cuerpos robustos. Cuando desaparecieron Tsong, su familia y Li, los aldeanos charlaron un rato y luego regresaron a las fogatas, molinos, telares, herramientas y animales que los mantenían vivos como habían mantenido a sus antepasados desde tiempo inmemorial.

El hijo mayor de Tsong, con esposa e hijos, vivía con el anciano. Permanecían en el fondo, salvo para servir té y comida. La casa era más amplia que la mayoría, cuatro habitaciones dentro de paredes de tierra apisonada, oscuras pero acogedoramente tibias.

Aunque las casas tenían un mobiliario tosco y pobre, nadie pasaba necesidades, sino que reinaban la satisfacción y la jovialidad. Tsong y Li se sentaron en esteras ante una mesa baja y disfrutaron de un caldo condimentado con granos de pimienta roja, fragantes entre los sabores de otros alimentos colgados bajo el techo.

—Te lavarás y descansarás antes que nos reunamos con los demás ancianos —prometió.

La cuchara de Li tembló.

—Por favor —espetó—, ¿cuándo puedo ver al Maestro? He realizado un largo y fatigoso viaje.

Tsong frunció el ceño.

—Entiendo tu ansiedad. Pero no sabemos nada de ti, amiga Li.

Ella bajó las pestañas.

—Perdóname. Creo que lo que debo decir es sólo para los oídos del Maestro. Y suplico que desee verme pronto. ¡Pronto!

—No debemos precipitarnos. Eso sería irreverente, y quizás infortunado. ¿Qué sabes de él?

—Sólo rumores, lo confieso. La historia..., no, diferentes historias en los diferentes sitios que recorrí. Al principio parecían leyendas. Un hombre santo en el oeste, tan santo que la muerte no se atreve a tocarlo... Sólo cuando llegué más cerca alguien me dijo que aquí es donde habita. Pocos se atrevían a decir tanto. Parecían temerosos de hablar, aunque... nunca he oído decir nada malo de él.

—No hay nada malo que decir —dijo Tsong, aplacado por el fervor de la joven—. Debes de tener una gran alma para haberte aventurado en este peregrinaje. Una mujer joven, sola. Sin duda tus estrellas son fuertes, pues no has sufrido ningún daño. Es un buen presagio.

Con la vista débil, y en la luz del atardecer, no atinó a ver el estremecimiento de ella. —No obstante, nuestro brujo debe leer los huesos —continuó reflexivamente—, y debemos hacer ofrendas a los antepasados y espíritus, sí, celebrar una purificación. Pues tú eres mujer.

—¿Qué puede temer el hombre santo, si el tiempo mismo le obedece? —exclamó ella.

El tono del anciano la serenó.

—Supongo que nada. Y por cierto nos protegerá a nosotros, su amado pueblo, como siempre lo hizo. ¿Qué deseas saber sobre él?

—Todo, todo —susurró Li.

Tsong sonrió. Sus pocos dientes relucieron en la escasa luz que se filtraba por una ventana diminuta.
.

—Eso llevaría años —dijo—. Hace siglos que está con nosotros, o más.

—¿Cuándo llegó? —preguntó, de nuevo en tensión.

Tsong bebió un sorbo de té.

—Quién sabe. Tiene libros, sabe leer y escribir, pero el resto de nosotros no sabemos. Contamos los meses, pero no los años. ¿Para qué? Bajo su égida bondadosa, las vidas son semejantes, tan dichosas como pueden permitirlo los astros y los espíritus. El mundo exterior jamás nos molesta. Las guerras, el hambre y las pestes son sólo rumores en la ciudad, que también oye poco. No sé decirte quién reina en Nanking en esos días, ni me importa.

—Los Ming echaron a los extranjeros Yuan hace unos doscientos años, y la sede imperial es Pekín.

—Conque eres culta —rió el viejo—. Sí, nuestros antepasados oyeron hablar de invasores procedentes del norte, y sabemos que ahora se han ido. Sin embargo, los tibetanos están mucho más cerca, y hace generaciones que no atacan esta comarca, y menos esta aldea. Gracias al Maestro.

—¿Es, pues, vuestro rey?

—No, no. —El viejo meneó la cabeza calva—. Gobernarnos estaría por debajo de su dignidad. Da consejos a los ancianos cuando los pedimos, y desde luego obedecemos. Nos instruye, durante la infancia y el resto de nuestra vida, en el Camino; y desde luego lo seguimos gustosamente, tanto como podemos. Cuando alguien se aparta de él, los castigos que ordena son moderados, aunque suficientes, pues una verdadera fechoría significa la expulsión, el exilio, el desarraigo de por vida y por siempre jamás. —Le recorrió un temblor antes de que pudiese continuar—: Recibe a los peregrinos. Entre ellos, y entre nuestros jóvenes, acepta algunos discípulos cada vez. Ellos sirven a sus necesidades mundanas, escuchan su sabiduría, procuran alcanzar una parte de su santidad. Aunque eso no les impide formar luego sus propios hogares; y a menudo el Maestro honra a una familia, cualquier familia de la aldea, con su presencia o su sangre.

—¿Su sangre?

Li se sonrojó cuando Tsong respondió:

—Tienes mucho que aprender, jovencita. El Yang masculino y el Yin femenino deben unirse para alcanzar la salud del cuerpo, el alma y el mundo. Yo mismo soy nieto del Maestro. Dos hijas mías le han dado hijos. Una ya estaba casada, pero su esposo se abstuvo de tocarla hasta que estuvieron seguros de que sería un hijo de Tu Shan quien bendeciría su hogar. La segunda, que es coja, de pronto necesitó sólo un cobertor como dote. Así es el Camino.

—Entiendo. —Él apenas pudo oírla. Li había palidecido.

—Si no puedes aceptarlo —dijo él—, aun así podrás conocerlo y recibir su bendición antes de partir. Él no obliga a nadie.

Ella cogió la cuchara como si el mango fuera un poste al cual pudiera aferrarse para no echar a volar.

—No, sin duda haré su voluntad—musitó—. He recorrido muchos li para encontrarlo, en todos estos años.

2

Podría haber sido un labriego de la aldea —aunque por cierto, todos tenían un lazo de parentesco con él, cercano o lejano—, con el mismo cuerpo macizo, la chaqueta y, los pantalones gruesos, la misma tierra y los mismos callos en los pies que llevaba descalzos dentro de la casa. Tenía una barba fina, negra y juvenil, y el pelo recogido en un rodete. La casa donde vivía con sus discípulos era tan grande como las demás, pero no más grande, y también era de tierra con suelo de arcilla. La habitación adonde la condujo uno de los jóvenes antes de marcharse con una reverencia no estaba mejor amueblada que las demás. Había un lecho, de suficiente anchura para él y la mujer que lo atendiera; esteras de paja, taburetes, una mesa; un rollo caligráfico, con manchas pardas y excrementos de moscas, en la pared, sobre un altar de piedra; un baúl de madera para ropa, uno de bronce que sin duda contenía libros; algunos cuencos, tazas* paños y otros enseres domésticos. La ventana estaba cerrada, pues soplaba un viento fuerte. La única lámpara apenas alumbraba la penumbra. Al entrar desde fuera, Li notó ante todo el olor. No era desagradable, pero era denso, una mezcla de humo viejo y grasa, estiércol pegado a los zapatos, humanidad, siglos.

Desde su asiento, él alzó la mano para saludarla.

—Bienvenida —dijo en el dialecto montañés—. Que los espíritus te guíen a lo largo del Camino. —Tenía una mirada muy astuta—. ¿Deseas hacer una ofrenda?

Ella se inclinó.

—Soy una pobre vagabunda, Maestro.

—Eso me han dicho. —Sonrió—. No temas. La mayoría de los que vienen aquí piensan que los obsequios les ganarán el favor de los dioses. Bien, si les ayuda a elevar el alma, tienen razón. Pero el alma que busca es en sí misma el único sacrificio válido. Siéntate, Li, y conozcámonos.

Tal como le habían indicado los ancianos, Li se arrodilló en la estera. El Maestro la escudriñó.

—Haces eso de modo diferente a otras mujeres —murmuró—. Y también hablas de otro modo.

—Soy nueva en esta región, Maestro.

—Quiero decir que no hablas como un habitante de las tierras bajas que ha aprendido el dialecto de las tierras altas.

—Creía que había aprendido bien más de una lengua china, mientras estuve en el Reino Medio —dijo Li.

—Yo también he viajado mucho. —El Maestro adoptó el dialecto de Shansi o Honan, aunque no era similar a lo que ella recordaba de las ricas y populosas provincias del noreste y lo usaba con torpeza—. ¿Estarás más cómoda si usamos esta lengua?

—La aprendí primero, Maestro.

—Hace tiempo que yo no... Pero ¿de dónde eres?

Ella alzó la cara. El corazón le latía con fuerza. Con esfuerzo, como frenando un caballo desbocado, mantuvo la voz serena.

—Maestro, nací allende el mar, en el país de Nipón. Él abrió los ojos.

—Has viajado mucho en busca de tu propia salvación.

—Mucho y mucho tiempo, Maestro. —Ella inhaló. Se le había secado la boca—. Nací hace cuatrocientos años.

—¿ Qué ? —El Maestro se incorporó de un brinco.

Ella también se levantó.

—Es verdad, es verdad —dijo con desesperación—. ¿Cómo me atrevería a mentirte? La iluminación que busco, que he buscado, oh, era hallar a alguien como yo, que nunca envejeciera...

Ya no pudo contener las lágrimas. Él la rodeó con los brazos. Ella se acurrucó y notó que él también temblaba.

Al cabo se separaron y se miraron. Fuera restallaba el viento.

Una extraña calma la había invadido. Pestañeó para secar las lágrimas.

—Desde luego solamente cuentas con mi palabra —dijo—. Aprendí muy pronto a pasar inadvertida, para que no me recordaran.

—Te creo —le respondió él con voz ronca—. Tu presencia, siendo extranjera y mujer, también habla en tu favor. Y supongo que tengo miedo de no creerte.

Ella fió entre dientes.

—Tendrás mucho tiempo para cerciorarte.

—Tiempo—murmuró él—. Cientos, miles de años. Y eres una mujer.

Viejos temores despertaban. Li agitó las manos. Se obligó á permanecer donde estaba.

—Soy monja. Juré lealtad a Amida Butsu..., el Buda.

Él asintió al mismo tiempo que dominaba la tensión de sus músculos.

—¿De qué otro modo podías viajar con libertad?

—No siempre estuve a salvo —exclamó ella—. Fui ultrajada en tierras salvajes de este reino. Y no siempre fui leal. A veces acepté refugio cuando un hombre lo ofrecía, y permanecí con él hasta que murió.

—Seré amable —prometió él.

—Lo sé. Pregunté a algunas mujeres de aquí... Pero ¿qué hay de esos votos? Antes creía que no tenía otra opción, pero ahora...

Él soltó una fuerte risotada.

—¡Ja! Te libero de ellos.

—¿Puedes?

—Soy el Maestro, ¿verdad? La gente no debería rezarme, pero sé que lo hace, más que a sus dioses. Nada malo ha derivado de ello. En cambio, hemos tenido paz, una generación tras otra.

—¿Tú lo previste así?

Él se encogió de hombros.

—No. Yo tengo... unos mil quinientos años. No recuerdo cuándo llegué aquí.

El pasado se adueñó del Maestro, quien miró el vacío y habló en voz baja y apresurada.

—Los años se confunden, se convierten en uno, los muertos son tan reales como los vivos y los vivos tan irreales como los muertos. Durante un tiempo, hace mucho, perdí la razón, anduve como un sonámbulo. Algunos monjes me acogieron y despacio, no sé cómo, logré pensar de nuevo. Ah, veo que algo parecido te ocurrió también. Bien, a menudo aún me cuesta tener claridad en mis recuerdos, y olvido muchas cosas.

» Había descubierto, como tú, que lo más seguro era ser un religioso errabundo. Sólo me proponía quedarme aquí unos años, después de que me recibieron. Pero el tiempo continuó, éste era un refugio acogedor y los enemigos temían venir, una vez que se corrieron rumores sobre mí. ¿Y qué sitio mejor había? He tratado de no causar daño a mi gente. Creo que les hago bien.

Se sacudió, avanzó un paso, le cogió ambas manos. Las de él eran grandes y fuertes, pero menos ásperas que las de otros hombres. Li había oído decir que vivía de los aldeanos, y a lo sumo se distraía ejerciendo su antiguo oficio de herrero.

—Pero ¿quién eres tú, Li? ¿Qué eres?

Ella suspiró con repentina fatiga.

—He tenido muchos nombres, Okura, Asagao, Yukiko... Los nombres no importaban entre nosotros, cambiaban cuando cambiábamos de posición, y usábamos un apodo diferente para cada amigo. Fui una dama de la corte que se transformó en una sombra. Cuando ya no pude fingir que era mortal, y temí proclamar quién era, me convertí en monja y avancé mendigando de altar en altar, de sitio en sitio.

—Para mí fue más fácil —admitió él—, pero también yo descubrí que era más conveniente continuar la marcha, y mantenerme alejado de todos los poderosos que me pidieran quedarme. Hasta que hallé este refugio. ¿Cómo abandonaste... Nipón? ¿Así llamas a esa tierra?

—Esperaba hallar a alguien como yo, un fin para la soledad, la falta de sentido. Pues había tratado de encontrar sentido en el Buda, y nunca recibí la iluminación. Bien, nos llegaron noticias de que habían expulsado a los mongoles, los que habían conquistado China y trataban de invadirnos cuando el Viento Divino hundió sus barcos. Los chinos navegaban a todas partes, incluso a nuestras tierras. Este país es nuestra patria espiritual, la madre de la civilización. —Notó que él se asombraba, y recordó que era de baja cuna y había vivido retirado desde antes que ella naciera—. Sabíamos acerca de muchos sitios sagrados de China. Pensé también que allí, si los había en alguna parte, habría otros... inmortales. Así que

saqué pasaje de peregrina, el capitán ganó méritos al llevarme, y desembarqué en estas costas... sin saber cuan vasto es el País.

—¿Nunca has deseado ir a tu hogar?

—¿Qué significa hogar? Además, los chinos han dejado de navegar. Han destruido sus grandes naves. Está prohibido abandonar el Imperio, so pena de muerte. ¿No lo has oído?

—Aquí estamos libres de los grandes señores. Bienvenida, bienvenida —dijo con voz más profunda y enérgica. Le soltó las manos y una vez más le rodeó la cintura, aunque ahora con firmeza, y con la respiración algo entrecortada—. Me has encontrado. ¡Estamos juntos, esposa mía! Esperé, esperé, rogué, ofrendé, obré hechizos, hasta que al fin abandoné toda esperanza. ¡Y ahora has llegado tú, Li!

Intentó besarla. Ella apartó la boca, protestó. Era demasiado apresurado, e indecoroso. Él no le prestó atención. No era un ataque, pero era abrumador. Sucumbió como podría haberlo hecho a una tormenta o a un sueño. Mientras él la poseía, trató de ordenar sus pensamientos. Después, él actuó con somnolencia y ternura durante un rato, para dar paso luego a una desenfrenada alegría.

3

El invierno llegó con neviscas enceguecedoras que se abatían sobre las casas y se colaban por cada fisura de las puertas y postigos. La calma que siguió era tan fría que el silencio parecía vibrar, con un sinfín de estrellas sobre una dureza blanca que reflejaba su resplandor. La gente sólo salía a la intemperie cuando era necesario para cuidar el ganado y obtener combustible. En casa se acuclillaban sobre pequeñas fogatas o pasaban el tiempo durmiendo bajo pieles de oveja.

Li sintió náuseas. Siempre las sentía por la mañana durante la primera etapa de una preñez. No le sorprendió haber concebido, pues Tu Shan dormía a menudo con ella. Tampoco lo lamentaba. Él era bien intencionado, y poco a poco sin hacerlo de forma evidente, ella le fue enseñando qué le agradaba, hasta que también ella pudo echar a volar de placer y luego descansar con dichosa fatiga en la tibieza y el aroma de Tu Shan. Y este niño que habían concebido juntos quizá también fuera inmortal.

Aun así, ella deseaba poder alegrarse tanto como él. En sus mejores días estaba libre de malos presentimientos. Tan sólo deseaba alguna actividad. Al menos en Heian-kyo había color, música, la ronda de las ceremonias, las insidiosas pero excitantes intrigas. Al menos, en el camino había tierras cambiantes, las personas distintas, incertidumbres, pequeñas victorias sobre los problemas, los peligros y la desesperación. Aquí podía, si lo deseaba, tejer las mismas telas, cocinar los mismos platos, barrer los mismos suelos, vaciar los mismos cubos de basura —aunque los discípulos deseaban hacer las tareas serviles— e intercambiar las mismas palabras con mujeres que sólo pensaban en las hortalizas del año próximo.

Los hombres tenían otros intereses, pero no demasiados. Sin embargo, se sentían incómodos con ella. Sabían que era la escogida del Maestro y le otorgaban respeto, con cierta torpeza. También sabían que era una mujer; y pronto la consideraron algo sagrado pero que formaba parte de lo cotidiano, como Tu Shan; y las mujeres no participaban en las reuniones de los hombres.

Li supuso que no perdía demasiado.

Un día de ese invierno se destacaba en el recuerdo, una isla en medio de un abismo que devoraba el resto. La puerta se abrió dejando entrar deslumbrantes y azuladas ráfagas de nieve. Una oleada de frío sopló por la abertura. La mole de Tu Shan bloqueó la luz. Entró y cerró la puerta. La penumbra se impuso de nuevo.

—¡Hoo! —relinchó, sacudiéndose la nieve de las botas—. Hace frío de sobras para congelar el fuego y el yunque.

Le había oído decir eso un centenar de veces, y otras pocas expresiones favoritas. Li lo miró desde la estera donde estaba arrodillada. Manchas brillantes bailaban ante ella. Se debían al reflejo en el cofre de bronce, que los discípulos mantenían bruñido. Lo había mirado un par de horas mientras estaba sumida en el sueño ligero que era su refugio en esos meses vacíos.

Tuvo una gran idea, tan repentina que contuvo el aliento. De pronto se preguntó por qué no lo había pensado antes, y dio por sentado que esta nueva vida le había impedido pensar en otra cosa hasta que comenzó el tedio.

—Herradura —dijo, llamándolo por el apodo que le había puesto—, nunca he mirado dentro de esa caja.

El abrió la boca, callando lo que iba a decir. Luego respondió despacio.

—Bien, son los libros. Y rollos, sí, rollos. Las escrituras sagradas.

Ella sintió ansiedad.

—¿ Puedo verlos ?

—No son para... ojos comunes.

Ella se levantó.

—Yo también soy inmortal —replicó—. ¿Lo has olvidado? —Oh, no, no. —Agitó las manos—. Pero eres mujer. No sabes leerlas.

La mente de Li retrocedió varios siglos. Las damas de la corte de Heian-kyo dominaban la lengua vernácula, pero rara vez utilizaban el chino. Ésa era la lengua clásica, que sólo los hombres debían comprender. Aun así se las había ingeniado para estudiar la escritura, y a veces en China había tenido la oportunidad, cuando reposaba en un lugar tranquilo, de refrescar ese conocimiento. Más aún, esos textos debían de ser budistas; esa fe se había mezclado aquí con el taoísmo y el animismo primitivo. Reconocería ciertos pasajes.

—Sé —dijo.

Él la miró boquiabierto.

—¿De verdad? —Meneó la cabeza—. Bien, los . dioses te han escogido... Sí, míralas si lo deseas. Pero hazlo con cuidado. Son muy viejas.

Con alegría, ella fue hasta el cofre y lo abrió. Al principio sólo vio sombras. Trajo la lámpara. Una luz tenue alumbró el interior.

En el cofre había podredumbre, moho y hongos.

Gimió. Apenas pudo evitar que el sebo caliente se derramara en esa corrupción. Con la mano libre tanteó, cogió algo, alzó un jirón gris.

Tu Shan se agachó.

—Bueno, bueno —murmuró—. Debe de haber entrado algo. Qué pena.

Ella soltó el jirón, dejó la lámpara, se levantó para mirarle a los ojos.

—¿Cuándo abriste la caja por última vez? —jadeó.

—No sé —apartó la vista—. No tenía razones para hacerlo.

—¿Nunca lees los textos sagrados? ¿Te los sabes de memoria?

—Eran obsequios de los peregrinos. ¿Qué significan para mí? —Recobró la compostura—. No necesito escritos. Soy el Maestro. Es suficiente.

—No sabes leer ni escribir —dijo ella.

—Ellos creen que sé y... ¿A quién perjudico? Dime a quién perjudico. Deja de fastidiarme. Ve. Ve a los otros cuartos. Déjame en paz.

Li sintió piedad. A fin de cuentas era muy vulnerable: un hombre simple, un hombre común a quien el karma o los dioses o los demonios o la ciega suerte habían vuelto inmortal sin razón manifiesta. Había sobrevivido con su astucia campesina. Había aprendido las frases altisonantes que diría un santo. Y no había abusado de su posición en la aldea; era una figura divina que exigía poco y daba mucho: seguridad, protección, integridad. Pero el inmutable ciclo de las estaciones le había ofuscado el entendimiento y le había drenado el coraje.

—Lo lamento —dijo, cogiéndole la mano—. No quise hacerte un reproche. No se lo contaré a nadie, puedes estar completamente seguro. Limpiaré esto y a partir de ahora cuidaré de estas cosas. Por ti..., por nosotros.

—Gracias —respondió él un tanto incómodo—. Aun así, quería decirte que tendrás que quedarte en la habitación del fondo hasta el anochecer.

—Una mujer viene a verte —dijo ella con voz apagada.

—A ellos les gusta —dijo él con voz más estentórea—. Así ha sido desde... desde el comienzo. ¿Qué otra posibilidad tenía yo? No puedo privarlos de pronto de mi bendición, ¿verdad?

—Y ella es joven y bonita.

—Bien, cuando no lo eran, también fui amable con ellas. —Tu Shan aparentó cierta indignación—. ¿Quién eres tú para llamarme infiel? ¿Con cuántos nombres estuviste en tus tiempos? Y eras monja.

—No he dicho nada contra ti. —Li dio media vuelta—. Muy bien, me marcho. —El alivio de él era casi palpable.

Los cuatro discípulos se apiñaban en una habitación de sus aposentos, sombras a la luz de la lámpara, y jugaban con palillos que arrojaban al suelo. Se levantaron de un brinco cuando entró Li, hicieron una torpe reverencia y guardaron un tímido silencio. Sabían muy bien por qué ella estaba allí, pero no sabían qué decir.

Cuan jóvenes eran, pensó Li. Y qué guapo era Wan. Imaginó el contacto de ese cuerpo, ágil, caliente, exultante.

Tal vez después. Había un después sin límites. Les sonrió.

—El Maestro quiere que os enseñe el Sutra del Diamante —les dijo.

4

Llovía cuando la aldea sepultó al primer hijo del Maestro y la Dama. Habían esperado que hubiera sol, pero el brujo y el diminuto cadáver les decían que no tenía sentido aguardar más tiempo. La primavera había llegado tarde ese año. Las sombras y la humedad se prolongaron hasta el verano. Invadieron los pulmones de la niña, que luchó por respirar durante varios días antes de quedarse quieta. Muy quieta, cuando dejó de llorar, sorber y agitarse.

El brujo bajó el ataúd a una cavidad encharcada. Los discípulos estaban cerca de Tu Shan y Li, y el resto de la gente formaba un círculo. Más allá, Li vio nieblas, laderas borrosas, una majestuosidad disuelta en humedad gris que le tamborileaba en la cara, le

goteaba del sombrero y le apelmazaba el pelo. La lana mojada apestaba. La leche le provocaba dolor en los senos.

El brujo se levantó, cogió la campanilla que llevaba bajo el cinturón de cuerda y la agitó mientras bailoteaba gritando alrededor de la tumba. Así ahuyentaba los malos espíritus. Los discípulos y otros hicieron girar las ruedas para orar. Todos se mecían. El tosco cántico —*honrados antepasados, grandes almas, honrados antepasados, grandes almas*— resonó una y otra vez, un rito pagano que el Tao y el Buda apenas habían afectado.

Tu Shan alzó los brazos y entonó palabras más adecuadas, pero gangosas y mecánicas. Las había dicho con demasiada frecuencia. Li ni siquiera prestó atención. Ella también había presenciado demasiadas

muertes. No llevaba la cuenta de la cantidad de niños que había alumbrado y perdido. ¿Siete, ocho, doce? Le dolía más ver cómo envejecían. Adiós, hija mía. Que no sientas miedo ni soledad, dondequiera que estés.

Li sentía ahora la firmeza de una resolución.

La ceremonia terminó. La gente murmuró palabras y reanudó sus tareas. El brujo se quedó. Era su tarea llenar la tumba. A sus espaldas, mientras el brujo continuaba su canturreo, Li oyó el impacto de la tierra contra el ataúd.

Los discípulos fueron a las casas de sus respectivos padres. Li y Tu Shan entraron en una casa vacía. Él dejó la puerta entornada para que entrara luz. Los carbones encendidos en el hogar habían entibiado un poco la habitación. Se quitó la chaqueta y la arrojó en la cama mientras soltaba un suspiro.

—Bien —dijo—. Está hecho. —Y al cabo de un rato—: La pobre niña. Pero ocurre. Tendremos mejor suerte la próxima vez, ¿eh? Y tal vez sea un varón. —No habrá próxima vez, aquí —le respondió muy tensa.

—¿Qué? —Se volvió hacia ella con los brazos a los costados.

—No me quedaré —sentenció, mirándolo a los ojos—. Y tú deberías venir conmigo.

—¿Estás loca? —El miedo cruzó ese semblante habitualmente enérgico—. ¿Te ha poseído un demonio?

Ella negó con la cabeza.

—Simplemente, he comprendido, y cada vez más en los últimos meses. Esta vida no es para nosotros.

—Es apacible. Es feliz.

—Así la ves tú, porque has estado aquí demasiado tiempo. Yo sólo veo estancamiento y sordidez —dijo Li con calma, sin tristeza—. Al principio, sí, después de mis vagabundeos, creí que había hallado un refugio. Tu Shan... —no lo llamaría por su apodo cariñoso hasta que él cediera— he aprendido lo que debiste ver hace siglos. La tierra no tiene refugios para nadie, en ninguna parte.

El asombro de Tu Shan le aplacó la furia.

—Quieres regresar a tus palacios y a tus simiescos cortesanos, ¿eh?

—No. Ésa fue otra trampa. Quiero... la libertad..., ser lo que pueda ser. Lo que podamos ser.

—¡Aquí me necesitan!

Li procuró ocultar su desprecio. Si manifestaba su desdén por esas criaturas casi animales, tal vez lo perdiera. Y era cierto que en su afecto por ellas, su preocupación y compasión, él era mejor que ella. Necesitaba emplear toda su fuerza de voluntad. Si cedía y se quedaba, poco a poco se transformaría en uno de esos aldeanos. Eso podría ayudarla a desprenderse del yo, a liberarse de la Rueda; pero renunciaría a todo posible logro que pudiera alcanzar

en la vida. ¿Qué otro modo tenía de escapar de ella, excepto la violencia fortuita?

—Vivían del mismo modo antes de que llegaras —dijo—. Seguirán haciéndolo después. Y contigo o sin ti, no puede ser para siempre. Los Han se desplazan hacia el sur. Los he visto talando bosques y arando la tierra. Algún día tomarán esta comarca.

—¿Adonde podemos ir? —dijo él desconcertado—. ¿Serías de nuevo una mendiga?

—Si es menester, pero sólo por un tiempo. Tu Shan, hay todo un mundo más allá del horizonte.

—No... sabemos nada sobre él.

—Yo sé algo. —A través del hielo de su resolución resplandecía un fuego vigorizante—. Naves extranjeras tocan las costas de China. Los bárbaros avanzan. He oído acerca de grandes tumultos en el sur, al otro lado de las montañas.

—Me habías dicho que estaba prohibido dejar el Imperio...

—¿Qué puede significar eso para nosotros? ¿Qué guardias vigilan los senderos que podemos descubrir? Si no aprovechamos las oportunidades que nos esperan por doquier, no mereceremos nuestras vidas.

—Si nos hacemos famosos, notarán que no envejecemos.

—Podemos arreglárnoslas. El cambio corre sin freno por el mundo. El Imperio no puede permanecer encerrado para siempre en sí mismo, y tampoco esta aldea. Sacaremos partido de ello. Quizá podamos poner dinero a interés por un largo tiempo. Veremos. Mis años han sido más duros que los tuyos. Sé que el caos está lleno de lugares secretos. Sí, podemos caer, podemos perecer, pero hasta entonces habremos estado plenamente vivos.

Él la miró aturdido. Li sabía que necesitaría meses para convencerlo. Bien, contaba con la paciencia de siglos, y valía la pena.

Las nubes ralearon, irrumpió la luz y las gotas de lluvia relucieron como flechas.

5

Volvió la primavera, y ese año fue templada, de un brillo abrumador, llena de fragancias. Regresaron los trinos de las aves silvestres. Hinchado de nieve derretida, el arroyo brincaba entre las hojas de la ladera, rugía por el valle, se zambullía en el bosque de bambúes, dirigiéndose al gran río y al mar.

Un hombre y una mujer lo seguían por el camino. Iban vestidos para el viaje. Llevaban estacas en la mano. El hombre cargaba en la espalda los objetos necesarios, la mujer un niño que gorjeaba feliz mirando las maravillas que lo rodeaban.

La gente estaba reunida detrás, en el límite de la aldea, llorando.

XI
El gatito y el cardenal

Armand Jean du Plessis de Richelieu, cardenal de la Iglesia, primer ministro de Su Muy Cristiana Majestad Luis XIII, quien lo había nombrado duque, estudió a su visitante. El hombre estaba por completo fuera de lugar en esa cámara de elegancia azul y oro. Aunque decentemente vestido, para ser un plebeyo, tenía el aspecto del marino que decía ser. De talla mediana, gozaba de la esbeltez de la juventud, y la oscura cara de halcón no tenía arrugas; pero algo en él —quizá la firmeza de la mirada— delataba un conocimiento del mundo que sólo se obtenía tras muchos años en distintos lugares.

Las fragancias estivales de los campos y bosques de Poitou entraban por las ventanas abiertas. El río Mable canturreaba junto a su castillo ancestral últimamente reconstruido como palacio moderno. La luz del sol se reflejaba en el agua y bailaba en astillas entre los querubines y los héroes antiguos que adornaban el techo. A cierta distancia del imponente sillón del cardenal, un gatito jugueteaba con su sombra sobre el parqué.

Los delgados dedos de Richelieu acariciaron el pergamino. El contraste con ese color pardo manchado por los siglos infundía a la túnica del cardenal el brillo de la sangre. Para este encuentro se había puesto todos sus atributos canónicos, como si deseara protegerse de los demonios. Pero habló con su acostumbrada calma glacial.

—Si esto no es falso, hoy quizá vea la más extraña audiencia que he otorgado jamás.

Jacques Lacy se inclinó con mayor gracia de la que cabía esperar.

—Doy las gracias a Su Eminencia, y le aseguro que es verdad. —El acento no era regional, ni de ningún lugar de Francia. ¿El canturreo de Irlanda, o de una tierra más lejana? Al menos indicaba que, aunque no tuviera educación formal, había leído muchos libros. ¿De dónde sacaba el tiempo un capitán que navegaba entre el Nuevo y el Viejo Mundo?

—Dáselas al obispo que me convenció —le espetó Richelieu.

—Después que el cura de St. Félix hubiera convencido a otro, Eminencia.

—Eres realmente atrevido, capitán Lacy. Sé prudente. Este asunto ya es bastante peligroso de por sí.

—Humildemente ruego el perdón de Su Eminencia. —El tono no era insolente, pero tampoco indicaba arrepentimiento.

—Bien, continuemos con esto. —Aun lejos de París, las horas eran preciosas; y tal vez el futuro no le reservara muchas. No obstante, Richelieu reflexionó un minuto, acariciándose la barba que realzaba sus rasgos puntiagudos, antes de ordenar—: Cuéntame qué le dijiste al sacerdote para persuadirlo.

La sorpresa hizo titubear a Lacy.

—Su Eminencia lo sabe.

—Compararé las versiones. —Richelieu suspiró—. Y puedes guardarte los tratamientos honoríficos. Estamos a solas.

—Agradezco a Su... Bien. —El marino inhaló—. Lo busqué en la iglesia de St. Nazaire cuando supe que... monsieur agraciaría con su presencia estos parajes, que no están a gran distancia de allí. Le hablé del cofre. Mejor dicho, se lo recordé, pues él sabía algo, aunque lo había olvidado. Desde luego, eso le llamó la atención, pues nadie más lo recordaba. Simplemente, había acumulado polvo en la cripta durante cuatrocientos años.

El gatito dio un brinco a los pies de Lacy. Una sonrisa cruzó los labios del cardenal. Luego clavó en el hombre los ojos enormes y febrilmente luminosos.

—¿Le contaste cómo había llegado allí? —continuó.

—Por supuesto, monsieur. Era una prueba de mi buena fe, pues la historia no formaba parte de las tradiciones.

—Cuéntalo de nuevo.

—Ah... En esa época un mercader bretón llamado Pier, de Ploumanac'h, se instaló en St. Nazaire. Era apenas un villorrio. Claro que en la actualidad no es gran cosa, como bien sabe monsieur. Lo cierto es que por esa razón una casa costaba poco, y el lugar era apropiado para el pequeño navío costero que adquirió. Entonces resultaba más fácil para los hombres cambiar de hogar y de oficio. Pier gozó de cierta prosperidad, se casó y tuvo hijos. Cuando enviudó, declaró que se alistaría en la cruzada que estaba a punto de lanzar el rey San Luis, que resultó ser la última. Para entonces ya era viejo, pero se conservaba bien. Muchos decían que aún parecía joven. Nunca más volvieron a verlo, y la gente supuso que había muerto.

«Antes de partir, ofreció una importante donación a la iglesia parroquial. Eso era común cuando alguien emprendía un largo viaje, mucho más si iba a la guerra. Sin embargo, otorgó este presente con una condición. La iglesia debería guardarle una caja. Mostró al sacerdote que sólo contenía un pergamino enrollado, un documento de cierta importancia y confidencial; luego lo selló. Un día él o un heredero

regresarían para reclamarlo, y el pergamino mismo daría validez a esa petición. Bien, estos requerimientos no eran inauditos, y el sacerdote lo consignó en los anales. Pasaron muchas generaciones. Cuando aparecí, pensé que tendría que indicar al actual sacerdote cómo encontrar el documento, pero él es un anticuario y había mirado los libros.

Richelieu alzó el pergamino y lo leyó, quizá por séptima vez, echando repetidas ojeadas a Lacy.

—Sí—murmuró—, esto estipula que el heredero legítimo será igual que Pier de Ploumanac'h, sea cual fuere su nombre, y lo escribe con todo detalle. Una descripción muy bien redactada. —El cardenal se consideraba un letrado, y había escrito y producido varios dramas—. Más aún, hay una serie de versos con sílabas sin sentido, que el aspirante podrá recitar sin mirar el texto.

—¿Desea monsieur que lo haga?

—No es menester... todavía. Los has recitado ante el sacerdote, y luego ante el obispo. Basta como prueba que él haya escrito al obispo de esta diócesis, persuadiéndole de que me convenciera para verte. Pues el documento concluye declarando que el... heredero... traerá noticias de suma importancia. ¿Por qué te negaste a describir a ambos prelados de qué se trataba?

—Son sólo para el hombre más grande de esta tierra.

—Ése es Su Majestad,

El visitante se encogió de hombros.

—¿Qué probabilidades tendría yo de que el rey me recibiera? En cambio, me arrestarían bajo sospecha de cualquier cosa, y me sonsacarían la información bajo tortura. Su Eminencia tiene fama de ser más... flexible. Inquisitivo. Patrocina a hombres cultos y literatos, ha fundado una academia nacional, ha reconstruido la Sorbona, otorgándole una generosa suma, y en cuanto a los logros políticos... —Guardó silencio e hizo un ademán significativo. Obviamente, pensaba en los hugonotes sometidos, pero apaciguados; en la reducción del poder de los nobles, cuyos castillos feudales estaban en su mayoría demolidos; en los rivales cortesanos del cardenal burlados y derrotados, algunos exiliados o ejecutados; en la larga guerra contra los imperialistas, en la cual Francia (junto con la Suecia protestante, el aliado obtenido por Richelieu) estaba venciendo al fin. ¿Quién era el verdadero gobernante de esas tierras?

Richelieu enarcó las cejas.

—Estás muy bien informado para ser un humilde capitán.

—Necesito estarlo, monsieur —replicó Lacy en voz baja.

Richelieu asintió.

—Puedes sentarte.

Lacy hizo una reverencia y buscó una silla más pequeña, que puso a respetuosa distancia, y se sentó. Se reclinó, aparentemente relajado, pero quien lo conociera sabía que estaba alerta. No porque hubiera algún peligro, aunque había guardias apostados frente a la puerta.

—¿Cuáles son esas noticias? —le preguntó Richelieu.

Lacy frunció el ceño.

—No espero que Su Eminencia me crea con sólo oírlas. Apuesto mi vida a la suposición de que tendrá paciencia y despachará hombres de fiar para traer pruebas más sólidas.

El gatito jugó entre sus tobillos.

—Charlot te tiene simpatía —señaló el cardenal, con cierta calidez en la voz. Lacy sonrió.

—Dicen que a monsieur le gustan los gatos.

—Cuando son jóvenes. Continúa. Veamos qué sabes sobre ellos. Me indicará algo sobre ti.

Lacy se inclinó y acarició al cachorro entre las orejas. Él gato estiró las pequeñas garras y se refregó contra sus medias. Lacy se lo puso en el regazo, le tocó la garganta y le acarició el suave pelaje.

—Yo también he tenido gatos —dijo—. En el mar y en tierra. Eran sagrados en el antiguo Egipto. Arrastraban el carruaje de la diosa nórdica del amor. A menudo dicen que son familiares de las brujas, pero eso es un disparate. Los gatos son como son, y no intentan ser otra cosa, como los perros. Supongo que por eso los humanos los consideran misteriosos, y algunos les temen o los odian.

—Mientras que otros parecen simpatizar con ellos más que con sus congéneres, Dios los perdone. —El cardenal se persignó—. Eres un hombre notable, capitán Lacy.

—A mi manera, monsieur, que es muy diferente de la vuestra.

Richelieu lo miró con ojos más intensos.

—Pedí un informe sobre ti, desde luego, cuando supe lo que deseabas —dijo despacio—. Pero háblame de tu vida pasada con tus propias palabras.

—¿Para que monsieur pueda juzgar esas palabras... y a mí? —El marino miró al vacío mientras seguía acariciando al gato con la mano derecha—. Bien, pues, la contaré de manera extraña. Pronto comprenderá la razón para ello, que consiste en que no deseo mentir.

»Seamus Lacy es oriundo del norte de Irlanda. No sabe cuándo nació, pues el registro bautismal está allí, si no lo han destruido; pero calcula que tiene unos cincuenta años. En el año 1611 el rey de Inglaterra desplazó a los irlandeses de las mejores partes del Ulster e instaló a escoceses protestantes. Lacy está entre los que abandonaron el país. Se llevó algún dinero, pues procedía de una familia de marinos más o menos acomodada. En Nantes buscó refugio entre mercaderes irlandeses establecidos desde tiempo atrás, lo cual le ayudó a regularizar su situación. Adoptó la forma francesa de su nombre de pila, se hizo súbdito francés y se casó con una francesa. Siendo marino, realizó largos viajes, llegando hasta el África, las Indias Occidentales y Nueva Francia. A la larga llegó a ser capitán de un buque. Tiene cuatro hijos vivos, cuyas edades van de trece a cinco, pero su esposa murió hace dos años y no se ha vuelto a casar.

—Y cuando supo que yo estaría en Poitou varias semanas, fue hasta St. Nazaire y abrió el cofre que su... antepasado había dejado en la iglesia —dijo Richelieu en voz baja.

Lacy lo miró a los ojos.

—Así es, Eminencia.

—Parece que siempre has sabido de su existencia.

—Obviamente, sí.

—¿Aunque seas irlandés? Y ningún miembro de tu familia reclamó ese objeto durante cuatro siglos. Tú mismo viviste casi treinta años en la cercana Nantes antes de reclamarlo. ¿Por qué?

—Tenía que estar seguro de la situación. Fue una decisión difícil.

—El informe consigna que tienes un socio, un manco pelirrojo a quien llaman MacMahon. Últimamente ha desaparecido. ¿Por qué?

—Con todo respeto, Su Eminencia, lo envié afuera porque no sabía cuál sería el desenlace de esto, y no era correcto arriesgar también su vida. —Lacy sonrió. El gatito se le restregó contra la muñeca—. Además, es un sujeto zafio. Podría ofender a alguien. —Hizo una pausa—. Tuve el cuidado de no saber exactamente adonde fue. Él averiguará si yo he regresado a casa sano y salvo.

—Demuestras una desconfianza que... no es muy cordial.

—Por el contrario. Deposito en monsieur una fe que no he depositado por mucho tiempo en nadie salvo en mi camarada. Apuesto todo a la creencia de que monsieur no se apresurará a pensar que soy un demente, un agente enemigo o un hechicero.

Richelieu aferró los brazos del sillón. A pesar de la túnica, se notó que tenía el cuerpo en tensión. Pero los ojos permanecieron firmes.

—¿Qué eres, pues? —preguntó con voz acerada.

—Soy Jacques Lacy de Irlanda, Eminencia —replicó el visitante con tono similar—. La única falsedad es que sea oriundo de allí pues no lo soy. Pasé más de un siglo en Irlanda. Fuera de las zonas dominadas por los ingleses, la gente goza de una libertad que facilita el cambio de vida. Pero temo que están condenadas a la conquista, y la invasión del Ulster me dio una incuestionable razón para partir.

»Regresé adonde una vez había sido Pier de Ploumanac'h quien no era bretón de nacimiento. Antes y después de él he usado otros nombres, vivido en otros lugares y desempeñado otros oficios. Ha sido mi modo de sobrevivir a través de los milenios.

Richelieu soltó un bufido.

—No me sorprende del todo. Desde que me habló el obispo, he estado pensando... ¿Eres el Judío Errante?

Lacy negó con la cabeza; el gatito percibió la tensión y se agazapó.

—Sé de rufianes que se han hecho pasar por él. No, monsieur. Yo estaba vivo cuando Nuestro Señor estuvo en la tierra, pero no lo vi, ni me enteré de su existencia hasta mucho más tarde. En ocasiones me hice pasar por judío, porque era más seguro o más simple, pero era una farsa. También he sido musulmán. —Sonrió con amargura—. Para desempeñar esos papeles, me hice circuncidar. La piel volvió a crecer. En mi especie, una herida cura sin cicatrices, a menos que sea tan grande como la pérdida de una mano.

—Debo recapacitar. —Richelieu cerró los ojos. Luego movió los labios. Recitó el Padre Nuestro y el Ave María, mientras los dedos acariciaban la Cruz.

Cuando hubo terminado y regresó al mundo, miró el pergamino y habló con tono práctico.

—Vi de inmediato que estos versos no son disparatados. Guardan cierta semejanza con el hebreo, transcrito a caracteres latinos, pero son diferentes. ¿Qué es?

—Antiguo fenicio, Eminencia. Nací en Tiro cuando Hiram era el rey. En Jerusalén gobernaba David, o Salomón.

De nuevo Richelieu cerró los ojos.

—Hace dos milenios y medio —susurró. Abrió los ojos—. Recita esos versos. Quiero oír esa lengua.

Lacy obedeció. Las palabras rápidas y guturales vibraron entre sonidos de viento y de agua en el silencio de la cámara. El gatito saltó al suelo y se agachó en un rincón.

El silencio se prolongó medio minuto.

—¿Qué significa? —preguntó Richelieu.

—Es el fragmento de una canción como las que los hombres cantaban entonces en las tabernas o cuando acampaban en la costa durante una travesía. *Negro como el cielo de la noche es el pelo de mi amada, brillantes como las estrellas son sus ojos, redondos y blancos como la luna son sus senos, y ella se mueve como el mar de Ashtoreth, ¡Quisiera poseerla toda, con la vista y las manos y yo mismo!* Lamento que sea tan profana, monsieur. Es lo que pude recordar, e incluso tuve que reconstruirla.

Richelieu esbozó una sonrisa.

—Sí, supongo que uno olvida muchas cosas en miles de años. Y en tiempos de... Pier los clérigos eran menos refinados que hoy. —Y añadió con astucia—: Pero ¿esperabas que algo como esto sirviera para identificarte, porque es la clase de cosa que se conserva en la memoria de un hombre?

—No estoy mintiendo, Eminencia. En nada.

—En ese caso, has sido un mentiroso a través de los siglos.

Lacy abrió las palmas.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Imagine, monsieur, que aun en esta esclarecida época y en este país yo proclamara abiertamente lo que soy. En el mejor de los casos me tomarían por un farsante, y tendría suerte de escapar con una paliza. Bien podría ser condenado a las galeras, o a la horca. En el peor de los casos me acusarían de ser un hechicero asociado con Satanás, y me quemarían. Sufriría males sin siquiera decir una palabra si me quedara en el mismo sitio, conservando la vida mientras sepultan a mis hijos y nietos, sin demostrar signos de vejez. Oh, he conocido a gente (muchos viven ahora en el Nuevo Mundo) para quienes sería un santo o un dios; pero eran salvajes, y prefiero la civilización. Además, la civilización tarde o temprano arrasa con los salvajes. No, prefiero buscar un nuevo hogar como forastero, instalarme allí unas décadas y al fin seguir mi camino de tal modo que la gente crea que he muerto.

—¿Cómo sufriste este destino? —preguntó Richelieu, persignándose de nuevo.

—Sólo Dios lo sabe, Eminencia. No soy un santo, pero creo que nunca fui un pecador imperdonable. Y, sí, estoy bautizado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mil doscientos años.

—¿Quién te convirtió?

—Había sido cristiano catecúmeno durante mucho tiempo, pero las costumbres cambiaron y... ¿Puedo pedir autorización para postergar el relato de cómo ocurrió?

—¿Por qué?

—Porque debo convencer a Su Eminencia de que digo la verdad, y en este caso la verdad parece un invento... —Ante la mirada de Richelieu, Lacy se interrumpió, agitó las manos, rió y dijo—: Muy bien, si monsieur insiste. Estaba en Gran Bretaña cuando se marcharon los romanos, en la corte de un señor guerrero. Lo apodaban Riothamus, «gran rey», pero principalmente tenía algunas tropas con catafracta. Con ellas contuvo a los invasores ingleses. Se llamaba Artorius.

Richelieu permaneció inmóvil.

—Oh, no fui uno de sus caballeros, sólo un mercader que estaba de paso —declaró Lacy—. Tampoco conocí a ningún Lanzarote, Gawain ni Galahad, ni vi Camelot. Roma no había dejado muchos vestigios. Yo supongo que éste fue el germen de la leyenda de Arturo. Pero monsieur comprenderá por qué yo era reacio a mencionarlo. Sentí la tentación de inventar una mentira prosaica.

Richelieu asintió con la cabeza.

—Entiendo. Si aún estás mintiendo, eres uno de los embusteros más hábiles que he conocido en una vasta experiencia. —Se abstuvo de preguntar si el fenicio había abrazado a Cristo por necesidad práctica, tal como había adorado a muchos otros dioses.

—No insultaré a monsieur —dijo incisivamente Lacy— negando que he reflexionado mucho antes de solicitar esta entrevista.

Richelieu cogió el pergamino y lo arrojó al suelo. Cayó con un chasquido que llamó la atención del gato. Fue el único gesto corporal que se permitió el cardenal. Se inclinó hacia delante, uniendo los dedos. La luz del sol refulgió en un gran anillo de oro y esmeralda.

—¿Qué quieres de mí? —rezongó.

—Protección, monsieur —replicó Lacy—, para mí y para mis semejantes. —El color fluctuaba en las mejillas hundidas, sobre la pulcra barba sin un solo pelo plateado.

—¿Quiénes son?

—MacMahon es uno, como Su Eminencia habrá adivinado. Nos conocimos cuando Francia aún era la Galia. He encontrado u oído hablar de tres más que me llamaban la atención, pero una infortunada muerte los arrebató antes de que yo pudiera cerciorarme. Y hubo alguien que era sin duda como yo, pero esa persona... desapareció. Los miembros de nuestra especie han de ser muy raros, y tímidos para revelarse.

—Irritantemente raros, como diría el culto doctor Descartes —dijo Richelieu en un arranque de humor corrosivo.

—Algunos, con el correr de los siglos, quizá trataron de hacer lo que yo trato de hacer ahora, y pagaron por ello. Es improbable que haya documentación sobre ellos, si alguna vez la hubo.

El gato avanzó cautelosamente hacia el pergamino. Richelieu se reclinó en el sillón. Lacy había permanecido casi inmóvil, con las manos entrelazadas sobre las calzas de color apagado.

—¿Qué otras pruebas puedes ofrecer? —preguntó el cardenal.

Lacy desvió los ojos.

—Pensé sobre ello muchos siglos antes de tomar las primeras medidas —declaró con voz metódica—. Uno adquiere el hábito de ser previsor y saber esperar. Quizá demasiado. Quizá se pierden oportunidades y es demasiado tarde. Pero uno ha aprendido, a veces a un alto precio, monsieur, que este mundo es peligroso y nada en él permanece. Los reyes y las naciones, los papas y los dioses, dicho con todo respeto, pronto caen en el polvo o se disuelven en llamas. Tengo mis provisiones, acumuladas a través de los siglos, tesoros enterrados aquí y allá, trucos para cambiar de identidad, una variedad de habilidades y... mis relicarios. No todos se encuentran en iglesias, ni todos son cofres con pergaminos. Pero en Europa, en el norte de África y en la lejana Asia se hallan las señales que oculté cada vez que pude. Mi idea era que, si surgía una esperanza, yo iría al más cercano de esos escondrijos y recobraría los objetos. Eso me permitiría iniciar mi jugada.

»Si Su Eminencia gusta, puedo describir algunos que sus agentes podrán encontrar. No puedo decir exactamente de qué naturaleza son, y donde se encuentran. En varios casos, al menos, habrán estado allí largo tiempo. En cada caso, pueden verificar que el capitán Jacques Lacy no pudo haber preparado eso durante el medio siglo que lo conocieron los hombres.

Richelieu se acarició la barba.

—Y entretanto aguardarás bajo custodia, rehén de ese material —murmuró—. Sí. Sin duda existe, pues no demuestras síntomas de locura.

Por lo tanto no puedes ser un impostor ni un criminal. A menos que seas un hechicero o un demonio.

Una pátina de sudor brilló en la frente de Lacy, quien respondió con firmeza.

—No me lastiman el agua bendita ni el exorcismo. Monsieur puede someterme a la prueba. Descubrirá que sano rápidamente cuando la herida no mata ni mutila totalmente. Vine aquí porque todo lo que averigüé me hizo pensar que monsieur es demasiado sabio (y no digo «misericordioso», monsieur, digo «sabio, esclarecido, inteligente») para recurrir a eso.

—Otros me exhortarán a hacerlo.

—Su Eminencia tiene poder para negarse. Es otra razón por la que vine aquí. He esperado durante siglos a semejante hombre punto clave de la historia.

El gato llegó hasta el pergamino, tendió la pata, lo acarició. El documento se había vuelto a enrollar, y se movió con un susurro. Complacido, el gato brincó de aquí para allá.

Richelieu lo miró con severidad.

—¿Nunca has tenido un protector?

—Una vez, monsieur —suspiró Lacy—. Trescientos años después de mi nacimiento, en Egipto.

—Cuéntame.

—Como muchos fenicios, pues había recobrado esa nacionalidad, navegué al servicio del faraón Psam-metk. Habréis leído algo sobre él, con el nombre de Psamético. Era fuerte y sabio, como monsieur, un hombre que salvó al país del desastre y lo volvió seguro una vez más. Oh, yo no había planeado nada, salvo partir de la manera habitual cuando llegara el momento. Pero ocurrió que este rey era longevo, y reinó más de cincuenta años. Y yo..., bien, estaba en buena situación; y cuando murió mi primera esposa egipcia, me casé con otra y fuimos extraordinariamente felices. Me quedé pues, y el rey al fin vio más allá de las afectaciones con que yo fingía el paso de la edad. Me persuadió de confiar en él, y me tomó bajo su protección. Para él, yo era sagrado, escogido por los dioses para un propósito desconocido pero sin duda elevado. Realizó averiguaciones en todo su reino y otros lugares distantes. Nada resultó de ellas. Como he dicho, los miembros de mi especie han de ser muy raros.

—¿Qué ocurrió al fin?

—Psammetk murió. Lo sucedió su hijo Neco, quien no me amaba. Tampoco me odiaba, supongo, pero la mayoría de los sacerdotes y cortesanos sí, pues me veían como una amenaza para sus posiciones. Era obvio que yo no duraría en el palacio real. En cualquier momento me matarían. Pero el nuevo rey me negó permiso para irme. Creo que temía lo que yo pudiera hacer.

»Bien, se hablaba de despachar una tripulación fenicia para circunnavegar África. Yo me valí de la escasa influencia que me quedaba para que se concretara el proyecto y me incluyeran en él. Un hombre inmortal podía resultar valioso en países remotos. —Lacy se encogió de hombros—. A la primera oportunidad, salté del barco y llegué hasta Europa. Nunca supe si la expedición tuvo éxito. Herodoto afirma que sí, pero a menudo era chapucero con su información.

—Y supongo que toda documentación sobre ti en Egipto habrá desaparecido, si tus enemigos no la expurgaron —dijo Richelieu—. Aunque tampoco sabemos leer los jeroglíficos.

—Deseo que monsieur pueda entender —suplicó Lacy— que rara vez estuve en presencia de los poderosos. Psammetk, Artorius, dos o tres más, pero en general de poco peso; y ahora Su Eminencia. He visto más, pero sólo cuando estaba en una multitud. Siempre me ha convenido mantenerme oculto. Además soy sólo un viejo navegante, sin nada especial que ofrecer. Excepto mis recuerdos —añadió con avidez—. Piense monsieur en lo que significarían para los estudiosos. Y si, bajo la protección de monsieur, atraigo a otros inmortales..., piensa, mi señor, en lo que significaría para Francia.

De nuevo reinó el silencio, excepto por el viento, el río, el tictac de un reloj y el gatito que jugaba con el pergamino. Richelieu reflexionó. Lacy esperó. —¿Qué quieres exactamente de mí? —preguntó al fin el cardenal.

—¡Os lo he dicho, monsieur! Vuestra protección. Un puesto a vuestro servicio. La proclama de lo que soy, y la promesa de que todos mis congéneres tendrán la misma seguridad.

—Todos los malandrines de Europa vendrán aquí.

—Yo sabré qué preguntas hacer, si vuestros hombres cultos no lo saben.

—Sí, supongo que sí.

—Tras algunos escarmientos, dejarán de fastidiar. —Lacy titubeó—. Tampoco sé cómo serán los inmortales. He admitido que mi MacMahon es un sujeto tosco. La otra persona de quien estoy seguro es, o ha sido, una prostituta, si aún vive. Uno sobrevive como puede.

—Pero algunos pueden ser decentes, o arrepentirse. Algunos quizá sean realmente santos..., ermitaños, tal vez. —La voz soñadora de Richelieu pronto se agudizó—. ¿No buscaste ningún otro protector después del rey egipcio, hace más de dos mil años?

—Ya lo he dicho, Eminencia. Uno se vuelve cauto.

—¿Por qué bajas la guardia ahora?

—En parte por vos —respondió Lacy—. Su Eminencia oye muchas adulaciones. No es preciso que dé detalles sobre la llana verdad. Ya la he dicho.

«Pero sólo vos no habría bastado. También espero que los tiempos sean apropiados.

El pergamino se aplastó contra una pata del majestuoso sillón y resistió nuevos ataques. El gatito maulló. Richelieu bajó la vista y tendió la mano.

—¿Desea mi señor...? —Lacy se levantó para recoger al animal y entregárselo. Richelieu cogió la forma peluda en ambas manos y se la apoyó en el regazo donde antes había puesto el pergamino. Lacy hizo una reverencia y se sentó.

—Continúa—dijo el cardenal mientras acariciaba al animalito.

—He observado el decurso de las cosas como puede hacerlo un hombre que está en medio de ellas —dijo Lacy—. He leído libros y he escuchado a los filósofos, y a gente común con ingenio natural. He reflexionado. La inmortalidad es solitaria, monsieur. Deja mucho tiempo para pensar.

»Creo que en los dos o tres últimos siglos un cambio ha sobrevenido en el mundo. No sólo el ascenso o la caída de otro imperio; un cambio tan grande como cuando se pasa de ser niño a hombre, o aun de gusano a mariposa. Los mortales también lo sienten. Hablan de un Renacimiento que comenzó unos mil cuatrocientos años después de Nuestro Señor. Pero yo lo veo con mayor claridad. ¿A qué distancia podían llegar los estafetas del faraón Psam-metk? ¿A cuántos podían hallar que comprendieran las preguntas que yo enviaba sin recular por obra del miedo y la ignorancia? Y era un rey tan poderoso como el que más. Los griegos, los romanos, los bizantinos, los persas, todo el resto, no estaban mucho mejor en lo que hace al conocimiento o los horizontes. Tampoco volví a tener acceso a un gobernante en quien confiara; tampoco había pensado en prepararme para semejante encuentro. Eso vino después.

»Hoy los hombres han circunnavegado el globo; y saben que es un globo. Los descubrimientos de hombres como Copérnico y Galileo... —Notó que Richelieu fruncía el ceño—. Bien, sea como fuere, los hombres

aprenden maravillas. Europa viaja hacia un hemisferio totalmente nuevo. En casa, por primera vez desde que cayó Roma, empezamos a tener buenos caminos; se puede viajar deprisa, y en general con seguridad o lo largo de centenares de leguas..., miles, una vez que haya terminado esta guerra. Ante todo, quizá, tenemos la imprenta, y cada año más personas leen, se puede llegar a ellas. ¡Al fin . podemos reunir a los inmortales!

Richelieu acarició al gato, que se estaba adormilando, mientras bajaba las cejas.

—Eso llevará un tiempo considerable —dijo.

—Oh, sí, para los mortales... Perdón, Eminencia.

—No importa —tosió Richelieu—. Sólo Charlot nos oye, así que podemos hablar sin rodeos. ¿De veras crees que la humanidad, digamos aquí en Francia, ha alcanzado la seguridad que te parecía una mera ilusión durante la historia anterior?

Lacy tartamudeó desconcertado.

—N-no, excepto que... Creo que Francia será fuerte y estable durante generaciones. En gran medida gracias a Su Eminencia.

Richelieu tosió de nuevo, llevándose la mano izquierda a la boca mientras sostenía el gato con la derecha.

—No gozo de buena salud, capitán —dijo con voz ronca—. Nunca he gozado de ella. Dios puede llamarme en cualquier momento.

El semblante de Lacy cobró una expresión distante.

—Lo sé —susurró—. Ojalá se conserve entre nosotros muchos años. Pero...

—Tampoco el rey goza de buena salud —interrumpió Richelieu—. Al fin él y la reina han recibido la bendición de un hijo, un varón; pero el príncipe aún no tiene dos años. Cuando él nació yo perdí al padre José, mi consejero de confianza y mi asistente más capaz.

—También lo sé. Pero tenéis a ese hombre de origen italiano, Mazarino, quien es muy parecido a vos.

—Y a quien estoy preparando para que sea mi sucesor. —En la cara de Richelieu se dibujó una sonrisa—. Sí, nos has estudiado con atención.

—Tuve que hacerlo. He aprendido cómo, durante mi estancia en la Tierra. Y también sois previsor. —Lacy habló con prisa—. Os suplico que lo penséis. Necesitaréis tiempo para reflexionar, y para verificar mi historia. Me asombra que la hayáis escuchado con tanta calma. Pero un inmortal, y con el tiempo un grupo de inmortales, al servicio del rey, del rey de hoy, y

luego de su hijo, quien reinaría larga y vigorosamente... ¿Imagináis qué significará eso para su gloria, y para la gloria y el poder de Francia?

—No —replicó Richelieu—. Y tú tampoco. Y yo también he aprendido a ser cauto.

—Pero, Eminencia, puedo daros pruebas...

—Silencio —ordenó Richelieu.

Apoyó el codo izquierdo en el brazo del sillón, la barbilla en el puño, y escrutó el vacío, como si viera más allá de las paredes, la provincia, el reino. Con la mano derecha acariciaba dulcemente al gato, éste se durmió y Richelieu apartó los dedos. El viento y el río susurraban. Al fin —el reloj, donde Faetón corría desesperadamente en la desbocada carroza solar de Apolo, había andado casi un cuarto de hora— se movió y miró al otro hombre. Lacy se había vuelto impasible como un oriental. Su rostro cobró vida. Respiraba entrecortadamente.

—No es menester que me moleste en ver tus objetos —suspiró Richelieu—. Doy por sentado que dices la verdad. Eso no cambia las cosas.

—¿Cómo... cómo ha dicho Su Eminencia? —susurró Lacy.

—Dime —continuó Richelieu, casi con amabilidad—, después de lo que has visto y sufrido, ¿de veras crees que hemos alcanzado una situación estable? —N-no —confesó Lacy—. No, creo que todo está cambiando, y esto continuará y nadie puede saber cuál será el final. Pero, a causa de ello, nuestras vidas y las de generaciones venideras serán diferentes de todas las anteriores. Las viejas apuestas quedan canceladas. —Hizo una pausa—. Me he cansado de no tener hogar. No imagináis cuánto. Aprovecharé cualquier oportunidad de escapar.

Richelieu ignoró el lenguaje informal. Tal vez no lo notó. Asintió y dijo como si le hablara a una de sus mascotas.

—Pobre alma. Cuánto valor tienes para aventurarte a esto. O bien, como dices, cuánta fatiga. Pero tú sólo tienes tu vida que perder. Yo tengo millones.

Lacy ladeó la cabeza.

—¿Cómo decís?

—Soy responsable de este reino —dijo Richelieu—. El Santo Padre está viejo y turbado y nunca tuvo dones de estadista. Así que en cierta medida también soy responsable de la fe católica, lo cual equivale a decir la Cristiandad. Muchos piensan que me he entregado al Diablo, y confieso que desprecio la mayoría de los escrúpulos. Pero a fin, de cuentas, soy responsable.

»Tú ves aquí una era de convulsiones, pero también de esperanzas. Quizá tengas razón, pero en tal caso la miras con ojos de inmortal. Yo sólo puedo ver las convulsiones: una guerra devasta las tierras alemanas; un imperio (nuestro enemigo, sí, pero aun así el Sacro Imperio Romano fundado por Carlomagno) que se desangra; el surgimiento de una secta protestante tras otra; cada cual con su propia doctrina, su propio fanatismo; los ingleses recobran el poder; los holandeses lo alcanzan, voraces e implacables, agitación en Rusia, India, China. Dios sabe qué ocurre en las Américas, cañones y mosquetes abaten las antiguas fortalezas, las antiguas fuerzas... ¿pero qué las reemplazará? Para ti, los descubrimientos de los filósofos naturales, los libros y folletos que surgen de las imprentas, son maravillas que traerán una nueva era. Estoy de acuerdo; pero, en mi posición, debo preguntarme cómo será esa era. Debo tratar de estar a su altura, mantenerla bajo control, sabiendo que moriré sin éxito y que quienes me sucedan fracasarán. ¿Cómo te atreves pues a suponer —pregunto incisivamente— que permitiría, alentaría y anunciaría el conocimiento de que existen personas a quienes no afecta la vejez? ¿Debería yo, como diría el doctor Descartes, introducir otro factor ignoto e inmanejable en una ecuación ya insoluble? «Inmanejable.» Es la palabra atinada. La única certidumbre que tengo es que esta chispa encendería mil nuevas locuras religiosas y volvería imposible la paz en Europa por otra generación o más.

»No, capitán cómo-te-llames —finalizó con el tono glacial que el mundo había aprendido a temer—. No quiero saber nada de ti ni de tus inmortales. Francia no quiere saber nada.

Lacy guardó silencio. Ya había sufrido sus reveses.

—¿Puedo intentar persuadir a Su Eminencia de lo contrario, dentro de días o dentro de años? —preguntó.

—No puedes. Tengo demasiado en qué pensar, y muy poco tiempo para ello.

Richelieu se tranquilizó.

—No te preocupes —dijo con una media sonrisa—. Partirás libremente. La cautela me induce a hacerte arrestar y agarrotar al instante. O bien eres un charlatán y lo mereces, o bien eres un peligro mortal y lo requieres. Sin embargo, te considero un hombre sensato que volverá al anonimato. Y te agradezco ese atisbo fascinante de... algo que más vale no tocar. Si pudiera actuar a mi gusto, te quedarías un rato y hablaríamos largamente. Pero eso sería arriesgado para mí y desconsiderado hacia ti. Guardemos pues esta tarde no entre nuestros recuerdos sino entre nuestras fantasías.

Lacy permaneció callado, luego recobró el aliento y respondió:

—Su Eminencia es generoso. ¿Cómo sabe que no traicionaré su confianza para buscar en otra parte?

—¿En qué otra parte? —rió Richelieu—. Has dicho que soy único. La reina de Suecia siente predilección por los personajes extravagantes, es verdad. Pero aún es joven, y por lo que sé de ella, cuando tome el poder te aconsejo sinceramente que te mantengas alejado. Tú ya conoces los riesgos en cualquier otro país que importe. —Arqueó los dedos y continuó con tono didáctico—: De todas maneras, tu plan dejaba que desear desde un principio, y te aconsejo que lo abandones para siempre. Has visto demasiada historia, ¿pero en qué medida has formado parte de ella? Sospecho que yo, en mis breves décadas, he aprendido lecciones que tu nariz, ni siquiera rozó.

»Ve a casa. Te sugiero que reúnas lo necesario para tus hijos y desaparezcas con tu amigo. Inicia una nueva vida, tal vez en el Nuevo Mundo. Evita la tentación, y evítamela a mí. Ni siquiera me la recuerdes. Pues sueñas el sueño de un necio.

—¿Por qué? —graznó Lacy.

—¿No lo has adivinado? Vaya, me defraudas. La esperanza ha triunfado sobre la experiencia. Haz memoria. Recuerda que los reyes guardan animales salvajes en jaulas... y fenómenos en la corte. Oh, si te aceptara, yo sería honesto en mis propósitos, y quizá lo fuera Mazarino después. Pero ¿qué ocurrirá con el joven Luis XIV cuando llegue a la madurez? ¿Qué ocurrirá con cualquier rey, cualquier gobierno? Las excepciones son pocas y fugaces. Aun si los inmortales fuerais una raza de filósofos que también comprendieran cómo gobernar, ¿crees que quienes gobiernan compartirían el poder con vosotros? Y has admitido que sólo sois extraordinarios por vuestra longevidad. Sólo podríais ser animales en un zoológico palaciego, constantemente vigilados por la policía secreta y eliminados en cuanto hablarais más de la cuenta. No, conserva la libertad, a cualquier precio. Me suplicaste que pensara en tu propuesta. Yo te digo que te marches y pienses en mi consejo.

El reloj marcaba el paso del tiempo, se oía el viento y el murmullo del río.

—¿Es la última palabra de Su Eminencia? —preguntó Lacy con voz gutural.

—En efecto —dijo Richelieu.

Lacy se levantó.

—Será mejor que me vaya.

—Ojalá pudiera concederte más tiempo —dijo—, y concedérmelo a mí mismo.

Lacy se le acercó. Richelieu extendió la mano derecha. Se inclinó para besarla y enderezándose dijo:

—Su Eminencia es uno de los hombres más grandes que he conocido.

—En tal caso, Dios se apiade de la humanidad —replicó Richelieu.

—Jamás olvidaré a monsieur.

—Lo tendré en cuenta durante el tiempo que se me conceda. Adiós, vagabundo.

Lacy fue hasta la puerta y llamó. Un guardia abrió, Richelieu le indicó que dejara pasar al hombre y cerrara. Luego se sentó a reflexionar. Los rayos del sol se alargaron. El gato despertó, bajó por la túnica y continuó con su vida.

XII
La última medicina

1

Los jóvenes jinetes galopaban por la llanura del norte meciéndose como la hierba en el viento. También se mecían los altos girasoles, con pétalos amarillos como la luz que se derramaba por el mundo. La tierra y el cielo no tenían límites. El verde se confundía con el azul en el límite de la visión, y la distancia continuaba hasta más allá de donde podían volar los sueños. Un halcón surcaba el aire, las alas como llamas gemelas. Se elevó una bandada de aves acuáticas, tantas que oscurecieron una parte del cielo.

Los niños que ahuyentaban los cuervos de los campos fueron los primeros en ver a los jóvenes jinetes. El mayor corrió hacia la aldea, sintiéndose importante; pues Inmortal había ordenado que le anunciaran el retorno. Pero cuando el niño atravesó la empalizada y estuvo entre las casas, se desanimó. ¿Quién era él para hablar con el más poderoso de los chamanes? ¿Se atrevería a interrumpir un hechizo o una visión? Las atareadas mujeres notaron su consternación.

—Pequeña Liebre —dijo una—, ¿qué ocurre en tu corazón?

Pero eran sólo mujeres, y los viejos eran sólo viejos, y sin duda éste era un asunto de terrible poder si Inmortal se interesaba tanto.

El niño tragó saliva y enfiló hacia una casa. El tepe pardo se erguía ante él. La puerta daba a un interior cavernoso donde ardía una fogata roja. Las familias que la compartían estaban en otra parte, realizando sus tareas o, si no tenían ninguna, descansando junto al río. Quedaba una persona, la que Pequeña Liebre esperaba ver, un hombre vestido con ropa de mujer, moliendo maíz. El hombre alzó los ojos y dijo con su voz serena:

—¿Qué buscas, niño?

Pequeña Liebre tragó saliva.

—Regresan los cazadores —dijo—. ¿Irás a avisar al chamán, Tres Gansos?

El ruido de la piedra cesó. El berdache se levantó.

—Iré —replicó.

Los que eran como él tenían cierto poder contra lo invisible, quizá porque los espíritus les compensaban así la falta de virilidad. Además, era hijo de Inmortal. Se sacudió restos de comida de la piel de ante, se soltó

las trenzas y partió con paso digno. Pequeña Liebre suspiró de alivio antes de regresar a sus tareas. Sentía un cosquilleo de ansiedad. ¡Qué espectáculo darían los jinetes cuando pasaran!

La casa del chamán estaba cerca de la cabaña de medicinas, en el centro de la aldea. Era más pequeña que las demás porque era sólo para él y su familia. Estaba allí con sus esposas. Brillo Cobrizo, la madre de Tres Gansos, estaba sentada fuera, vigilando a las dos pequeñas hijas de Ala de Codorniz, que jugaban al sol. Encorvada y medio ciega, se alegraba de poder ser útil a su edad. En la puerta, Lluvia del Atardecer, que había nacido el mismo invierno que el berdache, ayudaba a su propia hija, Bruma del Alba, a adornar un vestido con plumas teñidas para la inminente boda de la doncella. Saludó al recién llegado y fue a llamar al esposo. Inmortal salió poco después, sujetándose el taparrabo. La joven Ala de Codorniz miró desde dentro con aire desaliñado y feliz.

—Padre —dijo Tres Gansos con el debido respeto, pero sin el temor reverencial propio de los niños como Pequeña Liebre. A fin de cuentas, ese hombre lo había acunado cuando era bebé, le había enseñado a conocer las estrellas, a poner trampas y todo lo que fuera necesario o agradable. Y cuando fue obvio que el joven nunca llegaría a ser un hombre pleno, no lo amó menos sino que aceptó el hecho con la calma de alguien que había visto cientos de vidas perdiéndose en el viento—. Anuncian que la partida de Lobo Corredor viene de regreso.

Inmortal permaneció callado un instante. Frunció el ceño, y una sola arruga le cruzó la cara. El sudor le hacía relucir la piel sobre los tensos músculos como rocío sobre la roca; el pelo era como la roca misma, obsidiana bruñida.

—¿Están seguros de que son ellos? —preguntó.

—¿Y quién más podría ser? —replicó Tres Gansos.

—Enemigos...

—Los enemigos no vendrían tan abiertamente, a plena luz del día. Padre, has oído hablar de los pariki y sus costumbres.

—Oh, claro que sí —murmuró el chamán, como si lo hubiese olvidado y necesitara que se lo recordaran—. Bien, ahora debo darme prisa, pues quiero hablar a solas con los cazadores.

Entró de nuevo en su casa. El berdache y las mujeres intercambiaron miradas inquietas. Inmortal no había estado de acuerdo con la cacería del búfalo, pero Lobo Corredor había reunido a los suyos y había partido deprisa sin dar tiempo para conversar en serio sobre el asunto. Desde entonces Inmortal había meditado, y a veces había llevado aparte a los ancianos, quienes después guardaron silencio. ¿Qué temían?

Pronto reapareció Inmortal. Se había puesto una camisa con fuertes signos grabados con fuego en el cuero. Rizos de pintura blanca le marcaban el semblante; una gorra hecha con la piel de un visón blanco le ceñía la frente. En la mano izquierda llevaba un calabacín con cascabeles, en la mano derecha una vara coronada por el cráneo de un cuervo. Los demás permanecieron aparte, e incluso los niños guardaron silencio. Este ya no era el esposo y padre bondadoso y callado a quien conocían; éste era aquel en quien habitaba un espíritu, el que nunca envejecía, el cual durante las edades había guiado a su gente haciéndola diferente del resto.

Todos callaban mientras caminaba entre las casas. No todos lo miraban con la antigua reverencia. Algunos jóvenes lo seguían con ojos rencorosos.

Atravesó la puerta abierta de la empalizada y las parcelas de maíz, habichuelas y calabazas. La aldea estaba en un risco que daba sobre un río ancho y poco profundo y los álamos de las orillas. Al norte el terreno se curvaba en una vastedad ondulante. Aquí la pradera de hierba corta se transformaba en una llanura de pastos altos. Las sombras se volvían misteriosas sobre las verdes ondas. Los cazadores ya estaban muy cerca. El trepidar de los cascos sacudía la tierra.

Cuando reconoció al hombre a pie, Lobo Corredor dio la orden de alto y frenó. Su mustang relinchó y corcoveó antes de calmarse. Con las perneras contra las costillas del animal, el jinete montaba la bestia como si formara parte de ella. Sus seguidores eran igualmente diestros. Bajo el sol, tanto los hombres como los caballos fulguraban de vitalidad. Algunos empuñaban lanzas, y algunos llevaban arcos y aljabas. Un cuchillo del mejor pedernal colgaba de cada cintura. Llevaban cintas en la cabeza con dibujos de rayos, pájaros de trueno, avispas. De la de Lobo Corredor surgían plumas de águila y grajo. ¿Pensaba que un día echaría a volar?

—Saludos, gran hombre —dijo a regañadientes—. Nos honras.

—¿Cómo ha ido la cacería? —le preguntó Inmortal.

Lobo Corredor señaló hacia las bestias de carga. Traían pieles, cabezas, ancas, lomos, entrañas, vísceras, una abundancia sujetada con cuerdas de cuero. La grasa y la sangre coagulada atraían moscas ahora que estaban detenidos.

—¡Nunca hubo tanta diversión, tanta matanza! —exclamó con euforia—. Dejamos más que esto para los coyotes. Hoy el pueblo comerá hasta hartarse.

—Los espíritus castigarán el despilfarro —advirtió Inmortal.

Lobo Corredor lo miró con ojos entornados.

—¿Qué? ¿Acaso Coyote no se alegra de que también alimentemos a los suyos? Y los búfalos son tan abundantes como las hojas de hierba.

—Un solo incendio puede ennegrecer la tierra...

—Que reverdece con las primeras lluvias.

Se oyeron resuellos cuando el líder se atrevió a interrumpir así al chamán; pero los de la partida no estaban escandalizados. Dos de ellos sonreían. Inmortal ignoró la interrupción, pero su tono se volvió más severo.

—Cuando pasa el búfalo, nuestros hombres van a buscarlo. Primero ofrecen las danzas y sacrificios apropiados. Luego yo explico nuestra necesidad a los fantasmas de las presas, para apaciguarlos. Así ha sido siempre, y hemos prosperado en paz. Vendrán males si abandonamos el antiguo sendero. Te diré qué compensación puedes ofrecer, y te guiaré en ello.

—¿Y volveremos a esperar a que una manada pase cerca de aquí? ¿Trataremos de apartar unos pocos búfalos y matarlos sin que ningún hombre sea herido ni pisoteado? ¿O, con suerte, provocaremos una estampida para que la manada caiga por un precipicio, y veremos como la mayor parte de la carne se pudre antes de que podamos comerla? Si nuestros padres traían poca carne a casa, era porque no podían traer más, ni los perros podían cargar mucho en esas lamentables parihuelas — dijo Lobo Corredor con desdén, sin titubear. Evidentemente, había previsto este enfrentamiento, y había planeado sus palabras.

—Y si las nuevas costumbres traen mala suerte —exclamó Halcón Rojo—, ¿por qué las tribus que las siguen prosperan tanto? ¿Ellos tomarán todo y nosotros nos quedaremos con la carroña?

Lobo Corredor frunció el ceño ordenando silencio. Inmortal suspiró.

—Sabía que hablarías así —le dijo casi con dulzura—. Por tanto te salí al encuentro donde nadie más puede oír. Para un hombre es difícil admitir que se ha equivocado. Juntos hallaremos el modo de enderezar las cosas sin herir tu orgullo. Acompáñame a la cabaña de medicinas, y buscaremos una visión.

Lobo Corredor se irguió contra el cielo.

—¿Visión? —exclamó—. He tenido la mía, viejo, bajo las altas estrellas después de un día de cabalgar con el viento. Vi riquezas desbordantes, hazañas que los hombres recordarán durante más tiempo del que tú has vivido, gloria, maravillas. Nuestros dioses hollan estas tierras, recién salidos de las manos del Creador y montan caballos cuyos cascos suenan como el trueno y despiden rayos. ¡A ti te corresponde hacer la paz con ellos!

Inmortal alzó la vara y sacudió el cascabel. Los rostros se turbaron. Los caballos resoplaron, corcovearon, patearon el suelo.

—No quería ofenderte, gran hombre —se apresuró a decir Lobo Corredor—. Tú deseas que hablemos sin temor y sin alarde, ¿no? Bien, si he hablado con altanería, lo lamento. —Irguió la cabeza—. No obstante, tuve ese sueño. Lo he contado a mis camaradas, y ellos me creen.

Los objetos mágicos del chamán apuntaron a la tierra. Inmortal permaneció inmóvil un rato, oscuro entre la luz del sol y la hierba.

—Debemos hablar más y hallar el significado de lo que ha ocurrido —dijo en voz baja.

—Claro que sí —dijo Lobo Corredor, con alivio y amabilidad—. Mañana. Ven, gran hombre, déjame prestarte mi caballo favorito, y yo caminaré mientras tú entras cabalgando en la aldea. Ahí nos bendecirás como siempre has bendecido a los cazadores que regresan.

—No. —Inmortal se alejó.

Permanecieron callados, perturbados, hasta que Lobo Corredor se echó a reír. Hacía honor a su nombre, pues la risa parecía el aullido del lobo en las comarcas boscosas del este.

—La alegría de nuestro pueblo será bendición suficiente. ¡Y para nosotros las mujeres, más ardientes que sus fogatas! —dijo.

La mayoría rió de mala gana, pero aun así se sintieron alentados. Con Lobo Corredor al frente, azuzaron a los caballos y se lanzaron al galope. Dejaron atrás el chamán, sin mirarlo.

Cuando llegó a la aldea, Inmortal encontró una algarabía. La gente rodeaba la partida, gritaban, daban vivas y festejaban. Los perros aullaban. No sólo había carne en abundancia, sino grasa, hueso, cuerno, tripas, tendones, todo lo que necesitaban para fabricar las cosas que deseaban. Y esto era apenas el comienzo. Las pieles se transformarían en cubiertas para los tipis, cuando no las trocaran en el este por estacas, y familias enteras podían moverse hacia donde desearan, cazar, desollar, curtir, preservar, antes de pasar a la próxima cacería, y la siguiente...

—No de la noche a la mañana —advirtió Lobo Corredor. Luego habló con voz estentórea, por encima del alboroto—. Aún tenemos pocos caballos. Y primero debemos cuidar de éstos que nos han servido bien. —Con tono triunfal—: Pero pronto tendremos mas. Cada hombre tendrá el suyo.

Alguien aulló, otro lo imitó, y pronto la tribu entera se puso a aullar: gritando su signo, su nombre, su futuro liderazgo.

Inmortal pasó de largo. Pocos repararon en él, y desviaron los ojos avergonzados antes de continuar la celebración con entusiasmo.

Las esposas e hijos más pequeños de Inmortal estaban de pie fuera de la casa. Desde allí no podían ver la multitud, pero oían los gritos. Ala de Codorniz miraba hacia allá con curiosidad. Era poco más que una niña. Inmortal se detuvo frente a ellos. Entreabrieron los labios, pero nadie habló.

—Habéis sido buenos al esperar aquí —dijo Inmortal—. Ahora podéis reuniros con los demás, ayudar a preparar la comida, compartir la fiesta.

—¿Y tú? —preguntó Lluvia del Atardecer.

—No lo he prohibido —dijo él con amargura—. ¿Cómo podría hacerlo?

—Te opusiste a los caballos, te opusiste a la cacería —anunció con voz trémula Brillo Cobrizo—. ¿Qué locura los posee que ya no te escuchan?

—Ya aprenderán —declaró Lluvia del Atardecer.

—Agradezco que pronto hallaré confortación con la muerte —dijo Brillo Cobrizo tendiendo una mano nudosa hacia Inmortal—. Pero tú, querido mío, deberás soportar esa afrenta.

Ala de Codorniz miró a sus hijos y se estremeció.

—Id —dijo el hombre—. Disfrutadlo. Además, será prudente. No debemos crear divisiones en el pueblo. Eso podrá destruirlo. Siempre he procurado mantenerlo unido.

Lluvia del Atardecer lo estudió.

—Pero ¿tú te mantendrás aparte?

—Trataré de pensar qué se debe hacer —respondió, y entró en la cabaña de medicinas. Preocupados, tardaron un poco en irse. La inseguridad de Inmortal, a quien habían desafiado, era un golpe en el corazón de todas sus creencias.

Con la entrada hacia el sol naciente, la cabaña se había vuelto sombría a esta hora del día. La luz de la puerta y el agujero del techo se perdían en las sombras que envolvían el suelo circular y las paredes. Los objetos mágicos eran borrones, destellos, bultos agazapados.

2

Inmortal puso estiércol de búfalo en la cavidad central. Trabajó con la barrena y la leña hasta que ardieron las llamas. Tras cubrir el fuego,

llenó su calumet con tabaco que los mercaderes traían desde lejos, la encendió, aspiró y dejó que el aturdimiento sagrado lo llevara a la meditación.

No veía con claridad. Se alegró cuando una forma oscureció la entrada. Para entonces el sol estaba sobre el lado del horizonte que él no podía ver. La luz teñía de amarillo el humo denso y aromático que flotaba sobre las fogatas. El bullicio de la celebración era fuerte y remoto a la vez, casi irreal.

—¿Padre? —susurró una voz.

—Entra —dijo Inmortal—. Bienvenido.

Tres Gansos se agachó, entró, se sentó al otro lado de la cavidad. La cara era apenas visible, surcada por las arrugas de la acechante vejez, llena de la preocupación que un berdache podía manifestar sin vergüenza.

—Esperaba que me acogieras aquí, padre.

—¿Por qué? —preguntó Inmortal—. ¿Alguien te ha ofendido?

—No, no. Todos están alegres. —Tres Gansos hizo una mueca—. Eso es lo que me duele. Aun los viejos parecen haber renunciado a las dudas.

—Excepto tú.

—Y tal vez algunos más. ¿Cómo saberlo? El corazón de muchas mujeres está con nosotros, pero los hombres las arrastran. Y sin duda Lobo Corredor y los suyos han traído un gran botín.

—Promete mucho más para el futuro.

Tres Gansos gruñó una afirmación.

—¿Por qué no compartes esas esperanzas? —le preguntó Inmortal.

—Tú eres mi padre, y siempre has sido bondadoso conmigo —dijo el berdache—. Temo que habrá poca bondad en el mañana que nos promete Lobo Corredor.

—Por lo que sabemos sobre las tribus que han seguido el camino del caballo, así es.

—He oído decir a los hombres, cuando lograba oír sus conversaciones, que algunas están obligadas a ello.

—Es verdad. Son expulsadas hacia la pradera desde sus antiguos hogares, las tierras boscosas del este, por invasores que vienen desde más al este. Dicen que esos invasores usan armas horrendas que escupen rayos. Las reciben de los extranjeros de piel pálida sobre los parki, han adoptado el caballo por propia voluntad, y vienen desde el oeste, desde aquellas montañas.

»No tenían por qué hacerlo. Nosotros no tenemos por qué hacerlo. He hablado con viajeros, traficantes, todos los que traen noticias del exterior. Al norte, los arikara, los hidatsa y los mandan siguen las antiguas tradiciones. Conservan la fuerza, el bienestar, la satisfacción. Preferiría que nosotros hiciéramos lo mismo.

—He hablado con dos o tres de los jóvenes que trajeron caballos a pesar de tu consejo, padre —dijo Tres Gansos—. Uno de ellos salió con Lobo Corredor, primero para practicar; luego en la cacería de búfalos. Dice que no se propone faltar el respeto ni dar por tierra con nada. Sólo quiere lo que hay de bueno para nosotros en las nuevas costumbres.

—Lo sé. También sé que no se puede escoger. El cambio es un hato de medicinas. Lo rechazas todo, o aceptas todo.

—Padre —dijo Tres Gansos, la voz afinada por el pesar—, no cuestiono tu sabiduría, pero sé que algunos la ponen en duda. Se preguntan si puedes entender el cambio, tú que vives al margen del tiempo.

Inmortal sonrió tristemente en la penumbra.

—Qué extraño, hijo mío. Sólo ahora, cuando te acercas al final de tus días, hablamos con entera confianza. —Aspiró el aire—. Bien, rara vez hablo de mi juventud. Fue hace tanto tiempo que parece un sueño olvidado. Pero en mi infancia mi padre hablaba de la sequía de muchos años, que obligó a nuestro pueblo a emigrar hacia el este desde las tierras altas, para hallar aquí un hogar mejor. Aún aprendíamos a ser un pueblo de las planicies cuando llegué a ser hombre. Entonces no sabía que era lo que soy. No, esperaba envejecer y tenderme a reposar en la tierra como todos los demás. Cuando poco a poco comprendimos que no era así... ¿qué cambio más estremecedor puedes imaginar? Como era claro que los dioses me habían elegido, debí buscar al chamán, pedirle que me instruyera, pasar de ser hombre a ser discípulo, y luego de padre de familia a chamán. Y los años volaban deprisa. Vi nacer niñas a quienes desposé cuando crecieron y a quienes sepulté cuando murieron, junto con los hijos. Vi más tribus que llegaban a las llanuras, y estalló la guerra entre ellas. ¿Sabes que fue sólo en la infancia de tu madre cuando decidimos construir la empalizada?

—Es verdad, cierto temor por mí ha contribuido a ahuyentar a los enemigos, pero... Lobo Corredor ha tenido una visión de nuevos dioses.

»Sí, hijo mío —rió con fatiga—. He conocido el cambio. He sentido que el tiempo corría como un río caudaloso, arrastrando en su torrente esperanzas naufragadas. ¿Ahora entiendes por qué intento prevenir a mi pueblo contra el cambio?

—Deben escucharte —gruñó Tres Gansos—. Haz una medicina que les abra los ojos y les destape los oídos.

—¿Quién puede preparar una medicina contra el tiempo?

—Si alguien puede, padre, ése eres tú. —El berdache se abrazó el cuerpo y tiritó, aunque el aire todavía estaba templado—. Llevamos una vida buena, una vida dichosa. ¡Haz que continúe!

—Lo intentaré —dijo Inmortal—. Déjame a solas con los espíritus. —Extendió los brazos—. Pero antes permíteme abrazarte, hijo mío.

El cuerpo viejo y frío tembló contra la carne firme y tibia, luego Tres Gansos dijo adiós y se marchó. Inmortal permaneció inmóvil mientras los rescoldos se apagaban y la noche brotaba de la tierra. El ruido continuaba, tambores, cánticos, pies brincando alrededor de una gran hoguera. Creció cuando la puerta resplandeció de nuevo. Había despuntado la luna llena. Ese gris se volvió negro cuando la luna subió más, aunque fuera el suelo permaneció blanco. Al fin los festejos se acallaron hasta que el silencio tendió su manto sobre la aldea.

No había acudido ninguna visión. Tal vez acudiera un sueño. Había oído que los hombres de las tribus nómadas a menudo se torturaban con la esperanza de invocar así los espíritus. Él se atendría a las antiguas armonías naturales. Durmió sobre pieles apiladas, echándose una encima.

Las estrellas surcaron el cielo. El rocío titiló en el frío profundo. Los coyotes callaron. Sólo el río murmuraba a lo largo de las orillas, al pie de los álamos, alrededor de los bancos de arena, escapando de la luna en descenso.

Lentamente, las estrellas del este palidecieron mientras esa parte del cielo se aclaraba.

Los cascos que se acercaban apenas rompieron la quietud. Desmontaron jinetes, dejaron sus animales a cargo de compañeros escogidos y se acercaron a pie.

Se proponían robar los caballos atados fuera de la empalizada. Un niño que montaba guardia los vio y corrió hacia la puerta. Gritó una advertencia hasta que un guerrero lo alcanzó. Un lanzazo lo abatió. Pequeña Liebre gorgoteó a través de la sangre que le inundaba la boca. Pataleó hasta caer hecho un guiñapo. Gritos de guerra desgarraron el alba.

—¡Afuera! —rugió Lobo Corredor frente a su casa—. ¡Es un ataque! ¡Salvad los caballos!

Fue el primero en salir a campo abierto, pero los hombres lo seguían en un enjambre, casi desnudos, empuñando las armas que habían cogido. Los forasteros se lanzaron sobre ellos. Se oyeron palabras extranjeras.

Silbaron flechas. Los hombres gritaban al caer; con menos dolor que furia. Lobo Corredor empuñaba un tomahawk. Buscó al grueso del enemigo y atacó como un tornado.

Los aldeanos, aunque desconcertados, superaban en número a los atacantes. El líder pariki ladró órdenes, agitando la lanza. Sus guerreros se reunieron alrededor de él. Como un solo hombre, apartaron a los defensores y entraron por la puerta abierta.

La luz del alba se intensificó. Como perros de la pradera, las mujeres, los niños y los viejos se recluyeron en las casas. Los pariki rieron y los persiguieron.

Lobo Corredor perdió tiempo en reunir a sus consternados guerreros. Mientras tanto, los pariki se adueñaban de lo que podían —una mujer o un niño, finas pieles, una túnica de búfalo, una camisa con coloridas plumas— y se juntaron en el camino que conducía a la puerta.

Un guerrero encontró a una bella joven con una mujer madura y una vieja en la casa más pequeña, cerca de una cabaña redonda. Ella gimió y le arañó los ojos. Él le sujetó las muñecas contra la espalda y la arrastró, a pesar de sus forcejeos y de los esfuerzos de las otras para detenerlo. Un hombre salió de la cabaña. Estaba desarmado, salvo por una vara y un cascabel. Cuando los sacudió, el guerrero aulló y lo amenazó con el tomahawk. El hombre tuvo que retroceder. El atacante y su presa se reunieron con el resto de los enemigos.

Los hombres de Lobo Corredor se agruparon en la entrada. A sus espaldas, los pariki que cuidaban los caballos llegaron al galope, con las bestias libres sujetas con cuerdas. Los aldeanos se dispersaron. Los atacantes cogieron las crines, montaron de un brinco, llevando consigo el botín o los cautivos. Los hombres que ya estaban montados ayudaron a los camaradas heridos y recogieron a tres o cuatro muertos.

Lobo Corredor aullaba, alentando a su gente. No les quedaban flechas, pero al menos logró reunir hombres suficientes para que el enemigo no intentara atacar de nuevo. Los pariki cabalgaron hacia el oeste, llevándose sus trofeos. Aturdidos de horror; los aldeanos no los persiguieron.

Despuntó el sol. La sangre relucía.

Inmortal inspeccionó el campo de batalla. La gente estaba atareada. Algunos mutilaron dos cadáveres que el enemigo no había recobrado, para que sus fantasmas erraran para siempre en las tinieblas; esas personas lamentaban no tener prisioneros vivos para matarlos con torturas. Otros atendían a sus propios muertos. Tres Gansos estaba entre los que cuidaban a los heridos. Sus manos calmaban la angustia; su voz serena ayudaba a los hombres a contener los gritos.

Inmortal se reunió con él. Las artes curativas formaban parte de la sabiduría del chamán.

—Padre —dijo el berdache—, creo que te necesitamos más para que prepares medicinas contra nuevos infortunios.

—No sé si me queda poder para ello —replicó Inmortal.

Tres Gansos hundió una lanza en un hombre, hasta que la cabeza salió por atrás y pudo sacarla del todo. La sangre manaba, las moscas zumbaban. Tapó el orificio con hierba.

—Me avergüenza no haber participado en la lucha —murmuró.

—Hace tiempo que no eres joven, y la lucha nunca fue para ti —dijo Inmortal—. Pero yo..., bien, me cogió por sorpresa, y he olvidado lo que alguna vez supe sobre el combate.

Lobo Corredor se acercó, evaluando los daños. Oyó la conversación.

—Ninguno de nosotros sabía nada —rezongó. Nos irá mejor la próxima vez.

Tres Gansos se mordió el labio. Inmortal calló. Después cumplió con sus deberes de chamán. Con su discípulo, que el día anterior no se le había acercado, celebró los ritos para los caídos, obró hechizos para que cerraran las heridas, hizo ofrendas a los espíritus.

Un anciano se armó de coraje para preguntarle por qué no buscaba presagios.

—El futuro se ha vuelto muy extraño —respondió Inmortal, para sorpresa del viejo. Al atardecer fue a consolar a los hijos de Ala de Codorniz por la captura de la madre, antes de regresar a solas a la cabaña de medicinas.

La mañana siguiente enterraron a los muertos. Luego bailaron en su honor. Pero antes los hombres se juntaron en un sitio que había conocido reuniones más felices. Lobo Corredor lo había exigido —no un consejo de ancianos que buscara con calma un acuerdo, sino todos los hombres que pudieran caminar— y nadie se atrevió a contradecirlo.

Se reunieron ante una loma cerca del linde del risco. Desde allí se veía, al este, el ancho y pardo río con sus álamos, los únicos árboles a la vista; al este de la empalizada, los campos apiñados, con viejos y gastados túmulos funerarios; en otras partes, rutilantes hierbas verdes y blancas que ondeaban bajo el viento ululante. Las nubes pasaban proyectando sombras contra la cruda luz del sol. Negras cabezas de tormenta acechaban en el oeste. Desde aquí, las obras del hombre parecían meros hormigueros, desprovistos de vida. Sólo los caballos se movían a la distancia. Tironeaban de las cuerdas, ansiosos de liberarse.

Lobo Corredor subió a la loma y alzó un brazo.

—Oídme, hermanos míos —dijo. Arropado en una túnica de búfalo, parecía más alto de lo que era. Se había abierto tajos en las mejillas en señal de duelo y se había pintado franjas negras en la cara en señal de venganza. El viento le agitaba el penacho de plumas—. Sabemos cuánto hemos sufrido —dijo a los ojos y almas que lo escrutaban—. Ahora debemos pensar por qué ocurrió y cómo impediremos que ocurra de nuevo.

»Las respuestas son simples. Tenemos pocos caballos. Tenemos pocos hombres que sepan cazar con ellos, y no tenemos guerreros avezados. Somos pobres y estamos solos, apiñados dentro de nuestras míseras paredes, viviendo de nuestras magras cosechas. Entretanto, otras tribus cabalgan para coger la riqueza de las llanuras. Nutridas con carne, se fortalecen. Pueden alimentar muchas bocas, y así engendrar muchos hijos varones, que luego se convierten en jinetes cazadores. Tienen el tiempo y las agallas para aprender a guerrear. Sus tribus están muy desperdigadas, pero los unen orgullosas fraternidades, ligadas por juramentos. ¿Debe asombrarnos que seamos su presa?

Lanzó una dura mirada a Inmortal, quien estaba en la fila delantera, al pie de la loma. El chamán se la devolvió con ojos firmes pero inexpresivos.

—Durante varios años se contuvieron —dijo Lobo Corredor—. Sabían que entre nosotros había un lleno del poder de los espíritus. No obstante, un puñado de jóvenes, al fin, decidió intentar una incursión. Creo que algunos de ellos tuvieron visiones. Las visiones acuden fácilmente al que cabalga día tras día por espacios desiertos y acampa noche tras noche bajo los cielos constelados de estrellas. Tal vez se exhortaron unos a otros. Supongo que sólo querían nuestros caballos. La lucha fue muy sangrienta porque nosotros ignorábamos cómo librarla. Esto también debemos aprenderlo.

»Pero lo que han descubierto los pariki, y lo que pronto sabrán todos los que recorren las praderas, es que hemos perdido nuestra defensa. ¿Qué nueva medicina tenemos?

Se cruzó de brazos.

—Te pregunto, gran Inmortal, ¿qué nueva medicina puedes preparar? —dijo.

Lentamente, se hizo a un lado.

Los hombres susurraron bajo la humedad helada que descendía de las nubes. Clavaron los ojos en el chamán, quien permaneció quieto un instante. Luego subió a la loma y se encaró a Lobo Corredor.

No se había puesto ornamentos, sólo la ropa de piel de ante. Al lado del otro hombre, parecía enclenque, un ser sin vitalidad. Pero habló con firmeza.

—Primero déjame preguntarte, a ti que no respetas a los ancianos, déjame preguntarte qué deseas que haga tu pueblo.

—¡Ya lo he dicho! —declaró Lobo Corredor—. Debemos conseguir más caballos. Podemos criarlos, comprarlos, capturarlos y, sí, también robarlos. Debemos ganar nuestra parte de las riquezas de las praderas. Debemos dominar las artes de la guerra. Debemos buscar aliados, formar fraternidades, ocupar nuestro sitio legítimo entre los pueblos que hablan las lenguas lakotan. Y debemos comenzar de inmediato, antes de que sea tarde.

—Así es tu comienzo —murmuró Inmortal—. El final es que abandonarás tu hogar y las tumbas de tus antepasados. No tendrás más morada que vuestros tipis, y seréis vagabundos en la tierra, como el búfalo, el coyote y el viento.

—Quizá —replicó Lobo Corredor con la misma firmeza—. ¿Qué tiene de malo?

Corrió un murmullo entre la mayoría de los presentes; pero varios jóvenes cabecearon como caballos.

—Sé respetuoso —chilló un viejo, nieto del chamán—. Él es todavía el Inmortal.

Lo es —admitió Lobo Corredor—. He dicho lo que había en mi corazón. Si es erróneo, dilo. Entonces dinos qué hacer.

Sólo él oyó la respuesta. El resto la adivinó, y algunos lucharon con el terror mientras otros meditaban y otros temblaban como en una cacería.

—No puedo.

Inmortal se alejó de Lobo Corredor y echó a andar hacia los reunidos. Elevó la voz, y cada palabra cayo como una piedra.

—Ya no tengo nada que hacer aquí. No tengo más medicina. Antes que vosotros hubierais nacido, me llegaron rumores sobre estas nuevas criaturas, los caballos, y los extraños hombres que habían cruzado grandes aguas dominando el rayo. Con el tiempo los caballos llegaron a nuestra comarca, y lo que yo temía comenzó a ocurrir. Hoy está hecho. Nadie sabe qué resultará de ello. Todo lo que yo sabía se me ha disuelto entre los dedos.

»Debáis cambiar o no (y quizá debáis hacerlo, pues no sois suficientes para defender un campamento), cambiaréis, pueblo mío.

Muchos de vosotros lo desean, y arrastrarán a los demás. Yo ya no puedo. El tiempo me ha alcanzado. —Alzó la mano—. Con mi bendición, pues, dejadme ir.

—¿Ir? —exclamó Lobo Corredor—. ¡Claro que no! Siempre has sido nuestro.

Inmortal apenas sonrió.

—Si algo he aprendido durante tantas generaciones —dijo—, es que no hay «siempre».

—¿Pero adónde irías? ¿cómo?

—Mi discípulo puede llevar a cabo lo necesario, hasta que consiga medicina más fuerte de las tribus guerreras. Mis hijos crecidos se encargarán del bienestar de mis dos esposas viejas y mis hijos pequeños. En cuanto a mi, creo que viajaré a solas en busca de renovación, o bien de la muerte y el final de mis afanes. —Rodeado por el silencio, concluyó—: Os serví bien mientras pude. Ahora dejadme partir.

Caminó cuesta abajo, alejándose sin mirar atrás.

XIII
El camino de la vasija

Los fulgores y estruendos de la tormenta duraron toda la noche. Por la mañana el cielo estaba despejado y todo chispeaba, pero los campos estaban demasiado mojados para trabajar. No importaba. Las cosechas eran buenas, una alfalfa de un verde profundo, y el maíz estaría alto para el Cuatro de Julio. Matthew Edmonds decidió que después de las faenas y el desayuno repararía el arado. Tenía que afilar la reja y había una fisura en el balancín. Si lo reforzaba, podría usarlo otra temporada antes de que la prudencia aconsejara un reemplazo. Además, Jane necesitaba que le arreglara varias cosas en la casa. Cerró la puerta de la cocina y aspiró el aire fresco y húmedo, cargado con los olores del suelo, los animales, las plantas. A la derecha, el sol acababa de ascender desde los árboles que había detrás del establo; la veleta con forma de gallo reflejaba la luz contra un cielo profundo. El patio estaba enfangado, pero los charcos brillaban como espejos. Miró el silo, el porquerizo, el gallinero, los acres ondulantes cargados con la fecundidad de la tierra. ¿Era posible retribuir de veras las bendiciones del Señor?

Algo fluctuó en la lontananza. Edmonds volvió la cabeza a la izquierda. Desde allí se veía la carretera del condado, a cien metros por el mareen oeste de la propiedad. Al otro lado se extendía la finca de Jesse Lyndon, pero la casa estaba al norte, oculta por su propia arboleda. La calzada de los Edmonds también estaba oculta, bordeada por manzanos cuyos frutos empezaban a hincharse entre hojas relucientes. Entre ellos corría una mujer.

Por suerte, Jacob, su hijo de diez años, se había llevado a Jefe, el mestizo de collie, para que lo ayudara a apacentar las vacas. La mujer se asustó de los ladridos de Frankie, que era sólo un fox terrier. Al menos, retrocedía agitando las manos. Pero seguía corriendo. No, tambaleó, agotada, a punto de caer. Sólo llevaba encima un vestido delgado que alguna vez había sido amarillo y le llegaba a las pantorrillas. Andrajoso, mugriento, empapado, se pegaba a la piel que cubría un cuerpo flaco. Esa piel tenía el color del café liviano.

Edmonds bajó la escalinata y echó a correr.

—¡Frankie, basta ya! —bramó—. ¡Cállate! —El perro se apartó y meneó la cola, con la lengua fuera.

El hombre y la mujer se encontraron cerca del granero, se detuvieron y se miraron. Ella aparentaba unos veinte años, a pesar de las penurias que había sufrido. Bien alimentada, sería esbelta y alta en vez de

esmirriada. La cara era especial, angosta, con la nariz curva y no muy ancha, los labios apenas más carnosos que en algunos blancos, ojos grandes con bellas pestañas largas. El pelo corto no era ensortijado; se expandiría como una mata si se dejaba crecer. Edmonds pensó con pesadumbre que un propietario de esclavos debía de haber forzado a su madre o su abuela.

Ella resoplaba. Trató de enderezarse, pero un temblor la sacudió.

—Tranquila, tranquila—dijo Edmonds—. Estás con amigos. Ella le clavó los ojos. Era un hombre corpulento y rubio, con ropa inusitadamente oscura y un sombrero de copa chata y alas anchas. Al cabo de un instante farfulló:

—¿Usted, amo Edmonds?

—Sí —asintió con voz reposada—. Y creo que tú eres una fugitiva.

Ella alzó las manos.

—Por favor, amo, por favor, me siguen. Están cerca.

—Entonces, ven. —Le cogió el brazo y la condujo por el patio hasta la puerta de la cocina.

Era una habitación amplia y soleada, inmaculadamente limpia pero llena de olores dulzones. Jane Edmonds estaba dando de comer a Nellie, que aún no tenía un año, mientras que William, de cuatro, se erguía sobre un taburete y enérgicamente bombeaba agua en una cacerola recién sacada de la estufa. El contenido humeaba en una sartén. Todos se quedaron petrificados cuando aparecieron el padre y la muchacha negra.

—Esta joven necesita refugio, y deprisa —le dijo Edmonds a la esposa.

Esa mujer de huesos menudos, cuyo pelo rojo asomaba bajo un pañuelo, soltó la cuchara y se aferró el puño con los dedos.

—Cielos, no tenemos preparado ningún escondrijo. —Y añadió con decisión—. Bien, el altillo servirá. El sótano es mal lugar. Tal vez el viejo baúl, si examinan la casa...

La joven negra se apoyó en el fregadero. Ya no jadeaba ni temblaba, pero tenía los ojos desorbitados.

—Ve con Jane —le dijo Edmonds—. Haz lo que te dice. Cuidaremos de ti.

Ella movió la mano oscura y empuñó el gran cuchillo de trinchar. —¡No me atraparán viva! —gritó.

—Deja eso —dijo Jane, alarmada.

—Niña, niña, no debes ser violenta —añadió Edmonds—. Confía en el Señor.

La muchacha retrocedió asiendo el cuchillo.

—No quiero lastimar a nadie —respondió con voz agitada—, pero si me encuentran me mataré antes de dejarme llevar, y primero mataré a uno de ellos si el Señor me ayuda.

—¿Qué te han hecho para ponerte así?—preguntó Jane con ojos llorosos.

Edmonds ladeó la cabeza.

—Frankie esta ladrando de nuevo. No esperes. Déjale conservar el cuchillo, pero ocúltala. Yo iré a hablarles.

Como tenía las botas embarradas, salió directamente y rodeó la esquina de la casa para enfilar hacia el porche del lado oeste. El camino se ramificaba donde terminaban los manzanos y un brazo conducía al sur. Edmonds silenció al perro y se plantó en el escalón ante el cancel con los brazos cruzados. Cuando los dos hombres lo vieron, trotaron hacia él y contuvieron las riendas.

Los caballos estaban sudados pero bastante frescos. En cada silla de montar había una escopeta enfundada y de cada cinturón colgaba un revólver. Un jinete era corpulento y rubio, el Otro flaco y moreno.

—Buenos días, amigos —saludó Edmonds—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Perseguimos a una negra fugitiva—dijo el rubio—. ¿La ha visto usted?

—¿Cómo saberlo? —dijo Edmonds—. Ohio es un estado libre. Toda persona de color que pasara sería tan libre como usted o yo.

El hombre moreno escupió.

—¿Cuántos tiene usted por aquí? Son todos fugitivos, y usted lo sabe bien, cuáquero. —No lo sé, amigo —dijo Edmonds con una sonrisa—. Vaya, podría nombrar a George, el de la tienda, a Caesar, el de la herrería, a Mandy, la ama de llaves de los Abshire.

—Basta de demorarnos —rezongó el rubio—. Escuche, esta mañana temprano la vimos a distancia. Se escurrió entre unos árboles y se nos escapó, pero éste es el único lugar al que ha podido venir, y encontramos huellas de pies descalzos en el camino.

—¡Y en su sendero! —graznó el acompañante.

Edmonds se encogió de hombros.

—Pronto llegará el verano. Los niños se quitan los zapatos cuando los dejamos.

El rubio entornó los ojos.

—De acuerdo, amigo —murmuró—. Si es usted tan inocente, no le importará que registremos su casa, ¿verdad?

—Tal vez ella haya entrado sin que usted la viera —sugirió el otro con una sonrisa forzada—. No le gustaría eso, teniendo usted esposa e hijos. Tan sólo nos cercioraremos.

—Sí, usted no quebrantaría la ley —dijo el primero—. Sin duda, cooperará. Ven, Alien.

Iba a desmontar, pero Edmonds alzó la manaza.

—Espere, amigo —dijo en voz baja—. Lo siento, pero no puedo invitarlos a entrar.

—;Eh? —gruñó el rubio.

Alien rió entre dientes.

—Teme que su esposa se enfade si le manchamos el suelo, Gabe. No se preocupe, compañero, nos limpiaremos bien las botas.

Edmodns meneó la cabeza.

—Lo lamento, amigos, pero no son bienvenidos. Por favor lárguense.

—¡Entonces, usted tiene a esa negra! —estalló Gabe.

—No he dicho eso, amigo. Es sólo que no deseo hablar más con ustedes. Por favor, márchense de mi propiedad.

—Escuche, ayudar a un fugitivo es un delito federal. Le costaría mil dólares o seis meses en la cárcel. La ley establece que debe usted ayudarnos.

—Una ordenanza inocua, tan errónea como los planes del presidente Pierce para Cuba, claramente contrarios a los mandamientos de Dios.

Alien desenfundó la pistola.

—Le daré un mandamiento —gruñó—. Apártese.

Edmonds no se movió.

—La Constitución nos garantiza a mí y a mi familia el derecho de estar a salvo en nuestro hogar —replicó con calma.

—Por Dios... —Alien alzó el arma—. ¿Quiere que le dispare?

—Sería una pena. Lo colgarían a usted, como bien sabe.

—Guarda eso, Alien. —Gabe se irguió en la silla—. De acuerdo, protector de negros. El pueblo no está lejos. Iré allá y conseguiré una orden y un alguacil. Alien, tu vigila y cuida de que nadie se escabulla mientras no estoy. —Se volvió hacia Edmonds—. ¿O prefiere ser razonable? Es su última oportunidad.

—A menos que el Señor me indique lo contrario —dijo Edmonds—, creo que soy el único hombre razonable aquí, y ustedes, amigos míos, están muy equivocados.

—¡Vale! Era hora de que empezáramos a escarmentar a algunos. Vigila, Alien. —Gabe hizo girar el caballo y le espoleó los flancos. Se alejó al galope en una lluvia de lodo. El trepidar de los cascos tapó los ladridos de Frankie.

—Ahora, amigo, tenga la amabilidad de largarse —le dijo Edmonds a Alien. El *cazador* de esclavos sonrió:

—Oh, creo que simplemente cabalgaré por aquí en esta hermosa mañana. No estropearé nada ni husmearé en ninguna parte.

—No obstante, estará violando propiedad privada.

—No creo que el juez lo llame así, considerando que usted quebranta la ley.

—Amigo, en nuestra familia siempre hemos procurado humildemente observar la ley.

—Sí, sí. —Alien cogió la escopeta y la apoyó en el pomo de la silla. Chasqueó la lengua y el caballo echó a andar.

Edmonds regresó adentro. Jane estaba agachada, limpiando las huellas del suelo. Se levantó y guardó silencio mientras el esposo le contaba lo ocurrido.

—¿Qué haremos? —preguntó.

—Debo pensar —respondió él—. Sin duda el Señor proveerá. —Volvió los ojos hacia William—. Hijo mío, eres feliz porque eres pequeño y no conoces el mal. Sin embargo, tú puedes ayudar. Por favor, guarda silencio, a menos que necesites algo, y habla sólo con tu madre. No digas una palabra a nadie hasta que te lo diga. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, padre —exclamó el niño, complacido por la responsabilidad.

Edmonds rió.

—A tu edad, no será tan fácil. Luego te contaré una historia sobre otro niño llamado William. Se hizo famoso por callar. Aún hoy lo llaman William el Silencioso. Pero será mejor que te mantengas apartado. Puedes ir a jugar con tus juguetes.

El niño se marchó. Jane se frotó las manos.

—Matthew, ¿debemos arriesgar a los niños?

Edmonds le cogió ambas manos.

—Es mucho más arriesgado no oponerse a la maldad... Bien, ve a ver a Nellie. Será mejor que acompañe a Jacob en su camino de regreso. Y todos tenemos trabajo que hacer.

Su hijo mayor, bronceado y rubio, venía desde el establo cuando Edmonds salió de nuevo. Caminó sin prisa hacia él. Alien los vio desde lejos y cabalgó hacia ambos. El perro grande, Jefe, oyó problemas y gruñó.

Edmonds lo calmó.

—Jacob —dijo—, ve a lavarte.

—Claro, padre —le respondió el niño, sorprendido.

—Pero no vayas a la escuela. Espera en casa. Creo que tenemos un recado para ti.

El niño abrió los ojos azules, miró al forastero, miró de nuevo al padre: había comprendido.

—¡Sí, señor! —dijo, echando a correr.

Alien se detuvo.

—¿De qué hablaban? —preguntó.

—¿Acaso un hombre ya no puede hablar con su propio hijo en estos Estados Unidos? —replicó Edmonds con cierta rudeza—. Casi deseo que mi religión me permitiera echarlo a puntapiés de mi propiedad. Entretanto, déjenos hacer nuestras tareas, que al menos no perjudican a nadie.

A pesar de sus armas, Alien se intimidó. Edmonds sé irguió imponente como un oso.

—Tengo que ganarme la vida, igual que usted —masculló el cazador de esclavos.

—Hay muchos trabajos honestos. ¿De dónde es usted?

—Kentucky. ¿De qué otra parte? Hace días que Gabe Yancy y yo seguimos a esa negra.

—Entonces la pobre criatura debe de estar medio muerta de hambre y fatiga. El Ohio es un río ancho. No pensará que ella ha cruzado a nado, ¿verdad?

—No sé cómo, pero los negros tienen sus trucos. Alguien la vio ayer en la otra orilla, como si pensara cruzar. Así que esta mañana

atravesamos el río en la barcaza y encontramos a alguien que la había visto. Y luego la vimos con nuestros propios ojos, hasta que se perdió en la arboleda. Si tan sólo tuviéramos un par de perros...

—Vaya valentía, cazar a mujeres desarmadas como si fueran animales.

El jinete se inclinó hacia delante.

—Escuche —dijo—, no es sólo la fugitiva de una plantación. Tiene algo raro, algo peligroso. Por eso el señor Montgomery deseaba venderla en el sur. La quiere de vuelta por más dinero del que vale. —Se relamió los labios—. Y no olvide que si ella escapa usted le deberá mil dólares a Montgomery, además de la multa y la cárcel.

—Siempre que prueben que yo tuve algo que ver con la fuga.

—No se saldrá de ésta con mentiras —exclamó airadamente el otro.

—Mentir va contra los principios de la Sociedad de Amigos. Ahora permítame continuar con mi labor.

—Conque usted no le miente a nadie, ¿eh? ¿Está dispuesto a jurar que no esconde a ningún negro?

—Jurar también va contra nuestra religión. No mentimos, eso es todo. Eso no significa que tengamos que entablar conversación.

Edmonds le dio la espalda y echó a andar. Alien no lo siguió, sino que al cabo de un minuto continuó patrullando.

En la penumbra del cobertizo, Edmonds empezó a reparar el arado. No se podía concentrar en la tarea. Al final regresó a la casa. Alien lo seguía con la mirada.

—¿Cómo está nuestra huésped? —le preguntó Edmonds a Jane, dentro de la casa. —Le he llevado comida. Está famélica. Ésta es la primera estación que encuentra.

—¿Huyó sin ninguna ayuda?

—Bien, había oído hablar del Ferrocarril Clandestino, pero sólo sabe que existe. Se alimentó de raíces y juncos, a veces comió algo en una cabaña de esclavos. Cruzó el río a nado anoche, durante la tormenta, manteniéndose a flote con un tronco.

—Si alguna vez alguien se ha ganado la libertad, es ella. ¿Cómo nos ha encontrado?

—Se cruzó con un hombre de color y le preguntó. Por lo que me ha explicado, tiene que haber sido Tommy Bradford.

Edmonds frunció el ceño.

—Será mejor que hable con Tommy. Es buena gente, pero tendremos que ser más cautos en el futuro... Bien, somos nuevos en este tráfico. Nuestra primera pasajera.

—Demasiado pronto —dijo ella, con temor—. Tendríamos que haber esperado a tener preparado el escondrijo.

—Este deber no puede esperar, querida.

—No, pero... ¿Qué haremos? Esos temibles antiabolicionistas del vecindario se alegrarían de vernos en la ruina...

—No hables mal de la gente. Jesse Lyndon está equivocado, pero no es hombre de mal corazón. Al final verá la luz. Entretanto tengo una idea. —Edmonds alzó la voz—. ¡Jacobs!

El niño entró en el cómodo y austero vestíbulo.

—Sí, padre —dijo con excitación.

Edmonds le apoyó una mano en el hombro.

—Escucha bien, hijo. Tengo un encargo. Hoy tenemos una huésped. Por razones que no necesitas saber, se aloja en el altillo. Su ropa no es la adecuada. Es todo lo que tenía, pero le daremos ropa decente. Quiero que lleves esas prendas viejas y sucias a otra parte y te liberes de ellas. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, claro, pero...

—Te dije que escucharas bien. Puedes ir descalzo, pues sé que te agrada, y llevar un cesto. Recoge leña para el fuego en el camino de regreso, ¿vale? Guarda el vestido en el cesto. No queremos que nadie se ofenda. No hay prisa. Llega hasta el bosque de los Lyndon. No recojas leña allí, desde luego, pues eso sería un robo. Pasea, disfruta de la bella creación de Dios. Cuando estés solo, ponte un pañuelo negro que te dará tu madre para cubrirte el pelo del sol. Hay bastante barro. Harías bien en arremangarte la camisa y los pantalones y ponerte el vestido encima. Así mantendrás limpia tu ropa, ¿entiendes? No obstante, te enlodarás la cabeza, los brazos y las piernas, hasta ponerte negro. Bien, recuerdo que eso me agradaba cuando niño. —Edmonds rió—. ¡Hasta que regresaba y me veía mi madre! Pero hoy es un día de fiesta para ti, así que ese descuido será tolerable. —Hizo una pausa—. Si llegas a pasar cerca de la casa de los Lyndon, y te ven, no te detengas. No los mires de frente, avanza deprisa. Se escandalizarían al saber que el joven Jacob Edmonds está vestido y enlodado de esa manera. Intérnate en el bosque y entierra el vestido en alguna parte. Luego regresa a nuestra tierra y recoge la leña. Tal vez esto te lleve varias horas. —Le estrujó el hombro y sonrió—. ¿Qué te parece?

—¡Sí, señor! —exclamó atónito—. ¡Maravilloso! ¡Puedo hacerlo!

—Matthew, querido, es sólo un niño —protestó Jane asiendo el brazo de su esposo.

Jacob se ruborizó. Edmonds alzó la palma.

—No correrá peligro si es tan listo como creo. Y tú —le dijo severamente al niño—, recuerda que a Jesús no le agradan los alardes. Mañana te daré una nota para el maestro, diciendo que hoy necesitaba tu ayuda aquí. Eso es todo lo que ambos deberemos decir sobre esto. ¿Entiendes?

Jacob irguió los hombros.

—Sí, señor. Entiendo.

—Bien. Será mejor que yo vuelva al trabajo. Que te diviertas. —Edmonds acarició la mejilla de la esposa antes de salir.

Cuando cruzaba el patio, Alien se le acercó.

—¿Qué estaba haciendo? —rugió.

—Metiéndome en mis propios asuntos —exclamó Edmonds—. Tenemos una granja, ¿se entera? —Entró en el cobertizo y continuó con la faena.

Era cerca del mediodía y empezaba a tener hambre —Jacob sin duda estaría devorando los bocadillos preparados por Jane— cuando ladraron los perros y Alien soltó un grito. Edmonds salió a la tibia luz del sol. Junto a Gabe cabalgaba un hombre de pelo castaño y rostro joven y cejijunto. Los tres se acercaron al granjero.

—Buenos días, amigo Peter—saludó jovialmente Edmonds.

—Hola. —El alguacil Frayne masculló el saludo. Titubeó unos segundos antes de continuar—. Matt, lo lamento, pero este hombre acudió al juez Abshire y tiene una orden para registrar tu casa.

—Debo decir que el juez no se ha comportado como buen vecino.

—Tiene que aplicar la ley, Matt. También yo.

—Todos deben hacerlo —asintió Edmonds—, cuando es posible.

—Bueno, ellos afirman que ocultas aquí a una esclava fugitiva. Es un delito federal, Matt. No me agrada, pero es la ley del país.

—Hay otra Ley, Peter. Jesucristo la anunció en Nazaret: *El espíritu del Señor está conmigo, pues me ha ungido para predicar la buena nueva a los pobres, me ha encomendado curar a los dolientes, predicar la liberación de los cautivos y devolver la vista a los ciegos, poner en libertad a los lastimados.*

—¡Basta de prédicas, cuáquero! —gritó Gabe. Estaba cansado y sudado, nervioso después de tanto trajín—. Alguacil, cumpla con su deber.

—Busquen cuanto quieran. No encontrarán una esclava en estas tierras —declaró Edmonds.

Frayne lo miró sorprendido.

—¿Lo juras?

—Sabes que no puedo jurar, Peter. —Edmonds guardó silencio, luego añadió—: Pero si registran la casa molestarán a mi esposa y asustarán a mis pequeños. Así que confesaré. Hoy he visto a una mujer negra.

—¿De verdad? —aulló Alien—. ¿Y no nos lo dijo enseguida? Maldito hijo de perra.

—¡Calma, calma, amigo! —rezongó Frayne—. Una palabra más y lo encerraré por ofensas y amenazas. —Se volvió hacia Edmonds— ¿Puedes describir lo que viste?

—Llevaba un raído vestido amarillo, muy manchado, y era obvio que viajaba hacia el norte. Antes de perder un tiempo valioso aquí, ¿por qué no preguntan a la gente de esa zona?

Frayne frunció el ceño.

—Bien, sí—dijo con renuencia—, los Lyndon están a poca distancia y... no les gusta el abolicionismo.

—Quizá también, hayan visto algo —le recordó Edmonds—. Ellos no lo ocultarían.

—Las huellas que seguimos... —empezó Alien.

Edmonds cortó el aire con la mano.

—¡Bah! Hay huellas de pies descalzos por todas partes. Si ustedes no encuentran nada ni oyen nada más allá, pueden volver a registrar la casa. Pero les advierto que tardarán horas, pues una granja grande tiene muchos escondrijos posibles, y entretanto una fugitiva que no estaba aquí se pudo escabullir.

Frayne le clavó los ojos. Gabe se quedó boquiabierto.

—Tiene razón —dijo el alguacil—. Vamos.

—No sé... —murmuró Gabe.

—¿Quiere mi ayuda o no? He descuidado mis asuntos en el pueblo por esto. No perderé otro medio día mirándolos ir de aquí para allá si no es necesario.

—Ve a preguntar —le dijo Gabe a Alien—. Es mi turno de montar guardia.

—Yo iré con usted —dijo Frayne, y se marchó con la orden en el bolsillo.

Jane apareció en la escalera de la cocina.

—¡La comida! —anunció.

—Lamento que no podamos invitarlo a compartir nuestra mesa —le dijo Edmonds a Gabe—. Una cuestión de principios. Sin embargo, le enviaremos comida.

El cazador de esclavos sacudió la cabeza con furia y ahuyentó una mosca.

—Al demonio con usted —masculló, y trotó hacia un punto de observación.

Edmonds se tomó su tiempo para lavarse. Apenas había terminado de decir la oración de gracias cuando los perros ladraron de nuevo. Mirando por la ventana, él y Jane vieron que el alguacil entraba en el patio y se acercaba a Gabe. Hablaron un minuto. Gabe azuzó el caballo y desapareció entre los manzanos. Pronto reapareció en la carretera dirigiéndose al norte.

Edmonds fue hacia la escalera.

—¿Quieres comer con nosotros, amigo Peter? —preguntó.

El alguacil se le acercó.

—Gracias, pero será mejor que regrese. En otra ocasión..., vosotros podéis visitarnos a Molly y a mí, ¿ eh ? ¿ La semana próxima ?

—Te lo agradezco. Estaremos en contacto. ¿Los Lyndon tenían novedades?

—Sí, Jesse dijo que vio a alguien que tenía que ser ella. Creo que no veremos a esos dos tíos por un tiempo. —Frayne titubeó—. Nunca creí que dieras esa información.

—No quería que invadieran mi casa.

—No, pero aun así... —Frayne se frotó la barbilla—. Dijiste que nadie encontraría un esclavo en tus tierras.

—Lo dije.

—Entonces, supongo que no formas parte del Ferrocarril, a pesar de todo. Había ciertos rumores.

—Es mejor no escuchar chismes.

—Sí. Y es mejor no hacer muchas preguntas. —Frayne rió—. Me marcho. Dale mis saludos a tu esposa. —Se puso serio—. Si alguna vez has mentido, si alguna vez mientes, sin duda lo harás por una causa justa, Matt. Sin duda Dios te perdonará.

—Eres amable, pero hasta ahora las mentiras no han sido necesarias. Aunque es cierto que deberé responder por otros muchos pecados. Hasta pronto, amigo, y saluda a Molly de nuestra parte.

El alguacil se tocó el sombrero y se marchó. Guando se hubo alejado, Edmonds declaró:

—No hay esclavos. Está contra las enseñanzas de Cristo que los seres humanos sean propiedad de alguien.

Entró en la casa. Jane y William lo miraron expectantes. Nellie gorgoteó. Edmonds sonrió complacido.

—Se han ido—dijo—. Mordieron el anzuelo. Demos gracias a Dios.

—¿Y Frayne? —preguntó su esposa.

—Se fue a casa. —Bien. Es decir, sería bienvenido, pero ahora podemos invitar a Flora a comer con nosotros.

—Conque así se llama. Bien, por supuesto. Yo mismo debí haber pensado en ello.

Jane salió de la cocina, apoyó la escalera en la pared, trepó, abrió el escotillón y murmuró unas palabras. Poco después regresó seguida por Flora. La muchacha negra caminaba con cautela, mirando hacia todas partes. Llevaba puesto un vestido de Jane. El cuchillo le temblaba en la mano.

—Ahora puedes dejarlo —le dijo Edmonds—. Estamos a salvo.

—¿De verdad? —Lo miró a los ojos. Dejó el cuchillo en el fregadero.

—Nunca debiste cogerlo, ¿sabes? —le dijo Edmonds.

El cuerpo agotado había recobrado parte de su fuerza.

—No iba a volver allí —afirmó Flora con arrogancia—. Primero moriría. Primero mataría.

—*Amados míos, no busquéis la venganza, mas deponed la ira, pues está escrito: Mía es la venganza; yo tomaré represalia, dijo el Señor.* — Edmonds meneó la cabeza con tristeza—. Temo el castigo que Él infligirá a esta tierra pecaminosa. —Avanzó un paso y cogió las manos oscuras—. Pero no hablemos de eso. Pensándolo bien, deberíamos comer enseguida y dar las gracias después, cuando nos sintamos de mejor ánimo.

—¿Y luego, amo?

—Bien, Jane y yo veremos que tomes un baño caliente. Luego será mejor que duermas. No podemos arriesgarnos a tenerte aquí. Los cazadores pueden regresar mañana. En cuanto oscurezca, tú y yo partiremos hasta la siguiente estación. No temas, Flora. Dentro de un mes o menos llegarás a Canadá.

—Es usted muy bueno, amo —lloriqueó ella. —Aquí tratamos de cumplir con los deseos del Señor, tal como los entendemos. Y de paso, no soy amo de nadie. Por piedad, comamos antes de que la comida se enfríe.

Tímidamente, Flora ocupó la silla de Jacob.

—Yo no necesito mucho, gracias, amo..., señor y señora. La señora ya me dio algo.

—Bien, pero debemos poner mucha carne sobre esos huesos —respondió Jane, llenándole el plato: cerdo asado, puré de patatas, salsa, calabaza, habichuelas, pepinillos, pan de maíz, mantequilla, mermelada y un vaso de leche fresca.

Edmonds trató de mantener animada la charla.

—He aquí a alguien que no ha oído mis bromas y anécdotas una veintena de veces —dijo, y al fin logró hacer reír a su huésped.

Después del pastel y el café, los adultos dejaron a Williams a cargo de Nellie y se retiraron a la sala. Edmonds abrió la Biblia familiar y leyó en voz alta, de pie.

—Y dijo el Señor: He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y be oído el llanto que le provocan sus opresores; pues conozco sus pesares; y he de bajar para librarlo de la mano de los egipcios, y llevarlo desde esa tierra a una tierra vasta y generosa, una tierra que mana leche y miel...

Flora tiritó. Las lágrimas le humedecieron las mejillas.

—Libertad para mi gente —musitó. Jane la abrazó y lloró también.

Una vez que rezaron juntos, Edmonds miró un rato a la muchacha. Ella también lo miró, menos intimidada. El sol atravesó la ventana haciéndole relucir la oscura tez.

Por primera vez ese día, Edmonds se sintió inseguro de sí mismo. Se aclaró la garganta.

—Flora —dijo—, necesitas descansar antes del anochecer, pero quizá duermas mejor si nos cuentas algo sobre ti. No tienes que hacerlo. Es sólo que..., en fin, aquí estamos, si quieres hablar con amigos.

—No hay mucho que contar, señor, y algunas partes son espantosas.

—Siéntate —le pidió Jane—. No te preocupes por mí. Mi padre es médico y yo soy granjera. No me impresiono con facilidad.

Se sentaron.

—¿Tuviste que andar mucho? —preguntó Edmonds.

—Pues sí, señor. No sé cuántos kilómetros, pero conté los días y las noches. Diecisiete. A menudo pensé que iba a morir. No me importaba mucho, mientras no me atraparan. Dijeron que me venderían río abajo.

Jane le apoyó la mano.

—¿Por qué? ¿Qué hacías? Quiero decir, ¿cuáles eran tus obligaciones?

—Criada, señor. Cuidaba a los hijos del amo Montgomery, tal como lo cuidé a él cuando era pequeño.

—¿Qué? Pero...

—No estaba tan mal. Pero si me vendían, yo volvería a trabajar en el campo, o algo peor. Además, hacía mucho tiempo que pensaba en la libertad. Los negros oímos cosas y nos pasamos el mensaje.

—Aguarda —interrumpió Edmonds—. ¿Has dicho que cuidabas a tu amo cuando él era un niño? Pero no puedes tener tantos años.

Flora respondió como alguien que ya era libre y orgullosa. Quizá demasiado orgullosa.

—Oh, sí, señor. Por eso querían venderme. No fue porque yo hiciera nada malo. Pero año tras año, vi que el amo y la ama me miraban de un modo raro, como todos los demás. Cuando ella murió, supe que él no soportaría más tenerme allí. Era de esperar. Los Edmonds guardaron silencio.

—Ocurrió antes —continuó Flora tras un minuto durante el cual el reloj de péndulo dio la hora con voz estentórea—. Así fue como supe lo que es ser peón de campo. No sólo porque los miraba y sentía pena por ellos. No, yo trabajé allí. Cuando ese viejo amo me vendió al padre del amo Montgomery, no dijo nada sobre mi edad. Así que yo aproveché esa oportunidad. —Calló, tragó saliva, miró la alfombra—. Mejor no contarles cómo me hice notar para que me enseñaran a trabajar en la casa grande.

Edmonds sintió un ardor en las mejillas. Jane le palmeó la mano y murmuró:

—No es preciso que lo cuentes, querida. ¿Qué opción tiene una esclava?

—Ninguna, señora, es la verdad. Yo tenía catorce años la primera vez que me vendieron, estaba lejos de mis padres, y ese hombre y sus

dos hijos... —Flora miró la Biblia apoyada en el atril—. Bien, debemos perdonar, ¿verdad? El pobre joven Marse Brett murió en la guerra. Vi a su padre cuando llegó la noticia, y habría sentido pena por él, pero estaba demasiado cansada de trabajar.

Edmonds sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Qué guerra?

—La Revolución. Hasta los esclavos oímos hablar de eso.

—Pero entonces... Flora, no es posible-.. En tal caso tendrías... cien años.

Ella asintió.

—Sepulté a mis hombres, mis verdaderos hombres, y sepulté a mis hijos, cuando no me los habían vendido...—Su firmeza se quebró de golpe. Tendió las manos hacia Edmonds—. ¡Ha sido demasiado tiempo!

—¿Naciste en África? —preguntó Jane.

Flora procuró calmarse.

—No, señora, en una barraca de esclavos. Pero mi padre fue capturado allá. Nos contaba a los jóvenes cosas sobre la tribu, la selva... Decía que él era medio árabe... —Se puso erguida—. Murió, todos murieron, y nunca libres, nunca libres. Me juré a mí misma que yo sería libre, lo juré por ellos. Así que seguí el camino de la Vasija y... aquí estoy. —Hundió la cara entre las manos y sollozó.

—Debemos ser pacientes —le dijo Jane al esposo—. Está muy alterada.

—Sí, supongo que lo que ha pasado enloquecería a cualquiera —convino Edmonds—. Llévatela, querida. Dale un baño. Acuéstala. Quédate con ella hasta que se duerma.

—Desde luego. —Cada cual se dedicó a sus tareas.

Aunque Jacob regresó eufórico, la cena fue apacible. Sus padres habían resuelto dejar que Flora descansara el mayor tiempo posible. Jane le prepararía un cesto de comida para la próxima etapa del viaje.

—Matthew, me pregunto a qué se refería al hablar del camino de la Vasija. ¿Lo sabes?

—Sí, algo he oído —respondió él—. La Vasija es la Osa Mayor. La constelación que nadie puede confundir. Creo que los esclavos tienen una canción sobre ella.

Y se preguntó qué otras canciones recorrían la comarca en secreto, y qué canciones despertarían en el futuro. ¿Himnos de batalla? No, Dios,

por favor, por piedad. Contén la ira que tanto merecemos. Guíanos hacia Tu luz.

Al atardecer, él y Jacob sacaron la calesa y engancharon a Si.

—¿Puedo ir, padre? —preguntó el niño.

—No —dijo Edmonds—. Estaré fuera hasta el amanecer. Mañana debes ir a la escuela después de tus tareas. —Acarició la brillante cabeza—. Sé paciente. Pronto tendrás que realizar trabajos de hombre. —Y al cabo de un instante—: Hoy has empezado bien. Sólo espero que luego el Señor no exija mucho más.

Bien, pero el Cielo esperaba, la recompensa que no tenía límites. Pobre Flora, fuera de sus cabales. ¿Qué se sentiría viviendo de ese modo, en cautiverio, o perseguida, o haciendo lo que tuviera que hacer en Canadá? Edmonds tiritó. Dios mediante, así como había encontrado amistad en el Ferrocarril Clandestino, recobraría la razón.

Fulguró una linterna. Jane trajo a la fugitiva y la ayudó a subir a la calesa. Edmonds trepó al pescante.

—Buenas noches, querida —dijo, y azuzó suavemente al caballo. Las crujientes ruedas los llevaron por la calzada hasta la carretera. El aire aún estaba templado, aunque soplaba una brisa fría. El cielo era rojo en el Oeste y negro como terciopelo en el este. Las estrellas despuntaban. La Osa Mayor destacaba. Pronto Edmonds distinguió la Osa Menor y allí vio la estrella Polar, que indicaba el norte de la libertad.

XIV
Hombres de paz

1

La casa del rancho era pequeña, una cabaña de tepe de una habitación, y por eso mismo más fácil de defender. Las dos ventanas tenían gruesos postigos interiores y cada pared un par de troneras para las armas. La rodeaban estacas, seis en fondo, al estilo de los hombres en el oeste de la Texas ganadera, los hombres que no habían muerto ni huido.

—Cielos, ojalá nos hubiéramos largado a tiempo —dijo Tom Langford—. Tú y los niños, al menos.

—Calla —replicó la esposa—. No podías administrar esto sin mí, y si renunciábamos, hubiéramos perdido todo aquello por lo que hemos trabajado. —Se inclinó sobre la mesa cubierta de armas y municiones para palmearle el brazo. Un rayo de sol atravesó una tronera del lado oeste y cruzó la penumbra transformándole el pelo en bronce—. Sólo debemos resistir hasta que Bob traiga ayuda. A menos que los pieles rojas desistan antes.

Langford prefirió no preguntarse si el vaquero habría logrado escapar. Si los comanches lo habían visto y habían enviado perseguidores con caballos frescos, ya debía de haber perdido el cuero cabelludo. Imposible saberlo. Aunque desde allí se veía hasta muy lejos, durante el día, los atacantes habían aparecido al alba, cuando la gente empezaba las faenas, y habían llegado con increíble celeridad. De los peones, sólo Ed Lee, Bill Davis y Carlos Padilla habían llegado a la casa junto con la familia, y una bala había destrozado el brazo izquierdo de Ed.

Susie curó y entablilló el brazo como pudo cuando los guerreros recularon ante los disparos y se perdieron de vista. Ahora Ed tenía a Nancy Langf ord en el regazo. La niña de tres años lo abrazaba aterrada. Bill vigilaba la punta norte, Carlos el sur, mientras Jim iba de este a oeste con el orgullo y la avidez de sus siete años. El olor penetrante de la pólvora aún flotaba en el aire, y llegaba humo desde el establo. Era el único edificio de madera, y los indios lo habían incendiado. Los defensores oían el crepitar de las llamas a lo lejos, como un ruido de pesadilla.

—¡Regresan! —gritó Jim.

Langford cogió un Winchester de la mesa y dio un brinco hacia la pared oeste.

—Bill, ayuda a la señora a recargar—dijo Lee a sus espaldas—. Carlos, quédate con Tom. Jim, haz la ronda y dime dónde me necesitan. —La voz estaba impregnada de dolor pero el hombre podía disparar un Colt.

Langford miró por la tronera. La luz del sol alumbraba la tierra desnuda. Los cascos de los caballos levantaban un polvo rojizo y arremolinado. Tuvo un cuerpo cobrizo en la mira, pero de golpe el pony viró y del jinete sólo se vio una pierna. Un truco indio, colgarse del otro flanco. Pero un comanche sin caballo era sólo la mitad de sí mismo. El rifle de Langford soltó un estampido y le golpeó el hombro. El pony corcoveó, relinchó, rodó y pataleó. El guerrero logró saltar y se perdió en el polvo y la confusión. Langford comprendió que era un tiro perdido, y escogió el siguiente blanco con cuidado. Las balas tenían que durar.

Los jinetes nunca tomarían esa casa. Lo habían aprendido la primera vez. Daban vueltas y vueltas, gritando y disparando. Cayó uno, otro, otro. Yo no les acerté, pensó Langford. Fue Carlos. Un verdadero tirador. Valiente, además. Podría haberse escabullido cuando atacaron los comanches, pero se quedó con nosotros. Bien, nunca he despreciado a un hombre por ser mexicano.

—¡Aquí vienen a pie! —gritó Jim.

Sí, desde luego, los bravos a caballo cubrían con sus disparos a los que trepaban entre las estacas. Langford miró hacia atrás. Bill Davis se había levantado de la mesa para unirse a Ed Lee en el norte. El peón negro no era el mejor tirador de Estados Unidos, pero sus blancos estaban cerca, detenidos por la barrera, desdeñosos de la muerte. Descerrajó un tiro tras otro. Susie le alcanzó un rifle recargado, cogió el arma vacía, entregó a Ed una pistola nueva. Gritos, trepidar de cascos, estampidos, todo seguía sin cesar. Uno no tenía miedo, no había tiempo para eso, pero en alguna parte se preguntaba si existía otra cosa o alguna vez existiría.

De pronto todo terminó. Los salvajes recogieron a sus muertos y heridos y se retiraron de nuevo.

En el silencio que siguió, el reloj sonó como un martillo clavando la tapa de un ataúd. Era un gran reloj de péndulo, el único tesoro que Susie había querido traer de la casa de sus padres. La esfera relucía en la humareda azul. Langford entornó los ojos, irritados por el humo de la pólvora, y soltó un silbido. Sólo diez minutos desde el comienzo del ataque. ¿ Sólo, santo Dios ?

Nancy se había arrastrado hasta un rincón. Se había puesto en cuclillas abrazándose el cuerpo. Su madre fue a ofrecerle el consuelo que podía.

2

El invierno aún se respiraba en el viento de las praderas altas. Esta estribación no era tan sombría como el Llano Estacado, por donde habían venido los viajeros, pero las lluvias de primavera todavía no habían empezado en serio y sólo un toque de verdor salpicaba la extensa y reseca pradera. Los árboles —sauces o álamos apiñados junto a los escasos arroyos, algún roble solitario— alzaban las ramas desnudas hacia un cielo desteñido. Pero abundaba la caza. No había búfalos, excepto los huesos blancos dejados por cazadores blancos; los búfalos escaseaban cada vez más. Sin embargo, por doquier había antílopes, pécaris y liebres, con lobos y pumas que se alimentaban de ellos. En los cañones había alces blancos y osos. La partida de Jack Tarrant no había visto ganado desde antes de partir de Nuevo México. Dos veces se habían topado con ranchos abandonados. El terror rojo había despertado en toda su vieja furia mientras los estados se desangraban entre sí, y el ejército aún debía someter a muchos rebeldes, siete años después de Appomattox.

El brillo del sol impedía ver el este. Al principio, Tarrant no vio lo que señalaba Francisco Herrera Carrillo.

—Humo —dijo el comerciante en español—. No proviene de ningún campamento.

Era un hombre moreno de rasgos afilados; aun durante el viaje mantenía la mandíbula rasurada, el bigote recortado, las ropas pulcras, como para recordar al mundo que entre sus antepasados había conquistadores españoles.

Tarrant se le parecía un poco, con la nariz grande y aquilina, los ojos ligeramente oblicuos. Al cabo de un momento también distinguió la mancha que se extendía sobre el cielo.

—No proviene de ningún campamento, pues resulta visible por debajo del horizonte —convino lentamente también en español—. ¿Qué es, pues? ¿Un incendio en la hierba?

—No, tendría más extensión. Un edificio. Creo que hemos encontrado a los indios.

Corpulento y pelirrojo, el garfio asomando de la manga derecha, Rufus Bullen apuró el paso para alcanzarlos.

—¡Dios! —gruñó. Su inglés resultaba gangoso porque le faltaban dos dientes. Nadie salvo Tarrant parecía haber notado que otros nuevos ya estaban naciendo en las encías—. ¿Qué han incendiado, un rancho?

—¿Qué otra cosa? —replicó Herrero, siempre en español—. Hace tiempo que no vengo por esta comarca, pero si no recuerdo mal y estoy bien orientado, aquélla es la propiedad de Langford. O lo era.

—Pero ¿qué esperamos? No podemos permitir... —Rufus calló, y se encogió de hombros—. *Inutilis est* —masculló.

—Llegaríamos demasiado tarde, y no podemos hacer nada contra un grupo de guerreros —le recordó Tarrant, también en latín.

Herrera se encogió de hombros. Se había habituado a que estos yanquis usaran esa lengua. (Reconocía algunas palabras por la misa, pero muy pocas, porque además no la hablaban como los curas.) De todos modos, lo que se proponían hacer era una locura.

—Desean hablar con los comanches, ¿verdad? —observó—. No podrán hacerlo si luchan contra ellos. Vamos, comamos algo y continuemos la marcha. Si tenemos suerte, aún estarán allí cuando lleguemos. Sus hijos Miguel y Pedro, jóvenes pero experimentados, se habían despenado al alba para trabajar. Una cafetera humeaba y dos sartenes chisporroteaban en la parrilla sobre una fogata de estiércol de búfalo —que todavía abundaba— y mezquite. Con la prisa que llevaban ambos hombres, sin tiempo libre para cazar, el único tocino que quedaba era grasa para cocinar, pero tenían suficiente maíz para hacer tortillas y dos días atrás el padre había tenido la buena suerte de cazar un pécari, aunque estaba a cierta distancia. Todo comanchero era, necesariamente, un buen tirador.

Los viajeros comieron muy deprisa, levantaron el campamento, hicieron sus necesidades, dejaron el jabón y las navajas para después, montaron y se pusieron en marcha. Herrera marchaba al trote, a veces al paso. Los dos a quienes guiaba habían aprendido a seguirle el ritmo. Aunque parecía lento, los caballos iban descansados y recorrían muchos kilómetros por día. Además, sólo llevaban un par de ponis cada uno y tres muías de carga.

El sol ascendió, el viento se calmó. La tibieza del aire arrancó dulzones aromas de sudor a las monturas. Los cascos repiqueteaban, el cuero crujía. Las hierbas altas y secas susurraban. Por un momento el humo se elevó a mayor altura, pero pronto se disolvió y se esfumó. Alas igualmente negras sobrevolaban el lugar.

—Un campamento comanche se reconoce de lejos —señaló Herrera—. Los buitres esperan las sobras.

Era difícil distinguir si Rufus se había puesto rojo de furia. A pesar del sombrero, tenía la manca tez irritada y cuarteada.

—¿Cuerpos muertos? —rezongó en español, un idioma que más o menos manejaba.

—O huesos y entrañas —le replicó Herrera—. Siempre fueron cazadores, cuando no están en guerra. —Hizo una pausa—. Los blancos destruyen al búfalo que les da sustento.

—A veces pienso que les tiene simpatía —murmuró Tarrant.

—He tratado con ellos desde que tenía la edad de Pedro, al igual que mis padres antes que yo —dijo Herrera—. Uno liega a entenderlos, quiéralo o no.

Tarrant asintió. Hacía un siglo que los comancheros operaban desde Santa Fe, desde que De Anza había detenido a las tribus y había logrado una paz duradera porque los indios le tenían respeto. Era sólo una paz con los neomexicanos. Los españoles de otras partes, otros europeos, los mexicanos que gobernaron después, los americanos —texanos, confederados, nordistas— que despojaban a los mexicanos, ésos seguían siendo su presa; y había habido tanto derramamiento de sangre y crueldad por ambas partes que una tregua entre los comanches y los texanos era tan impensable como una tregua entre los comanches y los apaches.

Tarrant trató de concentrarse en el caballo. Él y Rufus habían adquirido bastante destreza para cabalgar al estilo de las praderas, pero a fin de cuentas eran marinos. ¿Por qué su búsqueda no los habría conducido al Pacífico Sur, o a las costas de Asia, o a cualquier otra parte que no fuera este desierto sin límites?

Bien, quizá la búsqueda tocara a su fin. Por mucho que antes hubiera pensando en ello, le aceleraba la sangre y le hacía cosquillear la espalda. ¡Oh Hiram, Psammetk, Piteas, Althea, Athenais-Aliyat, cardenal Armand Richelieu, Benjamín Franklin, cuan lejos de vosotros me ha llevado el Río! Y todos los de menor importancia, incontables, perdidos en el polvo, totalmente olvidados salvo por los destellos de su memoria, un camarada de décadas o un compañero de juerga en una taberna, una esposa y los hijos que le había dado o una mujer con quien había compartido una sola noche...

El grito de Herrera lo arrancó del trance.

—¡Alto! —exclamó, *y* lanzó un torrente de palabras extrañas.

Rufus se llevó la mano izquierda a la pistola. Tarrant lo disuadió con un gesto. Los jóvenes pararon las bestias de carga. Miraban a todas partes. Esto era nuevo para ellos y estaban nerviosos. A pesar de los peligros que había corrido, a Tarrant se le puso carne de gallina.

Dos hombres habían salido de un cerro cubierto de matorrales, desde donde debían de estar observando. Sus potros, con mataduras, cubrieron la distancia en pocos instantes. Controlaban el galope apretando

las rodillas y tirando del cabestro; sentados sobre mantas, parecían parte de las bestias, centauros. Eran corpulentos, patizambos, morenos; iban vestidos con taparrabos, perneras y mocasines. El pelo negro les colgaba en trenzas gemelas. Tenían las anchas caras pintadas con el rojo y el negro de la muerte. Habían dejado atrás las Viseras de cuero, y el bonete de guerra de las praderas del norte era desconocido aquí. Un hombre llevaba una cinta con plumas. Otro llevaba una gorra hirsuta o casco de donde surgían cuernos de búfalo. Portaba un rifle de repetición Henry. Una canana le *cruzaba,* el pecho. Su acompañante calzó una flecha en un arco corto. Los arqueros eran raros últimamente, o eso había oído Tarrant. Tal vez ese guerrero era pobre, o quizá prefería el arma ancestral. No importaba. Esa punta de hierro podía atravesar las costillas llegando al corazón, y más flechas aguardaban en la aljaba.

Herrera siguió hablando. Cuernos de Búfalo gruñó. El arquero aflojó la cuerda. Herrera se volvió en la silla hacia sus clientes. —La lucha no ha terminado —les dijo—, pero el Kwerhar-rehnuh nos recibirá. El jefe Quanah en persona está aquí. —El sudor le brillaba en la cara. Se había puesto un poco pálido. Añadió en inglés, pues muchos comanches sabían algo de español—: Mucho cuidado. Están muy furiosos. Pueden matar fácilmente a un hombre blanco.

3

Los edificios del rancho ya eran visibles. Tarrant pensó que parecía más pequeño y solitario en medio de esa inmensidad. Reconoció la casa de los dueños, una barraca y tres edificios más pequeños. Eran de tepe y habían sufrido pocos daños. El establo estaba reducido a cenizas y fragmentos carbonizados; la familia, sin duda, había invertido mucho dinero y esperanzas en hacerse llevar esa madera. Los indios habían empujado un par de carretas hacia las llamas. El gallinero estaba vacío y destrozado. Los cascos habían pisoteado árboles jóvenes destinados a crecer para ofrecer refugio contra el sol y el viento.

Los indios habían acampado cerca de un esquelético molino que bombeaba agua para un bebedero. Eso los ponía fuera del alcance de los rifles de la casa y quizás impedía que espiaran sus movimientos. Unos treinta tipis exhibían sus coloridos conos de cuero de búfalo en lo que había sido tierra de pastoreo. Ante una fogata central, mujeres con vestidos de piel de ante preparaban novillos descuartizados para comer. Eran pocas. Los bravos sumaban un centenar. Remoloneaban, dormitaban, jugaban a los dados, limpiaban los rifles o afilaban los cuchillos. Algunos estaban sentados con rostro adusto frente a viviendas dentro de las cuales sonaban lamentos; lloraban a sus parientes muertos. Unos pocos, montados, vigilaban los muchos caballos que pastaban a lo

lejos. Esos caballos capaces de alimentarse con hierba invernal eran tan recios como sus amos.

Los recién llegados causaron alboroto en el campamento. La mayoría de la gente se acercó para curiosear. La estoica parquedad de los indios era un mito, a menos que estuvieran enfermos o agonizando. Entonces el guerrero se enorgullecía de no gritar aunque sus captores o las mujeres de sus captores le infligieran la tortura más prolongada y cruel. Era terrible caer en manos de semejantes personas.

Cuernos de Búfalo gritó, abriendo paso a través del gentío. Herrera saludó a los hombres que conocía. Las sonrisas y ademanes de bienvenida tranquilizaron a Tarrant. Si sabían cuidarse, quizá sobrevivieran. A fin de cuentas, la hospitalidad era sagrada para esta gente.

Cerca del molino de viento había un tipi con signos pintados que, según Herrera, eran poderosos. Un nombre demasiado digno para abandonar su puesto por mera curiosidad estaba fuera, los brazos cruzados. Los viajeros pararon los caballos. Tarrant comprendió que estaba frente a Quanah, jefe guerrero medio blanco de los Kwerhar-rehnuh. El nombre de esa banda significaba «Antílopes» una designación curiosa para los señores del Llano Estacado, los más feroces de esos comanches a quienes Estados Unidos aún debía conquistar.

Pintado con rayas de color amarillo y ocre que parecían relámpagos, usaba sólo un taparrabo y mocasines, con un cuchillo Bowie enfundado en el cinturón. Pero sus rasgos eran inequívocos. De la raza de la madre heredaba la nariz recta y la alta estatura del musculoso cuerpo. Sin embargo, era aún más moreno que la mayoría de ellos. Miraba a los extranjeros con la calma de un león.

Herrera lo saludó respetuosamente en la lengua de los nermernuh, el Pueblo. Quanah inclinó la cabeza.

—Bienvenidos —saludó, y en un español fluido, aunque con acento, pidió que desmontaran y entraran.

Tarrant se sintió muy aliviado. En Santa Fe había aprendido algo del lenguaje de signos de los indios de la pradera, pero lo usaba con torpeza, y Herrera le había dicho que, de todos modos, pocos comanches lo dominaban. El traficante le había explicado que quizá Quanah no se dignara hablar español con americanos. También chapurreaba el inglés, pero no se crearía dificultades innecesarias hablando en ese idioma.

—Muchas gracias, señor —dijo Tarrant en español, para establecer que él estaba al mando. Se preguntó si tendría que haber usado el honorífico «Don Quanah».

Herrera dejó las monturas a cargo de sus hijos y entró con el jefe, Tarrant y Rufus en el tipi. Dentro sólo había mantas de dormir; era un campamento de guerreros. La luz resultaba tenue después del resplandor de fuera, y el aire olía a cuero y humo. Los nombres se sentaron en círculo con las piernas cruzadas. Dos esposas sé marcharon, apostándose en la entrada por si las necesitaban.

Quanah no estaba dispuesto a fumar la pipa de la paz, pero Herrera había dicho que estaría bien invitarlo a cigarrillos. Tarrant los ofreció mientras hacía las presentaciones. Hábilmente zurdo, Rufus sacó una caja de cerillas del bolsillo, prendió una y encendió el tabaco. Que un hombre de aspecto tan formidable los sirviera honraba a ambos cabecillas.

—Hemos realizado un fatigoso viaje con el deseo de encontrarte —dijo Tarrant—. Pensábamos que los Antílopes estarían en su territorio, pero ya se habían marchado, así que tuvimos que preguntar a todos los que encontramos, y a la Tierra misma, adonde habían ido.

—Entonces no estás aquí para comerciar —dijo Quanah, mirando a Herrera.

—El señor Tarrant me contrató en Santa Fe para que lo guiara hasta aquí, cuando supo que podría hacerlo —respondió el traficante—. He traído rifles y municiones. Uno será un obsequio para ti. En cuanto al resto, bien, sin duda has capturado muchas cabezas de ganado.

Rufus resopló ruidosamente el aire. Era sabido que los rancheros de Nuevo México querían ganado y lo compraban sin hacer preguntas. Los comancheros lograban que pequeños destacamentos de indios arrearan las cabezas que habían capturado en Texas hasta ese mercado, a cambio de armas. Tarrant apoyó una mano en la rodilla del pelirrojo y masculló en latín, para aplacarlo:

—Cálmate, ya lo sabías.

—Acampa con nosotros —le invitó Quanah—. Creo que estaremos aquí hasta mañana por la mañana.

—¿Dejarás en paz a la gente de aquella casa? —preguntó Rufus con tono esperanzado.

Quanah frunció el ceño»

—No. Nos han matado guerreros. El enemigo jamás se jactará de habernos desafiado y haber quedado con vida. —Se encogió de hombros—. Además, necesitamos un descanso, ya que hemos viajado mucho, y así combatiremos mejor a los soldados más tarde.

Sí, comprendió Tarrant, no se trataba de una expedición de pillaje, sino de una campaña en una guerra. Sus averiguaciones indicaban que un chamán kiowa, Profeta Búho, había exhortado a un gran ataque conjunto

que expulsaría para siempre al blanco de las llanuras; y el año anterior se habían cometido tantas atrocidades que el gobierno de Washington había cejado en sus esfuerzos por la paz. En otoño, Ranald Mackenzie había llevado a los soldados negros del Cuarto de Caballería hasta la región para combatir contra los Antílopes. Quanah encabezó una sagaz y combativa retirada —Mackenzie mismo recibió una herida de flecha—, hacia el Llano Estacado, hasta que el invierno obligó a los americanos a recular. Ahora Quanah regresaba.

La mirada severa se fijó en Tarrant.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Yo también traigo obsequios, señor. —Ropa, mantas, joyas, bebida. Aunque no estaba involucrado en el conflicto, Tarrant no se resignaba a llevar armas, y Rufus no lo habría aceptado—. Mi amigo y yo somos de una tierra distante... California, junto a las aguas occidentales. Sin duda has oído hablar de ellas. —Y añadió deprisa, pues ese territorio pertenecía al enemigo—: No tenemos rencillas con nadie aquí. Las razas no están condenadas a conflictos de sangre. —Un riesgo que debía correr—: Tu madre perteneció a nuestro pueblo. Antes de partir, me enteré de lo que pude acerca de ella. Si tienes alguna pregunta, intentaré responderla.

Se impuso un silencio. El bullicio de fuera parecía lejano. Herrera parecía intranquilo, mientras que Quanah fumaba sin inmutarse.

—Los texanos nos las robaron, a ella y a mi pequeña hermana —dijo al fin el jefe—. Mi padre, Peta Nawkonee el jefe de guerra, la lloró hasta que recibió una herida en batalla, la cual se infectó y lo mató. He oído decir que ella y la muchacha han muerto.

—Tu hermana murió hace ocho años —replicó Tarrant—. Tu madre murió poco después. También ella sufría el pesar y la añoranza. Ahora descansan en paz, Quanah.

Había sido muy fácil averiguar la historia. Había causado sensación y aun hoy se recordaba. En 1836 un grupo de indios atacó Parker's Fort, un asentamiento en el valle del Brazos. Abatieron a cinco hombres y los mutilaron a la manera india, preferiblemente antes de la muerte. Violaron a la abuela Parker después de que una lanza la clavó en el suelo. Dos mujeres de las varias que violaron sufrieron heridas igualmente graves. Se llevaron a otras dos, junto con tres criaturas. Entre ellos estaba Cynthia Anne Parker, de nueve años.

Finalmente se rescató a las mujeres y a las criaturas pagando rescate. Aunque ésta no era la primera vez que los comanches tomaban mujeres como esclavas, la historia de lo que habían sufrido esas dos

sintetizaba el destino de centenares; y los Texas Rangers cabalgaban con el deseo de venganza en el corazón.

Cynthia Anne tuvo mejor suerte. La adoptaron y criaron como hija de los nermernuh. Olvidó el inglés y su primera infancia, se convirtió en Antílope y al fin en madre. Por lo que se sabía, su matrimonio había sido feliz; Peta Nawkonee amaba a su esposa y no quiso a ninguna mujer después de ella. La perdió en 1860, cuando Sul Ross encabezó una expedición de los Rangers en represalia por una incursión y atacó el campamento comanche. Los hombres habían salido a cazar. Los Rangers dispararon a las mujeres y los niños que no lograron escapar, y a un esclavo mexicano a quien Ross confundió con el jefe. Justo a tiempo, un hombre vio, a través de la suciedad y la grasa, que el pelo de una squaw era rubio.

Ni el clan Parker ni el estado de Texas escatimaron esfuerzos, pero fueron vanos. Ella era Naduah, quien sólo echaba de menos al Pueblo y la pradera. Una *y* otra vez intentó escapar, y sus parientes tuvieron que custodiarla. Cuando la enfermedad la privó de su hija, aulló, se abrió cortes en las carnes, se sumió en el silencio y se mató de hambre.

En las praderas, su hijo menor pereció miserablemente. La enfermedad siempre acechaba a los indios: tuberculosis, artritis, parásitos, oftalmía, la sífilis y la viruela que traían los europeos, una letanía incesante de males. Pero su hijo mayor prosperó, reunió un grupo de guerreros y llegó a jefe de los Antílopes. Rehusó firmar el tratado de la Cabaña de Medicinas, que llevaría a las tribus a una reserva. En cambio, sembró el terror en la frontera. Era Quanah.

—¿Has visto sus tumbas? —preguntó con voz firme.

—No —dijo Tarrant—, pero si deseas puedo visitarlas para decirles que las amas.

Quanah fumó un rato más. Al menos no llamó embustero al blanco.

—¿Por qué me buscas? —preguntó al fin.

El pulso de Tarrant se aceleró.

—No te busco a ti, jefe, aunque grande es tu fama. He recibido noticias sobre alguien que te acompaña. Si he oído bien, es oriundo del norte y ha viajado mucho y mucho tiempo, más tiempo del que nadie recuerda, aunque no envejece. El suyo ha de ser un extraño poder. En tu campamento, los nermer-nuh que se quedaron nos informaron que venía con esta partida. Mi deseo es hablar con él.

—¿Por qué? —La pregunta directa, tan poco india, revelaba tensión bajo la superficie de hierro de Quanah.

—Creo que se alegrará de hablar conmigo.

Rufus chupó el cigarrillo con fuerza. El garfio le temblaba sobre el regazo. Quanah impartió una orden a las squaws. Una de ellas se fue. Quanah se volvió hacia Tarrant.

—He mandado a buscar a Dertsahnawyeh, Peregrino —dijo, añadiendo la traducción española de ese nombre. Y continuó—: ¿Esperas que él te enseñe su medicina?

—He venido para averiguar qué es.

—Creo que no podría decírtelo aunque lo deseara, y no creo que lo desee.

Herrera miró de soslayo a Tarrant.

—Usted sólo me dijo que deseaba averiguar qué había detrás de esos rumores —dijo—. Es peligroso entrometerse en cuestiones de los guerreros.

—Sí, me considero un científico —replicó Tarrant y dirigiéndose a Quanah—: Un hombre que busca la verdad oculta detrás de las cosas. ¿Por qué brillan el sol y las estrellas? ¿Cómo llegaron a existir la Tierra y la vida? ¿Qué ocurrió realmente en el pasado?

—Lo sé —replicó el jefe—. Así los blancos han hallado modos de hacer muchas cosas terribles, y el ferrocarril corre por donde pastaba el búfalo. —Una pausa—. Bien, supongo que Dertsahnawyeh sabe cuidarse solo —y añadió con crudeza—: En cuanto a mí debo pensar cómo capturar esa casa.

No había mas que decir.

Una sombra oscureció la entrada al tiempo que un hombre entraba en el tipi. Aunque iba vestido como el resto, no llevaba pintura de guerra. Tampoco era un nativo de estas tierras, sino alto, esbelto, de tez más clara. Cuando vio quienes estaban con Quanah, dijo suavemente en inglés:

—¿Qué quieres de mí?

4

Tarrant y Peregrino caminaban por la pradera. Rufus los seguía a un par de pasos. La luz se derramaba desde el vasto cielo y el suelo despedía tibieza. El pasto seco crepitaba. El campamento y los edificios pronto desaparecieron detrás de los tallos altos y prados. Rectas volutas de humo se elevaban hacia los buitres.

La revelación fue extrañamente tranquila, aunque quizá no era extraño. Habían esperado mucho tiempo. Tarrant y Rufus habían sentido

que la esperanza se transformaba gradualmente en certidumbre. Peregrino había alimentado una paz interior para la cual toda sorpresa era como un soplo de aire. Así soportó su soledad, hasta dejarla atrás.

—Nací hace casi tres mil años —dijo Tarrant—. Mi amigo tiene la mitad de esa edad.

—Nunca conté el tiempo hasta hace poco—dijo Peregrino. Bien podían usar ese nombre, entre los muchos que tenía—. Y desde entonces he calculado quinientos o seiscientos años.

—Antes de Colón... ¡Qué cambios habrás visto!

Peregrino sonrió como un hombre plantado ante una tumba.

—Tú has visto más. ¿Has encontrado a otros como nosotros, además del señor Bullen?

—Una mujer, una vez, pero desapareció. No sabemos si aún vive. Salvo por ella, eres el primero. ¿Tú has encontrado a alguno?

—No. Lo intenté pero desistí. Por lo que sabía, estaba solo. ¿Cómo me seguiste el rastro?

—Es una larga historia.

—Tenemos mucho tiempo.

—Bien... —Tarrant extrajo un saquito de tabaco de los pantalones y, de la camisa, la pipa de escaramujo que no habría sido prudente fumar frente a Quanan—. Comenzaré diciendo que Rufus y yo llegamos a California en 1849. ¿Has oído hablar de la Fiebre del Oro? Amasamos una fortuna. No como mineros, sino como comerciantes.

—Tú lo hiciste, Hanno —dijo Rufus—. Yo sólo seguí tus pasos.

—Y fuiste útil en muchísimos aprietos —declaró Tarrant—: Al final desaparecí unos años, luego reaparecí en San Francisco con mi alias actual y compré un barco. Siempre he amado el mar. Ahora tengo varias naves; la empresa ha prosperado.

Cargó la pipa y la encendió.

—Cada vez que pude costearlo, contraté hombres para buscar indicios de los inmortales —continuó—. Desde luego, no les explico qué están buscando. En general, los de nuestra especie logran sobrevivir conservando el anonimato. En la actualidad soy un millonario excéntrico interesado en las genealogías. Mis agentes creen que soy un ex mormón. Ellos deben localizar a individuos que se parecen mucho a otros y se perdieron de vista, y que pueden reaparecer como dueños de una bonita suma..., ese tipo de cosas. Con los ferrocarriles y los buques de vapor, al fin pude extender mi red por todo el mundo. Desde luego, aún no es muy

grande, y la trama es muy tosca, y por eso no he pescado nada, salvo algunas pistas falsas.

—Hasta hoy —dijo Peregrino.

Tarrant asintió.

—Un investigador mío que andaba por Santa Fe oyó rumores acerca de un hechicero que vivía entre los comanches y no pertenecía a ellos.

»Por la descripción parecía un sioux o un pawnee, pero había conquistado mucha autoridad y... lo habían nombrado antes, en otra parte, en diferentes épocas y lugares. Ninguna persona civilizada habría armado el rompecabezas. ¿Quién tomaría en serio las fantasías de los salvajes? Oh, perdona, no quise ofender. Tú sabes cómo piensan los blancos. Mi agente creyó que no valía la pena seguir el rastro. Lo consignó en un par de frases de su informe tan sólo para demostrarme que era aplicado.

»Eso fue el año pasado. Decidí hacer el seguimiento. Tuve suerte y encontré a dos personas de edad, un indio y un mexicano, que recordaban... Bien, si ese hombre existía, al parecer se había unido a Quanah. Esperaba hallar a los comanches en cuarteles de invierno, pero tuvimos que rastrearlos. —Tarrant apoyó la mano en el hombro de Peregrino—: Y aquí estamos, hermano.

Peregrino se detuvo. Tarrant lo imitó. Ambos se miraron de hito en hito. Rufus se mantuvo a la zaga. Al fin Tarrant sonrió adustamente y murmuró:

—Te preguntas si miento, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que yo digo la verdad? —replicó el indio.

—Tienes mucho tacto para decir las cosas. Bien, con el transcurso del tiempo he escondido pruebas, así como piezas de oro para emergencias, aquí y allá. Ven conmigo y te mostraré suficientes. O, simplemente, puedes observarme veinte o treinta años. Yo te daré el sustento. Por otra parte, ¿por qué diablos inventaría yo una historia semejante?

Peregrino asintió.

—Te creo. ¿Pero cómo sabes que yo no me propongo estafarte?

—No podrías haber previsto mi llegada, y dejaste una pista durante muchos años. No a propósito. Ningún blanco que no supiera qué buscar habría sospechado jamás. Las tribus... ¿qué opinan de ti?

—Depende. —Peregrino recorrió con los ojos la extensión donde la hierba se mecía sobre los cráneos de búfalo, hasta más allá del horizonte. Al fin habló despacio, en un inglés muy cauteloso, a menudo deteniéndose

para formar una oración antes de pronunciarla—. Cada cual vive en su propio mundo, y esos mundos cambian deprisa.

»Al principio fui chamán entre mi gente. Pero adoptaron el caballo y todo lo que eso implicaba. Los abandoné y vagabundeé, invierno tras invierno, verano tras verano. Trataba de hallar el sentido de toda mi experiencia. A veces me asentaba un tiempo, pero siempre era doloroso ver lo que sucedía. Incluso probé suerte entre los blancos. En una misión recibí el bautismo, aprendí español e inglés, a leer y escribir. Luego me interné en territorio de mexicanos y anglos. Fui cazador, trampero, carpintero, vaquero, jardinero. Hablé con todos los que podían hablar conmigo, y leí cada palabra impresa que encontraba. Pero tampoco sirvió de nada. No me encontraba cómodo.

«Entretanto, una tribu tras otra era exterminada por la enfermedad o la guerra, o sometida y encerrada en una reserva. Si los blancos querían más tierras, expulsaban a los pieles rojas. Vi a los cherokees en el final de su Senda de Lágrimas...

La voz tranquila y descriptiva enmudeció. Rufus se aclaró la garganta.

—Bien, así es el mundo —rezongó—. Yo he visto sajones, vikingos, cruzados, turcos, guerras de religión, brujas quemadas... —Y en voz más alta—: He visto lo que hacen los indios cuando llevan las de ganar.

Tarrant le impuso silencio con un gesto y preguntó a Peregrino.

—¿Qué te trajo aquí?

El otro suspiró.

—Al fin llegué a la tardía deducción de que esta vida que continuaba sin cesar, sin dejar más que tumbas, debía de tener un propósito, una utilidad. Y tal vez eso estaba en mi larga experiencia, en mi inmortalidad, que haría que la gente me escuchara. Tal vez pudiera ayudar a mi pueblo, a toda mi raza, antes de que se extinguiera, ayudarla a salvar algo para un nuevo comienzo.

»Hace unos treinta años regresé. En el sureste las tribus tenían probabilidades de durar más tiempo. Los nermernuh (¿sabes que «comanche» viene del español, verdad?) habían expulsado a los apaches. Habían combatido a los kiowas y los habían transformado en aliados; durante trescientos años habían resistido contra los españoles, los franceses, los mexicanos, los texanos, y habían llevado la guerra a territorio enemigo. Ahora los americanos se proponen aplastarlos para siempre. Merecen algo mejor, ¿no crees?

—¿Y qué estás haciendo? —La pregunta de Tarrant pareció revolotear como esas alas negras en el cielo.

—A decir verdad, estuve primero entre los kiowas —dijo Peregrino—. Tienen mente más abierta que los nermernuh, incluso en cuanto a la longevidad. Los comanches creen que un hombre verdadero muere joven, en la batalla o la cacería, mientras es fuerte. No confían en los viejos y los tratan mal. No como mi gente, hace mucho... Yo dejé que mi reputación creciera con el tiempo. Fue una ayuda que supiera tratar a los heridos y enfermos. Nunca me di aires de profeta. Esos predicadores locos han causado la muerte de millares, y el fin aún no llega. No, simplemente iba de tribu en tribu, y llegaron a pensar que yo era sagrado. Hice lo que pude en materia de curación y asesoramiento. Siempre he aconsejado la paz. Es una larga historia. Al fin me uní a Quanah, porque se estaba convirtiendo en el último gran jefe. Todo dependerá de él.

—¿Has dicho paz? —Y lo que podamos salvar para nuestros hijos. Los comanches no tienen ningún legado de sus antepasados, nada en lo que puedan creer de veras. Eso los tiene a mal traer. Los vuelve presa fácil de los

Personajes como Profeta Búho. Encontré una nueva : entre los kiowas y la estoy trayendo a los nermer-nuh. ¿Conoces el cacto peyote? Abre un camino, aquieta el corazón...

Peregrino se detuvo. Una risa le aleteó en la garganta.

—Bien, no me proponía hablar como un misionero

—Me alegrará escucharte más tarde —dijo Tarrant, mientras pensaba: He visto ir y venir tantos dioses. ¿Qué más da uno más?—. Me interesan tus ideas para lograr la paz. Te he dicho que tengo dinero. Y siempre me las he ingeniado para manejar ciertos hilos. ¿Comprendes? Algunos políticos me deben favores. Puedo comprar a otros. Elaboraremos un plan. Pero primero debemos sacarte de aquí, regresar a San Francisco, antes de que te metan una bala en los sesos. ¿Por qué diablos viniste con estos guerreros?

—Ya te he dicho que debo lograr que me escuchen —explicó fatigosamente Peregrino—. Es un trabajo difícil. Ante todo, recelan de los viejos, y ahora que su mundo se despedaza temen una magia tan extraña como la mía y... Tienen que comprender que no soy cobarde, que estoy de su lado. No puedo abandonarlos ahora.

—¡Un momento! —ladró Rufus.

Lo miraron fijamente. Rufus se plantó con las piernas separadas, el sombrero echado hacia atrás, la cara roja y curtida. El garfio que había perforado a sus enemigos lucía repentinamente frágil bajo ese cielo.

—Un minuto. Jefe, ¿en qué estás pensando? Lo primero que debemos hacer es salvar a esos rancheros. Tarrant se humedeció los labios.

—No podemos —respondió con desgana—. Somos dos contra un centenar. A menos... —Miró a Peregrino.

El indio meneó la cabeza.

—En esto el Pueblo no me escuchará —les dijo con voz opaca—. Sólo perdería la poca influencia que tengo.

—¿No podemos pagar rescate por la familia? He oído que los comanches a menudo venden a los prisioneros. He traído mercancías, además de los presentes. Y Herrera me dará su ganado si le prometo una paga en oro.

Peregrino reflexionó.

—Bien, tal vez.

—Eso es como dar a esos demonios recursos para matar más blancos —protestó Rufus.

—Me decías que estas cosas no son nuevas en la Tierra —dijo Peregrino con incisiva amargura.

—Pero los bárbaros de Europa eran blancos. Incluso los turcos... Oh, olvídalo. Cabalgas con estos animales...

—Basta, Rufus —intervino Tarrant—. Recuerda a qué vinimos. No es de nuestra incumbencia salvar a unos pocos que dentro de un siglo ya estarán muertos. Veré si puedo hacerlo, pero Peregrino es nuestro verdadero hermano. Cálmate.

Rufus dio media vuelta y se alejó. Tarrant lo siguió con los ojos.

—Se le pasará —aseguró—. Malhumorado y no muy inteligente, pero me ha sido fiel desde antes de la caída de Roma.

—¿Por qué se preocupa por personas efímeras como insectos? —dijo el chamán.

La pipa de Tarrant se había apagado. La encendió de nuevo mirando las volutas de humo.

—También los inmortales reciben la influencia del medio —le dijo—. Estos últimos doscientos años hemos vivido principalmente en el Nuevo Mundo. Primero Canadá, cuando era francés, pero luego nos mudamos a las colonias inglesas. Más libertad y más oportunidades, si eras inglés, como por supuesto alegábamos ser. Luego fuimos americanos; lo mismo.

»A él le afectó más que a mí. Yo he tenido esclavos, y acciones de un par de plantaciones, pero nunca pensé mucho en ello. Siempre había

dado por sentada la esclavitud, y era una desgracia que le podía ocurrir a cualquiera, al margen de las razas. Cuando terminó la guerra de Secesión y muchas otras cosas, para mí fue otra vuelta en la rueda de la historia. Como propietario de naves en San Francisco no necesitaba esclavos.

»Pero Rufus tiene un alma primitiva. Quiere algo a lo cual aferrarse..., algo que los inmortales no podemos tener, ¿verdad? Ha profesado una docena de creencias cristianas. La última vez se convirtió en una ceremonia baptista, y aún evoca muchas cosas. Antes y después de la guerra tomó en serio lo que oía acerca del derecho y el deber de la raza blanca de dominar a las de color. —Tarrant rió sin alegría—. Además, no ha visto una mujer desde que salimos de Santa Fe. Se decepcionó al descubrir que en el Llano Estacado las mujeres comanches no son tan complacientes con los forasteros como en el norte. Quizás haya mujeres blancas en esa cabaña. Rufus no sabe que él mismo las desea... Oh, se conformaría con ser respetuoso y galante y recibir miradas de adoración, pero la idea de que las viole un piel roja tras otro es más de lo que puede soportar.

—Quizá tenga que soportarlo —dijo Peregrino.

—Sí, quizá. —Tarrant hizo una mueca—. Admito que no me gusta la idea, ni la de pagar el rescate con armas. No soy tan insensible como... como debo aparentar que soy. —Creo que no ocurrirá nada durante horas.

—Bien. Debo entregar mis presentes a Quanah, someterme a las formalidades... Quiero que me asesores, pero no enseguida. Caminemos. Tenemos mucho de qué hablar. Tres mil años.

5

Los guerreros formaron un círculo. Ahora callaban con dignidad felina, pues ésta era una ocasión ceremonial. El sol poniente sacaba lustre al pelo color obsidiana y a la piel color caoba, encendía llamas en los ojos.

Entre sus hombres, delante del tipi, Quanah recibió los presentes de Tarrant. Dio un discurso en la lengua de su padre, prolongado y sin duda con muchas imágenes, al estilo de sus antepasados. Cuando concluyó, Peregrino, de pie junto al visitante, dijo en inglés:

—Te da las gracias, te llama amigo, y mañana escogerás entre sus caballos el que más te agrade. Un gesto generoso muy en un hombre que está en pie de guerra.

—Sí, lo sé —dijo Tarrant. A Quanah, en español—: Gracias, gran jefe. ¿Puedo pedir un favor, en nombre de la amistad que tan benévolamente nos ofreces?

Herrera, unos pasos atrás, se sobresaltó, se puso tenso y entornó los ojos. Tarrant no había ido a verlo al regresar, sino que había juntado los presentes y había enfilado directamente allí. La noticia se difundió deprisa y Herrera, al ver que se reunían los bravos, había ido por cortesía y por prudencia. —Adelante —dijo el impasible Quanah.

—Deseo comprar la libertad de esas personas que has sitiado. Serán inútiles para ti. ¿Para qué gastar más tiempo y hombres por ellas? Nos las llevaremos nosotros. A cambio pagaremos un buen precio.

Un agitado murmullo corrió entre los comanches. Los que entendían les susurraban a los que no entendían. Las manos se cerraron sobre las lanzas o los rifles.

Un hombre que estaba cerca del jefe soltó una retahíla de palabras rudas. Era esbelto. Tenía muchas cicatrices y más arrugas en el rostro que las habituales aun entre los indios viejos. Otros mascullaron como asintiendo. Quanah impuso silencio alzando la mano.

—Wahaawmaw dice que tenemos que vengar a nuestros caídos —le comunicó a Tarrant.

—Ellos cayeron honorablemente.

—Se refiere a todos nuestros caídos, durante todos los años y generaciones, las muertes que hemos sufrido.

—Ignoraba que tu gente pensaba así.

—Wahaawmaw era un niño en el campamento donde los rangers capturaron a la madre de Quanah —explicó Peregrino—. Encontró un escondite y escapó a la matanza, pero ellos dispararon a su madre, a su hermano y a dos hermanas pequeñas. Hace poco perdió a la esposa y un hijo pequeño; los soldados usaron una pieza de artillería. Lo mismo ha ocurrido, en varios lugares, a muchos que están aquí.

—Lo lamento —declaró Tarrant—. Pero esas personas no tienen nada que ver con ello y yo..., bien, tengo muchos objetos preciosos como los que he dado al jefe. ¿No son mejores que unos pestilentes cueros cabelludos?

Wahaawmaw pidió derecho a hablar. Continuó varios minutos, gruñendo, susurrando, alzando las manos y gritando al cielo en una cólera rugiente. Cuando terminó y se cruzó de brazos, Peregrino apenas necesitó traducir.

—Dice que esto es un insulto. ¿Los nermernuh van a vender su victoria por mantas y alcohol? Arrebatarán un abundante botín a los texanos, y también los cueros cabelludos.

Había advertido a Tarrant que esperara este desenlace, de modo que Tarrant miró directamente a Quanah y dijo:

—Tengo una oferta mejor. Traemos rifles con nosotros, cajas llenas de cartuchos, cosas que tu gente necesitará tanto como los caballos, si va a la guerra. ¿Cuánto a cambio de esas pobres vidas?

Herrera avanzó un paso.

—No, espere —dijo.

Quanah lo detuvo.

—¿Están con tu equipaje? En tal caso, bien. De lo contrario, es demasiado tarde. Tu compañero ya ha convenido en cambiar las suyas por ganado.

Tarrant se quedó atónito. Wahaawmaw, que debía de haber entendido de qué hablaban, soltó un graznido burlón.

—Pude habértelo dicho— explicó Herrera, en medio del creciente alboroto.

Quanah ordenó silencio mientras Peregrino susurraba al oído de Tarrant.

—Veré si puedo persuadirlos de modificar el trato. Pero pon freno a tus esperanzas.

Inició su discurso. Sus compañeros respondieron en tono similar. En general hablaban con serenidad. Siempre costaba alcanzar un consenso. No tenían gobierno. Los jefes civiles eran poco más que jueces, mediadores, y aun los jefes de guerra sólo mandaban durante la batalla. Quanah esperó a que terminara el debate. Hacia el final, Herrera quiso decir algo. Poco después, Quanah pronunció lo que consideraba el veredicto y el asentimiento circuló entre sus seguidores como una marea. Ya atardecía cuando Wahaawmaw clavó en Tarrant una mirada triunfal.

—Lo has adivinado, ¿verdad? —explicó tristemente Peregrino—. No dio resultado. Aún no han conseguido suficiente sangre, y están sedientos de ella. Wahaawmaw afirma que traería mala suerte dar cuartel, y muchos están dispuestos a creerle. Pueden usar media docena para arrear el ganado del rancho y llevarlo a Nuevo México. Les agrada ese viaje. Y el comanchero les ha dicho que no es hombre de renunciar a lo pactado. Eso los ha puesto quisquillosos en cuanto a su honor. Además... Quanah no presentó ningún argumento, pero saben que tiene una idea para tomar la casa y que le gustaría probarla, y sienten curiosidad. —Calló unos instantes—. He hecho todo lo posible, de verdad.

—Desde luego —respondió Tarrant—. Gracias.

—Quiero que sepas que a mí tampoco me agrada lo que ocurrirá. Alejémonos y no regresemos hasta la mañana..., con Rufus, si lo desea.

Tarrant meneó la cabeza.

—Creo que será mejor que me quede. No te preocupes. He visto bastantes saqueos en el pasado.

—Supongo que sí—dijo Peregrino.

La reunión se disolvió. Tarrant presentó sus respetos a Quanah y caminó entre filas de guerreros, que lo miraban con aire hosco o burlón, hacia el campamento de Herrera. Estaba a varios metros del tipi más cercano. El neomexicano se demoró hablando con algunos hombres.

Sus hijos habían encendido una fogata. Preparaban la cena antes de que llegara el rápido anochecer de la pradera. Largos rayos de sol temblaban en el humo. Las mantas para dormir aguardaban. Rufus estaba sentado con una botella en el puño. Alzó los ojos cuando se acercó Tarrant y preguntó innecesariamente, ya que lo había visto todo:

—¿Qué ha ocurrido?

—No hay trato. —Tarrant se sentó en el pasto pisoteado y tendió la mano—. Beberé un sorbo de whisky. No mucho, y será mejor que tú te cuides. —Sintió la grata mordedura del alcohol en el gaznate—. He fracasado. Peregrino no abandonará a los comanches, y los comanches no aceptan el rescate. —Describió la situación en pocas palabras.

—Ese hijo de perra —jadeó Rufus.

—¿Quién? ¿Quanah? Será un enemigo, pero es honesto.

—No. Herrera. Él podía haber...

El traficante llegó en ese momento.

—¿He oído mi nombre? —preguntó.

—Ahá —gruñó Rufus, y se puso de pie, botella en mano—. *Vípera es* —masculló en latín. Y continuó en inglés—: Eres una víbora. Un mexicano grasiento. Podías haberle vendido a Hanno..., podías haber vendido al jefe esas armas y...

Herrera se llevó la mano derecha al Colt. Sus hijos se pusieron alerta, desenvainando los cuchillos.

—No podía cambiar un trato que ya estaba hecho —dijo. El español era un idioma demasiado suave para comunicar toda su frialdad—. No a menos que ellos aceptaran, y ellos rehusaron. Eso habría perjudicado mi reputación y mi negocio.

—Seguro, mestizo, siempre estás dispuesto a vender hombres blancos, mujeres blancas, venderlos por... dinero. Dinero de sangre. —Rufus escupió a los pies de Herrera.

—No hablaremos de sangre —dijo con calma el traficante—. Yo sé quién era mi padre. Y lo vi llorar cuando los yanquis nos arrebataron la tierra. Ahora debo cederles el paso en las calles de Santa Fe. El cura me dice que no debo odiarlos, ¿pero debo preocuparme por ellos?

Rufus gruñó y atacó con el garfio. Herrera retrocedió a tiempo. Desenfundó la pistola. Tarrant se levantó de un salto y agarró el brazo de Rufus antes que el pelirrojo intentara desenfundar. Lentamente, los muchachos envainaron los cuchillos.

—Compórtate —jadeó Tarrant—. Siéntate.

—¡No con éstos! —barbotó Rufus en latín. Se zafó—. Y tú, Hanno. ¿No recuerdas? Como esa mujer que salvamos, allá en Rusia. Y ése era un solo hombre que después no *le* habría abierto el vientre, ni la habría entregado a mujeres con cuchillos y antorchas... —Se alejó de todos sin soltar la botella.

Algunas miradas lo siguieron.

—Déjelo en paz —dijo Tarrant a Herrera—. Pronto volverá a sus cabales, y añadió sin gran sinceridad—: Gracias por tu paciencia.

6

Durante la tarde, Tom Langford se animó a salir dos veces. Cuando vio el campamento, entró deprisa y atrancó la puerta.

—Sospecho que intentarán un ataque nocturno —dijo al atardecer—. De lo contrario, ¿por qué se demoran tanto? Tal vez de nuevo al amanecer, pero podría ser a cualquier hora. Tendremos que mantenernos alerta. Si los rechazamos de nuevo, quizá se marchen. Los indios no saben cómo sostener un sitio.

Bill Davis se echó a reír.

—No valemos la pena —opinó. —Los vecinos vendrán, indudablemente, a ayudarnos —aventuró Carlos Padilla en español.

—Sí pero quién sabe cuándo —suspiró Langford—. Suponiendo que Bob haya logrado pasar, los vecinos están muy desperdigados. Quizás haya un destacamento de caballería en las cercanías.

—Estamos en manos de Dios —declaró Susie. Sonrió a su esposo—. Y en las tuyas, querido, y son manos bien fuertes.

Ed Lee se movía y gemía en la cama de los Langford. La herida le había producido fiebre. Los niños estaban agotados.

Primero comieron la cena, habichuelas frías, pan, la leche que les quedaba. No tenían leña, y el agua era escasa. Langford pidió a su esposa que dijera la oración de gracias. A nadie le molestó que Carlos se persignara. Luego los hombres fueron uno por uno detrás de una cortina que Susie había puesto en un rincón para ocultar el cubo que todos debían compartir. Langford lo había vaciado en sus dos salidas. Esperaba que nadie más tuviera ganas de defecar hasta que los indios se hubieran largado. Sería desagradable, en ese encierro con una mujer y una niña. El retrete era de tepe, y aún debía de estar en pie. De lo contrario, usarían la protección de la hierba alta, la libertad de esos acres por los cuales luchaba.

Cayó la noche. Una sola vela ardía en la mesa entre las armas. Los Langford y los peones montaban guardia, dos turnándose para mirar por las troneras mientras otros dos dormitaban en el suelo o junto al pobre Ed. Las estrellas cubrían el retazo de cielo que podían ver. El suelo era una negrura grisácea. La pálida luna sería de escasa ayuda cuando despuntara poco antes que el sol. Entretanto, persistían el frío y el silencio.

Una vez la esposa susurró desde su lado de la habitación:

—¿Tom? —¿Sí? —Él le echó una ojeada. En la penumbra no veía la suciedad, el agotamiento, las mejillas huecas y las ojeras. Veía a la muchacha de sus días de noviazgo, desde cuyo porche había regresado a casa embelesado.

—Tom, si... si logran entrar y tienes la oportunidad... —Ella contuvo el aliento—. ¿Me dispararías primero?

—¡Claro que no! —exclamó él, horrorizado.

—Por favor. Te lo agradecería.

—Podrías vivir, querida. Venden prisioneros a nuestra gente.

Ella miró el suelo y luego, recordando su deber, espió por la tronera.

—No querría vivir. No después...

—¿Piensas que te abandonaría? Supongo que no me conoces tan bien como creía.

—No, pero tú... Yo estaría sin ti en la Tierra. ¿Por qué no juntos en el Cielo, al mismo tiempo?

Langford sabía que los pieles rojas no le perdonarían la vida. A menos que tuviera suerte, no sería un hombre cuando muriese. Aunque los cuchillos y el fuego, o estar sujeto en una estaca al sol con los

párpados cortados, no lo dejarían en condiciones para pensar mucho en eso.

—Bien, quizá consigas salvar a los niños.

Ella agachó la cabeza.

—Sí. Lo lamento. Lo había olvidado. Sí, pensaba de forma egoísta.

—Oh, no te preocupes, cariño —dijo él tratando de aparentar alegría—. No ocurrirá nada malo. La semana próxima nuestra mayor preocupación será cómo evitar el jactarnos a voz en grito.

—Gracias, querido. —Ella miró hacia fuera.

La noche avanzó. La habían dividido en cuatro turnos de guardia, y todos estarían despiertos antes del alba, cuando el ataque era más probable. Cuando el reloj de péndulo dio las tres de la mañana, los Langford terminaron su segundo turno, despertaron a los peones y se acostaron, él en el suelo, ella junto a Ed. Si el hombre herido despertaba de su profundo sueño, ella se daría cuenta y lo atendería. Los otros hombres dispararían mejor cuanto más descansados estuvieran.

Un escopetazo despertó a Langford.

Bill chocó contra la pared y cayó. La bala había atravesado la cabaña y le había dado en la espalda. A la luz de las velas y entre las sombras fluctuantes, su sangre era más negra que su tez.

Carlos se agazapó en el lado norte, apuntando el rifle en vano. Dos anchos cañones entraron por las troneras del oeste. Uno escupió humo y se retiró, reemplazado al instante por otro. Entretanto rugió la segunda arma.

Langford saltó hacia la cama y hacia Susie. En su aturdimiento comprendió. Tres o cuatro enemigos se habían arrastrado al amparo de la noche, despacio, deteniéndose a menudo, sombras en la oscuridad, hasta atravesar las estacas y llegar bajo los aleros. Luego habían insertado las armas, tal vez esperando disparar a alguien en el ojo.

No importaba. Disparando a ciegas, moviendo los cañones a izquierda y derecha, hacían imposible la defensa.

Aumentaron los alaridos. Un estruendo sacudió la puerta. Langford supo que no eran tomahawks, sino un hacha de cortar leña, tal vez suya. Los paneles se astillaron. Una ráfaga apagó la vela. Langford disparó una y otra vez, pero no veía bien. El percutor tocó una cámara vacía. ¿Dónde diablos estaban las armas cargadas? Oyó un grito de Susie. Tal vez tenía que haber guardado una bala para ella. Demasiado tarde. La puerta había caído y la oscuridad estaba llena de guerreros.

7

El bullicio los despertó. Tarrant y los Herrera se levantaron empuñando las armas. Había un tumulto entre los tipis.

—El ataque —dijo el traficante entre los alaridos y disparos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Tarrant—. ¿Otro ataque frontal, en medio de la noche? Una locura.

—No sé —dijo Herrera. El ruido alcanzó un rápido crescendo. Herrera mostró los dientes, un destello opaco bajo las estrellas—. Victoria. Están tomando la casa. ¿Adonde va? —exclamó cuando vio que Tarrant se agachaba para ponerse las botas—. Quédese aquí. Podrían matarlo.

—Tengo que ver si puedo hacer algo.

—No puede. Yo me quedo, no por miedo sino para no ver lo que vendrá a continuación.

—Me dijo que no le importaba —replicó Tarrant.

—No mucho —admitió Herrera—. Pero sería maligno regodearse, y no tengo ánimo para eso. No, mis hijos y yo rezaremos por ellos. —Le aferró la manga. Uno dormía con la ropa puesta en un lugar como ése—. Quédese. Usted me cae bien.

—Tendré cuidado—prometió Tarrant, y echó a andar.

Bordeó el campamento comanche. Cada vez se encendían más antorchas. Se mecían, dejando una estela de chispas en su apresurada marcha. Su luz opacaba el resplandor escarchado de millares de estrellas. No obstante, Tarrant tenía luz suficiente para ver por dónde andaba.

¿ Dónde diablos estaba Rufus ? Quizá roncando en la pradera junto a la botella vacía. Qué más daba. Por mucho que se dominara, un hombre blanco se arriesgaba cuando se mostraba a hombres rojos sedientos de sangre.

¿Por qué él, Hanno, Lugo, Cadoc, Jacques Lacy, William Sawyer, Jack Tarrant, mil alias distintos, actuaba así? Sabía que no podría salvar a los rancheros, ni se proponía intentarlo. Debían perecer como muchísimos más habían perecido antes y perecerían en el futuro, una y otra vez. La historia los tragaba y los escupía y pronto la mayoría se pudrían en el olvido, como si no hubieran existido jamás. Quizá los cristianos tenían razón y la humanidad era así, tal vez estaba en la naturaleza de las cosas.

Su intención era práctica. No había sobrevivido tanto tiempo ocultándose de lo terrible. Por el contrario, se mantenía alerta, para saber adonde saltar cuando llegaba la estocada. Esta noche observaría desde los bordes. Si los indios sentían el impulso de eliminarlos también a ellos,

podría disuadirlos, con la ayuda de Peregrino y aun de Quanah, antes de que se descontrolaran. Por la mañana emprendería el regreso a Santa Fe.

El jefe se erguía cerca de la cabaña, un hacha de mango largo sobre el hombro. La luz de las antorchas le salpicaba la cara y el cuerpo pintarrajeados, la toca con cuernos; Quanah parecía una imagen trémula entrando y saliendo del infierno. Los bravos eran más borrosos, fragmentos de noche que se apiñaban, bailaban, bramaban, agitaban las lanzas como banderas. Las squaws estaban con ellos, empuñando cuchillos o estacas afiladas. La puerta era un bostezo.

Delante había un pequeño espacio vacío. Había tres muertos despatarrados en el umbral. El brazo izquierdo del blanco estaba astillado, alguien le había cortado el cuello sin detenerse a pensar en la diversión. Las puntas de las costillas sobresalían del boquete de la espalda del negro. Un tercero parecía mexicano, aunque tenía tantos tajos y magullones que costaba estar seguro; había caído peleando.

Esos tres eran bastardos con suerte. Dos squaws aferraban a un niño y una niña que chillaban encegados por el miedo. Un blanco alto estaba sentado, Tos hombros encorvados. La sangre le formaba un pegote en el pelo, le manchaba la ropa, goteaba en la tierra. Estaca aturdido. Dos guerreros sujetaban los brazos de una mujer joven que se contorsionaba, pateaba, maldecía e invocaba a su Dios.

Un hombre se apartó del gentío. Una antorcha lo alumbró un instante y Tarrant logró reconocer a Wahaawmaw. Se había colgado el rifle para tener las manos libres. Empuñaba un cuchillo en la derecha. Soltó una risotada, cogió el vestido de la mujer con la izquierda, lo rasgó. La tela se abrió. Hubo un resplandor blanco, y una repentina hilera de gotas de sangre. Sus captores la tendieron de espaldas. Wahaawmaw se llevó la mano al taparrabo. El prisionero se movió, graznó, trató de levantarse. Un bravo le asestó un culatazo en el estómago y el hombre se arqueó vomitando.

Resonó un gruñido de oso pardo. Desde atrás de la cabina embistió Rufus, Colt en mano, agitando el garfio. Dos indios rodaron con la cara destrozada Rufus enfiló hacia la mujer. Los hombres que la sujetaban se levantaron. Rufus disparó a uno en la frente. Al otro le arrancó un ojo con el garfio, y el hombre retrocedió chillando. Pateó la entrepierna de Wahaawmaw. El guerrero se tambaleó y cayó contorsionándose junto al blanco. Trató de ahogar un grito, pero no pudo contenerlo.

La llama de las antorchas devolvía a la barba de Rufus su color genuino. Se plantó con las piernas a ambos lados de la mujer, balanceándose, ebrio como una cuba pero con el Colt amartillado.

—De acuerdo, cerdos mugrientos —tronó—, llenaré de plomo al primero que se mueva. Ella se irá en libertad, y...

Wahaawmaw se incorporó y rodó. Rufus no llegó a verlo. Tenía demasiado que observar.

—¡Cuidado! —gritó Tarrant sin poder contenerse. Los alaridos de los indios le ahogaron la voz. Wahaawmaw se descolgó el rifle y disparó desde el suelo.

Rufus se tambaleó, soltó la pistola. Wahaawmaw disparó de nuevo. Rufus se derrumbó. Su cuerpo cayó sobre la mujer y la aplastó contra el suelo.

Tarrant se abrió paso a codazos. Llegó al claro y cayó de rodillas junto a Rufus.

—O *sodalis, amice perennis...*

Borbotones de sangre manchaban la boca y la barba roja. Rufus jadeaba... Por un instante pareció sonreír, aunque Tarrant no podía ver bien bajo el fluctuante resplandor de las antorchas o la luz de las estrellas. Abrazó ese corpachón de donde se escapaba la vida.

Sólo entonces notó que se había hecho el silencio. Miró hacia arriba. Quanah se erguía sobre él, el hacha tendida como un techo o un escudo de piel de búfalo. ¿Había ordenado silencio a su gente? La multitud era un borrón, lejos de él y los muertos, los heridos, los cautivos. Aquí y allá una llamarada alumbraba una cara o arrancaba un destello a un par de ojos.

Tarrant apartó a Rufus de la mujer. Ella se movió, abrió los ojos, gimió.

—Calma —murmuró Tarrant. Ella se incorporó, avanzó a gatas hacia el marido. Las squaws habían soltado a los niños, que ya estaban junto a ella. Él había recobrado el conocimiento. Al menos, pudo sentarse erguido y abrazar a los suyos.

Los guerreros heridos por Rufus se habían reunido con la multitud, excepto el muerto y Wahaawmaw quien se había levantado pero se apoyaba en el rifle, temblando, aferrándose la dolorida entrepierna Tarrant también se levantó. Quanah bajó el hacha. Ambos se miraron.

—Esto es malo —dijo al fin el jefe—. Muy malo.

Un capitán de Fenicia sabía aprovechar cada oportunidad, por mala que fuera la situación.

—Sí —respondió Tarrant—. Uno de tus hombres ha matado a uno de tus huéspedes.

—Él, tu hombre, irrumpió entre los nuestros causando muerte.

—Tenía derecho a hablar, a ser oído en tu consejo. Cuando tus nermernuh le cerraron el paso, quizá con intención de atacarlo, actuó en defensa propia. Estaba bajo tu protección, Quanah. En el peor de los casos, pudiste hacerlo capturar por detrás, con tantos hombres a tu mando. Creo que lo habrías hecho de haber tenido la oportunidad, pues todos te llaman hombre de honor. Pero esa criatura le disparó primero.

Wahaawmaw gruñó con furia. Tarrant no sabía cuánto habría entendido. El argumento era débil, casi ridículo. Quanah podía desecharlo de inmediato. Sin embargo...

Peregrino se adelantó. Era unos cinco centímetros más alto que el jefe. Llevaba un manojo de hierbas medicinales y una vara de la que colgaban tres colas de búfalo, cosas que debía de haber traído desde el tipi. La multitud cuchicheaba, las antorchas chisporroteaban. Dertsahnawyeh, el que no moría, tenía poder para inspirar reverencia en el corazón más fiero.

—Quédate donde estás, Jack Tarrant —dijo en voz baja—, mientras Quanah y yo hablamos.

El jefe asintió. Impartió órdenes. Wahaawmaw protestó pero obedeció perdiéndose entre la multitud. Varios guerreros se acercaron, rifle en mano, para vigilar a los blancos. Quanah y Peregrino se perdieron en la noche.

Tarrant se acercó a los prisioneros y se agachó.

—Escuchad —dijo en voz baja—, tal vez logremos liberaros. Callad, no digáis nada. Los indios han recibido una sorpresa que los ha aplacado un poco, pero no hagáis nada para recordarles que desean destruiros.

—Entendido —dijo el hombre, con claridad aunque no con firmeza—. Pase lo que pase, os debemos nuestras plegarias, a ti y a tu socio.

—Él acudió corno un caballero del rey Arturo —logró susurrar la mujer.

Acudió como un idiota borracho, pensó Tarrant. Podría haberlo disuadido si lo hubiera sabido. Lo habría hecho. Oh, Rufus, viejo amigo, siempre odiaste estar solo, y ahora lo estás para siempre.

El hombre tendió la mano.

—Tom Langford —dijo—. Mi esposa Susan. Nancy. Jimmy... James —corrigió pues a pesar del polvo, las lágrimas y una magulladura, el niño había mirado al padre reprochándole el diminutivo. Tarrant quiso reír.

Se contuvo, se presentó y concluyó:

—Será mejor que no hablemos más. Además, los indios esperan que yo atienda a mi muerto.

Rufus estaba a tres metros de los Langford. Podría haber estado a tres mil kilómetros. Tarrant no podía lavarlo, pero enderezó el cuerpo, le cerró los ojos, sujetó la mandíbula con un pañuelo. Le sacó el cuchillo y se abrió tajos en la cara, los brazos y el pecho. La sangre brotaba y goteaba, nada serio pero suficiente para impresionar a los curiosos. Así lloraban ellos a los muertos, no el hombre blanco. Sin duda, el muerto era muy importante, y merecía ser vengado con cañones y sables a menos que apaciguaran a sus amigos. Al mismo tiempo, el amigo que estaba aquí no lloraba por él, y eso también era turbador. Poco a poco, los nermernuh regresaron a la placidez del campamento.

Bien, Rufus tuviste mil quinientos años, y disfrutaste cada uno de tus días. Tuviste mujeres, luchas, canciones, festines, borracheras y aventuras, trabajaste con tesón cuando hubo que hacerlo y fuiste una magnífica protección cuando la necesité, y un buen esposo y padre, con tu estilo rezongón, cada vez que sentaste cabeza por un tiempo. Pude haber prescindido de tus estúpidas bromas y cuando estábamos solos tanto tiempo tu conversación era tan aburrida que dolía, y si a veces salvaste mi vida, yo también me la jugué para sacarte a menudo del atolladero y... mi mundo ha perdido mucho sabor esta noche, Rufus. Mucho amor.

Un alba falsa enfrió el este, Quanah y Peregrino fueron borrosos hasta que llegaron de vuelta a la cabaña. Tarrant se levantó. Los guardias se apartaron con respeto. Desde el suelo los agotados Langford miraban con ojos inflamados. Los niños dormían con sueño inquieto.

Tarrant aguardó.

—Está decidido —dijo Quanah. La voz profunda tronó como los cascos en las praderas. El aliento flotaba en el frío con blancura de fantasma—. Sepan todos los hombres que los nermernuh son generosos. Respetarán mis deseos en este asunto. Tú, el traficante y sus hijos podéis iros. Podéis llevaros a estos cautivos. Ellos van a cambio de tu camarada. Él mismo se provocó la muerte, pero como era nuestro huésped, sea ése su precio, porque los nermernuh valoran el honor. No dañaremos su cuerpo, sino que le daremos sepultura decente para que su espíritu pueda llegar al otro mundo. He dicho.

Tarrant sintió un escalofrío. Había temido algo peor que esto. Logró mantener la compostura y dijo: —Te lo agradezco mucho, y diré a mi gente que el alma Quanah es grande.

Quizá lo decía en serio. Por un instante el jefe olvidó su pomposidad.

—Da las gracias a Peregrino. Él me persuadió. Largaos antes del amanecer.

Hizo una seña a los guardias, quienes lo siguieron hacia el campamento comanche.

Un mortal se habría desmoronado al aliviarse la presión, se habría puesto histérico o se habría desmayado. Un inmortal tenía más reservas, más resistencia. No obstante, Tarrant habló con voz temblorosa.

—¿Cómo lo conseguiste, Peregrino?

—Llevé tu argumento tan lejos como pude. —De nuevo el indio se tomó su tiempo para construir y sopesar cada oración en inglés—. Quanah no estaba dispuesto a aceptar. No es un demonio, sabes; está luchando por la vida de su pueblo. Pero también debe convencer a los demás. Yo tuve que... usar todos mis amuletos, invocar a los espíritus, y al fin dije que si no te liberaba me marcharía. Él valora mis consejos tanto como mi... medicina. Luego no fue difícil convencerlo de que también liberase a esta familia. Le ayudaré a convencer a los guerreros de que fue buena idea.

—Tuvo razón al decir que te diera las gracias a ti —dijo Tarrant—. Lo haré durante todos los siglos de vida que me queden.

La sonrisa de Peregrino era tenue como la luz del este.

—No es preciso. Tuve mis razones, y quiero una retribución.

Tarrant tragó saliva.

—¿Cuáles?

—Admito que tenía que salvarte —dijo Peregrino con voz más serena—. Quizá tú y yo seamos ahora los únicos inmortales del mundo. Debemos juntarnos alguna vez. Pero entretanto...

Peregrino cogió el brazo de Tarrant.

—Entretanto, aquí está mi gente —jadeó—. No nací entre ellos, pero son casi los últimos de nosotros que nacieron en esta tierra y todavía son libres. No lo serán por largo tiempo. Pronto serán vencidos. —Al igual que Tiro y Cartago, Galia y Britannia, Roma y Bizancio, los albigenses y los husitas, los vascos y los irlandeses, Québec y la Confederación—. Ayer te lo dije en la pradera. Debo quedarme con ellos hasta el final, razonar con ellos, ayudarlos a encontrar nueva fe y esperanza. De lo contrario se harán pedazos, como búfalos cayendo a un precipicio. Así que trabajaré entre ellos en busca de la paz.

»Quiero que hagas lo mismo. Como le dije a Quanah, dejar ir a unos pocos puede ganarnos cierta voluntad. Más morirán, horriblemente, pero aquí tienes un argumento favorable. Afirmas que eres rico y cuentas con el apoyo de hombres poderosos. Bien, mi precio por estas vidas es que trabajes por la paz, una paz que sea aceptable para mi gente.

—Haré lo posible —dijo Tarrant. Hablaba en serio. En todo caso, llegaría el día en que Peregrino podría pedirle cuentas.

Se aferraron la mano. El indio se alejó. El alba falsa se esfumó y pronto desapareció en las sombras.

—Seguidme —dijo Tarrant a los Langford—. Tenemos que partir de inmediato.

¿Qué cantidad de años había ganado Rufus para esos cuatro? ¿Unos doscientos?

8

Para ojos habituados al Lejano Oeste, las montañas Wichita no eran más que cerros, pero se elevaban abruptas y desnudas, aunque con las lluvias de primavera se volvían profundamente verdes y se constelaban de flores silvestres. En el valle, una casa grande y sus edificios auxiliares reinaban sobre sembrados, pastos, vacas, caballos.

La hierba húmeda resplandecía después de un chaparrón y flotaban nubes blancas cuando un carruaje alquilado se apartó de la carretera principal. para entrar en la calzada. Un jinete que inspeccionaba las cercas lo vio y se acercó para investigar. Dijo que el señor Parker no estaba allí. El cochero, que también era indio, explicó que en realidad su pasajero deseaba ver al señor Peregrino. Sorprendido, el jinete dio instrucciones y se quedó mirando el vehículo. Para él era casi tan extraño como los automóviles que veía en ocasiones.

Un camino lateral llevó al carruaje hasta una cabaña rodeada por canteros, con un huerto al fondo. En el porche, un hombre con pantalones abolsados y sandalias estaba leyendo. Tenía el pelo trenzado pero era demasiado alto y esbelto para ser un comanche. Cuando se acercó el carruaje, dejó el libro, bajó la escalera y esperó.

El carruaje se detuvo y bajó un hombre blanco. La ropa indicaba prosperidad sólo si uno miraba atentamente el paño y la confección. Por un instante ambos se quedaron inmóviles. Luego se estrecharon las manos y se miraron a los ojos.

—Al fin —saludó Peregrino con voz trémula—. Bienvenido, amigo.

—Lamento haber tardado tanto en venir —le respondió Tarrant—. Estaba en Oriente por negocios cuando tu carta llegó a San Francisco. Cuando llegué a casa, pensé que un telegrama podía llamar demasiado la atención. Tú me habías escrito años atrás, cuando te envié mi dirección, y esa sola carta despertó rumores. Así que simplemente cogí el primer tren hacia el este.

—Está bien, entra, entra. —Con la larga práctica, hablaba en inglés fluido—. Si tu cochero lo desea, puede continuar hasta la casa grande. Allí cuidarán de él. Puede llevarnos al pueblo... ¿Qué te parece pasado mañana? Debo encargarme de ciertas cosas, incluyendo mercancías que me gustaría hacer embarcar. Si no tienes objeciones.

—No, Peregrino. Lo que tú quieras. —Tras hablar con el otro hombre, Tarrant bajó un bolso del carruaje y acompañó a su anfitrión adentro.

La cabana tenía cuatro habitaciones, pulcras, limpias, soleadas, casi desnudas, excepto por una gran cantidad de libros, un gramófono, una colección de discos clásicos y, en el dormitorio, ciertos artículos religiosos.

—Dormirás aquí—dijo Peregrino—. Yo me instalaré en el patio. No, no digas nada. Eres mi huésped. Además, será como en los viejos tiempos. De hecho, lo hago a menudo.

Tarrant miró en torno.

—¿Vives solo, entonces?

—Sí. Me parecía mal casarme y tener hijos sabiendo que al fin inventaría una patraña para abandonarlos. La vida entre las tribus libres era diferente ¿y tú?

Tarrant frunció los labios.

—Mi última esposa murió el año pasado, joven. Tuberculosis. Probamos suene en un clima seco, hicimos lo posible, pero... Bien, no teníamos hijos, y ya es hora de que yo cambie de identidad. Me estoy preparando para ello. Se instalaron en la sala del frente en sillas de madera. Sobre la cabeza de Peregrino coleaba una cromolitografía, un autorretrato de Rembrandt. Aunque la copia era muy mala, los ojos conservaban esa pesadumbre mortal. Tarrant sacó una botella de whisky del bolso. Ilegalmente, llenó los dos vasos que había traído el anfitrión. También le ofreció habanos. Esas pequeñas gratificaciones brindaban cierta satisfacción.

—¿Y cómo te han ido las cosas? —preguntó Peregrino.

—He estado atareado. No sé a cuánto asciende mi fortuna, pues tendría que revisar los libros de varios alias. Pero es enorme, y mayor cada día. Te necesito, entre otras cosas, para que me ayudes a pensar en qué gastarla. ¿Y tú?

—Una vida apacible. Cultivo mi tierra, hago cosas en mi taller de carpintería, asesoro a mi congregación. Es una iglesia nativa, así que en verdad no soy como un pastor blanco. Enseño en la escuela. Lamentaré abandonarla. Ah y leo mucho, tratando de aprender acerca de tu mundo.

—Y supongo que eres el consejero de Quanah.

—Bien, sí. Pero no creo que yo sea el poder que hay detrás de su pequeño trono ni nada por el estilo. Lo hizo todo por sí mismo. Es un hombre notable. Entre los blancos habría sido un Lincoln o un Napoleón. Mi mayor mérito ha sido posibilitar ciertas cosas, facilitarlas. Pero fue él quien las hizo.

Tarrant asintió recordando. La gran alianza de los comanches, los kiowas, los cheyennes y los arapaho, con Quanah como gran jefe. El sangriento choque de Adobe Walls, el año de guerra y persecuciones que siguió. Los últimos supervivientes, encabezados por Quanah, yendo a la reserva en 1875. Las buenas intenciones de un agente de asuntos indígenas tres años después, cuando logró que los comanches salieran bajo escolta militar en una última cacería de búfalos y no quedaban búfalos. Y aun así, aun así...

—¿Dónde está ahora? —preguntó Tarrant.

—En Washington —dijo Peregrino, y notó la sorpresa del otro—. Va allí con frecuencia. Es el portavoz de todas las tribus. Y, bien lo lamento por McKinley, pero eso llevó a Theodore Roosevelt a la Casa Blanca. Él y Quanah se conocen, son amigos.

Fumó un rato en silencio. Los inmortales rara vez tienen prisa. Al fin continuó:

—Entre nosotros, Quanah es algo más que un rico granjero. Es un cabecilla y un juez, nos mantiene unidos. El peyote y las muchas esposas no son del agrado de los blancos, pero lo soportan porque no sólo nos permite continuar a nosotros, sino que así a ellos les permite tener la conciencia tranquila. No es un individuo recatado. Le gusta contar historias con un lenguaje que haría sonrojar a un marinero. Pero es... la reconciliación. Se hace llamar Quanah Parker, en memoria de su madre. Últimamente ha hablado de hacer trasladar aquí los huesos de ella y de su hermana, para que puedan descansar junto a los suyos. Oh, no me preocupo. Los indios tenemos un difícil camino por delante, y muchos caeremos. Pero Quanah nos puso en marcha.

—Y tú lo indujiste —dijo Tarrant.

—Bien, trabajé contra los profetas, usé mi escasa influencia para inculcar la paz al Pueblo. Y tú, por otra parte, cumpliste tu promesa.

Tarrant sonrió con picardía. Había costado. No sólo comprar a los políticos, sino comprar o presionar a hombres que a su vez cerrarían tratos con los adustos incorruptibles. Pero Quanah no había ido a la cárcel ni a la horca.

—Sospecho que eres demasiado modesto —dijo Tarrant—. No importa. Hicimos nuestra labor. Tal vez hayamos justificado nuestras largas vidas; no sé ¿Estás preparado para el viaje?

Peregrino asintió.

—Aquí no puedo hacer más que otros a quienes contribuí a preparar. Y hace más de un cuarto de siglo que estoy en esta reserva. Quanah me ha protegido, me mantuvo oculto en un rincón, exhortando a los de buena memoria, a no hablar de mí con los forasteros. Pero no es como la pradera. La gente se hace preguntas. Si la noticia llegara a los periódicos... Ah, esa preocupación ha terminado. Le dejaré una carta y mi bendición.

Miró hacia el oeste por la ventana. Se llevó a los labios la bebida de gente que antaño había sido bárbara que atacaban el sur y se retiraban al norte en una guerra tras otra, buscando libertad.

—Es hora de empezar de nuevo —dijo.

XV
Reunión

1

La lluvia arreciaba. Limpiaba el calor y la mugre, convertía el aire en una humareda gris y maloliente. El caracoleo de los relámpagos transformaba el color en mercurio, y el trueno sofocaba el ruido de los motores, las bocinas, el agua que goteaba de las ruedas. Un rayo apuñaló el Empire State Building y se diluyó en la telaraña de acero que había bajo la mampostería. Los coches y autobuses llevaban los faros encendidos a plena tarde. Aun en el centro había pocos peatones, y se encorvaban bajo los paraguas o corrían de las marquesinas a los toldos. No se conseguían taxis.

En las afueras, la calle de Laurace Macandal estaba desierta. Habitualmente era una calle ajetreada, llena de bullicio y luces incluso después del anochecer. Pequeños clubes nocturnos habían surgido entre los modestos inquilinatos del vecindario, y ella había reformado esa vieja mansión. A pesar de los malos tiempos, los blancos aún iban a Harlem a disfrutar del jazz, el baile, la comedia y esa despreocupación que atribuían a los negros. En ese momento todos se quedaban dentro esperando que mejorase el tiempo.

Laurace miró un reloj y llamó a una de las criadas.

—Escucha bien, Cindy. No has estado demasiado tiempo en el servicio, y hoy sucederá algo importante. No quiero que cometas errores.

—Sí, Mama-lo —dijo la muchacha con tono reverente.

Laurace meneó la cabeza.

—Eso, por ejemplo. Ya te he dicho que soy «Mama-lo» sólo en momentos sagrados.

—Perdón..., señora: —Las lágrimas enturbiaron los ojos de la muchacha. La mujer que hablaba con ella parecía joven pero antigua como el tiempo; alta, delgada, con un vestido marrón de austera elegancia, en la muñeca izquierda un brazalete con una serpiente de plata, en la garganta un medallón dorado donde un círculo y un triángulo entrelazados rodeaban un rubí; tez oscura, cara angosta, nariz arqueada, pelo lacio y rígido—. Siempre lo olvido.

Laurace sonrió y dio unas palmaditas a la mano de la criada.

—No temas, querida. —Su voz, que podía sonar como una trompeta, cantaba como un violín—. Eres joven y tienes mucho que aprender. Pero

quiero que entiendas que mi visitante de hoy es especial. Por eso no habrá hombres por aquí excepto Joseph, y *él* se quedará cuidando el coche. Tú ayudarás en la cocina. No salgas de allí. No, no es que atiendas mal la mesa, y eres más bonita que Conchita, pero ella tiene más categoría. La categoría se debe ganar, no sólo mediante el servicio sino mediante la devoción y el estudio. Tu momento llegará, sin duda. Ante todo, Cindy, debes guardar silencio. No debes decir una palabra a nadie, nunca, acerca de quién es mi huésped ni de lo que llegues a ver u oír. ¿Entiendes?

—Sí, señora.

—Bien. Ahora vete, niña. Oh, y mejora tu inglés. Nunca irás a ninguna parte si no demuestras cultura. Si no tienes cultura. El maestro Thomas me dice que tampoco andas bien en aritmética. Si necesitas ayuda, pídela. La enseñanza no es sólo su trabajo, sino su vocación.

—Sí, señora.

Laurace inclinó la cabeza y cerró los grandes ojos como si escuchara algo.

—Tu buen ángel revolotea por aquí —dijo—. Ve en paz.

La muchacha se alejó, pulcra en su uniforme almidonado, radiante de repentina alegría.

A solas, Laurace se paseó por la sala, cogió objetos, los acarició y luego los dejó donde estaban. Había decorado esa sala al estilo Victoriano: paneles de roble, muebles pesados, alfombra y cortinas gruesas, vitrinas para curiosidades selectas, un anaquel de libros aún más selectos encima de los cuales descansaba el busto blanco de un hombre que había sido negro. Las bombillas eléctricas del candelabro de cristal eran opacas; la lluvia creaba una atmósfera crepuscular. El erecto era cautivante sin ser abiertamente extraño.

Cuando, por una ventana, vio llegar el coche, Laurace olvidó sus inquietudes y se enderezó. Todo dependería de la impresión que ella causara.

El chófer salió con un gran paraguas, fue hasta el flanco derecho y abrió la portezuela trasera. Escoltó a la pasajera hasta el porche, donde tocó la campanilla. Laurace no lo vio, pero lo supo al oírlo. También supo que las dos criadas recibían a la visitante, cogían el abrigo y la guiaban por el vestíbulo.

Cuando la mujer entró en la sala, Laurace le salió al encuentro.

—Bienvenida, bienvenida —dijo, aterrándole ambas manos. Clara Rosario respondió con un ademán contenido y una sonrisa parca. Parecía fuera de lugar con su ropa de colores chillones. Aunque tenía pelo oscuro

y rizado, tez tostada y labios carnosos, era de raza blanca, con ojos castaños, nariz recta, pómulos anchos. Laurace era siete centímetros más alta. No obstante, Clara se comportaba con aplomo, como era de esperar con esa figura.

—Gracias —replicó con cierta brusquedad. Mirando a su alrededor—: Vaya lugar tienes aquí.

—Estaremos a solas en mi cuarto —dijo Laurace—. Tiene un gabinete de licores. ¿O prefieres té o café? Ordenaré que lo traigan.

—No, gracias. Un trago me vendría bien. —Clara rió nerviosamente.

—Puedes quedarte a comer, ¿verdad? Te prometo una cena *cordón bien.* Para entonces habremos terminado con nuestros... asuntos, y podremos relajarnos para disfrutarla.

—Bien, no demasiado tarde. Me esperan, ya sabes. Yo dirijo las cosas. Y puede haber problemas si no estoy. Los hombres están muy nerviosos hoy en día, preguntándose qué nuevo desastre habrá.

—Y no queremos que nadie se pregunte en qué andas —convino Laurace—. No te preocupes. Te irás a tiempo. —Cogió el brazo de Clara—. Por aquí, por favor.

Clara se puso tensa cuando cerraron la puerta. El pequeño cuarto, rodeado de ventanas con gruesas cortinas, era muy exótico. Había esteras de paja en el suelo y pieles de leopardo sobre las extrañas sillas. Dos máscaras africanas dominaban una pared. Entre éstas, en un estante, había un cráneo humano. Enfrente se extendía una piel de pitón de dos metros y medio. Del otro lado, en un altar de mármol con un paño blanco de bordes rojos, había un cuchillo, un cuenco de cristal con agua y un candelabro de bronce de siete brazos. En una mesa había una lámpara de pantalla gruesa, junto a cigarreras de plata, cerillas y un incensario cuyo humo dificultaba la respiración. El gabinete y la consola de radio que flanqueaban la entrada pasaban casi inadvertidos en su familiaridad, así como la mesilla con vasos, cubitera, agua de Seltz, jarra, ceniceros y fuentes con golosinas.

—No te alarmes —dijo Laurace—. Habrás visto guaridas de magos en el pasado.

Clara asintió y tragó saliva.

—Algunas veces. ¿Quieres decir que tú...?

—Bien, sí y no. Estas cosas no son para usar, sino para comunicar sacralidad, poder, misterio. Además, nadie se atrevería a abrir esa puerta sin mi permiso, en ninguna circunstancia. Podemos hablar con franqueza.

Clara se animó. No habría resistido a través de los siglos sin coraje, y su anfitriona sólo le ofrecía amistad, y siempre que ello fuera posible.

—Supongo que hemos seguido caminos muy diferentes.

—Es hora de que los unamos. ¿Deseas escuchar música? Puedo sintonizar dos buenas emisoras.

—No, hablemos. —Clara hizo una mueca—. No escucho música todo el tiempo, sabes. Regento un establecimiento prestigioso.

—Pobrecilla —dijo Laurace con tono dulce pero apenado—. No te resulta fácil, ¿verdad? ¿Alguna vez te fue mejor?

Clara irguió la cabeza.

—Me las apaño. ¿Qué me dices de ese trago?

Escogió un fuerte bourbon con agua, junto con un cigarrillo, y se acomodó en el sofá. Laurace sirvió una copa de Burdeos y se sentó frente a ella. Durante un rato sólo se oyó el ruido sordo de la tormenta.

—Bien —dijo al fin Clara, con tono desafiante—, ¿de qué vamos a hablar? —Supongamos que empiezas tú —respondió Laurace con voz suave—. Por donde quieras. Éste es nuestro primer encuentro de verdad. Necesitaremos muchos más. Tenemos mucho que aprender, decidir, y hacer.

Clara tomó aliento.

—Bien —dijo deprisa—. ¿Cómo me encontraste? Cuando apareciste en mi apartamento y me dijiste que también eras inmortal... —No había provocado histeria, pero Laurace había comprendido que era mejor irse. Luego habían entablado tres cautas conversaciones telefónicas, hasta entonces—. Al principio pensé que estabas loca, ¿sabes? Pero parecías normal, ¿y cómo lo habría averiguado una loca? Luego me pregunté si querías chantajearme, pero eso tampoco tenía sentido. Sólo..., bien, ¿cómo sabes qué soy, y cómo puedo saber que tú eres lo que dices? — Alzó el vaso bruscamente y bebió un buen trago—. No quiero ofenderte pero, bueno..., debo estar más segura.

—Es natural que seas cautelosa —dijo Laurace—. ¿Crees que yo no lo soy? Hemos tenido que serlo, para no morir. Pero mira a tu alrededor ¿Esto pertenecería a un delincuente?

—No... A menos que el profeta de un culto... Pero nunca había oído hablar de ti, y me extraña, pues debes de ser muy rica.

—No lo soy. Ni lo es la organización que dirijo. Aunque debo mantener una apariencia de... solidez. No obstante, en cuanto a tu pregunta...

Laurace bebió un sorbo de vino. Continuó con voz lenta, casi soñadora:

—No sé cuándo nací. Si existía alguna documentación, no averigüé dónde hallarla, y debe de haberse perdido. ¿A quién le importaba una esclava negra? Por lo que recuerdo y lo que deduje cuando empecé a estudiar, debo de tener doscientos años. No es mucho, comparado con tu edad. ¿Mil cuatrocientos, dijiste? Pero desde luego me preguntaba, cada vez con mayor desesperación, si estaba sola en el mundo.

»Los que son como nosotras también deben ocultarse. Los hombres pueden adoptar diversos oficios y formas de vida. Las mujeres tienen menos oportunidades. Cuando al fin conté con medios para investigar, era lógico comenzar por el oficio que una mujer casi estaría forzada a ejercer.

—La prostitución —dijo crudamente Clara.

—Ya te he dicho que no juzgo. Hacemos lo que debemos para sobrevivir. Una persona como tú tenía que dejar un rastro, un rastro a menudo discontinuo pero posible de seguir, con tiempo y paciencia. A fin de cuentas, no esperaría que nadie se tomara la molestia. Archivos periodísticos, registros policiales y de los tribunales, documentos impositivos y demás en sitios donde la prostitución era legal, fotografías viejas..., cosas así, compiladas, escogidas, comparadas. Algunos de mis agentes fueron detectives privados, algunos han sido... seguidores míos. Nadie sabe para qué deseaba yo esta información. Poco a poco, a partir de un sinfín de fragmentos, algunas partes encajaron. Una mujer a quien le iba bien en Chicago en los años noventa, hasta que se metió en problemas, curiosamente similar a alguien que apareció luego en Nueva York, y luego alguien de Nueva Orleáns, y después de nuevo en Nueva York.

Clara hizo un gesto cortante.

—No sigas —interrumpió—. Capto la idea. Debí haberlo recordado. Ya ocurrió antes.

—¿Qué?

—En Constantinopla... Estambul... Oh, debió de ser hace novecientos años. Un hombre me descubrió de la misma manera. Laurace iba a levantarse pero se contuvo.

—¿Otro inmortal? —exclamó—. ¿Un hombre? ¿Qué fue de él?

—No lo sé. —Con beligerancia—: No me gustó que me encontraran entonces, y no sé si me gusta ahora. Eres mujer, y supongo que eso cambia las cosas, pero tienes que convencerme, ¿sabes?

—Un hombre —susurró Laurace—. ¿ Quién era ? ¿Cómo era?

—Eran dos. Él tenía un socio. Eran mercaderes en Rusia. Yo no quería ir con ellos, así que me los quité de encima y nunca los volví a ver. Tal vez estén muertos. No hablemos de eso aún.

Las envolvió el silencio de la lluvia.

—Qué vida tan espantosa has tenido —dijo al fin Laurace.

Clara esbozó una sonrisa.

—Oh, tengo aguante. Mis períodos de descanso, cuando vivo bien gracias a lo que he ganado y ahorrado, y las ocasiones en que me casé por dinero, han bastado para darme ganas de seguir viviendo.

—Dijiste que has sido casi siempre una madame desde que viniste a Estados Unidos... ¿No te resulta mejor de lo que... eras antes?

—No siempre.

2

Odiaba dormir en su lugar de trabajo. En Chicago tenía un apartamento a cinco calles. Habitualmente se iba a casa a las dos o tres de la mañana, y tenía las tardes libres; entonces la clientela raleaba y Sadie podía arreglarse. Iba de compras al centro, disfrutaba del sol y las flores en Jackson Park, visitaba uno de los museos construidos después de la Exposición Colombina, o viajaba en tranvía a la campiña, quizá con alguna de las chicas, a veces sola, pero siempre como una dama.

Bajo el fulgor de las lámparas de gas, la cenicienta acera estaba desierta como la luna. Aunque caminaba con paso ligero, sus pisadas le resonaban en los oídos. Dos hombres salieron del callejón, dos sombras hasta que se le acercaron.

Sofocó un jadeo. Sintió un escalofrío. El de la derecha era una mole maloliente, con la barba crecida. El de la izquierda era casi un niño. No tenía color en la cara salvo el reflejo de los faroles, amarillo como pus, y cada tanto soltaba una risita tonta.

—Hola, Srta. Ross —dijo el grandote con voz ronca—. Bonita noche, ¿eh?

Tonta, se dijo, tonta, debí tener cuidado, debí contratar a un guardaespaldas, pero no, no quise hacerlo, tenía que ahorrar cada céntimo para comprar más años de libertad... Con una fuerza de voluntad que ya era un antiguo hábito, mató el miedo. No podía permitírselo.

—No os conozco —dijo—. Dejadme en paz.

—Oh, nosotros la conocemos. El señor Santoni la señaló en la calle cuando pasaba. Nos pidió que tuviéramos una pequeña charla con usted.

—Marchaos o llamaré a la policía.

El chico protestó.

—¡Calla, Lew! —dijo el grandote—. Te impacientas demasiado. —Y a ella—: No sea así, Srta. Ross. Sólo queremos charlar un rato. Venga, calladita.

—Hablaré con tu jefe, el señor Santoni. Hablaré con él de nuevo si insiste. —Un modo de comprar tiempo—. Hoy mismo, sí.

—Oh, no. No tan pronto. Él dice que ha sido poco razonable. —Él quiere añadir mi local a su cadena, quiere terminar con todos los establecimientos independientes de la ciudad, tenemos que obedecer su voluntad y pagarle tributo. ¡Cristo, antes de que sea demasiado tarde, mándanos un hombre con una escopeta recortada!

Ya era demasiado tarde para ella.

—Quiere que Lew y yo charlemos primero con usted. No puede perder más tiempo discutiendo, ¿entiende? Ahora venga calladita y estará bien, Lew, guarda esa maldita navaja.

Trató de correr. Un largo brazo la detuvo. La aferraron con eficacia: si se resistía se dislocaría el hombro. A la vuelta de la esquina aguardaba un cabriolé con su cochero. Poco después llegaron a un edificio.

El grandote tuvo que frenar al chico varias veces. Luego le pasaba una esponja, le hablaba con calma, le daba un cigarrillo y empezaban de nuevo. Valiéndose de experiencias pasadas, evitó daños que serían permanentes incluso para ella. De hecho, el cabriolé la dejó frente a la casa de un médico.

Los del hospital se sorprendieron de la rapidez de su curación y la falta de marcas. Aunque no la interrogaron, entendieron de qué se trataba y no les sorprendió que fuera dócil, gentil y risueña. Bien, un cuerpo tan extraordinario debía de generar una personalidad igualmente flexible.

Carlotta Ross redujo sus pérdidas, vendió lo que pudo y se perdió de vista. Nunca había oído hablar del rival que luego liquidó a Santoni. Rara vez se molestaba en vengarse. Al final el tiempo se encargaba de eso. *Se* contentaba con empezar de nuevo en otra parte, advertida de antemano.

3

—Pero me las apaño. Estoy habituada a esta vida. Y soy buena en mi oficio. —Clara rió—. A estas alturas, debería serlo, ¿eh?

—¿Odias a todos los hombres? —le preguntó Laurace.

—¡No me compadezcas...! Lo lamento, tienes buenas intenciones, no debí irritarme. No, conocí a algunos que eran decentes. No en mi trabajo, habitualmente, y no eran para mí. Pero yo tampoco tengo que aguantarlos; me basta con su dinero. De cualquier modo, no podría tener a nadie de veras. Tú tampoco podrías.

—No para siempre, desde luego. A menos que algún día encontremos a otros de nuestra especie. —Laurace le vio la expresión—. Otros que nos agraden.

—¿Te importa si bebo otro trago? Yo me serviré. —Clara se sirvió y sacó un cigarrillo de la cartera. Preguntó, sin irritación, casi con timidez—: ¿ Y tú, Laurace? ¿Cómo te sientes? Dijiste que fuiste esclava. Eso debió de ser tan malo como lo que yo conocí. Quizá peor, Cristo sabe cuántos esclavos vi en mi vida.

—A veces era muy malo. A veces era cómodo. Pero no tenía libertad. Al fin me escapé. Gente blanca que se oponía a la esclavitud me hizo llegar a Canadá. Allí encontré trabajo como criada.

Clara estudió a Laurace.

—No hablas ni te comportas como sirvienta —murmuró.

—He cambiado. Mis patrones me ayudaron mucho. Los Dufour: una familia bondadosa y próspera de Montreal. Cuando vieron que quería perfeccionarme, me permitieron ir a la escuela después de las horas de trabajo, y los sirvientes trabajaban mucho en esos tiempos, así que tardé años... pero siempre estaré agradecida a los Dufour. Aprendí un correcto inglés, a leer y escribir, aritmética. Por mi parte, tratando con los del pueblo, aprendí un poco de francés. Me transformé en rata de biblioteca, en la medida *en* que lo permitían las circunstancias. Así obtuve una educación fragmentaria, pero llené las lagunas a medida que pasaban los años.

«Primero tuve que dominar la memoria. Cada vez me costaba más extraer lo que deseaba de esa masa de recuerdos. Me costaba pensar. Tenía que hacer algo. Supongo que tuviste el mismo problema.

Clara asintió.

—Fue terrible durante cincuenta años. No sé qué hice ni cómo, no recuerdo mucho y todo se me confunde. Pude haberme metido en apuros y morir, excepto que..., bien, caí en manos de un chulo. Él, y luego su hijo, se encargaron de pensar por mí. No eran malos tíos, dadas las circunstancias, y desde luego mi juventud permanente me hacía especial, tal vez mágica, así que no se atrevían a maltratarme..., al menos con las mismas pautas que imperaban en el Próximo Oriente en el siglo ocho. Creo que nunca se lo contaron a nadie, pero cada tantos años me llevaban

a otra ciudad. Entretanto, poco a poco me avispé, y cuando murió el hijo ya estaba preparada para arreglármelas por mi cuenta. Me pregunto si la mayoría de los inmortales tendrán la misma suerte. Un demente o un retardado no durarían mucho sin un protector, en la mayoría de los lugares y las épocas, ¿verdad?

—Eso he pensado. Yo fui aún más afortunada. A principios del siglo veinte contábamos con la ciencia de la psicología. Tosca, basada en conjeturas, pero la idea de que se pueda comprender y reparar la mente cambia mucho las cosas. La autohipnosis obró maravillas en mí... Hablaremos de ello más tarde. Oh, tenemos mucho de qué hablar.

—Supongo que entonces nunca sufriste grandes confusiones.

—No, mantuve el control. Desde luego, anduve de aquí para allá. Me dolió abandonar a los Dufour, pero la gente se preguntaba por qué yo no envejecía como ellos. Además, anhelaba mi independencia, una verdadera independencia. Cambié de empleo, aprendí cosas, ahorré dinero. En 1900 regresé a Estados Unidos. En este país una persona de color llama menos la atención, y aquí en Nueva York pasa inadvertida. Abrí un pequeño café. Me fue bien, pues soy buena cocinera, y con el tiempo pude abrir un local más grande, con entretenimientos. La guerra fomentó los negocios. La Prohibición acrecentó las ganancias. Clientes blancos; tenía otro local menos vistoso para los negros. Uno de mis parroquianos blancos se hizo amigo mío. En el Ayuntamiento se encargó de que yo no pagara precios exorbitantes ni tuviera que preocuparme por las amenazas de la mafia.

Clara echó un vistazo a su alrededor.

—No compraste esto con las ganancias de un par de cafés —fe dijo.

Laurace sonrió.

—Astuta, ¿eh? Bien, lo cierto es que luego me lié con un importante contrabandista de alcohol. Blanco, pero...

4

Donald O'Bryan amaba el viento y el agua. En su casa había anaqueles repletos de libros sobre navegación, cuadros de barcos, y construía modelos de naves cuyos exquisitos detalles parecían imposibles para esas manazas. Además del potente crucero que usaba en sus negocios, tenía una balandra en el estrecho de Long Island. Cuando empezó a llevar de viaje a su «ama de llaves» negra, ningún miembro del club náutico puso objeciones. Todos querían a Donald pero nadie que fuera listo se entrometía con él.

Escorándose en una ancha bordada, la nave surcaba la espuma chispeante. Blancas gaviotas aleteaban sobre la estela donde Donald había arrojado sobras de comida. Cuando se navegaba delante del viento, el estruendo se reducía a una canción de cuna y el aire salobre se convertía en una caricia.

Al navegar de bolina, el timonel debe ser cauto. Donald había asegurado el botalón para que no oscilara, pero no era fácil controlar la nave. Aun así, Donald la dominaba sin esfuerzo. Su cuerpo estaba donde debía estar, pero su mente estaba en otra parte.

Entre la gorra y el chaquetón de marinero, la cara de nariz roma había perdido su jovialidad.

—¿Por qué no te casas conmigo? —suplicó—. Quiero hacer de ti una mujer honesta.

—Esto es bastante honesto para mí —rió ella.

—Flora, te amo. No es sólo que seas magnífica en la cama, aunque lo eres, lo eres. Es... tu alma. Eres valiente, entrañable, mil veces mejor que yo. Me enorgullecería que fueras la madre de mis hijos.

Ella negó con la cabeza, ya sin humor.

—Somos muy diferentes.

—¿La reina de Saba era muy diferente del rey Salomón?

—En este país lo sería.

—¿Te preocupa la ley? Escucha, no todos los estados prohíben el matrimonio interracial, y los demás deben respetarlo una vez que se celebró donde se permite. Eso está en la Constitución.

La misma Constitución que dice que un hombre no puede beber un vaso de cerveza después de un caluroso día de trabajo, pensó ella.

—No, es lo que tendríamos que soportar. Odio. Aislamiento ante tu gente y la mía. No podría hacer eso a nuestros hijos.

—No en todas partes —insistió él—. Escucha, me has oído antes, pero escucha. No seguiré con mis negocios para siempre. Dentro de algunos años habré juntado más dinero del que gastaríamos en cien años. Soy un hombre previsor y ahorrativo, aunque me gusta pasarlo bien. Te llevaré a Irlanda. A Francia. Siempre dices que te gustaría ver Francia, y lo que yo vi me dio ganas de volver, aunque fue durante la guerra. Podemos establecernos donde nos plazca, en un país grato donde no importe el color de la piel, sólo el color del corazón.

—Espera pues, y entonces hablaremos. —Tal vez entonces pueda animarme a ver cómo lo devora el tiempo. Tal vez esté segura de que no

me guardará resentimiento cuando se lo cuente, pues nunca podré engañarlo, y quizás hasta se alegre de contar con mi fortaleza, de que le coja la mano en el lecho de muerte.

—¡No, ahora! Podemos mantenerlo en secreto, si lo deseas.

Ella miró las olas danzarinas.

—No puedo hacer eso, querido. Por favor, no me lo pidas.

Él frunció el ceño.

—¿Tienes miedo de ser la esposa de un convicto? Te juro que jamás me cogerán vivo. Aunque no creo que puedan sorprenderme.

Ella lo miró. Un rizo pardo sobresalía de la gorra ondeando sobre la frente de Donald. Parecía un muchacho, un niño lleno de amor y vehemencia. Flora recordó hijos que había parido y sepultado.

—¿De qué vale que un juez de paz murmure unas palabras si no somos libres de estar juntos a la vista de todos?

—Quiero darte mis votos.

—Me los has dado, querido. Podría llorar de alegría por ello.

—Bien, también hay otras cosas —dijo él con voz áspera—. No planeo morirme, pero nunca se sabe, y quiero cerciorarme de que cuentas con lo necesario. ¿No darás esa tranquilidad a mi corazón?

—No necesito una herencia. Gracias, gracias, pero no. —Flora hizo una mueca—. Tampoco quiero enredarme más de la cuenta con leguleyos y burócratas.

Él murmuró, mordiéndose el labio.

—Bien, comprendo. De acuerdo. —Su sonrisa resplandeció como el sol entre las nubes—. Pero no desistiré de hacerte mi esposa. Te ganaré por cansancio. Entretanto haré ciertos arreglos. No confío en los banqueros, de todos modos, y éste es buen momento para liquidar mis bienes. Lo invertiremos en oro, y tú sabrás dónde está.

—¡Oh Donald! —El dinero no era nada, pero esa generosidad era *el* mundo entero y la mitad de las estrellas. Flora se irguió y lo abrazó.

Él le rodeó los hombros con el brazo. Se besaron.

—Flora —susurró Donald—. Mi bella y extraña Flora.

5

—Nos amábamos. Nunca tuve miedo de amar, Clara. Tú deberías aprender.

La otra mujer apagó el cigarrillo y cogió otro. —¿Qué sucedió? Laurace arrugó *el* ceño.

—Una nave del gobierno lo interceptó en 1924. Donald intentó escapar y abrieron fuego. Lo mataron.

—Oh. Lo lamento.

Laurace recobró la compostura.

—Bien, tú y yo estamos familiarizadas con la muerte. —Con más calma—: Me dejó un cuarto de millón en bienes negociables. Yo necesitaba alejarme. Vendí mis clubes nocturnos y pasé cuatro años viajando. Irlanda, Inglaterra, Francia. En Francia mejoré mi francés y estudié acerca de África. Fui a Liberia, luego a las colonias de esa costa, esperando descubrir algo sobre mi antepasados. Entablé amistades en la selva y perfeccioné lo que había aprendido en los libros: cómo viven esas tribus, cuáles son sus leyes, su fe, ritos, sociedades secretas, tradiciones. Eso me incitó a regresar vía Haití, donde también pasé un tiempo.

—¿Vudú? —Clara puso ojos como platos.

—*Voudun* —corrigió Laurace—. No magia negra. Religión. Algo que ha sostenido a los seres humanos en una de las historias más crueles de este mundo, y todavía los sostiene en medio de la más espantosa pobreza y opresión. Recordé a gente, de aquí, y regresé a Harlem.

—Entiendo —jadeó Clara—. Fundaste un culto.

—Y estás pensando: «Qué buen negocio.» —dijo Laurace con cierta hosquedad—. No se trata de eso.

—Oh, no. No quise decir...

—Sí, quisiste —suspiró Laurace—. Una idea natural. No te culpo. Pero lo cierto es que no necesitaba ganar dinero con la superstición. Las inversiones que había hecho antes de viajar al extranjero habían ido bien. No me gustaba cómo andaba la Bolsa, y me largué a tiempo. Mi situación es cómoda. —Con seriedad—: Pero estaba mi gente. También estaba el problema de mi supervivencia a largo plazo. Y ahora, la tuya.

Clara demostró desconcierto.

—¿Qué has hecho, pues, si no has fundado una iglesia?

Laurace habló deprisa, con voz impersonal:

—Las iglesias y sus líderes son demasiado conspicuas, especialmente si alcanzan cierto éxito. Lo mismo ocurre con los movimientos revolucionarios. Por otra parte, no deseo una revolución. Sé bien que se gana poco con el derramamiento de sangre. Tú lo debes saber aún mejor.

—Nunca pensé en ello como tú —dijo Clara con humildad. El cigarrillo humeante le colgaba entre los dedos.

—Lo que estoy organizando es..., llámalo una sociedad, basada en el modelo africano y haitiano. Recuerda, esas organizaciones no están destinadas al delito ni al placer; forman parte de la cultura, carne y hueso además de espíritu. La mía contiene elementos de religión y magia. En Canadá tuve contacto con el catolicismo, que es una de las raíces del *voudun.* No digo a nadie a qué iglesia debe concurrir, pero abro la posibilidad de ser no sólo un cristiano, sino de pertenecer a todo el universo viviente. No lanzo maldiciones ni otorgo bendiciones, sino que digo palabras y celebro ritos donde soy... no una diosa ni un mesías, ni siquiera una santa, sino la que está más cerca de la comprensión, del poder.

»También tenemos un aspecto práctico. Un haitiano sabría a qué me refiero por el nombre que he adoptado. Pero no me interesa obtener el control... ni mediante el voto, como los republicanos y demócratas, ni mediante la violencia, como los comunistas, ni mediante la persuasión, como los socialistas. No, mi política consiste en una apacible reunión de individuos bajo un liderazgo que han aceptado libremente, ayudándose a construir una vida y un futuro para sí mismos.

Clara meneó la cabeza.

—Lo lamento, no entiendo a qué te refieres.

—No te preocupes —respondió Laurace con calidez—. Entretanto, considéralo desde el punto de vista espiritual: ofrezco a mis seguidores algo más que alcohol y coca. En cuanto a la parte material, ahora que las colas para el pan se han alargado, cada vez más personas acuden a nosotros, negros, blancos, portorriqueños, todas las razas. De puertas afuera, somos sólo una organización más entre los centenares de grupos que socorren a los menesterosos. Discretamente, a medida que los recién llegados se muestran dignos de confianza y avanzan en nuestros grados de iniciación, los incorporamos a una comunidad donde se sienten integrados, pueden trabajar y creer, con modestia pero con nobleza y esperanza. A cambio, me brindan ayuda cuando la necesito. —Hizo una pausa—. Hoy no te puedo explicar mucho más. Aprenderás. A decir verdad, yo también estoy aprendiendo. Nunca tracé un gran plan sino que me abrí paso a tientas, y sigo haciéndolo. Quizás esto se desmorone o se deteriore. Pero quién sabe..., no puedo preverlo. El liderazgo de una inmortal debería ser importante, pero aún no sé cómo utilizarlo. Sé que no nos conviene llamar mucho la atención.

—¿Puedes hacerlo?

—Podemos intentarlo. El «podemos» te incluye a ti, espero. —Laurace llenó su copa de vino—. Brindemos por el mañana.

Clara participó en el brindis pero con ciertas reservas.

—¿Tienes planes para... el futuro?

—Muchos —respondió Laurace—. Y tú puedes intervenir. Ahorras tu dinero, ¿verdad? Bien, nuestra organización tiene problemas financieros. Necesitamos capital para operar. Hay grandes oportunidades. Por ejemplo, desde el crack las acciones están a precios bajísimos.

—Porque hay una depresión. Creí que habías abandonado el mercado.

Laurace rió.

—Si hubiera previsto lo que ocurriría hace dos años en octubre, habría vendido en el momento oportuno y hoy sería dueña de Wall Street. Pero no soy bruja, ni pretendo serlo, y he aprendido a ser cauta. Eso no significa que sea tímida ni tonta. Mira, las depresiones no duran para siempre. La gente siempre querrá hogares, coches, cosas buenas y sólidas; tarde o temprano volverá a tener poder adquisitivo. Quizá tardemos cincuenta años en obtener ganancias, pero los inmortales pueden esperar.

—Entiendo. —La cara de Clara se iluminó—. De acuerdo..., con esas expectativas, también yo puedo esperar cincuenta años.

—No es preciso. Los tiempos están cambiando.

—Lo que quieren los hombres no cambiará.

—No, aunque quizá las leyes cambien. No importa. Clara, líbrate de esa sórdida ocupación en cuanto puedas.

—¿Para qué? ¿Qué otra cosa puedo hacer? No sé nada excepto... —Con turbada resolución—: No seré un parásito. De ningún modo.

—Oh no —respondió Laurace—. No aceptamos parásitos. Además del dinero que aportes, te ganarás tu mantenimiento. Quizá no sepas valorarla aún, pero tienes una experiencia de mil cuatrocientos años, con la sagacidad y la intuición que eso significa. Quizá la tuya sea una sabiduría amarga, pero la necesitamos.

—¿Para qué?

—Para construir nuestra fuerza.

—¿Eh? Aguarda, has dicho...

—He dicho que no me propongo derrocar al gobierno ni adueñarme del país, nada tan estúpido ni efímero como eso —declaró Laurace—. Mi meta es exactamente la contraria. Quiero construir algo tan fuerte que

nos permita decir «No» a los esclavistas, a las turbas de linchamiento y a los dueños del estado.

»Unos hombres capturaron a mi padre, se lo llevaron con cadenas y lo vendieron. Me persiguieron cuando escapé, y me habrían atrapado si otros hombres no hubieran desobedecido la ley. Hace unos años, dispararon al hombre que amaba sólo por brindar un placer que según ellos nadie debía disfrutar. En cierto modo tuvo suerte. Pudo haber muerto antes, en esa guerra inútil. Podría continuar, pero ¿para qué? Tú podrías decir más, pues has vivido mucho más tiempo.

»¿De dónde viene tanta muerte y desdicha, por qué unos hombres dominan a otros?

»No me confundas. No soy anarquista. Los seres humanos están hechos de tal modo que unos pocos siempre gobernarán a muchos. A veces tienen buenas intenciones, a pesar de todo. Creo que los fundadores de Estados Unidos las tenían..., pero eso no sobrevive mucho tiempo.

»Quienes deseamos nevar nuestra propia vida sólo hallaremos cierta seguridad parcial creándola desde nuestro interior. Unidad. Perseverancia. Los medios para ser independientes de los poderosos. Sólo guiando a los pobres y desamparados hacia esta meta, podemos los inmortales ganarla para nosotros. ¿Estás conmigo?

XVI
Nicho

El hotel era nuevo y anónimo, pero estaba cerca del Casco Antiguo, y desde el décimo piso se veían los tejados y callejas que trepaban a las piedras de la Ciudadela. Era una masa oscura contra las estrellas emborronadas por las lámparas y las ventanas iluminadas. En el lado oeste, la habitación de la esquina daba sobre la moderna Ankara, la plaza Ulus, el bulevar, con su deslumbrante resplandor, escaparates opulentos, aceras apiñadas, automóviles veloces. El calor de ese día de verano persistía, y las ventanas permanecían abiertas para recibir la frescura que llegaba desde el río y la campiña. La altura sofocaba el ruido del tráfico, incluso las bocinas de los coches, y sólo se oía el ronroneo del ventilador de pie.

Para el anfitrión norteamericano y su huésped, el servicio de habitación había instalado una elegante mesa con excelente comida. La habían disfrutado mientras hablaban de trivialidades. El idioma en que mejor se entendían resultó ser el griego. Ahora estaban en la etapa del queso, el café y los licores.

Oktay Saygun se reclinó, sostuvo el Drambuie a contraluz antes de beber, sonrió. Era un hombre robusto y barrigón, y la nariz era su rasgo más prominente. Aunque su traje no estaba raído, era barato y tenía varios años de uso.

—Ah —murmuró—, delicioso. Es usted un conocedor, kyrie McCready.

—Me alegra que lo disfrutara —replicó el otro—. Espero que ahora se sienta más cómodo conmigo.

Saygun ladeó la cabeza como un pájaro, siempre que el pájaro fuera un búho o un perico bien alimentado. David McCready era dos o tres centímetros más alto que él, delgado y más ágil. Aunque la oscura cara de halcón mostraba sólo cordialidad, los ojos —extrañamente levantinos para una persona de ese nombre— lo escrutaron.

—¿Di la impresión contraría? —preguntó Saygun—. Lo lamento. Qué poca gratitud ante tanta hospitalidad. No fue mi intención, se lo aseguro.

—Oh, no lo culpo. Una llamada telefónica, la invitación de un desconocido. Yo podría tratar de involucrarlo en un plan delictivo. O podría ser un agente extranjero, un espía. En estos días deben de abundar en todas las capitales.

Saygun rió.

—¿Quién se molestaría en subvertir a un pequeño burócrata de los archivos civiles? En todo caso, usted sería el más arriesgado. Piénselo. Ha tenido tratos con nuestra burocracia. Es imposible no tenerlos, especialmente si es extranjero. Créame, cuando nos lo proponemos, podemos obstruir y detener una estampida de elefantes.

—Aun así, son tiempos inseguros.

Saygun se puso serio. Miró hacia la ventana, hacia la noche.

—Ya lo creo. Tiempos malignos. Herr Hitler no se conformó con adueñarse de Austria, ¿verdad? Temo que mister Chamberlain y monsieur Daladier también le dejarán actuar a su antojo con Checoslovaquia. Y, más cerca de aquí, las ambiciones de los zares sobreviven en la Rusia Roja. —Miró de nuevo al anfitrión, extrajo un pañuelo, se enjugó la frente angosta y se alisó el pelo negro—. Perdóneme. Los americanos prefieren el optimismo, ¿verdad? Bien, pase lo que pase, la civilización sobrevivirá. Ha sobrevivido hasta ahora, a pesar de sus cambiantes disfraces.

—Está usted muy bien informado, kyrie Saygun —dijo lentamente McCready—. Y parece que le gusta filosofar.

El turco se encogió de hombros.

—Uno lee los periódicos, escucha la radio. Los cafés se han transformado en una babel política. En ocasiones busco alivio en viejos libros. Ellos me ayudan a distinguir lo efímero de lo duradero.

Vació la copa. McCready la llenó de nuevo y preguntó:

—¿Un cigarro?

—Sí, muchas gracias. Esa cigarrera parece muy promisoria.

McCready sacó dos habanos y un cortapuros que ofreció primero a su huésped, y un encendedor. Se acomodó y habló con voz firme.

—¿Puedo ir al grano ahora?

—Por supuesto. Podría haber empezado antes. Entendí que usted deseaba conocerme. O, si puedo expresarlo así, tantearme.

McCready sonrió socarronamente.

—Creo que usted lo ha hecho mejor que yo.

—Bien, sólo disfruté de una grata conversación y una persona interesante. Todos están fascinados por su maravilloso país, y su carrera como hombre de negocios ha sido notable.

McCready encendió el cigarro del visitante y luego el suyo.

—Hablamos bastante de mí, cuando no comentábamos generalidades. El resultado fue que dijimos muy poco sobre usted. —No

hay nada que decir, en verdad. Soy un hombre obtuso e insignificante. No creo que yo le interese. —Saygun aspiró el humo, lo hizo rodar sobre la lengua, exhaló lujuriosamente y paladeó un sorbo de licor—. Sin embargo, por el momento estoy satisfecho. Estos placeres son infrecuentes para un funcionario menor de un rutinario departamento gubernamental. Turquía es un país pobre, y el presidente Ataturk fue bastante implacable con la corrupción.

El tabaco de McCready tardó más en encenderse.

—Amigo mío, usted no es obtuso. Ha demostrado ser muy astuto, muy hábil para ocultar lo que desea ocultar. Bien, no me sorprende. La gente que se halla en nuestra situación y no posee esas cualidades, o no puede adquirirlas, quizá no dure mucho tiempo.

Saygun abrió los ojos turbios.

—¿«Nuestra» situación? ¿De qué habla usted?

—Aún cauto, ¿verdad? Comprensible. Si usted es lo que espero que sea, se trata de un viejo hábito. De lo contrario, se preguntará si soy un embaucador o un demente.

—No, no. Por favor. El anuncio del periódico, el año pasado, me llamó la atención. Enigmático pero... genuino. En verdad, muy bien redactado.

—Gracias. Aunque fue un socio quien lo redactó. Tiene talento para las palabras.

—¿Debo entender que usted colocó ese anuncio en muchos lugares del mundo? —McCready asintió y Saygun continuó—: Supongo que no sólo el idioma sino el texto, el mensaje, variaba según la región. Aquí decía, si no recuerdo mal: «Quienes han vivido tanto tiempo que nuestros antepasados son como hermanos y camaradas para ellos...» Sí, eso atrae a un hombre del Próximo Oriente, ciudadano de una tierra antigua. Pero las personas con mentes reciben la impresión de que un erudito está interesado en conocer a gente vieja que conoce historia, con miras a explorar ese saber. ¿Respondieron muchos?

—No. La mayoría no estaban en sus cabales o buscaban dinero. Usted fue el único de este país que mi agente consideró digno de interés.

—Le ha llevado mucho tiempo. Empezaba a creer que su organización no era seria, que tal vez era un engaño.

—Tuve que estudiar varios informes. Deseché la mayoría. Luego empecé a andar por el mundo. Ésta es mi tercera entrevista.

—Deduzco que un agente de usted conoció a quienes respondieron al anuncio en todas partes. Es obvio que dispone de buenos recursos,

kyrie McCready. Para un propósito que aún no me ha revelado y, estoy seguro, ninguno de sus agentes conoce.

El americano asintió.

—Mis agentes se guían por ciertas pautas. —Atisbando a través del humo—: Lo más importante es que los interesados sean jóvenes y saludables, aunque el anuncio aparentaba dirigirse a gente mayor. Expliqué que no deseaba publicidad pero que buscaba a genios natos, con conocimientos y aptitudes allende sus años, especialmente en historia. Mediante el contacto de mentes privilegiadas de diversas civilizaciones, podemos transformarla en verdadera ciencia, más allá de lo que han propuesto pensadores como Spengler y Toynbee. Los agentes sin duda me consideran un chiflado. Sin embargo, pago bien.

—Entiendo. ¿Los otros dos entrevistados resultaron satisfactorios?

—Usted sabe perfectamente que en realidad no busco eso —dijo McCready.

Saygun rió.

—En el caso presente, mejor así. No soy un genio. No, un mediocre total. Y feliz de serlo, lo cual demuestra que soy doblemente obtuso. —Hizo una pausa—. ¿Y los otros dos?

McCready cortó el aire con el cigarro.

—Maldición —exclamó—, ¿debemos andar con evasivas toda la noche?

Saygun se reclinó en la silla. La ancha cara y la blanda sonrisa podían ocultar cautela, alegría, cualquier cosa.

—Dios prohíba que responda con rudeza a tanta generosidad —dijo—. Quizá sería mejor que usted tomara la iniciativa y hablara sin ambages.

—¡Lo haré! —McCready arqueó el cuerpo—. Si me equivoco con usted, no me tomará por un mero excéntrico, sino por un lunático delirante. En tal caso, le sugiero que vuelva a su casa y no mencione esta velada a nadie, porque negaré todo y será usted quien parecerá un necio. —Deprisa—: No es una amenaza. Para comodidad de ambos, solicito su silencio.

Saygun alzó la copa.

—Desde su punto de vista, usted está a punto de correr un riesgo —replicó—. Comprendo. Tiene mi palabra. —Bebió como haciendo un juramento.

McCready se levantó.

—¿Qué diría usted —preguntó— si le dijera que yo no soy americano de nacimiento..., que nací en esta región hace tres mil años?

Saygun escudriñó su bebida. Le llegaba el rumor de la ciudad.

Una cortina se agitó ligeramente con las primeras brisas nocturnas de la meseta de Anatolia. El turco alzó ojos inexpresivos.

—Diría que es una afirmación insólita.

—Ni milagros ni magia —dijo McCready—. Ocurre de alguna manera. Una vez cada diez millones de nacimientos, cien millones, mil millones... La soledad... Sí, soy fenicio de Tiro, cuando Tiro era nueva. —Echó a andar por la alfombra—. He pasado casi todo el tiempo buscando a otros como yo.

—¿ Los ha encontrado ?

—Tres seguros, y de ellos sólo uno vive que yo sepa, y es el socio que mencioné —dijo McCready con voz más áspera—. Él está investigando otras dos posibilidades. En cuanto a nosotros dos, no envejecemos, pero nos pueden matar como a los demás. —Aplastó el cigarro en el cenicero—. Así.

—Entonces supongo que los otros dos con quienes usted habló en este viaje lo han defraudado.

McCready asintió. Hundió el puño en la palma.

—Son lo que busco oficialmente, jóvenes inteligentes y reflexivos. Quizá pueda hallarles un lugar en mi empresa, pero... —Se detuvo, separándolas piernas, y le clavó los ojos—. Toma esto con mucha calma, ¿verdad?

—He admitido que soy obtuso. Flemático.

—Lo cual me da motivos para suponer que es distinto de esos jóvenes. Y mi agente realizó una discreta investigación. Usted podría pasar por un hombre de veinticinco años, pero hace más de treinta que tiene este empleo.

—Mis amigos me lo hacen notar. No con mucha envidia, pues no soy un Adonis. Bien, algunos individuos tardan en tener canas y arrugas.

—Amigos... No es usted sociable, aunque tampoco arisco. Afable, pero nunca íntimo. Eficaz en el trabajo, lo promueven por escalafón, pero no es ambicioso; se atiene a las reglas. Soltero. Eso es raro en Turquía, aunque no inaudito, y nadie se interesa tanto en usted como para hacer averiguaciones.

—Sus juicios no son halagüeños. —Saygun no parecía ofendido—. Pero bastante precisos. Le he dicho que me conformo con ser lo que soy.

—¿Un inmortal? —acosó McCready.

Saygun alzó la palma, el habano entre los dedos. —Querido amigo, saca usted conclusiones apresuradas.

—Todo encaja. ¡Escuche, puede ser franco conmigo! O al menos tenga paciencia. Puedo mostrarle pruebas que han convencido a hombres más inteligentes, que cualquiera de nosotros dos, si coopera. Y... ¿cómo puede quedarse tan tranquilo?

Saygun se encogió de hombros.

—En todo caso, si yo me equivoco *y* usted cree que estoy loco, debería demostrar cierta excitación —exclamó McCready—. Un deseo de escapar, al menos. O... Pero creo que usted también es inmortal. Puede unirse a nosotros y juntos podemos... ¿Qué edad tiene?

Al cabo de un silencio, Saygun respondió con voz acelerada:

—Tenga la bondad de concederme cierta inteligencia. Le he dicho que leo libros. Y he tenido un año para reflexionar, sobre lo que ocultaba ese extraño y evasivo procedimiento; y presuntamente ya reflexioné antes sobre esta posibilidad. ¿Por qué no se sienta? Prefiero hablar de manera civilizada.

—Mis... disculpas. —McCready fue hasta el aparador y se sirvió whisky con soda—. ¿Quiere un trago?

—No, gracias. Otro Drambuie, si es posible. No lo había probado antes. Pero claro, hace poco que Turquía es un estado moderno y secular. Una bebida maravillosa. Debo conseguir más antes de que la inminente guerra me impida conseguirla.

McCready dominó su agitación y regresó a la mesa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Saygun sonrió.

—Bien, nos estábamos agitando, ¿verdad? Es natural, ya que usted hizo afirmaciones tan extraordinarias. Aunque no las niego, kyrie. No soy científico para decidir qué es posible y qué no. Tampoco soy tan rudo como para declarar que mi anfitrión se engaña, y mucho menos que miente. Pero deberíamos calmarnos. ¿Me permite que le cuente una historia?

—Desde luego —jadeó McCready, y bebió un largo sorbo.

—Será mejor que la llame una especulación —dijo Saygun—. Un vuelo de la fantasía, como algunas obras de H. G. Wells. ¿Qué ocurriría si tales cosas fueran ciertas? ¿Cuáles serían las consecuencias?

—Continúe.

Saygun se relajó, fumó, bebió, habló con calma.

—Bien, imaginemos a un hombre nacido hace tiempo. Por ejemplo, en Italia, hacia el fin de la República Romana. Pertenece a una deslucida familia de la clase ecuestre cuyos hombres se han interesado poco en la guerra o la política, rara vez tuvieron grandes éxitos o fracasos en el comercio, y a menudo hicieron carrera en el servicio civil. El Estado y las provincias conquistadas han crecido mucho y deprisa. Se necesitan escribientes, notarios, analistas, archivistas, todos esos trabajadores que permiten al Estado disponer de una memoria. Cuando Augusto tomó el poder, los procedimientos se estabilizaron, la organización se afianzó, se inculcaron el orden y la regularidad. Para un hombre apacible, las categorías bajas e intermedias del servicio civil resultaban convenientes.

McCready resopló. Saygun no le prestó atención.

—Ahora me gustaría intercalar ese imaginativo concepto de usted, la persona que nunca envejece. Como obviamente usted ha pensado en cada ramificación, no es preciso describir las dificultades que los años acarrean a ese hombre. Por fuerza, cuando llega a la edad de la jubilación, abandona su puesto y se marcha, diciendo a sus conocidos .que se irá a un sitio de clima templado y vida barata.

»Si tiene derecho a una pensión, no se atreve a solicitarla siempre; y si no tiene pensión, no puede vivir eternamente de sus ahorros, ni siquiera de sus inversiones. Debe volver a trabajar.

»Bien, parece joven y tiene experiencia. Se introduce en la burocracia en otra ciudad, con otro nombre, pero pronto demuestra su valía y consigue que lo promuevan a la jerarquía intermedia entre los archivistas. Con el tiempo se retira de nuevo. Para entonces han transcurrido tantos años que él puede regresar, por ejemplo, a Roma, y empezar de nuevo.

»Así van las cosas. No lo aburriré con los detalles, pues le resultará fácil imaginarlos. Por ejemplo, este nombre a veces se casa y tiene una familia, lo cual es agradable... Y si no lo es, sólo necesita paciencia. Como el matrimonio complica su pequeña farsa, pasa otros períodos en tranquila soltería, amenazándola con discretas indulgencias.

» Nunca corre peligro de que lo descubran. Su puesto en los archivos le permite efectuar cautas pero adecuadas inserciones, omisiones, enmiendas. No para dañar al Estado, ni para enriquecerse, eso jamás. Simplemente evita el servicio militar y borra sus huellas. —Saygun rió—. Oh, en ocasiones puede deslizar una cana de recomendación para el joven aspirante que planea ser. Pero recuerde usted que es un empleado honesto. Cuando lleva el estilo a la cera, la pluma al papel o, en la

actualidad, cuando dactilografía o dicta, contribuye a mantener la memoria del Estado.

—Entiendo —susurró McCready—. Pero los Estados van y vienen.

—La civilización continúa —respondió Saygun—. El Principado se convierte en Imperio y el Imperio se raja como lodo seco, pero la gente aún nace, se casa, trabaja y muere, siempre paga impuestos, y el gobierno necesita registros para ejercer el poder.

El usurpador o conquistador puede cortar cabezas en la cúspide, pero rara vez toca a los inofensivos chupatintas del servicio civil. Sería como cortarse los pies.

—Ha ocurrido —dijo sombríamente McCready.

Saygun asintió.

—Es verdad. La corrupción recompensa con empleos a sus favoritos. Sin embargo, ciertos empleos no resultan muy tentadores, y quienes los realizan pueden ser imprescindibles. En ocasiones hay bárbaros, fanáticos y megalómanos que intentan barrer con todo. Causan desolación. No obstante, con frecuencia la continuidad se mantiene. Roma cayó, pero la Iglesia preservó lo que podía.

—Supongo, sin embargo —dijo McCready con lentitud—, que este hombre que usted imagina se mudó a Constantinopla.

Saygun asintió.

—Desde luego. Con Constantino el Grande, quien por fuerza expandió las oficinas del gobierno en su nueva capital y recibió bien al personal deseoso de transferirse. Y el Imperio Romano, en su encarnación bizantina, duró mil años más.

—Después de lo cual...

—Oh, fueron tiempos difíciles, pero uno se las apaña. De hecho, mi nombre estaba apostado en Anatolia cuando la arrasaron los otomanos, y no regresó a Constantinopla hasta que ellos la tomaron y la llamaron Estambul. Entretanto, se había adaptado sin dificultad al nuevo orden. Cambió de religión, algo que sin duda usted comprenderá, así como cierta necesidad recurrente para un inmortal musulmán o judío. —Y añadió con una sonrisa—: Uno se pregunta acerca de las posibles mujeres. ¿Virginidad recurrente?

Volvió a adoptar su paródico tono magistral.

—Físicamente, este nombre no llamaría la atención. Los turcos originales no eran muy distintos de esta gente, y pronto se mezclaron con ellos como los hititas, los galos, los griegos, los romanos y muchas otras naciones anteriormente. Los sultanes reinaron hasta después de la Gran

Guerra. Nominalmente, al menos, no siempre en los hechos. Eso no afectaba mucho a mi hombre. Él simplemente llevaba los registros.

»Lo mismo ocurrió durante la República. Debo confesar que prefiero..., que mi hombre prefiere Estambul y aguarda con impaciencia volver a trabajar allá. Es más interesante, y está llena de recuerdos. Pero usted sabe eso. Sin embargo, Ankara se ha vuelto muy aceptable.

—¿Es todo lo que quiere? —se preguntó McCready—. ¿Manipular papeles en una oficina, para siempre?

—Está habituado a ello —explicó Saygun—. Quizá la tarea tenga más valor social que las esperanzas exageradas y las grandes aventuras. Desde luego, me interesaba saber qué quería decirme usted pero, con sus disculpas, la situación que describe no sienta a mi temperamento. Le deseo que tenga muy buena suerte.

»¿Me da su tarjeta? Aquí tiene la mía. —Hurgó en el bolsillo, y McCready hizo lo mismo. Cambiaron tarjetas—. Gracias. Podemos, si lo desea, enviarnos nuevas tarjetas a medida que se presente la ocasión. Tal vez llegue un momento en que tengamos razones para comunicarnos. Entretanto, absoluta reserva por ambas partes. ¿De acuerdo?

—Bien, pero escuche...

—Por favor. Odio las disputas. —Saygun miró su reloj de pulsera—. Vaya, vaya. El tiempo vuela, ¿verdad? Debo irme. Gracias por una velada que nunca olvidaré.

Se levantó. McCready también se levantó y le dio la mano con desánimo. Tras saludar, el burócrata partió, aún disfrutando del habano.

McCready se quedó en la puerta hasta que el ascensor se llevó al visitante hacia la ciudad y la anónima multitud.

XVII
Acero

No era el bosque de antaño, pero había muchos refugios para un cazador, y sí, presas en abundancia. Pero antes Katya debía atravesar un terreno abierto. Se arrastró desde el triturado ladrillo amarillo de la planta química Lazur. El pavimento estaba igualmente áspero después de tres meses de combate, y Katya sentía más frío en las palmas que en la cara azotada por el viento. Las nubes y una ligera nevisca habían entibiado el aire de noviembre.

Avanzaba un metro por vez, se detenía, observaba, avanzaba de nuevo. El cielo encapotado tapaba el sol. A veces caía un remolino blanco y las ráfagas lo dispersaban. A la izquierda de Katya el terreno se inclinaba hacia el Volga. Los trozos de hielo flotaban, chocaban, rodaban y seguían viaje por la corriente acerada. Ninguna embarcación se atrevía a navegar entre ellos. Los rusos recibirían escasa ayuda desde el este mientras el río no se congelara. La margen opuesta parecía desierta; blanqueada por el invierno, se extendía hasta la estepa, hasta el corazón de Asia.

A la derecha, mas allá de las vías, se erguía la colina de Mamaev, cien metros de altura. Las laderas estaban negras. Las bombas y las botas pronto transformaban la nieve en lodo. Katya identificó un par de emplazamientos de artillería. Reinaba el silencio. Los soldados que habían luchado por esa elevación durante semanas recobraban el aliento o dormían, hermanados brevemente por el agotamiento y la pesadumbre, hasta el próximo combate.

La quietud era ominosa. Era anormal no oír disparos en ninguna parte por tanto tiempo. La guerra aguardaba. ¿La estarían apuntando ojos y mirillas?

Tonterías, se dijo, y siguió adelante. No obstante, cuando llegó a las paredes, el aliento le raspaba el pecho dolorido.

Se levantó, pero permaneció agazapada. No eran verdaderas paredes, después de lo que habían sufrido. Los bloques de cemento aún estaban en pie, pero las entradas sin puerta y las ventanas sin vidrio daban al vacío. Una pila de escombros se había derramado en la calle.

Estampidos de rifle. Tableteo de ametralladora. La explosión de una granada, otra, otra. Gritos descarnados. No pudo distinguir las palabras. Los sonidos eran inhumanos. Descolgó el rifle y se ocultó en las ruinas de un edificio mientras morían los primeros ecos.

Pisadas. Eran irregulares, y a menudo hacían crujir astillas. Alguien que avanzaba dando tumbos. Katya se arriesgó a mirar por la jamba de la puerta. Veinte metros al sur, un hombre salió desde unas ruinas hasta la intersección de dos calles. Llevaba casco y uniforme del Ejército Rojo, pero iba desarmado. Le manaba sangre de la mano derecha, goleándole en la pierna. El hombre se detuvo jadeando, miró a ambos lados. Katya quiso llamarlo, pero se contuvo. Al cabo de unos segundos, el hombre continuó su marcha tambaleante y se perdió de vista.

Katya alzó el rifle. Aparecieron dos hombres más, y por el paso que llevaban lo alcanzarían pronto. Los cascos cuadrangulares y el uniforme verde grisáceo los identificaban como alemanes. Cualquiera de ambos podía haber disparado contra el fugitivo. El oficial debía de haber ordenado que lo apresaran para interrogarlo. Parecía una zona segura, desprovista de vida.

Katya pensó: Así sea. No debo arriesgar mi misión. Pero sabía muy bien qué le esperaba a ese hombre. Además, lo que él dijera podía resultar tan valioso como lo que ella observara.

La decisión fue casi instantánea. A veces meditaba algo durante años antes de resolverse. A veces esperaba décadas y dejaba que el tiempo eliminara el problema. Pero no había permanecido tanto tiempo con vida gracias a los titubeos. Ante la necesidad, actuaba con el ímpetu de la juventud.

Abrió fuego. Un alemán giró sobre los talones y se desplomó. Su compañero gritó, se arrojó a tierra y disparó. Tal vez no la había visto, pero supo al instante desde dónde lo atacaban. Un tío listo. No por primera vez, Katya pensó que quizás hubiera entre los invasores uno de su especie, tan agobiado como ella por los siglos y la soledad.

Relegó ese pensamiento a un segundo plano. Se había ocultado de inmediato después de disparar. Vio una ventana. Cerró los ojos tres segundos mientras meditaba la geometría de lo que había visto. El enemigo debía de estar allí. Deprisa, antes de que se aleje. Se acercó a la abertura y apretó el gatillo casi sin apuntar.

La culata le dio un codazo amistoso. El soldado gritó. Soltó el rifle y alzó el torso sobre manos que se tendieron blancas y yertas en el asfalto. Le había dado en la espalda. Sería mejor silenciarlo. Esos gritos atraerían a sus compañeros. Disparó de nuevo y la cara del soldado estalló. Extraordinaria puntería. La mayor parte de los disparos se perdían en combate. El camarada Zaitsev estaría orgulloso de ella. Habría preferido que el alemán se quedara tieso como el primero, en vez de contorsionarse, patear y chorrear sangre. Bien, ya estaba quieto.

No había tiempo para remolonear. Sin duda los demás entenderían que algo iba mal. Por cautos que fueran, encontrarían ese sitio en pocos minutos.

Katya corrió calle arriba entre los escombros, dejando atrás su presa. Horrible, la presa era un ser humano. Pero ese ser humano también era un cazador. Katya giró a la izquierda por la calle transversal. El soldado soviético no había ido lejos. La emboscada de Katya había sido rápida, y él había perdido velocidad. Estaba apoyado en un tranvía volcado. Katya se preguntó si le resultaría un estorbo y tendría que abandonarlo. Apuró el paso.

—¡Alto! —gritó—. Vengo a ayudarte.

La voz sonaba pequeña y hueca entre las ruinas, bajo el cielo plomizo.

Él obedeció, se giró, aferró el metal, y se derrumbó. Ella se acercó y se detuvo. Era un soldado muy joven. No iba afeitado, pero sólo tenía una sombra sobre la tez. Al margen de eso la cara parecía vieja y arrugada, blanca como los copos de nieve que le caían sobre los hombros. Tenía los ojos vidriosos y la mandíbula floja. Conmoción, comprendió Katya. El joven tenía la mano destrozada. Una granada, sin duda.

—¿Puedes seguirme? —preguntó Katya—. Tendremos que andar deprisa.

El joven alzó el índice izquierdo y lo agitó en el aire, como trazando el perfil de Katya.

—Eres un soldado —murmuró—. Como yo. Pero eres mujer.

—¿Y qué pasa con eso? —replicó Katya. Le cogió el brazo y lo sacudió—. Escucha, no puedo quedarme. Me matarían. Ven si puedes. ¿Comprendes? ¿Quieres vivir? ¡Ven!

Él se estremeció. El aliento le raspaba la garganta.

—Puedo... intentarlo...

—Bien. Por aquí.

Katya lo guió y lo empujó adelante. Doblaron a la derecha, a la izquierda, dejando un laberinto entre ellos y el enemigo. Ese distrito estaba destrozado, como la zona céntrica adonde se dirigía Katya: árboles caídos, ruinas, callejas cerradas, mampostería ennegrecida por los incendios, una selva donde podías burlar a los cazadores. Aunque no había sol ni sombra, Katya mantenía su sentido de la orientación. Oyó un zumbido en el aire.

—¡Cúbrete! —ordenó.

Se refugiaron bajo una lámina de metal oxidado que sobresalía como un toldo entre las ruinas. Un olor pestilente brotaba de los ladrillos, las vigas, los vidrios rotos, denso y dulzón a pesar del frío. El impacto directo de una bomba había derribado el inquilinato entero sobre los ocupantes. ¿Niños, sus madres, sus *babusbkas?* No, habían evacuado a la mayoría de los no combatientes. Quienes se pudrían allí debían de ser soldados. Cualquier edificio se convertía en fuerte cuando los defensores luchaban contra los invasores calle a calle. ¿En qué bando estaban éstos...? Ya no importaba, y menos para ellos.

Su compañero vomitó. Debía de haber reconocido el olor. Eso era buena señal. Estaba saliendo del aturdimiento.

El avión voló a ras de las ruinas. Katya lo vio un instante: delgado, veloz, una cruz gamada en la cola. Luego desapareció. ¿Reconocimiento o qué? Tal vez el piloto no los hubiera visto, o no había querido molestarse por ellos. Aunque nunca sabías. Los fascistas habían acribillado a multitudes de evacuados que esperaban el ferry junto al río. Dos soldados soviéticos eran una presa más codiciable.

El zumbido cesó. Katya no oyó nada más.

—Vamos —dijo.

El joven la acompañó unos metros antes de preguntar con voz débil:

—¿Estás segura, camarada? Creo que nos dirigimos al sur.

—Así es.

—Pero el enemigo domina esa zona. Nuestra gente está en el norte de la ciudad.

—Lo sé. —Le cogió el brazo instándolo a seguir—. Tengo mis órdenes. Regresa si deseas. Dudo que llegues Tejos. Si quieres, puedes venir conmigo. De lo contrario, tendré que abandonarte. Si haces ruido, si me causas problemas, tendré que matarte. Pero creo que es tu única oportunidad.

Él apretó el puño.

—Lo intentaré —susurró—. Gracias, camarada.

Katya se preguntó si Zaitsev le daría las gracias. La misión valía más vidas que la de un simple herido. Bien, los buenos tiradores a menudo debían usar su propio juicio. Y, suponiendo que llevara de vuelta a ese soldado hasta su unidad, los superiores de Katya no tenían por qué enterarse. A menos que él de veras supiera algo importante.

La calle terminaba en la garganta de Krutoy. En el lado opuesto de la hondonada, los edificios estaban igualmente dañados pero eran más altos y macizos. Allí empezaba el centro de la ciudad.

—Tenemos que cruzar —dijo Katya—. No hay puente. Bajamos y subimos a rastras. Tú primero.

Un cabeceo desmañado, pero un cabeceo. Agachándose, el soldado se internó en el espacio abierto y se alejó reptando. Katya estaba dispuesta a permitir que él atrajera las balas. No había buscado esa ventaja, pero no podía permitir que un torpe comprometiera su misión. Sin embargo, el soldado se las arregló. La conmoción no había sido tan fuerte, y lo estaba superando con la vitalidad de la juventud. Rifle en mano, los sentidos alerta, Katya lo siguió. La tierra era áspera, los arbustos deshojados la arañaban. Cuando iniciaron el ascenso, él empezó a flaquear. Clavó las uñas, resbaló, se desplomó jadeando. Ella se colgó el arma y se le acercó a gatas. Él la miró desesperado.

—No puedo —resopló—. Lo lamento. Sigue adelante.

—Casi hemos llegado —le dijo Katya aferrándole la mano izquierda—. Venga, muévete, maldito seas. —Retrocedió, hundió las botas en el suelo, esforzándose como un caballo con una pieza de artillería empantanada. Él apretó los dientes e hizo lo que pudo. Eso bastó. Llegaron arriba y se refugiaron tras una pila de ladrillos. Katya tenía la capa empapada de sudor. El viento la calaba hasta los huesos.

—¿Adonde... vamos? —tosió él.

—Por aquí. —Se levantaron. Ella lo guió, apoyándose en paredes, deteniéndose en cada puerta y esquina para escuchar y mirar. Un par de cazas volaban sobre sus cabezas. El ronroneo de los motores parecía un sonido de insecto en medio de la desolación. Katya oyó un rumor más profundo, artillería. ¿Una escaramuza en la estepa? Mamaev seguía tranquila. Toda la ciudad seguía tranquila, un gran cementerio esperando los truenos del juicio final.

Su meta no estaba lejos, de lo contrario habría sido una locura. No la habrían enviado a tal distancia en el sector alemán si no hubiera demostrado repetidamente que podía desplazarse con el sigilo de un comando..., y esos expertos en destrucción eran menos prescindibles que ella. Si el lugar recomendado resultaba excesivamente peligroso y ella no encontraba deprisa uno mejor, debía desistir y regresar al Lazur.

Desde detrás del árbol de un paseo, vio el cráter de una bomba y dos automóviles destrozados. El edificio al que iba parecía seguro. Pertenecía a una hilera de inquilinatos con aire *de* barraca. Aunque en mal estado, se elevaba sobre lo que quedaba de sus vecinos, seis pisos. Las ventanas estaban cegadas.

—Allí—le indicó al joven—. A mi señal, corre y entra deprisa. —Sacó los binoculares de la caja que le colgaba del cuello y buscó indicios del enemigo. Sólo ventanas rotas, borrones, cráteres. El aire silbaba y

arremolinaba la nieve seca. Bajó la mano y echó a correr. Cuando llegó a la puerta vacía dio media vuelta y se agazapó para disparar contra todo lo que fuera sospechoso. El vendaval de nieve había cesado. El viento hacía rodar un papel.

Oscuras escaleras de cemento conducían arriba. En los rellanos más bajos las puertas desvencijadas yacían sobre un caos de cosas y polvo. Las de arriba estaban cerradas. En el piso superior Katya tanteó un picaporte. Iba a volar la cerradura de un tiro, pero la puerta cedió con un crujido.

Allí la penumbra era menos densa. Las ventanas rotas dejaban entrar claridad además de frío. Había sido un buen apartamento, dos habitaciones con cocina. Por cierto, el cuarto de baño estaba abajo y era compartido por los inquilinos de tres pisos. Las sacudidas habían arrancado el yeso de los listones, cubriendo de escombros y de polvo los muebles y la alfombra deshilachada. La lluvia había formado un lodazal, ahora endurecido, bajo los antepechos. Las ruinosas paredes estaban salpicadas de moho. También había manchas en las cortinas, los cobertores, y un sofá. La onda explosiva había actuado con el capricho de costumbre. De las paredes aún colgaban una gárrula lámina estajanovista y dos fotografías enmarcadas: una joven pareja en su boda, un barbudo tío Vanya que tal vez era el abuelo del novio o de la novia. Otras tres o cuatro fotos habían caído. El musgo abría los libros y revistas desparramados por doquier. Entre ellos yacía una pequeña radio. Un reloj había callado sobre su repisa. Las flores de las macetas eran tallos pardos.

Aparte de los utensilios, Katya no vio pertenencias personales. Tal vez habían sido escasas y la familia se las había llevado en la evacuación. No tenía deseos de investigar, pues podía toparse con la muñeca de una niña o el osito de un niño. Sólo esperaba que todos los habitantes hubieran escapado.

Recorrió las habitaciones. En las dos había dormido gente. La primera daba al norte, la segunda al este. Con la puerta abierta entre ambas, podría abarcar un semicírculo entero, corriendo de una ventana a otra.

Esa visión cubría doce calles en ambas direcciones, porque la mayor parte del vecindario era un yermo. Pero el enemigo no había pensado en ocupar o dinamitar ese mirador. Bien, todos cometían alguna estupidez, especialmente en la guerra. Esta vez la inteligencia soviética había pescado una torpeza nazi.

Regresó a la sala y encontró al soldado tendido en el sofá. Se había quitado el casco y el abrigo. La camisa apestaba a sudor. (Bien, pensó Katya, yo no soy un jardín de rosas. ¿Cuánto hace que no me doy un buen baño? Mucho tiempo atrás, esa noche en el bosque, cuando me oculté en

la choza de un campesino...) El muchacho tenía pelo rizado y empezaba a recobrar el color.

—Ojo con el frío, camarada —le advirtió Katya—. Estaremos aquí un rato. —Dejó el rifle y descolgó la cantimplora—. Debes de necesitar el agua más que yo, así que bebe primero, pero no demasiado. Enjuágate la boca antes de tragar. Tiene que durar.

Mientras él bebía, ella se agachó para revisarle la mano herida, meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Mal aspecto —dijo—. Esos huesos son un desastre. Al menos no tienes lesiones en vasos sanguíneos importantes. Puedo hacer algo. Aguanta. Esto te dolerá.

Él contuvo el aliento mientras ella limpiaba y vendaba las heridas. Luego Katya le dio un trozo de chocolate.

—También compartiremos mis raciones —prometió Katya—. Son magras, pero el hambre es una alegría comparada con nuestros verdaderos problemas, ¿eh?

El bocado lo reanimó. El joven atinó a sonreír.

—¿Cuál es tu nombre en el cielo, ángel? —musitó.

Ella registró ambas ventanas. Nada, excepto cañonazos lejanos.

—¿Yo un ángel? —replicó con una sonrisa huraña—. ¿Qué clase de comunista eres?

—No soy miembro del Partido —dijo él—. Me habría afiliado, eso quería mi padre, pero... Bien, después de la guerra.

Katya acercó una silla y se sentó frente a él. No tenía sentido vigilar constantemente. En ese silencio oiría cualquier movimiento importante. Bastaría con mirar cada tantos minutos.

—¿Quién eres, pues? —preguntó.

—Soldado Pyotr Sergeyevitch Kulikov, Sexuagesimosegundo Ejército.

Ella sintió un cosquilleo en la espalda. Soltó un silbido.

—¡Kulikov! Qué espléndido presagio.

—¿Eh? Oh... Sí. Kulikovo. Donde Dmitri Donskoi derrotó a los mongoles. —Suspiró—. Pero eso fue... casi seiscientos años atrás.

—Es verdad. —Recuerdo cómo nos alegramos cuando la noticia llegó a la aldea—. Y se supone que ya no debemos creer en presagios, ¿verdad? —Se inclinó hacia él, interesada—. Conque conoces la fecha exacta de esa

batalla. —Aun ahora, agotado, dolorido, tal vez al filo de la muerte—. Pareces culto.

—Mi familia de Moscú lo es. Algún día espero ser profesor de clásicas. —Trató de enderezarse. La voz cobró una vaga resonancia—. ¿Pero quién eres tú, mi salvadora?

—Ekaterina Borisovna Tazurina. —Mi nombre, mi identidad más reciente.

—Una mujer soldado.

—Existimos, ¿no lo sabías? —Dominó su fastidio—. Fui partisana antes de que la lucha me trajera aquí. Luego me dieron un uniforme, aunque eso no cambiará las cosas si los alemanes me atrapan. Cuando aprobé el curso del teniente Zaitsev, me ascendieron a sargento porque una tiradora necesita cierta libertad de acción.

Pyotr ensanchó los ojos. Zaitsev era famoso de un extremo al otro de la Unión Soviética.

—Ésta debe de ser una misión especial, no sólo de francotiradora.

Katya asintió.

—Las órdenes vienen de la Casa de Pavlov. ¿Sabes a qué me refiero?

—Desde luego. Un edificio de las cercanías, en terreno alemán, que el sargento Pavlov y algunos héroes han defendido desde... fines de septiembre, ¿verdad?

Ella le perdonó que repitiera lo obvio. Estaba herido y desconcertado, y era muy joven.

—Mantienen comunicación con nosotros —explicó—. Ciertas cosas que han visto nos dan razones para suponer que el enemigo planea una embestida contra nuestro sector de la ciudad. No, no me explicaron qué cosas, ni necesito oírlas, pero me enviaron a observar desde este punto para informar sobre lo que vea.

—Y pasabas por allí... Tuve una suerte increíble. —A Pyotr se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero mis pobres amigos...

—¿Qué ocurrió?

—Nuestro escuadrón salió a patrullar. Mi unidad está ahora en un bloque de casas al sur de Mamaev. No esperábamos problemas, porque todo estaba tranquilo. —Pyotr jadeó—. De pronto hubo disparos y gritos y... mis camaradas cayeron a izquierda y derecha. Creo que sólo yo quedé con vida al cabo de unos minutos. Y con esta mano. ¿Qué podía hacer sino correr?

—¿Cuántos alemanes? ¿De dónde venían? ¿Cómo estaban equipados?

—No sé. Todo fue demasiado rápido. —Hundió la cara en la palma izquierda y se estremeció—. Demasiado terrible.

Ella se mordió el labio con furia.

—Si estás con el Sexuagesimosegundo, has tenido meses de experiencia en combate. *El* enemigo os hizo retroceder desde... Ostrov, ¿verdad? Por la llanura hasta aquí. Y aun así no prestaste atención.

Él recobró la compostura.

—Puedo tratar de recordar.

—Así está mejor. Tómate tu tiempo. A menos que algo nos desaloje primero, nos quedaremos aquí hasta que veamos algo de interés para el cuartel general. Sea lo que fuere.

Miró por las ventanas, regresó, se sentó ante Pyotr, le cogió la mano sana. Ahora que estaba fuera de peligro inmediato lo dominaba el cansancio, pero Katya no podía dejarlo dormir. Era un joven saludable y podía superar la situación. Katya le habló con voz suave y notó que la presencia de una mujer lo reanimaba.

Poco a poco surgió una historia más o menos coherente. Al parecer, los alemanes estaban haciendo un reconocimiento. Era una fuerza pequeña, pero superior a la patrulla rusa. Sabiendo que estaban en territorio hostil, se habían mantenido alerta y vieron la oportunidad de emboscar al grupo de Pyotr. Sí, sin duda querían capturar prisioneros. Sombríamente, Katya esperó que Pyotr fuese, en efecto, el único superviviente.

Una misión de exploración indicaba que estaban preparando un ataque importante. Se preguntó si debía considerar que esta información daba su tarea por cumplida y regresar de inmediato. Desde luego, cuando la patrulla no se presentara, el oficial que la había enviado adivinaría la verdad; pero tal vez tardara un tiempo. No, probablemente la historia valía menos que la posibilidad de obtener mayor información aquí.

¿Enviar a Pyotr? Si no llegaba, el Ejército Rojo no habría perdido mucho. A menos que lo capturasen. ¿Resistiría bajo tortura, o el cuerpo atormentado traicionaría al joven obligándolo a traicionarla a ella? Katya no quería correr ese riesgo. Y no era justo para él.

Ayudarlo a recordar lo que él ansiaba olvidar forjó una extraña intimidad. Al final, mientras compartían pan con agua, él preguntó tímidamente:

—¿Eres de esta zona, Katya Borisovna?

—No. Del sudoeste —respondió ella.

—Eso creía. Tu ruso es excelente, pero el acento... Aunque tampoco es pequeño ruso.

—Tienes buen oído. —Sintió un deseo impulsivo. ¿Por qué no? No era un secreto—. Soy *kazak.* Él se sorprendió. Le goteó agua de los labios. Se los enjugó con un gesto torpe y trémulo.

—¿Eres cosaca? Pero tú también eres culta, por lo que veo, y...

—Vamos —rió ella—. No somos una raza de jinetes bárbaros.

—Lo sé...

—En realidad, nuestras escuelas son mejores que la mayoría. O lo eran. —El rayo de alegría se desvaneció detrás de nubes invernales—. Antes de la Revolución, casi todos éramos granjeros, pescadores, comerciantes, mercaderes que se internaban en Siberia. Teníamos nuestras instituciones, sí, nuestras costumbres —y añadió en voz baja—: Nuestra libertad.

Por eso fui hacia ellos cuando dejé de enseñar bordado en la escuela del convento de Kiev. Por eso estuve con ellos, casi desde sus comienzos, estos cuatrocientos años. Una mezcla de gente de Europa y Asia, a lo largo de los grandes ríos y en las ilimitadas estepas del sur, armada contra el tártaro y el turco, librando guerras contra esos antiguos enemigos. Pero ante todo éramos minifundistas, éramos un pueblo libre. Sí, también las mujeres, no tan libres como los hombres, pero mucho más que en otras partes. Yo era una persona, poseía mis derechos, y al cabo de un tiempo no me era difícil iniciar una nueva vida en otra tribu.

—Lo sé. Pero... perdóname —exclamó Pyotr—. Hete aquí, una soldado soviética, una patriota. Oí decir que..., bien, que los cosacos se han pasado al bando de los fascistas.

—Algunos —admitió Katya sin rodeos—. No la mayoría. Créeme, no la mayoría. No después de lo que vimos.

Al principio no sabíamos nada. Los comisarios nos dijeron que huyéramos. Nos quedamos donde estábamos. Nos suplicaron. Nos contaron los horrores que sembraban las hordas de Hitler adondequiera que iban. «Vuestra mentira más reciente», replicamos. Luego los tanques alemanes rodaron en nuestro horizonte, y supimos que por una vez los comisarios decían la verdad. No nos ocurrió sólo a nosotros. La guerra me reunió con gente de toda la Ucrania soviética, no cosacos, pequeños rusos comunes, gente tan desesperada que hoy lucha junto con los comunistas.

Aun así, es verdad que miles de hombres se han unido a los alemanes como obreros o soldados. Los ven como liberadores.

—A fin de cuentas —continuó apresuradamente—, es nuestra tradición resistir a los invasores y alzarnos contra los tiranos.

Los lituanos estaban lejos, nos dejaban en paz y se contentaban con llamarse señores. Pero los reyes polacos nos obligaron una y otra vez a la revuelta. Mazeppa acogió a los grandes rusos y fue consagrado príncipe de Ucrania, pero pronto se unió a los suecos con la esperanza de que nos liberasen. Al fin hicimos las paces con los zares, pues su yugo no era intolerablemente pesado; pero luego los bolcheviques tomaron el poder.

Pyotr frunció el ceño.

—He leído acerca de esas rebeliones cosacas.

Katya hizo una mueca. Olvidó tres siglos y estuvo de vuelta en la aldea cuando los hombres —vecinos, amigos, dos hijos de ella— regresaban al galope después de su campaña con Chmielnicki y alardeaban a gritos. Cada sacerdote católico o *ttniyat* que atrapaban ellos o los siervos era colgado frente al altar junto a un cerdo y un judío.

—Tiempos bárbaros —dijo Katya—. Los alemanes no tienen esa excusa.

—Y los traidores tienen menos aún. ¿Traidores? Vasili el gentil herrero, Stefan el risueño, Fyodor el bello, que era nieto suyo y no lo sabía... ¿Cuántos millones de muertos procuraban vengar? Los olvidados, los exterminados... Pero ella recordaba, aún veía el hambre encogiendo las carnes y enturbiando los ojos. Katya había acunado hijos moribundos; los sicarios de Stalin habían disparado a su hombre Mikhail, a quien ella amaba tanto como una inmortal podía amar a un mortal, matándolo como un perro porque intentaba llevar a la familia parte del grano que ellos embarcaban en trenes abarrotados; Mikhail tuvo suerte, sin embargo, pues no fue en otra clase de tren a Siberia, Katya conocía a algunos, muy pocos, que habían regresado; no tenían dientes, hablaban poco, trabajaban como máquinas; y siempre con el miedo a cuestas. Katya no pudo contenerse.

—¡Tenían sus razones! —exclamó.

Pyotr la miró boquiabierto.

—¿Qué? —Trató de recordar—. Bien, sí, *kulaks.*

—Granjeros libres a quienes arrebataron las tierras heredadas de sus padres para arrearlos hacia los *kolkbozes* como esclavos. —De inmediato—: Así es como se sentían, ¿entiendes?

—No me refería a los labriegos honestos —dijo él. Me refería a los *kulaks,* los terratenientes ricos.

—Nunca conocí a ninguno, y he viajado mucho. Algunos eran prósperos, sí, porque sabían labrar la tierra y se deslomaban.

—Bueno, yo... no quiero ofenderte, Katya, a ti menos que a nadie, pero no puedes haber viajado tanto como crees. Fue antes de tu época, de todos modos. —Pyotr meneó la cabeza—. Sin duda muchos de ellos tenían buenas intenciones. Pero el viejo régimen capitalista los había cegado. Se resistieron, desafiaron la ley. —Hasta que los mataron de hambre.

—Ah sí, el hambre. Un trágico... accidente. —Pyotr aventuró una sonrisa—. Se supone que no debemos mencionar a la Providencia.

—Yo dije... No importa. —Yo he dicho que los mataron de hambre. Las cosechas no se perdieron. El Estado simplemente nos arrebató todo. Al final, así lograron someternos—. Sólo quise decir que muchos ucranianos sienten rencor. —Nunca abandonaron la esperanza. En sus corazones, todavía resisten.

—¡Son estúpidos! —exclamó Pyotr indignado.

Katya suspiró.

—Los que se unieron a los nazis cometieron un gran error.

Por Dios, yo misma pude haberlo hecho. Si Hitler hubiera querido, no, si hubiera podido tratarnos como seres humanos, nos habría tenido a todos. Hoy dominaría Moscú, Leningrado, Novosibirsk; Stalin se refugiaría entre sus gulags en el rincón más remoto de Siberia, o sería un refugiado en Estados Unidos. Pero no, los fascistas incendiaron, violaron, asesinaron, torturaron, destrozaron cabezas de bebés y rieron mientras ametrallaban a niños, mujeres, viejos, gente desarmada, clavaban la bayoneta por diversión, descuartizaban prisioneros o los rociaban con gasolina y les prendían fuego... Oh, me enferma la sola idea de que entren en la sagrada Kiev.

—Tú sabías qué era lo correcto, y lo hiciste —murmuró Pyotr—. Eres más valiente que yo.

Katya se preguntó si el miedo a la NKVD había disuadido al joven de desertar. Había visto los miles de cadáveres que los Gorras Verdes dejaban a lo largo de los caminos, como advertencia.

—¿Por qué te uniste a los partisanos? —preguntó él.

—Los alemanes ocuparon nuestra aldea. Trataron de reclutar hombres nuestros, y mataron a los que se negaban. Mi esposo se negó.

—¡Katya, Katya!

—Por suerte, éramos recién casados y no temamos hijos. —Yo era una recién llegada, con un nombre nuevo. Eso se ha vuelto difícil con los

comunistas. Tengo que buscar funcionarios ineptos. Pero son bastante comunes. Pobre Ilya. Estaba tan orgulloso de su novia. Podríamos haber sido felices mientras la naturaleza lo permitiera.

—¿Por suerte? —Pyotr reprimió nuevas lágrimas—. Aun así, fuiste muy valiente.

—Estoy habituada a cuidar de mí misma.

—¿Siendo tan joven? —se maravilló Pyotr.

Ella no pudo contener una sonrisa.

—Soy mayor de lo que parezco. —Se levantó y dijo—: Hora de mirar de nuevo.

—¿Por qué no cogemos una ventana cada uno? —sugirió él—. Podríamos vigilar sin descanso. Me siento mucho mejor. Gracias a ti —concluyó con adoración.

—Bien, podríamos... —Sonó un trueno—. ¡Espera! ¡Artillería! Quédate donde estás.

Corrió a la habitación del norte. Caía el temprano atardecer del invierno, y las ruinas perdían relieve entre las sombras, pero Mamaev aún se perfilaba contra el cielo. Allí ondulaban las llamas. El estrépito continuaba.

—Nuestra pequeña tregua ha terminado —masculló yendo hacia la habitación del este—. Los cañones rugen.

Él estaba en medio de la habitación, los rasgos borrosos en la creciente penumbra, la voz incierta.

—¿El enemigo ha empezado?

—Eso creo, —asintió Katya—. El comienzo de lo que tienen planeado. Ahora nos ganaremos nuestra paga. —¿De veras? —le preguntó Pyotr con voz trémula.

—Si podemos averiguar qué ocurre. Ojalá tuviéramos luna esta noche. —Rió secamente—. Pero los alemanes no escogerán buen tiempo para complacernos. Guarda silencio.

Se movió de una ventana a otra. La oscuridad creció. La delgada capa de nieve de las calles desiertas era escasa ayuda para los ojos y los binoculares nocturnos. Los cañonazos se multiplicaron.

Katya gruñó entre dientes. Se arriesgó a asomarse para ver mejor. El frío la envolvió como un manto.

—¿Qué hay? —trató de susurrar Pyotr.

—¡Te dije que te callaras! —Katya aguzó la vista. Manchas negras en la otra calle, rumbo al norte... Un cazador podía interpretar rastros para un soldado. Eran cien hombres a pie, tropas de infantería, pero arrastraban carros donde descansaban siluetas relucientes que debían de ser morteros.

Siguieron de largo. Ella bajó los binoculares y caminó a tientas hacia Pyotr. Él se había sentado; quizá se había dormido en su fatiga, pero se levantó de un brinco cuando ella lo tocó.

Katya estaba tensa.

—Alemanes dirigiéndose a la garganta de Kratoy —le dijo al oído—. Tienen que ir allí, por la ruta que siguen. Si quisieran ir a pelear cerca de la colina, enfilarían hacia el oeste y quizá no los hubiera visto.

—¿Qué... se proponen?

—No sé, pero me lo imagino. Sin duda es parte de una ofensiva general contra nuestro sector. El cañón, y quizá blindados, atacando de flanco..., eso servirá para desviar la atención de los nuestros. Entretanto ese destacamento se consolida en la hondonada. Es apto para atrincherarse. Nuestro cuartel general estaba en la garganta de Tsaritsa, más al sur, hasta que los alemanes lo tomaron con grandes pérdidas. Si toman el Kratoy y se afianzan allí, las tropas pueden atravesarlo a rastras, o sus ingenieros pueden construir un nuevo puente.

—¿Quieres decir que podríamos perder la ciudad entera?

—Oh, no bastará con eso sólo. —Tenemos nuestras ordenes, impartidas directamente por Stalin. Aquí, en este sitio rebautizado en su honor, aquí resistimos. Morimos si es preciso, pero el enemigo no debe avanzar un centímetros más—. Cada pequeña cosa cuenta, sin embargo. Sin duda nos costaría cientos de vidas. A esto he venido. Ahora debo regresar a dar parte.

—¡Iremos los dos! —dijo él con voz trémula.

Katya sintió un nudo en la garganta. Tragó saliva.

—Juntos no —dijo—. Es demasiado importante. Todo el distrito estará lleno de alemanes. Debo hacer lo posible para llegar viva, y tengo experiencia. Tú debes intentarlo solo. Espera aquí hasta... mañana por la noche..., hasta que haya menos peligro.

Katya lo aferraba, Pyotr se enderezó.

—No. Mis camaradas están luchando. Huí una vez. No lo haré de nuevo.

—¿De qué servirás, con esa herida?

—Puedo llevar municiones. O... Katya, quizá no llegues. Tal vez, por mera suerte, yo lo consiga y pueda informarles. —Pyotr rió, o lloró—. Una ínfima posibilidad, pero quién sabe.

—Oh, Dios. Eres un idiota.

—Cada pequeña cosa cuenta, has dicho.

Sí, cada fragmento arrojado al horno se vuelve parte del acero.

—No debo demorarme, Pyotr. Dame media hora antes de salir, así podré alejarme. Cuenta hasta...

—Conozco viejas canciones y sé cuánto duran. Las cantaré mentalmente. Mientras estoy pensando en ti, Katya.

—Ten. —Katya desenvolvió cosas y las arrojó al sofá—. Comida, agua. Necesitaras fuerzas. No, insisto; yo no estoy herida. Dios te guarde, muchacho, grandísimo... ruso.

—Nos veremos de nuevo, ¿verdad ? ¡Dime que sí!

En cambio, ella lo abrazó y lo besó. Sólo un minuto. Sólo para guardar el recuerdo.

Katya retrocedió. Pyotr se quedo inmóvil. Sus jadeos sonaban en la oscuridad como ráfagas de viento (¿viento de primavera?) en medio de los cañonazos.

—Cuídate —dijo Katya. Cogiendo el rifle, avanzó a tientas hacia la puerta.

Bajó la escalera y salió a la calle.

Los tanques rugían a cierta distancia. ¿Los alemanes montaban un ataque nocturno? Más probablemente, simulaban un ataque. Pero Katya no era estratega, sólo tiradora. Los relampagueos perfilaban edificios esqueléticos contra un cielo enrojecido. Sintió el temblor en la suela de las botas. Ella sólo debía entregar un mensaje.

¿O sobrevivir? ¿Qué tenía que ver ella con las crueles locuras de los mortales? ¿Por qué estaba allí?

—Bien, verás, querido Pyotr, yo también soy rusa.

Un parque blanco, una franja abierta entre paredes ruinosas, titiló ante ella. Quedaba un solo árbol, el resto eran tocones y astillas alrededor de un cráter. Lo sorteó, manteniéndose en la sombra. De la misma manera sortearía la hondonada, y sería muy cauta cuando llegara a las vías que conducían al Lazur. Debía entregar el mensaje.

Dudaba que Pyotr pudiera hacerlo. Bien, al menos detendría un par de balas que de lo contrario abatirían a alguien más efectivo. Pero si el joven lograba salvar el pellejo —¡María misericordiosa, ayúdalo!—, no

volverían a verse, ni sabrían nada el uno del otro. Eran dos motas de polvo juntándose un instante cuando la tormenta barre la estepa. ¿Cómo unirlos de nuevo?

Katya no lo buscaría, por cierto. Pronto cambiaría nuevamente de identidad. Cuando los Cuatro Jinetes cabalgaban por el mundo, le facilitaban esa tarea. De cualquier modo, no podría haberse quedado mucho más con los cosacos. Pero primero...

Los cañones martillearon con más fuerza. Dadas las noticias que ella llevaba, la artillería soviética apuntaría hacia la garganta de Kratoy. Expulsaría a los alemanes antes de que pudieran atrincherarse. Allí terminaría todo, mientras la guerra continuaba.

Trabajad, cañones. Descargad la ira de Dazhbog y Perun, de san Yuri el matador de dragones y san Alejandro Nevsky. Aquí estamos. Ese engendro que asola toda Europa no pasará de nuestro territorio. No importa que luchemos en nombre de un monstruo. En realidad no es así. Una vez Stalingrado fue Tsairtsyn. Quizá sea otra cosa en el futuro. Por ahora basta con saber que resistimos en la Ciudad de Acero. Aguantaremos, venceremos, esperaremos el día de nuestra libertad.

XVIII
El día del juicio

Desde lejos no parecía que hubiera pasado medio siglo. Los picos nevados relucían contra un inefable azul y parecían palpables en la claridad, aunque estaban a setenta kilómetros.

Una carretera angosta trepaba serpeando entre oscuros cedros y nudosos árboles frutales silvestres donde brincaban algunos monos. Después del bosque venían prados salpicados de rocas, intensamente verdes después de las lluvias. Las ovejas y vacas pastaban entre losas de piedra. Diminutas terrazas talladas en las paredes del valle daban maíz, amaranto, alforfón, cebada, patatas. El sol del atardecer arrojaba un fantasma purpúreo sobre las alturas del valle, mientras intrincadas sombras se alargaban sobre las arrugas del terreno. El aire olía a hierba y glaciares.

Cuando la muía llegó cerca de la aldea, Peregrino notó cuántos cambios había en realidad. La mayoría de las casas nuevas no eran de piedra con techo de arcilla sino de madera, de dos o tres pisos, con galerías talladas y pintadas; parecían chalets suizos, una verdadera curiosidad a tan poca distancia del Himalaya. De una casa salían cables. Debía de albergar un generador. Y los tanques de combustible de fuera también aprovisionaban un maltrecho camión. Una antena parabólica servía a varios televisores comunitarios. La gente aún era *bhutia,* esencialmente tibetana. Los hombres usaban la tradicional chaqueta larga de lana, y las mujeres la túnica con mangas; pero Peregrino vio zapatillas deportivas y téjanos, y se preguntó cuántas personas respetarían aún la mezcla de budismo, hinduismo y animismo que había constituido la fe de sus padres.

Pastores y peones se congregaron para saludarlo, y pronto salieron los que estaban en las casas. Gritaban de entusiasmo. Cada visita del exterior era un acontecimiento, y este recién llegado era extraordinario. Sus dos asistentes eran gurjas, caras conocidas, guías que manejaban los animales y le daban asistencia, pero él era un extraño, vestido como hombre blanco pero con cara ancha y tez bronceada, la nariz protuberante pero el pelo y los ojos semejantes a los de ellos.

Una mujer arrugada y desdentada hizo un abrupto signo contra el mal y se metió en una casa. Un hombre, igualmente viejo, contuvo el aliento antes de inclinarse en una reverencia. Recordaban la visita anterior, y Peregrino lo sabía cuando ellos eran niños y él era igual que ahora.

El gurja de más edad habló con otra mujer, grande y fuerte, que debía de ser una especie de alcalde. La mujer habló con los aldeanos, imponiendo cierta calma. Todos se reunieron alrededor de los viajeros, callando o murmurando, mientras éstos enfilaban hacia una vivienda del linde norte de la aldea.

Esta casa de piedra y madera estaba igual que antes. Seguía siendo la más grande, y sus líneas tenían una gracia exótica. El vidrio de las ventanas relucía. Las sendas de grava serpeaban entre los arbustos, árboles enanos, bambúes y piedras de un pequeño y exquisito jardín. Los criados pertenecían a una nueva generación, pero no el hombre y la mujer que salieron a la veranda.

Peregrino se apeó. Lentamente, ante las miradas de asombro y el silencio, subió la escalinata. Se inclinó ante la pareja, que devolvió el gesto con similar gravedad.

—Bienvenido —dijo el hombre...

—Infinitamente bienvenido —dijo la mujer.

Él era chino, de cuerpo fornido y cara chata e inocente. Ella era japonesa, proporcionada y menuda, alerta como un gato bajo la estudiada serenidad. Ambos usaban túnicas simples, aunque de fina tela.

Habían hablado en nepalés, un idioma que Peregrino conocía muy poco.

—Gracias —respondió en chino mandarín—. He regresado, tal como prometí. —Sonrió—. Esta vez me he tomado el trabajo de aprender un idioma que sabéis.

—Cincuenta años —suspiró la mujer, en esa lengua—. No podíamos estar seguros, sólo esperar intrigados.

—Al fin, al fin —dijo el hombre con voz trémula. Alzó la voz en el dialecto de la tribu—. Les dije que celebraríamos una fiesta de alegría mañana —explicó—. Nuestros criados cuidarán de tus hombres. Por favor entra en casa, donde podremos estar solos y honrarte debidamente... eh...

—John Wanderer —dijo el americano. Juan Peregrino.

—Vaya,, así te llamabas antes —dijo la mujer.

Peregrino se encogió de hombros.

—¿Qué diferencia hay, después de tanto tiempo y en un país extranjero? Me agrada el nombre, y lo adopto una y otra vez, y en ocasiones adopto otra versión del mismo. ¿Quiénes sois ahora?

—¿Qué importa ya? —exclamó el hombre con voz gutural—. Somos lo que somos, juntos para siempre.

Conferenciaron en una sala agradable, con mobiliario chino y una variedad de objetos en anaqueles.

La pareja había vivido muchas peripecias antes de construir este hogar. Eso había sido en 1810, por lo que Peregrino deducía del calendario que empleaban. Luego se habían ausentado de cuando en cuando durante años consecutivos, para supervisar los negocios que los mantenían prósperos y comprar recuerdos. Éstos incluían libros; Tu Shan se interesaba principalmente en la artesanía, pero Asagao era una lectora ávida.

En presencia de otro inmortal, optaron por evocar esos antiguos nombres. Era como si hubieran cogido una agarradera; ahora que su mundo se desmoronaba una vez más.

No obstante, la alegría superaba la angustia.

—Teníamos grandes esperanzas de que fueras lo que parecías ser —dijo Asagao—. Grandes esperanzas. Un final para nuestra soledad. La existencia de otros de nuestra especie da sentido a nuestra vida. ¿No es así?

—Lo ignoro —replicó Peregrino. Además de ti, mi amigo y yo sólo sabemos de uno que está con vida, y rehúsa asociarse con nosotros. Quizá seamos meros fenómenos. —Cogió una taza y bebió un sorbo del picante *chong* local, seguido por un sorbo de té. Se sintió reconfortado.

—Sin duda estamos en la tierra por una razón, por misteriosa que sea —insistió Asagao—. Al menos, Tu Shan y yo hemos intentado tener algún propósito al margen de la supervivencia.

—¿Cómo nos hallaste hace cincuenta años? —le preguntó el hombre con tono pragmático.

Entonces había sido imposible conversar de veras, pues todo estaba filtrado por un intérprete a quien Peregrino no quería revelar el sentido de las palabras que traducía. Sólo pudo hacer insinuaciones. Pronto intuyó que ellos captaban su intención y hacían lo mismo. Aclararon que no deseaban marcharse, pero no lo invitaron a prolongar su estancia. Aun así fueron muy corteses, y cuando se arriesgó a asombrar al guía sugiriendo que regresaría dentro de cincuenta años, la pareja respondió con un temblor de ansiedad. Hoy todos sabían qué eran.

—Siempre fui inquieto y nunca me agradaron las ciudades, pues nací como hombre de la pradera —contó Peregrino—. Después de la Primera Guerra Mundial recorrí el mundo. Mi amigo Hanno (usa varias identidades, pero entre nosotros es Hanno) amasó una fortuna en Estados

Unidos y me dio mucho dinero con la esperanza de hallar a alguien como nosotros. Nepal no era de fácil acceso en esos días, pero supuse que por esa misma razón podría albergar a tales personas. En Katmandú oí rumores acerca de una pareja de las tierras altas que vivía una existencia recluida entre aldeanos a quienes beneficiaban y educaban. La consideraban sagrada, aunque el hombre y la mujer no se privaban de ciertos lujos. Se contaba que cuando envejecían se marchaban en peregrinación, y el hijo de ambos regresaba con una esposa para reemplazarlos. Imaginad cómo me atrajo esa historia.

Asagao rió.

—Desde luego, las cosas nunca fueron tan simples. Nuestra gente no es tonta. Alienta esos rumores porque eso es lo que deseamos, pero sabe muy bien que somos nosotros quienes regresamos. No nos teme ni nos envidia, pues está en su naturaleza aceptar diversos destinos en la vida. Sí, para estas personas somos sagrados y poderosos, pero también somos amigos. Buscamos mucho para hallar un hogar como éste. —Además —gruñó Tu Shan—, no les interesa tener una invasión de adoradores, buscadores de curiosidades y recaudadores de impuestos. Aun así, tenemos varios visitantes por año, y más últimamente. Circulan ciertas historias. Sólo nuestro alejamiento nos protege..

Peregrino asintió.

—Yo habría ignorado esas historias si no hubiera estado alerta. Pero de todos modos el mundo moderno parece avanzar cada vez más.

—No podemos abstenernos de traer lo que es bueno —murmuró Asagao—. Educación, medicina, conocimientos, todo lo que alivie estas vidas difíciles sin corromperlas.

—Habría pasado de cualquier modo, ¿no creéis? —apuntó Peregrino con tristeza—. Estáis perdiendo el control, ¿verdad?

—Creo que con el tiempo nos estamos volviendo más extraños, contestó Tu Shan—. Y están los inspectores del rey. Por mucho que nos buscaran antes, no hacían tantas preguntas.

—Sabemos que el país está cambiando, el mundo entero está trastornado —suspiró Asagao—. Este lugar nos ha sido grato, pero reconocemos que ahora hemos de desaparecer para siempre de él.

—Si no, daos a conocer —añadió en voz baja Peregrino—. ¿Es eso lo que queréis? Si es así, decírmelo. Me voy mañana, y en América cambiaré mi nombre—. Evitó pronunciar los nombres modernos de Hanno.

—Hemos pensado en ello —admitió Tu Shan—. En el pasado, en ciertas ocasiones, no fingimos. —Hizo una pausa—. Pero siempre ocurría entre el campesinado y siempre podíamos retirarnos y escondernos

cuando amenazaba el peligro. Ya no estoy seguro de que podamos seguir haciéndolo.

—No una vez os hayan descubierto. Os localizarán si lo intentáis, pues actualmente cuentan con muchos medios de persecución. Después seréis esclavos. Bien alojados y alimentados, sin duda, pero no recuperaréis la libertad y para ellos seréis como animales de estudio.

—¿ Será realmente así de malo?

—Eso me temo —dijo Asagao, y añadió dirigiéndose a Peregrino—: Tu Shan y yo hemos hablado mucho acerca de esto. El rey de Nepal nos tratará con amabilidad, como a sus animales domésticos, pero ¿qué pasará si la China Roja y los rusos requieren nuestras personas?

—Conservar al menos vuestra libertad —les instó Peregrino—. Podréis proclamaros cuando lleguen tiempos más propicios, pero no creo que éstos lo sean, y una vez hayáis actuado, no tendréis elección.

—¿Significan tus palabras que debemos acompañarte?

—Así lo espero, o al menos que me sigáis pronto. Hanno cuidará de vosotros: tiene el poder de obtener cuanto necesitéis, y su poder es grande.

—Podríamos irnos —dijo despacio Asagao—. Como te dije, sabemos cuánta gente se desplaza en la actualidad, y las noticias brincan miles de kilómetros. Hemos visto pasar extranjeros y notamos que les llamábamos la atención. Sentimos la presencia cada vez mayor del gobierno. Así que en las últimas décadas estuvimos aprestándonos, como tantas veces en el pasado. Hemos resuelto no tener hijos en ese período. Nuestros últimos hijos ya son independientes (siempre los criamos en otra parte) y nos creen muertos. Nunca les aclaramos quiénes éramos. —Hizo una mueca—. Les habría dolido demasiado.

—¿Entonces los hijos de dos inmortales son mortales? —susurró Peregrino. Ella asintió. Él meneo la cabeza dolorosamente—. Bien, Hanno y yo a menudo nos habíamos hecho esa pregunta.

—Detesto irme —rezongó Tu Shan.

—Algún día tendremos que hacerlo —respondió Asagao—. Lo sabíamos desde el principio. Ahora al fin podemos contar con refugio, compañerismo, ayuda. Cuanto antes mejor.

Él se movió en la silla.

—Aún tengo cosas que hacer. Nuestros aldeanos nos echarán de menos, y nosotros a ellos.

—La muerte siempre nos arrebató a quienes amábamos. Recordemos a éstos como están hoy, vivos. Que el recuerdo de nosotros se diluya lentamente en una leyenda que nadie más creerá.

El crepúsculo azulaba las ventanas.

2

Corinne Macandal, Mama-lo de la Unidad, conocida como hija de Laurace, la fundadora, dejó de caminar cuando entró Rosa Donau. Las dos mujeres se quedaron una frente a la otra por un instante.

La sala victoriana tenía las cortinas cerradas y la luz era tenue; los ojos resplandecían con más brillo que el cristal y la plata. El silencio pesaba en el aire, agudizado por el rumor del tráfico de la calle.

—Lamento llegar tan tarde —dijo al fin Rosa—. Salí unas horas. ¿Es mal momento? El mensaje del contestador telefónico decía que viniera enseguida, sin llamarte.

—No, hiciste bien —dijo Corinne.

—¿Qué ocurre? Pareces muy tensa.

—Lo estoy. Ven. —La mujer negra condujo a la blanca a la cámara contigua, donde nadie se atrevía a entrar sin autorización. Corinne ignoró los objetos arcanos y fue directamente a la mesilla. Rosa se volvió hacia el altar y se tocó la frente, los labios, el pecho. Había pasado demasiados siglos invocando santos y aplacando demonios para estar segura de que las cosas llamadas sagradas no albergaran un verdadero poder.

Corinne cogió una revista que estaba abierta sobre la mesilla. Se la dio a la otra y señaló.

—Lee eso —ordenó.

También allí la luz era opaca. Se trataba de una publicación erudita y respetable, como *Smithsonian* o *National Geographic.* Corinne señaló un anuncio. Bajo el encabezamiento ESTUDIOS DE LONGEVIDAD había cuatro columnas de texto. El formato era austero, las palabras discretas; la mayoría de las personas que lo leyeran lo hallarían anodino, sólo interesante para los especialistas. Rosa leyó:«... individuos muy longevos con excelente salud..., los jóvenes con perspectivas de longevidad son de similar interés..., estudios científicos..., experiencia directa de hechos históricos...»

Le temblaron las manos.

—Otra vez no —jadeó.

Corinne empezó a hablar, calló, la miró intensamente. Al fin se limitó a preguntar:

—¿Cómo lo interpretas?

Rosa dejó la revista y miró la cubierta.

—Tal vez no sea nada —murmuró—. Es decir, sólo lo que dice..., alguien que desea examinar a gente de edad y hablar con ella..., o que podría alcanzar mucha edad.

—¿Cuánta edad?

Rosa alzó los ojos.

—¡No puede aludir a nosotras! —exclamó—. Hay científicos que tratan de investigar el envejecimiento, ¿sabes?

Corinne meneó la cabeza.

—El modo de redactar las frases me hace pensar que es otra cosa. ¿Y de qué otra manera intentarían los inmortales ponerse en contacto con otros como ellos?

—Podría ser un engaño. O una trampa —replicó Rosa con desesperación—. No escribas a ese apartado de correo, Laurace. Tenemos mucho que perder.

—O que ganar. ¿De qué tienes miedo?

—De lo que podría ocurrimos. Y nuestro trabajo, todo lo que hacemos. —Rosa señaló las cortinas de las ventanas con un gesto crispado—. La Unidad se desmembraría. ¿Qué será de todos los que confían en nosotras?

Corinne miró en la misma dirección como si atravesara con los ojos el pantano de decadencia donde esta casa se erguía como una isla.

—No sé si aún seguimos haciendo algo.

—Pues sí, sí. Salvamos a algunos, al menos. Si contamos a alguien lo que somos será el fin. Nada volverá a ser igual.

Corinne miró a Rosa, se tensó y arremetió.

—Ya has visto algo parecido, ¿verdad?

—No. —La siria agitó las manos—. Es decir...

—Se te nota. Está escrito en ti. Ninguna de nosotras ha sobrevivido sin dominar el lenguaje corporal. Habla, por Dios o... me pondré en contacto con ese Willock.

Rosa tiritó. Su resistencia se derrumbó. Se enjugó las lágrimas.

—Lo lamento. Sí, vi algo. Fue hace tanto tiempo que lo había olvidado. No resultó nada de ello, así que no le di importancia. Hasta ahora.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En los periódicos. No recuerdo la fecha, pero fue poco después de la guerra. La Segunda Guerra Mundial.

—Hace cincuenta años.

—¿Hace exactamente cincuenta años? Continúa.

——Bien, era un anuncio similar. No idéntico, pero..., bien, es extraño.

—¿Y no dijiste nada? Nunca lo mencionaste.

—¡Tuve miedo! —chilló Rosa—. ¡Como ahora! —Se desplomó en una silla, se hundió en la piel de cebra, lloró.

Al cabo de un rato Corinne se le acercó, se inclinó, le rodeó los hombros encorvados y le apoyó la mejilla en la cara.

—Entiendo, querida Aliyat —murmuró—. Hacía muy pocos años que estabas conmigo. Al fin habías entrevisto algo bueno, una esperanza. Al cabo de tantos siglos espantosos... Sí, claro que temías un cambio, y aquí el cambio habría sido imprevisible. Oh, te perdono. Hasta es posible que tuvieras razón.

Se enderezó.

—Aun así —murmuró—, ese intervalo de cincuenta años es un fuerte indicio de la presencia de otro inmortal. No se arriesgaría a realizar una campaña continua. Los demás empezarían a intrigarse. Nuestra especie tiene tiempo, y aprende la paciencia.

—No sabes cómo son —insistió Rosa—. Podrían ser malos. Te dije que conocí a dos hombres y..., bueno, no nos llevamos bien. Si aún están vivos, si están detrás de esto, los creo capaces de todo.

Corinne habló con brusquedad.

—Deduzco que los transformaste en enemigos. Será mejor que recobres la compostura y expliques de una vez por todas qué sucedió exactamente. —Agitó la mano—. Aunque no hoy, alterada como estás. Y..., sí, claro, debemos ser cautas. Veré qué puedo descubrir sobre el señor Willock antes de decidir si me pondré en contacto con él... Y, en tal caso, cómo lo haré. Suavizó el tono:

—Entretanto, no te preocupes demasiado, querida. Tenemos recursos de los que no te hablé en detalle. Ocultar cosas se transforma en hábito, ¿verdad? Además, esos asuntos no incumben a tu *métier.* Pero con

los años he establecido mis propios contactos, entre ellos algunas personas en posiciones clave. No seremos pasivas —dijo con voz resonante—. ¿Ya no estamos solas? Entonces tenemos que reclamar nuestro lugar en el mundo, o prepararnos para defender lo que es nuestro.

3

El inspector de impuestos hojeó los papeles y frunció el ceño.

—Creo que deberíamos ver a su cliente en persona —insistió.

—Pero ya he dicho que el señor Tomek está de vacaciones en el extranjero —dijo Hanno con estudiada crispación—. Le he mostrado mi credencial de apoderado.

—Sí, sí. Sin embargo... Naturalmente, usted puede acompañarlo, señor Levine, si él desea la presencia de un abogado.

—¿Por qué? ¿Tiene usted razones para sospechar mala fe? Le aseguro que cada detalle de sus empresas está en orden. ¿Acaso no he respondido a todas las preguntas de usted en estas dos horas?

—Apenas hemos comenzado, señor Levine. Nunca he visto tamaña red de transacciones y acuerdos entrelazados.

—Investíguelos. Si encuentra usted algo ilegal me sorprenderá, pero estaré a su disposición. —Hanno recobró el aliento—. El señor Tomek es un anciano. Se ha ganado un largo descanso y los placeres que le permite la edad. No creo que usted tenga motivos legales para citarlo y, si lo intenta, elevaré una protesta formal apelando a las más altas jerarquías. —Lo cual implicaba: Tus superiores no te darán las gracias por esto.

Joven mercenario, decía la actitud del inspector, que al cabo agachó la cabeza cana. Por un instante, Hanno sintió piedad. Qué mal modo de pasar las pocas décadas valiosas que la naturaleza concedía, hostigando a la gente en sus empresas, barajando papeles, con apenas una sombra de la pasión que motivaba al entrometido de la aldea, al inquisidor religioso, al agente de la policía secreta estatal.

Hanno desechó esas ideas: Me está haciendo perder la tarde, y sí, sin duda los fastidios apenas comienzan.

—No hay rencores —dijo con estudiado tono conciliatorio—. Usted debe cumplir con su deber. Y nosotros cooperaremos. Pero... —una risa forzada—, le garantizo que no ganará ninguna comisión con esto.

El auditor sonrió amargamente.

—Admito que usted me ha dado todo lo necesario para efectuar una revisión preliminar. Comprenda que no acusamos a nadie. Sería fácil cometer errores honestos en este... enredo.

—El personal del señor Tomek es muy minucioso. Si usted ya no me necesita por hoy, le dejaré hacer su trabajo.

Debía estar más tranquilo, tanto por dentro como por fuera, pensó Hanno al marcharse. Sólo debía temer una pequeña molestia, ya que los asuntos de Charles Tomek eran defendibles de veras. Cada uno de los pasos por los cuales una suculenta renta de millones se transformaba en una renta imponible de cientos de miles era legal. Que el Servicio de Renta Interna empleara todo su arsenal. No sólo los gobiernos usaban ordenadores. Los seres humanos también. Y Washington aún no tenía impuesto de renta. Ése era uno de los motivos por los cuales Hanno se había mudado a Seattle. Por otra parte, no había desperdiciado la tarde. Temiendo eso, no había fijado otros compromisos; aún podía disfrutar de ese día de verano.

No obstante, la entrevista le molestaba. Sabía por qué. Me lo han estropeado, pensó. En un tiempo éste era un país libre. Oh, siempre supe que no podía durar, que también aquí las cosas debían volver a la norma: amos y esclavos, aunque usen otros nombres. Y hasta ahora gozamos de mayor felicidad de la que nunca hubo en la mayor parte del mundo. Pero, demonios, la democracia moderna cuenta con tecnología para controlarnos mucho más que César, Torquemada, Solimán o Luis XIV.

Suspiró en el ascensor, reprimiendo el deseo de fumar, aunque estaba solo. Al margen de las leyes que se multiplicaban como pulgas, debía consideración a los pulmones de los pobres y vulnerables mortales. Había reducido su imponibilidad tanto como podía. Un hombre que vivía en determinado país debía aportar una contribución legítima para el mantenimiento y la defensa. Todo lo demás era extorsión.

Peregrino no está de acuerdo, reflexionó Hanno. Habla de necesidades humanas, biosfera amenazada, misterios científicos, y dice que es romanticismo suponer que la empresa privada puede hacerse cargo de todo. Sin duda tiene cierta razón. ¿Pero dónde se traza el límite?

Tal vez he andado demasiado y eso me ha creado prejuicios. Pero recuerdo, por ejemplo, esas gloriosas obras públicas que el gobierno emprendía en Egipto, siglo tras siglo, y cuánto beneficiaban al pueblo: pirámides, estatuas de Ramsés II, tributo en granos para Roma, la presa de Asuán. Recuerdo las tiendas que cerré, los nombres y mujeres sin empleo, desalentados por regulaciones y exigencias burocráticas.

Llegó al centro. Un viento fuerte y frío traía aromas de agua salada junto con la pestilencia de los automóviles. El cielo derramaba la luz del

sol. Las multitudes trajinaban. Un músico callejero tocaba una melodía que, a juzgar por su semblante, le agradaba. El viento agitaba la falda de una deliciosa muchacha, un espectáculo tan magnífico como la vieja Gloria y su báculo encima de un edificio. Esa vitalidad reanimó a Hanno.

Por un minuto, pensó en cuestiones prácticas. Pronto tendría que librarse de Charles Tomek. Muerte y cremación en el exterior, viudo, sin hijos, el patrimonio legado a diversos individuos y ciertas fundaciones... Con el tiempo, el abogado favorito de Tomek también tendría que perderse de vista. Eso sería más sencillo; en Estados Unidos debía de haber cientos o miles de hombres con el nombre Joseph Levine. Y las identidades adicionales en otros cuatro países, desde director de revistas hasta jornalero, sí, todas requerían atención. Las que había creado como escapatorias, mero camuflaje, por si un día las necesitaba, aún debían de ser seguras. Otras estaban destinadas a la diversificación, para que él pudiera llevar a cabo sus empresas e inversiones sin llamar la atención más de la cuenta; y algunas de ellas, como Tannahill, estaban llamando la atención. ¿Cuánto tiempo podría continuar esa danza?

¿Cuánto tiempo deseaba continuarla? Entendía que su rencor contra el Estado moderno derivaba en gran medida de la invasión de la intimidad; y la intimidad, como la libertad, era una idea nueva y frágil. Demonios, él era un marino, quería una cubierta bajo los pies. Pero durante casi todo el siglo veinte sólo había podido operar, si mantenía el secreto, en oficinas, mediante el correo y el telégrafo y el teléfono y el ordenador, buscando ganancias de papel, en una situación no mucho mejor —salvo por sus yates, mujeres, fiestas, lujos, viajes y la búsqueda que le obsesionaba— que el pobre publicano, su enemigo.

¿Con qué finalidad? ¿Riqueza? Era el camino fenicio hacia el poder. ¿Pero cuánto poder podría utilizar? No había dinero capaz de anular una cabeza nuclear. A lo sumo, le conseguiría refugio para él y los suyos, y los medios para comenzar de nuevo una vez que se asentaran las cenizas. Para eso bastaban uno o dos millones de dólares. Entretanto, ¿por qué no cerrar sus empresas por diez años, hacer vacaciones mientras esa civilización durase? ¿Acaso no las merecía? ¿Pero querían eso sus camaradas? Esos tres eran tan vehementes, cada cual a su modo. Y, desde luego, en cualquier momento esa búsqueda renovada podía dar con otros. O quizá no sucediera nada.

El viento arreció. De pronto Hanno lo acompañó con una sonora carcajada, ignorando las miradas de asombro. Quizá su vida a través de la historia lo hubiera vuelto un poco paranoico, pero había aprendido que cada hora de libertad era un don precioso que se debía saborear plenamente y almacenar donde no pudieran irrumpir ladrones. Una bella tarde y una velada le habían caído en las manos. ¿Qué hacer con ellas?

¿Un trago en el bar de la Aguja Giratoria? La vista de las montañas y el agua era incomparable, y Dios sabía cuándo tendrían otro día claro. No. Esa entrevista lo había puesto de ánimo introspectivo. Necesitaba compañía. Natalia aún estaba en el trabajo, negándose orgullosa y sabiamente a permitir que él la mantuviera. Tu Shan y Asagao estaban en Idaho, Peregrino en las Olimpíadas, en uno de sus viajes con mochila. Podía entrar en Emmett Watson's para disfrutar de una cerveza, unas ostras y el ambiente de camaradería... No, el peligro de toparse con un poetastro era muy grande. Bromas aparte, no sentía ganas de charlar con alguien a quien no vería de nuevo.

Quedaba una sola posibilidad; y hacía tiempo que no visitaba el laboratorio de Giannotti. No podía haber ocurrido nada espectacular, de lo contrario se lo habrían notificado, pero siempre resultaba interesante recibir un informe personal.

Al tomar esa decisión, Hanno ya había llegado al aparcamiento donde esperaba el Buick registrado a nombre de Joe Levine. Pensó en ir directamente a su destino. Sin duda nadie lo seguiría. Pero podía ocurrir un accidente, y la inmortalidad transformaba la cautela en hábito. Más aún, se proponía terminar el día con Natalia, de modo que enfiló en medio del tráfico hacia el apartamento de Levine, cerca del Distrito Internacional. Tenía un aparcamiento propio. En el apartamento abrió una caja de caudales oculta y cambió los documentos de Levine por los de Robert Cauldwell. Un taxi lo llevó hasta un garaje público donde Cauldwell alquilaba una plaza. Entró en su Mitsubishi, y regresó a la calle.

Le gustaba mucho más esa máquina de zumbido ronroneante. Demonios, parecía que tan sólo ayer Detroit fabricaba los mejores coches que se podían comprar por ese precio.

Se dirigió a un simple edificio de ladrillos, un depósito reformado, en un sector de industria ligera entre el Lago Verde y el campus de la Universidad. Una placa de bronce anunciaba en la puerta: INSTITUTO RUFUS. A los curiosos se les informaba que el señor Rufus había sido un amigo del señor Cauldwell, un dueño de astilleros que subsidiaba este laboratorio para investigaciones científicas fundamentales. Con eso quedaban satisfechos. El trabajo que se efectuaba allí les interesaba mucho más, pues enfatizaba la citología molecular y el esfuerzo para descubrir por qué envejecían los seres vivientes.

Había sido un modo elegante de que Cauldwell se librara de sus propiedades y se retirase al anonimato. Dos identidades de magnate eran demasiadas ahora que el gobierno se inmiscuía tanto. Tomek ganaba más dinero y dejaba menos rastros. Además, esto podía ofrecer una esperanza... El director Samuel Giannotti estaba ante el banco del laboratorio. El personal era reducido pero selecto, la administración era

mínima y manejable, y Giannotti podía dedicarse a sus estudios. Cuando llegó Hanno, el científico se tomó tiempo para concluir el experimento antes de escoltar al fundador hasta la oficina. Era una habitación llena de libros, tan desaliñada como ese personaje corpulento y calvo. Había una silla giratoria para cada uno. Giannotti tomó whisky de un mueble bar, hielo y soda de una nevera, y preparó tragos mientras Hanno encendía la pipa.

—Ojalá dejaras esa cosa pestilente —dijo Giannotti con voz cordial, sentándose en el crujiente asiento—. ¿Quién te la dio? ¿El rey Tutankamón?

—Él fue anterior a mi época —contestó Hanno—. ¿Te molesta? Sabía que habías dejado de fumar, pero no creía que adoptaras la actitud evangelizadora de muchos ex fumadores.

—*No,* en mi profesión uno se habitúa a los malos olores.

—Bien. ¿Cómo decía Chesterton?

—«Si hay algo peor que el moderno debilitamiento de la gran moral, es el moderno fortalecimiento de la pequeña moral.» —Citó Giannotti, que era un devoto—. O, en el mismo ensayo: «El gran riesgo de nuestra sociedad es que todo su mecanismo se puede volver más fijo a medida que su espíritu se vuelve más inconstante». Aunque rara vez te preocupas en voz alta por la moral o el espíritu.

—Tampoco por la provisión de oxígeno...

—Obviamente.

—... ni por otras necesidades de la supervivencia. No me molestaría tanto que nos dirigiéramos hacia una nueva era puritana si el puritanismo se interesara en cosas importantes. —Hanno sacó una cerilla y encendió el tabaco.

—Bien, yo me preocupo por ti. Tu cuerpo se ha recobrado de traumatismos que habrían liquidado a cualquiera de nosotros, comunes mortales, pero eso no significa que tu inmortalidad sea absoluta. Una bala o una dosis de cianuro te despacharían igual que a mí. No estoy convencido de que tus células puedan soportar para siempre ese insulto químico.

—Los fumadores de pipa no inhalan, y para mí los cigarrillos son t*ante de mieux.* —Hanno enarcó las cejas—. Aun así..., ¿tienes razones científicas firmes para fundamentar lo que has dicho?

—No —admitió Giannotti—. Aún no.

—¿Qué has descubierto últimamente?

Giannotti bebió un sorbo.

—Tuvimos noticias sobre un trabajo interesante eh Gran Bretaña. Fairweathen de Oxford. Parece que el ritmo al cual el ADN celular pierde grupos de metilo está correlacionado con la longevidad, al menos en los animales que se han estudiado. Jaime Escobar se dispone a investigar esta cuestión. Yo examinaré células tuyas desde ese punto de vista, con especial referencia a la glícosilación de proteínas. Con discreción, desde luego. Necesito material fresco de vosotros cuatro, sangre, piel, muestra de tejido muscular para una biopsia, para iniciar nuevos cultivos con ese propósito.

—Cuando quieras, Sam. ¿Pero qué significa esto, con exactitud? —Querrás decir: «¿Qué puede significar esto, vagamente?» Hasta ahora sabemos poco. Bien, trataré de sintetizarlo, pero tendré que repetir cosas que ya he dicho.

—Está bien. Soy totalmente lego. Mis hábitos de pensamiento básicos se formaron a principios de la Edad de Hierro. En cuestiones científicas, no me viene mal una repetición.

Giannotti se inclinó hacia delante, apasionado por su investigación.

—Los británicos no están seguros. Quizá la desmetilación se deba al daño acumulativo sufrido por el ADN, quizá la enzima metilasa se vuelva menos activa con el curso del tiempo, quizá sea otra cosa. En cualquier caso, ello puede derivar en el deterioro de mecanismos que antes impedían la expresión de otros genes, aunque por ahora esto es sólo una sugerencia. Tal vez esos genes queden en libertad para producir proteínas que tienen efectos deletéreos sobre otros procesos celulares.

—Los pesos y contrapesos se desmoronan —murmuró Hanno a través de una densa nube de humo azul.

—Probablemente, pero esa afirmación es tan vaga y general que resulta inútil. Es casi una tautología. —Giannotti suspiró—. Pero no creas que aquí tenemos mucho más que una pieza del rompecabezas, si la tenemos siquiera. Y es un rompecabezas en tres dimensiones, o cuatro, o *n,* en un espacio no necesariamente euclidiano. Por ejemplo, tu regeneración de partes tan complejas como los dientes implica algo más que estar libre de la senectud. Implica retención de la juventud, incluso características fetales, no en la mera anatomía sino tal vez en el nivel molecular. Y tu fantástico sistema de inmunidad debe de estar conectado de algún modo.

—Sí —asintió Hanno—. El envejecimiento no es una sola cosa. Es un complejo de diversas... enfermedades, todas con síntomas similares, como la gripe o el cáncer.

—No creo que sea así —replicó Giannotti. Habían conversado varias veces sobre el tema, pero el fenicio tenía razón en insistir. Debía de haber

obtenido un apabullante conocimiento sobre sí mismo, pensaba a veces Giannotti—. Parece haber un factor común, en el caso de cada organismo mortal con más de una célula, y quizá también en los unicelulares, aun en los procariotes y virus... pero no sabemos cuál. Quizá el fenómeno de la desmetilación nos dé una pista. En todo caso, ésta es mi opinión. Admito que mis fundamentos son más o menos filosóficos. Siendo biológicamente fundamental, la muerte tendría que figurar en la trama de la evolución, virtualmenté desde el comienzo.

—Aja. Una ventaja para la especie, o mejor dicho, la línea de descendientes. Eliminar las viejas generaciones, crear espacio para el cambio genético, permitir el desarrollo de tipos más eficaces. Sin muerte, aún seríamos trozos de gelatina en el mar.

—Tal vez haya algo más. —Giannotti meneó la cabeza—. Pero no puede ser todo. No explica que los humanos sobrevivan a los ratones por un orden de magnitud, por ejemplo. Ni las especies que viven indefinidamente, como el *Pinus aristata.* —Sonrió con fatiga—. No, lo más probable es que la vida se haya adaptado al hecho, aprovechándolo del mejor modo posible, de que tarde o temprano, de un modo u otro, la entropía bajará el telón de sus maravillosos juegos malabares químicos. No sé si tu especie representa el próximo paso en la evolución, un conjunto de mutaciones que crearon un sistema con mecanismos de seguridad.

—Pero no lo crees, ¿verdad? —preguntó Hanno—. Nuestros hijos no son como nosotros. —No, no lo son —dijo Giannotti con una mueca fugaz—. Sin embargo, eso puede llegar. La evolución es experimental. Aunque esto suene antropomórfico —añadió—. A veces cuesta no serlo.

Hanno chasqueó la lengua.

—Cuando dices esas cosas, me cuesta admitir que seas católico y creyente.

—Esferas separadas —respondió Giannotti—. Pregunta a cualquier teólogo competente. Ojalá lo hicieras, pobre ateo solitario, —y añadió—: Lo cierto es que el mundo material y el mundo espiritual no son idénticos.

—Y sobreviviremos a las galaxias, tú y yo y todos —había dicho una vez hacia el alba, cuando habían bebido más de la cuenta—. Puedes tener una vida corporal de diez mil años, o un millón, o mil millones, pero no importarán mucho más que los tres días que tuvo un bebé prematuro. Quizá menos; el bebé murió inocente... Pero éste es un problema fascinante, y tiene potencialidades ilimitadas para todo el mundo, si podemos resolverlo. Tu existencia no puede ser un mero accidente estocástico.

Hanno no discutió, aunque prefería sus chanzas cotidianas, o las charlas directas acerca del trabajo. Al cabo de años de conocerlo, había descubierto que Giannotti era uno de los pocos a quienes podía confiar su secreto; y en este caso era posible que contribuyera a terminar con la necesidad de guardar tal secreto. Si Sam Giannotti soportaba la idea de que ciertas vidas se prolongaban durante milenios, sin contarlo ni siquiera a la esposa, a causa de una fe cuyos elementos eran tan antiguos, por lo que Hanno recordaba, como la Tiro de Hiram, que así fuera.

—Pero no importa —continuó el científico—. Lo que deseo, ahora y siempre, es lo mismo. Que me liberes de mi promesa y me permitas darme a conocer, mejor dicho, que dé a conocer lo que eres. —Lo lamento —dijo Hanno—. ¿Debo repetirte mis razones?

—Olvida esa suspicacia, por favor. No sé cuántas veces te lo he dicho: la Edad Media ha quedado atrás. Nadie te quemará por brujo. Muestra al mundo las pruebas que me mostraste a mí.

—He aprendido a no cometer actos irrevocables.

—¿Cómo hacerte entender? Estoy encadenado. No puedo decir la verdad ni siquiera a mi personal. Giramos en círculos... Si tú revelas lo que eres, Bob, descubrir el mecanismo de la inmortalidad se transformará en máxima prioridad para la raza humana. Se invertirán en ello todos los recursos. Te aseguro que saber que es posible equivale a media batalla ganada. Podrían descubrirlo dentro de diez años. ¿No comprendes que entretanto, con semejante perspectiva para todos, se extinguirían la guerra, la carrera armamentista, el terrorismo y el despotismo? ¿Cuántas muertes innecesarias puedes soportar en tu conciencia?

—Insisto, dudo que el resultado sea tan bucólico —replicó Hanno—. Aunque tres mil años de experiencia importen poco, indican lo contrario. Una revelación repentina corno ésa causaría mucho alboroto.

No era preciso repetirle cómo controlaba ese veto. Si era necesario, eliminaría las pruebas que había usado para convencer a Giannotti. Peregrino, Tu Shan y Asagao estaban habituados a seguirlo, pues era el mayor. Si uno de ellos se rebelaba —y se *revelaba*—, no contaría con pruebas como las que había reunido Hanno. Al cabo de cuarenta o cincuenta años de observación, la gente tomaría sus afirmaciones en serio, ¿pero por qué un inmortal pasaría tanto tiempo bajo custodia? Richelieu había tenido razón, tres siglos y medio atrás. Los riesgos eran excesivos. Si tu cuerpo permanecía joven, conservabas el fuerte afán de vivir de un animal joven.

Giannotti se hundió en la silla.

—Qué diablos, no revivamos una vieja discusión —masculló. En voz más alta—: Te pido que olvides el pesimismo y el cinismo y recapacites.

Cuando todos puedan tener tu longevidad, ya no tendrás razones para ocultarte.

—Claro —convino Hanno—. ¿Por qué crees que fundé este lugar? Pero dejemos que el cambio llegue gradualmente, con aviso previo. Deja que mis amigos, el mundo y yo tengamos tiempo para prepararnos. Entretanto, como has dicho, es una vieja discusión.

Giannotti rió como un hombre que se quita un peso de encima.

—De acuerdo. Negocios y chismes. Cuéntame qué hay de nuevo.

En buena compañía, el tiempo corre.

Eran más de las seis cuando Hanno frenó ante la casa de Cauldwell.

El austero edificio de Queen Anne Hill tenía una vista magnífica. La disfrutó durante un minuto. Las lejanas montañas titilaban bajo el sol poniente, irreales como un sueño o el país de nunca jamás. Al sur, bajo la esbelta silueta de la Aguja Giratoria, la luz transformó la bahía de Elliot en plata derretida y bañó de oro las copas de los árboles. Más allá, el Rainier se elevaba al cielo, roca azul y pureza blanca. El aire era más fresco. Los ruidos del tráfico apenas eran un susurro, y un petirrojo gorjeaba melodiosamente. Sí, pensó, era un planeta encantador, un tesoro de Aladino. Lástima que los humanos lo estropearan. No obstante, planeaba quedarse allí.

Entró a regañadientes. Natalia Thurlow estaba allí, y la puerta no tenía puesto el pestillo. Ella miraba las noticias de la televisión. Una cara de mandíbula ancha y nariz ganchuda llenó la pantalla. La voz era suave y sonora:

—...Unirme a vuestra noble causa. Es la causa de los hombres y mujeres de buena voluntad en todas partes. Este despilfarro de inauditas riquezas en armas y destrucción masiva, mientras los seres humanos padecen hambre y carencias, debe terminar, y terminar pronto. Me comprometo... —La cámara retrocedió mostrando una sala atestada. En el escenario, banderas americanas y soviéticas flanqueaban a Edmund Moriarty. La bandera de las Naciones Unidas ondeaba detrás, y un banderín anunciaba COMITÉ DE CIUDADANOS COMPROMETIDOS CON LA PAZ.

—¡Por Judas! —rezongó Hanno—. ¿Quieres que vomite en nuestra preciosa alfombra nueva?

Natalia apagó el televisor y lo recibió con un abrazó y un beso. Él respondió cálidamente. Era una rubia esbelta de poco más de treinta años que sabía complacerlo, entre otras cosas, por ser una mujer independiente.

Soltándolo, le acarició el pelo revuelto.

—Vaya, has olvidado muy pronto tu mal humor —rió—. No tan deprisa, por favor. La cena no esperará más que el tiempo justo para un trago. Te esperaba más temprano. —Habitualmente cocinaba ella. Hanno se las arreglaba bien, pero a Natalia le relajaba cocinar después de trabajar todo el día en *software* de ordenador. Natalia ladeó la cabeza—. Desde luego, después...

—Bueno, sólo quiero una cerveza. He bebido un par de tragos en el laboratorio, con Sam.

—Pensé que planeabas una tarde menos divertida.

—Así es, pero me libré del Servicio de Extorsión interna antes de lo que temía. —Había mencionado la entrevista, aunque no la identidad del afectado. Fue a la cocina. Ella ya se había servido jerez. Hanno se sentó junto a Natalia con un vaso de Ballard Bitter, y notó que estaba enfadada.

—Bob —dijo Natalia, me agradaría que dejaras de hacer bromas insidiosas sobre el gobierno. Claro que tiene sus defectos, incluida la prepotencia, pero es nuestro.

—«Gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo». Sí. El problema es que las tres clases de pueblo no son la misma.

—Te he oído hablar sobre el tema, por si lo has olvidado. Si entiendes que ésa es la naturaleza del gobierno, ¿por qué refunfuñas contra éste? Es lo único que se interpone entre nosotros y algo peor.

—No si el senador Moriarty se sale con la suya.

—Oye, tienes derecho a decir que está equivocado, pero no a llamarlo traidor, tal como insinúas. Habla en nombre de millones de estadounidenses decentes.

—Eso creen ellos. Su verdadero electorado está constituido por industrias que votan por sus protecciones tarifarias y subsidios, vagos que votan por sus limosnas, intelectuales que votan por sus eslóganes. En cuanto a su flamante pacifismo, es la moda actual. Antes, los de su calaña siempre nos metían en guerras en el extranjero, excepto que no debíamos ganar ninguna que se librara contra los comunistas. Ahora junta votos adicionales, que quizá lo lleven un día a la Casa Blanca, diciéndonos que la violencia nunca soluciona nada. Si tan sólo los padres de la ciudad de Cartago pudieran hablarle.

Ella dejó de lado su irritación y replicó con una sonrisa socarrona:

—Conque plagiando a Heinlein, ¿eh?

Hanno admiraba la destreza con que Natalia neutralizaba una discusión, que abundaban últimamente. Se relajó riendo.

—Tienes razón, soy un tonto al desperdiciar un buen trago hablando de política, sobre todo en compañía de una mujer tan sexy.

Por dentro pensó: Aunque tal vez ese sujeto haya caído en mis garras. Mañana obtendré una grabación de la sesión. Si fue como sospecho..., bien, el próximo número de *The Chart Room* está a punto de salir. Apenas tendré tiempo para sacar el editorial de Tannahill e insertar otro que escribiré con gran *Schadenfreude.*

Natalia apoyó una mano encima de la de él.

—Tú también eres bastante sexy, para tu información. Terriblemente reaccionario..., pero si se supiera cómo eres en la cama, tendría que ahuyentar a las mujeres con un *sillelagh.*

Dejó de sonreír.

Guardó silencio antes de murmurar:

—No, retiro la primera parte. Creo que te ensañas con los gobiernos porque has visto a las víctimas de sus torpezas y sus crueldades. Sería distinto si tuvieras un cargo. Bajo esa costra severa, eres delicado y considerado.

—Y demasiado listo para codiciar el poder —interpoló Hanno.

—Y además no eres tan viejo. No en lo que cuenta, al menos.

—Sesenta y siete, la última vez que eché cuentas. —Según el certificado de nacimiento de Robert Cauldwell—. Podría ser tu padre, o tu abuelo si mi hijo y yo hubiéramos sido algo precoces. —Podría ser cien veces tu bisabuelo. Quizá lo sea.

Notó que ella le examinaba, pero no la miró.

—Cuando te observo —dijo Natalia—, veo una persona que parece más joven que yo. Es inquietante.

—Ya te he lo he dicho, antepasados persistentes. —Un frasco de tintura capilar, para fingir que complacía una pequeña vanidad—. También te he dicho que empieces a buscar un modelo más reciente. Honestamente, no quiero que se haga tarde para ti.

—Veremos. —Una sola vez en tres años ella había sugerido el matrimonio. Con una identidad más joven, Hanno tal vez habría aceptado. En esas circunstancias, no podía explicarle que sería una mala pasada para ella.

Por un instante, pensó que si daba a conocer lo que era y la estimación de Giannotti era atinada, Natalia podría convertirse en inmortal. Quizá también la rejuvenecieran; con tal dominio de la bioquímica, eso resultaría fácil. Pero aunque ella le agradaba, hacia siglos

que Hanno no se permitía enamorarse de veras; y no estaba preparado para exponer al mundo a consecuencias incalculables. No esa noche, al menos.

—¿Quién es tu amigo danés? —preguntó ella con jovialidad.

Hanno parpadeó.

—¿Qué?

—En la correspondencia de hoy. Fuera de eso, nada especial... Oye, ¿es tan importante?

La cabeza le martilleaba.

—Veremos. Excúsame un minuto.

No había pensado en el correo. Estaba en la esquina de una mesa. Cuando cogió el sobre con sello de Copenhague, vio el nombre impreso, la dirección de un hotel y, escrito a mano, «Heknut Becker».

Su agente de Francfort, que recibía las respuestas a un anuncio publicado en el norte de Europa y estudiaba a las personas que pudieran encajar en los requerimientos. Desde luego, Becker creía que el laboratorio Rufus deseaba establecer contacto con miembros de familias longevas; si eran jóvenes pero revelaban inteligencia, como la que se podía manifestar con cierto conocimiento de la historia, eran ideales...

Hanno procuró dominar el temblor de la boca y las manos. Abrió la carta. Estaba escrita en un inglés pomposo, pero no había razón para que Natalia no la leyera. Ella conocía el proyecto, consideraba que el enfoque era poco científico, pero lo toleraba junto con el resto de sus excentricidades. De hecho, convenía fingir franqueza con ella, para ocultar la excitación que sentía por dentro. —Parece que tengo que hacer un pequeño viaje —le dijo.

4

Había gente cordial en la región de Lost River, y además los granjeros chinos siempre habían prosperado en Idaho. Cuando los Tu arrendaron la propiedad que pertenecía a Tomek Enterprises, los vecinos les dieron la bienvenida. Eran gente interesante, de Taiwán, un pequeño terrateniente y la hija de un representante comercial japonés. Esos matrimonios eran mal vistos en Asia, aun tantos años después de la guerra. Además, habían tenido problemas con el gobierno del Kuomintang, nada terrible pero suficiente para sentirse limitados y acuciados. A través de la familia de ella conocieron al señor Tomek en persona, quien logró hacerlos emigrar a EE.UU. Al principio, apenas chapurreaban el inglés, pero pronto lo dominaron.

Aun así, nunca se adaptaron del todo. Manejaban bien los campos y rebaños. Mantenían la casa en excelente estado, y si había allí algunas cosas raras, era de esperar. Eran delicados, corteses, serviciales. Pero se mantenían al margen, no pertenecían a ninguna iglesia ni club social, entablaban relaciones sin abrirse a los demás, devolvían las visitas con buena comida y grata conversación, pero no les interesaba la vida social. Bien, a fin de cuentas eran orientales, y quizá la falta de hijos los volvía más sensibles.

Al cabo de seis años aún eran objeto de rumores. Se iban de vacaciones de vez en cuando, como la mayoría de la gente, pero apenas hablaban de ellas. Al fin regresaron con un par de niños de Chicago, chiquillos de barriadas pobres, problemáticos, uno de ellos negro. Los Tu explicaron que no era una adopción; simplemente, querían ver qué efectos tenía un hogar real en un ámbito saludable. Tenían cartas demostrando la aprobación de las autoridades.

Sus vecinos temían algo malo, la corrupción de sus propios hijos, quizá drogas. Edith Harmon, una dama de temperamento, decidió visitarlos cuando Shan estaba ausente para hablar con Asagao.

—Entiendo tus sentimientos, querida, y admiro tu bondad, pero hay un exceso de buenas intenciones hoy en día.

—¿Son mejores las malas intenciones? —preguntó Asagao con una sonrisa. Y continuó—: Le prometo que todo irá bien. Mi esposo y yo hemos criado niños antes.

—¿De veras?

—Da sentido a nuestra vida. Tal vez usted haya oído hablar del concepto budista de adquirir méritos. Permítame ofrecerle una taza de café.

Tuvieron éxito. Al principio hubo fricciones, sobre todo en la escuela. El niño se metió en un par de peleas, y una vez sorprendieron a la niña robando en una tienda. Sus padres adoptivos los enderezaron. Quizá Shan no fuera el hombre más listo del mundo, pero no era tonto, y tenía un poder de persuasión que no se debía sólo a la fuerza física. Asagao era callada y dulce pero incisiva, como descubrieron sus vecinos. Los niños trabajaban con ahínco en el rancho y pronto trabajaron con empeño en la escuela. Se volvieron populares. Al cabo de cuatro años se marcharon, adultos y aptos para emplearse en otra parte. La gente los echó de menos, y no puso objeciones cuando aparecieron nuevos adoptados. Por el contrario, la comunidad se enorgulleció.

Los Tu no iban a buscar niños. Contaban que se habían escandalizado ante lo que leían, lo que veían en televisión y lo que después presenciaron con sus propios ojos. Haciendo preguntas, llegaron

a una institución pequeña, pero con sucursales en varias ciudades, que procuraba colocar niños. Se desarrolló una confianza mutua. La experiencia original demostró que eran capaces y sabían beneficiar a niños que sufrían grandes carencias. Después de eso, la organización seleccionaba y enviaba.

Shan y Asagao decidieron que a lo sumo podían manejar a tres niños, pero no si todos llegaban al mismo tiempo. Así que transcurrieron dos años hasta que acogieron al tercer miembro del segundo grupo. Era una neoyorquina de catorce años. La recibieron en el aeropuerto de Pocatello y la llevaron a la granja.

Juanita tenía mal genio, era nerviosa como un gato enjaulado, huraña, y a veces tenía berrinches y soltaba maldiciones que avergonzaban a los peones del rancho. Pero los Tu habían aprendido a ser pacientes y firmes. Los jóvenes que había allí también habían aprendido a funcionar como fuerza estabilizadora. La primera fuerza estabilizadora era la pareja, además de la bella comarca, el aire libre, el trabajo duro y la comida saludable. Era una ayuda que fuese verano, pues así Juanita no debía habérselas también con la escuela. Pronto se transformó en una damita.

Un día Asagao le pidió que la acompañara a recoger bayas en un rincón oculto de las colinas, a más de una hora a caballo. Prepararon una merienda y anduvieron sin prisa. Cuando regresaban, la conversación giró sobre tímidos sueños juveniles. Asagao sabía cómo continuar la conversación sin presionar en exceso.

El día anterior una tormenta había disipado el calor. El aire estaba lleno de brisas arremolinadas y aromas suaves. La luz se alargaba desde el oeste, pero aún conservaba ese brillo que parecía acercar las montañas, y sin embargo, daba sensación de inmensidad. Blancas nubes flotaban en vertiginosas honduras azules. El valle rodaba en mil matices de verdor donde titilaba el agua de la irrigación, hasta los huertos y los edificios. Mirlos de alas rojas volaban y graznaban sobre los pastos, y junto a las cercas el ganado alzaba grandes ojos al ver pasar los caballos. El cuero crujía y los cascos repiqueteaban mientras ambas cabalgaban al trote.

—Me gustaría saber algo sobre su religión, señora Tu —dijo Juanita. Era una muchacha morena y delgada que cojeaba al andar. El padre y la madre le pegaban, hasta que Juanita clavó un cuchillo de cocina en el hombro del padre y huyó. Ya casi cabalgaba como un centauro, y ese año le harían cirugía correctiva. Entretanto, realizaba varias tareas en las que su defecto no era un problema—. Debe de ser maravillosa sí... —Juanita se sonrojó, miró al costado, bajó la voz—. Si tiene creyentes como usted y el señor Tu.

Asagao sonrió.

—Gracias, querida, aunque somos gente muy normal. Creo que será mejor que vuelvas a tu propia iglesia. Claro que te explicaremos con gusto lo que podamos. Todos nuestros niños manifiestan interés. Pero nuestro ideal no se puede explicar con palabras. Es muy extraño para este país. Quizá ni siquiera sea una religión para vosotros, sino un modo de vida, de tratar de armonizar con el universo.

Juanita la escrutó con los ojos.

—¿Como la Unidad?

—¿Laque?

—La Unidad. En la ciudad de donde vengo. Excepto que... no me aceptaron. Pregunté a un fulano que está en la organización, pero me dijo que es un bote salvavidas que ya está lleno. —Un suspiro—. Luego tuve suerte y me encontraron... ustedes. Creo que es mejor. Ustedes me prepararán para ir a vivir a cualquier parte. Con la Unidad, uno debe quedarse. Eso creo. Pero no sé mucho. Sus miembros hablan poco.

—Tu amigo habrá hablado, si te contó algo.

—Oh, circulan algunos rumores. Los vendedores de droga la odian, pero supongo que eso es sólo en Nueva York. Y, como decía, cuanto más alto se está, menos se habla. Manuel es muy joven. Creció en la Unidad, igual que sus padres, pero dicen que aún no está preparado. No sabe mucho, excepto que le dan vivienda y educación y los miembros se ayudan entre sí.

—Eso parece estar bien. He oído hablar de esas organizaciones.

—Oh, esto no es exactamente una cooperativa, y no es como los Ángeles Guardianes, excepto por lo que ellos llaman actitud de centinela... Es como una Iglesia, aunque tampoco es eso. Los miembros pueden creer en lo que quieran, pero tienen... ¿misas? ¿Retiros? Por eso me pregunté si esto era como la Unidad.

—No, somos sólo una familia. No sabríamos administrar algo más grande.

—Supongo que por eso la Unidad dejó de crecer —dijo reflexivamente Juanita—. Mama-lo no puede hacerse cargo de todo.

—¿Mama-lo? —El nombre que oí. Es una especie de suma sacerdotisa. Pero no es una Iglesia. Dicen que es muy poderosa. En la Unidad hacen lo que ella desea.

—Vaya. ¿Y cuánto tiempo ha durado eso?

—No sé. Mucho tiempo. Oí decir que la primera Mama-lo fue la madre de ésta, o la abuela. Una mujer negra, aunque me han dicho que una mujer blanca colabora con ella, siempre ha colaborado.

—Esto es fascinante —dijo Asagao—. Continúa.

De noche compartían la sobremesa. Los padres adoptivos y los niños hablaban, jugaban o leían. A veces miraban la televisión, pero sólo por consentimiento mutuo, sometido a la aprobación de los adultos. Si alguien deseaba estar solo, podía retirarse a su cuarto con un libro o realizar una tarea en el pequeño taller. De modo que era tarde cuando Tu Shan y Asagao salieron de la casa. Se alejaron mucho y por mucho rato. No obstante, hablaban en chino. Aún se sentían más cómodos con el dialecto chino con que se habían comunicado durante siglos.

La noche era fresca y serena. En la tierra sombría, las oscuras copas de los árboles se elevaban bajo los exóticos astros del oeste montañés. Un buho ululó varias veces antes de echar a volar como un fantasma.

—Podrían ser de nuestra especie —dijo Asagao con voz trémula—. Algo construido lentamente, a través de las generaciones, centrando en uno o dos individuos que se dicen madre e hija pero conservan el misterio y trabajan con el mismo estilo. Nosotros fuimos jefes, con un título u otro, de diversas aldeas; nuestros negocios en las ciudades eran secundarios. Hanno transformó sus negocios en poder, protección y disfraz. He aquí un tercer caminó. Entre los pobres, los desarraigados, los desheredados. Brindarles liderazgo, asesoramiento, propósito, esperanza. A cambio, ellos te dan su pequeño reino, y allí vives a buen recaudo durante varias vidas mortales.

—Es posible —dijo Tu Shan, con la lentitud que lo caracterizaba cuando reflexionaba—. O quizá no. Escribiremos a Hanno. Él investigará.

—¿O deberíamos hacerlo nosotros?

—¿Qué? —Tu Shan se detuvo sorprendido—. Él sabe cómo. Tú y yo somos campesinos.

—¿No mantendrá ocultas a esas inmortales, tal como hizo con Peregrino y nosotros, tal como hubiera hecho con ese turco si el hombre no se hubiera alejado por propia voluntad?

—Bien, ha explicado por qué.

—¿Cómo saber que tiene razón? —le preguntó Asagao—. Tú sabes que yo he estudiado. He hablado con ese científico, Giannotti, cada vez que nos ha examinado. ¿De veras necesitamos estas máscaras? En Asia no siempre fue necesario. Nunca lo fue para Peregrino, entre sus indios salvajes. ¿Es necesario en Estados Unidos de hoy? Los tiempos han cambiado. Si nos diéramos a conocer, podría significar la inmortalidad para todos dentro de unos años.

—Quizá no. ¿Y qué nos haría entonces la gente?

—Lo sé, lo sé. Sin embargo... ¿Por qué dar por sentado que Hanno tiene razón? ¿Por qué no decidir por nuestra cuenta si él es el más sabio porque es el más viejo, o sus actitudes se han vuelto rígidas y está cometiendo un tremendo error, sólo por innecesario temor y... mero egoísmo?

—Mmm...

—En el peor de los casos, moriremos. —Asagao alzó la cara hacia las estrellas—. Moriremos como todos, pero hemos vivido muchísimos años. Yo no tengo miedo. ¿Tú?

—No. —Tu Shan rió—. Me desagrada la idea, lo admito. —Y añadió con seriedad—: Tenemos que hablarle de la Unidad. Hanno tiene medios y conocimientos para averiguar. Nosotros no.

Asagao asintió. —Es verdad. —Y al cabo de un momento—: Pero una vez que sepamos si son como nosotros o no...

—Debemos muchas cosas a Hanno. —El ingreso en el país, gracias a la influencia de Tomek sobre un diputado. Ayuda para familiarizarse con la nueva cultura. La granja, una vez que comprendieron que las ciudades norteamericanas no eran para ellos.

—Así es. Creo que también estamos en deuda con la humanidad. Y con nosotros mismos. La libertad de opción es también nuestro derecho.

—Veamos qué ocurre —propuso Tu Shan.

Siguieron caminando en silencio. Una estrella fugaz despuntó en el oeste y cruzó las constelaciones más bajas.

—Mira —dijo Tu Shan—. Un satélite. Sin duda, ésta es una época de maravillas.

—Creo que es Mir —respondió ella.

—¿Qué...? Ah, sí. El ruso.

—La estación espacial. En realidad única estación espacial. Y Estados Unidos, desde el *Challenger...* —Asagao no tuvo necesidad de decir más. Habían vivido tanto tiempo juntos que a menudo se adivinaban los pensamientos. Las dinastías florecen y caen, así como los imperios, las naciones, los pueblos y los destinos.

5

—... Que la santidad acompañe a vuestros buenos ángeles. Que el Fuego arda con fuerza y el Arco Iris traiga paz. Id ahora hacia Dios. Buen viaje.

Rosa Danau alzó las manos a modo de bendición, se las apoyó en el pecho y se inclinó ante la cruz que se erguía en el altar, entre velas rojas y negras en recipientes con forma de lirio. Enfrente, los demás celebrantes hicieron lo mismo. Eran una veintena de hombres y mujeres, la mayoría de tez negra y pelo gris, ancianos de las familias que vivirían allí. La ceremonia había durado una hora; palabras simples, cantos al son de un tambor, una danza sagrada, hipnótica en su contención y suavidad. Los presentes partieron en silencio, aunque varios le sonrieron y algunos se persignaron.

Rosa se quedó un rato, buscó una silla y un rincón más tranquilo. La capilla aún estaba exiguamente amueblada. Detrás del altar colgaba un retrato de Jesús, más enjuto y severo de lo común, aunque con la mano alzada en un gesto de bendición. Pintada en el yeso, lo rodeaba la Serpiente de la Vida. Estaba flanqueada por emblemas que podían ser santos católicos o deidades haitianas. Los símbolos de la derecha y la izquierda podían ser la suerte, la magia, la santidad o una mera exhortación alentadora: eleva el corazón, honra con valor la vida que hay en ti.

Aquí no había más doctrina que la sacralidad de la creación debida a la presencia del Creador, ningún mandamiento salvo la lealtad a los parientes espirituales. La imaginería animista y panteísta era sólo un idioma para expresar todo eso. Los ritos sólo estaban destinados a invocar esa convicción y unir a los iguales. Uno podía creer cualquier otra cosa que considerase verdadera. Pero hacía mil cuatrocientos años, desde que era una joven doncella, que Aliyat no percibía tanto poder.

Ese poder estaba dentro de ella, si no en el altar o en el aire. Esperanza, limpieza, propósito, algo que ella podía dar en vez de tomar o despilfarrar. ¿Por eso Corinne le había pedido que se encargara de la consagración de ese edificio? ¿O Corinne estaba demasiado ocupada con el enigma de esa convocatoria, aparentemente inocente, a los longevos? Había sido discreta. Aliyat sólo sabía que el tal Willock era simplemente un agente que creía manejar asuntos para un instituto científico. (¿Sería cierto?) Quizá Corinne había pedido a sus contactos en el gobierno, la policía o el FBI, que investigaran el asunto. No, tal vez no; demasiado peligroso; podían sospechar que Mama-lo Macandal no era lo que parecía...

Bien, no debía preocuparse; una vida dura enseñaba a concentrarse en lo inmediato. Aliyat suspiró, se levantó, sopló las velas y apagó las luces al salir. La capilla estaba en el segundo piso. Además de repararla, los obreros habían reconstruido la maltrecha escalera que conducía al pasillo, pero por el momento estaban ocupados en otra cosa. Una bombilla desnuda alumbraba el yeso descascarillado y descolorido. Era un

desagradable distrito del lado oeste, pero allí la Unidad podía comprar un inquilinato barato y abandonado para que sus miembros le dieran aspecto decente. Aliyat se preguntaba si emprenderían muchas más obras similares. Si la organización crecía demasiado, llamaría la atención y escaparía al control de las dos mujeres que buscaban amparo en ella. No obstante, los miembros crecerían, se casarían, tendrían hijos.

En el vestíbulo había un montón de equipo y materiales. El vigilante nocturno se levantó para saludarla, y también se levantó otro hombre joven, corpulento, del color del ébano. Aliyat reconoció a Randolph Castle.

—Buenas noches, señorita-lo Rosa —tronó—. Paz y fortaleza.

—Vaya, hola —respondió ella, sorprendida—. Paz y fortaleza. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Había pensado acompañarla. Supuse que usted se quedaría cuando los demás se hubieran marchado.

—Eres muy amable.

—Sólo prudente —dijo el hombre con tono sombrío—. No queremos perderla.

Saludaron al vigilante y salieron. La calle estaba mal iluminada y aparentemente desierta, pero nunca se sabía qué acechaba en las sombras y no había taxis en la zona. La vivienda de Aliyat, una habitación en el Village, estaba cerca, pero le alegraba contar con tan protectora compañía.

—De todos modos, quería hablar con usted —dijo Castle cuando echaron a andar—. Si no le molesta.

—No, claro que no. Para eso estoy, ¿verdad?

—Esta vez no son problemas personales —dijo él forzando la voz—, sino problemas comunes. Pero no sé cómo decírselo a Mama-lo.

Aliyat se acarició el puño con los dedos.

—Continúa. Sea lo que fuere, guardaré el secreto.

—Lo sé, lo sé. —Ella había oído sus confesiones y le había ayudado a enderezar las cosas. Oyeron unas pisadas alarmantes. Castle continuó cuando los pasos se alejaron—: Mama-lo no sabe cuan peligrosa es esta zona. Ninguno de nosotros Ip sabía, de lo contrario no habríamos comprado el edificio. Pero he hecho algunas averiguaciones.

—Crímenes, drogas. Ya nos hemos encontrado antes. ¿Quemas?

—Nada. Pero estos vendedores de drogas son peligrosos. No quieren que entremos en su territorio.

Aliyat sintió un escalofrío. Siglo tras siglo se había topado con el mal absoluto, y conocía su poder.

Una vez lo había tomado a risa.

—¿A quién le importa, mientras mantengamos limpia a nuestra gente? —dijo—. Que otros se arruinen si lo desean. Tú bacías contrabando de alcohol y llevabas bares clandestinos durante la Prohibición. Y yo hice algo parecido ¿Cuál es la, diferencia?

—Me sorprende que lo preguntes —respondió Corinne, e hizo una pausa—. Bien, te has esforzado para mantenerte al margen de todo lo malvado. Escucha, querida. El material que entra en estos días es diferente. En la Unidad no nos oponemos a un trago ocasional, usamos vino en algunas ceremonias, pero enseñamos a nuestros miembros a no embriagarse. No puedes dejarte arrastrar por una droga como el crack. Y... los viejos hampones podían ser peligrosos, y hoy no sé si hice bien en condonar su negocio, pero comparados con los traficantes de hoy, eran los Santos Inocentes. —Entrelazó los dedos—. Es como si hubiera vuelto el tráfico de esclavos.

Eso era años atrás, cuando las cosas empezaban a andar mal. Aliyat había aprendido mucho desde entonces. Y la Unidad actuaba en cada uno de sus establecimientos. Un grupo de residentes que montaba guardia y llamaba a la policía cuando tenía información daba el ejemplo, ayudando a los perdidos a encontrar el camino de regreso a la humanidad, y tenía una organización cuasimilitar, podía volver un vecindario poco lucrativo para los camellos hasta peligroso.

—A mí me han amenazado —dijo Castel—. También a otros. Creemos que si no nos largamos, la mafia nos hará pedazos.

—No podemos abandonar el proyecto —dijo Aliyat—. Hemos invertido demasiado para perderlo. La Unidad no es rica.

—Sí, lo sé. ¿Pero qué podemos hacer? —Castel irguió los hombros—. Contraatacar, eso podemos hacer.

—La gente no se puede defender sola en Nueva York —replicó Aliyat.

—No, sólo..., bien, claro, no podemos contárselo a Mama-lo. No podemos permitir que lo sepa. Ella tendría que prohibirlo, ¿verdad? Por mucho que perdiéramos. Pero si algunos contraatacamos y el rumor se difunde, bueno, quizá no tengamos que perder nada. ¿Qué le parece? Usted tiene experiencia. ¿Qué opina?

—Tendré que saber más. Y reflexionar. —Aliyat ya sospechaba cuál sería su decisión.

—Claro. Hablaremos cuando usted disponga de tiempo, señorita-lo Rosa. Dependemos de usted.

¡De mí!, pensó Aliyat con orgullo.

Caminaron en silencio hasta el edificio de Rosa. Ella le dio la mano.

—Gracias por tu franqueza, Randolph —dijo.

—Gracias a usted, señorita-lo. —Bajo la luz más brillante, la sonrisa de Castle resplandecía—. ¿Cuándo podemos reunimos?

Ella sintió la tentación. ¿Por qué no ahora? Randolph era fuerte y apuesto a su manera tosca, y hacía un largo tiempo que... Aliyat se preguntó si al fin sería capaz de entregarse sin reservas, sin odio ni desprecio ni suspicacia.

Pero no. Él quedaría desconcertado. Igual que muchos miembros de la Unidad, si se enteraban. Era mejor no correr riesgos.

—Pronto —prometió—. Ahora debo terminar algunas tareas. De hecho, será mejor que me quede un par de horas esta noche, antes de dormir. Pero pronto.

6

Desde la sala donde estaba, hojeando una revista inglesa sin prestar mucha atención al texto, Hanno veía el vestíbulo. Dos veces entró una mujer y él dio un respingo, pero en ambos casos fueron hacia el ascensor.

La tercera vez fue la que esperaba. La mujer habló con el conserje, se volvió y caminó titubeando hacia él. Hanno se levantó del sillón de cuero. Quizá no bastara la prolongada residencia en ese país para inculcar a una rusa los hábitos occidentales de puntualidad; y una rusa de cientos de años...

Ella se acercó y se detuvo. Él la examinó rápidamente. La descripción de Becker era escueta, y el alemán tenía órdenes de no pedir fotografías por si un posible candidato se alarmaba. Era alta como Hanno, con lo cual era baja entre los nórdicos modernos pero de estatura media entre los de su especie. Su figura llena, ágil y erguida, daba la impresión de mayor altura. Los rasgos eran anchos, toscos, agradables. El pelo rubio y corto, a la holandesa, enmarcaba una tez blanca. Vestida con discreción, usaba zapatos bajos y llevaba una cartera colgada del hombro.

Ella enarcó las cejas. Se humedeció los labios con la lengua. Si estaba nerviosa, lo cual sería comprensible, lo manejó con maestría.

—¿Señor... Cauldwell?

¿Por qué esa voz sedosa le resultaba familiar? Sólo *deja vu,* sin duda. Hanno se inclinó.

—A su servicio, doctora Rasmussen. Gracias por venir.

Ella sonrió.

—Bastará con «señorita Rasmussen», por favor. Recuerde que soy veterinaria, no doctora. —Hablaba inglés con soltura, aunque el acento era más eslavo que danés—. Lamento llegar tarde. Tuve una emergencia en el consultorio.

—Descuide. No podía dejar sufriendo a un animal. —Hanno recordó que aquí daban importancia al apretón de manos y tendió la suya—. Me alegra que haya venido.

Ella le estrechó la mano con firmeza. Le clavó una mirada azul e intensa. Había perdido la timidez, pero aún manifestaba cautela. Cautela de cazador. Sí, pero también..., desconcierto, una reacción extraña en este curioso encuentro.

—Su agente dio detalles... interesantes —dijo ella—. No puedo prometer nada sin oír más.

—Desde luego. Necesitamos hablar; y luego, si no soy indiscreto, me agradaría contar con su compañía para la cena. —Ganar o perder, pensó. ¿Por qué ella le excitaba tanto?—. La charla debería ser privada. Este hotel no tiene bar, pero podemos encontrar uno en las cercanías, o un café o lo que usted quiera, mientras nadie interfiera ni fisgonee.

Ella fue al grano, sorprendiéndolo.

—Creo que es usted un caballero, señor Cauldwell. Usemos su habitación.

—¡Maravilloso! —Recobrando viejos hábitos, le ofreció el brazo. Ella lo cogió con una naturalidad que compensaba su obvia falta de práctica.

En el ascensor no hablaron ni se miraron. Demonios, pensó Hanno, algo en ella me evoca algo. ¿La habré visto antes? Imposible. Oh, visité Dinamarca en ocasiones pero, aunque ella es atractiva, no sobresaldría entre esas mujeres despampanantes.

Se alojaba en una habitación del piso superior. El viejo hotel no era el mejor de Copenhague, pero las ventanas daban al bullicioso centro y las encantadoras torres. Los desvaídos muebles eran acogedores y evocaban una nobleza que el mundo había perdido. Ella sonrió, más cómoda que al principio.

—Tiene usted buen gusto para el alojamiento —murmuró.

—Este hotel es uno de mis favoritos. Lo ha sido durante mucho tiempo.

—¿Viaja a menudo?

—Voy de aquí para allá, y de arriba abajo. Por favor, siéntese. ¿Qué desea beber? Tengo una pequeña nevera. Cerveza, *akvavit,* whisky, soda. O puedo pedir otra cosa.

—Café, gracias.

Una voz cauta. Hanno llamó. Volviéndose, vio que ella no sacaba cigarrillos de la cartera. Probablemente no fumaba, al contrario de la mayoría de los daneses. Sintió ganas de encender la pipa para calmarse pero desistió y se sentó frente a ella.

—No sé cuánto le dijo Becker —empezó.

—Muy poco. Soy franca en eso. Me habló del... Instituto Rufus de Estados Unidos, que desea estudiar personas que... esperan vivir muchos años. El interés en la Historia..., hay más formas de medir la inteligencia además de ésa. Me marché sintiéndome muy insegura. Cuando usted me telefoneó desde Estados Unidos, no supe si aceptar esta cita. Pero le escucho, señor Cauldwell.

—Yo soy el hombre que fundó el Instituto.

Ella lo estudió.

—Debe usted ser rico.

—Sí. —Asintió, y añadió, alerta a la reacción—: Soy mucho mayor de lo que parezco.

¿Ella respiraba agitadamente?

—Parece joven, sin embargo.

—También usted. ¿Puedo preguntarle su edad?

—Se la dije al señor Becker —respondió ella con rudeza—. Sin duda, él, usted o un detective registraron los documentos públicos.

Hanno alzó la palma.

—Aguarde, por favor. Ambos debemos ser francos, pero no es preciso exagerar. Permítame algunas preguntas. ¿Es usted rusa de nacimiento?

—Ucrania. Llegué a Dinamarca en 1950. Estoy nacionalizada.

Hanno soltó un silbido.

—Hace casi cuarenta años, y usted debía de ser adulta entonces.

Ella sonrió tensamente.

—Busca gente que envejezca despacio, ¿verdad? ¿Qué edad tiene usted, señor Cauldwell?

—Quizá debamos postergar un poco ese tema —dijo él con cautela.

—Quizá... —Ambos temblaron.

—No quiero ser entrometido, pero debo saber algo. ¿Está usted casada? Yo soy soltero.

Ella negó con la cabeza rubia.

—No, no me he casado en este país. Obtuve autorización para cambiarme el apellido. «Olga» es bastante común en Dinamarca, pero nadie podía pronunciar ni escribir el resto.

—Y Rasmussen aquí es como Smith en Estados Unidos. Usted no deseaba llamar la atención, ¿verdad?

—Al principio no. Las cosas han cambiado desde entonces. —Ella suspiró—. Últimamente pensé en regresar, pues dicen que el terror ha terminado. No he dejado de extrañar mi país un solo día.

—Tendría que dar muchas explicaciones.

—Quizá. Me marché como refugiada, como renegada.

Hanno no se refería precisamente a eso, y sospechó que ella se daba cuenta.

—El gobierno danés lo sabe. Consta en los archivos —continuó ella—. Le dije poco al señor Becker, pero se lo comentaré a usted. En la guerra fui soldado del Ejército Rojo. Muchos ucranianos querían liberarse... de Stalin o de la Unión Soviética, porque nosotros somos los antiguos, verdaderos rusos. Kiev fue la semilla y la raíz de la nación rusa. Los *moskaiy* llegaron después. Muchos recibimos a los alemanes como liberadores. Fue un terrible error, pero ¿cómo podíamos saberlo, cuando durante más de veinte años sólo oíamos mentiras o silencio? Algunos hombres se alistaron en los ejércitos de Hitler. Yo no. Uno resiste al invasor, sea quien fuere. Pero cuando los alemanes se retiraron, dejaron zonas de Ucrania en estado de rebelión. Stalin necesitó años para aplastarla. ¿Lo sabía usted?

—Sé algo al respecto. Si no recuerdo mal, el movimiento de resistencia tenía un cuartel general en Copenhague. Aun así, ni una palabra de lo que ocurría llegó a oídos de los liberales... —No, en Europa «liberales» conservaba su sentido original—. A oídos de la prensa occidental.

—Me habían dado de baja, pero tenía amigos, parientes, gente mía en la rebelión. Algunos peleaban abiertamente, otros simplemente eran simpatizantes que ayudaban cuando podían o se atrevían. Yo sabía que

estaba bajo sospecha. Si no delataba a alguien a la policía secreta de Stalin, seguro que vendrían a buscarme. Me esperaba el campo de trabajos forzados, una bala en la cabeza o algo peor. —Recordó con angustia—. ¿Pero cómo unirme a los rebeldes? ¿Cómo disparar contra soldados rusos que habían sido mis camaradas en la guerra? Escapé y llegué a Occidente.

—Toda una hazaña —dijo él con sinceridad. Escapar significaba hambre, sed, ocultamiento, correr, caminar, sortear puestos de guardia, sobrevivir con escaso alimento, durante mil kilómetros o más.

—Soy fuerte —respondió ella—. Tenía mis habilidades de francotiradora. Y me había preparado.

—Aferró los brazos del sillón—. No era la primera vez.

Un trueno retumbó en el cráneo de Hanno.

—Yo también tuve aventuras... en el pasado... —murmuró.

Sonó un golpe. Hanno se levantó para recibir al camarero, quien traía una bandeja con un recipiente, tazas, azúcar, crema y *kringler.* Mientras echaba una ojeada a la bandeja y daba una propina al hombre, dijo, pues la ligereza era necesaria pero el silencio imposible:

—Supongo que desde entonces vivió apaciblemente.

Intuyó que ella hablaba impulsada por la misma necesidad.

—Recibí asilo en Dinamarca. —Hanno se preguntó qué funcionarios la habían protegido, y cómo. No importaba. Si uno trajinaba mucho tiempo por el mundo, conocía los caminos y los atajos—. Me interesaba por la conexión ucrania, pero llegué a amar este país. Son gente afectuosa, y la tierra es atractiva. Trabajé en una granja, decidí ser veterinaria, fui a la universidad, estudié inglés y alemán para hablar con los extranjeros que me trajeran sus animalitos. Ahora tengo un consultorio en Kongens Lyngby, una bonita zona residencial.

El camarero se marchó. Hanno se acercó a ella.

—Pero usted está en edad de jubilarse, o casi —dijo—. Sus amigos se asombran de que parezca tan joven. Bromean acerca de la Fuente de la Juventud. Pero se preguntan por qué no se retira. El gobierno también. ¿Adonde irá, Olga?

Ella le sostuvo la mirada.

—Sí, en Dinamarca los burócratas son muy minuciosos. ¿Adonde sugiere que vaya? ¿Y cuál es su verdadero nombre?

El pulso de Hanno se aceleró. —Bien —dijo—, basta de rodeos. No quería asustarla, pero creo que puedo decirle la verdad. —Se sentó, para

no parecer amenazador ni dominante. Una persona como ella reaccionaría con fiereza ante semejante actitud—. Le contaré algo que le parecerá una locura, o un engaño, a menos que usted sea lo que creo que es. No se asuste. Escúcheme. Abra la puerta y quédese allí si desea.

Ella meneó la cabeza, respirando entrecortadamente.

—Tengo alrededor de tres mil años —dijo Hanno—. ¿Le importa decirme... algo más?

Ella había palidecido. Por un instante se hundió en la silla. Hanno iba a levantarse para tranquilizarla. Ella se enderezó.

—Cadoc —susurró Olga.

—¿Eh?

—Cadoc. Eres tú. Ahora recuerdo. El mercader de Kiev. Kiyiv, se llamaba entonces. ¿Cuándo fue eso? Hace mil años, creo.

El recuerdo lo encandiló como un repentino rayo de sol.

—Tú..., tu nombre...

—Entonces era Svoboda. Siempre lo soy en mi corazón. ¿Pero quién eres tú?

Desde luego, pensó Hanno en su aturdimiento, ninguno de ambos recordaría por mucho tiempo un breve encuentro con un mortal, entre los miles que se habían perdido en el polvo. Pero ninguno de ambos había olvidado del todo. Evocó el fantasma que lo había acuciado en momentos esparcidos a través de los siglos.

—Svoboda, sí —tartamudeó—. Te rescatamos.

—Y la noche fue magnífica. ¡Podríamos haber tenido más!

Se levantaron para abrazarse.

7

Era un día bochornoso en Washington, D. C. El aire acondicionado proporcionaba frescor a la oficina de Moriarty. Era un verano aplastante. Moriarty lanzó la revista contra el escritorio.

—Bastardo—murmuró—. Canalla...

El intercomunicador sonó.

—El señor Stoddard desea verlo, senador —anunció la voz de la recepcionista.

Moriarty contuvo el aliento y soltó una risotada.

—¡Muy oportuno! —exclamó—. Hágalo pasar.

Entró un nombre bajo, anónimo, fríamente eficaz. El sudor le relucía en las mejillas. Empuñaba un maletín.

—¿Cómo está usted? —saludó, mirando el escritorio—. Veo que ha leído las últimas noticias.

—Desde luego —exclamó Moriarty—. Siéntate. ¿Lo has visto?

—Aún no. —Stoddard se sentó—. Estuve ocupado investigando al responsable.

El hombre fofo que estaba detrás del escritorio cogió de nuevo la revista y la puso bajo sus lujosas gafas de lectura.

—Escucha esto. Es el editorial. Trata de mi discurso en favor del CCCP. Escojo un párrafo al azar. —Dominó la indignación y recitó metódicamente—: «El senador fue presentado por una activista de la paz y el desarme, la doctora Fulvia Bourne. Soportó magistralmente esa situación embarazosa. En vez de aludir al discurso que la doctora había dado en el banquete del día anterior, para aprobar o reprobar frases tan pintorescas como "el Pentágono, un pentáculo atestado con los demonios de la locura nuclear", o la "CÍA, la Compañía de Inmolación Aterradora", prefirió obviar dicho discurso para llamar a la doctora una moderna Juana de Arco. También obvió el hecho de que Santa Juana tomó las armas por la causa de la liberación. De allí hubo una fácil transición a la necesidad de estadistas, de "paciencia externa pero impaciencia interna". Evidentemente debemos tener "paciencia externa" con los sujetos como Castro y Ortega. A fin de cuentas, el estimado correligionario del senador, el reverendo Nathaniel Young, llama a ambos caballeros "Querido camarada". No debemos tener ninguna paciencia, por ejemplo, con Sudáfrica. En cuanto a la política interna, una impaciencia destinada a completar la destrucción de las clases productivas de Estados Unidos...» ¡Ah! ¿Para qué seguir? Léelo tú mismo, si puedes soportarlo.

—¿Puedo hacer una pregunta, senador? —murmuró Stoddard.

—Por cierto. Siempre he defendido la dialéctica abierta y libre.

La mirada de Stoddard sopesó a Moriarty.

—¿Por qué permitir que el tal Tannahill lo saque de quicio? No escribe nada que otros opositores no hayan escrito.

La ancha cara del senador se enrojeció.

—Sus sarcasmos no tienen límite. La oposición es una cosa, el enjuiciamiento permanente es otra. No sólo intenta crear problemas en todo el país, sino insertar una cuña entre mi electorado y yo.

—Oh, opera en Nueva Inglaterra y hace muchas referencias regionales, pero no está en su Estado, senador. Y por otra parte, *The Chart Room* tiene poca circulación.

—Se requiere una pequeña dosis de un virus, administrada a la gente indicada, para infestar una población entera. Tannahill no sólo está llamando la atención de conservadores tradicionales y neofascistas, sino entre los jóvenes universitarios. —Moriarty suspiró—. Oh sí, esa serpiente tiene sus derechos de la Primera Enmienda, y admito que sus ironías me hieren más de lo debido. Debería estar habituado a la crueldad.

—Si me permite, a menudo usted se pone en la mira de esos sujetos. Yo le habría aconsejado que no diera ese discurso.

—En política uno toma los aliados que encuentra, y hace todo lo que puede.

—¿Como Sudáfrica? Perdón —añadió Stoddard, pero no parecía arrepentido.

Moriarty frunció el ceño.

—El Comité incluye a algunos extremistas —continuó—, pero qué diablos, son extremistas de una buena causa. Necesitamos esa energía y dedicación. —Se aclaró la garganta—. No importa. Vayamos al grano. Se trata de descubrir quién es Tannahill y quién está detrás de él. ¿Qué puedes decirme?

—No mucho, me temo. Por lo que han averiguado mis investigadores, y son buenos en su trabajo, está limpio. Claro que no llegaron hasta el fondo.

—Vaya. —Moriarty se inclinó hacia delante—. Sigue siendo el hombre misterioso encerrado en su finca, ¿eh? —No pudo contener el comentario—: Es natural que se haya instalado en New Hampshire, ¿verdad? «Vivid libres o morid.» Hasta es posible que se lo crea.

—No es Un recluso al estilo Howard Hughes, si se refiere a eso, senador —replicó Stoddard—. En realidad, lo que entorpece las investigaciones es que rara vez está en su casa. Viaja mucho, pero mis hombres no pudieron averiguar adonde va. No sirvió de nada hablar con sus criados ni con el personal de la revista. Son dos puñados de individuos bien escogidos, que han estado mucho tiempo con él, le son leales y no abren la boca. Tampoco guardan secretos vergonzosos. —Rió—. No tenemos esa suerte. Simplemente, no saben qué hace el jefe cuando se va, y tienen la anticuada idea de que a los demás no les incumbe.

Moriarty clavó una mirada acerada en su asistente. A veces se preguntaba si Stoddard no lo ayudaba estrictamente por el sueldo. Sin

embargo, ese sujeto trabajaba bien y a veces había que soportar sus impertinencias.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Moriarty—. No importa si repites cosas que ya sé.

—Me temo que ante todo haré eso. —Stoddard extrajo una hoja de un maletín y consultó sus notas—. Kenneth Alexander Tannahill nació el 25 de agosto de 1933 en Troy, Vermont, un pueblo cercano a la frontera canadiense. Sus padres se mudaron poco después. Un ex vecino, a quien le escribieron un par de cartas, declaró que se habían ido a Minnesota, pero no recordaba exactamente adonde. Una aldea de North Woods. Todo es oscuro, no hay nada documentado, excepto los mínimos registros oficiales y algunos artículos en un periódico estatal.

Moriarty sintió un cosquilleo de excitación.

—¿Es decir que ésta podría ser una identidad ficticia? Supongamos que los verdaderos Tannahill murieron en un accidente. Un hombre con dinero, que deseaba borrar sus huellas, podría pedir a una agencia de detectives que localizara una familia difunta que encajara con sus necesidades.

—Quizá—dijo Stoddard con escepticismo—. Difícil de probar.

—¿Registros de reclutamiento antes del fin de la conscripción?

—Preferiría no inmiscuirme en esas cosas, senador.

—No, supongo que no. A menos que podamos hallar pistas que lo justifiquen ante las autoridades correspondientes.

—Tannahill nunca declaró que hubiera hecho el servicio militar. Sabemos eso. Pero muchos hombres de su edad no lo hicieron a pesar de Corea y Vietnam, por diversas razones. Él no ha dado detalles de por qué no estuvo. No es que actúe evasivamente. Quienes lo conocen lo describen como un sujeto simpático y amante de las bromas, aunque exigente con sus empleados, que le responden bien. Simplemente, tiene el don de no hablar de sí mismo.

—No me extraña. Continúa. No está casado, ¿verdad?

—No. Tampoco es homosexual ni impotente. A lo largo de los años hubo algunas mujeres a quienes identificamos. Nada serio, y ninguna de ella le guarda rencor.

—Qué lástima. ¿Y qué rastro dejó en la Costa Oeste?

—Esencialmente, nada. Primero emergió en New Hampshire, compró su casa y el terreno, fundó la revista, todo como..., bien, no exactamente como empleado de Tomek Enterprises. Asociado o agente

sería más apropiado. De un modo u otro, Tomek lo financia y supongo que muchos de sus viajes están destinados a llevarle información al viejo.

—Quien también es bastante oscuro, ¿verdad? —Moriarty se acarició la papada—. Pienso que valdría la pena investigar ese rastro.

—Senador, mi consejo es que se olvide del asunto. Es muy costoso, roba tiempo a un personal muy necesario en época de elecciones, y estoy casi convencido de que no obtendrá nada políticamente útil.

—¿Crees que soy sólo un político, Hank?

—Le he oído describir sus ideales.

Moriarty llegó a una decisión.

—Tienes razón, no podemos perseguir fantasmas. Al mismo tiempo, siento en los huesos que aquí hay algo que no resistiría la luz del día. Sí, también tengo motivaciones personales. Denunciar ese algo sería un buen golpe, y estoy harto de las injurias de Tannahill y quiero contraatacar. Tendremos que abandonar nuestros esfuerzos de indagar el pasado, pero no desistiré del todo. —Formó un puente con los dedos—. ¿Dónde está ahora?

Stoddard se encogió de hombros.

—En alguna parte de este lado de la luna... probablemente.

Moriarty se mordió el labio. *The Chart Room* había sido muy insidiosa con la decadencia del programa espacial de Estados Unidos.

—Bien, alguna vez tendrá que regresar. Quiero que vigilen su casa y su oficina. Cuando aparezca, quiero que lo vigilen las veinticuatro horas del día. ¿Entendido?

Stoddard iba a responder, pero se tragó la réplica y asintió.

—De acuerdo, si no le importa pagar los costes.

—Tengo dinero —dijo Moriarty—. El mío, si es necesario.

8

—¿Cuál es el problema?

La pregunta de Natalia Thurlow era incisiva. O inquisitiva, como una espada al principio de un duelo. Hanno comprendió que ya no podía eludirla. No obstante calló unos minutos, mirando el anochecer estival por la ventana de la sala de estar de Robert Cauldwell. En la parte del vidrio donde su cuerpo mataba los reflejos, veía miles de luces, colina abajo y en la ciudad, hasta la paz que se extendía sobre las aguas. Así había disfrutado Siracusa de su riqueza y felicidad, mientras los mejores

mecánicos de la época perfeccionaban sus defensas; y entretanto los austeros romanos se preparaban.

—Ayer volviste a casa como en un sueño —continuó Natalia a sus espaldas—. Hoy te has ido prácticamente al alba, y sólo regresas ahora, aún ensimismado en tus pensamientos.

—Te he explicado por qué —dijo él—. El trabajo se ha acumulado mientras yo no estaba.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te dedicas aparte del laboratorio Rufus?

El tono desafiante lo obligó a darse la vuelta. Ella estaba rígida, los puños a los costados. El dolor que veía Hanno también lo lastimaba; esa creciente furia era una especie de bálsamo.

—Sabes que tengo ocupaciones en otras partes —le recordó. Ella había visto la modesta oficina que mantenía en el centro, pero él nunca había explicado para qué era.

—¡Claro! Cada vez que intenté llamarte, me respondía el contestador.

—Tuve que salir. ¿Qué querías? Dejé recado de que no me esperaras a cenar.

Había pasado casi todo el día bajo la identidad de Joe Levine, asesorando a un par de contables acerca de la auditoría impositiva de Charles Tomek para que ambos se hicieran cargo mientras él se marchaba por un tiempo imprevisible por cuestiones no especificadas. Ellos ya conocían la situación y muchos detalles, desde luego. Nadie se las veía a solas con el Tío Sam. (¿Y qué producía esa horda de burócratas que fuera valioso para algún alma viviente?) Sin embargo, era preciso aclararles ciertos temas complejos.

Podía resultar costoso librarlos a sus propios medios. No por que pudieran revelar ilegalidades. No había ninguna. Hanno no se permitía fisuras en sus defensas contra el Estado. Pero no podía explicarles por qué no podía localizar al viajero señor Tomek y traerlo de vuelta para que ayudara.

Asuntos efímeros. Prescindibles. Svoboda llegaría pronto, para ser la quinta integrante de la hermandad.

Y después de ella... No pudo contener la aceleración del pulso.

—Pensaba que podríamos cenar en un restaurante —dijo Natalia.

—Lo siento. No habría resultado. He comido un bocadillo. —Mentira. No habría conservado la calma en compañía de Natalia. No era el jugador

de póquer que suponía. Quizá Svoboda había despertado algo en su interior, o lo había sacudido hasta resquebrajarlo.

—No me has explicado por qué tenías tanta prisa —suspiró Natalia—. Eres muy cerrado. Sólo ahora comprendo que dices muy poco sobre ti y tus actividades.

—Mira, no discutamos. Sabes que soy taciturno por naturaleza.

—No, no lo eres. Ése es el problema. Hablas, bromeas, comentas, pero al margen de tus ideas políticas de Neanderthal, ¿qué dices en serio? —Él iba a replicar pero ella lo hizo callar con un gesto—. A pesar de eso, he aprendido a leer ciertas pistas. La persona que encontraste en Dinamarca no era el «sujeto prometedor» que describiste con tanta vaguedad. Y cuando regresaste del aeropuerto y miraste la correspondencia, esa carta que te estremeció... No pudiste ocultar del todo tu reacción. Pero supuse que no me la mostrarías ni me la mencionarías.

Claro que no, pensó Hanno. Sobre todo porque Asagao, esa mujercita dulce e ingenua, la había redactado en su inglés torpemente preciso.

—Es privada, confidencial. —¿Una persona en Idaho, otra en Dinamarca?

Demonios. Natalia había visto el remitente. Tendría que haber advertido a los dos asiáticos que no se comunicaran así con él. Pero ellos conocían su identidad de Cauldwell por el laboratorio Rufus, y el complejo Tomek —una organización impersonal donde extraños podrían interceptar los mensajes— no les daba confianza. Y Hanno nunca había pensado que tanto tiempo después ellos pudieran dar con una nueva pista.

Al menos Natalia había tenido la dignidad de no abrir el sobre con vapor. Bien, él le había estudiado el carácter antes de unirse a ella de forma más estable.

¿Pero la comprendía de veras? Natalia era una persona brillante y compleja. Por eso lo atraía. Le habría deparado menos sorpresas si él hubiera sido más franco.

Demasiado tarde, pensó. Sintió una mezcla de tristeza y fatiga. Incluso para una criatura vital como Hanno, había sido un día extenuante.

—Déjame en paz —rezongó—. Ninguno de los dos es dueño del otro.

Ella se envaró aún mas.

—No deseas ningún compromiso, ¿verdad? ¿Qué soy para ti, aparte de una distracción sexual?

—¡Por amor de Dios, basta ya de tonterías! —Avanzó hacia ella—. Lo nuestro ha sido espléndido. No lo estropeemos.

Ella no se movió, pero abrió aún más los ojos.

—¿Ha sido? —susurró.

Él había querido anunciarlo con más gentileza. Tal vez esto era mejor.

—Tengo que irme de nuevo. No sé cuándo volveré.

Volar al este. Como Tannahill, contratar a un detective privado para obtener información sobre la gente de la Unidad, algunas fotos subrepticias, contar con datos para saber si abordarla directamente o no. Entretanto, Svoboda liquidaría sus asuntos en Europa, obtendría el visado ,y el billete, abordaría un avión. Aterrizaría en Nueva York. El aislamiento de la finca Tannahill ofrecía una oportunidad de conocerse de veras, de ponerse al tanto sobre el último milenio.

—Y no me dirás por qué —dijo Natalia con voz monocorde.

—Lo lamento, pero no puedo. —Había aprendido tiempo atrás a evitar las mentiras complicadas.

Ella lo miró sin verlo.

—¿Otra mujer? Tal vez. Pero hay algo más. De lo contrario, me habrías echado sin rodeos.

—No, escucha... Mira, Natalia, puedes seguir viviendo aquí, de hecho espero que lo hagas...

Ella negó con la cabeza.

—Tengo mi orgullo. —Lo escrutó con ojos penetrantes—. ¿En qué andas? ¿Con quién estás conspirando, y por qué?

—Te repito que es una cuestión personal.

—Tal vez. Considerando tus actitudes, no estoy segura. —De nuevo alzó la mano—. Oh, no andaré contando historias, sobre todo porque me das muy pocos elementos. Pero tengo que cuidar mi pellejo. Eso lo entiendes, ¿verdad? Si los polizontes me interrogan, les diré lo poco que sé. Porque ya no te debo ninguna lealtad.

—¡Oye, espera! —Tendió la mano hacia ella. Natalia lo rechazó—. Sentémonos a beber un trago y hablemos de esto.

Ella lo estudió.

—¿Cuánto más vas a decirme?

—Yo... bien, te tengo afecto y...

—No importa. Trágate tus historias. Mañana haré el equipaje.

Natalia se marchó. Habría tenido que irme pronto de cualquier modo, pensó Hanno. No puedo llorar por ti, pero tendría que haber sido más fácil. Al menos no ocuparé más los años que te quedan.

Se preguntó si ella, una vez a solas esa noche, rompería a llorar.

9

La lluvia caía despacio sobre el paisaje sin viento, casi como una bruma. Rozaba los edificios de apartamentos como plata sucia y ahogaba todos los ruidos. Había sólo hierba mojada, hojas goteantes, el destello del agua en la vereda. No había nadie más en esa tarde de mediados de semana en el noroeste de Copenhague. En el parque Utterslev Mose, Peter Astrup y Olga Rasmussen tenían el mundo para ellos solos.

Bajo la gorra, las gotas brillaban como lágrimas en la cara joven y redondeada de Peter.

—Pero no puedes marcharte así —suplicó.

Ella miró a lo lejos. Se había metido ambas manos en los bolsillos del abrigo.

—Es algo imprevisto —admitió.

—Brutalmente imprevisto.

—Por eso te pedí que te tomaras el día libre para verte. El tiempo apremia, y tengo mucho que hacer primero.

—¿Después de no verte ni hablar contigo desde...? —Peter le cogió el brazo—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Con quién estuviste?

Ella se hizo a un costado. Peter captó la tácita orden y la soltó. Siempre era tierno, pensó ella, comprensivo, sí, quizá fuera *el* amante más dulce que había tenido o tendría jamás.

—No quiero herirte más de lo necesario, Peter —dijo en voz baja—. Este modo es el mejor.

—¿Y qué hay de nuestras vacaciones en Finlandia? —Peter tragó saliva—. Perdóname, fue una pregunta idiota... ahora.

—No creas. —Ella lo miró de nuevo—. Esperaba esas vacaciones tanto como tú. Pero esta oportunidad es demasiado grande.

—¿De veras? —preguntó él desesperadamente—. ¿Irte a Estados Unidos y... y qué? No me lo has explicado con detalle.

—Es confidencial. Investigación científica. Prometí no decir nada al respecto. Pero tú sabes que estoy interesada.

—Sí. Tu intelecto, tus conocimientos..., creo que eso me atrajo más que tu belleza.

—Oh, vamos. —Ella intentó reír—. Sé que no soy deslumbrante.

Peter se detuvo, y ella tuvo que pararse. Se miraron en la niebla fría. Siendo joven, él espetó:

—Eres misteriosa, ocultas algo. Sé que lo ocultas, y como mujer eres incomparable.

Y Hanno, pensó ella, también ha pasado muchas vidas mortales aprendiendo.

—Te amo, Olga —tartamudeó Peter—. Te lo he dicho antes. Te lo digo de nuevo. ¿Te casarás conmigo? Con papeles y... y todo.

—Oh, querido —murmuró Olga—. Tengo años suficientes para ser... —No pudo decir «tu madre». En cambio dijo—: Soy demasiado vieja para ti. Tal vez no lo aparente, pero te lo he dicho. Hemos disfrutado estos dos años.

Ya lo creo. Y Hanno... ¿Qué sé sobre Hanno? ¿Qué puedo esperar de él? Ambos hemos vivido demasiado tiempo en secreto, lo cual sin duda nos ha deformado de maneras que no advertimos, pero él ha recorrido el mundo durante tres veces el tiempo que yo viví en mi Rusia. Hanno es fascinante, estimulante y divertido, pero ya entreví ciertas asperezas. ¿O es una soledad interior? ¿Tiene capacidad para interesarse por alguien o algo al margen de la mera supervivencia?

En medio de su confusión se oyó decir:

—Sabíamos desde el principio que no podía durar. Terminemos limpiamente, siendo felices.

Él la miró cabizbajo.

—No me importa tu edad —dijo—. Te amo.

Olga sintió exasperación. No seas crío, quiso decirle., Bien, ¿qué puedo esperar de una persona que aún no ha cumplido los treinta? No tienes nada que yo pueda descubrir.

—Lo lamento.

Sin duda debí rechazarte desde el principio, pero la carne tiene sus exigencias y aquí las relaciones son fáciles y ligeras. Con Hanno y los demás... ¿Es posible un matrimonio de inmortales ? Creo que aún no estoy enamorada de él, ni él de mí. Quizá nunca nos enamoremos. Pero

una sociedad duradera no se basa en eso. No basta en sí mismo. Tendremos que ver qué pasa.

Veremos. Qué pasa.

—No te lo tomes así —dijo—. Lo superarás, y hallarás a la muchacha adecuada.

Y sentarás *cabeza* para criar hijos que crecerán en esta cómoda estrechez y se disolverán en el polvo. A menos que estemos al borde del fuego y la matanza y una nueva edad oscura, como cree Hanno.

Svoboda esbozó una sonrisa.

—Entretanto —murmuró—, podemos volver a tu apartamento y regalarnos una magnífica despedida.

A fin de cuentas, sólo sería un día más.

10

Corinne Macandal recibió al visitante en su sala de estar victoriana.

—Tango gusto —saludó. La mano del visitante era nervuda y dura, suave pero firme. El hombre se inclinó con un aplomo arcaico—. Siéntese, por favor. ¿Desea una taza de café o té?

Kenneth Tannahill permaneció de pie.

—Gracias —dijo—. ¿Podemos hablar en privado, donde nadie pueda oírnos?

Ella lo miró sorprendida. Pensó: ¿Qué edad tiene este hombre? El pelo negro, la piel lisa y el cuerpo ágil hablaban de juventud, pero algo más que el semblante enjuto sugería que había visto muchos años y mucho mundo. Los indicios eran sutiles, pero reales.

—¿De veras? Creí que usted buscaba una entrevista para su publicación.

Tannahill sonrió como un felino.

—Eso no era exactamente lo que pedía mi nota, aunque daba esa impresión, ¿verdad?

Corinne respondió con cautela.

—¿Qué desea, entonces? Debo confesar que no estoy familiarizada con... *Chart Room.*

—No es una gran revista. Ni es sensacionalista, debo añadir. En general publica artículos, o ensayos, sobre temas de actualidad. A

menudo nos dedicamos a la historia o la antropología, tratando de poner las cosas en perspectiva.

—Parece interesante. —Macandal inspiró profundamente—. Sin embargo, temo que debo rechazar una entrevista a cualquier cosa semejante. No quiero publicidad. Me disgusta personalmente, y podría perjudicar a la Unidad.

—¿De veras? Creo que si la original labor de ustedes se conociera mejor, obtendrían mayor respaldo, cooperación, todo lo necesario. Otros desearían imitarles.

—Dudo que pudieran. Somos únicos. Una de las cosas que nos posibilita hacer lo que hacemos es precisamente nuestra pequeñez, nuestra intimidad. La mirada de los demás destruiría todo eso.

Los grandes ojos rasgados de Tannahill la miraron con fijeza.

—Sospecho que eso es menos importante que usted misma —murmuró—. Y que su socia, la señorita Donau.

Corinne se alarmó y alzó la voz.

—¿Qué busca usted? ¿Quiere ir al grano?

—Mis disculpas. No quise ofender. Por el contrario. Pero creo que deberíamos hablar en privado.

—Muy bien —decidió ella—. Espere un minuto y daré instrucciones al respecto.

Entró en el vestíbulo, encontró a una criada y susurró:

—El caballero y yo estaremos en mi cuarto. Di a Boyd y Jerry que estén cerca y vengan de inmediato si los llamo.

La muchacha la miró boquiabierta.

—¿Espera problemas, señora?

—No —contestó Macandal—. Sólo por si acaso. —No se conservaba la inmortalidad omitiendo precauciones.

Regresó y condujo a Tannahill entre los objetos que simbolizaban poder. Él los inspeccionó mientras Macandal cerraba la puerta.

—Siéntese —ofreció, con más brusquedad de la que se proponía.

Él obedeció. Macandal acercó otra silla.

—Le agradeceré que se explique cuanto antes —dijo.

Él no pudo ocultar su propia tensión. —Perdóneme si no lo hago —respondió—. La tarea que me trae aquí es de suma importancia. Tengo que estar seguro antes de aclarar detalles. Pero prometo que no habrá

amenazas, exigencias ni intentos de causarle daño. Pertenezco a una clase de personas inusitadas. Tengo razones para pensar que usted y la señorita Donau también. En tal caso, las invitaremos a unirse a nosotros, para contar con ayuda mutua y camaradería.

¿Acaso él...? Por un instante, la penumbra de la cámara se volvió brumosa y Corinne sintió un estruendo en los oídos. A través del estruendo oyó:

—Seré franco, y espero que usted no se enfade. Encargué a una agencia de detectives que preparase un informe sobre ustedes y la organización. Las vigilaron durante una semana, charlaron con personas bien predispuestas, tomaron fotos, revisaron archivos periodísticos y documentos públicos. Era sólo con la intención de ponerme al corriente, de modo que hoy yo viniera preparado para hablar con inteligencia y no le hiciera perder el tiempo. —Tannahill sonrió—. Usted, en cuanto individuo, continúa siendo tan enigmática como siempre. Prácticamente no sé nada sobre usted excepto que, según los archivos y los recuerdos de un par de viejos miembros de la Unidad, su madre fundó este grupo que encabeza, y que usted se parece a ella. Por lo demás, si no me equivoco, tengo más información sobre Rosa Donau.

Macandal intentó recobrar la compostura. El corazón se le aceleraba, pero tenía la mente alerta y los sentidos aguzados. Si de veras era un inmortal, no era una amenaza, sino causa de alegría. Desde luego, si no lo era... Sí, debía andar con cuidado.

—¿Entonces por qué no la entrevistó primero a ella? —preguntó.

—Tal vez a ella no le agrade. Verá usted, trato de no despertar temores. —Tannahill se apoyó las manos en las rodillas—. ¿Puedo contarle una historia? Considérela un relato ficticio. O una parábola: obviamente usted es una persona culta.

Ella cabeceó.

—Había una vez una mujer que vivía en lo que ahora es Estambul —dijo Tannahill—. En esos tiempos la llamaban Constantinopla, y era capital de un gran imperio. Esa mujer no había nacido allí, sino en Siria. Había tenido una vida difícil, había recorrido mundo y había recibido muchos golpes crueles. Sí, era mucho mayor de lo que aparentaba, aunque no tan vieja como su profesión, para la cual necesitaba ese cuerpo juvenil. Le iba bien en su oficio, aunque cada tanto tenía que mudarse y cambiar de nombre. Al fin conoció a un hombre que también era mayor de lo que aparentaba. Él y su socio habían viajado mucho. En ese momento eran mercaderes en la ruta fluvial rusa.

No dejaba de mirar a Corinne. Ella no resistió más.

—¡Basta! —exclamó. Cobrando aliento—. Señor... Tannahill, ¿por casualidad está usted asociado con un caballero llamado... Willock?

Los dedos de Tannahill se pusieron blancos.

—Sí. Es decir, lo conozco, aunque tal vez él no sepa nada de mí. Una fundación para estudios sobre la vejez lo contrató para hallar personas que tengan... genes de longevidad. Hablo de una gran longevidad.

—Entiendo. —De pronto Macandal sintió una extraña calma, un distanciamiento. Era como si hablara otra persona—. Rosa y yo vimos el anuncio. Nos pareció interesante.

—Pero no respondieron.

—No. Debemos tener cuidado. La Unidad trabaja entre, y contra, malos sujetos. Tenemos enemigos, y ellos no tienen escrúpulos.

—Eso pensé. Le juro, señorita Macandal, que el grupo al cual pertenezco es decente. De hecho, nos enteramos de la existencia de la Unidad porque dos de nosotros también realizan tareas de rehabilitación y somos pocos. Muy pocos.

—No obstante, debe darme tiempo para reflexionar. Ustedes saben cosas sobre nosotras. ¿Qué sabemos nosotras sobre ustedes?

Tannahill guardó silencio un minuto. Al fin cabeceó.

—Es razonable. Pregunte lo que quiera.

Ella enarcó las cejas.

—¿Se compromete a responder todas las preguntas, con veracidad y sin omisiones?

Tannahill rió, echando la cabeza hacia atrás.

—No. ¡Bien dicho! —Poniéndose serio—: No antes de que nos tengamos plena y mutua confianza. Permítame hacer lo posible para ello.

—Todavía no. Quiero estudiarlo por mi cuenta. Leer algunos números de la revista. Averiguar cómo vive, qué piensan de usted sus vecinos, esas cosas. Tal como usted hizo con nosotras. No llevará mucho tiempo. Luego Rosa y yo planearemos el próximo movimiento.

Él sonrió, serenándose.

—En otras palabras: «No llame usted, llamaremos nosotras.» De acuerdo. Nuestra gente tiene tiempo y paciencia. Sabemos esperar. No ocurrirá nada hasta que ustedes lo deseen.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo una tarjeta.

—Ésa es mi dirección de New Hampshire. No estoy solo en la ciudad. Mi amigo y yo regresaremos allí mañana. Telefonee cuando guste, o escriba, si lo prefiere. Si nos marchamos, informaré al personal cómo ponerse en contacto conmigo, y podré volver aquí de inmediato.

—Gracias. Estuvo a punto de conquistarla cuando se levantó y dijo:

—No, gracias a usted. Ansío tener noticias suyas. Por favor cuente mi fábula a la señorita Donau, y añada el final feliz: el hombre de la historia dejó de estar enfadado con la mujer. Espera que ella se alegre de volver a verlo.

—Se lo diré —convino Macandal—. Se dieron nuevamente la mano, un contacto que duró apenas unos segundos, pero ninguno de ambos habló mientras ella lo acompañaba a la puerta.

Macandal lo siguió con los ojos hasta que él desapareció por la calle solitaria, caminando ágilmente y sin temor. Bien, pensó ella, sabe cuidarse, ha estado en sitios peores que Harlem de día. ¡Demonios, vaya tío encantador!

¿O es sólo idea mía? Tal vez Aliyat tenga razón. Un hombre inmortal no es necesariamente un buen hombre. Pero si lo es..., si lo son... Ella aún no me ha explicado qué tiene en contra de él...

¿Qué estoy esperando? ¿Por qué me demoro? Cielos, es un hombre. Tal vez, haya otros hombres.

¡Calma, muchacha!

El arrebato de deseo cesó. La dejó temblando pero capaz de reírse de sí misma, y eso fue una purificación. El celibato había sido el precio que debía pagar; Mama-lo no podía tomar una serie de amantes y no se atrevía a casarse. Pensó: Me enorgullecí de mi disciplina y no entendí que me estaba volviendo engreída. En el fondo, querida, eres sólo un ser humano, lascivo, limitado y vulnerable.

Pero tienes responsabilidades.

Entró y subió hasta un cuarto que servía de oficina privada. Sus prosaicos muebles y equipos la ayudaron a recobrarse del vértigo. Tenía trabajo que hacer.

Macandal se instaló en el escritorio y cogió el teléfono. Entre los números que tecleó, tres pertenecían a agentes de policía y uno a un agente del FBI. La Unidad había salvado a esos hombres cuando eran niños. Eran personas inquietas y no se habían quedado, pero ya estaban equipadas para enfrentarse al mundo y no olvidaban. Ninguno de ellos traicionaría su función pública, ni ella pediría semejante cosa. Pero más de una vez habían indagado asuntos, dando por sentado que las razones de Macandal eran legítimas. A través de esas personas podría averiguar

mucho sobre Kenneth Tannahill, tal vez hasta cosas que él mismo ignoraba.

11

El chófer del taxi puso mala cara cuando Aliyat le dio la dirección. Obviamente, se alegró de dejarla allí y largarse. Por un momento, ella se sintió abandonada. El crepúsculo se demoraba en el cielo, pero las paredes decrépitas lo ocultaban y la noche ya dominaba la calle. El escaso fulgor de los faroles mostraba un pavimento desnudo, aceras resquebrajadas, trozos de plástico y papel, fragmentos de vidrio, latas vacías, colillas y múltiples desechos inclasificables. Unas pocas ventanas sin tapias resplandecían. Nadie se asomaba en ellas. Era como si Aliyat pudiera oler el miedo, un hedor más entre los que impregnaban el aire caliente.

Caminó deprisa hacia el inquilinato de la Unidad. La fachada era tan mugrienta como las demás. Esas reparaciones debían esperar su turno, pero por dentro las cosas debían de estar más avanzadas. Los obreros se habían marchado horas atrás. ¿El vecindario habría demostrado mayor vitalidad cuando ellos estaban allí con su cháchara jovial?

La puerta estaba cerrada con llave. No lo había estado en su visita anterior. Miró por encima del hombro mientras apretaba el timbre, la cañera apretada contra las costillas.

Un perfil oscuro se delineó contra el vidrio de seguridad. Alguien la estudiaba lentamente por un orificio. Aliyat reconoció a ese hombre, pero no a los demás, aunque todos llevaban la placa de voluntario. Bien, ya no podía conocer a todos los miembros. Ninguno de ellos era el hombre que esperaba.

—¡Señorita-lo! —exclamó el primero—. ¿Qué hace aquí?

—Tengo que ver a Randy Castle —dijo ella deprisa—. Me dijeron que estaría aquí.

—Sí, está. —El otro chasqueó la lengua—. No debió usted venir, señorita-lo. Y menos sola.

Me di cuenta en cuanto llegué, pensó ella, sin animarse a decirlo en voz alta.

—Bien, él trabaja todo el día... —Para una compañía de mudanzas que lo mantenía en movimiento y le impedía verlo—. Pensé que estaría en Flor de la Esperanza... —El complejo de la Unidad donde él tenía un apartamento, en un distrito más seguro que éste—. Como no respondió a

mis llamadas, llamé a sus padres y me dijeron dónde estaba. Lo necesitamos para un trabajo y aquí no tiene teléfono.

—Tenemos. —El guardia señaló el teléfono: estaba en una mesa entre las herramientas de los carpinteros—. Yo lo hubiera ido a buscar.

—No, lo lamento, pero se trata de un asunto confidencial.

—Entiendo. —La confianza fue instantánea y absoluta—. Bien, él está pasillo abajo, en el numero tres. —Señaló, forzando una sonrisa—. No se preocupe, señorita-lo. La acompañaremos a casa. —De un modo u otro —murmuró el compañero.

Más allá del vestíbulo habían restaurado el pasillo y sólo faltaba pintarlo y alfombrarlo. Llamó a una puerta nueva. El hombre abrió.

—¿Qué? —gruñó, y luego, al verla—: ¿Qué sucede?

—Tengo que hablar contigo —dijo Aliyat.

Con torpe y conmovedor respeto él la hizo entrar y cerró la puerta. El apartamento estaba pulcramente terminado pero poco amueblado, pues aún no se esperaban inquilinos. Había varios libros en una mesa, junto a un calentador y un papel con ejercicios garrapateados. Como la mayoría de los jóvenes de la Unidad, Castle mejoraba su educación, soñaba con ser ingeniero.

—Póngase cómoda, señorita-lo —murmuró—. Me alegra verla, pero ojalá no hubiera venido. ¿Sabe a qué me refiero? ¿En qué puedo servirla?

Ante la insistencia, ella se sentó en la única silla. Él le ofreció café. Aliyat negó con la cabeza y él se sentó en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. ¿Por qué te has mudado? ¿Dónde está Gus? —El sereno anterior.

—En cama, señorita-lo. Una pandilla de matones vino hace cuatro noches y le dio una tunda.

—¿Lo sabe Mama-lo? —preguntó Aliyat, anonadada.

—Aún no. Pensamos que era mejor hablar primero con usted, saber su opinión. —Los discípulos tratando de proteger a la santa, pensó Aliyat. Y era posible que Corinne, a pesar de todo, ordenara abandonar el proyecto antes que practicar la violencia. Los hombres que han aprendido el orgullo no reculan fácilmente—. Pero usted no estaba en la ciudad.

—Sí, he estado fuera estas dos semanas. Lo lamentó, debí dejar aclarado cómo comunicarse conmigo, pero nunca creí que se presentara semejante emergencia.

—Claro —dijo él, con sinceridad—. Usted no podía saberlo. Y necesitaba unas vacaciones. Notamos que se estaba agotando.

No tanto, pensó ella. Al menos, no físicamente. Aunque es verdad que la administración, la tesorería, las cuentas, el asesoramiento, todo lo que hago sola porque no podemos contar con personal adecuado, me fatiga un poco. Aunque la Unidad signifique mucho para mí, no puede ser mi vida entera. No tengo el ánimo ni la bondad. Cada tanto debo largarme, tomar lo que he ahorrado de mis cheques e ir a otra parte con otro nombre, disfrutar de ciertos lujos, placeres, diversiones, tener un amorío si encuentro una persona atractiva. (Y estos últimos años casi siempre fueron hombres y no mujeres; la Unidad me ha purgado de la amargura y muchas heridas empiezan a cicatrizar.) ¿Por qué me digo estas cosas? ¿Para no sentirme culpable de mi ausencia?

—¿Cómo está Gus?

—Estará bien. Fue atendido por el curandero Jules, quien ahora lo tiene en su casa.

—¿Entonces no avisasteis a la policía?

—¿Para qué? Sólo nos traería problemas.

—Escucha —protestó Aliyat—, ¿cuántas veces Mama-lo y yo debemos explicar que los enemigos no son los policías sino los delincuentes?

Soy hipócrita sólo a medias, pensó. Calculo que muchos polizontes tienen buenas intenciones, pero están atados por leyes que fomentan el crimen aún más que la Prohibición.

—Bien, en todo caso, tienen pocos medios —exclamó Castle a la defensiva—. No pueden apostar una guardia las veinticuatro horas. Y Gus nos dijo que esos canallas prometieron algo peor si no nos largamos. Quizás hasta bombas incendiarias. Decidimos reforzar la seguridad nocturna para desalentarlos. Por eso otros hombres y yo nos quedamos aquí.

Aliyat sintió un escalofrío. La calle estaba desierta y silenciosa. Demasiado silenciosa. ¿Se había corrido el rumor de que había algo en ciernes ?

¿Qué podía hacer ella? Nada por el momento.

—Ten cuidado —suplicó—. Todo esto no vale una vida. —Tal vez te queden cincuenta o sesenta años, querido Randy.

—También usted, señorita-lo. No vuelva aquí después del anochecer. Por lo menos, no hasta que limpiemos la zona. —Se irguió de repente— ¿Qué desea usted? ¿Cómo podemos ayudarla?

Eso reavivó el cosquilleo que ella había sentido al hablar con Corinne a su regreso. Olvidó ese sórdido entorno. Se puso de pie.

—Tengo que realizar un largo viaje, hasta New Hampshire. Necesito un chófer y..., quizá no sea necesario, pero llevaré un guardaespaldas. Alguien fuerte y de confianza, y capaz de mantener la boca cerrada. He pensado en ti. ¿Estás dispuesto?

Él también se había levantado.

—¡A su servicio, señorita-lo, y gracias! —dijo con entusiasmo.

—Tal vez no sea necesario que pierdas tiempo de trabajo. Ahora que sé que puedo contar contigo, escribiré de antemano pidiendo que me esperen. —No creía que interceptaran la correspondencia, pero usaría un servicio de mensajería urgente privado para mayor seguridad y para que se entregara con rapidez. Tannahill podría responder del mismo modo—. Nos iremos el sábado por la mañana. Si todo va bien, regresaremos el domingo por la noche. O tal vez yo me quede allá y tú regreses solo. —Si decido confiar en ellos. —Claro. —Randolph puso tono de preocupación—. Mencionó usted un guardaespaldas. ¿Puede resultar peligroso? No me gustaría llevarla hacia el peligro.

—No, no temo ninguna amenaza física. —Quién sabe, pensó Aliyat, y sonrió—: Puede ser una ayuda contar con alguien de aspecto fornido. El propósito será llevar un mensaje y luego conferenciar.

El mensaje: Corinne ha sabido que Kenneth Tannahill está bajo vigilancia, al parecer por órdenes de un senador. Iba a enviar la advertencia por correo cuando llegué yo. Decidí llevarla personalmente, para desconcertar a ese hombre, contar con la iniciativa y... ¿y qué? ¿Evaluarlo? Cadoc, Hanno, sólo puede ser él, a quien robé y traté de hacer matar. Él dijo que me había perdonado, y novecientos años sería mucho tiempo para guardar un rencor, a menos que se haya agudizado con el tiempo. Tenemos que decidir si unirnos a él y ver quién lo acompaña; y cómo unirnos, en qué condiciones. Me creo capaz de reconocer a un malandrín o un monstruo más rápidamente que Mama-lo.

—Esto será especial, Randy —dijo—. Necesito entrar en ese sitio y salir sin que se entere nadie. Puede haber alguien vigilando desde fuera. Inventaré algún disfraz. Tal vez me corte el pelo, me oscurezca la cara, me vista de hombre. Llevaremos herramientas para parecer obreros realizando una tarea de reparación. Iremos en un coche viejo y feo, y conseguiré placas de New Hampshire. —La Unidad combatía el delito, pero había que saber quién vendía ciertas cosas por cierto precio—. Nos turnaremos para conducir.

Una excitación casi olvidada superó los malos presentimientos. Arroja los dados y al demonio con las autoridades. ¿Todavía soy una renegada de corazón?

Pero aquí está este muchacho. —Lo lamento —concluyó—. No podrás estar presente en las conversaciones, y no puedo contártelo todo. Sólo te puedo jurar que se trata de un asunto honesto.

—No lo dudaría un segundo, señorita-lo —respondió él.

Ella le cerró los dedos sobre la mano parda.

—Eres un encanto.

Oyeron un estrépito y un grito.

—¿Qué? ¿Ellos? —Castle cruzó la habitación. Se oyeron más ruidos—. ¡Quédese aquí, señorita-lo! —Castle cogió un objeto metálico de una caja de cartón y se lanzó hacia la puerta—. ¡Ya voy, hermanos! ¡Resistid!

—No, espera, deja eso, Randy. —Aliyat no tuvo tiempo de pensar. Siguió al hombre que empuñaba la pistola, un arma que se prohibía a la gente común.

Corredor abajo. Más allá del vestíbulo habían destrozado el vidrio de seguridad. Había una humareda. Había irrumpido media docena de hombres jóvenes.

Los guardianes... Dos invasores tenían a un guardián contra la pared. ¿Dónde estaba el compañero? Otros miembros de la Unidad salieron a espaldas de Aliyat.

—¡Deteneos, bastardos! —rugió Castle. Su arma lanzó un estampido de advertencia.

Un atacante respondió disparándole al cuerpo.

Castle se tambaleó, se inclinó, atinó a disparar antes de caer. Aliyat vio la sangre que le manaba de la garganta.

Un martillazo la abatió.

12

Moriarty estaba desayunando cuando le llamó Stoddard. El senador también tenía teléfono en esa habitación. Incluso en su residencia de verano, en su propio Estado, debía estar siempre alerta; y el número no figuraba en la guía, lo cual le daba cierta protección.

La voz lo despabiló de inmediato. Soltó un silbido y un resuello.

—Por Dios —respondió al fin—. Sube al primer avión de National. Coge un taxi al llegar aquí. No repares en gastos. Trae todo el material que tengas. Necesito ponerme al corriente. Estuve de gira, ya sabes, concurriendo a mítines. De acuerdo. Parece prometedor, ¿eh? Apresúrate. Adiós.

Colgó.

—¿De qué se trata? —preguntó su esposa.

—Lo lamento, alto secreto —le respondió Moriarty—. Oye, ¿podrás reorganizar mis citas de hoy?

—¿Incluida la fiesta de los Garrison? Recuerda quién estará allí.

—Lo lamento. Esto es muy importante. Ve tú, presenta mis excusas y halaga a esos personajes con tus encantos.

—Haré lo que pueda.

—Que es mucho, mi amor. —Qué magnífica primera dama sería ella... Algún día, algún día, cuando se cumpliera su destino. Entonces ella no se preocuparía por las otras mujeres—. Perdona, pero tengo que ponerme en marcha. Tengo que organizar muchas cosas en menos tiempo del que esperaba.

Así era. El Congreso estaba en receso; pero los votantes nunca olvidaban sus problemas y él no podía descuidar ciertos intereses. Y la convención le había dejado varios problemas que debía resolver antes de las elecciones. Y tenía que revisar su discurso. Era sólo un homenaje en una escuela secundaria, pero si decía las cosas acertadas en frases convincentes, quizá los medios citaran alguna. Tenía que hallar un lema identificador, como el de Roosevelt: «Lo único que debemos temer es el temor mismo.» O el de Kennedy: «No preguntéis qué puede hacer vuestro país por vosotros...»

Horas después recibió a Stoddard en el estudio. Era una habitación aireada, con una rutilante vista al mar, donde bailaban las blancas alas de los veleros. Las paredes no exhibían fotos autografiadas de Moriarty en compañía de personas famosas, como en la oficina de Washington. Sólo retratos de familia, un paisaje pintado por su hija, un trofeo de equitación de su época de estudiante, una estantería con libros de referencia y recreo que no eran meramente ornamentales.

—Hola —saludó desde el escritorio—. Siéntate. —Notó que había sido muy brusco—. Disculpa. Supongo que estoy más nervioso de lo que esperaba.

Stoddard se sentó en una silla giratoria, se reclinó, se apoyó el maletín en las rodillas.

—También yo, senador. ¿Le molesta si fumo?

—No. —Moriarty esbozó una tímida sonrisa—. Ojalá yo me atreviera.

—Estamos solos. —Stoddard le alcanzó el paquete.

Moriarty meneó la cabeza.

—No, gracias. Me costó dejarlo. Me pregunto qué diría Churchill de una sociedad donde ya no puedes fumar si aspiras a un puesto público.

—A menos que usted venga de un Estado tabacalero. —Stoddard encendió una cerilla—. De lo contrario, sí, uno vota por precios concertados, subsidios y fomento a la exportaciones tabacaleras, mientras incita a una guerra contra las drogas adictivas peligrosas.

¡Al demonio con ese hijo de perra! Lástima que fuera tan útil. Bien, con ese sarcasmo se había perdido el trago que Moriarty pensaba ofrecerle.

—Vamos al grano. £ Cuántos detalles tienes sobre este asunto?

—¿Cuántos tiene usted?

—Leí ese artículo del *Times* cuando llamaste. No fue muy informativo.

—No, supongo que no. Porque en la superficie no es una gran noticia. Otro incidente entre indigentes neoyorquinos.

Moriarty sonrió satisfecho.

—¡Pero está relacionado con Tannahill!

—Tal vez —advirtió Stoddard—. Sólo sabemos que estuvieron involucrados miembros de la Unidad, y que Tannahill visitó a la directora el mes pasado. Y es una organización extraña. No clandestina, pero... ¿evasiva? Tuvimos que gastar mucho para obtener información, y podría ser en balde. Tannahill pudo visitar a esa mujer por otras razones. Tal vez quería escribir un artículo. Él estaba en casa durante el episodio. Aún está allí, según mis últimas noticias.

Moriarty trató de apaciguarse. ¿Será una ridiculez?, se preguntó. ¿Por qué apunto mi artillería contra un tábano?

Porque un instinto afinado por mi profesión me indica que hay aleo grande detrás de esto, grande, grande. Descubrirlo sería algo más que silenciar a un reaccionario vocinglero. Me pondría en órbita. Dentro de cuatro años, ocho a lo sumo, podría tener el nuevo amanecer que tanto temen Tannahill y sus cavernícolas.

Se reclinó en el cuero gastado, acogedor, crujiente, y trató de relajar los músculos uno por uno.

—Mira —dijo—, sabes que no he tenido tiempo para estar al corriente de tus investigaciones. Cuéntamelo desde el principio. No importa si repites lo que he oído antes. Quiero todos los datos en orden para evaluarlos.

—Sí, señor. —Stoddard abrió el maletín y extrajo un sobre—. Puedo darle una síntesis antes de pasar a los detalles.

—De acuerdo.

Stoddard miró sus notas.

—Le avisé a usted cuando Tannahill regresó a New Hampshire. Bien, lo hicimos vigilar desde entonces. Siguiendo instrucciones suyas, notifiqué el asunto al FBI. El agente a quien le hablé se fastidió un poco.

—Me consideró oficioso, sin duda. —Moriarty rió—. Mejor eso que parecer furtivo. Y les ha dado qué pensar. Continúa.

—Poco después de su regreso... ¿Quieres fechas? ¿Aún no? Bien, poco después Tannahill fue a Nueva York, se hospedó en un hotel y fue a recibir, un avión de Copenhague en el aeropuerto Kennedy. Una mujer joven se lanzó a sus brazos cuando pasaron la aduana, y estuvieron varios días encerrados en ese hotel. Parecía una luna de miel: excursiones, restaurantes de lujo, lo de costumbre. La investigamos a ella, desde luego. Se llama Olga Rasmussen, ciudadana danesa pero de origen ruso, refugiada. Hay ciertas cosas llamativas, pero efectuar investigaciones internacionales es difícil. Y costoso. Usted decide.

«Entretanto, Tannahill visitó el edificio de la Unidad. No se quedó mucho tiempo y no estableció nuevo contacto, a menos que tenga una línea secreta. —Stoddard no hizo comentarios sobre la ilegalidad de los teléfonos intervenidos, y Moriarty no preguntó—. Él y Rasmussen fueron a casa de Tannahill en el norte. Han estado allí desde entonces, sin salir mucho ni hacer nada inusitado en público. Excepto...

«Últimamente fueron al aeropuerto más cercano y llevaron a casa a un hombre que ahora es su huésped. No pudimos averiguar mucho sobre él, excepto que viene de la Costa Oeste. Piel roja, a juzgar por el aspecto.

—¿De qué clase? —preguntó Moriarty—. No todos son iguales.

—¿ Eh? Bien, es alto, con cara aquilina. Tannahill lo presentó a los tenderos y otras personas de la aldea como Peregrino.

—Costa Oeste... Bien, ¿qué hay del episodio violento de la otra noche?

—Aparentemente, el barón de las drogas de ese distrito de Nueva York, ordenó a sus matones que atacaran un inquilinato que la Unidad está rehabilitando para sus miembros. Al parecer, intenta echarlos antes de que se establezcan en su territorio. La Unidad perjudica sus negocios.

Moriarty hurgó en su memoria.

—Tal vez haya oído algo sobre la Unidad anteriormente, pero no estoy seguro. Cuéntame.

—Es una organización oscura. Por elección, según entiendo. Compacta, controlable; no llama la atención. Es una organización de autoayuda entre los menesterosos, pero no se parece a ninguna otra. No es una iglesia, aunque tiene un elemento religioso..., ceremonias, al menos. No es un grupo militante, aunque los miembros están muy unidos. Efectúan patrullas que constituyen algo más que una vigilancia del vecindario. Sin embargo, hasta ahora no han quebrantado ninguna ley. La presidenta, suma sacerdotisa o como se llame es una mujer enigmática. Negra, se llama Corinne Macandal. Tiene una socia blanca, Rosa Donau, que estuvo involucrada en el incidente. Eso es todo lo que hemos averiguado sobre la Unidad. —Habíame del incidente —dijo Moriarty—. La descripción del periódico era muy vaga.

—Temo que la mía lo será también. Donau estaba en ese edificio que están arreglando cuando entró la pandilla. Uno de los hombres de la Unidad tenía una pistola. Hubo disparos. El hombre murió, pero antes liquidó a un enemigo. Donau sufrió lesiones graves.

Moriarty asintió.

—Especiales del sábado por la noche. Lluvia de balas. Y en el sur cacarean por la Segunda Enmienda. Continúa. ¿Más heridos?

—Dos guardianes desarmados recibieron una tunda. Había otros hombres de la Unidad, pero sólo tenían porras..., bien, un par de navajas autorizadas.

—No es poco. ¿Sufrieron heridas?

—No, ni se trabaron en lucha. Al cabo dé algunos disparos, los atacantes huyeron. Obviamente, no esperaban tanta resistencia. Calculo que se proponían cometer actos vandálicos, destruirlo todo. La gente de la Unidad llamó a la policía. Los cadáveres fueron a la morgue, Donau al hospital. Un disparo en el pecho. Grave, pero estable.

Moriarty se acarició la papada y miró hacia las soleadas aguas.

—Sin duda la directora, Macandal, emitirá una declaración manifestando alarma y reprobando el uso de armas.

—Mi impresión es que los hombres jurarán que fue idea de ellos.

—Lo cual podría ser verdad. Donau debería saber más, si sobrevive. Una testigo presencial, al menos... Sí, creo que esto no fue sólo otra pelea en una barriada pobre. —Concluyó triunfalmente—: Creo que tenemos fundamentos para solicitar una investigación federal de la Unidad y de todos los que han estado en contacto con la organización.

13

—En general, los varones indios trabajaban tanto como las mujeres —dijo Peregrino—. Ocurre que la división del trabajo estaba más definida que entre los blancos, y quienes visitaban los campamentos veían la labor de las mujeres.

—¿Pero las obligaciones de los hombres no eran más divertidas? —preguntó Svoboda—. Cazar, por ejemplo. —Tenía una expresión de embeleso. Estaba en presencia de un hombre que había pertenecido a esas fabulosas tribus, había experimentado el Salvaje Oeste.

Hanno pensó en encender la pipa. Decidió que no. A Svoboda le desagradaba y él fumaba menos por consideración a ella. Quizá pronto lo obligara a dejarlo del todo. Entretanto, pensó con resentimiento, ¿por qué no me hace preguntas a mí? Yo también vi la frontera americana. Conocí esta tierra donde estamos cuando era un páramo.

Miró por la ventana de la sala. El sol de la tarde relucía en el parque. Donde se acababa la hierba, un macizo de flores exhibía resplandores rojos, violáceos y dorados al pie de la cerca de alambre con alarma antirrobo que rodeaba la propiedad. Desde aquí no veía el camino que comunicaba con la carretera del condado, atravesaba un portón controlado eléctricamente y conducía a la mansión entre majestuosas hayas. Detrás de la cerca veía, en cambio, bosques cuyas rutilantes hojas aleteaban en el viento.

Un sitio encantador, el retiro ideal después de Nueva York, una paz donde él y Svoboda podían descubrirse mutuamente y ella podía conocer a Peregrino. Pero Hanno debía regresar a Seattle y a ciertos asuntos que había descuidado. Ella lo acompañaría. Le agradarían la ciudad y la campiña. Peregrino debería quedarse allí un tiempo, por si llegaba un mensaje de Macandal... ¿Cuándo dejarían esas mujeres de andar con rodeos? Svoboda ansiaba conocer a Asagao y Tu Shan. Hanno no debía pensar en apartarla de Peregrino. No era dueño de Svoboda, no tenía derecho a estar celoso, y de momento no había nada serio entre ambos... Sonó el teléfono. Peregrino se interrumpió en medio de una frase.

—Continúa —invitó Hanno—. Tal vez no haya que responder.

El contestador telefónico recitó sus instrucciones y emitió un bip. Se oyó una voz de mujer, rápida e inestable.

—Madame Aliyat desea hablar con el señor Tannahill. Es urgente. No deje de atender.

¡Aliyat! Hanno cruzó la habitación. Cogió *el* auricular de la mesa antigua.

—Hola, soy Tannahill. ¿Eres tú?

No, reconoció la voz de Macandal.

—Parlez-vous frangais?

¿Qué? Su mente dio un brinco.

—Oui. —Su francés no era perfecto pero lo había conservado actualizándolo mientras el idioma evolucionaba, pues a menudo era una herramienta valiosa—. *Désirez-vous parler comme ci? Pourquoi, s'il vous plait?*

Ella había tenido menos práctica en las últimas décadas. Hablaba despacio y con titubeos, y a veces Hanno debía ayudarla para que se expresara con claridad. Peregrino y Svoboda guardaban silencio. Notaron que la voz *de* Hanno se volvía acerada, que el semblante se le endurecía.

—Bien. Bonne chance. Au revoir, espérons-nous.

Dejó el auricular y se volvió hacia sus compañeros. Por un instante sólo se oyó el rumor del viento.

—Primero me cercioraré de que nadie más nos oiga —dijo al fin Hanno, y salió. El personal de la casa no fisgoneaba ni interrumpía a menos que fuera necesario, pero el inglés era la única lengua común.

Al regresar, se plantó con los brazos en jarras ante los otros dos.

—Era Corinne Macandal..., al fin, aunque con malas noticias. Ojalá recibiera aquí el *New York Times.*

Con voz dura, les describió el desastre de un par de noches atrás.

—Qué terrible. —Svoboda se levantó, tendiéndole la mano. Hanno no lo notó. Peregrino se quedó donde estaba, alerta como un lince.

—Pero tengo noticias peores —dijo Hanno—. Macandal tiene amigos en ciertos departamentos del gobierno, especialmente la policía. —Reconoció la pregunta tácita de Svoboda y sonrió con amargura—. No, no puedes llamarlos topos. Le deslizan datos o advertencias, y rara vez. Nada para malos propósitos, sólo para que no la sorprendan desprevenida. La clase de precaución natural en un inmortal. Yo también lo hacía, hasta que estuve en una posición donde era mejor mantenerse lejos del gobierno.

»Bien, después de mi visita ella quiso hacer algunas averiguaciones acerca de mí antes de comprometerse con un curso de acción, o inacción..., saber más de lo que yo estaría dispuesto a revelar. Así que llamó a esos contactos y descubrió que estoy bajo vigilancia desde poco antes de mi encuentro con ella. Es a petición de Edmund J. Moriarty. Sí, Neddy, el senador, mi *bête noire.* Aparentemente, le pertenezco.

Suspiró.

—Por mi parte, lo habría dejado en paz. Creía hacer un servicio público al fustigarlo. Pensé que debía a Estados Unidos esta pequeña ayuda, porque honestamente dudo de que el país sobreviviera a la presidencia de Moriarty. Un error. Debí haberme concentrado en nuestra supervivencia. Demasiado tarde.

Svoboda había palidecido.

—¿La policía secreta? —susurró.

—No, no. —Hanno le palmeó el hombro—. Tendrías que saberlo, después de tantos años en Occidente. ¿O has estado escuchando a izquierdistas europeos? La República aún no ha decaído tanto. Creo que Moriarty ha estado haciendo indagaciones, con la esperanza de hallar algo que desacreditara o incriminara a Kenneth Tannahill. Macandal no lo ve así. Supongo que lo admira, porque presuntamente él ha actuado en favor de los pobres. Ella está demasiado atareada para estudiar Historia. La revelación de que él me investigaba la ha disuadido de continuar nuestro contacto. Yo podría ser malvado. Ella tiene mucho que perder, no dinero, sino el trabajo de una vida.

—No importa —dijo Peregrino—. Obviamente, en esta crisis ella se ha creído obligada a avisarte.

—Es más que eso —replicó Hanno—. Hablamos con mucha circunspección. Deduzco mucho de lo que os diré de sus palabras indirectas, basándome en lo que antes sabía. Pero ella consultó a sus fuentes de Washington y descubrió que también la vigilan. Después de ese tiroteo, quizá Moriarty logre que el FBI intervenga en el caso. Es la Oficina Federal de Investigaciones, Svoboda, una especie de policía nacional. La conexión con las drogas, si no hay otra cosa. Aunque la Unidad luchaba contra el narcotráfico con mayor eficacia que ninguna agencia del Gobierno..., bien, ¿pudo Tannahill estar involucrado, ser el cerebro que planeó ese ataque? Lamentablemente, el miembro a quien mataron tenía una pistola y la usó. En Nueva York eso es más ilegal que atracar a una abuela. Desde el caso Goetz, los liberales norteamericanos claman por sangre. Macandal podrá probar su inocencia, pero antes lo pasará mal y cualquier cosa podrían salir a luz durante una investigación.

—Por no mencionar que Aliyat está en el hospital.

—Sí. No la han interrogado, dada su condición, pero cuando empiecen a asediarla será como arrojar grasa al fuego. Durante sus días de prostituta la arrestaron varias veces. Ya conocéis la rutina: arrebatos de moralidad pública, hostigar a las muchachas para demostrar celo por la aplicación de la ley, luego dejarlas salir. Le tomaron las huellas digitales varias veces a lo largo de los años. Y el FBI ha acumulado la mayor colección de huellas digitales de todo el mundo.

Peregrino gruñó como si le hubieran pegado en el vientre. Svoboda se mordió el labio.

—Bien, Macandal ya había decidido que debía dejar de vacilar, ponerse en contacto conmigo, tratar de averiguar por sí misma qué clase de sujeto soy —continuó Hanno—. Aliyat iba a venir este fin de semana como su representante... y exploradora. Una prueba de fuego, considerando lo que ocurrió entre nosotros.

«Primero pensaban despachar un mensaje urgente para concertar la cita, y yo debía responder por el mismo medio. Pero el tiroteo lo ha estropeado todo. Ahora ha decidido olvidar las sospechas y deliberar en serio. La comunicación por escrito resultaría lenta e incómoda. Una visita personal delataría demasiado, y no podemos organizar una visita clandestina deprisa. Es probable que hayan intervenido nuestros teléfonos... dadas las nuevas circunstancias, una palabra de Moriarty persuadiría a un juez de la fe política indicada... pero aun así parecía el único modo. En cuanto se retiraron la policía y los reporteros, sé fue de casa y me llamó desde la casa de un miembro. Es posible que ninguno de nuestros fisgones sepa francés. Les llevará tiempo hacer traducir la grabación, y usamos todos los circunloquios posibles. No creo que hayamos dejado pruebas tangibles de que era ella quien hablaba. Aun así, se ha comprometido en mayor o menor grado. Fue un acto de valentía.

—Pero necesario —dijo Svoboda—. Nuestro secreto nunca ha corrido tanto peligro, ¿verdad?

—Ante todo ella quería darnos la oportunidad de escabullimos, volvernos invisibles. —Alzó el puño—. ¡Por Dios, tiene un gran corazón! Ojalá pudiera decir lo mismo de su cabeza. Por el momento, propone terminar con la farsa, olvidar todo.

—¿Tanto confía en el gobierno? —le preguntó . Svoboda.

—Creo que no será peligroso para ella —dijo reflexivamente Peregrino—. No al principio, al menos. Será difícil para nosotros. Especialmente para ti, Hanno.

El fenicio rió.

—Enronquecería enumerando mis delitos. Para empezar, las identidades falsas, más tarjetas de Seguridad Social y balances impositivos anuales, por no mencionar mis licencias, certificados de nacimiento y defunción, pasaportes... Oh, he sido un personaje desesperado.

—Tal vez te traten con indulgencia, e incluso te perdonen —dijo Peregrino—. Así como al resto de nosotros, por nuestros delitos menores. Causaríamos tal sensación... —Hizo una mueca—. En el peor de los casos,

unos años en la cárcel no nos molestarían demasiado. —El tono daba un mentís a las palabras. Evocaba cielos inmensos y horizontes sin límite.

—No, podría ser muy peligroso —declaró Hanno—. Podría resultar letal para nosotros y varios testigos. No pude explicar por qué telefónicamente, con la prisa, los posibles fisgones y su mal francés, pero convencí a Macandal de que debemos tener en cuenta las consecuencias antes de revelar quiénes somos... Un juicio apresurado sería totalmente irresponsable.

—Por lo que me has dicho sobre ella —dijo secamente Peregrino—, ése habrá sido un argumento difícil de resistir.

—Ella sabe, por Aliyat, que he vivido mucho tiempo. Me atribuirá más conocimiento del mundo del que ella tiene. Desaparecerá y actuará con cautela hasta que podamos evaluar mejor la situación.

—¿Cómo va a lograrlo?

—Oh, es fácil, si tiene una organización leal —dijo Svoboda—. Puedo imaginar muchas triquiñuelas. Por ejemplo, una mujer parecida a ella va a la casa. Dentro, se cambian la ropa, y sale Macandal. En la oscuridad eso funcionaría. Su gente la oculta hasta que pueda llegar a un refugio que sin duda ella preparó de antemano.

—¿Cómo nos pondremos en contacto después, sin saber nuestro nuevo domicilio ni nuestro alias? —preguntó Peregrino.

—Macandal debe haber contado a su camarada Aliyat cuáles son las posibilidades.

—¿Cómo nos avisará Aliyat? Más aún, ¿para qué perdemos tiempo con esta conversación, cuando ella está prisionera y los polizontes pronto tendrán indicios de su naturaleza? ¿Macandal no te habló de eso, Hanno?

—No —dijo el otro hombre—. No se le había ocurrido. Estaba alarmada, desconcertada, agitada, apesadumbrada, agotada. Me asombra que pudiera hilar los pensamientos. Como deseo que se escabulla, me abstuve de mencionar ese problema. Además, la situación de Aliyat no es desesperada.

—*Chto?* —exclamó Svoboda—, ¿Qué quieres decir?

—La verdad no se revelará de la noche a la mañana —les recordó Hanno—. Tal vez no se revele nunca. No estoy seguro de que las copias de esos oscuros archivos policiales de hace décadas hayan ido a Washington. En tal caso, si deciden investigar, les llevará tiempo. Y luego, si descubren una identidad..., bien, Thomas Jefferson, uno de los hombres más lucidos que hubo, dijo una vez que estaba más dispuesto a creer que unos profesores yanquis habían mentido y no que caían piedras del cielo. Sería científicamente más comprensible que hubo una confusión en los

documentos y no que un ser humano conservó la juventud cincuenta o cien años.

Svoboda frunció el ceño.

—Si Aliyat está en sus manos, pensarán otra cosa. Y tal vez Aliyat decida contar todo lo que le convenga.

—Es muy posible —convino Hanno, recordando—. Oh, mil cosas podrían andar mal, desde nuestro punto de vista. Veamos si podemos efectuar alguna acción correctiva. Con ese propósito y por razones más obvias, nos largaremos esta noche.

—Dices que vigilan el portón —comentó Svoboda—. No sé cómo. No he visto un coche aparcado ni hombres en esa carretera rural.

—No sería necesario. Bastaría con poner una cámara de televisión en miniatura, con baterías, en los arbustos de enfrente. Tal vez recuerdes que la carretera termina en el lago. Para ir a otra parte, tomas la dirección contraria y pasas el Albergue del Sauce. Sin duda, dos o tres personas se hospedan allí desde hace un tiempo y pasan más tiempo en la cabaña de lo que es habitual para un veraneante.

—Puedes ensalzar cuanto quieras la tecnología moderna —gruñó Peregrino—. Yo tengo la creciente sensación de paredes que se cierran.

—¿Cómo los evadiremos? —preguntó Svoboda, venciendo con firmeza el miedo y la desesperación.

Hanno sonrió.

—Todo zorro tiene una guarida con dos agujeros. Empaquetemos lo necesario. Tengo bastante dinero en efectivo a mano, junto con cheques de viaje, tarjetas de crédito y documentos de identidad que no llevan el nombre de Tannahill. Contaré a los criados una historia plausible, que contendrá un elemento para despistar. Esta noche... Un panel de la parte trasera de la cerca se abre sin afectar la alarma, si se sabe qué hacer. Conduce al bosque, y la aldea está a cinco kilómetros. Allí hay un hombre que vive solo, solterón y rezongón, a quien le gusta mi revista, aunque objeta que es demasiado izquierdista. Siempre trato de cultivar alguna relación, cuando me asiento por un período largo, alguien que estará dispuesto a hacerme ciertos favores sin mencionarlos a nadie. Él nos conducirá hasta un tren o autobús. Quizá convenga efectuar transbordos, pero aun así, mañana estaremos en Nueva York.

14

El hospital debía de tener cien años. Era un edificio de ladrillo oscurecido por la mugre, con ventanas sucias. En el interior la

modernización era mínima. Estaba destinado a los pobres, los indigentes, las víctimas del accidente y la violencia. Los edificios vecinos eran igual de sórdidos. El tráfico que rugía en las inmediaciones era principalmente comercial e industrial. El humo de los tubos de escape ensuciaba el aire.

Un taxi frenó ante la acera. Hanno dio al conductor un billete de veinte dólares.

—Espere aquí —ordenó—. Iremos a buscar a una amiga. Estará bastante débil y necesita ir a casa de inmediato.

—Tendré que dar vueltas si tardan demasiado —advirtió el conductor.

—Dé vueltas rápidas, y aparque de nuevo en cuanto vea la oportunidad. Le valdrá una buena propina.

El conductor demostró escepticismo, comprensible dado el aspecto del hospital. Svoboda anotó ostentosamente el número y la placa. Hanno la siguió y cerró la portezuela. Él llevaba un envoltorio, ella una cartera.

—Recuerda que esto sólo funcionará si nos portamos con aire de acreedores —murmuró Hanno.

—Tú recuerda que he sido tiradora del ejército y atravesé el Telón de Acero —respondió ella altivamente.

—Lo lamento. Fue una tontería decirte eso. Estoy distraído. Allí está —ladeó la cabeza señalando a Peregrino. Vestido con andrajos, el sombrero sobre la frente, el indio avanzaba por la acera como si no tuviera nada que hacer.

Hanno y Svoboda entraron en un vestíbulo sombrío. Un guardia uniformado los miró sin curiosidad. Incluso esos pacientes recibían visitas a veces. El día anterior Hanno y Svoboda habían investigado el hospital para cerciorarse de que Rosa Donau no tuviera guardia policial. Se la había llevado allí automáticamente y se consideró inseguro transferirla a un hospital mejor cuando se supo que contaba con dinero para pagarlo. Por lo visto, pues, no se pensaba reforzar la seguridad. Hanno buscó un cuarto de baño. Aunque lo halló desocupado, entró en un retrete. Abrió el envoltorio, desplegó un delantal y se lo puso. Lo había comprado, junto con el resto del material, en una empresa de suministros médicos. No era idéntico al que llevaban los enfermeros, pero pasaría inadvertido si nadie lo estudiaba con atención. Los uniformes desteñidos o manchados eran la regla más que la excepción. Hanno tiró el papel en un bote de basura y se reunió con Svoboda. Cogieron un ascensor.

El día, anterior habían averiguado que Rosa Donan estaba en el séptimo piso. La recepcionista les informó que sólo podía recibir visitas breves, y señaló que mucha gente ansiosa iba a hacer preguntas.

Dos mujeres estaban presentes cuando Hanno y Svoboda entraron en la sala. Llevaban flores que sin duda representaban un gasto enorme para ellas. Hanno les sonrió, se acercó a la cama, se inclinó sobre la paciente. Estaba pálida y demacrada, respiraba con dificultad. No la habría reconocido sin las fotos que habían tomado sus detectives. Más aún, sin la corazonada de que era ella, quizá no la hubiera reconocido por esas fotos. Había pasado mucho tiempo. Esperó que Aliyat no hubiera olvidado el griego romaico. A fin de cuentas, ella había pasado mucho tiempo en el Levante antes de ir a Estados Unidos.

—Aliyat, mi amiga y yo creemos que podemos sacarte de aquí ¿Estás de acuerdo? De lo contrario, perderás la libertad para siempre, ya lo sabes. Yo tengo dinero. Puedo darte toda la libertad del mundo. ¿ Quieres escapar?

Ella guardó silencio un largo instante antes de asentir.

—Bien, ¿crees que podrás caminar un trecho con naturalidad? Cien metros. Te ayudaremos, pero si te caes tendremos que abandonarte y huir.

Un fantasma de color tino la tez de Aliyat. —Sí—susurró en inglés.

—Asegúrate de no tener visitantes mañana por la tarde. Di a estas personas que te sientes peor y necesitas unos días de reposo. Pídeles que difundan el rumor. Reserva tus fuerzas.

Hanno se enderezó bajo la mirada de las mujeres de la Unidad.

—No sabía que estaba tan grave —les dijo—. De lo contrario la habría avisado antes de venir con mi esposa.

—¿Usted la conoce de otra parte? —preguntó una.

—Sí. Hacía tiempo que no la veíamos, pero leímos acerca de ese incidente, y como somos de la misma nacionalidad y teníamos negocios en Nueva York. Bien, lo lamento. Vamos Olga. Te veremos después, Rosa, cuando estés recobrada. Cuídate. —Hanno y Svoboda le dieron unas palmaditas en las manos inertes y se marcharon.

Un recorrido por los pasillos del séptimo piso, una rápida ojeada a la sala para asegurarse de que no había ninguna trampa. Si Aliyat no deseaba irse, con los riesgos y dolores que eso suponía, tal vez se ayudara a sí misma diciendo la verdad y delatando a Hanno. Él había apostado a que Aliyat desconfiara de las autoridades, después de tantos siglos, o al menos que tuviera la astucia de prever que una confesión le cerraría las demás opciones.

Toda la operación era una apuesta. Si fracasaba y no lograba escapar... No debía permitir que la preocupación le quitara lucidez y energía.

—Demonios —dijo—. No hay silla de ruedas. Busquemos en el piso de abajo.

Allí tuvieron suerte. Había sillas de ruedas, camillas y cosas semejantes en los corredores. Hanno cogió una silla y la empujó hacia el ascensor.

Una enfermera lo miró, entreabrió los labios, se encogió de hombros y siguió su camino. El personal trabajaba en exceso por salarios misérrimos y sin duda cambiaba a menudo por esa razón. Svoboda lo siguió a prudente distancia, fingiendo que buscaba un número de habitación.

De nuevo en el séptimo piso, fueron a la sala de Aliyat. Ahora la celeridad era la clave de todo. Svoboda entró la primera. Si una enfermera o médico estaban presentes, tendrían que seguir dando vueltas, esperando una oportunidad. Svoboda regresó a la puerta y lo llamó. Hanno entró con el pulso acelerado.

La mugrienta sala tenía una doble hilera de camas, la mayoría ocupadas. Algunos pacientes miraban televisión, otros dormitaban, algunos eran vegetales, unos pocos miraron turbiamente al recién llegado. Ninguno hizo preguntas. Hanno no esperaba que las hicieran. Un ambiente como ése devoraba la vitalidad. Aliyat también se había dormido. Parpadeó cuando le tocaron el hombro. De pronto Hanno reconoció esa rapidez de hurón que en su encuentro de siglos atrás Aliyat había disimulado hasta que había sido demasiado tarde para él.

Hanno sonrió.

—Bien, señorita Donau, es hora de hacer esos análisis —dijo. Ella sonrió y realizó un visible esfuerzo. Oh, sabía que eso dolería. Él conservaba sus habilidades de marino, tales como cargar pesos con cuidado, y aunque no tenía un cuerpo hercúleo nunca había perdido la robustez. Dobló las rodillas, la aferró, la trasladó de la cama a la silla. Los brazos se le colgaron del cuello. Sintió una traviesa caricia en el pelo. Notó que ella contenía el aliento.

Svoboda se mantuvo aparte mientras Hanno llevaba a Aliyat hasta el ascensor. Cogió el ascensor con ambos. El día anterior habían hallado lo que necesitaban en el segundo piso, reduciendo la distancia que Aliyat debía recorrer a pie. También apostaban a que el baño de hidroterapia estuviera vacío, pero era una apuesta bastante segura a esas horas. Hanno llevó a Aliyat adentro, le explicó en pocas palabras qué harían y salió. No había nadie en las inmediaciones. Hanno tomó el rumbo contrario con expresión consternada. Svoboda remoloneó hasta que pudo entrar sin ser vista, llevando su cartera.

Hanno se refugió de nuevo en un cuarto de baño y pasó allí los diez minutos previamente convenidos, sentado en un inodoro y mirando grafitis. Eran vulgares y toscos. Tendré que elevar el nivel de este tugurio, decidió Hanno. Cualquier cosa para no inquietarse. Sacó una pluma, halló un espacio vacío y escribió: «$x^n + y^n = z^n$» no tiene soluciones enteras para todas las *n* mayores que dos. He hallado una maravillosa prueba de este teorema, pero aquí no hay lugar para anotarla.»

Tiempo. Dejó el delantal y regresó a hidroterapia. Svoboda estaba saliendo; gran muchacha. Aliyat se apoyaba en ella. Ya no usaba bata de hospital sino vestido, medias, zapatos, una chaqueta ligera que cubría el bulto de las vendas. Svoboda conservaba la cartera. Hanno se reunió con ellas para ayudar.

—¿Cómo vas? —preguntó en inglés.

Un gorgoteo de aire (¿y sangre?).

—Llegaré —jadeó Aliyat—, pero..., oh diablos... no, no importa.

Apoyó su peso en Hanno. Avanzó despacio, tambaleando. El sudor le perlaba la cara y le humedecía las fosas nasales. Hanno había visto cadáveres menos pálidos.

Pero se movía. Fue como si recobrara las fuerzas, hasta que casi caminó normalmente. Ésa es mi carta de triunfo, pensó Hanno. La vitalidad de los inmortales. Ningún humano normal podría hacer esto con esa herida. Pero ella tampoco podrá, a menos que saque fuerzas de flaqueza.

En el ascensor Aliyat se derrumbó. Hanno y Svoboda la sostuvieron.

—Debes ser fuerte y caminar derecha —dijo la ucraniana—. Es sólo un trecho. Luego descansarás. Luego serás libre.

Aliyat entreabrió los labios.

—Aún... no me... he rendido.

Cuando salieron al vestíbulo, no caminaba a largos pasos, pero nadie habría notado cuánta ayuda necesitaba. Hanno miraba de aquí para allá. ¿Dónde cuernos...? Sí, allá estaba el indio, en el plástico cuarteado y descascarado de una silla, hojeando una revista decrépita.

Peregrino los vio, se levantó, tropezó con un hombre que pasaba.

—Oiga —gritó—, ¿por qué no mira por dónde va? —Y añadió una obscenidad para rematarla.

—Allá está la puerta —le murmuró Hanno a Aliyat—. Vamos, dos, tres, cuatro.

Peregrino provocó un altercado y llamó la atención de todos. Un par de guardias se le acercaron. Hanno esperó que no exagerase. La idea era brindar un par de minutos de distracción y que luego lo expulsaran, no que lo arrestaran. Un problema de Peregrino: es un caballero por instinto, no tiene talento para hacer de borracho agresivo. Pero tiene cerebro y tacto.

Fuera. A pesar del polvo, el sol los encandiló un instante. El taxi estaba frente a la acera. Hermes, dios de los viajeros, los mercaderes y los ladrones, gracias.

Hanno ayudó a Aliyat a entrar. Ella se desplomó en el asiento y trató de recobrar el aliento. Svoboda se sentó al otro lado. Hanno dio una dirección. Él taxi arrancó. Mientras avanzaban en medio de la congestión y los bocinazos, Aliyat se mecía de aquí para allá. Svoboda tanteó bajo la chaqueta, meneó la cabeza y frunció los labios, sacó una toalla de la cartera y se la puso con disimulo. Para bloquear la sangre, comprendió Hanno; tenía una hemorragia.

—Oiga, ¿la dama está bien? —preguntó el conductor—. Por lo que veo, no debieron darle el alta.

—Síndrome de Schartz-Metterklume —explicó Hanno—. Necesita llegar a la cama cuanto antes.

—Sí —resolló Aliyat—. Ven a verme mañana, guapo.

El conductor abrió la boca y miró de reojo, pero aceleró. Cuando llegaron, Hanno cumplió su promesa de una generosa propina. Serviría para silenciar al conductor si los investigadores adivinaban que habían usado un taxi. Aunque esa historia ya no ayudaría mucho a la policía.

—A la vuelta de la esquina —le dijo Svoboda a Aliyat—. Media manzana.

Gotas rojas caían en la acera. Si alguien los vio optó por no inmiscuirse. Hanno había contado con eso.

Había una pequeña camioneta de mudanzas en un garaje. Hanno la había alquilado el día anterior, pactando que la devolvería en Pocatello, Idaho.

La mole del vehículo les permitió meter a Aliyat sin que nadie los viera. En la parte trasera había un colchón y ropa de cama, junto con los suministros médicos que habían podido comprar en su prisa. Hanno y Svoboda desvistieron a Aliyat, la lavaron, le administraron un antibiótico, le cambiaron los vendajes, la pusieron tan cómoda como podían.

—Creo que se recobrará —dijo Svoboda.

—No lo dudes —masculló Aliyat.

—Déjanos —le ordenó Svoboda a Hanno—. Yo la cuidaré.

El fenicio obedeció. Svoboda había sido soldado y entendía de primeros auxilios; había sido veterinaria, y los humanos no son tan distintos de sus parientes. Cerró las puertas traseras y fue a la cabina a esperar. Al menos ahora podría fumar su pipa y temblar sin disimulos.

Peregrino llegó al poco tiempo. Hanno nunca lo había visto tan alegre.

—¡Yupiiii! —exclamó Peregrino.

—Será mejor que yo conduzca primero —dijo Hanno. Puso el motor en marcha. Pagó la tarifa del aparcamiento y enfiló hacia el oeste.

15

Era natural que los Tu organizaran una merienda para sus huéspedes, la gente que habían conocido en las ciudades, pero a los niños no les gustó que no los invitaran. Esas personas parecían, interesantes, aunque hablaban poco de sí mismas. Primero estaba la convaleciente señorita Adler, a quien los Tu habían recibido en Pocatello y habían llevado allí. El resto se alojaba en un hotel pero pasaba los días en el rancho: los Tazurin, el señor Langford, quien admitía que era indio, y la negra señorita Edmonds, todos distintos entre sí y de los demás.

Quizá deseaban estar solos y trazar planes para ampliar la casa y crear espacio para más niños. Se comportaban con mucha solemnidad. Eran simpáticos pero no actuaban como turistas. La mayoría, los Tu incluidos, paseaban en pares y tríos, y salían durante horas.

En la cima de una colina que dominaba una vista ancha y bella, Tu Shan había armado tiempo atrás una mesa y bancos de pino. Aparcaron los coches en las cercanías y salieron. Durante un rato miraron en silencio. El sol, a medio camino en el cielo del este, se reflejaba en las nubes y los nevados picos del oeste. Entre ellos y las montañas se extendían mil matices de verde, estribaciones, tierras de labranza, árboles a lo largo del río perezoso y brillante. Un par de halcones revoloteaba en lo alto, las alas bordeadas de oro. El susurro de una templada brisa impregnaba el aire de aromas maduros.

—Hablemos antes de descargar la comida —propuso Hanno. Era innecesario decirlo, pues se daba por sobreentendido, pero evitaba los rodeos. Los humanos tendían a postergar las decisiones difíciles, sobre todos los inmortales—. Espero que terminemos a tiempo para relajarnos y pasarlo bien, pero si es preciso discutiremos hasta el atardecer. Ése es el límite, ¿de acuerdo?

Hanno se sentó, con Svoboda a la derecha y Peregrino a la izquierda. Frente a ellos estaban Tu Shan, Asagao, Aliyat y la mujer cuyo nombre, para ellos, seguía siendo Corinne Macandal. Sí, pensó Hanno, aunque intentamos conocernos mejor para formar una hermandad, inadvertidamente respetamos los antiguos lazos.

Ninguno habría aceptado un jefe de sesiones, pero alguien tenía que asumir la iniciativa y él era el mayor.

—Dejadme resumir —dijo—. No diré nada nuevo, pero quizá nos ahorre nuevas repeticiones.

»La pregunta básica es si nos entregamos al gobierno y revelamos al mundo quiénes somos, o si continuamos nuestra farsa bajo nuevas máscaras.

»En la superficie, no hay gran revuelo por nosotros. Alguien se llevó a Rosa Donau del hospital. Corinne Macandal se esfumó. Lo mismo hicieron Kenneth Tannahill y un par de huéspedes, pero eso fue en otra parte, y Tannahill viaja a menudo, pasa más tiempo fuera que en casa. Ningún escándalo en las noticias, ni siquiera la desaparición de Rosa. Es una mujer anónima, pocos se interesan por los pacientes de ese hospital, nadie denunció un secuestro ni otro delito, y ninguna de esas personas está acusada de nada.

»Pensé que era demasiado bueno para ser cierto, pero Corinne dice que es así. Ha consultado a sus conexiones un par de veces desde su escondrijo. Ned Moriarty sigue interesado. El FBI cree que vale la pena indagar. Podría haber drogas, espionaje o travesuras menos espectaculares pero igualmente ilegales. ¿Alguna novedad reciente, Corinne?

Macandal meneó la cabeza.

—No —respondió en voz baja—, ni las tendré. Ya he sometido el honor de esos hombres a una prueba demasiado fuerte. No los llamaré de nuevo.

—Yo tengo mis propios contactos en Seattle —dijo Hanno—, pero cada día que pasa es más arriesgado usarlos. Tannahill está asociado con Tomek Enterprises. El FBI investigará eso, por lo menos. Quizá decida que allí no hay nada, que los amigos de Tomek ignoran por qué se esfumó Tannahill. Sin embargo, no pensará así si descubre que esos amigos ya demostraban cierto conocimiento de la situación. Prefiero no correr el riesgo. Ya hemos corrido bastantes.

Se inclinó hacia delante, los codos en la mesa.

—En breve —concluyó—, si queremos permanecer ocultos, tendremos que hacer un trabajo integral. Abandonar todo cuanto antes y

para siempre. Este rancho incluido. Tomek trajo a Shan y Asagao y los instaló aquí. Alguien vendrá a hacer preguntas. Tal vez oiga chismes sobre esas visitas que recibisteis poco después de los acontecimientos sospechosos. Una vez que tenga descripciones, se acabó. Aliyat habló con voz trémula. Ya podía caminar con ciertas limitaciones, y había recobrado el color, pero tardaría unas semanas en recuperarse del todo, en cuerpo y espíritu.

—Entonces no podemos irnos. Tenemos que desistir. O bien ser pobres de nuevo..., no tener hogar..., no.

Hanno sonrió.

—¿Has olvidado lo que dije, o no me crees? —respondió Hanno—. He guardado dinero y otros recursos en varias partes del mundo. Nos alcanzarán para cien años. Tengo lugares donde vivir, excelentes pretextos, todos los detalles arreglados. Sí, periódicamente actualizados. Podemos dispersarnos o vivir juntos, según nuestro gusto, pero estaremos cómodos durante al menos cincuenta años, si esta civilización dura tanto, y bien preparados si no dura. Entretanto podemos echar los cimientos de nuevas carreras.

—¿Estás seguro?

—Sé bastante sobre esto —dijo Peregrino—. Yo estoy seguro. Si tienes miedo, Aliyat, ¿por qué te dejaste sacar de esa cama?

Ella movió los ojos.

—Estaba aturdida, no sabía qué hacer, no podía pensar. Quería comprar tiempo.

—Ésa era también mi idea —dijo Peregrino a los demás—. Mantuve la boca cerrada, como ella, pero hoy debemos ser francos.

A pesar de su camaradería, Hanno se sobresaltó.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Acaso opinas que debemos entregarnos? ¿Por qué?

—He oído la opinión de Sam Giannotti —respondió gravemente Peregrino—. Una vez que el mundo sepa que es posible la inmortalidad, podrá dársela a todos dentro de... ¿diez años? ¿Veinte? La biología molecular ya está muy avanzada. ¿Tenemos derecho a callar? ¿A cuántos millones o miles de millones condenaríamos a una muerte innecesaria?

Hanno reparó en el tono y replicó:

—No pareces muy convencido.

Peregrino hizo una mueca de dolor.

—No lo estoy. Tenía que plantear el problema, pero... ¿Podría sobrevivir la Tierra? —Señaló el paisaje que los rodeaba—. ¿Cuánto tardaría esto en estar lleno de cemento, o contaminado como una cloaca? Los humanos son tantos que ya se están asfixiando. Me pregunto si es posible escapar de la decadencia o la extinción. Nosotros podríamos adelantar ese desenlace.

—Practicarían el control de natalidad, cuando no necesitaran niños que los perpetuaran —dijo Macandal.

—¿Cuántos lo harían? —intervino Svoboda—. Y el suero de la inmortalidad no llegaría a todos de inmediato. Preveo graves disturbios, revoluciones, terror.

—¿Tiene que ser tan tremendo? —preguntó Tu Shan—. La gente sabrá qué esperar antes de que ocurra. Puede prepararse. No quiero perder lo que tenemos aquí.

—Ni tampoco abandonar a nuestros niños —añadió Asagao.

—¿Y qué sería de la Unidad? —dijo Macandal. Se volvió hacia Aliyat—. Tú sabes lo que significa para ti. Piensa en los miembros, tus hermanos.

La mujer siria se mordió el labio antes de responder.

—Corinne, de todos modos hemos perdido la Unidad. Si nos diéramos a conocer públicamente, no seríamos las mismas para esa gente. Tampoco tendríamos tiempo para ellos. Y todo el mundo observando... No, la Unidad sólo puede continuar en su forma actual si nosotras desaparecemos. Si es tan fuerte como esperamos, hallará nuevos líderes. En caso contrario, bien, no era tan gran cosa.

—¿Conque quieres ocultarte, ahora que sabes que estarás a salvo?

—No he dicho eso. Creo que no tendremos muchos problemas legales. Hanno aún puede pagar multas, y ganar el doble con conferencias, un libro, derechos para una película, patrocinios comerciales y... todo lo que ofrecerán a las mayores celebridades que conocerá el mundo, salvo por un Segundo Advenimiento.

—Excepto la paz —dijo Asagao con voz turbada—. No, me temo... Shan, esposo mío, me temo que nunca más tendremos la libertad del alma. Debemos pensar en los niños y luego retirarnos en busca del sosiego y la virtud.

—Detesto perder esta tierra —protestó Tu Shan.

—Aliyat tiene razón, igual te la quitarían —advirtió Hanno—. O te retendrían en custodia preventiva. Vosotros dos habéis vivido recluidos. No sabéis cuántos maniáticos asesinos hay allí fuera. Chiflados, fanáticos,

envidiosos, alimañas que matarían sólo para llamar la atención. Mientras la inmortalidad no llegue a todos, necesitaremos un escuadrón de guardaespaldas a todas horas durante décadas, hasta que dejemos de ser la excepción. No, dejadme mostraros nuevos horizontes.

Se volvió hacia Aliyat.

—Esa clase de existencia puede parecerte atractiva, querida mía —continuó—. Riquezas, alta sociedad, fama, diversión. Quizá no te molestarían los peligros, la necesidad de guardias... —rió entre dientes—, siempre que fueran jóvenes, guapos y viriles, ¿eh? Pero usa el cerebro, por favor. ¿Cuánta libertad tendrías, cuántas oportunidades?

—Hablabais de hallar sentido y propósito en la Unidad —les dijo Svoboda a Aliyat y Macandal—. ¿No podemos ganarlos juntos, nosotros siete? ¿No podemos trabajar en secreto por lo que es bueno, y nacerlo mejor que en medio de un resplandor de luces y una tormenta de ruidos?

Aliyat apoyó la mano en la mesa. Macandal se la cogió.

—Desde luego, está claro que si alguno de nosotros decide revelar lo que es, los demás no podremos impedirlo —dijo Hanno—. Sólo podemos pedir que nos dé tiempo para ocultarnos. Por mi parte, yo pienso seguir escondido; ni yo ni los que vengan conmigo dejaremos pistas de nuestro paradero. Por lo pronto, no quiero estar visible cuando este país se transforme en la República Popular de América.

—No creo que eso sea inevitable —dijo Macandal—. Tal vez hayamos dejado atrás esa etapa de la historia.

—Tal vez. Mantengo mis opciones abiertas.

—Eso crearía un problema a quien decidiera quitarse la máscara —observó Peregrino—. Tú has guardado pruebas de que eres inmortal, ¿pero cómo podríamos los demás demostrar que no somos locos ni embusteros?

—Creo que podríamos brindar suficientes indicios para que las autoridades estuvieran dispuestas a esperar —reflexionó Macandal.

Hanno asintió.

—Además —admitió—, Sam Giannotti, de quien os he hablado, se sentiría liberado de su voto de silencio, y es un hombre respetado.

—¿No hablaría si todos desapareciéramos? —preguntó Svoboda.

—No, y en tal caso no cuenta con medios para respaldar una historia tan extravagante, y no se atrevería a difundirla. Sentirá pesar, por que es un sujeto decente, pero continuará con sus estudios. Trataré de seguir subsidiando el laboratorio Rufus, principalmente por él.

—¿De veras te propones liquidar tus compañías? —preguntó Macandal—. Perderías... ¿cuánto? ¿Cientos de millones de dólares?

—He ahorrado suficiente, y puedo ganar más —le aseguró Hanno—. La liquidación se debe realizar del modo más convincente y rápido que sea posible. Tomek morirá y será incinerado en el extranjero, de acuerdo con su testamento. Robert Cauldwell..., bien, será mejor que le ocurra algo similar, porque lamentablemente es una pista potencial. Joe Levine recibirá una oferta de empleo de una empresa de otro Estado... Oh, estaré atareado el resto de este año, pero tengo preparativos para diversas emergencias, y espero lograr que todo desaparezca con naturalidad. Inevitablemente habrá cabos sueltos, pero suele haberlos en la vida de todos, y los investigadores los dejarán pendientes una vez que entiendan que no los llevarán a nada. A los policías no les falta trabajo. No tienen un destino feliz.

—Pero podrías hacer tantas cosas con ese dinero —rogó Macandal—. Sí, y con el poder que tienes, que tenemos, la influencia de nuestra fama, a pesar de tantas desventajas... Tantas cosas que piden a gritos que alguien las haga...

—¿Crees que somos egoístas en nuestro afán de permanecer ocultos? —preguntó Svoboda.

—Bien... ¿Eso queréis?

—Sí. Y no sólo por mí ni por nosotros. Temo por el mundo.

Peregrino asintió. Svoboda le sonrió cálidamente, aunque sin alegría.

—No lo entiendes —le dijo a Peregrino—. Piensas en la naturaleza destruida, en el medio ambiente. Pero yo pienso en la humanidad. He visto revoluciones, guerras, colapsos, ruinas, durante mil años. Los rusos hemos aprendido a temer la anarquía ante todo. En todo caso preferimos la tiranía. Hanno, haces mal en considerar que las repúblicas populares, los gobiernos fuertes de cualquier especie, son siempre malignos. La libertad quizá sea mejor, pero el caos es peor. Si revelamos hoy nuestro secreto, desencadenaremos fuerzas imprevisibles. Religión, política, economía... ¿Cómo ordenará su economía un mundo de inmortales? Un millón compitiendo por sueños y temores, por los cuales el hombre guerreará en todo el mundo. ¿Puede soportarlo la civilización? ¿Puede soportarlo el planeta?

—Mahoma salió de ninguna parte —susurró Aliyat.

—Y muchos otros profetas, revolucionarios y conquistadores —dijo Svoboda—. Las intenciones pueden ser nobles. ¿Pero quién previo que la idea de democracia traería en Francia el Reino del Terror, a Napoleón y

guerras por una generación? ¿Quién previo que después de Marx y Lenin vendría Stalin? Y Hitler. El volcán del mundo ya humea y tiembla. Si introducimos un elemento nuevo en el que nadie había pensado, yo desearía una tiranía que impidiera la explosión final; pero me pregunto si ese gobierno será posible.

—No será porque nadie lo haya intentado —comentó Hanno con hosca ironía—. Los políticos corruptos y peces gordos de Occidente, las dictaduras totalitarias, los tiranuelos que medran con el atraso, todos correrán a tomar el poder para siempre. Sí, la muerte nos priva de nuestros seres amados y al final de nosotros mismos. Pero la muerte también nos libra de ciertas inmundicias. ¿Nos atreveremos a cambiar eso? Amigos míos, ser inmortales no. nos convierte en dioses, y mucho menos en Dios.

16

La luna, casi llena, bañaba la tierra con su luz escarchada y la salpicaba de sombras. La noche estaba calmada, pero un hálito otoñal bajaba por las montañas. En alguna parte ululó un búho que salía de caza. Ventanas amarillas resplandecían en casas desperdigadas en la inmensidad. Parecían tan remotas como los astros.

Hanno y Svoboda habían viajado desde la ciudad hasta las montañas para caminar a solas. Ella lo había pedido.

—Mañana por la noche, lo que fue nuestro empezará a terminar —había dicho—. ¿Podemos tener unas horas de paz? Esta comarca se parece a mi terruño, ancho y solitario.

Las pisadas hacían crujir el polvo del camino. Él rompió el largo silencio.

—Has hablado de paz —dijo. Las voces eran pequeñas en la vastedad—. La tendremos de nuevo, querida. Sí, pasaremos momentos agitados, y dolerán, pero después... creo que los siete estaremos satisfechos con el lugar a donde vamos.

—Sin duda es encantador, y estaremos a salvo del mundo el tiempo que sea necesario.

—Pero no para siempre, recuerda. De hecho, eso no funcionaría. Sólo estamos ganando una vida mortal, como hicimos tantas veces. Luego tendremos que empezar de nuevo bajo nuevas máscaras.

—Lo sé. Hasta el día, quizá cercano, en que los científicos descubran la inmortalidad, y nosotros podamos darnos a conocer.

—Quizá —dijo Hanno, con más escepticismo que entusiasmo.

—Pero no estaba pensando en eso —continuó Svoboda—. Ahora debemos pensar en nosotros. Nosotros siete. No será fácil. Somos muy distintos. Y... tres hombres, cuatro mujeres.

—Nosotros arreglaremos lo nuestro.

—¿Por el resto del tiempo? ¿Sin ningún cambio, jamás?

—Bien. —dijo Hanno con renuncia—. Claro que ninguno puede obligar al resto. Cada cual será libre de escoger cuando lo desee. Espero que mantengamos el contacto y estemos dispuestos a brindarnos ayuda. A fin de cuentas, ¿no deseábamos conservar la libertad?

—No, y no creo que sea suficiente —dijo ella con gravedad—. Tiene que haber algo más. No sé qué es, aún no. Pero debemos vivir por algo más que la mera supervivencia, de lo contrario no sobreviviremos. El futuro será demasiado extraño.

—Siempre lo fue —respondió Hanno, con sus tres mil años.

—Lo que viene será más extraño que todo lo anterior. —Ella alzó los ojos. Los astros relucían en el claro de luna, la rojiza Arcturus, la azulada Altair, Polaris la estrella de los navegantes, Vega, donde últimamente los hombres habían descubierto indicios de planetas—. En Ulises, Hamlet, Anna Karenina, aún nos vemos a nosotros mismos. ¿Pero mañana reconocerán a esos personajes, nos reconocerán a nosotros? ¿Podremos entender a nuestros hijos?

Svoboda asió el brazo izquierdo de Hanno. Él apoyó la mano derecha entre las de ella, confortándola en la noche.

Ya habían hablado antes de esto. Una vez, mientras descansaban un día en su largo viaje desde el este, ella lo había invitado a imaginar qué ocurriría...

XIX
Thule

1

Elevándose de las tinieblas, el robot regresó, sumiendo nuevamente a Hanno en su yo-máquina. De pronto estuvo de vuelta en el mundo que su yo humano miraba desde lejos.

Las nubes se elevaban como montañas, con negras cavernas llenas de relámpagos. Vientos huracanados y rugientes barrían los flancos ondulantes y entrecruzados por estrías pardas y amarillas. Los tormentosos picos, blancos contra un azul imperial, ardían al recibir la luz del sol.

Poco a poco el robot se elevó, el aire perdió densidad, los enlaces se fortalecieron. Hanno sentía la velocidad en los huesos, el chorro de las toberas como sangre y músculo. Ardía, bramaba, gritaba en las tormentas que zarandeaban el robot, combatía la monstruosa gravedad. El cielo se puso rojo, luego negro, cuajado de estrellas. Hanno veía con ojos abiertos todos los colores de la luz, de radio a gamma. Saboreó y olió combinaciones químicas cambiantes hasta que se diluyeron y la radiación aumentó. El sonido también murió: cuando se encendió el motor iónico, fue apenas un murmullo, menos perceptible que los flujos matemáticos con los cuales el robot se guiaba hacia la nave.

Hanno era también un hombre que flotaba en el silencio. A distancia de órbita sincrónica, debía mover la cabeza para mirar de un borde al otro de Júpiter. Medio planeta rey estaba iluminado. Una trama intrincada marcaba las fronteras de cinturones y zonas, creando un efecto de pálida serenidad. Engañosa, como bien sabía Hanno. Acababa de estar allí.

En cierto modo. No se podía realizar una buena transmisión desde la atmósfera inferior. Nunca experimentaría el mundo oceánico de abajo. Miraría reconstrucciones y proyecciones de lo que el robot captaba con sentidos robóticos, a menos que se hiciera vaciar los datos en el cerebro; y eso no sería la exploración, sólo la memoria de una máquina.

La gente de la Tierra se preguntaba por qué se creaba tantos problemas y corría tantos riesgos por un logro tan pequeño, sin valor científico. Hanno se abstenía de discutir y respondía simplemente que deseaba hacerlo. Las autoridades exigían las precauciones adecuadas, pues un accidente con una de esas naves podía causar más estragos que la mayoría de las guerras antiguas, y le daban su autorización. A fin de cuentas, era el hombre más viejo que existía. Era natural que tuviera impulsos arcaicos.

Nunca le oían decir: «Programa de prueba.»

El robot se acercó. Hanno interrumpió el contacto y se desconectó de la unidad de neuroinducción. Las maniobras de amarre serían tediosas y confusas para un intelecto humano.

Las masas se desplazaban correctamente, pero era esencial el acople preciso para no turbar la danza de campos electromagnéticos que rodeaban la nave. Si vacilaba un segundo, la radiación ambiental terminaría con una vida iniciada a principios de la Edad de Hierro.

Como siempre, quedó aturdido durante un rato. El robot captaba muchos más datos que un ser de carne y hueso. La asociación de Hanno con el ordenador había sido leve pero intensa. Privado de ese vínculo, se sentía obtuso.

La añoranza se aplacó. Hanno volvió a ser un hombre desempeñando el singular papel de un hombre. En la Tierra pocos lo entendían. Creían entenderlo, y en cierto modo tenían razón, pero no pensaban como él.

Hizo sus preparativos. Cuando la nave dijo «Todo despejado», Hanno ya estaba listo. Obedeciendo las órdenes de Hanno, la nave calculó los vectores de un curso óptimo para la próxima meta. A popa, la materia chocaba con la antimateria y la energía llameaba. Hanno recobró el peso. Júpiter atravesó el visor hasta que la pantalla delantera sólo mostró estrellas.

Bajo un impulso de una gravedad, el tiempo entre los planetas se medía en días. Hanno no tenía libertad total. Ciertas regiones, como las inmediaciones del Sol, eran letales aun con los escudos. Algunas le estaban prohibidas, y con razón. Podía admirar la vastedad de la Red a través de los sistemas ópticos, pero si se acercaba más de la cuenta crearía problemas de funcionamiento, distorsionando la información que la Red bebía del universo. Remotos seres de esta galaxia dejaban allí huellas sutiles y enigmáticas.

No importaba. Hanno no era un pasajero pasivo. Dentro de los amplios límites de la ley y su aptitud, la nave podía hacer lo que él ordenara. Reciclando moléculas en patrones ya probados o ingeniosamente nuevos, satisfacía necesidades, brindaba comodidades, regalaba algunos lujos. Casi toda la cultura de la especie humana estaba en el banco de datos, accesible para el uso o el placer. Eso incluía mentes que él podía invocar cuando deseaba conversar.

Evitaba los cuerpos vivientes, al margen del suyo propio. A fin de cuentas, era un programa de prueba, con la nave mantenida al mínimo. Esperaba que su excursión por el sistema solar durase un par de años, quizá tres si lo fascinaba de veras. Era apenas un parpadeo.

No obstante, ya empezaba a sentir impaciencia.

2

La tienda se encontraba a cierta altura sobre el gran valle de los Apalaches. Verdes bosques cubrían la comarca, ondeando en el viento. Cientos de astas de cientos de metros de altura se elevaban entre los árboles, cada cual con su corona. En la brumosa distancia, un inmenso parque sucedía a los bosques. Allí se erguían torres y edificios desperdigados. En sus formas antojadizas jugueteaba la iridiscencia.

Tu Shan sabía que esa región mágica era una ilusión. Había visto de cerca la variada y precisa forma de esos árboles. No vivían para dar hojas, flores y frutos, sino materiales que no podían crecer en una planta natural. El parque no albergaba fábricas, sino un tecnocomplejo donde se producía otro crecimiento: átomo por átomo bajo el control de moléculas gigantes, asistidas por máquinas y supervisadas por ordenadores, nacían máquinas y recipientes y otras cosas otrora fabricadas con manos y herramientas. Las astas eran antenas que recibían energía solar irradiada en forma de microondas desde estaciones colectoras de la Luna. Tu Shan miró la pálida medialuna que colgaba en el cielo azul y recordó que «arriba» también era una ilusión.

Tiempo atrás los hombres buscaban la iluminación para escapar del espejismo del mundo. Hoy sostenían que sólo existía el espejismo.

Tu Shan bajó por la prominencia rocosa donde había aterrizado el coche aéreo. La tienda era una agradable casa de estilo antiguo, paredes de madera y techo a dos aguas. Detrás "se alzaban pinos que impregnaban el viento con su soleada fragancia.

Tu Shan sabía que no era una tienda. Sardón preparaba sus informes electrónicos en esa casa porque pasaba más tiempo allí que en otra parte. El Servicio Expreso llevaba los informes a clientes desperdigados por todo el mundo.

Bardon había visto el descenso del coche aéreo y esperaba en el porche.

—Hola —saludó—. Hace tiempo que no te veo. —Una pausa—. Goldurn, hace cinco años. Tal vez más. El tiempo vuela, ¿eh?

Tu Shan guardó silencio hasta acercarse al otro hombre. Quería estudiarlo. Bardon había cambiado. Seguía alto y flaco, pero en vez de camisa y pantalones usaba una túnica brillante; el peinado semejaba una cornamenta de carnero; la boca le relucía al sonreír. Sí, él también había decidido que no era atractivo dejarse crecer los dientes cada siglo, y se

había hecho modificar las células de las mandíbulas para producir diamantes.

Bardon le estrechó la mano con la firmeza de siempre.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó con un dejo de acento montañés. Tal vez era una afectación. El pasado aún imponía su magia.

Pero no imponía respeto. ¿Cómo se podía reverenciar la edad cuando todos eran perpetuamente jóvenes? —Intenté ser granjero —dijo Tu Shan.

—¿Qué...? Oye, entra a beber un trago. Hombre, me alegra verte de nuevo.

Tu Shan notó que Bardon evitaba mirar la caja que él traía.

Reconoció la mayor parte de los muebles, pero el interior de la casa estaba más austero. No había ornamentos, ni rastro de mujer. Daba una sensación de vacío, pues Anse y June Bardon habían vivido juntos desde que él los conocía, pero Tu Shan no se atrevió a preguntar. Cogió una silla. Su anfitrión sirvió whisky —eso, al menos, era una constante— y se sentó frente a él.

—¿Granjero, has dicho? —preguntó Bardon—. ¿ A qué te refieres ?

—Buscaba... independencia. —Tu Shan escogió las palabras. Despreciaba la autocompasión—. No me siento cómodo en este mundo moderno. Gasté el sustento común, más algunos ahorros, y empeñé el resto para comprar unas hectáreas que nadie quería, en Yunnan. Y animales, y...

Bardon lo miró sorprendido.

—¿Volviste a una economía de subsistencia?

Tu Shan sonrió con timidez.

—No tanto. Sabía que eso era imposible. Me proponía trocar lo que no comía por cosas que necesitaba y no podía fabricar. Pensé que los productos caseros tendrían el valor de la novedad. Pero no fue así. La vida se volvió dura y amarga. Y el mundo me invadió. Al fin quisieron mis tierras para un albergue de recreo. No pregunté de qué tipo. Me conformé con venderlas por una pequeña ganancia.

Bardon meneó la cabeza.

—Tuviste suerte. Tendrías que haber hablado conmigo. Yo te habría advertido. Si esa moda de los alimentos caseros hubiera tenido éxito, la nanotecnología la habría imitado con precisión y no podrías competir con ella. Pero nunca hubieses tenido éxito. Los ordenadores inventan

novedades de todo tipo más pronto de lo que tardamos en consumirlas, o en enterarnos de que existen.

—Bien, pasé casi toda mi vida en un mundo más simple que el vuestro —suspiró Tu Shan—. Cometí mi error, aprendí mi lección. Ahora tengo más cosas para ti. —Señaló la caja que tenía en el regazo—. Un elefante, un loto y los Ocho Inmortales, tallados en marfil. —Marfil cultivado en tanques, pero modelado a mano con herramientas tradicionales.

Bardon torció la cara, bebió un sorbo de whisky, suspiró

—Lo lamento. Debiste permanecer en contacto. Dejé ese negocio hace tres años.

Tu Shan quedó atónito.

—Y creo que nadie más distribuye ese material —continuó Bardon—. Ha perdido valor. No porque puedan realizar copias perfectas, aunque por cierto pueden. La diferencia radicaba en certificar que era un original en un estilo histórico. Hasta que la gente dejó de interesarse.

Ante el silencio de Tu Shan, continuó:

—No son patanes. No creas que nos hemos transformado en una raza de zopencos. Pero si ya tienes algunos, ¿quién quiere pasarse el resto de la eternidad adquiriendo más? Especialmente cuando los ordenadores siguen generando nuevos conceptos artísticos.

—Entiendo —dijo Tu Shan con desánimo—. Nosotros, los supervivientes, hicimos y contamos todo lo que teníamos en nosotros... Bien, ¿qué estás haciendo ahora, Anse?

—Cosas diferentes. —respondió Bardon, aliviado—. Como deberíais hacer tú y tus amigos.

—¿ A qué te dedicas ?

—Bien, estoy investigando. Aún no he encontrado una tarea prometedora, pero..., oh, tenemos la vida entera para desarrollarnos, ¿verdad? Me gustaría ir un tiempo a la Tierra de los Pioneros. —Bardon sonrió—. Deberías intentar algo parecido. Una red asiática, tal vez. Podrías aportar mucho, con tus conocimientos.

Tu Shan meneó la cabeza.

—Gracias, no.

—Oye, no es que te sumerjas en un sueño electrónico. Aportas información a la red, a todos los que están enlazados contigo. Sales con recuerdos, tal como si los hubieras vivido personalmente.

Una doble ilusión, pensó Tu Shan.

—¿Tienes miedo de no ganar dinero entretanto? —insistió Bardon—. No te preocupes. Me dijiste que habías recobrado las pérdidas de la granja. El sustento común será suficiente mientras estés en ese retiro. Además, sales renovado, lleno de nuevas ideas.

—Quizá tú —murmuró Tu Shan—, pero no resultaría conmigo.

Se miró las manos apoyadas en la caja, las grandes, inútiles manos.

3

Fiera, que había sido Raphael, sonrió muy lentamente.

—Oh sí—ronroneó—, me agrada ser mujer.

—¿Lo serás siempre? —preguntó Aliyat. Y por dentro: ¿Él siempre había querido esto, en el fondo ? ¿Aun cuando hacíamos el amor?

Un lamento: ¡Eras tan buen amante, Raphael! Fuerte, dulce, experto. ¿Comprendiste cuánto me hirió cuando dijiste que te harías modificar?

Fiera meneó la bella cabeza. Las trenzas violáceas ondearon sobre los hombros.

—Creo que no. El tiempo suficiente para explorarlo. Después... veremos. Para entonces esperan haber perfeccionado las modificaciones no humanas. —Fiera se acarició con los dedos—. Mitad nutria, o delfín, o serpiente... Pero eso es para después, mucho después. Supongo que primero volveré a ser una especie de hombre.

—¡Una especie! —exclamó Aliyat.

Fiera enarcó las cejas.

—Estás desconcertada, ¿eh? Pobrecilla, ¿por eso no he tenido noticias tuyas en tanto tiempo?

—No, yo, bien... —Aliyat apartó los ojos de esa imagen de apariencia sólida—. Yo estaba... —Se obligó a mirar esos ojos dorados—. Pensé que ya no tenías interés en mí.

—Pero te dije que sí. Créeme, fui sincero. Todavía te quiero. De lo contrario, ¿por qué habría tomado la iniciativa? —Extendió las manos—. Aliyat, querida, ven a mí. O déjame ir a ti.

—¿Para qué... ahora?

La voz de Fiera se volvió más áspera.

—Lo averiguaremos, ¿eh? No me digas que estás escandalizada. ¿O yo me equivocaba? Creí que eras la más desprejuiciada de los Sobrevivientes.

Aliyat tragó saliva.

—No es eso. No soy inhibida. Es sólo... No, no es «sólo». Lo has cambiado todo. Nada será como antes.

—Claro que no. Ésa es la idea. —Fiera rió—. Supongamos que te transformas en varón. Eso sería interesante. No original, pero especial. Estimulante.

—¡No!

Fiera calló un minuto. Al fin habló con vehemencia.

—Eres como los demás de tu especie, a fin de cuentas. O quizá peor. Creo que la mayoría de ellos intentan enfrentarse a las cosas. Tú, en cambio aceptas. De pronto comprendo que eso fue lo que me engañó. Nunca protestaste contra el mundo. Convenías en que debía evolucionar. Pero bajo la superficie seguías siendo lo que eres, una primitiva, un vestigio de la era de la mortalidad.

Aliyat calló sus protestas. Se desplomó. El asiento cambió sensualmente de forma, pero Aliyat no le prestó atención.

Fiera sonrió de nuevo, esta vez con dulzura.

—Pero no estás condenada a eso. Todo el organismo es flexible, el cerebro incluido. Te puedes hacer alterar la psique.

—Largo y costoso. En realidad, no podría costearme una sola modificación sexual. —Simple, pensó Aliyat. Recuerdo cuando lo disimulaban con cirugía e inyecciones hormonales. Hoy logran que los órganos, las glándulas, los músculos, los huesos, todo se transforme en otra cosa. Si yo me transformara en hombre, ¿cómo pensaría?

—¿Aún no has entendido la economía moderna? Todos los bienes y la mayoría de los servicios, todos los servicios que pueda prestar una máquina, son tan abundantes como el aire que respiramos. O podrían serlo, si hubiera una razón. El sustento común es simplemente el medio más fácil de rastrear a la agente, coordinar sus actividades. Y de asignar los recursos limitados; las tierras, por ejemplo. Si de veras necesitas liberarte de tu sufrimiento, se pueden hacer arreglos. Yo te ayudaré con ellos. —La imagen extendió de nuevo los brazos—. Déjame hacerlo, querida.

Aliyat se enderezó. Las lágrimas que tragó le quemaron la garganta. —«Querida»... ¿Qué quieres decir con eso?

La sorprendida Fiera titubeó antes de responderle.

—Siento afecto por ti. Quiero disfrutar de tu compañía, deseo tu bienestar.

—El amor de estos tiempos —asintió Aliyat—. Afecto basado en el placer.

Fiera se mordió el labio.

—Allí estás, empantanada en un pasado en que la familia era la unidad de procreación, producción y defensa, y sus miembros debían buscar medios para no sentirse atrapados. No puedes imaginar la moderna gama de emociones. Rehúsas intentar. —Fiera se encogió de hombros—. Es raro, considerando la vida que llevabas entonces. Pero supongo que elaboraste una añoranza inconsciente por la seguridad..., lo que llamaban seguridad en esas sociedades de pesadilla.

Aliyat recordó habérselo explicado a Raphael.

—¿Cuan egoístas eran tus sentimientos por mí? —preguntó Fiera.

Aliyat se enfadó.

—No te adules —exclamó—. Admito que estaba infatuada, pero sabía que eso terminaría. Esperaba que se transformara en algo duradero, no exclusivo pero sí real. Bien, he aprendido la lección.

—¡Yo también tenía esa esperanza! —exclamó Fiera.

Se hundió en su propio asiento. Una vez más guardó un reflexivo silencio. Aliyat miró hacia otra parte, buscando protección. Ocupaba una sola habitación en el cuarto subnivel de las Fuentes la tecnología nunca sintetizaría el espacio. Rara vez se sentía sofocada, pues a una orden las paredes creaban instalaciones y le brindaban los paisajes que deseaba. Ese día, en vez de un panorama contemporáneo, había optado por la Constantinopla medieval. Quizá se trataba de una injustificada nostalgia, quizá de un intento de recobrar la autoestima; había sido asesora de los creadores del simulacro. Hagia Sophia se erguía sobre una humanidad apiñada y atareada. Varios olores —humo, sudor, estiércol, comida asada, brea, mar— impregnaban el aire; una brisa salobre soplaba desde el Cuerno. Al recibir la llamada de Fiera, Aliyat había interrumpido el sonido pero había conservado la visión. Casi oía ruedas, cascos, pies, voces roncas, jirones de música plañidera. Esos fantasmas estaban tan vivos como el fantasma que tenía enfrente.

—Creo que sé por qué te atraje —dijo al fin Fiera—. Y qué te retuvo, después de la atracción inicial. Yo estaba interesada en ti. Vosotros ocho causasteis sensación cuando os revelasteis en público, pero la mayoría de la gente de hoy nació después de eso. Simplemente sigues aquí, manteniéndote con el sustento común o ciertas tareas especiales. Y cada

vez hay menos demanda, ¿verdad? Pero yo..., a mí me intrigabas un poco. No sé por qué.

Aliyat notó que Fiera reprimía el dolor antes de continuar.

—Seré franca. Para mí estabas acabada. No hallaba nada más para descubrir. Pero yo también estaba acabada. Tenía que cambiar. Era mi modo de escapar del tedio y la futilidad. Ahora podemos ser nuevos el uno para el otro. Sólo por un tiempo, hasta que me habitúe a percibirte con la mente y los sentidos de una mujer. A menos que también cambies. No puedo decirte cómo. A lo sumo puedo ofrecer un par de sugerencias. La opción debe ser tuya.

»Si rehúsas, si persistes en tu existencia estrecha con tu alma fósil, estarás cada vez mas aislada, encontrarás cada vez menos sentido en todo, y al final escogerás la muerte, que no es tan solitaria. Aliyat se llenó los pulmones con ese aire antiguo.

—He vivido así mucho tiempo —dijo—. No voy a renunciar.

—Me alegra oírlo. Lo esperaba de ti. Pero piensa, querida, piensa. Entretanto, será mejor que me vaya.

—Sí—dijo Aliyat. La imagen se esfumó.

Al cabo de unos minutos Aliyat se levantó. Se paseó por la habitación, que acogía deliciosamente sus pisadas. Bizancio la rodeaba.

—Anula esa escena —ordenó. Fue reemplazada por una lámina azul—. Servicio de entrega. —Un panel apareció, preparado para abrir un orificio.

¿Qué quiero? ¿Una píldora de la felicidad? Elementos químicos a medida, inofensivos, alegría instantánea, cabeza despejada, tal vez más despejada que ahora. En los viejos y malos tiempos nos embriagábamos o nos drogábamos, maltratábamos nuestro cuerpo y nuestro cerebro. Ahora la ciencia ha descubierto cómo funcionan las sensaciones, y todos están cuerdos las veinticuatro horas del día.

Todos los que deciden estarlo.

Hanno, Peregrino, Shan, Patulcio, ¿dónde estáis? O (al margen del sexo, que es un consuelo anticuado, ¿verdad?), Corinne, Asagao, Svoboda, o como os llaméis, pues los nombres son tan fáciles de cambiar como las vestimentas, ¿dónde estáis? ¿Quién de vosotros puede acudir a mí? ¿A quién de vosotros puedo acudir? Teníamos nuestra hermandad cuando nos reunimos, éramos los únicos inmortales y el centro de nuestro universo, mientras el tiempo soplaba como viento, pero desde que nos revelamos al público nos hemos distanciado, nos encontramos rara vez y por casualidad, nos saludamos, intentamos hablar y sentimos alivio al despedirnos. ¿Dónde están mis hermanos, mis hermanas, mis amores?

4

Durante el vuelo las comunicaciones verificaron que Peregrino fuera quien decía ser y tuviera permiso para visitar la reserva de control. El coche aterrizó en una zona de aparcamiento fuera de la ciudad, y Peregrino se apeó maletín en mano. Muchos objetos cotidianos, como la ropa, no se producían al instante allí. No era una comunidad de ermitaños, ni un grupo de excéntricos tratando de recrear un pasado que jamás había existido, sino una sociedad que seguía su propio camino y trataba de mantener el mundo a raya.

El lugar estaba cerca de la costa. El Servicio Meteorológico procuraba conservar el clima original del noroeste del Pacífico. Había gruesas nubes. La niebla de la bahía desdibujaba las rocas que se erguían sobre las olas, misteriosas como una pintura china. Un oscuro bosque de coniferas salpicado de helechos se erguía detrás de la aldea. Pero todo estaba vivo, en tonos grises, blancos, negros y verdes, opacos o chispeantes con gotas de lluvia. El oleaje estallaba y susurraba. Las focas ladraban roncamente, las gaviotas revoloteaban y descendían graznando. El aire frío y húmedo penetraba en la sangre por las fosas nasales.

Un hombre aguardaba. Vestido con camisa sencilla y pantalones de trabajo, era robusto, de tez parda. No había muchos blancos entre sus antepasados decidió Peregrino. ¿Qué habían sido entonces? ¿Makah? ¿Quinault? Qué más daba. Las tribus ya ni siquiera eran nombres.

—Hola, Peregrino —saludó el hombre con un respeto que ya era un anacronismo. Peregrino le estrechó la mano llena de callos y durezas—. Bienvenido, soy Charlie Davison. Peregrino había practicado el antiguo inglés americano antes de irse de Jalisco.

—Tanto gusto. No esperaba esto. Pensaba que yo mismo me daría a conocer.

—Bien, lo hablamos en el Consejo y decidimos que esto era mejor. Tú no eres simplemente otro jako. —Esta palabra debía describir, en la jerga local, a los pocos cientos de forasteros anuales a quienes se daba autorización para experimentar la vida agreste. La palabra parecía desdeñosa—. Ni un científico o agente oficial, ¿verdad?

—No.

—Vamos, te mostraré el hotel y luego te presentaré. —Echaron a andar. Pronto recorrían un camino sin pavimentar donde brillaban charcos—. Porque tú eres un superviviente.

Peregrino sonrió hurañamente.

—No quería dar publicidad a eso de inmediato.

—Efectuamos un chequeo de rutina antes de aceptar tu visita, como hacemos con todo el mundo. Vosotros ocho pasáis inadvertidos, pero en un tiempo fuisteis famosos. El ordenador nos dio tu historia. El rumor se propagó. Lamento decir esto, no es nada personal, pero aquí encontrarás a algunas personas que os guardan rencor.

Una sorpresa desagradable.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Los supervivientes podéis tener hijos cuando gustéis.

—Entiendo. —Peregrino meditó su respuesta. La grava crujía bajo sus pies—. Pero la envidia no es razonable. Somos fenómenos de la naturaleza. Una alocada combinación de genes, con algunas mutaciones improbables, que no se transmite a nuestros vástagos. Los seres humanos normales que no desean envejecer tienen que someterse al proceso. Bien, no podemos permitir que se reproduzcan libremente. Recordarás la explosión demográfica, la Gran Muerte. Y eso fue antes de la atanasia.

—Lo sé —replicó Davison—. ¿Quién no lo recuerda?

—Lo lamento, pero he conocido a algunos que no lo recuerdan. Consideran que es deprimente estudiar historia. Yo les señalo que al final tendrán la oportunidad de ser padres. Hay que compensar ciertas pérdidas accidentales, y tal vez haya que fundar colonias interplanetarias.

—Sí. La lista de espera para tener hijos era de varios siglos, la última vez que la consulté.

—Pero, en cuanto a los supervivientes, ¿alguna vez oíste hablar de una cláusula para abuelos? Al revelarnos al público, abrimos un tesoro de conocimientos para los estudiosos. Lo justo es justo. En realidad, rara vez tenemos hijos. —Rara vez conocemos parejas convincentes. Y los hijos que tuvimos pronto se volvieron demasiado extraños.

—Entiendo todo eso —dijo Davison—. Yo no tengo objeciones. Simplemente te aclaro que te conviene ser discreto. Por eso he venido a recibirte.

—Lo agradezco. —Peregrino no abandonó el tema—. Puedes recordar a quienes se oponen a mi estatus que ellos pueden engendrar niños legalmente, sin límite.

—Sí, por que están dispuestos a marchitarse y morir en cien años o menos.

—Así es el trato. Pueden desertar cuando deseen, hacerse restaurar la juventud si la han perdido, unirse a los inmortales. Sólo deben pagar ese pequeño y necesario precio.

—Claro, claro. ¿Crees que no lo sé? —Al cabo de varios pasos—: Ahora me toca a mí decir «lo lamento». No quise parecer enfadado. Para la mayoría de nosotros, eres muy bienvenido. ¡Qué historias tendrás para contar! —Nada que no puedas hallar en el banco de datos, me temo —dijo Peregrino—. Se cansaron de interrogarnos y entrevistarnos hace muchos años.

Generaciones antes de tu nacimiento, Charlie, si tu linaje es meramente mortal. ¿Qué edad tienes? ¿Cuarenta, cincuenta? Veo canas en tu pelo y patas de gallo en tus ojos.

—No es lo mismo —respondió Davison. Por Dios, estoy en compañía de un hombre que conoció a Toro Sentado. —En realidad, Peregrino no lo había conocido, pero lo dejó pasar—. Oírte contar esas cosas personalmente significará mucho. No lo olvides, nuestra idea es vivir naturalmente, como Dios quiso que fuera.

—A eso he venido.

Davison aminoró el paso y lo miró sorprendido.

—¿Qué? Suponíamos que tenías... curiosidad, como nuestros otros visitantes.

—Claro que sí. Pero no sólo eso. Supongo que será mejor que no mencionemos esto de inmediato. Sin embargo, creo que me instalaría aquí, si la gente me aceptara.

—¿Tú?

—Soy de vieja cepa, sabes. Conocí las tribus, las hermandades, los ritos, las creencias y tradiciones, cuando usábamos el ingenio y las manos para vivir de la tierra y pertenecer a la tierra. Oh, no soy un romántico. Recuerdo bien las desventajas y por cierto no me gustaría revivir a los bárbaros del caballo. Pero aun así, qué diablos, teníamos una comunión con el mundo que no existe ahora, excepto tal vez entre vosotros.

Estaban entrando en la aldea. Cabeceaban botes junto al muelle; los hombres pescaban para el mercado local. Detrás de las casas de madera había huertos y manzanos. Meros suplementos, se recordó Peregrino, igual que sus artesanías. Los habitantes gastan el sustento común y piden que les despachen mercancías, igual que los demás. Para ganar algo más, algunos cuidan estos bosques y aguas; o atienden a los turistas; o realizan tareas intelectuales en sus hogares, conectados con la red de comunicación. No han renunciado al mundo moderno.

Ahuyentó recuerdos de lo que había presenciado en otras partes del planeta, muertes lentas o rápidas, siempre angustiosas, que arrasaban con comunidades y modos de vida obsoletos, los pueblos desiertos, los

campamentos vacíos, las tumbas abandonadas. En cambio, evocó el secreto de la resistencia de su pueblo.

En la calle había gentes de todas las razas, juntas en su fe, su anhelo y su temor. Una iglesia, el edificio más alto, se elevaba hacia las nubes; la cruz declaraba que la vida eterna no era de la carne sino del alma. Los niños eran el anhelo, la recompensa. ¿Cuándo y dónde más había visto Peregrino, por última vez, una manita aferrando la mano materna, una carita redonda y maravillada? Las cabezas canas parecían haber burlado la deshumanización.

Reconocían al recién llegado, pues el rumor se había propagado de veras. Nadie se le acercó. Saludaban a Davison con reserva. Y Peregrino sintió las miradas, oyó los cuchicheos. Pero la atmósfera no era hostil. Sin duda sólo una minoría le guardaba rencor por su privilegio, por insignificante que fuera. La mayoría parecía ansiosa de conocerlo, y simplemente eran demasiado corteses para presentarse de inmediato. (O bien, ya que eran pocos y muy unidos, habían convenido en que no lo harían.) Los adolescentes pronto perdieron el aire huraño que los envolvía.

Eso intrigó a Peregrino, luego le resultó perturbador. Prestó más atención. Sólo había un puñado de gente mayor. Las cortinas bajas y los patios descuidados indicaban que las casas estaban vacías. —Bien, trata de relajarte y pasarlo bien —aconsejó Davison—. Haz las excursiones. Conoce a los jakos. Son buena gente, pues los seleccionamos con mucho cuidado. ¿Quieres cenar mañana en mi casa? Mi esposa también está ansiosa de conocerte, los niños están deslumbrados, e invitaremos a dos o tres parejas que sin duda te agradarán.

—Eres muy amable.

—Oh, obtendré mis beneficios, y también Martha, y... —El hotel estaba delante, una inmensa estructura cuya anticuada veranda daba a la bahía y al mar. Davison anduvo más despacio y bajó la voz—. Escucha, no sólo queremos oír las historias. Queremos pedirte... detalles, los que no llegan a las noticias ni al banco de datos, los que nosotros mismos no vemos cuando salimos, porque no sabemos qué buscar.

Peregrino sintió un cosquilleo de inquietud.

—¿Quieres que explique cómo es esa vida para mí... para una persona que no se crió en esas costumbres?

—Sí, eso es, por favor. Sé que pido demasiado, pero...

—Lo intentaré —dijo Peregrino.

Tácitamente: Estás pensando seriamente en irte, Charlie, en renunciar a esta existencia, su credo y su propósito.

Sabía que el enclave se estaba reduciendo, que los hijos se marchaban al llegar a la mayoría de edad, que los reclutas eran cada vez más escasos. Sabía que la comunidad está tan condenada como la secta de los Shakers en su época. Pero los hombres maduros también se marchan, tan sigilosamente que el dato no figura en lo que estudié sobre vosotros. Esperaba un par de vidas mortales de paz, de pertenencia. Olvídalo, Peregrino.

Los huéspedes se apiñaban en el porche. Señalaban y charlaban. Peregrino se volvió para mirar. Apenas visibles en la bruma, tres siluetas gigantes se deslizaron por la entrada de la bahía.

—Ballenas —dijo Davison—. Se están multiplicando bien. Cada año localizamos más.

—Lo sé —dijo Peregrino—. Buenas ballenas. Recuerdo cuando las declararon extinguidas. Lloré.

Las recrearon en los laboratorios, las reintrodujeron en una naturaleza totalmente dominada. Este sitio no es agreste salvo por el nombre. Es una reserva de control, una pauta de comparación para uso del Servicio Ecológico. No quedan sitios agrestes en la Tierra, salvo en el corazón humano, y también allí el intelecto sabe cómo gobernar.

No debí haber venido aquí. Ahora tendré que quedarme un par de semanas, por cortesía, por este hombre y su familia; pero no debí cometer la tontería de venir.

Debí ser más fuerte y no exponerme a esta herida.

5

Yukiko nunca estaba a solas con las estrellas.

Sí, podía tener soledad. Los poderes y la gente eran gráciles con los Supervivientes. Yukiko, pensaba a menudo que la gracilidad se había convertido en la principal virtud de la humanidad. Creaba una suerte de afecto impersonal. La abundancia de espacio era el único bien que era más escaso en el mundo. No obstante, cuando ella manifestó su deseo, le concedieron ese atolón. Por minúsculo que fuera, era un don caído del cielo.

Pero le negaban las estrellas. Algunas parpadeaban pálidamente en el anochecer, Sirio, Canopo, Alfa del Centauro, a veces otras, junto a Venus, Marte, Júpiter, Saturno. Como las constelaciones se perdían en la nacarada luminiscencia, Yukiko nunca sabía bien qué veía. Los satélites surcaban rápidamente el cielo. La luna brillaba brumosamente, y en su lado oscuro se distinguían chispas estables, la luz de los tecnocomplejos y

Ciudad Triple. Los aviones formaban enjambres de luciérnagas. En ocasiones pasaba una nave espacial, un meteoro majestuoso, y se oían truenos de un horizonte al otro; pero eso era infrecuente, pues la mayoría de las operaciones eran realizadas por robots lejos de la Tierra.

Se había resignado a la pérdida. El control meteorológico, el mantenimiento de la atmósfera y las transferencias masivas de energía eran necesarios, pero causaban fluorescencia. Yukiko podía cubrir las paredes y el techo raso de su casa con un paisaje estelar tan imponente como si estuviera en el desierto de Arizona antes de Colon, o podía visitar un sensorio y conocer el espacio desnudo. Aun así, con ingratitud, cuando salía de su refugio lamentaba tener que evocar el cielo nocturno a partir de sus recuerdos.

El océano murmuraba, cubierto por una pátina de reflejos allí donde la acuacultura no tapaba las olas. Más allá brillaban luces botes, naves, una ciudad-barcaza. El oleaje blanco se encrespaba más allá de la laguna, que era un pozo de fulgor celestial. El ruido era sofocado, menos audible que el coral que le crujía bajo los pies. Inhaló esa fresca pureza. Cada día agradecía sin palabras a gigabillones de microorganismos por mantener limpio el planeta. No importaba que los hubieran diseñado y producido los seres humanos, o sus ordenadores, esos microorganismos tenían un karma maravilloso. Pasó junto al jardín, los árboles enanos, el bambú, las piedras, los senderos entrelazados. Una máquina trabajaba en silencio. Recién llegada de Australia, donde se había liado en otro amorío fugaz, no había retomado esa labor.

Bien, no tenía gran talento para eso. Si tan sólo Tu Shan..., pero a él no le agradaba este sitio.

La casa era una pequeña y sutil combinación de curvas en la oscuridad. Su pequeño mundo, pensaba Yukiko. Le brindaba todo lo que necesitaba y más. Se autorreparaba, y podría hacerlo mientras recibiera energía. En ocasiones Yukiko lamentaba no tener que usar un paño de limpieza.

Y una vez fui dama de la corte, pensó, frunciendo los labios con amargura.

Olvidó esos sentimientos. Había ido a sentarse junto al mar para vaciar la mente, abrir el alma y prepararse para usar la inteligencia. La escasa armonía que había obtenido era frágil.

Una pared se abrió. Dentro floreció la luz. La habitación estaba amueblada en un estilo ascético y antiguo. Yukiko se arrodilló en una estera de paja ante la terminal del ordenador e invocó al espíritu electrónico.

Una parte de esa inmensa racionalidad la identificó y habló con frases musicales y apropiadas.

—¿Cuál es tu deseo, señora?

No, no del todo apropiadas. «Deseo» era la trampa. Ella incluso había renunciado a su antiguo nombre de Gloria de la Mañana para ser —una vez más, al cabo de mil años— Pequeña Nieve, como signo de renunciamiento. Pero también eso había fallado.

—He meditado sobre lo que me dijiste acerca de la vida y la inteligencia entre los astros, y decidí aprender tanto como sea capaz. Enséñame.

—Es un asunto complejo y caótico, señora. Por lo que nos indican nuestros robots exploradores, la vida es rara, y sólo se conocen tres especies inequívocamente conscientes, y todas se hallan tecnológicamente en un equivalente de la era paleolítica humana. Otras tres son controvertidas. Su conducta puede ser muy complejamente instintiva, o se puede originar en mentes demasiado disímiles de las terrícolas para que las reconozcamos como tales. Sea como fuere, estas criaturas poseen sólo implementos sencillos. Por otra parte, la Red ha detectado fuentes de radiación anómalas a gran distancia, lo cual puede significar civilizaciones de alta energía análogas a la nuestra. Según como se interpreten los datos, quizá sumen hasta setecientas cincuenta y dos. Se estima que la más cercana está a cuatrocientos setenta y cinco parsecs. Además, la Red recibe señales que son casi ciertamente informativas desde veintitrés fuentes, identificadas con cuerpos o regiones astrofísicamente inusuales. Dudamos de que estas señales estén dirigidas específicamente a nosotros. No sabemos si quienes las emiten están en contacto directo entre sí. Tenemos indicios de que usan códigos definidos. Hasta ahora los datos son insuficientes salvo para sugerencias tentativas y fragmentarias sobre el posible significado.

—¡Lo sé! Todos lo saben. Ya me lo has dicho, y aun entonces era innecesario.

Yukiko luchó contra su enfado. La máquina tenía la potencia de una divinidad, podía efectuar un millón de años de razonamientos humanos en un día, pero no tenía derecho a ser paternalista. No era su intención. Habitualmente repetía porque muchos humanos necesitaban la repetición. Yukiko se calmó, dejó que la emoción brotara y muriera como una ola.

—Por lo que entiendo —dijo con serenidad—, los mensajes no son sobre matemática ni física. —No parecen serlo, y no parece plausible que haya civilizaciones que gasten tiempo y bandas de transmisión intercambiando conocimientos que todas deben poseer. Quizá se refieran a otras ciencias, como la biología. Sin embargo, eso implica que nuestra

comprensión de la física es incompleta, que aún no hemos delineado todas las posibilidades bioquímicas del universo. No tenemos pruebas para semejante suposición.

—Lo sé —repitió Yukiko, con paciencia—. Y he oído el argumento de que no puede tratarse de política ni nada semejante, pues los períodos de transmisión se miden en siglos. ¿Comparan historias, artes, filosofías?

—Es factible.

—Eso creo. Tiene sentido. —A menos que la vida orgánica se extinga. ¿Pero las mentes de las máquinas no se sentirán intrigadas por el absoluto?—. Quiero dominar tu... análisis. Sé que no puedo efectuar ningún aporte original. Pero déjame seguir tu razonamiento. Dame medios para pensar sobre lo que has aprendido y estás aprendiendo.

—Eso se puede hacer, dentro de ciertos límites —dijo la voz suave—. Se requeriría mucho tiempo y esfuerzo de tu parte. ¿Te importa explicar tus razones?

Yukiko no pudo evitar que le temblara la voz:

—Esos seres deben estar mucho más avanzados que nosotros...

—No es probable, señora. Por lo que hoy sabemos, y nuestros razonamientos son sólidos, la naturaleza fija límites a las posibilidades tecnológicas; y hemos determinado cuáles son esos límites.

—No hablo de ingeniería, sino de entendimiento, iluminación. —Había perdido la paz interior. Le temblaba el pulso—. No entiendes de qué estoy hablando. ¿Alguien lo entendería hoy, algún ser humano? —Excepto Tu Shan, y quizá, si lo intentara, el resto de nuestra hermandad. Venimos de tiempos en que estas preguntas eran reales para la gente.

—Tu propósito es claro —dijo la voz electrónica—. Tu concepto no es absurdo. La mecánica cuántica falla en tales niveles de complejidad. Matemáticamente hablando se impone el caos, y uno debe realizar observaciones empíricas.

—¡Sí, sí! ¡Debemos aprender el idioma y escucharlos!

¿La inexorable conclusión ocultaba un lamento? El sistema podía potenciar las reacciones del usuario.

—Señora, la información de que disponemos es inadecuada. La matemática no deja duda. A menos que el carácter de lo que recibimos cambie de manera fundamental, nunca podremos interpretarlo en ese nivel de sutileza. Si eso es lo que te interesa, te advierto que perderás el tiempo estudiando este material.

Yukiko no se había atrevido a abrigar muchas esperanzas, pero esto la deprimía.

—En cambio, espera —aconsejó el sistema—. Recuerda que nuestros robots exploradores viajan virtualmente a la velocidad de la luz. Dentro de un milenio llegarán a las fuentes más cercanas para observar e interactuar. Quizá, mil quinientos años después, tengamos noticias de ellos y empecemos a aprender de veras. Eres inmortal, señora. Espera.

Yukiko sofocó las lágrimas. No soy santa. No puedo soportar tanto tiempo una existencia sin sentido.

6

De pronto la roca cedió bajo las botas de Tersten. Por un instante quedó congelado, los brazos tendidos, contra la infinidad de estrellas. Luego cayó.

Svoboda, la segunda de la hilera, tuvo tiempo de bajar la vara y apretar el disparador. Las ranuras escupieron un gas blanco y una clavija se hundió en la piedra. El extremo superior del asta se trabó, Svoboda se aferró, la línea se tensó con un tirón brusco. Aun con gravedad lunar, esa fuerza era brutal. Las suelas de Svoboda resbalaron en una capa de polvo traicioneramente fina. Aferrando la vara, se mantuvo erguida.

La violencia cesó. El silencio rodeó el tenue siseo cósmico de los auriculares. Había caído dos metros hacia delante. La línea continuaba cuesta arriba y colgaba de un borde formado por el derrumbe. El peso de Tersten tenía que tensarla, pero Svoboda comprobó horrorizada que estaba floja. ¿Se había partido? No, imposible.

—¡Tersten! —gritó—. ¿Estás bien? —La longitud de onda se difractaba alrededor del borde. Si Tersten colgaba allí, estaba a sólo un metro. Svoboda no oyó respuesta. Su temor creció.

Tendió la cabeza hacia Mswati, que venía detrás. La linterna del cinturón arrojaba un charco de luz intensa a los pies de Mswati. Deslumbró a Svoboda, transformándolo en una sombra contra la ladera gris, iluminada por las estrellas.

—Ven aquí—ordenó—. Con cuidado, con cuidado. Coge mi vara.

—Sí—respondió él. Aunque ella no encabezaba el ascenso, era capitana del equipo. La expedición era idea de ella. Además, era una superviviente. Los otros tenían de veinte a treinta años. Al margen de la informalidad y la camaradería, le guardaban un respeto especial.

—Espera aquí—dijo Svoboda en cuanto él la alcanzó—. Me adelantaré para mirar. Si hay más desprendimientos trataré de saltar y quizá me caiga de la cornisa. Prepárate para frenarme y alzarme.

—No. Iré yo —protestó Mswati. Ella se negó con un ademán cortante y se apoyó en las manos y las rodillas.

Era un trecho corto, pero el tiempo se estiraba mientras Svoboda avanzaba. A la derecha, una ladera abrupta se despeñaba en un abismo negro. El traje espacial, flexible como piel y resistente como blindaje, no la protegería de semejante caída. Aguzó la vista. Los sensores de los guantes le indicaban más de lo que habrían captado sus manos desnudas. Svoboda notó con fastidio que olía a sudor y se le secaba la boca. Aunque el traje reciclaba el aire y el agua, en ese momento ella sobrecargaba el termostato y la capacidad para eliminar desechos.

La superficie resistió. La cornisa continuaba más allá de una brecha de tres metros. Distinguió orificios cerca de la rotura. Aún no debía preocuparse por Tersten. En el pasado una perdigonada de meteoritos había caído allí. Probablemente la radiación había debilitado la piedra, transformando el sector en una imprevisible trampa.

Bien, todos habían dicho que el ascenso era una locura. ¿La primera circunvalación lunar? ¿Dar la vuelta a la Luna a pie? ¿Para qué? Afrontar penurias y peligros, ¿para qué? No realizarás observaciones que un robot no pueda hacer mejor. Sólo conquistarás una fugaz notoriedad, sobre todo por tu estupidez. Nadie repetirá esa hazaña. Un sensorio ofrece emociones más pintorescas, los ordenadores permiten mayores logros. —Porque es real —fue la mejor réplica que pudo hallar.

Llegó al borde y asomó la cabeza. En el horizonte, una tajada de sol naciente brillaba sobre un cráter, transformando la desolación en una mezcla de luz y oscuridad. El casco le protegió los ojos reduciendo automáticamente el resplandor a una luz áurea y opaca. El corazón de Svoboda dio un brinco. El cuerpo flojo de Tersten colgaba allí abajo. Elevó la recepción radial y oyó una respiración entrecortada.

—Está inconsciente —le comunicó a Mswati. Examinando—: Veo cuál es el problema. La línea se atascó en una fisura. El impacto la ha bloqueado. —Se puso de rodillas y tiró—. No puedo liberarla. Ven.

El joven se reunió con ella. Svoboda se levantó.

—No sabemos qué lesiones ha sufrido —dijo—. Debemos andar con cuidado. Sujeta el extremo de mi línea y bájame por el borde. Ataré a Tersten y nos subirás a ambos. Yo iré abajo para absorber los choques y rozaduras.

Dio resultado. Ambos eran fuertes, e incluso con el traje y la mochila con complejos aparatos químicos, una persona pesaba sólo veinte kilos. Tersten, en brazos de Svoboda, abrió los ojos y gimió.

Lo apoyaron en el saliente. Esperando a que él hablara, Svoboda miró hacia el oeste. Las alturas descendían a la pareja oscuridad del Mare Crisium. La Tierra colgaba a baja altura, la zona diurna marmolada de blanco y azul, inexpresablemente bella. Svoboda recordó con dolor cómo había sido en otros tiempos. Maldición, ¿por qué tenía que ser el único planeta adecuado para los humanos?

Oh, las ciudades lunares y los satélites habitados eran agradables y allí había diversiones singulares. Svoboda se encontraba más cómoda en esos lugares que en la Tierra. Al menos, no se sentía como una exiliada. Su gente, como estos camaradas, a veces pensaba y sentía como la gente de otros tiempos. Aunque eso también estaba cambiando. Por elfo ya nadie hablaba de terraformar Marte y Venus. Ahora que se podía hacer, nadie tenía interés.

Bien, ella y sus siete hermanos siempre habían conocido el cambio. Los príncipes mercaderes y los ruidosos guerreros eran extraños para la pequeña burguesía y los esclavizados labriegos bajo los zares, quienes a la vez eran extraños para los ingenieros y cosmonautas del siglo veinte... Sin embargo todos compartían lo que eran, entre sí y con ella. ¿Cuántos seguían haciéndolo?

Tersten la arrancó de sus recuerdos.

—Estoy despierto —jadeó y trató de erguirse. Ella se arrodilló, le aconsejó cautela, le dio ayuda y respaldo—. Agua — pidió él. El traje le acercó un tubo a la boca y él bebió ávidamente—. Ah bien.

La preocupación arrugó el semblante color chocolate de Mswati.

—¿ Cómo estás ? —preguntó—. ¿ Qué ha pasado ?

—¿Cómo voy a saberlo? —La voz de Tersten recobró la claridad y el vigor—. Dolor en el vientre, aguijonazos en el lado izquierdo del pecho, especialmente cuando me agacho o inhalo profundamente. También dolor de oídos.

—Parece que te has roto o fisurado una costilla, tal vez dos —dijo Svoboda con alivio. Se podía haber matado o sufrido lesiones cerebrales que volvieran inútil una revivificación—. Sospecho que una roca cayó sobre ti con más fuerza de la que el traje pudo aguantar. Sí, aquí esta. — Palpó algo similar a una cicatriz. La tela se había desgarrado y se había cerrado deprisa. En una hora estaría completamente reparada—. Todo conspira contra nosotros, ¿eh? No escalaremos esta montaña. No importa. Era sólo un capricho. Regresemos al campamento. Tersten insistió en que podía caminar, y logró avanzar dando tumbos.

—Pediremos un vehículo —dijo Mswati. Como para confirmarlo, un satélite de relé surcó las constelaciones—. Los demás podemos terminar. Será mas fácil avanzar desde aquí que en el lado oscuro.

Tersten se enfadó.

—¡No, no iréis! No permitiré que se me excluya!

Svoboda sonrió.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Sólo necesitarás un par de inyecciones reparadoras y te devolverán a nosotros dentro de cincuenta horas. Esperaremos donde estemos. Con franqueza, no me importaría descansar todo ese tiempo. —Un fulgor interior. Mi clase de humano aún no está del todo extinguida.

Consternación: ¿Cuántos años podrás ser como eres, Tersten? No tendrás razones para ello.

¿Sigo siendo joven de espíritu, o sólo inmadura? ¿Nuestra historia ha condenado a los supervivientes a permanecer retardados mientras nuestros descendientes evolucionan alejándose de nuestra comprensión?

Avistaron la meseta y el campamento. Genia salió al encuentro del grupo. Alguien debía quedarse por si había problemas. Había desplegado el refugio. Más un organismo maternal que una tienda, éste se extendía bajo los escudos antirradiación que se curvaban como alas desde el techo del transporte.

—¡Tersten, Tersten! —exclamó—. Me asusté al escuchar. Si te hubiéramos perdido...

Se les acercó, y los cuatro se abrazaron. Por un instante, bajo las estrellas, Svoboda estuvo nuevamente entre amigos amados.

7

—Verás —procuró explicar Patulcio—, hice Un bien mi trabajo que me quedé sin ocupación.

La conservadora de Oxford, quien por razones que él desconocía ahora usaba el nombre Theta-Ennea, enarcó las cejas. Era esbelta y atractiva, pero bajo los penachos que brotaban de la cabeza calva debía de haber un magnífico cerebro.

—Los registros indican que eras eficiente —dijo o canturreó—. Pero ¿por qué crees que podrías hallar una ocupación aquí?

Patulcio volvió los ojos hacia la ventana de vidrio de esa oficina anacrónica. En la calle Mayor el viento jugaba con la luz y las sombras de las nubes. Enfrente soñaban los bellos edificios de Magdalen College. Tres

personas pasaron, mirando y tocándose. Patulcio sospechó que eran jóvenes, aunque era imposible saberlo.

—Esto no es un mero museo —replicó Patulcio—. Vive gente en la ciudad. La conservación de las cosas da un carácter especial a sus relaciones mutuas y sus relaciones contigo. Eso crea una especie de comunidad. Mi experiencia..., ellos deben tener problemas, nada serio, sino cuestiones de derechos conflictivos, deberes, necesidades. Hacen falta procedimientos mediadores. Los procedimientos son mi especialidad.

—¿Puedes ser más específico? —preguntó Theta-Ennea.

Patulcio la miró.

—Primero tendría que conocer la situación, la índole de la comunidad, las costumbres y expectativas, así como las reglas y regulaciones —admitió—. Puedo aprender pronto y bien. —Sonrió—. Lo hice durante dos mil años o más. —Ah, sí. —Theta-Ennea también sonrió—. Naturalmente cuando pediste una entrevista, consulté el banco de datos. Fascinante. Desde la Roma de los cesares hasta los imperios Bizantino y Otomano, la República Turca, los Dinastas y..., sí, una historia tan maravillosa como prolongada. Por eso te invité a venir en persona. También yo tengo una anticuada preferencia por lo concreto y lo inmediato. Por lo tanto, tengo este puesto. —Suspiró—. No es una sinecura. Confieso que no tuve tiempo para asimilar todo lo que aprendí sobre ti.

Patulcio rió entre dientes.

—Francamente, me alegra. No me agradó ese estallido de fama cuando los supervivientes nos dimos a conocer. Fue agradable volver al anonimato.

Theta-Ennea se reclinó detrás del escritorio de madera, una posible antigüedad donde no había nada más que una pequeña omniterminal.

—Si no recuerdo mal, te uniste bastante tarde a los demás.

Patulcio asintió.

—Una vez que la estructura burocrática se derrumbó irreversiblemente. Nos habíamos mantenido en contacto, por cierto, y me acogieron con gusto, pero nunca he intimado con ellos.

—¿Por eso te has esforzado más que ellos para integrarte al mundo moderno?

Patulcio se encogió de hombros.

—Quizá. No soy propenso al autoanálisis. O quizá tuve una oportunidad que ellos no tuvieron. Mi talento es para la... no, «administración» es una palabra muy presuntuosa. Supervisión de

operaciones; las humildes pero esenciales tareas que mantienen en funcionamiento la maquinaria social. O mantenían.

Theta-Ennea bajó los párpados y lo examinó atentamente. —Has hecho algo más que eso en los últimos cincuenta o cien años.

—Las condiciones eran especiales. Por primera vez en mucho tiempo, tuve la oportunidad de tomar decisiones. No es mérito mío. Mera coincidencia histórica, para ser franco contigo. Pero obtuve experiencia.

Ella reflexionó de nuevo.

—¿Quieres explicarte? Dame tu interpretación de esas condiciones.

Él parpadeó sorprendido.

—Sólo puedo decir trivialidades —declaró con voz vacilante—. Bien, si insistes. Los países avanzados o, mejor dicho, las culturas de alta tecnología, han ido muy lejos, muy deprisa. Ellos y las sociedades que no habían asimilado la revolución se transformaron casi en especies diferentes. Las segundas tenían que adaptarse, pues las demás posibilidades eran horribles, pero la diferencia en modos de vida pensamientos, comprensión, era abismal. Yo estaba entre los pocos que podía hablar y funcionar con cierta eficacia a ambos lados de ese abismo. Di la asistencia que podía brindar a esa pobre gente, creando una organización adecuada para facilitar la transición... cuando vuestra gente ya no tenía una burocracia anticuada y humana dedicada al papeleo, y no sabía cómo formarla. Eso fue lo que hice. No lo hice solo —concluyó—. Mis disculpas por explayarme sobre lo obvio.

—No es tan obvio —dijo Theta-Ennea—. Hablas desde un punto de vista que no tiene equivalentes. Me gustaría oír mucho más. Me ayudaría a comprender mejor a esas generaciones que contribuyeron a hacer de este lugar lo que fue. Porque nunca pude entenderlas. A pesar de mi curiosidad y mi amor, nunca pude sentir lo que sentían. Apoyó los brazos en el escritorio y continuó compasivamente.

—Pero tú, Gneo Cornelio Patulcio, y los muchos otros nombres que has tenido..., a pesar de ellos, a pesar de tus recientes labores, también tienes que comprender. No, no tengo un empleo para ti. Debías haberlo sabido. ¿Cómo explicártelo si no lo sabes?

«Entendiste que ésta era una comunidad como las que conociste, donde los moradores comparten ciertos intereses y cierta identidad común. Debo decirte..., esto no es sencillo, porque no está explícito; rara vez la gente comprende qué ocurre, como no lo comprendía en tiempos de Augusto ni de Galileo, pero yo paso la vida tratando de sondear las corrientes de la Historia. —Rió consternadamente—. Excúsame, permíteme retroceder y empezar de nuevo.

«Excepto por algunos enclaves moribundos, la comunidad en cuanto tal se ha disuelto. Aún usamos la palabra y empleamos ciertas formalidades, pero están tan vacías de sentido como un rito de fertilidad o un acto electoral. Hoy somos individuos puros. Nuestras lealtades, si la palabra «lealtad» aún significa algo, van dirigidas a varias y cambiantes configuraciones de personalidades. ¿No lo habías notado?

—Bien, eh..., sí, pero...

—No te puedo ofrecer trabajo —concluyó Theta-Ennea—. Dudo que alguien te lo pueda ofrecer aquí. Sin embargo, si te interesa permanecer un tiempo en Oxford, podemos hablar. Creo que podríamos aprender algo el uno del otro.

Aunque no sé para qué te servirá después, pensó sin decirlo en voz alta.

8

El mundo permanece. Todavía soy yo, hueso, sangre y carne, consciente de la unidad de inducción que me envuelve pero también de las paredes y sus vistas del exterior, césped plateado, una fuente arqueándose en fractales, una enorme concha de diamante que, según he oído, alimenta una nueva especie de nave para la explotación minera de los cometas, relámpagos en el cielo mientras un módulo de control metereológico implanta energía, el todo exterior a mí. Tan silenciosa es esta habitación que oigo mi respiración, mi pulso, el susurro del pelo cuando mi cabeza se mueve en la almohada. Lo que me ocurre es una intensificación del conocimiento interior, hasta que pronto el exterior se transforma en fantasma.

Desciendo en mí misma. Todo mi pasado se extiende ante mí. De nuevo soy esclava, fugitiva, criada, líder, compañera; de nuevo amo y pierdo, soporto y sepulto. Me tiendo en una ladera soleada con mi hombre, en medio del dulce olor del trébol y el zumbido de las abejas, vemos pasar una mariposa; hace quinientos años.

Hay borrones, lagunas. No sé si crecía liquen en esa piedra. Sí, el azar cuántico cobra su precio, pero lentamente, y puedo renovar lo que importa, aun mientras se renueva mi cuerpo. Una neuropéptida se enlaza con el receptor de una neurona...

Ven. El pensamiento no es mío. Se vuelve mío. Soy conducida, me conduzco, hacia delante y hacia dentro.

Hasta aquí mi adiestramiento. Hoy estoy lista para la unión.

No entro en la red. Nada se mueve salvo esos campos, funciones matemáticas, que el mundo percibe como fuerzas, partículas, luz, el mundo mismo. En cierto sentido la red entra en mí. O se despliega ante mí, y yo ante ella.

Mi guía cobra forma. Ninguna silueta camina junto a mí, ninguna mano coge la mía. No obstante soy consciente del cuerpo, aunque debe de estar a medio planeta de distancia, tal como soy consciente del mío. Es una persona alta, esbelta, de ojos azules. Su personalidad es animosa y sensual.

Una vez fuiste Flora (aprendo de ti), piensa. *Entonces yo seré Faunus.*

Desea que nos reunamos más tarde con propósitos exploratorios. Esto es una mera onda en una inteligencia nacida de un cerebro donde ya no hay fallos. Él tiene el don de la empatía, lo cual puede ayudar en la iniciación de una neófita como yo.

Tímida, cauta, ardientemente, el flujo de mi identidad se mezcla con la suya. Así conozco cada vez más todo el enlace. He estudiado una abstracción. Hoy estoy en la realidad, pertenezco a la realidad. Las corrientes circulan como oscilaciones, encrespándose, ahuecándose, formando nuevas olas. De ellas brincan figuras múltiples y cristalinas como copos de nieve, resplandores que se expanden por dimensiones múltiples, aletean, fluctúan, danzan en el cambio eterno; este lenguaje, esta música, me hablan. Lejos, inmanente, central, exterior, el gran ordenador sostiene la matriz de nuestros seres, los vivifica, los envía a sus órbitas y los llama a casa. Pero es a petición nuestra. Nosotros somos lo que ocurre, la unidad, el dios.

Nosotros. Las mentes se estiran, se tocan, se unen. Aquí está Phyllis, mi maestra humana, quien me acompañó por primera vez a lo largo de los límites. Tengo su autoimagen, pequeña, oscura, de pelo largo, aunque opaca porque ella no está pensando en su cuerpo. Reconozco la dulzura, la paciencia, la firmeza. De pronto comparto su interés en la armonía táctil y en el láser-polo de microgravedad. Su tibieza me envuelve.

Y aquí está Nils. Aun sin imagen ni nombre, reconocería esa risa. Somos buenos amigos, a veces fuimos amantes.

¿Nunca quisiste ser más que eso, Nils? ¿La inmortalidad y la invulnerabilidad generan temor ala permanencia?

Tú perteneces a una época muerta, querida. Debes liberarte de ella. Te ayudaremos.

¿Por qué siento frío, aquí donde el espacio es una ficción y el tiempo una inconstante?

No, esto no eres tú, Nils. No he captado antes tus pensamientos, pero sin duda no flotarían así, libres de toda emoción.

Tienes razón. No estoy en la red. Éste es mi doble, la configuración simplificada de mi mente. Cuando me reúno con ella, me enriquezco mediante lo que ha aprendido mientras yo no estaba. (Cada vez te encontraba más obtusa y superficial No tenía valor para decírtelo, pero ahora no hay motivo para ocultarlo.)

La emoción me indica que Faunus —glándulas, nervios, toda la herencia animal— está físicamente enlazado conmigo.

Anímate, Flora. Tienes opciones ilimitadas. Evoluciona con nosotros.

Otra mente surge. También es incorpórea, pero para siempre. Cierta benevolencia resplandece aún (pues los recuerdos de pérdida y pesar resplandecen como sombras, aunque nadie los sienta) para exhortarme: *Contempla.*

Fue un físico que soñaba con descubrimientos. Ya se había logrado la unificación, se había escrito la gran ecuación. Desafiante, él abrigaba sus esperanzas. Sabía muy bien que era improbable que alguna ley permaneciera desconocida, que algún experimento arrojara un resultado no explicado por la síntesis. Pero la prueba absoluta del conocimiento absoluto es imposible. Y si nunca tropezaba con un fenómeno esencialmente nuevo, el interjuego de los cuantos debía presentar sorpresas que él pudiera indagar.

El sistema de ordenadores se perfeccionó a sí mismo. Nada que ese hombre hubiera descubierto con sus más potentes y sutiles instrumentos estaba fuera del alcance del sistema. Podía predecir de antemano, con todo detalle, todo lo que él pudiera encontrar en los laboratorios. Su ciencia había llegado al final de la búsqueda.

El hedonismo ocioso le desagradaba. Inventó un artefacto para cerrar el cuerpo mientras introducía en el sistema los programas de su mente.

¿Eres feliz?

Tu pregunta no tiene sentido. Estoy ocupado. Participo en operaciones, soy uno con los logros. Dispongo de tiempo para actuar a voluntad. Pues puede llevar una hora planificar el clima terrícola con un año de anticipación, con las medidas necesarias para frenar el caos; puede llevar un día diseñar una extensión de la Red o computar el destino de una galaxia a diez mil millones de años luz sobre la que se han acumulado datos suficientes; pero cada bit de información procesada es

un acontecimiento, y para mí esas horas son como un millón de años o más. Luego puedo descender al ritmo del pensamiento humano y aprender qué ocurrió mientras estaba transfigurado. Medito sobre ello. Es pequeño pero interesante. Magnifícate, Flora, y al fin compartirás el esplendor, promete la sombra.

Phyllis me da a entender que pocos desean semejante destino. Permanecerán orgánicos, aunque abiertos al cambio. El enlace es placer, entendimiento, desafío. Unidos, comprendemos lo que no podemos comprender individualmente, acerca de cada uno y del cosmos. Regresamos con nuestras revelaciones y las remodelamos por separado. Surgen nuevas artes, aptitudes, filosofías, gozos, novedades para las cuales no hay viejos nombres. Así nos ampliamos y nos realizamos.

Ven. Inténtalo. Entrega lo que eres para averiguar qué eres.

Me fundo con Phyllis, Faunus, el fantasmal Nils. Somos una identidad que no existía antes. Soy la esclava que ganó la libertad, maestra y deportista, fotoescultora y sibarita, matemática aficionada y atleta profesional. Necesitaremos muchas uniones para limar las asperezas y crear una sola criatura.

Un torbellino, un giro, un paso en la danza. Otros han estado con nosotros. Me retiro y me fundo de nuevo. Soy una criada que llegó a reina, una habitante del mar con agallas, imaginadora profesional, personalidad artificial diseñada por la totalidad en conjunción con el ordenador...

Vuelan juntos, se pierden, la mente colmena arde y truena...

¡No! ¡Dejadme salir! Caigo por corredores largos y resonantes. El miedo aúlla a mis talones. Me persigue.

Estaba sola, salvo por el aparato médico que la cuidaba. Por un instante sólo tembló. El aliento le raspaba la garganta. La transpiración era fuerte.

El terror se esfumó. La sensación de pérdida inefable que siguió fue más profunda y duradera. Sólo cuando eso también se disipó cobró fuerzas para sollozar.

Lo lamento, Phyllis, Faunus, Nils, todos, dijo a la habitación vacía. Vuestras intenciones eran buenas. Yo quería integrarme, hallar sentido en este mundo vuestro. No puedo. Para mí, transformarme en lo que me debo transformar sería destruir todo lo que soy, todos los siglos y la gente olvidados por todos los demás y la camaradería secreta que me formó. Nací demasiado temprano para vosotros. Ahora es demasiado tarde para mí. ¿Podéis entenderlo, y perdonarme?

9

Se reunieron en la realidad. No se puede abrazar una imagen. La fortuna los favoreció. Pudieron usar una casa de la reserva de control del lago Mapourika, en la isla Sur de lo que Hanno aún llamaba Nueva Zelanda.

El tiempo era tan acogedor como el lugar. Se reunieron alrededor de una mesa de picnic. Hanno recordó una reunión similar bajo otro cielo, mucho tiempo atrás. Aquí la hierba bajaba hacia aguas remansadas que reflejaban el bosque y las blancas montañas. Las fragancias del bosque crecían mientras se elevaba el sol. Desde el cielo llegaba el canto de los pájaros.

Los ocho compartían la serenidad de la mañana. El día anterior habían tronado las pasiones. En la cabecera de la mesa, Hanno dijo:

—Tal vez no sea necesario que hable. Parece que estamos de acuerdo. No obstante, es preciso conversar con calma antes de tomar una decisión.

»No tenemos un hogar en la Tierra. Hemos intentado adaptarnos, y la gente intentó ayudarnos, pero al fin afrontamos el hecho de que no podemos ni podremos nunca. Somos dinosaurios en la era de los mamíferos. Aliyat sacudió la cabeza.

—No, somos humanos —declaró amargamente—. Los últimos que quedan con vida.

—Yo no diría eso —replicó Macandal—. Ellos están cambiando con una celeridad que nos deja rezagados, pero yo no sería tan presuntuosa como para definir qué es humano.

—Irónico —suspiró Svoboda—. ¿Lo habríamos previsto? Un mundo donde al fin pudiéramos darnos a conocer sería necesariamente un mundo totalmente distinto de todo lo anterior.

—Autocomplaciente—dijo Peregrino—. Volcado en sí mismo.

—Tú también eres injusto —respondió Macandal—. Están sucediendo cosas increíbles. Simplemente, no son para nosotros. La creatividad, el descubrimiento, se han desplazado hacia... el espacio interior.

—Quizá —susurró Yukiko—. ¿Pero qué encuentran allí? Vacío. Falta de sentido.

—Desde tu punto de vista —replicó Patulcio—. Admito que yo también soy desdichado, por mis propias razones. Aun así, cuando los chinos dejaron de recorrer los mares, bajo los Ming, no dejaron de ser artistas.

—Pero ellos ya han navegado más —dijo Tu Shan—. Hoy los robots nos hablan de un sinfín de nuevos mundos entre los astros, y a nadie le importa.

—La Tierra es muy especial, como debimos suponer desde siempre —le recordó innecesariamente Hanno—. Por lo que sabemos, el planeta más cercano donde podrían vivir seres humanos en un ámbito natural está a casi cincuenta años-luz. ¿Para qué montar un enorme esfuerzo para enviar a un puñado de colonos tan lejos, tal vez hacia su condenación, cuando todos están satisfechos aquí? —Para que de nuevo pudieran..., pudiéramos vivir nuestra vida en nuestro propio suelo —dijo Tu Shan.

—Una comunidad —intervino Patulcio.

—Si fracasamos, podemos buscar en otra parte —dijo Svoboda—. Cuando menos, allá seríamos humanos, actuando y arriesgándonos por nuestra cuenta.

Dirigió a Hanno una mirada desafiante. Los demás también se volvieron hacia él. Aunque hasta entonces Hanno no había mencionado sus intenciones, sus palabras no sorprendieron a nadie. Aun así, fueron como una espada desenvainada de golpe.

—Creo que puedo conseguir una nave.

10

La conferencia no era una reunión de personas, ni siquiera de imágenes. La representación de Hanno recorrió el globo y sus ojos vieron caras fluctuantes, pero esto era un mero suplemento, un diminuto ingreso de datos adicionales. Algunas de las otras mentes estaban enlazadas por ordenador, o en contacto directo entre sí, en ocasiones o todo el tiempo. Otras eran electrónicas. Él no pensaba en ellas por el nombre, aunque conocía nombres, sino por la función; y la misma función a menudo hablaba con diferentes voces. Aquello a lo que Hanno se enfrentaba, aquello que lo envolvía, eran los intelectos que regían el mundo.

Hemos recorrido un largo camino desde Richelieu, pensó Hanno. Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Sí, es posible construir esa nave espacial —dijo el Ingeniero—. De hecho, se dibujaron diseños preliminares hace más de un siglo. Se indicaba la magnitud de la empresa. Precisamente por eso no se llevó a cabo.

—No puede ser muy distinta de la que usé para recorrer el Sistema Solar —protestó Hanno—. Y las naves reboticas ya alcanzan la velocidad de la luz.

—Tendrías que haber estudiado el tema con más detenimiento antes de elevar tu propuesta.

Hanno se mordió el labio.

—Lo intenté.

—Es transhumanamente complejo —concedió el Psicólogo—. Incluso nosotros nos valemos sólo de un resumen semitécnico.

—Los principios básicos son obvios —dijo el Ingeniero—. Los robots no necesitan soporte vital ni las comodidades necesarias para la cordura humana. La protección que requieren es mínima. Pueden Utilizar un transporte estelar de masa muy baja, con pequeña capacidad de carga. No obstante, cada uno representa una inversión sustancial, sobre todo en antimateria.

—«Inversión» significa recursos desviados de otros usos —observó el Economista—. La sociedad moderna es productiva y rica, pero no infinitamente. Hay proyectos más inmediatos, y muchos opinan que deberían iniciarse.

—El mero tamaño del universo nos derrota —suspiró el Astrónomo—. Reflexionemos. Hemos recibido las primeras emisiones de robots que han viajado ciento cincuenta años luz. Pasará más tiempo antes de que tengamos noticias de los que enviamos más lejos. La presente esfera de comunicación contiene alrededor de cuarenta mil estrellas, demasiadas para enviar una nave a cada una, sobre todo cuando la vasta mayoría son enanas rojas opacas o subenanas frías. Los soles demasiado disímiles de Sol nos han defraudado. Es verdad que el torrente de descubrimientos científicos ya supera la celeridad con que podemos asimilarlos; pero el público no ve en ellos nada estimulante, nada que se pueda considerar una revelación revolucionaria.

—Sé todo eso, claro que lo sé... —balbució Hanno.

—Pides una nave tripulada que pueda alcanzar las mismas velocidades —interrumpió el Ingeniero—. Concedo que, por muy longevo que seas, otra cosa no tendría sentido. Aun para un puñado de personas, sobre todo si aspiran a fundar una colonia, el casco debe ser espacioso, con la masa correspondiente; y la masa de sus necesidades excederá esa cifra por un factor enorme. Esas necesidades incluyen sistemas láser y sistemas magnetohidrodinámicos capaces de protegerlas contra la radiación y de absorber suficiente gas interestelar para el motor de reacción. El motor, a su vez, consumirá una cantidad de antimateria que agotará nuestras reservas en el Sistema Solar durante años. No se produce con rapidez ni con facilidad.

»Más aún, las naves robóticas están estandarizadas. El diseño que tienes en mente exige partir desde cero. El trabajo preliminar almacenado en la base de datos indica cuánta capacidad informática consumirá..., la suficiente para impedir otras operaciones. Asimismo, la producción no puede utilizar partes ni instalaciones existentes. Hay que crear nuevas plantas nanotecnológicas y mecánicas, y toda una nueva organización. El tiempo entre el inicio y la partida puede durar una década, durante la cual, diversos elementos de la sociedad soportarán notables inconvenientes.

»En síntesis, deseas imponer un gran coste a la humanidad con el objeto de enviar a unos pocos individuos a un planeta distante que quizá sea habitable. Sí, pensó Hanno, es una empresa que haría palidecer las pirámides. Y al cabo de un tiempo los faraones dejaron de construir pirámides. Era demasiado costoso. Nadie estaba ya interesado.

—Estoy al corriente de lo que habéis explicado —declaró en voz alta, con una sonrisa forzada—, al menos de manera general. También sé que el mundo actual puede realizar la tarea sin imponer penurias a nadie. No seáis despectivos. Debéis hallar algún mérito en mi idea, de lo contrario no celebraríamos esta reunión.

—Los supervivientes sois únicos —murmuró el Artista—. Aún hoy conserváis cierto atractivo, y un interés especial para quienes se preocupan por nuestros orígenes.

—¡Y nuestro destino! —exclamó Hanno—. Hablo del futuro, el de toda la humanidad. La Tierra y el Sol no durarán para siempre. Podemos volver inmortal a nuestra especie.

—La humanidad se las verá con los problemas geológicos cuando aparezcan —dijo el Astrónomo—. No surgirán durante miles de millones de años.

Hanno se abstuvo de comentar: Creo que todo lo que llamamos humano ya estará extinguido, aquí y entonces. ¿Muerte, transfiguración? Lo ignoro. No me importa.

—La idea de una colonización interestelar en gran escala es ridícula —sentenció el Economista.

—Si se pudiera hacer —sugirió el Astrónomo—, ya se habría hecho, y lo sabríamos.

Sí, he oído ese argumento una y otra vez, desde el siglo veinte en adelante. Si existen los Otros, ¿dónde están? ¿Por qué sus robots exploradores, al menos, nunca visitaron la Tierra? Nosotros demostramos interés suficiente para estudiar a esos *sapiens* primitivos que hemos encontrado. Lo poco que aprendimos influyó en nuestro pensamiento,

nuestras artes y nuestros espíritus de manera sutil, tal como África influyó en Europa cuando el hombre blanco la exploró. Si tan sólo la vida y la conciencia no fueran tan infrecuentes, tan incidentales o accidentales. Creo que hoy estaríamos allá, buscando, si no hubiéramos palpado esa fría soledad.

No obstante, los Otros existen.

—Debemos ser pacientes —continuó el Astrónomo—. Parece obvio que Ellos existen. Con el tiempo, los robots llegarán allá; o quizás establezcamos comunicaciones directas antes.

A través de siglos luz. Semejante demora entre la pregunta y la respuesta.

—No sabemos cómo son —dijo Hanno—. Cómo son los diferentes Ellos. Habéis leído mi propuesta escrita, ¿verdad? Recapitulé todos los viejos argumentos, y se resumen en esto: no sabemos. Pero sí sabemos de qué somos capaces.

—Los límites de la factibilidad están contenidos dentro de los límites de la posibilidad —declaró el Economista.

—Sí, hemos estudiado tu informe —añadió el Sociólogo—. Las razones que das para efectuar esta empresa son lógicamente inadecuadas. Es verdad que algunos miles de individuos creen que les agradaría ir. Se sienten frustrados, desconcertados, desplazados, confinados, insatisfechos. Sueñan con un nuevo comienzo en un nuevo mundo. La mayoría de ellos son inmaduros y lo superarán. Y del resto casi todos son visionarios que recularían asustados si se les ofreciera la oportunidad en la realidad. Te quedan algunas veintenas por cuya comodidad emocional quieres que toda la sociedad pague un alto coste en sustento común.

—Son los que importan.

—¿De veras, cuando son tan egoístas que someterán a sus descendientes (pues se reproducirán si sobreviven) a peligros y privaciones?

Hanno sonrió con hostilidad.

—Todos los padres tomaron siempre esa decisión. Está en la naturaleza de las cosas. ¿Negaríais a vuestra especie las oportunidades, los descubrimientos, los nuevos modos de pensar, trabajar y vivir que esta civilización obstruye?

—Tienes algo de razón —concedió el Psicólogo—. No obstante, debes reconocer que el éxito no está garantizado. Por el contrario, es una apuesta peligrosa. Aún no está demostrado que ese puñado de planetas

con ámbito y bioquímica parecidos a los terrícolas no constituyan una trampa mortal a largo plazo.

—Podríamos ir más lejos si es necesario. Tenemos tiempo. Lo que necesitamos es utilizarlo en algo que merezca la pena.

—Sin duda hallaríais maravillas —dijo el Artista—. Tal vez podríais entenderlas y comunicarlas de maneras que no son posibles para los robots.

Hanno asintió.

—Sospecho que la vida inteligente sólo se puede comunicar plenamente con sus iguales. Tal vez me equivoque, ¿pero cómo lo sabremos sin intentarlo? Incorporamos nuestras limitaciones y las limitaciones de nuestro conocimiento a las máquinas y sus programas. Sí, aprenden, se adaptan, se modifican según la experiencia; las mejores piensan, pero siempre como máquinas. ¿Qué sabemos sobre las experiencias que ellas no pueden manejar? Quizá la teoría científica esté completa, quizá no, pero en todo caso nos aguarda un vasto universo. Demasiado vasto y pleno para que resulte previsible. Necesitamos más de una raza de exploradores.

El ingeniero frunció el ceño.

—Conque insistes en tu petición. ¿Creías que los argumentos eran nuevos? Los han citado una y otra vez, y fueron rechazados por insuficientes. La probabilidad de éxito y el valor de todo éxito que se alcanzara son demasiado leves en relación con el coste.

Hanno se inclinó hacia delante. Parecía un acto extraño en esa conversación incorpórea.

—Aún no he citado mi nuevo argumento —dijo—. Esperaba que no fuese necesario. Pero... la situación ha cambiado. Tratáis con nosotros, los supervivientes. Vosotros lo habéis dicho, somos únicos. Aún tenemos nuestro prestigio, nuestra mística, nuestros seguidores..., nada importante, no, pero sabemos usar esas cosas. En mi caso, recuerdo modos de armar alboroto ante los poderes constituidos. Fui un experto en eso, en los tiempos antiguos.

«Claro, un moscardón. Podéis ignorarnos. Si es preciso, podéis destruirnos. Pero eso os costará. Despertará interrogantes perturbadores. No se disiparán, porque habéis abolido la muerte y las bases de datos no olvidan. Vuestro mundo ha funcionado sin problemas durante tanto tiempo que podéis creer que el sistema es estable. No lo es. Nada humano lo fue jamás. Leed Historia.

El torbellino y la violencia, los arrecifes ocultos donde muchos imperios encallaron con su orgullo, sus sueños y sus dioses.

El Psicólogo habló con acerada impavidez:

—Es verdad que la sociodinámica es matemáticamente caótica.

—No quiero amenazaros —declaró Hanno—. De hecho, yo también temería el resultado. Podría ser pequeño, pero podría ser enorme. En cambio... —rió forzadamente—, los descontentos fueron siempre un producto de exportación favorito de los gobiernos. Y será una empresa aventurera y romántica en una época en que la aventura y el romanticismo han desaparecido excepto en los espectáculos de sombras electrónicas. La gente la disfrutará, la respaldará... el tiempo suficiente para que parta la nave. Las celebraciones en vuestro honor os resultarán muy útiles en cualquier otra cosa que hagáis. Luego... —extendió las palmas—, quién sabe. Tal vez sea un fracaso total. Tal vez sea una abertura hacia todas partes.

Un silencio vibrante.

La calma del Administrador fue como un puñetazo.

—Habíamos previsto tu reacción, también. Hemos sopesado los factores. La decisión es positiva. La nave se lanzará.

¿Así, sin más? ¿En un solo instante, la victoria?

Bien, pero los ordenadores pueden haber reflexionado el equivalente de miles de años humanos mientras yo hablaba.

¡Oh, Colón!

—Hay condiciones. Aun con animación suspendida, la masa de una cincuentena de colonos, con provisiones y equipo, es excesiva, cuando las probabilidades son tan pobres. Los ocho supervivientes iréis solos. Desde luego, tendréis un complemento de robots, incluidos los modelos sin personalidad, inteligentes y versátiles pero dóciles, hacia los que no podéis desarrollar hostilidad. Contaréis con el material que sea necesario. Si vuestra empresa prospera, quizá muchos más os sigan algún oía en naves más lentas. Espero que esto te parezca razonable.

—Sí... —Y el simbolismo de la decisión, astuto. Por Dios, me alegrará escabullirme de un sistema que lo calcula todo.

Pero no debía ser ingrato.

—Sois muy generosos. Siempre lo habéis sido con nosotros. Gracias, gracias.

—Agradéceselo a la sociedad. Tú piensas como

si fuéramos reyes, pero el poder personal es obsoleto.

Supongo que es verdad. Tan obsoleto como el alma personal.

—Más aún —continuó el Administrador—, no iréis al planeta sugerido en tu informe. Está a menos de cincuenta años luz, pero las diferencias de distancia en ese orden de magnitud son irrelevantes cuando se viaja a velocidades relativistas. Es el más conocido de los candidatos terrestroides, y por lo tanto el más prometedor. Pero existen otras consideraciones. Hablaste de exploración. Pues bien, exploraréis.

»El sol y el planeta escogidos se hallan en Pegaso, cerca del límite actual de nuestra esfera de comunicaciones. Recordarás que en esa dirección, a mil quinientos años luz de aquí, está la más cercana de esas fuentes de radiación que pueden ser civilizaciones de alta energía.

»No sabemos si en verdad existe tal cosa; las anomalías abundan. Tampoco sabemos si vuestra presencia puede adelantar significativamente la fecha de contacto. Es posible que no, pues los robots en ruta sólo han informado sobre fenómenos naturales en su marcha. Viajar a ese planeta significa que afrontaréis más incógnitas, y por ende más peligros..., aunque recibiremos información adicional sobre ello mientras vuestra nave se construye. Pero, asignando los pesos más plausibles a las diversas incertidumbres e imponderables, llegamos a la conclusión de que es mejor que vuestra expedición enfile hacia vecinos comparables a nosotros.

Tiene sentido, debí pensarlo de antemano. Pero soy un sólo hombre. Somos sólo ocho, vulnerables humanos de carne y hueso.

—¿Tú y tus colegas aceptáis estos términos?

—Sí.

Sin reservas, sí.

11

Adiós a la Tierra. Algo queda de lo que fue alguna vez: un enclave, una reserva, una restauración, criaturas pequeñas en recovecos, gente simple, arcaísmos. La mayoría de las personas son gráciles. Otorgan autorización, se retiran para crear soledad o se unen en camaradería, dan lo que pueden dar en estos últimos días.

El océano ruge, crece, sube y baja. Las olas tienen mil matices de verde y arrugas en el lomo, con crines blancas sobre los abruptos huecos. El barco se mece en su vaivén, los aparejos cantan, las velas se tensan. Estridente y helado, el viento es salobre.

Se acerca el tiempo de la cosecha. Leguas de trigo dorado susurran en la brisa ondulante. Las abejas zumban en un prado de tréboles cuyo olor dulzón impregna el aire. A cierta distancia descansan vacas de vivido

color rojo, junto a un castaño cuya copa atrapa y refleja la luz. Un terrón tibio se desmenuza en la mano.

El fulgor de las velas vuelve las caras tan suaves como la música danzarina, arroja su luz sobre la plata, la porcelana, el lino. En altas copas, burbujean las gemas del champán. Cosquilleos en el paladar. Risas ligeras alrededor de la mesa. Sopa cremosa, con el sabor picante del puerro. La fragancia de los próximos platos flota como la promesa de una francachela que durará hasta el alba.

La roja pared del cañón se eleva hacia el cielo índigo. La cruzan estrías milenarias. Peñascos azotados por el viento asoman en la ladera, pero hoy sopla con tanta calma que el graznido de un cuervo vibra en el calor. Esa negrura aletea sobre el aroma de la salvia y el enebro achaparrado, que se aferra al suelo. El verdor es menos ralo en el fondo donde reluce y susurra un arroyuelo.

Aunque los peregrinos ya no acuden al altar, una especie de piedad trasnochada lo mantiene, y abundan los recuerdos. Cerca del portal, un antiguo ciprés se aferra a una cornisa, delineado en nudosa y plateada austeridad. Desde allí se ve la montaña, más allá de un peñasco hendido por una cascada, más allá de bosquecillos y terrazas y un tejado curvo, hacia las brumas del alba, que llenan el valle y hasta las azules alturas. El aire está fresco. De pronto llama un cuclillo.

Ha parado el chubasco. Las gotas chispean en el bosque de abedules, en las hojas que tiritan arriba, en el helecho y el musgo. Los blancos troncos se elevan esbeltos como muchachas desde las sombras. Más adelante, juncos, un lago, un ciervo que mira a su alrededor sobresaltado y se aleja dando brincos. El musgo es blando y húmedo. Los aromas son verdes.

Las cosas y lugares se pueden recobrar en el futuro, pero como ilusión, una danza fantasmal de electrones, fotones, neutrones. He aquí la realidad palpable. Esta imagen de la pared vino de un puesto ribereño de tiempo atrás, aquélla se tomó cuando la gente usaba cámaras. La mesa es igualmente vieja, con la madera señalada por el uso y con dos quemaduras de cigarro. El resto del mobiliario también es acogedoramente decrépito. El libro tiene peso, sus páginas manchadas se quiebran entre los dedos, el nombre garabateado en la solapa está borroso, pero no olvidado.

Ya no hay cementerios. La muerte es demasiado rara, la tierra demasiado preciosa. Los documentos funerarios de los humildes duraban poco de todos modos. Uno busca a tientas —en una ciudad que se ha vuelto exótica, en un retazo de campiña donde la hierba y las flores silvestres han recobrado los cultivos— y se queda allí un rato, sin sentirse solo, antes de musitar:

—Ahora adiós, y gracias.

12

El fuego creaba un viento que impulsaba la *Piteas.* El Sol se encogía a popa, despacio al principio, bajo la aceleración lenta, apenas un astro más brillante cuando la nave se aproximó a Júpiter.

Las estrellas llenaban esa vasta noche con fulgores radiantes y parejos, blancos, azulados, amarillentos, rojizos. La Vía Láctea surcaba el firmamento como un río de escarcha y luz. Las nebulosas relucían en la muerte y el nacimiento de los soles. Al sur resplandecían las Nubes de Magallanes. Exquisita en la lejanía, titilaba una galaxia en espiral.

Hanno y Svoboda miraban el espléndido cielo desde el centro de mando.

—¿En qué piensas? —preguntó Hanno.

—En los grandes virajes —respondió Svoboda en voz baja.

—¿Qué?

—Esta maniobra que debemos realizar. Claro que no es absolutamente irrevocable. Aún podríamos regresar..., nos queda tiempo, ¿verdad? Pero lo que ocurrirá pronto, el cambio de curso, es como..., no sé. Ni el nacimiento ni el matrimonio ni la muerte. Algo igualmente extraño.

—Creo entenderte —asintió— aunque soy un pragmático incorregible. Peregrino, por cierto, te entiende. Me comentó que él y Corinne planean una ceremonia. Tal vez todos debiéramos asistir. Svoboda sonrió.

—Rito de pasaje —murmuró—. Debí darme cuenta de que Peregrino lo entendería. Espero que me reserve un papel.

Hanno frunció el ceño. Todos habían formado parejas informales y más o menos tácitas, Hanno con Svoboda, Peregrino con Macandal, Patulcio con Aliyat, Tu Shan y Yukiko renovando su alianza. Claro que todos habían tenido relaciones mutuas. Era inevitable que hubieran cambiado en ocasiones, durante la prolongada duración de su mascarada. Pero desde entonces habían estado más separados que juntos. ¿A cuántos peligros emocionales se enfrentaban en este viaje? Quince años de travesía, sin saber qué aguardaba al final...

Al margen de las separaciones, una pareja adquiría bastante sensibilidad mutua al cabo de siglos. Svoboda cogió la mano de Hanno.

—No te preocupes —le dijo en el inglés americano que era la lengua muerta favorita de ambos—. Sólo tengo en mente un... acto solemne. Necesitamos salir de nosotros mismos. Es un error llevar nuestras mezquindades a las estrellas.

—Pero lo haremos —dijo Hanno—. No podemos evitarlo. ¿Cómo puedes evitar ser lo que eres?

13

Los campos protectores desviaron la radiación de partículas cuando la *Piteas rozó* Júpiter. El planeta apoyó su manzana gravitatoria en la nave y la arrancó de la eclíptica, impulsándola al norte, hacia Pegaso. A bordo sonaba un tambor, se celebraba una danza, una canción invocaba a los espíritus.

A distancia segura, salieron los robots. Trabajando alrededor del casco, desplegaron estructura con la pala y la cámara flamígera. A estas alturas, el impulso del motor cohete les había dado considerable velocidad. La interacción con el medio interestelar cobraba relevancia. Por pautas terrícolas ese medio era un vacío que promediaba un átomo por centímetro cúbico, sobre todo de hidrógeno. Pero un ancho embudo viajando a gran velocidad recogería mucha materia. Cuando los robots regresaron adentro, la *Piteas* semejaba un torpedo atrapado en la red de un pescador gigante.

Los tripulantes enfocaron el haz láser hacia la Tierra, pronunciaron pequeños discursos, recibieron buenos augurios ceremoniales.

Los iones y energías que los rodearían pronto bloquearían las comunicaciones electromagnéticas. Los neutrinos modulados atravesaban esa barrera y la *Piteas* podía recibirlos, pero los haces que podía irradiar se dispersaban demasiado pronto. La enorme instalación que era capaz de despachar un mensaje identificable a cientos o miles de años luz se fijó en su sitio, apuntando a blancos remotos que tal vez al final respondieran.

A través y más allá de la red, hasta miles de kilómetros, los campos cosechadores cobraron existencia. Sus intrincadas, potentes y precisas fuerzas se entrelazaron, una configuración cambiante modelada por los ordenadores de control y lo que ellos recibían por los sensores. Nuevos haces láser brotaron como espadas de la proa de la nave, separando los electrones del núcleo. Los campos capturaron el plasma y lo barrieron hacia atrás, lejos del casco; el impacto sobre el metal habría liberado rayos X en una concentración letal. El gas fue a popa, hacia la cámara flamígera, que era un vórtice magnetohidrodinámico.

Otro motor inmaterial liberó parte de la antimateria que llevaba suspendida, la ionizó, la descargó en el remolino y el gas estelar. Las partículas chocaron, se aniquilaron, se transformaron en energía, la conversión máxima, nueve veces 10^{20} ergios por gramo. Esa furia encendió reacciones de fusión en otros protones, y las continuó. Detrás del escudo de popa de la *Piteas* ardía un sol diminuto.

Impulsados por ese sol, los campos arrojaban el plasma hacia atrás. La reacción empujaba la nave. La tripulación recobró el peso, una gravedad terrestre de aceleración, novecientos ochenta centímetros por segundo añadidos cada segundo a la velocidad.

Con esa aceleración creciente, en menos de un año los viajeros recorrerían medio año luz de distancia, y se acercarían a la velocidad de la luz.

14

Nada natural podía guiar esa nave. Se guiaba a sí misma, un conjunto de sistemas conectados en una unidad tan compleja como un organismo viviente, manteniendo un movimiento externo y un ámbito interno. Los humanos se transformaron en pasajeros que ocupaban su tiempo como mejor podían.

Los aposentos eran crudamente funcionales, ocho cámaras individuales, un gimnasio, un taller, una cocina, un comedor, una sala común, instalaciones auxiliares como cuartos de baño y una cámara de sueños. Volver esos aposentos más acogedores complacía a quienes tenían ese talento. Yukiko propuso comenzar por la sala común.

—Es donde estaremos juntos —dijo—. No sólo para buscar diversión y compañía. También para compartir problemas, comunión o adoración.

Hanno asintió.

—Nuestra plaza del mercado —convino—. Y los mercados comenzaron con templos.

—Bien —advirtió Tu Shan—, será mejor que planifiquemos las cosas para que la decoración no interfiera con el uso.

Los tres se reunieron allí una noche. La nave mantenía el inmemorial ciclo terrícola de día y noche, el reloj cuyo ritmo regía la vida y su evolución. Gradualmente cobraría el ritmo del mundo de destino. Habían cenado y los demás se habían ido a descansar o a recrearse. En el corredor, el crepúsculo se disolvía en la oscuridad. Pronto se encenderían las suaves y espaciadas luces de los pasillos.

Tu Shan colgó una caja de soportes que él había forjado, con forma vegetal.

—Pensé que primero tallaríamos decoraciones allí—señaló Hanno.

—Quiero ponerle tierra y cultivar flores —explicó Tu Shan—. Luego haré una baranda ornamental y la añadiré.

Yukiko le sonrió.

—Sí, tú necesitas flores —convino—. Cosas vivas. —Bajo sus manos crecía una pintura mural, un paisaje con colinas, una aldea, bambú, un cerezo floreciente en primer plano.

—Tallaré la baranda con formas de animales. —Tu Shan suspiró— Lástima no tener animales a bordo. —Sus patrones ADN reposaban en el banco de datos. Algún día, si todo andaba bien, habría síntesis, tanques de cultivo, liberación.

—Sí, echo de menos los gatos de mi nave —admitió Hanno—. Pero un marinero se acostumbraba a prescindir de muchas cosas. Así era más feliz al regresar a la costa. —Entrelazaba cuerdas en nudos que colgaría de ciertas partes. El diseño fenicio armonizaría con el motivo asiático. Echó una ojeada al mural—. Es adorable.

Yukiko inclinó la cabeza.

—Gracias. Una mala copia, me temo, de lo que recuerdo de un edificio que pereció hace siglos..., antes de que las cosas se registraran para evocarlas a voluntad con imágenes sensorias totales.

—Tendrías que haberlo hecho en la Tierra.

—Nadie parecía interesado.

—¿O habías perdido el ánimo? No importa. Lo emitiremos desde nuestro planeta. Es tan especial como lo que podamos encontrar allá. —Su identidad física había ido tiempo atrás al banco de datos, y los materiales a los procesadores nanotecnológicos, para ser convertidos en lo que se necesitara para el próximo proyecto.

Aliyat sostenía que la idea era tonta. Nadie quería pasar quince años mirando una imagen inmutable. ¿Para qué hacerla, destruirla y reemplazarla cuando los paneles de proyección podían crear al instante miles de simulacros?

—Creo que, antes de llegar, nuestros amigos aceptarán que verdaderamente esta obra valía la pena —añadió Hanno.

—Amablemente me permiten dedicarme a mi pasatiempo —dijo Yukiko.

—No, vale la pena por sí misma. Es más que un pasatiempo. Podríamos inventar muchas otras diversiones. Sin duda lo haremos. Si es necesario, podemos limitarnos a esperar. Un año transcurre rápidamente cuando has vivido cientos o miles.

—A menos que sucedan muchas cosas —observó Tu Shan. Hanno asintió.

—Es verdad. No pretendo entender a qué aluden los físicos al hablar de tiempo. Pero para la gente no se trata de tantas unidades de medida, sino de acontecimientos y experiencias. Un hombre que actúa intensamente y muere joven ha vivido más tiempo que uno que envejeció en una dócil monotonía.

—Tal vez el viejo buscaba el camino hacia la sabiduría —aventuró Yukiko. Bajó el pincel. Añadió con tono preocupado—: Para mí, nunca fue posible. Mis años de tranquilidad terminaban por ser una carga. Es el castigo de no envejecer. El cuerpo no afloja las riendas del espíritu.

—La naturaleza nos destinó a morir, a dejar el paso libre, a legar nuestras adquisiciones a las nuevas generaciones —reflexionó Tu Shan—. Pero la naturaleza forjó nuestra especie. ¿Somos monstruos, engendros? Hoy todos son como nosotros. ¿Debe ser así? ¿O el precio será el alma de la especie?

Hanno seguía trabajando con sus nudos.

—Lo ignoro —respondió—. Ni siquiera sé si tus preguntas significan algo. Los supervivientes somos únicos. Nacimos en medio de la vejez y la muerte. Las esperábamos para nosotros.

»Las soportamos una y otra vez en todos los que amamos, hasta que nos encontramos unos a otros; y allí no terminaron las pérdidas. El mundo primitivo nos modeló. Mirad lo que hacemos aquí. Tal vez por eso viajamos a las estrellas. Somos la gente más vieja que existe, pero quizá también seamos los últimos niños.

15

Una cabina sólo tenía espacio para un asiento, una cómoda que también oficiaba de escritorio con terminal, y una litera; pero la litera tenía anchura para dos. Patulcio había pegado estampas en las paredes, escenas que ya no existían en las ciudades. El equipo sónico emitía un murmullo de jazz del siglo veinte. Era la única clase de música en la que él y Aliyat se ponían de acuerdo. Los estilos posteriores eran demasiado abstractos para ella, las más antiguas melodías del Próximo Oriente evocaban malos recuerdos.

Yacían juntos, compartiendo tibieza y sudor. Pero la pasión de Patulcio siempre se agotaba deprisa; le agradaba remolonear un rato después, fantaseando o charlando, antes de dormirse o ir en busca de un refrigerio.

Aliyat se sentó, se abrazó las rodillas, bostezó.

—Me pregunto qué ocurrirá ahora en casa —le dijo.

—Por lo que sé, «ahora» significa muy poco para nosotros... ahora —respondió él con su habitual parsimonia—. Significará cada vez menos, cuanto más nos alejemos y a mayor velocidad

—No importa. ¿Por qué no pueden permanecer en contacto?

—Ya sabes. Nuestro motor impide que penetren sus haces.

Ella lo miró de soslayo. Él tenía las manos en la nuca, los ojos en el techo raso.

—Claro, pero los... neutrinos.

—Esas instalaciones son limitadas.

—Sí —dijo Aliyat con amargura—. No valía la pena construir otras para nosotros. Pero apuntando a una estrella que está a un millón de años luz... Patulcio sonrió.

—No tanto. Aunque por cierto está a considerable distancia

—¿A quién le importa? A fin de cuentas, sólo reciben un material que no pueden descifrar. Ni siquiera creen que esté destinado a nosotros, ¿verdad?

—Sí y no. Es razonable suponer que son mensajes dirigidos «a quien corresponda». A cualquiera que esté escuchando. ¿Pero por qué los remitentes serían tan semejantes a nosotros como para que pudiéramos descifrar los códigos? Además es muy posible que sean robots. Quizás estemos detectando señales destinadas a atraer más robots..., como los que nosotros enviamos hacia ellos.

Aliyat tiritó.

—¿No hay nada vivo allá?

—Lo dudo. ¿Lo has olvidado? Son los lugares extraños de la galaxia. Agujeros negros, nebulosas en condensación, matrices libres... ¿Es ése el termino? La cosmología moderna me desconcierta. Pero sin duda son ámbitos peligrosos, generalmente letales. Al mismo tiempo, cada cual es único. Sin duda todas las civilizaciones con navegación estelar envían robots para investigarlos. Se encuentran donde al cabo se reunirán las máquinas de todos. Por lo tanto, tiene sentido que las que ya están allá envíen mensajes para atraer a otras. Siempre fueron los lugares más

probables para hallar indicios de inteligencia, los mejores para que apuntáramos nuestros instrumentos.

—¡Lo sé, lo sé! —protestó Aliyat.

—En cuanto a por qué no hemos recibido ningún mensaje inequívoco de las civilizaciones originarias...

—¡No importa! ¡Quería una bocanada de aire, no una conferencia! Patulcio volvió la cara hacia ella. Arrugó las gruesas facciones.

—Lo lamento, querida. El tema me resulta fascinante.

—También me lo resultaría a mí, si ya no hubiera oído todo esto, una y otra vez. Si se pudiera decir algo nuevo.

—Y si lo dijera alguien nuevo, ¿eh? —preguntó él con tristeza—. Te aburro, ¿verdad?

Ella se mordió el labio.

—Estoy irritable.

Él eludió señalar que Aliyat no había respondido a la pregunta, pero habló con voz más incisiva.

—Sabías que dejabas atrás el torbellino social.

Ella asintió bruscamente.

—Desde luego —replicó—. ¿Crees que no aprendí a esperar, ya en Palmira? Pero eso no quiere decir que me agrade.

Movió las piernas, se levantó, cogió la bata que había dejado colgada de un gancho.

—Además, no tengo sueño. Iré a relajarme a una caja de sueños. —Dando a entender que él no la había satisfecho, que ella había fingido.

Él se incorporó.

—Vas con demasiada frecuencia —protestó sin convicción.

—Es cosa mía. —Aliyat se puso la bata, se detuvo un instante, lo miró a los ojos y desvió la vista hacia otra parte.

—Lo lamento, Gneo. Me estoy portando como una zorra. Deséame mejor humor mañana, por favor. —Se inclinó para acariciarle el vello del pecho antes de partir, descalza como había ido. La superficie de la cubierta era blanda y mullida, casi como césped.

El corredor estaba vacío y poco iluminado a esas horas. La ventilación era como una brisa susurrante. Aliyat dobló un recodo y se detuvo.

Peregrino también se detuvo.

—Hola—dijo Aliyat en inglés americano—. Hace mucho tiempo que no te veo. —Sonrió—. ¿Adonde ibas?

16

Cuanto más se acercaba *la. Piteas* a la velocidad de la luz, más disímiles se volvían la nave y el universo exterior. A nadie le interesaba mirar mucho tiempo por los visores. El interior del casco se transformó en un conjunto de cuevas, lugares tibios, brillantes y acogedores. Escapaban del apiñamiento en los trabajos que podían descubrir o realizar; en deportes, juegos, ejercicios, lecturas, música, espectáculos, distracciones tradicionales; en las pseudovidas que el ordenador generaba para quienes se enlazaban con él.

Las circunstancias no eran malas. La mayor parte de la humanidad, durante la mayor parte de la historia, las habría considerado paradisíacas. Aun así, como una vez había insinuado Hanno, era una suerte que para los inmortales un año pudiera ser un período breve. Y tal vez eso fuera especialmente cierto de los supervivientes. ¿Algún humano moderno había vivido el tiempo suficiente? ¿Alguno aprendería cómo afrontar tiempos difíciles, especialmente los tiempos difíciles del espíritu? ¿Era una duda subliminal sobre eso la razón subyacente por la cual nadie se había aventurado en semejante viaje?

Fuera como fuese, empezaron a amar los desafíos. Feacia —Hanno sugirió el nombre— no era la Tierra. Los exploradores robóticos indicaban un extraordinario grado de similitud: sol, órbita, masa, composición, rotación, tectónica, satélite; muchísimos factores parecían necesarios para engendrar una bioquímica semejante a la terrícola. Tales mundos eran muy pocos (aunque «pocos», dado el tamaño de la galaxia, podían ser cientos). Pero nada era idéntico y tal vez muchos factores fueran absolutamente extraños. La ausencia de vida consciente era sólo la diferencia más visible para los humanos, y quizá la menos importante. Más aún, Feacia era menos conocida que el destino que Hanno tenía originalmente en mente. Estaba a ciento cincuenta años luz de la Tierra, cerca del límite de la esfera de comunicaciones. Hasta entonces una sola misión había llegado allá y, cuando partió la *Piteas* se habían recibido informes durante doce años. Era un mundo tan variado y misterioso como la Tierra en su prehistoria.

Los robots aún investigaban. La *Piteas* no podía recibir los mensajes durante el viaje, pero ellos le pasarían todos sus datos cuando llegara. Sin duda les esperaban muchas sorpresas. Los viajeros quizá pasaran un año en órbita, asimilando información, antes de descender a la superficie. Entretanto, ¿por qué no practicar? Familiarizarse con el material era de

una prudencia elemental, aunque fuera incompleto y a menudo erróneo; convenía tener la experiencia de antemano, aunque en cierto modo fuera ilusoria.

El gimnasio resultaba irreconocible. Arriba se arqueaba un cielo virginalmente azul, excepto por las nubes que parecían hálitos de las montañas nevadas. La campiña mostraba el verdor de hojas que no eran de verdadera hierba; los árboles se mecían en un viento que olía a sol y resina; en el aire revoloteaban criaturas aladas, y a lo lejos galopaba una manada de bestias veloces y gráciles. Peregrino recordó Jackson Hole tal como había sido una vez. Se le partió el corazón. Dominándose, se agachó para coger una piedra del manantial que borboteaba a sus pies. Titilaba como cuarzo, y su contacto era frío. Sí, pensó, será mejor que repase mi geología.

—Cortad leña —ordenó Tu Shan a los robots. Y Señaló—: Allá. Ved si podéis hacer tablones.

—De acuerdo —respondió el capataz, y él y su cuadrilla se marcharon con sus proyectores de energía, sus reactantes fluidos y sus herramientas sólidas.

Peregrino volvió la cabeza hacia sus compañeros. El peso del casco de inducción le recordó que no estaba en una caja de sueños. Presuntamente estaba adiestrando todo su organismo; pero estaba en un sitio que sin duda no existía tal como se lo presentaban. Bien, podía creer que algo parecido existía en ese nuevo mundo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Necesitaremos madera apta para la construcción, dondequiera que decidamos instalarnos —explicó Tu Shan—. No queremos depender de los malditos sintetizadores, ¿verdad? ¿No fue por eso que dejamos la Tierra? —Sonrió, entornó los ojos, dilató las fosas nasales, aspiró—. Sí, me gusta este lugar.

—¡Aquí no podrás sembrar! —exclamó Peregrino.

Tu Shan lo miró sorprendido.

—¿Por qué no? —Habrá muchos otros. Estaría... mal.

Tu Shan frunció el ceño.

—¿Cuánta superficie del planeta quieres tener para tu reserva privada, para siempre?

Peregrino se alarmó: ¿Hemos llevado las rencillas de nuestros antepasados todos estos siglos, y ahora a través de estos años luz?

17

Los nanoprocesadores tomaban cualquier material y lo transformaban átomo por átomo en cualquier otra cosa para la que tuvieran un programa. El reciclaje suministraba aire, agua, alimentos. Podían producir una comida excelente y completa, y a menudo según gustos individuales. Sin embargo, Macandal tomaba sólo los ingredientes básicos y, aparte de la bebida, preparaba cena para todos. Era una cocinera de talento, disfrutaba de la tarea y entendía que era un servicio, algo que daba sentido a su vida. No había farsa; las máquinas carecían del toque personal que necesitaba esa arcaica tripulación.

Por supuesto, lo hacían en las celebraciones. El calendario de la nave incluía muchos festivos, días sacros y ceremonias nacionales que la Tierra había olvidado, aniversarios íntimos, ocasiones especiales relacionadas con el viaje. Cada año de travesía se contaba entre ellas. Lo medían por tiempo de a bordo, desde luego. Cuanto más rápidamente volaba la *Piteas,* más breves eran los períodos en relación con la rueda galáctica.

—Se está bebiendo demasiado —le comentó Macandal a Yukiko en la tercera de esas veladas.

Después de cenar, los ocho habían pasado del comedor a la espaciosa sala común. Habían puesto los paneles de simulacro, ocultando los murales. No había escenas de la Tierra, pues habían descubierto que podían ensombrecer el ánimo de un grupo ebrio. Patrones luminosos fluctuaban, refulgían y chispeaban en una penumbra azul violácea. No obstante, Hanno y Patulcio, copa en mano, evocaban el siglo veinte, el muy distinto siglo veinte que cada cual había vivido. Peregrino y Svoboda revivían el vals, evolucionando abrazados al son de un Strauss que sólo ellos oían por los auriculares; sus ojos también excluían el mundo. Tu Shan y Aliyat danzaban, gritando y batiendo palmas, al son de una melodía más agitada.

Arrodillándose como antaño, Yukiko bebió el sorbo de sake que se permitía. Sonrió.

—Es bueno ver jovialidad —dijo.

—Sí, sentía tensión en el aire —replicó Macandal—. Y no se ha disipado.

—... el pobre Sam Giannotti. Se empeñó tanto en meterme en la cabeza la física moderna —contó Hanno con voz gangosa—. Demonios, apenas logré comprender la física clásica. Pero al fin escribí una canción.

El sudor oscurecía las axilas de la túnica de Tu Shan y brillaba en los hombros y la espalda desnuda de Aliyat.

—Deberías unirte a la diversión —dijo Macandal.

Hanno cantó con voz desafinada:

Los cuerpos negros despiden radiación,
y deben hacerlo continuamente.
Los cuerpos negros despiden radiación,
pero siguen la teoría de Planck.

¡Devolvedme, devolvedme,
esa vieja continuidad!
¡Devolvedme, devolvedme,
oh devolvedme a Clerk Maxwell!

Yukiko sonrió de nuevo.

—Yo lo estoy pasando bien —dijo—. ¿Pero por qué no vas? Nunca fuiste una persona pasiva, como yo.

—Ja, no bromees. A tu manera, eres tan activa como cualquiera que yo haya conocido.

Tenemos funciones de Schrödinger
que dividen h Por 2π,
pero esa jodida ecuación diferencial
no tiene solución para Ψ.

¡Devolvedme, devolvedme...!

Aliyat y Tu Shan se echaron a reír. Peregrino y Svoboda giraban como en un sueño.

Heisenberg vino al rescate
para darnos alguna certeza.
¿ Qué consiguió con su afán?
Que hoy estamos del todo inseguros.

¡Devolvedme, devolvedme...!

Aliyat abandonó a su pareja, se acercó, le hizo una seña a Yukiko. Macandal se apartó. Las dos se pusieron a cuchichear.

Dirac habló de niveles de energía,

menos y más. ¡Oh qué extraño!
Ahora, por sus enseñanzas,
nuestra masa es igual a un agujero.

¡Devolvedme...!

Aliyat volvió junto a Tu Shan. Se fueron de la sala cogidos del brazo.

—Te preguntó si no te importaba, ¿verdad? —preguntó Macandal.

Yukiko asintió.

—No me importa, de veras, y sin duda ella lo recordaba. Pero fue amable al preguntármelo.

Macandal suspiró.

—Y el temperamento de él, ¿verdad? Me he preguntado..., yo también estoy un poco achispada, así que no te ofendas..., pero me he preguntado si lo amas de veras.

—¿Qué es el amor? Entre mi gente, la mayoría de la gente, lo que contaba era el respeto. El afecto normalmente nacía del respeto.

—Ya. —La mirada de Macandal siguió a la pareja que seguía bailando.

Yukiko arrugó el ceño.

—¿Estás dolida, Corinne?

—No, no. Nada pasará entre esos dos. Pero, como tú dices, no debería importarnos si es que algo nos importara, ¿eh? —Macandal soltó una carcajada—. Peregrino es un caballero. Me pedirá la próxima pieza. Puedo esperar.

¡Devolvedme, devolvedme,
esa vieja continuidad...!

18

El cosmos que veía la nave era cada vez más extraño. La luz deforme distorsionaba la imagen de las estrellas, mientras que el efecto Doppler volvía azules las de delante y rojas las de atrás, hasta que muchas dejaron de brillar en las longitudes de onda que captaba el ojo humano.

Según la medida de la nave, la masa de los átomos que recogían sus campos se incrementaba con la creciente velocidad; las distancias que

atravesaba se encogían como si el espacio se achatara bajo el impacto; el tiempo transcurría más deprisa, cada vez menos entre una pulsación atómica y la siguiente. La Piteas no alcanzaría la velocidad de la luz, pero cuanto más aceleraba, más extraña se volvía para el universo.

Yukiko era la única entre los ocho que buscaba una comunión trascendente. Se instalaba en la cámara de navegación, que no se usaría hasta que se acercara el final de la travesía, y miraba el exterior por las pantallas. Una imponencia vasta y turbadora rodeaba su coraza de silencio susurrante: negrura, fuegos anulares, estrías de esplendor.

Antes de que el espíritu pudiera indagar esa imponencia, debía hacerlo la mente. Yukiko estudiaba las ecuaciones de tensores tal como en un tiempo estudiaba los sutras, meditaba los koans de la ciencia hasta sentirse en comunión con todo lo existente, y en la visión halló paz.

No se entregó totalmente a ese ejercicio. De haber podido hacerlo, habría abandonado a sus camaradas y descuidado su deber. Ansiaba ayudar a Tu Shan, y a otros si lo deseaban, a alcanzar la serenidad que había más allá de la majestuosidad, una vez que ella se hubiera internado a suficiente hondura. No como Boddhisatva, ni como gurú, sólo como una amiga que deseaba compartir algo maravilloso.

Los ayudaría mucho en los siglos venideros.

Necesitarían todas sus fuerzas. Las penurias y peligros importaban poco, y a menudo serían satisfactorios, un regalo de esa realidad que en la Tierra se les había escabullido de las manos. Pero la soledad. Trescientos años entre un mensaje y la respuesta. ¿Cuánto más distante se habría vuelto la Tierra en trescientos años más?

Nunca los ocho habían estado tan aislados por tanto tiempo; y eso se prolongaría. No era mucho peor que el aislamiento que soportaban en la Tierra. (Y si llegaban naves enteras de colonos, si Feacia resultaba ser habitable, ¿qué tendrían en común con los Supervivientes?) Pero los afectaba más de lo que habían previsto. Forzados a mirar dentro de sí mismos, descubrían menos de lo que habían esperado.

Los horizontes y desafíos los enriquecerían. Pero quizá siempre les rondara la comprensión de que no eran verdaderos pioneros. Tampoco eran exactamente parías, sino fracasos, vestigios de una historia que ya no importaba, enviados en esa misión casi con indulgencia, en un acto de indiferente amabilidad.

Sin embargo, sus hijos podrían disfrutar del futuro que la Tierra había perdido. Yukiko se acarició el vientre. ¡Madre de naciones! Ese cuerpo no estaba condenado como el de otras mujeres, todavía hoy.

La tecnología podía mantenerte joven, pero no podía añadir un solo óvulo a aquellos con los que nacías. (Bien, claro que podría, si la gente lo deseara, pero no lo deseaba.) Su cuerpo generaba huevos como generaba dientes, durante toda su vida sin límites. (No te burles de las máquinas. Ellas te salvarán de ver nuevamente la vejez de tus hijos. Crearán la variedad genética que permitirá a cuatro parejas poblar un planeta.)

Sí, aún había esperanza. Ojalá nunca se disipara.

—Nave, infórmame sobre el vuelo —pidió Yukiko.

—Velocidad punto nueve-seis-cuatro C—cantó la voz—, densidad de materia ambiental media, uno punto cero cuatro protones, todos los parámetros de misión dentro de cero punto tres por ciento, guiando navegación por el cúmulo galáctico Virgo y siete cuásares en los límites del universo observable.

Estrellas en la lejanía,
vuelo de semillas de diente de león.
¿Qué, vuelve la primavera ?

19

Al cabo de siete años y medio de a bordo, y diez veces ese número de años celestiales, la Piteas llegó al punto medio de su travesía. Hubo un breve período de falta de gravedad cuando la nave entró en trayectoria libre, retirando láseres y campos de fuerza excepto lo necesario para proteger la vida que transportaba. El casco viró majestuosamente. Robots con grueso blindaje salieron para dar nueva configuración a la red generadora. Cuando regresaron dentro, la Piteas desplegó la pala y encendió el motor. El fuego despertó. Con una gravedad de desaceleración, la nave avanzó de popa hacia su destino. Sonaron trompetazos en el aire.

Sin duda los viajeros tenían un motivo de celebración. Macandal estuvo tres días preparando el banquete. Estaba picando y batiendo en la cocina cuando apareció Patulcio.

—Hola —saludó ella en inglés, todavía su idioma favorito—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Él sonrió levemente.

—O yo por ti. Creo que he recordado cómo era ese entrante que mencioné.

—¿De veras? —Macandal dejó el cuchillo y se tocó la barbilla—. Ah sí. Tahini algo. Lo describiste como algo sabroso, pero ninguno de los dos recordaba qué era el tahini.

—¿Cuánto más habremos olvidado? —murmuró él. Irguió los hombros y habló animadamente—. He evocado el recuerdo, al menos en parte. Era una pasta hecha de sésamo. El plato en que pensé lo combinaba con ajo, zumo de limón, comino y perejil.

—Espléndido. El nanoprocesador puede hacer sésamo, y aquí hay una trituradora, pero tendré que experimentar, y tú me dirás si ando cerca o no. Tendría que congeniar con otras hors d'oeuvres que estoy planeando. No queremos nada demasiado pesado antes del plato principal.

—¿Cuál será, o todavía es un secreto?

Macandal estudió a Patulcio.

—Lo es, pero te lo revelaré si cierras el pico. Ganso con curry.

—Delicioso, sin ninguna duda —dijo él inexpresivamente.

—¿Es todo lo que tienes que decir tú, nuestro campeón de los glotones?

Patulcio se volvió para irse. Ella le tocó el brazo.

—Espera —murmuró—. Te sientes mal, ¿verdad? ¿Puedo ayudarte?

Él miró hacia otra parte.

—Lo dudo. A menos... —Tragó saliva y torció la cara—. No importa.

—Vamos, Gneo. Hemos sido amigos durante mucho tiempo.

—Sí, tú y yo podríamos confortarnos mutuamente en vez de... ¡De acuerdo! —escupió—. ¿Puedes hablarle a Aliyat? No, claro que no. Y si lo hicieras, ¿de qué valdría?

—Suponía que era eso —murmuró Macandal—. Sus travesuras. Bien, no me alegra que Peregrino pase algunas noches con ella, pero ella lo necesita. Pienso que Hanno hace mal en ignorar las insinuaciones de Aliyat.

—Ninfomanía.

—No, no creas. Búsqueda de amor, de seguridad. Y... algo que hacer. Ya pasa demasiado tiempo en la caja de sueños.

Patulcio se golpeó la palma con el puño.

—Pero yo no soy algo que hacer, ¿eh?

—¿Ya no? También lo sospechaba. Pobre Gneo. —Macandal le tomó la mano entre las suyas—. Escucha, la conozco bien, mejor que nadie. No creo que quiera herirte. Si te elude, bien» es porque se siente... ¿avergonzada? No, más bien teme lastimarte más. —Hizo una pausa—. La llevaré aparte y le hablaré como una tía severa.

Él se sonrojó.

—No por mí, por favor. No quiero piedad.

—No, pero mereces más consideración de la que has recibido.

—El sexo no es gran cosa, a fin de cuentas.

—Una filosofía sensata —dijo Macandal—, pero difícil de practicar cuando no eres santo y tu cuerpo no envejece. Como bien sé. No podemos permitir que te tortures, Gneo. Si yo... —Cobró aliento, sonrió—. Tuvimos buenos momentos en el pasado, ¿verdad? Fue hace mucho tiempo, pero no los olvidé.

Él la miró atónito. Al cabo de un minuto tartamudeó:

—No hablas en serio. Eres muy dulce, pero no es necesario

Macandal habló con calma.

—No creas que es misericordia. Me gustas mucho. Bien, no hay prisa. Tomémonos nuestro tiempo y veamos cómo van las cosas. Dios sabe que tiempo no nos falta, y si a estas alturas no hemos aprendido a ser pacientes, más nos vale abrir las compuertas. Me refiero a todos los que vamos a bordo.

Luego añadió:

—Es una lastima que esta gran misión no nos haya vuelto dignos de ella. Somos los mismos primitivos de siempre, limitados, necios, confundidos y ridículos. Los terrícolas de hoy no tendrían nuestros problemas. Pero somos nosotros, no ellos, quienes han venido aquí.

La Piteas continuó su vuelo. Transcurrieron otros tres años y medio de a bordo antes que el universo irrumpiera como el oleaje de una tormenta barriendo la cubierta de un barco griego.

20

Fue repentino.

La melodiosa voz rebotica anunció.

—¡Atención! ¡Atención! Los instrumentos detectan la entrada de un flujo anómalo de neutrinos. Parece estar en código.

Hanno soltó un juramento de marino que no se había oído en los últimos tres mil años y saltó de la litera.

—Luz —ordenó. La iluminación bañó el cuarto, arrojando un fulgor ambarino en el pelo de Svoboda y un color tenue entre las paredes.

—¿De la Tierra? —jadeó Svoboda, irguiéndose—. ¿Han construido un transmisor?

Hanno se estremeció.

—Creo que la Piteas reconocería...

La respuesta lo interrumpió:

—La dirección de origen se está haciendo evidente. Está hacia delante y se emite por banda y no por haz. Hay modulación de pulso, amplitud y rotación. Todavía estoy observando y analizando para determinar la velocidad de la fuente y compensar el corrimiento Doppler y la dilación temporal. De hecho, el patrón parece matemáticamente simple.

—Sí, empieza por indicarnos que es artificial. —Hanno tocó el intercomunicador—. ¿Habéis oído? Reunios en el comedor. Iré allí cuanto antes. —Casi innecesariamente cogió su ropa—. ¿Quieres venir, Svoboda?

Ella sonrió con picardía.

—Intenta detenerme.

Tal vez fue igualmente superfluo buscar la sala de mando. Quizá no fuera aconsejable esperar en medio de las pantallas. La majestuosa vista podía intimidar el ánimo y obnubilar la mente. Pero estar sentados allí, cogidos de la mano, observando los números y despliegues gráficos que generaba la nave, era como mantener aferrada una realidad que de otro modo se disiparía en el vacío.

—¿Sabes algo más? —preguntó Svoboda.

—Dale una oportunidad al ordenador—rió Hanno—. Sólo ha tenido unos minutos.

—Cada minuto nuestro es como una hora exterior. ¿Y cuántos kilómetros recorridos?

—Detecto una fuente similar, mucho más débil pero fortaleciéndose —dijo la nave—. Está en el lado opuesto de nuestro curso proyectado.

Hanno escrutó un rato el cielo distorsionado.

—Sí—dijo lentamente—, creo que entiendo. Ellos saben nuestro rumbo aproximado, y han enviado mensajeros para interceptarnos. Claro que no pueden discernirlo con exactitud. Les habrán parecido posibles varios destinos y no podían prever factores tales como el combustible que

usaríamos, así que enviaron varios mensajeros, ampliamente distribuidos, para irradiar mensajes a las zonas que probablemente atravesaríamos.

—¿Ellos?

—Los Otros. Los alienígenas. Quienes sean, o lo que sean. Al fin hemos dado con una civilización con navegación estelar. O ella nos ha encontrado a nosotros.

Ella alzó los ojos embelesada.

—¿Establecerán contacto?

—No creo. Dadas las incertidumbres y las distancias, y el largo tiempo que podemos tardar en llegar, no enviarían tripulaciones vivientes. Deben de ser naves robóticas de baja masa y alto impulso, quizá fabricadas con este propósito.

Ella calló medio minuto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo al fin, casi con fastidio. —Vaya, es obvio —respondió Hanno, sorprendido—. La radiación de nuestra planta energética nos precedió sólo durante el primer año, hasta que nos aproximamos a la velocidad de la luz. No sería antelación suficiente, si se propusieran encontrarnos cuando la recibieron. No pueden vivir en las cercanías, o los habríamos detectado desde el Sistema Solar.

—¿Evidencia o engreimiento? —desafió ella—. ¿Cómo vamos a saberlo? Apenas hemos iniciado nuestra pequeña empresa en el espacio profundo. ¿Cuánto tiempo han explorado ellos? ¿Miles de años? ¿Millones? ¿Qué han descubierto, qué saben hacer?

Él sonrió preocupado.

—Lo lamento. Es un gran momento y no quiero ensombrecerlo. —Suspiró—. Pero he tenido muchos grandes sueños a través de los siglos, y la mayoría resultaron ser sólo eso. Hace tiempo que nuestros físicos decidieron que habían descubierto todas las leyes de la naturaleza, todas las posibilidades e imposibilidades. —Alzó la mano—. Entiendo que es una proposición que no puede demostrarse. Pero la probabilidad de que sea así se ha vuelto muy elevada, ¿verdad? Me encantaría saber que los alienígenas tienen alfombras mágicas más rápidas que la luz, pero no lo creo.

—Al menos —asintió de mala gana—, debemos razonar a partir de lo que sabemos. Sospecho que es mucho menos de lo que tú crees, pero... ¿Qué haremos?

—Responder.

—¡Desde luego! ¿Pero cómo? Es decir, estamos desacelerando, pero aún estamos cerca de la velocidad de la luz. Cuando esa máquina reciba

nuestra señal, ¿no habremos pasado de largo? ¿Su respuesta no tardará años en alcanzarnos?

Hanno le estrujó la mano. —Siempre fuiste una muchacha lista. —A la nave—: Queremos establecer contacto cuanto antes. ¿Qué aconsejas?

La respuesta los puso a ambos alerta.

—Eso es contingente. La transmisión se ha modificado. Se ha vuelto mucho más compleja.

—¿Quieres decir que saben que estamos aquí? ¿Dónde están?

—Estoy afinando las cifras mientras obtengo más paralaje. La fuente más cercana está aproximadamente a un año luz de nuestra ruta, casi el doble de esa distancia vectorialmente.

—¡Baal! ¿Entonces ellos pueden detectarnos al instante?

—No. No, espera, Hanno —dijo Svoboda con voz trémula—. No es preciso que sea así. Supongamos que la transmisión es automática, un ciclo. Primero una señal de alerta, luego el mensaje, luego de nuevo la señal de alerta, y así sucesivamente. No habríamos reconocido el mensaje por lo que era, lo habríamos tomado por un fenómeno natural.

—Cuando lo recibí por primera vez —dijo la *Piteas*—, entendí que era una fluctuación en el ruido de fondo, quizás interesante para los astrofísicos pero irrelevante para esta misión. El efecto Doppler lo distorsionaba haciéndolo imposible de identificar. La transmisión de baja información que siguió aclaró que no hay flujo aleatorio. También brindó datos inequívocos por los cuales se podían determinar las funciones de distorsión. Ahora las estoy compensando para reconstruir el mensaje en sí.

Hanno se relajó.

—¿Con cuánta frecuencia lo han hecho —susurró—, con cuántos otros?

—La reconstrucción aún no es perfecta, pero mejora continuamente a medida que llegan datos adicionales —continuó *Piteas*—. Como el ciclo es cortos en tiempo de a bordo, pronto tendré buena definición. El mensaje ha de ser breve, con alta redundancia, aunque también preveo alta resolución. Éste es un mapa visual.

La oscuridad ennegreció una pantalla. De golpe se llenó de gran cantidad de diminutos puntos de luz. Eran borrosos, pero pronto cobraron nitidez. Aparecieron colores en ellos, y con esa ayuda los ojos empezaron a discernir formas tridimensionales, autorrecurrentes en infinita complejidad.

—Los números primos definen un espacio de coordenadas —dijo la nave—. Los impulsos digitales identifican puntos dentro de él, y a la vez son miembros de conjuntos fractales. Esas funciones deberían brindar imágenes, pero las combinaciones correctas se deben hallar empíricamente. Mi componente matemático está efectuando la búsqueda. Cuando surja algo inteligible, tendremos pistas para obtener más refinamiento y finalmente extraer todo el contenido.

—Vaya —dijo la aturdida Svoboda—, si los ordenadores de la Tierra te pudieron diseñar a ti en sólo un año...

Aguardó, con Hanno a su lado. La danza de curvas y superficies fluía en la pantalla. Afloró una imagen que mostraba estrellas.

21

Los seis que estaban sentados a la mesa del comedor volvieron la cabeza cuando entraron ellos dos. El café y las sobras de comida, así como las ojeras y la tensión, indicaban que habían transcurrido varías horas. —Bueno —exclamó Patulcio—. ¡Ya era hora!

—Silencio —murmuró Macandal—. Han venido lo antes posible. —Su mirada añadió: Un inmortal debería ser más paciente. Pero la espera ha sido dura.

Hanno y Svoboda se sentaron cerca de la puerta.

—Tienes razón —dijo el fenicio—. Conseguir un mensaje claro y completo y decidir qué significa nos ha llevado todo este tiempo.

—Pedimos disculpas, sin embargo —añadió Svoboda—. Debimos daros informes paulatinos. No pensamos en ello, ni advertimos que pasaba tanto tiempo. No hubo ninguna revelación repentina, ningún momento preciso en que al fin supiéramos. —Sonrió fatigosamente—. Estoy hambrienta. ¿Qué hay?

—Quédate sentada —dijo Macandal, levantándose—. Tengo bocadillos. Supuse que esta sesión sería larga.

Aliyat la siguió con los ojos, como preguntando: ¿Acaso ella, en nuestro compartido desconcierto, ha vuelto al Viejo Sur, o simplemente a su viejo afecto?

—Será mejor que me traigas alguno a mí también, o tendrás que luchar por ellos a brazo partido —bromeó Hanno.

—Bien —dijo Peregrino—. ¿Qué novedades hay?

—Corinne tiene derecho a oírlo desde el principio —respondió Svoboda.

Los dedos de Peregrino aferraron el canto de la mesa. Las uñas se le pusieron blancas.

—Sí, lo lamento.

—No importa. Todos estamos fuera de quicio.

—Bien. A Corinne no le interesan los detalles técnicos —dijo Hanno—. Empezaré por allí. Con disculpas para aquellos de vosotros que tampoco tengáis interés. Como bien sabéis, no soy científico, así que será breve.

Macandal regresó cuando Hanno describía el aspecto teórico de la comunicación. Además de la comida, traía más café y una botella de coñac.

—Una celebración —rió—. ¡Espero!

Las fragancias eran como capullos en primavera.

—Sí, sí—exclamó Svoboda—. El descubrimiento del milenio.

—Más de ellos que nuestro —dijo Hanno—. De los alienígenas, quiero decir. Pero tenemos que resolver qué haremos.

Tu Shan se acodó en la mesa encorvando los gruesos hombros.

—Bien, ¿cuál es la situación? —preguntó con calma.

—Estamos recibiendo el mismo mensaje, repetido una y otra vez —explicó Hanno mientras comía y bebía—. Proviene de dos fuentes, una más cercana a nuestra ruta que la otra. Es probable que haya otras en cuyo alcance no hemos entrado. Si continuamos en nuestro curso actual, quizá los recibamos. La más cercana está a un par de años-luz. Parece hallarse estable con relación a una línea trazada entre nuestro Sol y el sol de Feacia, el camino que estamos siguiendo. La *Piteas* dice que es fácil de nacer, sólo tienen que evitar el desplazamiento orbital. Como decía antes, Corinne, todo sugiere que los alienígenas enviaron robots para mandar transmisiones continuas. Un poco de antimateria daría energía de sobra durante siglos.

—El mensaje es pictórico —intervino Peregrino.

—Bien, gráfico —continuó Hanno—. Todos lo veréis luego. A menudo, sin duda, para tratar de hallarle más significados. Sospecho que fallaréis. No hay imágenes reales, sólo diagramas, mapas, representaciones. Transmitir hacia una nave que viaja a velocidad einsteiniana, y para colmo una velocidad cambiante, debe ser un problema difícil, especialmente si los alienígenas no saben cuál es nuestra capacidad para recibir y decodificar..., ni cómo pensamos, ni muchas otras cosas sobre nosotros. Las figuras detalladas podrían resultarnos

imposibles de desentrañar. Evidentemente compusieron un mensaje simple y poco ambiguo. Eso haría yo en su lugar.

—¿Pero cuál es el lugar de ellos? —preguntó Yukiko.

Hanno optó por tomarla literalmente.

—A eso iba. Primero había muchos puntos luminosos en el espacio tridimensional. Junto a tres de ellos aparecían barras pequeñas. Luego tuvimos esos tres puntos en sucesión (deben de ser los mismos) cada cual solo y con la barra ampliada, de modo que veíamos líneas verticales en ella. Luego volvieron a enfocar los puntos de luz en general, con una línea roja entre dos de los que están marcados. Finalmente apareció otra línea, a partir de los dos tercios de longitud de la primera, hacia el tercer punto luminoso.

»Eso es todo. Cada muestra dura un minuto. La secuencia termina y se reinicia. Al cabo de dieciséis ciclos, hay una serie de destellos que se podrían traducir a puntos y guiones en ondas de sonido. Esto continúa por el mismo tiempo total, y luego volvemos a los gráficos. Y así sucesivamente, una y otra vez.

Hanno se echó hacia atrás sonriendo.

—¿Qué interpretáis?

—Eso no es justo —se quejó Patulcio.

—Hanno, no fastidies —convino Aliyat.

—Un momento. —Los oscuros ojos de Macandal centellearon—. Vale la pena hacernos adivinar. Más mentes para abordar el problema.

—La mente de la nave ya debe de haberlo resuelto —dijo Patulcio. —Incluso así,.., venga, divirtámonos un poco. Creo que esos puntos de luz representan estrellas, un mapa de este vecindario de la galaxia. Una de las tres estrellas especiales tiene que ser el Sol, la otra el sol de Feacia, y la tercera... ¡el sitio donde están los alienígenas!

—Correcto —dijo Peregrino con voz igualmente excitada—. ¿Las barras son espectrogramas?

—Sois fantásticos —comentó Svoboda radiante.

—No, es demasiado obvio —negó Peregrino con la cabeza—, aunque ansio verlo. Un mensaje de los Otros...

Hanno asintió.

—La *Piteas* revisó la base de datos astronómicos y confirmó esas identificaciones —señaló—. La tercera fue más difícil, pues la representación tridimensional está en una escala muy pequeña. Pero al expandir los fractales e investigar nuestros datos... Bien, resulta ser una

estrella que está hacia babor, si puedo hablar bidimensionalmente. A treinta grados de nuestro curso y trescientos cincuenta años-luz de nuestra posición actual. Es una estrella tipo G siete, no tan brillante como el Sol, pero no muy distinta. —Hizo una pausa—. Es aún menos probable que esa estrella de Pegaso, donde creemos que se halla la cuna de la civilización tecnológica más cercana a nosotros, a más de mil años-luz.

—Entonces han venido hasta aquí —dijo la asombrada Yukiko.

—Si pertenecen a esa civilización, si es una civilización —le recordó Svoboda—. No sabemos nada, nada.

—¿Qué poderes tienen, que saben de nosotros?

—Svoboda y yo intentamos deducirlo —dijo Hanno, cobrando aliento—. Escuchad. Pensad. Esa tercera estrella está a cuatrocientos treinta años-luz de Sol. Eso significa que está dentro de la esfera de radio de la Tierra. Durante un tiempo, a partir del siglo veinte, la Tierra fue el objeto radial más brillante del Sistema Solar, superando al Sol en esa banda. Eso se interrumpió, como recordaréis, y después la gente desarrolló comunicaciones que no atiborraban tan toscamente el espectro; pero el viejo frente de ondas aún se está expandiendo. Es detectable aún más allá de la Estrella Tres si se tienen instrumentos tan buenos como los nuestros, y sin duda los alienígenas los tienen.

»Muy bien. No importa cómo hayan llegado a Estrella Tres, pronto descubrieron que Sol tenía una brillante compañera radial. Nadie la ha localizado en Pegaso, la Estrella Madre, suponiendo que los alienígenas vengan de allí. Es demasiado distante; nada nuestro les llegará en siglos. Así que los colonos o visitantes de Tres están solos.

«Veamos las cosas desde su punto de vista. Con el tiempo, Sol también debía enviar naves, si ya no lo ha hecho. Tendrá especial interés en establecer contacto con la civilización tecnológica vecina más cercana que pueda identificar, la de la Estrella Madre. Los alienígenas podrían enviar robots para cubrir la ruta entre esas dos. Los robots nuestros que van en ese camino son inteligentes y versátiles. Cuando menos enviarían un mensaje a la Tierra. Como recordaréis, están equipados para hacerlo desde el espacio, algo que no podemos hacer nosotros, pues no aceleran constantemente; el tiempo los afecta menos que a nosotros. Lamentablemente, creo, deben haber ido demasiado lejos para recibir la señal, lo cual indica que los alienígenas no han estado mucho tiempo en Tres.

» Existe otra buena posibilidad para los alienígenas. La gente de Sol debería interesarse especialmente en estrellas como la propia. El sol de Feacia pertenece a esa especie, y está en la misma dirección general de Estrella Madre. Entre las que cumplen ambos requisitos, es la más cercana

a Sol. Así que los alienígenas enviaron robots también en esa ruta. Son los que hemos encontrado.

Se hizo un silencio mientras todos cavilaban o miraban las paredes.

—Pero hay robots que nos preceden en el camino a Feacia —dijo Aliyat—. ¿Por qué no nos han comunicado nada de esto?

—Quizá la nave mensajera no había llegado todavía aquí cuando pasaron los robots —dijo Patulcio—. No sabemos cuándo llegaron los mensajeros. —Reflexionó—. Excepto que eso debió haber sido hace... ¿menos de cuatrocientos treinta años, dijiste, Hanno? De lo contrario los alienígenas ya tendrían robots en Sol.

—Tal vez los tienen —dijo Aliyat—. Hemos estado ausentes un largo tiempo.

—Lo dudo —dijo Peregrino—. Sería una tremenda coincidencia.

—Tal vez no deseen enviarlos, por alguna razón —señaló Macandal—. No sabemos nada.

—Olvidáis la naturaleza de esos robots de Feacia —dijo Svoboda—. No son como los que enviamos a Pegaso siguiendo mensajes irradiados de antemano, máquinas con mentes inteligentes y flexibles destinadas a entablar conversación con otras mentes capaces de entender qué son ellas. Los robots de Feacia fueron diseñados y programados para ir allá y recoger información sobre ese sistema planetario específico. Casi monomaniacos. Si repararon en esos borbotones de neutrinos durante el curso, no prestaron atención. —Sonrió burlonamente—. No es su departamento.

Yukiko asintió.

—Nadie puede preverlo todo —dijo—. Nada puede preverlo todo.

—Pero cuando nos sorprendemos, podemos investigar y aprender —declaró Hanno—. Nosotros podemos.

Todos lo miraron con ansiedad, todos menos Svoboda, a quien se le encendieron las mejillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el agitado Tu Shan.

—Ya sabes —replicó Hanno—. Cambiaremos el curso e iremos a Estrella Tres.

—¡No! —exclamó Aliyat. Se levantó, se sentó de nuevo, tembló.

—Pensad —insistió Hanno—. El diagrama. Esa línea entre nuestro curso, este preciso punto de nuestro curso, y Estrella Tres. No puede ser sino una invitación. También ellos han de sentirse solos, y ansiosos de escuchar cosas maravillosas.

»Píteas ha hecho el cálculo. Si cambiamos de dirección ahora, podemos llegar allá en doce años de a bordo. Son trescientos años-luz más de los que planeamos, pero aún estamos cerca de la velocidad de la luz... Sólo doce años para encontrar a los navegantes de la galaxia.

—¡Pero sólo nos faltaban cuatro!

—Cuatro años para llegar a casa. —Tu Shan apretó los puños sobre la mesa—. ¿Cuánto más lejos nos llevarías?

Hanno titubeó.

—Entre Estrella Tres y el sol de Faecia hay trescientos años-luz —respondió Svoboda—. Desde la partida, dieciséis o diecisiete años de a bordo. No abandonáremos nuestro propósito original, sólo lo postergaremos.

—Eso dices —protestó Peregrino—. Vayamos adonde vayamos, necesitaremos más antimateria para zarpar de otra parte. Construir la planta de energía y generarla nos llevará diez años.

—Los alienígenas deberían tenerla en abundancia. —¿Deberían? ¿Y la compartirán sin problemas? ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes qué quieren de nosotros, ante todo?

—Espera, espera —intervino Macandal—. No nos pongamos paranoicos. No pueden ser monstruos, bandidos ni nada maligno. En esta etapa de su civilización, eso no tendría sentido.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta certeza? —rezongó Aliyat.

—¿Qué sabemos de Estrella Tres? —preguntó Yukiko.

Su calma aplacó un poco los ánimos. Hanno meneó la cabeza.

—No mucho en realidad, salvo el tipo y la edad —admitió—. Siendo normal, debe tener planetas, pero no tenemos información sobre ellos. Nunca fue visitada. Por Dios, una esfera de novecientos años luz de diámetro alberga cien mil estrellas.

—Pero dices que ésta no es tan brillante como la nuestra —le recordó Macandal—. Entonces las probabilidades de que tenga un planeta donde podamos respirar son pobres. Aun con candidatos mucho mejores...

Tu Shan sacudió la mesa de un puñetazo.

—Eso es lo que importa —dijo—. Se nos prometió que al cabo de quince años caminaríamos libremente por un suelo viviente. Tú deseas tenernos encerrados en este casco durante ocho años más que eso, y al final del viaje aún estaríamos encerrados, durante décadas o siglos o una eternidad. No.

—Pero no podemos pasar por alto esta oportunidad —protestó Svoboda.

—No la pasaremos por alto —intervino Peregrino—. Cuando lleguemos a Feacia, ordenaremos a los robots que construyan un transceptor adecuado y envíen un haz a Tres, para entablar conversación. Finalmente, iremos allí en persona, aquellos que lo deseemos. O quizá los alienígenas vengan a nosotros.

Hanno lo miró irritado.

—Te he dicho que hay trescientos años luz entre Feacia y Tres —dijo.

Peregrino se encogió de hombros.

—Tenemos tiempo de sobra.

—Si Feacia no nos mata primero. Nadie nos ha garantizado que allí estemos seguros.

—La Tierra también se pondrá en contacto, una vez que hayamos enviado el informe.

Svoboda habló con voz cortante.

—Sí, por haz, y por robots que retransmiten haces. ¿Quién, salvo nosotros, irá en persona y conocerá a los Otros tal como son?

—Es verdad —dijo Yukiko—. Las palabras e imágenes solas, con siglos de por medio, son buenas pero insuficientes. Creo que nosotros tendríamos que entenderlo mejor que nuestros congéneres humanos. Conocimos a los muertos de tiempo atrás como cuerpos, mentes, almas vivientes. Para todos los demás, ellos son sólo reliquias y palabras.

Svoboda la miró.

—¿Entonces quieres ir hacia Estrella Tres?

—Sí, oh, sí.

Tu Shan la miró atónito.

—¿Eso dices, Pequeña Nieve, Gloria de la Mañana? —preguntó al fin—. Bien, no será así.

—Claro que no —declaró Patulcio—. Debemos fundar nuestra comunidad.

Aliyat le cogió el brazo y se apoyó en él. Desafió a Hanno con la mirada.

—Crear nuestros hogares —dijo.

Macandal asintió.

—Es una decisión difícil, pero... creo que deberíamos ir a Feacia primero.

—¿Y último? —ironizó Hanno—. Os digo que si perdemos esta oportunidad, quizá nunca la recobremos. ¿Quieres cambiar de parecer, Peregrino?

Peregrino permaneció impávido unos instantes.

—Es una dura decisión —dijo al fin—. La mayor y más importante aventura de la Tierra, el riesgo de perderla, contra lo que podría ser Nueva Tierra, un nuevo comienzo para nuestra especie. ¿Qué es mejor, el bosque o las estrellas ? —Calló de nuevo, cavilando. Y de repente—: Bueno, lo dije antes. Las estrellas pueden esperar.

—Cuatro contra tres —contó Tu Shan, triunfante—. Continuamos como estábamos. —Calmándose—: Lo lamento, amigos.

La voz, la cara, el porte de Hanno perdieron energía.

—Me lo temía. Por favor, pensadlo de nuevo.

—Hemos tenido siglos para pensar —dijo Tu Shan.

—Para añorar la Tierra del pasado, querrás decir —le dijo Yukiko—, una Tierra que nunca existió de veras. No, tú no negarías a la humanidad semejante oportunidad de conocimiento, de acercarse a la unión con el Universo. Eso sería egoísta. Tú no eres una persona egoísta, querido.

Él sacudió la cabeza con terquedad.

—La humanidad ha esperado mucho tiempo el contacto, y en general no ha demostrado mucho interés —dijo Patulcio—. Puede esperar un poco más. Nuestro primer deber es hacia los hijos que tendremos, y que sólo podemos tener en Feacia.

—Ellos pueden esperar más aún —argumentó Svoboda—. Lo que aprendamos de los alienígenas, la ayuda que nos brinden, nos otorgará mayor seguridad cuando fundemos nuestro nuevo hogar.

—La oportunidad puede ser única —intervino Hanno—. Repito, es probable que los alienígenas de Tres sean pocos y recién llegados. De lo contrario, la Red de Sol habría recibido señales de ellos, o sus naves habrían llegado allá. A menos... Pero no lo sabemos. ¿Están necesariamente instalados en Tres? Ellos no tienen modo de saber que hemos recibido la invitación. Si no la aceptamos, ¿se quedarán allí o seguirán viaje? ¿Y viajarán hacia Sol?

—¿Estarán en Tres cuando lleguemos? —replicó Macandal—. Si están allí, ¿serán necesariamente criaturas con quienes nos podamos comunicar? No, es un largo y peligroso desvío por algo que puede ser grandioso pero también fútil. Continuemos con nuestra misión.

—Tal como planearon los ordenadores y señores de la Tierra —se burló Hanno. Se volvió hacia Peregrino—. ¿Por una vez no te gustaría hacer algo que no estaba planeado, que mandara al cuerno los esquemas del mundo de hoy?

Peregrino suspiró.

—Me pones en un brete. Sí, tengo tantas ganas de ir a Tres que casi puedo saborearlas. Y espero hacerlo algún día. Pero ante todo, vida libre en una naturaleza libre. —Con tono de súplica—: Y no puedo hacerle eso a Corinne y Aliyat. No puedo.

—Eres un caballero —jadeó Aliyat.

Yukiko sonrió con tristeza.

—Bien, Hanno, Svoboda, nosotros tres no estamos peor que ayer, ¿verdad? Mejor, en realidad, con un nuevo sueño por delante.

—Para algún día —masculló Svoboda. Irguió la cabeza—. No estoy enfadada con vosotros, amigos. Estoy harta de máquinas y hambrienta de tierras. Así sea.

La tensión empezaba a disiparse entre sonrisas.

—No —dijo Hanno.

Todos se volvieron hacia él. Hanno se levantó.

—Estoy más apenado de lo que podéis imaginar —declaró—. Pero creo que nuestra necesidad y nuestro deber han cambiado. Debemos ir a Tres. Hasta ahora, esta empresa era desesperada. Fingíamos lo contrario, pero así era. Había muchas probabilidades de que pereciéramos míseramente, como los noruegos en Groenlandia, o de caer en la uniformidad, como los polinesios en el Pacífico.

—Tú promoviste el viaje —acusó Patulcio.

—Porque también estaba desesperado. Todos lo estábamos. Al menos era un intento. Contra toda esperanza, quizá lográramos llenar nuestro planeta con gente que continuara buscando y explorando. ¿Qué podíamos perder? Bien, hoy hemos descubierto qué. El Universo.

»Yo soy el capitán. Enfilaré hacia los Otros.

Tu Shan fue el primero en levantarse.

—¡No puedes! —bramó.

—Puedo —dijo Hanno—. La *Piteas* me obedece. Ordenaré de inmediato el cambio de curso. Cuanto antes se haga, antes...

—No, no contra nuestra voluntad —interrumpió Peregrino.

—Estaría mal —suplicó Yukiko.

Svoboda miró a Hanno con algo parecido al horror.

—No hablas en serio —tartamudeó.

—¿No quieres que lo haga? —replicó Hanno.

Ella apretó la mandíbula.

—No de este modo.

—No, supongo que no. Aun así, impartiré la orden. Me lo agradeceréis después.

—*Bozhe mol...* —Svoboda elevó la voz—. *Piteas,* ¿no obedecerás a un solo hombre, verdad?

—Él es el capitán —contestó la nave—. Debo obedecer.

—¿En cualquier circunstancia? —gritó Patulcio—. ¡Imposible!

—Así es la programación. —Nunca nos lo dijiste —susurró Macandal.

—No creí que se presentara la ocasión —dijo Hanno con voz vacilante—. Lo dispuse como una medida de emergencia que convenía mantener en secreto.

—¡Por Dios! —gritó Aliyat—. ¡Ésta es la emergencia! ¡Tú la estás creando!

—Sí—dijo Peregrino, la tez perlada de sudor—. No pedimos un dictador, y no nos dejaremos someter. No podemos hacerlo—. Miró hacia arriba como buscando otra cara en el aire—. *Piteas* son siete contra uno.

—Eso no se tiene en cuenta —respondió la nave.

—Nunca se tuvo en cuenta, ni en el mar ni dondequiera, que viajaran los hombres —dijo Hanno—. No era posible, si deseaban llegar con vida a la costa.

—¿Y si el capitán está... incapacitado? —preguntó Peregrino—. ¿Y si está fuera de sus cabales?

La nave pareció dedicar unos microsegundos a revisar su base de datos biopsicológicos y llegar a una conclusión.

—El trastorno es imposible para cualquiera de vosotros sin una lesión de suma gravedad —declaró—. Eso no ha sucedido.

Tu Shan gruñó y echó a andar alrededor de la mesa.

—Puede suceder. Un capitán muerto no da órdenes.

Svoboda le cerró el paso.

—¡Ahora eres tú quien está loco! —rugió. Tu Shan procuró apartarla. Svoboda se resistió—. ¡Ayudadme! ¡Una pelea no! ¡No podemos reñir!

Peregrino se le acercó. Cogieron a Tu Shan por los brazos. Tu Shan se detuvo. Respiraba entrecortadamente.

—Mira lo que has provocado, Hanno —murmuró Macandal, las mejillas humedecidas por el llanto—. Tu orden nos destruiría. No puedes impartirla.

—Puedo y lo haré. —El fenicio enfiló hacia la puerta, y se volvió hacia ellos, alerta pero inmóvil. Habló con voz más serena—. Una vez que esté tomada la decisión, no os derrumbaréis. Os conozco demasiado bien para creer lo contrario. Ni cometeréis violencia contra mí. Sabéis que no podéis prescindir de un octavo de nuestra fuerza, un cuarto de los antepasados masculinos del porvenir. Y yo soy el único que ha ejercido el mando, no sólo el liderazgo sino el mando, en naves y guerras, negocios y empresas aventureras, durante miles de años. Sin mí, vuestra supervivencia en Feacia o en cualquier otra parte es más que dudosa. —Añadió, con mayor suavidad aún—: Oh, no soy un superhombre. Todos vosotros tenéis talentos especiales, y los necesitamos todos. Sigo abierto a vuestras ideas y consejos..., sí, a vuestros deseos. Pero alguien tiene que tomar la responsabilidad última. Siempre hubo alguien. El capitán.

»Nos esperan doce años más de viaje, y quién sabe qué habrá al final. No los hagamos más difíciles de lo necesario.

Se marchó. Los siete quedaron atónitos, estupefactos. Al fin Peregrino y Svoboda soltaron a Tu Shan.

—En esto tiene razón —dijo Peregrino—. No tenemos opción.

—El proceso de cambio de curso comenzará en una hora —anunció la *Piteas*—. Con el objeto de conservar combustible y minimizar el vector no deseado, comenzará entonces con caída libre. Por favor preparaos para un período de seis horas sin gravedad.

—Se... acabó... —articuló Aliyat.

Hanno regresó. Sabían que había ido a la sala de control en parte para mirar las pantallas, como si eso importara, pero ante todo como una señal para los demás.

—Manos a la obra —dijo—. Aquí tengo copias de una lista de chequeos. Lo hecho, hecho está. Estamos en camino. —Sonrió a medias—. No todos detestan esto.

—Quizá no —replicó Svoboda—. *Sobaka.* Perro. Maldito bastardo.

Svoboda cogió la mano de Peregrino.

22

Y Cristo apareció ante Aliyat, que estaba de rodillas. Su resplandor no era el que ella imaginaba, brillante como el mediodía del desierto; colmaba la oscura oquedad de la iglesia con una penumbra azul y el oro del ocaso. Ella casi oyó campanillas de una caravana que regresaba. La piedra irradiaba tibieza. Y el rostro de Cristo no era enjuto ni severo. En Occidente (¿se lo habían contado?) lo mostraban así, un hombre que había hollado caminos, compartido vino y miel, aceptado niños en el regazo. Sonrió cuando se inclinó sobre ella y le enjugó las lágrimas con la manga blanca.

Irguiéndose, dijo con ternura:

—Como has mantenido tu vigilia, a pesar del humo del Infierno soplando sobre ti, he oído la plegaria que no te atreviste a pronunciar. Por el resto de los tiempos, todo lo que perdiste te será devuelto, y el final será más bendito que el principio. —Alzó las manos llagadas—. Benditos los que lloran, pues ellos recibirán consuelo. Desapareció. El joven Barikai bajó del altar y la alzó en sus brazos.

—¡Amada! —exclamó antes que ella le cerrara la boca con un beso.

Salieron juntos. Tadmor dormitaba bajo la luna llena, que blanqueaba las torres y bañaba las losas. Un caballo aguardaba. La crin y la cola eran estrías de plata. Barikai montó en la silla. Tendió el brazo. Ella subió apoyándose en él.

Los cascos trepidaron un instante, luego el caballo dio un brinco y cabalgó por el aire. Soplaba viento. Tenues estrellas brillaban en el cielo violeta. El pelo suelto de Aliyat ondeaba formando un dosel para ella y Barikai. Ella estaba ebria con el olor de él, la fuerza que la sostenía, los ávidos labios.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A casa. —Barikai rió—. ¡Pero no enseguida!

Avanzaron deprisa por la curva del mundo, internándose en la mañana. El castillo de Barikai relucía en la cima de la montaña. El caballo se posó en un patio de mosaicos y flores donde borboteaba una fuente. Aliyat les prestó poca atención. Luego notó que no había visto si los criados que los recibían tenían cuerpo.

Les brindaron celebración, música, espectáculo, cuando los solicitaban. Por lo demás, Aliyat y Barikai permanecían a solas, infatigables hasta que caían abrazados en un sopor del que despertaban alegres.

Esa felicidad se volvió más apacible, el amor más perdurable, así que al fin fue un nuevo júbilo cuando él anunció:

—Ahora vamos a casa.

El caballo los llevó allí al amanecer. La servidumbre acababa de despertar y nadie los vio llegar. Fue como si nada hubiera ocurrido y nunca se hubieran marchado. Manu se dejó abrazar con sorpresa, luego con dignidad juvenil. La pequeña Hairan esperaba el abrazo.

Aliyat saboreó ese mundo cotidiano durante el resto del día y la noche, minuto a minuto, cada presencia y lugar, cada tarea y charla, cada pregunta y decisión, todo lo que poseía y la poseía. Cuando al fin una lámpara la guió al lecho con Barikai, estaba preparada para sus palabras:

—Creo que será mejor que duermas, que duermas de veras, esta noche y después.

—Abrázame hasta que llegue el sueño —pidió Aliyat.

Él la abrazó, besándola.

—No regreses demasiado pronto —le dijo *él* al oído—. No sería prudente.

—Lo sé... —dijo ella, alejándose.

Abriendo los ojos después de un tiempo sin tiempo, descubrió que estaba llorando. Tal vez había sido mala idea. Tal vez nunca debería regresar.

Vamos, pensó. Basta de esto. Prometiste a Corinne que la ayudarías con ese tapiz.

Desconectándose, abandonó la cabina donde estaba acostada pero se quedó un rato más en la cámara de sueños, ocupada. Era buena costumbre llevar maquillaje en una bolsa. Esas sesiones a veces tocaban puntos sensibles. Bien, había aprendido tiempo atrás a borrar las huellas.

Svoboda pasaba por el corredor.

—Hola —dijo Aliyat. Iba a seguir, pero la otra mujer le cogió la manga.

—Un momento, por favor —dijo Svoboda.

—Claro. —Aliyat miró hacia otro lado, pero Svoboda no captó la insinuación.

—No lo tomes a mal, pero debo decírtelo. Deberías entrar ahí con menos frecuencia.

—Todos lo dicen —replicó Aliyat con enfado—. ¿Por qué no ibas tú a decir lo mismo? Sé lo que hago. —Bien, no soy terapeuta, pero...

—Pero temes que me esté encerrando en mí misma y un día no pueda salir. —Aliyat cobró aliento. De pronto sintió ganas de hablar—.

Escucha, querida. En el pasado estuviste en situaciones en que debías alejarte de ti misma.

Svoboda palideció.

—Sí.

—Yo también, mucho mas que tú. Las conozco muy bien, créeme. La caja de sueños es mejor escapatoria que el alcohol, la droga o... —Aliyat sonrió—, cerrar los ojos y pensar en Inglaterra.

—¡Pero esto no es lo mismo!

—No, no exactamente. Aun así... Escucha. Hoy me enfurecí tanto que si no hubiese podido invocar un mundo íntimo, habría tenido que gritar, romper cosas y tener un ataque. ¿Habría sido bueno para la moral de la tripulación?

—¿De qué se trata?

—Hanno. ¿Qué otra cosa? Nos cruzamos por casualidad y me abordó para decirme..., bien, ya te lo imaginas. Repitió tu sermón acerca de la caja de sueños. E intentó decir, muy evasivamente... No importa.

Svoboda sonrió brevemente.

—Déjame adivinar. Insinuó que eres una amenaza para las relaciones a bordo.

—Sí. Le gustaría juntarse conmigo. Ya lo creo. Hace meses que no folla, ¿verdad? Le sugerí qué podía hacer, y me marché. Pero estaba enfurecida.

—Una reacción excesiva. Precisamente tú. Estrés...

—Supongo. —Sorprendida de que la rabia y el dolor se hubieran aplacado, Aliyat dijo—: Mira, no soy adicta a los sueños. De veras. Todos los usan de vez en cuando. ¿Por qué no compartes uno conmigo alguna vez? Me agradaría. Un sueño interactivo tiene más posibilidades que permitir que el ordenador te meta en la cabeza lo que piensa que pediste.

Svoboda asintió.

—Es verdad, pero...

—Pero temes que yo me entere de cosas que prefieres ocultar. Es eso, ¿eh? —Aliyat se encogió de hombros—. No me ofende. Pero no me des la lata, ¿de acuerdo?

—¿Por qué te molestó el intento de Hanno? —preguntó Svoboda—. Es natural. No tenías por qué enfadarte por eso.

—¿Después de lo que nos hizo? ¿Aún sientes debilidad por él? —Svoboda miró hacia otra parte.

—No debería, lo sé. *On se veut...*

—¿Qué?

—Nada, nada. Un recuerdo perdido.

—De él.

Svoboda se enfrentó al desafío. Quizá, pensó Aliyat, ella quiere ser amigable conmigo; entiende que tiene que serlo.

—Sí. Sin importancia. Unos versos que vimos una vez. Era... a finales del siglo veinte, pocos años después de que los siete decidimos ocultarnos, mientras Patulcio mantenía su propio camuflaje. Hanno y yo viajábamos de incógnito por Francia. Nos alojamos una noche en una vieja posada, sí, ya era vieja entonces, y en el libro de huéspedes encontramos algo que alguien había escrito tiempo atrás. Lo he recordado ahora, eso es todo.

—¿Qué era? —preguntó Aliyat.

Svoboda miró hacia otra parte. Susurró las melancólicas palabras.

On se veut On s'enlace On s'en lasse On s'en veut. Antes de que Aliyat pudiera responder, Svoboda se despidió con una señal de la cabeza y se marchó corredor abajo.

23

Yukiko decoraba una vez más su habitación.

Mientras no terminara, sería un caos inhabitable. Así que pasaba la mayoría de sus horas íntimas en la cabina de Tu Shan, y también dormía allí. Luego compartirían la cabina de Yukiko mientras ella decoraba la de Tu Shan. La propuesta era de Yukiko y él había aceptado con indiferencia. El paisaje de pinceladas y caligrafía que ella había trazado en las paredes de Tu Shan se había desvanecido con los años. Sin embargo, Yukiko tenía la sensación de que él nunca notaría esa desaparición.

Al entrar, lo encontró en la cama, las piernas cruzadas, la mano izquierda sosteniendo un biombo, la mano derecha manejando un lápiz. Dibujó algo, lo examinó, lo modificó y lo estudió de nuevo. El cuerpo robusto parecía relajado y el semblante sereno.

—Vaya, ¿qué estás haciendo? —preguntó Yukiko.

—Tengo una idea —dijo él, casi con ilusión—. Aún no la tengo clara, pero el dibujo me ayuda a pensar.

Ella se le acercó y se agachó para mirar. Los dibujos de Tu Shan siempre eran delicados, en contraste con sus trabajos en madera o piedra.

Éste mostraba a un hombre con ropa tradicional de campesino, empuñando una pala. En una roca se acuclillaba un mono, y debajo había un tigre. En el primer plano circulaba un arroyo donde nadaba una carpa.

—Conque al fin intentarás pintar —dijo Yukiko.

Él negó con la cabeza.

—No, no. Tú eres mucho mejor que yo para eso. Son sólo ideas sobre imágenes que me propongo esculpir. —La miró a los ojos—. Creo que las imágenes no nos ayudarán mucho cuando lleguemos a Tritos. En la Tierra, en los viejos tiempos, la gente de distintas épocas y países dibujaba las cosas de modo muy diferente. Para los alloi, nuestros trazos, sombras y colores quizá no tengan sentido. Tampoco las fotografías. Pero una forma tridimensional..., no un fantasma en un ordenador, sino algo sólido que puedan palpar..., eso les hablaría.

Tritos, alloi. Pronunciaba los nombres con torpeza. Pero se necesitaban palabras mejores que «Estrella Tres» y «Otros»; cuando Patulcio sugirió éstas, los demás aceptaron enseguida. El griego aún conservaba su aura de ciencia, conocimiento civilización. Para tres de los tripulantes de la nave, había sido una lengua común durante siglos. Pero habían votado en contra de «Metroaster» como sustituto de «Estrella Madre», y habían vuelto a usar «Pegaso». A fin de cuentas, nadie sabía si los alloi de Tritos venían de allí, o siquiera si era el sol de una especie inteligente.

Hanno calló durante las deliberaciones y se limitó a aceptar con un gesto de la cabeza. Conversaba poco en esos días, y los demás no le hablaban más de lo necesario.

—Sí, excelente idea —dijo Yukiko muy animada—. ¿Qué deseas mostrar?

—Lo estoy buscando a tientas —respondió Tu Shan—. Acepto sugerencias. Aquí, creo, podría haber un grupo con más criaturas, dispuestas según nuestro grado de parentesco con los animales. Eso puede inducir a los alloi a mostrarnos algo sobre su evolución, lo cual nos indicaría cosas sobre ellos.

—Excelente. —La risa de Yukiko era un tintineo—. ¿Pero ahora cómo mantendrás la farsa de que eres un obtuso granjero y herrero? —Yukiko se agachó para abrazarlo y le apoyó la mejilla en la cara—. Esto me hace tan feliz. Estabas huraño y silencioso, y realmente temí que volvieras a esa vida mísera y bestial en que te encontré... ¡hace tanto tiempo!

Él se envaró.

—¿Por qué no? —replicó ásperamente—. ¿Qué otra cosa nos había dejado nuestro capitán, hasta que esto acudió a mí en la oscuridad? Me ayudará a colmar el vacío que nos espera.

Ella se sentó en la cama frente a Tu Shan.

—Ojalá estuvieras menos resentido con Hanno —murmuró—. Tú y los demás.

—¿No tenemos razones?

—Oh, claro que actuó con prepotencia. ¿Pero no ha recibido suficiente castigo? ¿Cómo sabemos si su decisión no ha sido la mejor? Tal vez resulte ser la que nos salve.

—Es fácil para ti. Tú quieres buscar a los alloi.

—Pero no quiero esta odiosa división entre nosotros. Ni siquiera yo me atrevo a hablarle con cordialidad, por temor a empeorar las cosas. A veces deseo no haber recibido ese mensaje. ¿No lo ves, querido? Es como un emperador vehemente de los antiguos tiempos..., carga con el peso del liderazgo.

Tu Shan meneó la cabeza con violencia.

—Pamplinas. Te sientes atraída por él..., no lo niegues...

—Por su espíritu, sí —dijo ella con calma—. No es como el mío, pero también busca. Y por su persona, sin duda, pero francamente no me he entregado a esa fantasía. —Cerró las manos sobre las rodillas de Tu Shan—. Vivo contigo.

Eso lo calmó un poco, pero Tu Shan mantuvo el tono severo.

—Bien, deja de creer que es un santo o un sabio. Es un picaro e inescrupuloso marinero que, naturalmente, desea navegar. Ése es su egoísmo. Pero tiene el poder para imponernos su voluntad. —Arrojó la estampa sobre la manta, como si atacara con un arma—. Yo sólo trato de que el mal nos sea más llevadero.

Ella se le acercó con una sonrisa trémula.

—Es suficiente para conseguir que te ame.

24

Otra Navidad se acercaba en la cronología de a bordo. Era inútil preguntar si también era Navidad en la Tierra. Doblemente inútil, dadas las fuerzas físicas que reinaban aquí y el olvido que reinaba allá. Hanno encontró a Svoboda colgando adornos en la sala común. Las ramas de pino salidas de los nanoprocesadores eran frescas y fragantes, enjoyadas

con bayas de acebo. Parecían tan melancólicas como los villancicos daneses de los altavoces.

Svoboda se puso tensa al verlo. Él se detuvo a cierta distancia.

—Hola —saludó.

—Cómo estás —dijo ella.

Él sonrió. Ella no dejó de mirarlo.

—¿Qué clase de fiesta planeáis para este año? —preguntó.

Ella se encogió de hombros. —Sin motivos temáticos.

—Oh, me mantendré alejado. Pero no podemos continuar así mucho tiempo. Perderemos habilidades, entre ellas la del trabajo en equipo. Debemos iniciar simulaciones y practicarlas de nuevo.

—Como ordene el capitán. Pero ya sabrás que Peregrino y yo, al menos, lo estamos haciendo. Pronto incluiremos a otros.

Hanno se enfrentó con firmeza a esa mirada azul.

—Sí, claro que lo sé. Bien. Por vosotros dos, sobre todo. Un paisaje fantasma es mejor que ninguno, ¿eh?

Svoboda se mordió el labio.

—Podríamos haber tenido uno real.

—Lo tendrás, cuando lleguemos a Tritos. Tú querías realmente ir allí. ¿Por qué no lo aguardas con ansiedad?

—Sabes por qué. El precio para mis camaradas. —Svoboda apretó el puño y masculló—: Claro que podemos sobreponernos. He sobrevivido a muchos malos esposos, décadas espantosas, tiranos, guerras, todos los estragos que los hombres podían causar. También sobreviviré a esto. Nosotros sobreviviremos.

—Yo entre vosotros —dijo Hanno, y continuó su camino.

No iba a ninguna parte en especial. A menudo merodeaba durante la noche de a bordo por sectores que nadie más recorría. Un cuerpo inmortal necesitaba escaso ejercicio para mantenerse en forma, pero él afinaba regularmente sus aptitudes y desarrollaba otras. Proyectaba libros y espectáculos, escuchaba música, resolvía problemas en los ordenadores. Con frecuencia, como en el pasado cuando los estímulos se opacaban y el pensamiento se embrollaba, desconectaba la mente y dejaba transcurrir horas o días. Pero eso era tan seductor y adictivo como la cámara de sueños que él evitaba. Hanno esperaba que él y su tripulación racionaran el uso de las ilusiones.

Esta vez el impulso lo dominó en su cabina. Se encerró (aunque nadie parecía dispuesto a visitarlo) y se instaló ante la terminal.

—Activar... —La orden sonó tan seca en el silencio que Hanno titubeó antes de continuar. Tamborileó con los dedos en el escritorio—. Personas históricas.

—¿A quién deseas? —preguntaron los instrumentos.

Hanno arqueó la boca.

—Querrás decir qué deseo.

¿Qué espectro parlante tridimensional, a todo color, con cambios de expresión y libertad de movimientos? Siddharta, Sócrates, Hillel, Cristo, Esquilo, Virgilio, Tu Fu, Firdousi, Shakespeare, Goethe, Mark Twain, Lucrecio, Avicena, Maimónides, Descartes, Pascal, Hume, Pericles, el rey Alfredo, Jefferson, Hatshepsut, Safo, Murasaki, Rabi'a, Margarita I, Juana de Arco, Isabel I, Sacajawea, Jane Austen, Florence Nightingale, Marie Curie, Isak Dinesen. O, si uno deseaba, los grandes monstruos y las diablesas.

La máquina podía tomar todo lo que la historia, la arqueología y la psicología sabían de una persona y del mundo de esa persona, hasta el último detalle, con probabilidades asignadas a cada incertidumbre y conjetura; podía modelar, con sutiles y potentes manipulaciones abstractas, el individuo que esta matriz habría producido y que habría modificado dicha matriz precisamente de las maneras que se conocían; podía escribir el programa, activarlo y presentar a esa criatura humana. La imagen del cuerpo era una mera construcción, tan fácil de generar como cualquier otra; pero mientras funcionaba el programa, la mente existía, sentía, pensaba, reaccionaba, consciente de lo que era pero sin sentirse molesta por ello, habitualmente entusiasta, interesada, ansiosa de conversar.

—Los viejos mitos y pesadillas se han vuelto realidad —dijo una vez Svoboda—, mientras la vieja realidad se nos escabulle. En la Tierra resucitan a los muertos, pero todos están vivos a medias.

—Eso no es del todo cierto, en ninguno de ambos sentidos —había respondido Hanno—. Sigue mi consejo, pues lo sé por experiencia. No invoques a nadie que hayas conocido. Nunca están del todo bien. A menudo son grotescamente erróneos.

A menos que la memoria fallara después de siglos. O a menos que el pasado fuera tan incierto, tan sometido a variables cuánticas, como todo lo demás en el universo de la Física.

Sentado a solas, Hanno frunció el ceño al recordar una ocasión en que pidió consejo al doble electrónico del cardenal Richelieu, y también al recordar cuan juntos estaban entonces Svoboda y él.

—No quiero una compañía individual —le dijo a la máquina—. Ni una personalidad sintética. Dame... varios exploradores antiguos. Una reunión, una conferencia... ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto. Es una interacción no estándar que requiere cierta preparación creativa. Un minuto, por favor. —Sesenta mil millones de nanosegundos.

La primera de las caras era fuerte y serena.

—No sé bien qué decir —comenzó a decir Hanno tímidamente—. ¿Conoces cuál es nuestra situación? Bien, ¿qué necesito? ¿Qué crees que debería hacer?

—Tendrías que haber pensado más en tu gente —respondió Fridtjof Nansen. El ordenador traducía—. Pero entiendo que es demasiado tarde para alterar de nuevo el curso. Ten paciencia.

—Resiste —dijo Ernest Shackleton. El hielo le relucía en la barba—. No te rindas jamás.

—Piensa en los demás —exhortó Nansen—. Sí, tú estás al mando, y así debe ser; pero piensa cómo lo perciben ellos.

—Comparte tu visión —añadió Marc Aurel Stein—. Yo morí satisfecho porque fui donde había deseado ir durante sesenta años. Ayúdalos a desear lo mismo.

—¡Ja! ¿Por qué se resisten? —rugió Peter Freuchen—. ¡Por Dios, qué aventura! ¡Llámame de nuevo cuando llegues allí, muchacho!

—Dadme vuestro consejo —suplicó Hanno—. He descubierto que no soy ningún Boecio, para consolarme con la filosofía. Quizás haya cometido un tremendo error. Dadme vuestra fuerza.

—Sólo hallarás fuerza en ti mismo —declaró Henry Stanley—. No en fantasmas como nosotros.

—¡Pero no sois fantasmas! Os han hecho a partir de lo que fue real...

—Si algo de lo que hicimos sobrevive hasta hoy, deberíamos estar orgullosos —dijo Nansen—. Vamos, démosle utilidad. Tratemos de brindar buenos consejos.

Willem Barents tiritó.

—¿Para un viaje tan extraño, que quizá termine en una muerte solitaria? Encomienda tu alma a Dios, Hanno. No hay nada más.

—No, les debemos algo más —dijo Nansen—. Son humanos. Mientras los hombres y mujeres continúen viajando, serán humanos.

25

Macandal miró de hito en hito a los seis que se sentaban con ella a la mesa del comedor.

—Supongo que os imagináis por qué os he hecho venir —dijo.

La mayoría permanecieron inmóviles. Svoboda hizo una mueca. Peregrino le apoyó la mano en el muslo.

Macandal cogió una botella y llenó una copa. El clarete gorgoteó con su color rosado y su aroma impregnó el aire. Ella pasó la botella. Había copas para todos.

—Primero bebamos un trago —propuso.

Patulcio intentó una broma.

—¿Sigues el ejemplo de los antiguos persas? ¿Recuerdas ? Cuando debían llegar a una decisión importante, discutían una vez estando sobrios y una vez estando ebrios.

—No es tan mala idea —dijo Macandal—. Mejor que estas drogas y neuroestimulantes modernos.

—Al menos el vino cuenta con una tradición —murmuró Yukiko—. Tiene un sentido que lo trasciende.

—¿Cuánta tradición queda en el mundo? —preguntó con amargura Aliyat.

—Nosotros somos sus portadores —dijo Peregrino—. Somos la tradición.

La botella circuló. Macandal alzó la copa.

—Por el viaje —brindó. Y al cabo de un momento—. Sí, bebed, todos. Esta reunión está destinada a restaurar algo bueno.

—Si no ha sido totalmente destruido —protestó Tu Shan, pero participó con los demás en la pequeña e intensa ceremonia.

—Bien —dijo Macandal—, escuchad ahora. Sabéis que os he perseguido a todos, discutiendo, adulando, rabiando, tratando de abatir esas murallas de furia que habéis construido alrededor de vosotros mismos. Tal vez algunos no hayáis notado que he hablado con cada uno de vosotros. Esta noche lo hacemos abiertamente.

—¿De qué hay que hablar? —preguntó con cierta frialdad Svoboda—. ¿Reconciliación con Hanno? No tenemos rencillas. Nadie ha soñado con amotinarse. Es imposible. Un cambio de curso de regreso a Feacia también es imposible; no tenemos suficiente antimateria. Tratamos de sobrellevar las cosas como podemos.

—Encanto, sabes muy bien que no es así —replicó Macandal con voz acerada—. La cortesía glacial y la obediencia mecánica no nos llevarán a destino. Necesitamos recobrar nuestra camaradería.

—Ya me lo has dicho, y a todos, una y otra vez —masculló Peregrino—. Tienes razón, desde luego. Pero nosotros no la rompimos. Fue él.

Macandal lo miró largo rato.

—Estás muy dolido, ¿eh?

—Era mi mejor amigo —contestó Peregrino, detrás de su máscara.

—Aún lo es. Eres tú quien lo ha excluido.

—Bien, él... —Peregrino calló.

Yukiko asintió.

—Entonces también intentó acercarse a ti —dedujo—. A todos, estoy segura. Con tacto, admitiendo que podía estar equivocado...

—No se ha arrastrado —concedió Tu Shan—, pero ha abandonado su orgullo.

—Sin insistir en que nosotros estábamos equivocados —añadió Svoboda, casi sin querer.

—Aunque tal vez lo estemos —argumentó Yukiko—. Había que escoger, y sólo él podía hacerlo. Al principio tú también querías esto. ¿Estás segura de que no fue sólo tu orgullo lo que te puso contra él?

—¿Por qué cambiaste de parecer y te uniste a nosotros?

—Por vosotros mismos.

Tu Shan suspiró.

—Yukiko me ha sostenido —dijo a los demás—. Y Hanno... bien, no he olvidado lo que hizo por nosotros dos en el pasado.

—Ah, ahora lo veis con mayor claridad —observó Patulcio—. Yo también, yo también. No estoy de acuerdo con él, pero ya no le guardo tanto rencor. ¿Quién le aconsejó cómo hablar con nosotros?

—Ha tenido mucho tiempo para pensar —contestó Macandal.

Aliyat tiritó.

—Demasiado. Ha sido demasiado tiempo.

Svoboda habló sin rodeos.

—No sé cómo podremos recobrar nuestro afecto por él. Pero tienes razón, Corinne, debemos reconstruir... tanta confianza como sea posible.

Todos asintieron. No era una culminación, sino el reconocimiento de algo previsto, tan lento y renuente en su crecimiento que llegaba como una sorpresa.

—Magnífico —dijo Macandal—. Magnífico. Bebamos por eso, y luego nos relajaremos para hablar de viejos tiempos. Mañana prepararé un banquete, haremos una fiesta, lo invitaremos y nos embriagaremos con él... —Soltó una risotada—. ¡Al mejor estilo persa!

Horas después, cuando ella y Patulcio estaban en la habitación de Macandal, preparándose para ir a la cama, él dijo:

—Has estado espléndida querida. Debiste dedicarte a la política.

—Lo hice una vez, en cierto modo, ¿recuerdas? —respondió Macandal con una sonrisa. —Hanno te lo pidió desde el principio, ¿verdad?

—Eres muy astuto, Gneo.

—Y tú le indicaste cómo comportarse con cada uno de nosotros, mes tras mes. Con cuidado y con paciencia.

—Bueno, le hice sugerencias. Y recibió ayuda de la nave. Consejos. Nunca me habló mucho de ello. Creo que fue una experiencia que le tocó el corazón. —Macandal hizo una pausa—. Él siempre cuidó su corazón, demasiado; supongo que por las pérdidas que sufrió en tantos miles de años. Pero además no es necio cuando debe tratar con la gente.

Patulcio la miró un rato. Ella se había quitado la bata y se erguía ante él, esbelta y oscura. La cara de Corinne contra esa pared con lirios pintados le hizo recordar Egipto.

—Eres una gran mujer —afirmó Patulcio.

—Tú no eres mal tío.

—Gracias por... aceptarme —continuó él—. Sé que te dolió cuando Peregrino se fue con Svoboda. Creo que todavía te duele.

—Es bueno para ellos. Tal vez no ideal, pero bueno; y necesitamos relaciones estables. —Macandal echó la cabeza hacia atrás y rió de nuevo—. ¡Oye, escúchame! ¡Hablo como una asistente social del siglo veinte! —Contoneó las caderas—. Ven aquí, chaval.

26

Nubes enormes y negruzcas se acumulaban sobre el promontorio, surcadas de relámpagos y truenos. El fuego del altar brincaba arrojando chispas como estrellas en el viento. Los acólitos llevaron la víctima al sacerdote. El cuchillo centelleó. En el bosquecillo los fieles aullaron. A lo lejos, en el mar blanco, emergían monstruos de las profundidades.

—¡No! —gimió Aliyat—. ¡Esperad! ¡Es un niño!

—Es una bestia, un cordero —respondió Peregrino en medio del ruido; pero seguía mirando hacia otra parte.

—Es ambas cosas —dijo Hanno—. Quedaos quietos.

El cuchillo relumbró, la víctima se agitó, la sangre cubrió la piedra. El sacerdote arrojó el cuerpo a las llamas. La carne chisporroteó sobre las ascuas, se desprendió de los huesos y arrojó un humo denso. A través de la tormenta, terribles en su esplendor, vinieron los dioses.

Alto como una columna, robusto como un toro, la barba derramada sobre la piel de león que lo cubría, los ojos reflejando el resplandor del fuego, Melqart aspiró profundamente. Se relamió los labios.

—Está hecho, es bueno, es vida —tronó.

El viento agitaba la cabellera de Ashtoreth, la lluvia la constelaba de gemas, la luz de los relámpagos relucía sobre los pechos y el vientre. Ella también aspiró. Cogió el gigantesco miembro de Melqart como si fuera un cayado y alzó la mano izquierda al cielo.

—¡Traed al Resucitado! —exclamó.

Baal-Adon se apoyaba en Adat, su amada, su viuda, su vengadora. Tambaleaba, aún encandilado después de la penumbra de los infiernos; temblaba, aún tieso después del frío de la tumba. Ella lo guió hacia el humo de la ofrenda. Adat cogió el cuenco lleno de sangre y le dio a beber. Baal-Adon recobró la tibieza, la belleza, la lucidez. Vio y oyó cómo hombres y mujeres copulaban en el bosquecillo y en toda la comarca en honor de su despertar; y se volvió hacia su consorte. Más dioses acudieron, Chushor desde las olas, Dagón desde los sembrados, Aliaan desde los manantiales y las aguas subterráneas. Resheph desde la tormenta, y muchos más. Las nubes se entreabrían. A lo lejos relucían las columnas gemelas y el lago puro ante el hogar de Él.

Un rayo de sol bañó a los ocho que se erguían en el *tophet* cerca del *betyl,* invisibles para el sacerdote y los acólitos. Los dioses los miraron alarmados. Melqart alzó el garrote que había vencido al Mar, el Caos primordial, en el alba del mundo.

—¿Quién se atreve a hollar el santo de los santos? —bramó.

Hanno se adelantó.

—¡Oh, temibles! —dijo con calma y respeto, pero sin humillarse, mirando directamente a los ojos—, somos ocho que vienen desde la lejanía del espacio, el tiempo y la extrañeza. Nosotros también dominamos los poderes del cielo, la tierra y el infierno. Pero ansiamos ser vuestros huéspedes y aprender las maravillas de vuestro reinado. Mirad, traemos regalos. —Señaló joyas de oro, gemas, maderas preciosas, incienso.

Melqart bajó el arma y observó con una codicia similar a la que pronto manifestó Ashtoreth; pero la diosa miraba a los hombres.

27

Se desconectaron uno por uno. Era simple, bastaba con quitarse los cascos de inducción y los trajes de realimentación. La red de unión entre ellos y el ordenador creativo que los guiaba ya se había esfumado; la pseudoexperiencia había terminado. No obstante, después de salir de las cabinas al vestíbulo de la cámara de sueños, tardaron varios minutos en recobrarse. Se cogían de la mano, buscando reconfortarse.

—Creí saber algo sobre el antiguo Próximo Oriente —dijo al fin Patulcio—. Pero eso fue lo más espantoso...

—Horror y maravilla —dijo Macandal con voz trémula—. Lujuria y amor. Muerte y vida. ¿Era realmente así, Hanno?

—No estoy seguro —respondió el capitán—. La Tiro histórica que visitamos me pareció bastante atinada. —Una alucinación multisensorial donde el ordenador usaba los recuerdos de Hanno y luego dejaba que los participantes interactuaran como si estuvieran en un mundo material—. Es difícil decirlo, después de tanto tiempo. Además, sabéis que yo había intentado olvidar, distanciarme de lo que había de malo en ello. En cuanto al universo conceptual fenicio... No, creo que nunca pensé de ese modo, ni siquiera cuando era joven y me creía mortal.

—No importa la autenticidad —dijo Yukiko—. Queremos practicar el encuentro con seres extraños, y esto fue bastante extraño.

—Demasiado. —El robusto cuerpo de Tu Shan tembló—. Ven, querida. Quiero un momento de ternura y humanidad. ¿Tú no? —Ella lo acompañó afuera.

—¿Con qué sociedad probaremos luego? —preguntó Svoboda. Se volvió hacia Peregrino—. Las que tú conociste debían de resultar igualmente extrañas para el resto de nosotros.

—Sin duda —replicó él de mal talante—. A su debido tiempo, sí, las visitaremos. Pero primero un ámbito más... racional. ¿China, Rusia? —Tenemos mucho tiempo —dijo Patulcio—. Será mejor digerir esto antes de pensar en otra cosa. *¡Kyrie eleison,* haber presenciado a los dioses actuando! —Cogió la manga de Macandal—. Estoy extenuado. Un buen trago, un largo sueño y varios días de ocio.

—De acuerdo. —Ella sonreía con menos entusiasmo que de costumbre. Se marcharon.

Peregrino y Svoboda parecían excitados. Sus miradas se encendieron. Ella se ruborizó. Él respiraba agitadamente y también se marcharon.

Hanno hizo un esfuerzo para no mirarlos. Aliyat le había cogido la mano. Se la soltó.

—Bien, ¿cómo ha sido para ti? —le preguntó Hanno con voz opaca.

—Terror, éxtasis y... una especie de bienvenida —dijo Aliyat con un hilo de voz.

El asintió.

—Sí, aunque empezaste tu vida como cristiana, no ha de ser del todo extraño para ti. De hecho, sospecho que el programa usó algunos recuerdos tuyos como información cuando los míos no eran suficientes.

—Vaya extravagancia.

Hanno miró a lo lejos.

—Un sueño dentro de un sueño —murmuró, como si hablara solo.

—¿A qué te refieres?

—Svoboda entendería. Una vez ella y yo imaginamos qué clase de futuro habría si nos atrevíamos a revelar lo que éramos. —Hanno sacudió la cabeza—. No importa. Buenas noches.

Ella le cogió el brazo.

—No, espera.

Hanno se detuvo, enarcó las cejas, la miró con cautela y fatiga. Aliyat le cogió de nuevo la mano.

—Llévame contigo.

—¿Eh?

—Estás demasiado solo. Yo también. Volvamos a estar juntos.

—¿Te has cansado de subsistir con las sobras que dejan Svoboda y Corinne? —dijo Hanno con voz hiriente.

Por un instante ella palideció y soltó la mano.

—Sí—admitió luego, ruborizándose—. Tú y yo no somos la primera opción mutua, ¿verdad? Y nunca me perdonaste lo de Constantinopla.

—Vaya —dijo él sorprendido—, te dije que te perdoné. Una y otra vez. Esperaba que mis actos demostraran...

—Bien, simplemente no permitas que eso interfiera. ¿De qué vale vivir tantos siglos si no crecemos al menos un poco? Hanno, te ofrezco lo que nadie te ofrecerá todavía en esta nave. Quizá no te lo ofrezcan nunca. Pero estamos recobrando parte de lo que teníamos. Entre nosotros, tú y yo podríamos contribuir a la curación. —Irguió la cabeza—. Si no estás dispuesto a intentar, a ceder el turno, bien, buenas noches y al cuerno contigo.

—¡No! —Hanno la cogió por la cintura—. Aliyat, desde luego yo..., estoy abrumado...

—Claro que no estás abrumado, pillo calculador, y bien que lo sé. — Se le acercó y se abrazaron. Agitada y desaliñada, Aliyat añadió—: Claro que yo también soy mañosa. Supongo que siempre lo seré. Pero he aprendido mucho acerca de ti, Hanno. Esto no fue un sueño, sino que fue tan real como..., no, más real que estas malditas paredes. Tú te enfrentaste a los dioses, los burlaste y lograste que nos aceptaran, como nadie más lo habría hecho. Tú eres el capitán.

Aliyat alzó la cara. Le brillaban los ojos por las lágrimas, pero sonreía con picardía. —Ellos no me amedrentaron. Ésa es tu especialidad. Y si no podemos profesarnos una plena confianza mutua, si nuestro rencor no muere del todo..., vaya, ¿no le añade cierto sabor eso?

28

En los últimos meses, mientras la *Piteas* avanzaba cada vez más despacio hacia su destino, el universo volvió a ser familiar. Resultaba extraño que una noche cuajada de estrellas brillantes que no parpadeaban, ceñidas por la escarchada ruta de la galaxia, donde las nebulosas horneaban nuevos soles y mundos mientras monstruosas energías radiaban alrededor de los que morían, donde la luz de otros fuegos de artificio había partido antes del nacimiento de la humanidad, diera una sensación de hogar. Allí delante, Tritos tenía apenas la mitad del brillo de Sol, un tono amarillo que evocaba otoños en la Tierra. Pero también era un hogar.

Los instrumentos escrutaban la menguante distancia. Había diez planetas en órbita, cinco de ellos gigantes gaseosos. El segundo a partir del sol se desplazaba a un radio de menos de una unidad astronómica.

Poseía un satélite cuya trayectoria excéntrica indicaba que la masa primaria equivalía a dos y un tercio de la terrícola. Pero esa esfera, aunque más cálida, presentaba temperaturas razonables, y su espectro atmosférico revelaba los desequilibrios químicos propios de la vida.

Semana tras semana, y luego día tras día, la excitación creció en la nave. No había modo de aplacarla, y pronto hasta Tu Shan y Patulcio desistieron de intentarlo. Estaban entusiasmados; quizá los aguardaran maravillas, y llegaban por fin, al menos temporalmente, al fin de la travesía.

Las paces con Hanno, que cada cual había establecido en sus propios términos, no desembocaron en la camaradería de otros tiempos. Ahora existía cierta cautela. ¿Qué nueva exigencia impondría él, y cómo reaccionarían los demás? Había prometido que al final seguirían viaje a Feacia. ¿Pero cuándo sería eso, si llegaba a ocurrir? ¿Podría traicionarlos? Nadie hacía acusaciones, ni siquiera cavilaban mucho sobre el asunto. La conversación solía ser despreocupada, cuando no íntima, y él volvió a participar en algunos pasatiempos, aunque ya no intervino en sueños compartidos una vez que se cumplió el propósito de adiestramiento. Seguía siendo un extraño en quien nadie confiaba, salvo Aliyat, y poco, excepto corporalmente.

Hanno no intentó hacerles cambiar de actitud. Sabía que era inútil, y además sabía cómo pasar el tiempo entre gente extraña.

Tritos se aproximaba.

La *Piteas* emitió señales: radio, láser, neutrinos. Sin duda, los alloi habían detectado la nave desde lejos, cuando hendía el polvo y el gas del espacio, cuando frenaba con las llamas que escupía el motor. Los receptores no captaban ninguna respuesta.

—¿ Adonde se han ido ? —preguntó Macandal—. ¿Hemos viajado tanto para nada?

—Aún estamos a muchas horas-luz —le recordó Peregrino, con paciencia de cazador—. No es fácil comunicarse. Es imposible con ondas electromagnéticas, mientras lanzamos ese chorro de llamas a proa. Y... yo observaría a un recién llegado, antes de abandonar mi refugio.

Ella meneó la cabeza con enfado.

—Olvida la Edad de Piedra. La guerra o la piratería entre las estrellas no sólo serían obscenas, sino absurdas.

—¿Estás segura? Además, nosotros podríamos ser peligrosos para ellos, o ellos para nosotros, de modos que ninguno de ambos ha logrado imaginar.

Tritos resplandecía. Sin magnificación, sólo con la luz detenida, contemplaban el disco, las manchas, las llamaradas. Cerca de la estrella flotaba una chispa color blanco azulado, el segundo planeta. La espectroscopia daba detalles *de* las superficies terrestres y acuáticas. El aire consistía principalmente en nitrógeno y oxígeno. Los viajeros cambiaron de curso para interceptarlo y lo bautizaron Xenogea.

Al fin la *Piteas* anunció:

—¡Atención, atención! Se detectan señales en código.

Los ocho se apiñaron en la sala de mando, lo cual no era físicamente necesario. Podrían haber participado desde sus cabinas. Simplemente, les resultaba imposible no estar codo con codo, compartiendo la respiración.

El mensaje empleaba el mismo sistema básico de los robots —doce años atrás en tiempo de a bordo, tres siglos y medio cósmicos— excepto por ajustes relativistas que ya no se requerían. Les llegó por radio UHF, desde popa, sorteando una ionización que ya no era enorme pero podía interferir.

—La fuente es un oojeto relativamente pequeño a un millón de kilómetros de distancia —informó la *Piteas.* Presumo que lo han puesto en órbita aguardando nuestra aproximación. Ahora está acelerando para concordar con nuestros vectores. La radiación es débil, lo cual indica alta eficiencia.

—¿Un bote? —preguntó Hanno—. ¿Tiene nave madre?

La *Piteas* ensambló las imágenes recibidas, que cobraron vivida existencia. Primero apareció un paisaje estelar, luego la inequívoca Tritos (similar a la imagen que ofrecía una de las pantallas), luego una toma vertiginosa de acercamiento: formas, colores, un objeto que giraba alrededor de otro más grande.

—Eso ha de ser Xenogea —dijo Patulcio en medio del silencio—. Allí han de estar.

—Creo que nos están preparando para el próximo paso —dijo Yukiko.

La representación se esfumó. Apareció una forma nueva.

Al principio no pudieron discernirla. Los contornos y las dimensiones matemáticas eran demasiado exóticos, demasiado desconcertantes. Así había sido para Svoboda y Peregrino cuando vieron por primera vez montañas altas: nubes de nieve, un cielo rugoso... ¿qué?

—¿Más arte? —preguntó Tu Shan—. No crean imágenes como las que crean los humanos. Creo que no tienen los mismos sentidos.

—No —dijo Hanno—, esto debe de ser un holograma directo. —Sentía la carne de gallina—. Quizá no saben cómo vemos nosotros, pero la realidad es la misma para todos..., espero.

La forma se desplazó en una lenta pirueta que la revelaba desde todos los ángulos. Abandonó la escena y regresó con un terrón blando. Procedió a modelarlo dándole varias formas geométricas: esfera, cubo, cono, pirámide, anillos entrelazados.

—Nos está diciendo que es inteligente —susurró Aliyat, al tiempo que se persignaba sin pensarlo.

La visión empezaba a adaptarse. Si la forma era de tamaño natural, el original tenía ciento cuarenta centímetros de altura. En el centro había un tallo verde que relucía y titilaba, apoyado en dos miembros delgados y flexibles o multiarticulados, los cuales terminaban en varios dígitos bifurcados. De la parte superior brotaban dos brazos similares. Éstos se bifurcaban y subdividían dendríticamente, hasta que los observadores no pudieron contar la cantidad de delicados «dedos» arácnidos. Desde los flancos salían un par de alas o membranas, con una envergadura igual a la altura. Parecían hechas de nácar y polvo de diamantes, pero ondeaban como la seda.

Al cabo de un largo rato, Tu Shan murmuró:

—Si esto es lo que son, ¿cómo podremos conocerlos?

—Como conocimos a los espíritus, tal vez —respondió Peregrino en voz baja—. Recuerdo las danzas *kachina.*

—Por el amor de Dios —exclamó Svoboda—, pero ¿qué estamos esperando? ¡Mostremos nuestra imagen!

—Desde luego —asintió Hanno.

Las naves continuaron juntas hacia el mundo viviente.

29

Así llegó la *Piteas* a puerto, y se puso en órbita alrededor de Xenogea.

Eso requirió cierto cuidado. Otros cuerpos ofrecían un posible refugio. El principal era la luna. Árida y cenicienta como la luna terrícola, tenía sólo un décimo de su masa, pero su trayectoria la acercaba a un tercio de distancia lunar de su cuerpo primario, y luego la alejaba a tres quintos. Tal vez era consecuencia de un accidente cósmico más reciente que los impactos que habían formado el planeta.

Varios satélites artificiales evolucionaban en su propio curso. Ninguno se parecía a nada del Sistema Solar. Los botes, como los había bautizado Hanno, iban y venían. Los viajeros no sabían cuántos eran, pues no había dos que parecieran iguales; poco a poco comprendieron que la forma cambiaba según la misión, y que esos cambios se relacionaban con campos de fuerza más que con cristal o con fibra.

La nave madre (otro término humano) de los alloi estaba en órbita más allá de la luna. Parecía tener una forma fija, un cilindroide de casi diez kilómetros de longitud y dos de diámetro, que rotaba majestuosamente sobre su largo eje, iridiscente como madreperla. A popa (?) haoía un complejo de miembros esbeltos y curvados que quizá constituían el generador de impulso; Hanno evocó diseños entrelazados que había visto en piedras rúnicas nórdicas y en evangelios irlandeses.

A proa (?) el casco se ahusaba y terminaba en punta. Patulcio y Svoboda evocaron un minarete o la aguja de una iglesia. Yukiko se preguntó qué edad tendría. Un millón de años no era una cifra inconcebible.

—Tal vez vivan a bordo —opinó Peregrino—. ¿Qué peso brinda esa rotación?

—Sesenta y siete por ciento de la gravedad terrícola estándar —respondió la nave.

—Sí, parecen venir de esa clase de medio ambiente. Veamos, nos dijiste que la gravedad de Xenogea equivale a uno punto cuatro veces la terrícola, así que para ellos..., no, no, déjame lucirme —rió Peregrino—. Es el doble de la que acostumbran soportar. ¿Pueden aguantarla?

—Nosotros podríamos, si tuviéramos que hacerlo —dijo Macandal—. Pero los alloi parecen frágiles —titubeó—. Como cristal, o como un árbol desnudo cubierto de escarcha en un claro día de invierno. Son muy bellos, una vez que uno aprende cómo mirarlos. —Creo que tendremos que hacerlo —rezongó Tu Shan—. Me refiero a soportar cuarenta kilos más por cada cien.

Todos miraron la pantalla de la sala común donde brillaba una imagen de Xenogea. Estaban pasando frente al lado diurno, y el planeta estaba en su fase llena. Era más brillante que la Tierra, pues tenía más nubes. La blancura ondeaba y se arremolinaba, marmolada con el azul de los océanos, manchada con retazos de tierra verde y parda. Aunque el eje tenía una inclinación de treinta y un grados, ningún polo tenía casquete; la nieve relucía sólo en las montañas más altas.

Aliyat tembló, soltando el canto de la mesa por un instante, y echó a volar. Hanno la aferró. Ella le apretó la mano.

—¿Debemos bajar allá? —preguntó Aliyat.

—Sabes que la falta de peso no es saludable —le recordó Hanno—. Nosotros resistimos más que los que nacieron mortales, y tenemos medicamentos que ayudan, pero al fin nuestros músculos y huesos encogen también, y nuestros sistemas de inmunidad se debilitan.

—Sí, sí, sí. ¿Pero hasta allá?

—Necesitamos un peso mínimo. Esta nave no tiene tamaño suficiente para crearlo con su rotación. Demasiada variación radial, demasiada fuerza de Coriolis.

Ella lo miró enfurecida a través de las lágrimas.

—No soy idiota. No lo he olvidado. Ni he olvidado que los robots pueden arreglarlo.

—Sí, separar los sectores de carga y motores, enlazarlos con un cable largo y luego nacerlos rotar. El problema es que eso inmovilizará a la *Piteas* hasta que esté ensamblada nuevamente. Creo que convendrás en que es mejor disponer de sus aptitudes, así como de los botes, al menos hasta que sepamos un poco más. —¿Buscaremos refugio en el primer planeta? —preguntó Tu Shan—. Un infierno calcinado. El tercero no es tan grande, pero es una estepa escarchada y yerma, al igual que todas las lunas exteriores y asteroides.

Svoboda aún miraba Xenogea.

—*Aquí* hay vida —dijo—. El cuarenta por ciento de peso adicional no nos molestará, dada nuestra resistencia innata. Nos acostumbraremos.

—Nos acostumbramos a cargas más pesadas en el pasado —observó Macandal con serenidad.

—Lo que intento decir, si me dejáis —protestó Aliyat—, es si los alloi pueden hacer algo por nosotros.

Para entonces ya habían intercambiado mucha información, diagramas, vistas interiores de las naves, todo aquello que los no humanos optaban por ofrecer y aquello que los humanos deseaban, incluyendo sonidos. Los alloi emitían notas altas y fríamente dulces que tal vez eran lenguaje o música o algo incomprensible. Parecía probable que lograran establecer una comunicación sistemática; pero los ingenuos recién llegados aún no habían desentrañado el sistema. Esperaban que el primer mensaje, el más básico, hubiera llegado a ambas partes y fuera mutuamente franco: «Tenemos buena voluntad, queremos ser vuestros amigos.»

Hanno frunció el ceño.

—¿Crees que pueden controlar la gravitación? ¿Qué dices, *Piteas!*

—No dan indicios de poseer tal tecnología —te respondió la nave—, y es incompatible con la física conocida.

—Es verdad. Si existiera, y si pudieran hacerlo, tendrían tantos poderes que no se molestarían en hacer lo que nos han mostrado. —Hanno se frotó la barbilla—. Pero podrían construir una estación orbital acorde con nuestras especificaciones. —¿Un bonito ámbito artificial para que nos sentemos a engordar igual que aquí? —estalló Peregrino—. ¡No, por Dios! ¡No cuando tenemos un mundo donde caminar!

Svoboda soltó un hurra. Tu Shan sonrió y Patulcio asintió vigorosamente.

—Correcto —dijo Macandal al cabo de un momento.

—Siempre que podamos sobrevivir allá —señaló Yukiko—. Química, biología... pueden ser letales para nosotros.

—Puede que no —dijo Peregrino—. Vamos a averiguarlo.

La nave y sus robots iniciaron esa tarea. Al principio los humanos fueron meros espectadores. Los instrumentos sondeaban, tomaban muestras, analizaban; los ordenadores reflexionaban. Los botes entraban en la atmósfera. Cuando varias expediciones les hubieron brindado datos sobre las condiciones de la superficie, descendieron. Las máquinas inteligentes que desembarcaron transmitieron sus hallazgos. A medida que los humanos se familiarizaban, participaban cada vez más, primero sugiriendo, luego dando instrucciones y decidiendo. No eran expertos científicos, ni necesitaban serlo. La nave tenía amplia información y potencia lógica, y los robots aptitudes en abundancia. Los viajeros eran la curiosidad, el anhelo, la voluntad encarnada del todo.

Hanno se mantenía al margen. Le interesaban los alloi, al igual que a Yukiko. Ansiaba que le hablaran de sí mismos y de sus viajes entre las estrellas; ella pensaba en arte, filosofía, trascendencia. Ambos tenían un don para tratar con forasteros, una intuición que a menudo superaba datos confusos y fragmentarios para alcanzar un esquema significativo. De la misma manera, Newton, Planck y Einstein habían expresado intuiciones que, inexplicablemente, brindaron soluciones y predicciones. Lo mismo habían hecho Darwin, De Vries, Oparin. Y también, quizás, el Buda Gautama.

Cuando los exploradores de la Tierra tropezaban con pueblos totalmente extraños —los europeos en América, por ejemplo—, ambos grupos pronto aprendían a comprender el idioma del otro. En Tritos no ocurrió nada semejante. Aquí no se trataba de un abismo histórico y cultural, ni de especie, *phylttm* o reino. Se enfrentaban dos evoluciones enteras, seres que no sólo no pensaban del mismo modo, sino que no podían hacerlo.

Bastaba comparar la mano humana con la extremidad equivalente de los alloi. La segunda tenía menos fuerza, aunque el apretón era potente cuando todos los dígitos aferraban algo. Tenía mucha más sensibilidad, sobre todo en las más delgadas ramificaciones externas: percepción más aguda y mejor coordinada. Los extremos pilosos se conectaban por entrelazamiento molecular, y el organismo sentía el entrelazamiento. Así el mundo subjetivo táctil era más rico que el nuestro en varios órdenes de magnitud.

¿Era ópticamente más pobre? Imposible decirlo, y quizá no tuviera sentido preguntar. Las «alas» de los alloi eran reguladores de la temperatura corporal, excretores de desechos vaporosos, redes (?) de sensores. Éstos incluían órganos fotosensibles, más simples que los ojos pero quizá capaces de igual precisión, en su cantidad y variedad. Debía de depender de cómo el cerebro procesara la información recibida, y no parecía existir ninguna estructura específica que se correspondiera con el cerebro.

Suficiente. Hanno y Yukiko quizá tardaran años en aprender la anatomía; por cierto les llevaría más tiempo interpretarla. Por el momento, comprendían (valiéndose de conceptos terrícolas, grotescamente inadecuados) que no sólo tenían delante un software sino también un hardware diferente del propio. Era improbable que dominaran pronto ese lenguaje. Quizá nunca pasaran de los rudimentos.

Presumiblemente, los alloi habían tenido más práctica con alienígenas, y habían desarrollado varios paradigmas. Hanno y Yukiko notaron que cobraban facilidad a medida que trabajaban, no sólo esforzándose para comprender sino naciendo aportes a la tarea. Cada vez más, la intención se aclaraba. Un código primitivo cobró forma. Se iniciaron los contactos materiales, cautos al principio, más audaces cuando aumentó la confianza.

No temían violencia ni —«en estas circunstancias», señaló Hanno, sonriendo— una triquiñuela. Temían las sorpresas que podían acechar en un universo donde la vida parecía incidental y la inteligencia accidental. ¿Qué condiciones que una raza daba por sentadas podían dañar a la otra? ¿Qué microbios inocuos o necesarios podían causar la muerte a otros?

Los robots se encontraron en el espacio. Intercambiaron muestras que llevaron a laboratorios protegidos. (Al menos, así fue abordo de la *Piteas.)* La nanotecnología y la biotecnología dieron prontas respuestas. Aunque la química era similar, casi hasta el nivel de los aminoácidos, las desviaciones eran tales que impedían el contagio mutuo. Sí, los especímenes enviados por los alloi contenían cosas que parecían equivalentes de los virus; pero la estofa vital básica se parecía tanto al ADN como una lima se parece a una sierra.

Al cabo de varios experimentos similares, los robots visitaron las naves. Las máquinas alloi eran gráciles, multitentaculares, y era un placer verlas operar. Dentro de la nave el aire era seco y poco denso, pero respirable para los humanos. Las temperaturas seguían ciclos, como en la *Piteas,* en una gama que iba desde fresco a glacial. La luz tenía los tonos de Tritos, menos brillante que en el exterior, pero adecuada. El peso centrífugo era el previsto, dos tercios de g, y también apropiado.

En cuanto a las otras cosas que albergaba la gran nave...

El trabajo en Xenogea avanzó con menos tropiezos. La planetología era una disciplina madura, un conjunto de técnicas, fórmulas y modelos informáticos. Este planeta encajaba en el patrón. La meteorología y la climatología eran menos exactas; algunas predicciones no se podían efectuar con certeza, pues el caos era inherente a las ecuaciones. Sin embargo, pronto obtuvieron una imagen general.

Un fuerte efecto de invernadero compensaba un alto albedo; cuando otros factores eran similares, el clima era más caluroso que el de la Tierra a la misma latitud. Desde luego, las cosas rara vez eran iguales. Los trópicos tenían sus gratas islas así como humeantes pantanos continentales y calcinados desiertos. La inclinación axial y el ciclo de rotación, de poco más de veintiuna horas, fomentaban potentes vientos ciclónicos, pero la densa atmósfera y las cálidas regiones polares moderaban el tiempo en casi todas partes. Aunque las condiciones, sometidas a cambios rápidos e imprevisibles, eran inestables en comparación con las terrícolas, las tormentas peligrosas no eran más comunes que en la Tierra antes el control. La composición del aire era familiar: humedad más alta, más dióxido de carbono, un porcentaje menor de oxígeno. Para los humanos, esto se compensaba por la presión del nivel del mar, el doble de la terrícola. Podían respirar ese aire sin peligro, y no estaba contaminado.

La vida cubría, llenaba, empapaba el planeta. Tenía una composición química similar a la terrícola y la de los alloi, con sus propias características. Dados los factores energéticos, más las veintenas de informes que los robots habían enviado a la Tierra, eso era de esperar. Como siempre, lo asombroso eran los detalles, la infinita versatalidad de las proteínas y la creatividad de la naturaleza.

En el lado prosaico, los humanos podían comer la mayoría de las cosas, aunque pocas tendrían sabor agradable, algunas serían venenosas y ninguna les daría nutrición completa. Tal vez estarían exentas de microbios y virus depredadores; la mutación quizá modificara eso, pero la biomedicina moderna solucionaría los problemas. Para los supervivientes, con sus peculiares sistemas de inmunidad y regeneración, el riesgo sería

casi inexistente. Podían cultivar plantas terrícolas si lo deseaban, y luego criar animales que se alimentarían de la hierba y el grano.

No era la Tierra virgen recobrada. No era la Feacia de sus sueños, pero aquí podían fundar un hogar.

Aquí tendrían vecinos.

—... y él ha estado tan solo —le dijo Macandal a Patulcio—. Ella y Hanno... No, no hay nada entre ellos. Sería mejor si lo hubiera. Es sólo que ambos están tan enfrascados en sus estudios que nada ni nadie más parece existir. Aliyat me ha venido con quejas. No puedo hacer mucho por ella, pero he tenido una idea para Tu Shan.

Escogió a otros y les comentó su idea en privado, en las palabras que consideró adecuadas para cada cual. Nadie *se* opuso. En la velada elegida, una vez que hizo lo que pudo para cocinar un festín en cero g, convocó a una votación, y Tu Shan recibió su sorpresa.

Un bote espacial descendió. Asistido por dos robots, pues los problemas iniciales con la gravedad eran inevitables después de tanto tiempo en órbita, Tu Shan bajó y fue el primer humano en Xenogea. Había dejado los zapatos en la nave y sintió la tibieza y la humedad del suelo, la riqueza de los aromas. Sollozó.

Poco después, Hanno y Yukiko regresaron de la nave de los alloi. Habían sido los primeros en visitarla. Los seis ocupantes de la *Piteas* los rodearon en la sala común. Todos flotaban, alertas como lucios en un lago. El mural, una ampliación de *Falaise a Varengeville* (mar, cielo, acantilado, sombra sobre el agua, áureas pinceladas de sol), parecía más remoto en el espacio y el tiempo que el propio Monet.

—No, no puedo contar lo que vimos —dijo Yukiko, como si hablara en sueños—. No tenemos palabras, ni siquiera para las imágenes que enviaron aquí. Pero..., de algún modo, ese interior está vivo.

—No es sólo metal muerto y trucos electrónicos —añadió Hanno. Estaba totalmente despierto, entusiasmado—. ¡Oh, tienen mucho que enseñarnos! Y creo que tendremos noticias para ellos, una vez que descubramos cómo contarlas. Pero, aparentemente, no pueden acudir en persona. No sabemos por qué, ni qué problema tiene nuestro ambiente, pero creo que vendrían si pudieran.

—Entonces deben de tener el mismo problema en el planeta —dijo Peregrino—. Nosotros podemos hacer lo que jamás lograrán sus máquinas. Se deben alegrar de que hayamos venido.

—Claro que sí —gorjeó Yukiko—. Cantaron para nosotros...

—¡Quieren que vayamos a vivir con ellos! —exclamó Hanno.

Una exclamación recorrió la sala.

—¿Estáis seguros? —preguntó Svoboda con firmeza.

—Sí, lo estoy. Hemos alcanzado un cierto grado de comunicación, y a fin de cuentas es un mensaje

sencillo. —Hanno hablaba a borbotones—. ¿Qué mejor modo de conocernos y trabajar juntos? Nos mostraron la sección donde podemos instalarnos. Es bastante grande y podemos llevar lo que gustemos, actuar a nuestro antojo. El peso es suficiente para mantenernos en buen estado. El aire y las condiciones generales no son peores que en ciertas montañas que recordamos. Nos habituaremos; y podemos instalar acogedores refugios. Además, pasaremos mucho tiempo en el espacio, explorando, descubriendo, quizá construyendo...

—No —dijo Peregrino.

La negación sonó como un martillazo. Siguió un eco de silencio en el que se intercambiaron las miradas. Las caras se pusieron rígidas.

—Lo lamento —continuó Peregrino—. Esto es maravilloso y tentador. Pero hemos navegado demasiados años con el Holandés Errante. Ahora hay un mundo para nosotros, y vamos a tomarlo.

—Esperad, esperad —protestó Yukiko—. Claro que nos proponemos estudiar Xenogea. Es nuestro principal propósito. El planeta y los *sapiens.* Por eso se deben de haber quedado los alloi. Estableceremos bases, trabajaremos en ellas...

Tu Shan meneó la cabeza.

—Construiremos hogares —respondió.

—Está decidido —dijo Patulcio—. Colaboraremos con los alloi cuando hayamos atendido nuestras necesidades. Creo que podemos investigar mejor el planeta viviendo en él que en una serie de... saltos. Sea como fuere —sonrió fríamente—, *je suis, je reste.*

—Un momento —dijo Hanno—. Habláis como si quisierais quedaros para siempre. Sabéis que ésa no era la idea. Xenogea es habitable, pero no es lo que teníamos en mente. Conseguiremos más antimateria. Creo que los alloi tienen una planta productora cerca del sol, pero en todo caso nos ayudarán. Iremos a Feacia, como nos proponíamos.

—¿Cuándo ? —intervino Macandal.

—Cuando hayamos terminado aquí.

—¿Cuánto llevará eso? Décadas, por lo menos. Quizá siglos. Vosotros dos los disfrutaréis. Y los demás estaremos fascinados, por

supuesto, y ayudaremos en todo lo posible. Pero ante todo tenemos nuestras propias vidas y derechos. Y las de nuestros hijos.

—Si al final nos vamos —murmuró Svoboda—, no será el primer hogar que abandonemos. Y primero habremos tenido un hogar.

Hanno la miró a los ojos.

—Querías explorar —le recordó.

—Y lo haré, en una tierra viviente. Además..., necesitamos cada par de manos. No puedo abandonar a mis camaradas.

—Pierdes en la votación —dijo Aliyat—, y esta vez no puedes hacer nada. —Acarició la mejilla de Hanno con una sonrisa—. Allí hay mares donde podrás navegar.

—¿Desde cuándo eres una valiente pionera? —bromeó Hanno.

Ella se sonrojó.

—Sí, soy mujer de ciudad, pero puedo aprender. ¿Crees que me agrada remolonear? Pensé que me conocías mejor. Bien, en el pasado crucé desiertos, montañas, mares, sobreviví en callejones, a través de guerras, pestes y hambrunas. Vete al cuerno.

—No, por favor, no debemos reñir —suplicó Yukiko.

—Correcto —convino Peregrino—. Nos tomaremos nuestro tiempo, pensaremos, hablaremos como amigos.

Hanno se enderezó, y flotó erguido delante del acantilado y del cielo. —Si queréis —dijo consternado—. Pero os aseguro que no llegaremos a ningún consenso, a pesar de vuestras tribales esperanzas. Vosotros estáis resueltos a echar raíces en el planeta, y yo no pasaré por alto la oportunidad que me ofrecen los alloi. No puedo. En vez de reñir, planeemos cómo cada cual puede cumplir mejor su papel.

Tu Shan frunció el entrecejo.

—¿Yukiko? —graznó.

—Perdóname —musitó Yukiko arrojándose a los brazos de Tu Shan.

30

—Tendrías que ir —dijo Macandal—. De entre nosotros eres la más indicada para comprender.

—No es cierto —dijo Aliyat—, tú siempre...

Macandal sonrió.

—Te has vuelto demasiado tímida, querida. Recuerda los viejos tiempos. Recuerda Nueva York.

Aliyat aún titubeaba. No sabía si podría enfrentarse a los ithagené en una situación crítica. En realidad, dominaba el idioma y las costumbres (al menos en ciertos aspectos) mejor que la mayoría de los supervivientes. Quizá su vida anterior le había aguzado la sensibilidad a los matices. Pero Tu Shan no podía prescindir de su ayuda para cuidar los campos en esa estación de sequía; y en los momentos libres, Aliyat ordenaba el cúmulo de datos y redactaba las experiencias relevantes que comunicaban Peregrino y Svoboda en su exploración de los bosques septentrionales.

—Permaneceré en contacto contigo de todas formas —dijo. —Bien, sería prudente —replicó la otra mujer—, pero tú estarás allí y serás la única cualificada para tomar decisiones. Te respaldaré. Todos te apoyaremos.

Macandal no era la jefa en Hestia, nadie lo era, pero se aceptaba tácitamente que su palabra era la de más peso en los consejos de los seis. No sólo porque sus opiniones fueran sensatas. Peregrino había dicho una vez: «Creo que nosotros, con nuestra ciencia y nuestra alta tecnología, a más de cuatro siglos-luz de la Tierra, estamos redescubriendo viejas verdades: espíritu, maná, llamadlo como os guste. Incluso, quizá, Dios.»

—Además —continuó Macandal—, yo estoy demasiado ocupada.

Siempre lo estaba: sus propias tareas, las que compartía con Patulcio, lo que incumbía a la comunidad; y, con sus tres años, Joseph era varias tareas por sí solo.

—Aparte de mi vientre —rió Macandal. El segundo hijo. La preñez no era un escollo insuperable, los cuerpos se habían habituado a la gravedad de Xenogea, pero valía la pena ir con cautela—. No te preocupes, cuidaremos de tu hombre, y no tardarás mucho en volver. Pero tómate el tiempo que necesites. Esto significa mucho para ellos, y podría significar todo para nosotros.

Aliyat preparó su equipo y sus raciones y se marchó.

Al salir de la casa por la mañana, se detuvo un minuto para mirar. El paisaje aún no resultaba demasiado familiar. Fisuras en las lechosas nubes mostraban retazos de azul pálido. Pero no se veían las nubes que traerían lluvia. El aire cálido y sin brisa estaba impregnado de aromas sulfurosos. El arroyo que bajaba de las colinas del este, atravesando el campamento era apenas un riachuelo, y casi no hacía ruido al despeñarse en el río. En el estuario brillaban barcos y bajíos, más anchos con la marea baja.

No obstante, Hestia permanecía allí. Había tres viviendas y varios edificios auxiliares de cuatro esquinas, de madera sólida. La hierba originaria se había marchitado, pero la irrigación preservaba los árboles y los macizos de rosas, malvas, violetas. Un kilómetro al norte, los robots trabajaban en la granja y los campos; el prado y las vacas eran vividamente verdes y rojos. Más allá, el bote espacial se elevaba sobre el hangar de naves aéreas apuntando al cielo, como un mirador sobre el pequeño reino. Desde esa altura, Aliyat veía un destello más brillante en el horizonte del este. El mar de Amatista.

Sobreviviremos, pensó. En el peor de los casos, los sintetizadores tendrán que alimentarnos a nosotros y al ganado hasta que pase la sequía, y el año que viene tendremos que empezar de nuevo. Oh, espero que no. Hemos trabajado con tanto empeño, con tan pocas máquinas, y hemos depositado tantas esperanzas. Una base más grande, superávit, el futuro, los niños... Está bien, fui egoísta, pues no quise molestarme en tener hijos propios. ¿Pero no es bueno para Hestia que ahora esté libre?

Minoa tenía el aspecto de costumbre. Al sur, más allá del río, los bosques mostraban mil matices —ocre, pardo, bronce verdoso— opacados por la sequedad. Árboles similares bordeaban las tierras despejadas del norte; al oeste se erguían cerros. Sobre las cimas acechaba un borrón blanco, el monte Piteas envuelto en sus brumas.

Nombres humanos. La garganta y la lengua podían imitar el habla de los nativos, de forma comprensible si ellos prestaban atención, pero pronto causaba ronquera, y más difíciles aún eran los conceptos de esa lengua.

Aliyat se despidió de Tu Shan con un beso. Él tenía músculos duros, brazos fuertes. A esa hora ya olía a sudor, tierra, virilidad.

—Ten cuidado —dijo Tu Shan con un dejo de ansiedad.

—También tú —replicó ella. Xenogea, sin duda, albergaba más sorpresas y traiciones de las que habían encontrado hasta el momento. Él había sufrido frecuentes lesiones. Era un encanto, pero se esforzaba en exceso.

Tu Shan negó con la cabeza.

—Temo por ti. Por lo que he oído, se trata de un asunto sagrado. ¿Sabemos cómo actuarán?

—No son estúpidos. No esperarán que yo conozca sus misterios. Recuerda que ellos pidieron que alguien fuese y... —¿Y qué? No estaba claro. ¿Ayuda, consejo, juicio?—. No nos han perdido ese respeto reverencial.

¿De verdad que no? ¿Qué sentía una criatura que no era de la Tierra y era tan distinta? Los nativos habían sido hospitalarios. Les habían cedido ese terreno. Es cierto que les habían ofrecido un terreno más cercano a la ciudad, pero los humanos temían problemas ecológicos. Habían intercambiado no sólo objetos, sino ideas, útiles además de bellas e interesantes. Pero esto sólo probaba que los ithagené —otra palabra griega— tenían sentido común, y quizá curiosidad.

—Debo irme. Pásalo bien.

Aliyat se marchó, cargando con la mochila. Había desarrollado músculos semejantes a los de un cinturón negro de judo, lo cual le daba un andar y una figura muy sexy, pero los huesos seguían siendo frágiles.

Un día nos marcharemos. Feacia espera, con la promesa de ser como la Tierra. ¿Miente? ¿Cuánto echaremos de menos este mundo de penurias y de triunfos? Cuatro ithagene esperaban en el extremo del sendero. Usaban cota de malla y sus filosas alabardas ganchudas relucían. Constituían una guardia de honor, o eso pensó Aliyat. Respetuosos, se dividieron para precederla y seguirla por el sinuoso camino que cruzaba la pared del fiordo y llegaba al río. En el muelle flotante, el enviado aguardaba en la nave que los había traído. Larga y grácilmente curvada en la proa y la popa, se parecía poco a las dos embarcaciones de construcción humana amarradas allí cerca. Pero tampoco había remeros, ni los mástiles tenían velas. Se valía de un generoso obsequio de los terrícolas, un motor confeccionado por los robots fabricantes. Constantes suministros de combustible lo mantenían en marcha.

Los humanos a menudo se preguntaban qué le estaban haciendo a esa civilización, para bien o para mal, y en última instancia, a ese mundo.

Aliyat reconoció a S'saa. No podía pronunciarlo mejor. Hizo lo posible con una frase que en Hestia interpretaban como un saludo formal y una plegaria. «Lo» respondió de la misma manera. («Lo, le, la»: ¿ Qué se podía hacer cuando había tres sexos y ninguno se correspondía exactamente con el masculino, el femenino y el neutro, y el idioma carecía de géneros?) Ella y su escolta abordaron la nave, un tripulante la apartó del muelle, otro cogió el timón, el motor ronroneó y avanzaron corriente arriba.

—¿Me puedes contar ahora que deseáis? —preguntó Aliyat.

—El problema es demasiado grave para mencionarlo en otra parte que no sea el Halidom —respondió S'saa—. Cantaremos sobre él.

Notas aguzadas para fijar un tono emocional, para preparar el cuerpo y la mente. Aliyat oía angustia, furia, temor, desconcierto, determinación. Sin duda perdía muchos matices, pero en los dos últimos años había empezado a comprender y sentir esa música, de un modo en

que no había comprendido muchas músicas terrícolas. Peregrino y Macandal estaban experimentando con adaptaciones de los sonidos, componiendo canciones de sereno e inquietante poder.

Nadie hubiera pensado que esos seres fueran artistas. Torsos de tonel, algunos con ciento cincuenta centímetros de altura sobre cuatro piernas regordetas, cubiertas con escarnas pardas y correosas que se podían levantar para mostrar una suave superficie rosada destinada a la entrada de fluidos, la excreción, la sensación; no tenían cabeza, sino un bulto arriba, con una boca bajo una escama y cuatro tallos ópticos retráctiles; debajo cuatro tentáculos, cada cual terminado en cuatro dígitos, que se podían endurecer a voluntad. ¿Pero no parecería repulsivo un cuerpo tan exento de escamas como un cadáver desollado? Los humanos tomaban la precaución de andar totalmente vestidos entre los habitantes de Xenogea.

La veloz nave dejó atrás varias galeras que iban en la misma dirección, y luego a diversas embarcaciones de «pesca» o de carga. Ninguna iba corriente abajo; la marea había empezado a subir, y aunque la luna estaba distante ese día, el oleaje río arriba sería considerable. Con la bajamar saldrían las naves de carga. Ésta era una nación (?) de navegantes que cazaban grandes bestias acuáticas y cultivaban grandes campos de algas, comerciaban en las costas y entre las islas, ocasionalmente luchaban contra piratas o bárbaros u otros enemigos. Con el mayor tacto posible, los seis de Hestia se negaban a proporcionar ayuda militar porque desconocían sus códigos, sencillamente, esa civilización parecía ser la más avanzada del planeta, pero algún día querrían entablar relaciones con otras. Sin duda, sus amigos locales habrían hallado usos bélicos para lo que adquirían de ellos, además de los pacíficos.

Transcurrieron un par de horas. En el lado sur, el bosque cedía paso a huertos y sembradíos. El follaje estaba reseco. En el norte, mientras los cerros se elevaban en el fondo, los peñascos bajaban suavemente. Se irguieron torres en la brumosa distancia, cobrando nitidez. Se elevaban sobre los mástiles apiñados a lo largo de los muelles; Aliyat desembarcó en Xenocnosos.

Custodiada por el río y la flota, la ciudad no necesitaba murallas externas. Peristilos y fachadas con intrincadas esculturas se elevaban a lo largo de calles anchas y limpias. El vidrio reverberaba en colores contrastados. El efecto no era desconcertante sino armonioso, como de árboles y viñas entrelazadas o algas en una corriente submarina, extrañas de contemplar en un mundo tan parsimonioso. Allí no se veía la turbulencia de las multitudes humanas; incluso las miradas y comentarios

que provocaba Aliyat eran decorosos. Eran las voces las que bailaban, gorjeaban, crecían, se unían, las voces y los sonidos de instrumentos.

No todo era así. Al escalar un cerro, Aliyat vio un campamento fuera de la ciudad, un mísero abarrotamiento de refugios improvisados. Los habitantes estaban incómodamente apiñados y guardias armados rondaban la zona. Aliyat sintió un escalofrío. Ésa debía de ser la razón por la cual la habían llamado.

En la cima del cerro se erguía el edificio que llamaban el Halidom. La intemperie había dado un tono ambarino a la piedra. En la Tierra jamas había existido semejante combinación de bóvedas y arcadas entrelazadas y ramificadas, ventanas en espiral y aleros con forma de cáliz. Allí la imaginación nunca había avanzado en esas direcciones. Cuando ellos transmitieran las imágenes, la arquitectura, la música, la poesía y muchas otras cosas quizá tuvieran un renacimiento, si a los humanos aún les interesaban esas cosas.

S'saa la acompañó al interior. Una vasta cámara en penumbra se abrió ante ellos. Los poderosos de Xenocnosos se habían reunido, expectantes, en un semicírculo ante una tarima. Allí se encontraban los tres (uno de cada sexo) que reinaban o presidían. Al oír hablar de ellos desde el espacio, Hanno había propuesto denominarlos la Tríada, pero los de Hestia luego consideraron que Trinidad era un nombre más adecuado.

Aliyat se acercó.

Esa noche llamó por radio desde el apartamento que le habían prestado. Se instaló allí: el mobiliario era poco adecuado, pero le bastaba. La ventana sin postigos dejaba penetrar la tibia oscuridad, el chasquido de la brisa. La pequeña luna cornúpeta teñía las nubes y arrojaba fantasmagóricos reflejos sobre el río. Varias fogatas ardían entre la gente del campamento.

El agotamiento le apagaba la voz, aunque su mente rara vez estaba tan lúcida.

—Hemos discutido el tema todo el día —dijo—. No es que el problema sea complicado en sí mismo, pero atañe a creencias, tradiciones, prejuicios, todo lo que está tan arraigado en una persona... Pensad en un celta pagano y un musulmán pío tratando de ponerse de acuerdo sobre el estatus y los derechos de las mujeres.

—Los ithagene han tenido la sabiduría de pedir una opinión externa —señaló Patulcio—. ¿Cuántas sociedades humanas hicieron tal cosa?

—Bien, esto no tiene precedentes —intervino Peregrino desde lejos—. Nunca tuvimos verdaderos alienígenas en la Tierra. Tal vez en el futuro nos beneficiemos... Continúa, Aliyat. —Es el modo en que se

reproducen. —Copulando en el agua dulce, que tenía que estar quieta para que hubiera concepción; era esencial una concentración de cierta materia orgánica disuelta. En un mundo donde la mayoría de las regiones estaban normalmente húmedas, eso no presentaba más inconvenientes que la pérdida de la capacidad para sintetizar vitamina C en el cuerpo para la especie humana—. Recordaréis que la gente de la ciudad usa ese lago de las colinas, detrás de la ciudad. —Lago Sagrado era el nombre humano, dado que hacer el amor parecía ser un rito religioso en esa sociedad—. Bien, en las inmediaciones, la mayoría de los demás lagos se han secado tanto que son inservibles. Los habitantes se han reunido para solicitar acceso al Lago Sagrado ahora que ha concluido la cosecha. También está muy mermado, pero queda suficiente para todos si las parejas, o mejor dicho triplejas, se turnan. —Aliyat rió—. ¡Nuestra especie lo aprobaría! Pero desde luego los ithagene no lo ven a nuestro modo. Lo que ha levantado en armas a los habitantes de Xenocnosos es la idea de que unos forasteros profanen este misterio, la presencia de su espíritu tutelar, dios o lo que fuere. La Trinidad dijo a los campesinos que se marcharan y esperaran a que acabaran los malos tiempos. De todos modos, no deben procrear hasta que vuelvan las lluvias. Pero ya sabéis acerca de los nacimientos anuales sagrados...

—Sí —dijo Tu Shan—. Viven como primitivos, la mortalidad infantil es muy elevada, entienden que deben ser fecundos a cualquier precio.

—El reino, toda esta sección de Minoa, está al borde de la guerra civil —dijo Aliyat—. Incluso hubo muertes. Ahora, las tribus han enviado aquí a dos o tres mil personas que insisten en que pronto, ocurra lo que ocurra, irán al lago. Nada podrá detenerlas salvo una matanza. Nadie quiere eso, pero los demás no pueden ceder sin causar grandes conmociones.

Macandal soltó un silbido.

—Y nosotros no teníamos ni idea. Si hubieran acudido antes a nosotros.

—Supongo que no se les ocurrió hasta que estuvieron desesperados —comentó Patulcio—. Si no encontramos una solución rápidamente, sospecho que será demasiado tarde.

—Para eso fuiste tú, Aliyat —dijo Macandal—. Por las insinuaciones de S'saa, entendí que se trataba de algo así y tú, con tu experiencia... ¡No me interpretes mal!

—No me ofendes —dijo Aliyat—. Creo haber logrado una comprensión de lo que ocurre. Quizá no sirva de nada.

—Cuéntanos —rogó Svoboda.

Si se pudieran usar palabras humanas que tuvieran sentido al expresar emociones ithagené, pensó Aliyat, al ver la reacción de la asamblea la mañana siguiente.

—¡No! —exclamó el «le» de la Trinidad—. ¡Imposible!

—No es así, oh Previsores —sostuvo Aliyat—. Se puede hacer rápida y fácilmente. Mirad. —Desplegó un papel. Allí estaba copiada una transmisión de Hestia a una máquina que Aliyat llevaba consigo: una fotografía aérea ampliada de Lago Sagrado y sus inmediaciones. Los ithagené no se oponían a que los sobrevolaran, aunque ninguno había aceptado una invitación para volar. (¿Lo impedía el instinto, una prohibición o qué?) Aliyat señaló el mapa—. El lago está en una cuenca alimentada por lluvias y afluentes. Aquí, a poca distancia, hay una hondonada. Si talamos los árboles y arbustos, y cavamos un canal a través de la pendiente, parte del agua dadora de vida desbordará para llenarla, y a vosotros os quedará bastante cuando se cierre de nuevo el canal. Allí, fuera de la vista de vuestra gente, los campesinos podrán engendrar de acuerdo con sus propias costumbres. Esto sería una empresa difícil para vosotros, pero ya conocéis nuestras máquinas y explosivos. Lo haremos por vosotros.

Cuchicheos y susurros llenaron la oscuridad.

S'saa se dirigió a Aliyat, combinando la lengua nativa con el escaso lenguaje humano que dominaba el «lo»;

—Aunque son reacios, aceptarían para impedir males peores. Sin embargo, temen que los habitantes se nieguen y tomen la propuesta como una amenaza mortal. Conociendo a Kth y Hru'ngg, los líderes, creo que es verdad. Pues un lugar de la vida no es cualquier lago; está consagrado por el uso, por la vida que ha dado en el pasado. Procrear en otra parte desquiciaría el mundo. Quizá las lluvias no regresaran nunca, o los infractores no tuvieran más nacimientos.

Aliyat sintió el peso de la consternación.

—¡No creeréis semejante cosa!

—Los que estamos aquí, no. Pero ellos son simples campesinos. Y es verdad que no todos los lagos otorgan la bendición. Muchos no lo hacen, aunque los probamos en alguna otra ocasión.

—Eso es porque... ¡Oh cielos! ¿de qué sirve?

—Fluye agua de tus ojos. ¿Estás invocando?

—No, yo..., no tenéis una palabra. Sí, invoco a los muertos, y la pérdida y... ¡Esperad, esperad!

—Brincas, alzas los brazos, emites ruidos.

—Tengo una nueva idea. Tal vez esto sirva. Debo preguntar al consejo. Luego debo... acudir a los habitantes y... averiguar si les parece bien.

Aliyat se volvió hacia la Trinidad.

Durante varios días el cielo había estado despejado, un azul duro como hierro, ni una nube salvo en el oeste. De vez en cuando relámpagos y truenos surcaban un paisaje sin viento mientras el ocaso enrojecía esas regiones. Los rayos del sol penetraban por las brechas y bañaban los valles hasta ensangrentar el nuevo lago. Negros árboles se perfilaban contra el poniente. Los cientos de ithagené reunidos se transformaron en masas de sombra, una muralla alrededor del agua. Su canto palpitaba como un corazón.

De entre ellos salieron los Extraños, tres parejas, pues se sabía que tal era su naturaleza. A la derecha caminaban los Previsores de la Ciudad, con antorchas colgadas de estacas para proporcionar luz; a la izquierda, más antorchas llameaban y humeaban entre los Jefes Sembradores. Éstos se detuvieron en la margen. Los seis avanzaron.

Aliyat sintió bajo los pies la dureza del césped ahogado. El agua le lamía los tobillos, las rodillas, la entrepierna. Aún conservaba la tibieza del día, pero cierta frescura se elevaba desde abajo, un compromiso con años venideros.

—Aquí nos detenemos —dijo—. El fondo desciende abruptamente. Si seguimos pronto tendremos el agua hasta la cabeza. —No pudo reprimir una risita—. Eso nos dificultaría continuar con tanta pompa, ¿eh?

—No sé qué debemos hacer —confesó Tu Shan.

—No mucho. A fin de cuentas tenemos la ropa puesta, y ellos no saben cómo hacemos nuestros bebés. Pero debemos tomarnos tiempo y... —Con repentina timidez—: Y convencerlos de que nos estamos amando.

Él la rodeó con los brazos. Ella lo estrechó. Se besaron. En la sombra del crepúsculo, entrevio a Patulcio y Macandal, Peregrino y Svoboda. Un himno llegó desde la costa.

Una orgía en una piscina, pensó locamente. Ridículo. Absurdo como hacer el amor, como todo lo humano, todo lo vivo. Vinimos de esas estrellas que parpadean allá arriba para representar un rito de fertilidad de la Edad de Piedra.

Pero funcionaba. Consagró el lago, encendió la magia. Minoa aguardaría en paz la resurrección de la tierra.

—Tu Shan—susurró Aliyat, abrazándolo—, cuando regresemos a casa, quiero un hijo tuyo.

31

—Dichosa es la palabra que nos ha llegado —declaró el alloi a quien los humanos llamaban Cascada de Luz. Ha viajado desde el punto de contacto más próximo, a 147 años-luz. —Dedos ramificados delimitaron una parte del cielo e indicaron un punto. El ademán, realizado por una silueta tan frágil, recortada contra el espacio desnudo que se veía por una transparencia de la nave, cobraba doble fuerza.

La dirección estaba lejos del Sol, pero no hacia Pegaso. Los alloi habían ido muy lejos del mundo que había engendrado su raza.

—Punto de contacto —dijo Yukiko, por fuerza en voz alta y en un idioma terrícola. La comprendían, así como ella comprendía lo que le comunicaban. Era inevitable expresarse así cuando la mente no podía traducir directamente lo que percibían los sentidos, sino que debía atravesar un metalenguaje elaborado en el curso de años—. No identifico vuestra referencia.

—Los navegantes estelares han establecido estaciones en órbita *de* soles escogidos, a las cuales envían sus descubrimientos y experiencias —explicó Azogue—. Éstas comunican la información al resto. Así crecen nuestros nódulos de conocimiento, y los haces que los unen forman redes que se entrelazan.

Hanno asintió. Lo había notado; sus exploraciones con compañeros alloi lo habían llevado cerca de la vasta y traslúcida red que habían confeccionado alrededor de Tritos, mientras Yukiko indagaba sus artes, filosofías, sueños.

—Hay una versión primitiva en el Sistema Solar —le recordó Hanno a Yukiko—. O la había, cuando nos fuimos. Cuando empiecen a recibir nuestras transmisiones, pueden remodelarla y unirse a la comunidad.

—Si les interesa —replicó Yukiko mirando el cielo, donde las estrellas se ahogaban en la helada catarata de su propia luz, y desviando los ojos con un escozor. Lo que ambos habían aprendido les daba pocas esperanzas.

Hanno no estaba tan abatido.

—¿Cuál es la noticia? —preguntó con avidez.

—Una nave ha acudido al punto de contacto —dijo Cascada de Luz—. Todos lo hacen de vez en cuando para recibir nuevos datos, pues las estaciones no pueden transmitir continuamente a quienes pueden estar en cualquier parte, viajando a cualquier velocidad. Nuestro informe sobre este sistema, tal como había llegado entonces, decidió a la tripulación a

seguir viaje hasta Tritos. Nos hemos encontrado antes con esos seres; resulta evidente para nosotros que los habitantes de Xenogea revisten especial interés y encierran gran promesa. Una imagen, por favor.

—Ahí tienes —dijo Ala Estelar, activando un proyector. Apareció una mole que a Hanno le evocó un rinoceronte. Pero la semejanza era vaga y caprichosa, como comparar un hombre con una oruga. El cuerpo, en todo caso, tenía poco interés, excepto en la medida en que era una matriz de la mente, del espíritu.

—Sí —aventuró—, ellos también son de un planeta grande, ¿verdad? Creo que aquí ven una similitud cultural con ellos mismos y quizá cosechen muchas ideas a partir de las diferencias.

Los ojos de Yukiko brillaron.

—¿Cuándo vendrán?

—Dicen que primero desean pasar unos años en el punto de contacto, estudiando y analizando los datos —dijo Cascada de Luz—. Es habitual aprovechar instalaciones que ninguna nave puede albergar. Sin duda viajan allí en este momento. Como están habituados a altas aceleraciones, llegarán sólo unos meses después de su anuncio de partida.

—Varios años, entonces —sonrió Yukiko—. Tiempo suficiente para preparar una fiesta de bienvenida.

—¿Viajan por la misma doctrina que vosotros? —preguntó Hanno.

—Sí —respondió Cascada de Luz—, y os recomendamos que la adoptéis.

—Estoy pensando en ello. Necesitaríamos ciertas modificaciones básicas en nuestra nave.

—Sobre todo en vuestros pensamientos.

—*Touché!* —rió Hanno—. Somos advenedizos impacientes.

Los alloi no aceleraban continuamente entre los astros. Se acercaban a la velocidad de la luz y luego continuaban en trayectoria libre, usando la fuerza centrífuga. El ahorro en antimateria permitía grandes naves, con todo lo que eso implicaba. El precio era que la dilación temporal era menor. Un viaje que se habría realizado en diez años de a bordo duraba el doble; y cuanto más lejos se iba, más crecía el factor. Todos los viajeros eran longevos, pero ninguno escapaba del tiempo. La práctica explicaba que los observadores de Sol nunca hubieran recibido señales de naves estelares. Aunque las energías eran enormes, sólo había radiación al principio y al final de un pasaje, la fluctuación de una candela; y las naves estelares eran escasas.

—Quizá seas injusto contigo mismo —sugirió Ligero—. Quizá vuestra premura colme una necesidad que nosotros, integrantes de especies que han viajado más tiempo por la galaxia, no sabíamos que temamos. Podéis ir más allá de este diminuto segmento de la galaxia al que hemos llegado, de un extremo al otro, en menos de un millón de años cósmicos. Vosotros podéis ser quienes la unáis.

Yukiko agitó las manos.

—No, no. Nos honráis más de lo que merecemos.

—Esperemos el futuro —sugirió Ala Estelar, con la paciencia de la antigüedad. Estos seres habían abandonado Pegaso quince mil años atrás; ninguna de sus vidas individuales era más breve que la mitad de ese tiempo. Sabían de exploraciones que habían durado, en otras direcciones, cien veces más.

—Bien, esto es... maravilloso —dijo Hanno. Miró a Yukiko—: Quizá tú encuentres palabras, querida. Yo estoy estupefacto.

Ella le cogió la mano.

—Tú nos trajiste aquí. Tú.

Habían aprendido a discernir cuando los alloi se ponían solemnes.

—Amigos —dijo Cascada de Luz—, debéis tomar ciertas decisiones. Poco después de la llegada del... (?), nos marcharemos. —A través de la sorpresa y el pulso acelerado, captaron—: Podéis quedaros si gustáis. Ellos se alegrarán de conocer a nuevos miembros de la hermandad. Podéis ayudarlos, y ellos a vosotros, a conocer Xenogea y sus inteligencias, incluso más de lo que vosotros y nosotros nos hemos ayudado. Todo lo que hemos construido en este sistema quedará para vuestro uso.

—¿Pero os marcháis? —tartamudeó Yukiko—. ¿Porqué?

Los largos miembros trazaron símbolos. Las membranas temblaron; los cuerpos se cubrieron de opalescencias. La declaración era tranquila, inexorable y tal vez melancólica. Tal vez.

—Hemos pasado más de cuatro siglos en Tritos. Os dais cuenta de que en parte fue por lo que habíamos detectado en Sol: nuestra esperanza, que se cumplió, de atraer aquí a viajeros de allá. Entretanto exploramos estos planetas y sobre todos los diversos modos de vida, historias, logros, horrores y glorias de las inteligencias de Xenogea. Fue un esfuerzo ricamente recompensado, tal como esperábamos. Un nuevo concepto del universo se abrió para nosotros. Algo de lo aprendido ha entrado en nuestro interior.

»Y sin embargo vosotros, humanos, en vuestra década y media, habéis recogido más de lo que pensábamos que había. Ocurre que vuestro

mundo de origen, vuestra evolución, se parece más a la de ellos. La naturaleza os ha preparado mejor para comprenderlos.

»Por nuestra parte, nos sentimos atraídos hacia vosotros mucho más que hacia ellos. Vosotros también sois la clase de seres que busca las estrellas. Nosotros podríamos quedarnos aquí hasta que este sol empiece a morir, sin descubrir todo lo que hay por descubrir; pues es mucho, y siempre está cambiando. La vida es rara, y la inteligencia más aún. ¿Por qué, entonces, no nos quedamos?

«Porque aspiramos a más de lo que obtuvimos aquí, y sabemos que lo hallaremos si buscamos el tiempo suficiente.

Hanno sólo encontró palabras de mercader. —Entiendo. Habéis pasado el punto de las ganancias menguantes. Vuestra mejor estrategia es empezar de nuevo.

Algo que las civilizaciones madres no hacían, no podían hacer.

—¿Iréis hacia Sol? —preguntó Yukiko con voz trémula.

—Algún día, quizá —dijo Ala Estelar.

—Improbable —afirmó Azogue—. Creo que lo que nos habéis revelado bastará... pues ellos han continuado evolucionando.

—Que Sol y Pegaso se comuniquen —insistió Ligero.

—No, eres demasiado impetuoso, y demasiado desconsiderado con nuestros amigos —amonestó Cascada de Luz—. Nosotros tenemos años por delante para reflexionar. Vosotros también —continuó, dirigiéndose a los humanos—, con vuestros congéneres del planeta, debéis reflexionar. ¿Queréis comenzar de inmediato?

Hanno y Yukiko intercambiaron una mirada. Ella asintió en silencio. Él también, al cabo de un momento. Se inclinaron, uno de los muchos movimientos que gradualmente había cobrado elocuencia, y salieron de la sala coralina.

Un pasadizo los llevó a lo largo de la gran curva de la nave. Más allá de la zona que estaba viva, se extendía una vista simulada de rojizas colinas, angostos peñascos, frondas ondeantes alrededor de un lago congelado, bajo un cielo azul violáceo donde los anillos se arqueaban como arco iris incesantes, un mundo que los alloi habían hallado una vez y consideraban bello, pues se parecía a su mundo madre antes de las máquinas. Habían dejado colonos.

Más allá se extendía una sala de ejercicios para los humanos. Podía girar en torno de un anillo hueco alrededor del casco para obtener mayor gravedad. Así conservaban un estado físico que les permitía visitar el planeta sin estar en excesiva desventaja ante quienes vivían allí.

Más adelante estaba el hogar de ambos, el jardín de Yukiko, un poste que sostenía un modelo de carabela construido por Hanno, el compartimento que los albergaba. Dentro el aire seguía siendo seco y poco denso pero tibio, y la luz era pura y blanca.

Las tres Habitaciones albergaban sus pertenencias, algunas traídas de la Tierra, otras que eran recuerdos de sus años en el espacio, pero no había apiñamiento. Hanno conservaba su prolijidad de marinero, ella su austeridad esencial. Frente al complejo electrónico, un pergamino caligráfico colgaba sobre una mesilla donde un cuenco de agua contenía una bonita piedra.

Se quitaron las prendas externas.

—¿Preparo té? —propuso Yukiko.

—Hazlo, si deseas —dijo Hanno, con la cara tensa—. Quiero llamar al planeta.

—Bueno, esta noticia es abrumadora, pero tendremos que hablar sobre ella...

—En persona. Iremos allí a quedarnos un tiempo, tú y yo.

—Me encantaría —suspiró ella.

—Sí, confieso que disfrutaré de un paisaje real al aire libre, un mar, un viento salobre.

—Y nuestros camaradas. No imágenes sino carne y hueso. Cuánto deben de haber crecido los niños.

Él echaba de menos la melancolía, y sólo mucho después recordó con cuánta vehemencia ella entraba en la vida que la rodeaba cuando efectuaban descensos. Las ocasiones habían sido infrecuentes y breves. Debían vivir con los alloi, trabajar con ellos, compartir penurias y peligros así como victorias y celebraciones, para llegar a comprenderlos y entender lo que habían ganado en su viaje incesante. Para Hanno los sacrificios eran pocos.

—No importa cuántos años tengamos para prepararnos —dijo—. Será mejor comenzar enseguida.

Ella sonrió.

—Es decir que no tienes tiempo para una taza de te.

Ignorando la suave ironía, él se sentó ante el complejo y ordenó una comunicación con Hestia. La nave estaba ahora sobre el hemisferio opuesto, pero los alloi habían puesto satélites de relé en órbita. La pantalla se encendió.

—Llamando —dijo la voz artificial. Transcurrieron un par de minutos—. Llamando.

Yukiko conectó un visor externo. El planeta blanco resplandecía con venillas azules. Los relámpagos rasgaban el borde oscuro. Ella unió las palmas.

—¡Hemos olvidado que donde están ellos es de noche! —exclamó.

—Demonios —dijo Hanno sin sombra de arrepentimiento.

La imagen tridimensional de Svoboda entró en la pantalla, como si ella misma estuviera detrás de una ventana cerrada. Tenía el pelo desaliñado. Una túnica puesta deprisa insinuaba senos cargados de leche.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Ninguna emergencia —respondió Hanno—. Noticias. Te lo contaré y tú se lo explicarás a quien se haya despertado, y luego puedes dormirte de nuevo.

—¿No podías esperar? —preguntó enfadada.

—Escucha. —Hanno dio su informe con palabras concisas y vibrantes—. Necesitamos empezar a estudiar la información que los alloi puedan darnos sobre estos otros seres, en cuanto la hayan reunido. Antes de eso tenemos que deliberar. Yukiko y yo esperamos nuestro bote poco después del amanecer... ¿Qué ocurre? —¿Cuál es la prisa? —rezongó Svoboda—. ¿No sabes que es temporada de cosecha ? Tanto las personas como los robots nos estaremos deslomando estos días. Ya lo estamos haciendo. Oí la llamada sólo porque me acababa de dormir después que el bebé me tuvo despierta durante horas. Y ahora quieres que te preparemos una recepción y reunamos un consejo al instante.

—¿No te interesa? ¿Por qué demonios diste tu consentimiento?

—Lo lamentamos —intervino Yukiko—. Estábamos tan excitados que olvidamos todo lo demás. Perdona.

La otra mujer hizo una mueca burlona.

—¿Él lo lamenta?

—Aguarda —dijo Hanno—. Cometí un error. Pero esto que sucede...

Svoboda lo interrumpió.

—Sí, es importante. Igual que tu arrogancia. Olvidas que tú, sentado allá en el cielo, no eres Dios Todopoderoso.

—Por favor —suplicó Yukiko.

Hanno habló con frialdad.

—Soy el capitán. Exijo respeto.

Svoboda meneó la cabeza. Un rizo rubio le rozó la sien.

—Eso ha cambiado. Ya nadie es indispensable. Aceptaremos el líder que necesitemos, si juzgamos que esa persona nos servirá bien. —Hizo una pausa—. Alguien llamará mañana, cuando hayamos deliberado, y hará los arreglos necesarios. —Con una sonrisa—: Yukiko, no es tu culpa. Todos lo sabemos. Buenas noches. —La pantalla se apagó.

Hanno se quedó mirándola.

Yukiko se plantó detrás de él apoyándole una mano en el hombro.

—No lo tomes a mal. Estaba fatigada, y por lo tanto de mal humor. Cuando haya descansado, lo olvidará.

Él meneó la cabeza.

—No, es algo más profundo. No lo había advertido, porque hemos estado alejados mucho tiempo. En el fondo aún están resentidos.

—No, lo juro. Ya no. Tú los trajiste, nos trajiste, hacia algo mucho más maravilloso de lo que nos atrevíamos a esperar. Es verdad, ahora no eres vitalmente necesario. Nadie cuestiona tu valor como capitán. Y actuaste irreflexivamente. Pero esa herida sanará por la mañana.

—Algunas cosas no sanan nunca. —Hanno se levantó—. Bien, no tiene caso amargarse. —Arqueó los labios—. ¿Qué dices de esa taza de té?

Yukiko lo miró en silencio.

—Vosotros dos aún podéis lastimaros, ¿verdad? —dijo con un hilo de voz.

—¿Con cuánta frecuencia echas de menos a Tu Shan? —replicó él con brusquedad. La abrazó—. Aun así, estos años han sido buenos para mí. Gracias.

Ella le apoyó la mejilla en el pecho.

—Y para mí.

—Repito... ¿Qué ocurrió con el té? —esbozó una sonrisa forzada.

32

Las primeras luces agrisaron el este, transformaron el arroyo en plata opaca. Negras montañas se perfilaron en el oeste y la bruma desdibujó la enorme luna. La cascada se precipitó ruidosamente al río, que gorjeaba y murmuraba. Soplaba una brisa fría y salobre. Hanno y Peregrino se hallaban en el muelle. Les costaba hablar.

—Bien—dijo Peregrino—, diviértete.

—También tú —replicó Hanno—. ¿Cuánto tiempo dijiste que te irías?

—No lo sé con certeza. Tres, cuatro días. Pero ven a casa esta noche, ¿me oyes?

—Desde luego. Los fenicios nunca pasamos una noche en el mar si podemos evitarlo.

El sombrío semblante de Peregrino se ensombreció aún más.

—Ojalá no fueras. Y menos solo.

—Ya te he oído antes. Tú también vas solo, y ni siquiera llevas un comunicador.

—Es distinto. Yo conozco esos bosques. Pero ninguno de nosotros conoce esas aguas. Tan sólo hemos navegado un poco con los botes o viajado con los nativos, y eso era para estudiar a los tripulantes, no su pericia marinera.

—Mira, Peregrino, sé perfectamente que las condiciones no son iguales a las de la Tierra. Las he inspeccionado, ¿recuerdas? También recuerda que yo navegaba en naves más frágiles dos mil años antes de tu nacimiento. La segunda ley del mar es siempre: «Cuídate.»

—¿Cual es la primera?

—«¡Quédate en la sentina!»

Rieron juntos.

—De acuerdo —dijo Peregrino—. Ambos necesitamos deambular, cada cual a su modo. Sospecho que lo mismo ocurre con Corinne. No tenía por qué conferenciar con la Trinidad precisamente a esta hora. —Tácitamente: Escape, alivio, aflojar la tensión que ha crecido en nosotros en estos días de trajín. ¿Nos quedaremos aquí, acompañaremos a los alloi cuando partan, o qué? Buscar dentro de nosotros nuestros verdaderos deseos. Aún nos quedan años para decidir, pero nuestras divisiones han durado más tiempo y han sido más amargas de lo que pensábamos.

—Gracias por tu ayuda —dijo Hanno.

—De nada, amigo. —Se dieron la mano. Era el apretón más cálido que Hanno había dado o recibido en Hestia. No podía preguntar directamente, pero creía que Peregrino lo había perdonado del todo. Bien, la brecha que se hubiera abierto no afectaba algo fundamental en la vida de ese hombre, como en el caso de otros; y desde el punto de vista de Peregrino, los acontecimientos habían vindicado a su viejo amigo. En los últimos cónclaves de los ocho, habían estado del mismo bando.

No ocurría así con Macandal, Patulcio, Aliyat, Tu Shan, Svoboda... Svoboda. Oh, ella lo tomó grácilmente; a fin de cuentas, en principio ella también favorecía la exploración. Pero, por acuerdo tácito, ella y Yukiko se quedaron en la cama mientras sus hombres se levantaban para llevar el equipo hasta el bote espacial.

Peregrino dio media vuelta. Sus pasos apenas fueron un susurro en el muelle, su alta forma se alejó y se perdió en la oscuridad. Hanno subió a bordo. Pronto descubrió y desplegó la vela mayor, sacó el foque, izó ambas, *afianzó* las escotas y zarpó. La tela resplandeció como un fantasma frente al alba, flameó, recibió el viento, se hinchó. *La Ariadna* se inclinó hendiendo la corriente.

Era una buena nave, una balandra de seis metros (en la Tierra habría corrido regatas en otros tiempos, pero ya nadie navegaba), construida en momentos libres por Tu Shan con ayuda de los robots, según planos de la base de datos. Tu Shan había querido fabricar algo bello, además de útil. Resultó que nadie tenía tiempo para usarla demasiado. Los ithagenê estaban intrigados, pero el diseño no

congeniaba con ellos. Hanno dio unas palmaditas sobre la cubierta.

—Pobrecilla —dijo—. ¿Llorabas de noche, siempre sola? Hoy cabalgaremos de verdad, te lo prometo. —Sorprendido, notó que había hablado en púnico. ¿Cuándo había sido la última vez?

El estuario se ensanchaba. La brisa soplaba con fuerza desde tierra, impulsando a Hanno junto con la corriente y la marea. La bajamar terminaría cuando Hanno llegara al mar; para la transición eran convenientes aguas más remansadas.

Las ondas y surcos, todas las turbulencias, eran más fuertes y veloces en Xenogea, menos previsibles que en la Tierra, dada la gravedad.

El sol se elevó, oscurecido y enrojecido por las nubes, no tan lejos a estribor como habría estado en la Tierra en esa latitud y esa época del año. Aunque el planeta rotaba más deprisa, la inclinación axial prometía un largo día de verano. Turbios bancos de nubes se elevaban al sur. Hanno esperaba que no se desplazaran al norte y lo sorprendieran con una borrasca. La temporada más húmeda había pasado, pero nunca se sabía. La meteorología *de* Xenogea se basaba principalmente en conjeturas. Los parámetros eran exóticos; los humanos y sus ordenadores tenían cosas mucho más interesantes en qué ocuparse. Además, el tiempo era muy inestable. El caos, en el sentido en que los físicos usaban la palabra, predominaba tempranamente en cualquier secuencia.

Bien, esa nave era resistente; él y Peregrino le habían instalado un motor fuera borda; si Hanno se veía en apuros, llamaría y un avión iría a recogerlo. Detestaba esa idea.

Decidió pensar en cosas más agradables. Navegar de nuevo entre los astros... No, eso le afectaba mucho. Eso era lo que dividía la casa de los supervivientes contra Hanno. No podía culpar a los que deseaban quedarse. Habían trabajado, sufrido, luchado; este mundo era su nuevo hogar, el cosmos de sus hijos. En cuanto a los que querían explorar, Minoa con sus muchos reinos era apenas un continente en todo un mundo. Para quienes deseaban morar cerca de seres no humanos, una nueva raza se aproximaba. ¿Qué más podían desear?

Olvídalo por ahora. Sumérgete en este día.

El mar se extendía ante la *Ariadna,* crestas blancas como metal, chorros y bramidos, un abrupto viento del sureste. La nave brincó, se inclinó, la borda de sotavento hendió las aguas. La cubierta y el timón palpitaban. El viento cantaba, soplaba besos salobres. Hanno se cerró la chaqueta y se cubrió con la capucha. Acarició el cartucho de gas que encendería en caso necesario. Las maniobras eran difíciles y los . músculos de Hanno aún no se habían habituado al peso. No habría podido arreglárselas solo sin los servomecanismos y el ordenador. Aun con ellos, debía estar muy alerta. Bien. Deseaba que fuera así.

Una embarcación nativa bogaba hacia la costa, hendiendo el viento, las velas hinchadas. Debía de haber esperado el cambio de mareas. Ahora cabalgaba corriente arriba, sin duda hacia Xenocnosos. Quizá tuviera que buscar amparo en una de las bahías que los ithagene habían cavado en los barrancos, mientras la marejada pasaba rugiendo. Ese día sería especialmente peligroso, con una cercana luna llena.

Al norte, a cinco kilómetros del promontorio, se encrespaban aguas blancas y surgían formas negras: la Zona Prohibida, un traicionero conjunto de rocas y bajíos. Una corriente del sur la barría. Hanno reorientó las velas. Deseaba estar lejos antes de que la marea reforzara esa embestida.

Maniobrando, enfiló hacia la más próxima de las tres islas que había hacia el este. Apenas llegaría allí a media tarde, cuando la prudencia le impondría volver, pero era un rumbo.

Una meta, pensó. Un puerto al que no llegaré. Ulises, zarpando hacia Itaca desde la incinerada Troya, tentado por los lotófagos, amenazado por el cíclope, luchando con vientos y hombres salvajes, seducido por una hechicera que despojaba a los hombres de su humanidad, descendiendo al reino de los muertos, surcando los campos del sol, atravesando el portal de la destrucción, aprisionado por aquella que lo amaba, arrojado a las costas de Feacia..., pero Ulises había llegado a su hogar.

¿Cuántos puertos había perdido Hanno en tantos milenios? ¿Todos?

Tritos trepó a una brecha entre las nubes. La luz centelleó. Hanno surcaba el mar de Amatista, cubierto de polvo de diamantes y las blancas crines del oleaje. Adorable y salvaje como una mujer.

Tanithel, el pelo negro con guirnaldas de anémonas, susurrando su deseo de no haber tenido que sacrificar su virginidad en el templo antes de acudir a él; Adoniah, leyendo las estrellas desde su torre de Tiro: dos veces Hanno ancló, las luces del hogar titilaron en el anochecer, y luego la marea baja lo alejó de esa comarca llevándolo a aguas vacías. Después... Merab, Althea, Nirouphar, Cordelia, Bragwyn, Thorgerd, María, Jehanne, Margaret, Natalia. ¡Oh Ashtoreth, los queridos fantasmas eran imposibles de contar y recordar! ¿Pero habían sido algo más que fantasmas, cuando pertenecían a la muerte? Se sentía más cerca de los hombres, la sensación de pérdida no era la misma. Baalram, Thuti, Umlele, Piteas, Ezra, el tosco Rufus, sí, eso dolía. Algo dentro de Hanno había llorado siempre a Rufus.

¡Basta de lamentos!

El viento arreció. La *Ariadna* se inclinó bruscamente. El sol desapareció tras los celajes. Las montañas de nubes se acercaron, con relámpagos en sus cavernas negras. Las islas se perdían en la movediza bruma, y a popa la costa era baja e imprecisa.

—¿Qué hora es? —preguntó Hanno. Soltó un silbido cuando el ordenador le respondió. Su cuerpo había navegado por él mientras su mente se sumergía en el pasado.

También sentía hambre, pero sería temerario confiar el timón a la maquinaria aunque sólo fuera para ir abajo a preparar un bocadillo.

—Ponme con Hestia —ordenó al comunicador.

—Llamando.

—Hola, hola. ¿Hay alguien allí? Llama Hanno.

El viento arrancó la voz de Yukiko del altavoz, los mares pisotearon sus jirones. Hanno apenas oyó:

—... asustados por ti..., informe del satélite..., tormenta avanzando deprisa..., por favor...

—Sí, claro. Regresaré. No te preocupes. Esta nave puede resistir un tumbo y enderezarse. Volveré para la cena. —Si cojo la marea adecuada. Tengo que mantenerme lejos de la costa hasta que pueda enfilar en línea recta. Bien, el motor tiene muchos kilowatios. Mejor apañarse con eso y no con hombres que remaban hasta que les reventaban el corazón.

No quería usarlo a menos que fuera imprescindible. Necesitaba una pelea, ingenio, agallas y tendones contra los lobunos dioses. El regreso

exigiría una larga y dura maniobra. Una ola barrió la cubierta. La *Ariadna* tembló, pero el mástil aún se mecía en lo alto como una lanza erguida. Muchacha valiente. Como Svoboda..., como todas ellas, Yukiko, Corinne, Aliyat, todas ellas supervivientes, de una manera como jamás lo habían sido sus hombres.

Dejó que los servos se encargaran del timón mientras él recogía las velas. Una se les escapó de la mano y le abrió un tajo en la muñeca antes que pudiera capturarla y plegarla. La espuma lavó la sangre. El mundo se había agrisado, salvo por los fogonazos de los relámpagos al sur. El agua se arremolinaba en la cabina hasta que la bomba la arrojaba por la borda. Recordó cómo achicaba el agua de la nave de Piteas durante una tormenta en el Báltico. Mientras cogía el timón, una canción le cruzó la cabeza. «Oh, dame mi bastón...» ¿De dónde venía eso? Lengua inglesa, siglo diecinueve o principios del veinte, una impúdica y vibrante canción de ferrocarril.

Oh madre, ven con la fianza,
sácame de esta maldita cárcel.
Me arrepiento de todos mis pecados.

Ferrocarril, el oeste, un mundo que parecía ilimitado pero había perdido sus horizontes y en un parpadeo de siglos se confundía con Troya. Luego algunos miraron las estrellas y soñaron con Nueva América. Las consecuencias: máquinas, ocho seres humanos, inmensidades tan intransitables y cerradas como la muerte.

Oh, el infierno es hondo y el infierno es ancho,
Oh, el infierno es hondo y el infierno es ancho,
Oh, el infierno es hondo y el infierno es ancho,
no tiene fondo, no tiene lados.
Me arrepiento de todos mis pecados.

Hanno rechinó los dientes. Ulises fue allí y regresó. Si las estrellas no albergaban una Nueva América, ofrecían algo infinitamente mayor.

El ruido lo abrumó. Un soplido y un estruendo monstruoso, perforado por un chirrido. A babor la pared de nubes se había desvanecido tras una blancura que cubría olas y kilómetros.

—¡Arría las velas! —ladró. Eso no era una mera ráfaga, sino un chubasco que lo embestía desde atrás. El tiempo de Xenogea no respetaba las leyes del Eolo griego. La velocidad de los vientos solía ser baja, pero cuando se elevaba se volvía violenta por el peso del aire.

Hanno tocó con la mano izquierda el interruptor que bajaba el motor fuera borda. ¡Hunde la proa en el mar y aguanta!

El agua cayó como un puñetazo. Un diluvio cegó a Hanno. Las olas barrieron la borda. La *Ariadna,* trepó, se balanceó en la espuma, cayó en un hueco. Hanno se aferró con fuerza.

Algo lo arrancó de su sitio.

Lo tragó una negrura rugiente. Pataleó y braceó. En medio de todo había algo frío y estable, su mente. He caído por la borda, pensó. Infla la chaqueta. No tragues agua o eres hombre muerto.

Subió a la superficie, aspiró el aire lleno de lluvia y espuma salada, braceó contra la desgarradora pesadez. La capucha se hinchó formando una almohada, elevándole la cabeza mientras el resto de la prenda le sostenía el cuerpo. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba la balandra? Ningún indicio. No creía que esa recia dama se hubiera hundido, pero el viento y las olas la debían de haber arrastrado, quizá no muy lejos pero lo suficiente, pues sólo veía las olas que lo azotaban.

¿Qué había pasado? Su mente se despejó, se despabiló, se convirtió en un ordenador programado Sara la supervivencia. El viento había manoteado la oja vela mayor, haciendo virar el casco, hundiéndolo tanto que el embate del mar lo había arrastrado. Bien, si se mantenía alerta, andaría a la deriva hasta que lo rescataran. Eso sería poco después de la tormenta. Yukiko quizás estaba intentando llamarlo. Un avión... Los que la *Piteas* llevaba a bordo estaban diseñados para Feacia. Volaban en Xenogea, pero precariamente; en condiciones inusitadas, se necesitaba un piloto humano además de la máquina. Quizá la gente de Hestia tendría que haber pedido modificaciones, pero era una gran tarea, y había muchas otras cosas que hacer; en caso de duda podían quedarse en tierra.

Pilotos. Peregrino es el mejor, creo que todos están de acuerdo en eso. Hoy está fuera de contacto. Por lo demás, Svoboda; y ella tiene que pensar en su hijo. La colonia es diminuta, una cabeza de puente en una playa que no está hecha para nuestra especie. Ella no tiene derecho a arriesgarse innecesariamente. Desde luego, despegará en cuanto parezca práctico, cuando termine este huracán. Los vientos fuertes constituyen un riesgo aceptable, si son razonablemente estables.

Hay que mantenerse vivo entonces. La exposición es el enemigo. Este agua no es demasiado fría, es una corriente cálida del sur. Sin embargo, unos pocos grados por debajo de la temperatura dérmica te sorberán el calor. Recuerdo..., pero eso fue en otro viaje, y además esos hombres están muertos. También sé antiguos métodos asiáticos para

controlar el flujo sanguíneo; en caso de extrema necesidad, puedo invocar mis últimas reservas, mientras duren.

Trata de nadar. Ahorra fuerzas, pero no te dejes arrastrar y sofocar. Encuentra los ritmos. ¿Qué diosa vivía en el fondo del mar y tendía sus redes para coger a los marineros? Oh, sí, Ran de los noruegos. ¿Bailamos, Ran?

El viento aullaba, los mares tronaban. ¿Cuánto tiempo había durado? Imposible saberlo. Un minuto podía equivaler a una hora, dilación temporal inversa, el cosmos alejándose de un hombre. Se había equivocado con ese vendaval. No era un rápido chubasco. La lluvia había menguado, pero el viento soplaba con más furia. Imprevisto, imprevisible, tan ignorante como los hombres y sus máquinas. El universo reservaba tantas sorpresas como estrellas. No, más. Esa era su gloria. Pero algún día una de esas sorpresas le mataría.

Truenos adelante. Hanno se elevó en una cresta. Vio dientes negros, rocas y arrecifes, la Zona Prohibida. El agua hervía, escupía, estallaba. La corriente lo había arrastrado allí. Hanno ansió que la *Ariadna* quedara libre para que su gente la recobrara. Se preparó.

Era difícil. Una sensación de calor en las manos y los pies se arrastró traicioneramente hacia el pecho. Las olas rodaban y rugían bajo el cielo. El agua se precipitaba sobre la encrespada superficie que lo sostenía. Hanno inhalaba, se asfixiaba, tosía, aspiraba aire.

Apenas lo notaba. El frío, el dolor, la lucha pertenecían al mundo, la tormenta. Los observaba impersonalmente, como un hombre somnoliento mirando las llamas de la estufa. La marea lo arrastraría, pero él no estaría allí. Estaría..., ¿dónde? ¿Qué? No lo sabía. No importaba.

Conque así termina todo. No está mal para un viejo marinero. Ojalá pudiera tenderme a recordar. Pero los recuerdos se me escapan, los anhelos se me escapan, el ser se me escapa. Adiós, fantasmas, adiós. Buen viaje.

Un gemido hendiendo el viento y las olas, una sombra, una silueta, una sacudida despertando la conciencia.

Necio, protestó Hanno. ¡Lárgate! ¡Podrías perder la vida!

El avión corcoveó, osciló, cayó, trepó, batalló. Una línea cayó desde la cabina. La cuerda pasó a medio metro de Hanno. Trató de asirla, pero no pudo. Caracoleaba sobre él. Otra vez. Y otra.

Se alejó. La máquina rugió con más fuerza. La línea bajó de nuevo. En el extremo había un nudo de donde colgaba un hombre. Tu Shan pegó en el arrecife. Recibió el impacto en los músculos, recobró el equilibrio,

resistió mientras una ola le bañaba los tobillos. Con la mano izquierda cogió la línea y avanzó paso a paso.

El más fuerte de nosotros, pensó Hanno desconcertado. Pero yo estuve todo este tiempo con su mujer.

El brazo de Tu Shan le rodeó las axilas, lo alzó, lo sostuvo con fuerza. El avión tensó la línea. Colgaron como un badajo de campana. *Proclamar la libertad por el mundo...*

Llegaron a bordo. Svoboda ganó altura y enfiló hacia la costa. Tu Shan tendió a Hanno en el crujiente pasillo. Lo examinó con tosca destreza.

—Una ligera contusión, creo —gruñó—. Quizá un par de costillas rotas. Sobre todo un resfriado..., hipotermia. Vivirá.

Le administró el tratamiento inicial. El pulso de Hanno se aceleró. Svoboda hizo descender el avión de costado.

—¿Cómo lo supisteis? —murmuró Hanno.

—Yukiko llamó a los alloi —dijo Svoboda desde los controles. La lluvia azotaba el visor—. Ellos no podían penetrar en la atmósfera. Incluso sus robots tienen problemas con el mal tiempo. Pero enviaron un bote espacial en trayectoria baja. Sus detectores registraron una anomalía infrarroja en las rocas. Parecía muy probable que estuvieras allí.

—No tendríais que..., no...

Ella inició un descenso casi vertical. El contacto hizo chirriar la máquina. Svoboda se quitó el arnés y fue a arrodillarse al lado de Hanno.

—¿Pensaste que queríamos estar sin ti? —preguntó—. ¿Que alguna vez lo quisimos?

33

Rara vez había días tan brillantes. La luz del sol se derramaba desde un cielo cuyas nubes eran blancas y azuladas como enormes bancos de nieve. Se reflejaba en las alas de los pájaros; el río y el mar relucían como metal derretido. Los ocho que estaban sentados alrededor de la mesa usaban poca ropa. Desde esa loma se veía Hestia, una caja de juguetes a esa distancia, y al oeste el monte Piteas se elevaba con pureza más allá de las colinas.

En dos ocasiones nos reunimos así, al aire libre, recordó Hanno. ¿Tenemos una desconocida necesidad? Sí, las razones son prácticas, no sufrir distracciones, dejar los niños al cuidado de los robots por unas horas, y esperar que la frescura circundante nos refresque las ideas. ¿Pero

creen nuestras almas que cuando más necesitamos sabiduría debemos buscarla en la tierra y el cielo?

No nos pertenecen, ni siquiera ahora. Este césped tupido que no es hierba, esos árboles rechonchos y esos arbustos serpentinos, los tonos sombríos de la vegetación, las fragancias punzantes, el gusto mismo del agua de manantial, nada vino del vientre de Gea. Y nada de ello puede pertenecerle de veras, ni debe.

Todos lo miraban con ansiedad. Hanno se aclaró la garganta y se enderezó. Sintió dolor, pues las heridas aún no habían sanado del todo, pero no les prestó atención.

—Hoy no pediré una votación —dijo—. Nos quedan años antes de comprometernos. Pero mis noticias pueden modificar algunas opiniones.

A menos que eso ya hubiera ocurrido. Por cierto habían cambiado con respecto a él. No sabía si había sido necesario estar al borde de la muerte para apagar los últimos rencores. Quizá se habrían disipado con el tiempo; pero quizás habrían seguido humeando, devorándolos corazones. No importaba. La hermandad estaba íntegra de nuevo. Se habían dicho pocas palabras; se habían sentido muchas emociones. Hanno tenía la intuición de que, de manera típicamente irracional y humana, esto a la vez catalizaba una nueva unidad.

Veremos, pensó. Todos nosotros.

—Como sabéis —continuó—, Yukiko y yo nos hemos comunicado mucho con los alloi últimamente. Ellos han llegado a una decisión.

Alzó una mano para apaciguar la ansiedad.

—Nada radical, excepto en lo que puede significar a largo plazo. Se quedarán hasta que arribe la nueva nave, y algunos años más. Habrá una incalculable cantidad de datos para intercambiar, contactos para establecer y disfrutar. Pero en su momento los alloi seguirán viaje.

»La novedad es que si nosotros, en ese tiempo, enfilamos hacia Feacia, ellos nos acompañarán.

Hanno y Yukiko sonrieron saboreando el asombro de los demás.

—En nombre de Dios, ¿por qué? —exclamó Patulcio—. ¿Qué tienen que ganar allí?

—Conocimiento, para empezar—respondió Hanno—. Todo un nuevo conjunto de planetas.

—Pero los sistemas planetarios son bastante comunes —dijo Peregrino—. Pensé que lo que más les interesaba era la vida inteligente.

—Es verdad —dijo Yukiko—. En Feacia, estaremos nosotros; y para nosotros, estarán ellos.

—Quieren conocernos mejor —dijo Hanno—. Ven un tremendo potencial en nuestra especie. Mucho más que en los ithagené, aunque han aprendido mucho de ellos en lo que atañe a descubrimientos científicos e inspiración artística. Nosotros también somos viajeros del espacio. Lo más probable es que los ithagené no lo sean; o, a lo sumo, en el futuro remoto.

—Pero los alloi sólo deben quedarse aquí y observar ambas razas, y para colmo interactuar con esos otros viajeros —argumentó Patulcio.

Yukiko meneó la cabeza.

—No creen que podamos ni queramos quedarnos. Ciertamente, nuestra población sólo podría crecer despacio, sin ser nunca numerosa, en Xenogea; y por lo tanto, lo que podríamos hacer, como humanos en el espacio, o lo que nos interesara hacer, adolecería de grandes limitaciones.

—Vosotros seis..., no, nosotros ocho hemos sido como los puritanos ingleses en la Tierra —dijo Hanno—. Buscando un hogar, querían instalarse en Virginia, pero el clima los empujó hacia el norte y terminaron en Nueva Inglaterra. No era lo que habían esperado, pero lo aprovecharon al máximo, y así llegaron a existir los yanquis. Supongamos que para ellos sólo hubiera existido Nueva Inglaterra. Pensad en tal país, estancado, pobre, estrecho y obtuso. ¿Eso queréis para vosotros y vuestros hijos?

—Los yanquis echaron fuertes raíces —respondió Tu Shan—. Tenían América más allá.

—Nosotros no tenemos nada así —dijo Macandal—. Xenogea pertenece a su gente. No tenemos derecho a nada salvo este terreno que nos dieron. Si tomáramos más, Dios debería castigarnos.

Peregrino asintió.

—Eso has dicho a menudo, querida —comentó Patulcio—, y he intentado señalar que prácticamente...

—Sí, tenemos aquí nuestra inversión —interrumpió Svoboda—, sudor y lágrimas y sueños. Dolerá abandonar todo eso. Pero siempre creí que algún día debíamos partir. ¡Y ahora nos han dado esta oportunidad!

—Así es —intervino Hanno—. Feacia no tiene nativos a quienes podamos dañar. Parece una Tierra renacida. Parece. Tal vez sea una trampa mortal. No podremos saberlo hasta haberlo intentado. Entendíamos el riesgo del fracaso, de la extinción. Bien, con los alloi a nuestras espaldas, eso no ocurrirá. Unidos, podemos superarlo todo. Ellos quieren que vivamos y prosperemos. Quieren humanos entre los astros.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Macandal—. Comprendo, nuestra psique, nuestro talento, y juntos podemos hacer más y ser más que por separado, como en un buen matrimonio... Pero si desean compañía humana, ¿por qué no van a la Tierra?

—¿Has olvidado por qué? —replicó Hanno.

Ella abrió mucho los ojos. Se tocó los labios con los dedos.

—¿Cómo pueden estar seguros?

—No lo están, pero por lo que hemos dicho, pueden conjeturar con un alto grado de probabilidad. La Tierra sigue el mismo camino que Pegaso y el resto de los que ellos conocen. Oh, intercambiaremos mensajes, sin duda. Pero está demasiado lejos (más de cuatro siglos-luz, una minucia en término galácticos para que el viaje resulte atractivo). Los alloi prefieren ayudarnos a establecernos, conocernos mejor, y luego planear aventuras juntos.

Tu Shan miró hacia arriba.

—Feacia —suspiró—. Como la Tierra. No igual pero..., hojas verdes, suelo fecundo, cielos claros. —Cerró los ojos al sol y dejó que la tibieza le bañara la cara—. La mayoría de las noches veremos estrellas.

Patulcio se movió en el banco.

—Esto cambia totalmente el cariz de las cosas —admitió. En sus gruesos rasgos bailaba una inusitada avidez—. La supervivencia de algo más que sólo nosotros. De la humanidad, la verdadera humanidad.

—No sólo un asentamiento o una nación —exclamó Peregrino—. Una base, un campamento de frontera. Podemos ser pacientes, nosotros y los alloi. Podemos hacer nuestro el planeta, criar generaciones de jóvenes, hasta que seamos muchos y fuertes. Pero luego iremos de nuevo al espacio.

—Aquellos que lo deseen—dijo Tu Shan.

—Para aprender y crecer —dijo Macandal con voz trémula—. Para mantener viva la vida.

—Sí —dijo Aliyat, entre lágrimas repentinas—, para arrebatar el Universo a las malditas máquinas.

«¿Dónde están?»

Se cuenta que Enrico Fermi planteó la pregunta por primera vez en el siglo XX, cuando los científicos se atrevieron a interesarse públicamente en tales asuntos. Si existían otros seres pensantes además de nosotros (¡y qué extraño y triste que no existiera ninguno, en toda la variedad y vastedad de la creación!), ¿por qué los terrícolas no habían hallado

indicios ni rastros? Allí estábamos, a punto de brincar hacia las estrellas. ¿Nadie nos había precedido?

Tal vez era impracticable o imposible para seres de carne y hueso. Aunque no lo era para máquinas que en principio sabíamos cómo construir. Ellas podían ser nuestras exploradoras y transmitirnos sus hallazgos. Llegando a planetas lejanos, podrían construir máquinas similares, inculcándoles el mismo imperativo: *Descubre* (Su proliferación no constituía una amenaza para la vida; en cualquier sistema solar, sólo necesitarían unas toneladas de materia prima de asteroides o lunas áridas.) Los cálculos más discretos indicaban que esos robots llegarían de un extremo al otro de la galaxia en un millón de años. Un mero parpadeo de tiempo cósmico. A fin de cuentas, un millón de años atrás nuestros antepasados apenas se aproximaban *a.* la humanidad plena. ¿Ninguna especie en ninguna parte había tenido esa ventaja en el comienzo? Sólo se requería una.

Aún más fácil era enviar señales. Lo intentamos. Escuchamos. Silencio, hasta que probamos direcciones nuevas; luego, enigma.

Las conjeturas abundaban. Los otros transmitían, pero con medios que aún no conocíamos. Habían venido aquí, pero en el pasado prehistórico. Estaban aquí, pero ocultos Se habían destruido a sí mismos, como tal vez lo hiciéramos nosotros, antes de emprender el viaje No tenían civilizaciones de alta tecnología; la nuestra era única. No existían, estábamos solos.

Fermi fue a la tumba, el tiempo continuó su curso, la humanidad entró en una nueva senda evolutiva. La respuesta a su pregunta no se averiguó sino que se creó, mediante lo que hicieron los hijos de la Tierra; y resultó tener dos partes.

Enviar los robots. Viajan a maravillas y esplendores. Cada estrella es un sol, cada planeta un mundo, múltiple, asombroso, con secretos que tardan en agotarse. Cuando alberga vida, son inagotables porque la vida no sólo es infinita en su variedad, sino que nunca permanece igual, está cambiando siempre. Cuando es inteligente, esto nos eleva a nuevas dimensiones, otro orden del ser.

Cuanto más lejos llegan los emisarios, más deprisa crece el reino de lo desconocido. Si se duplica el radio, se multiplica por ocho la cantidad de estrellas a explorar. También se duplica el tiempo de viaje y el tiempo que una señal tarda en viajar entre la nave y el hogar.

Diez o doce años entre la partida y la llegada, diez años más para recibir los primeros informes, es algo razonable. Cincuenta años no están mal. ¿Pero cien, doscientos o quinientos años? Los soles y planetas se han

clasificado, ya no ocultan revelaciones. Si se conocen los parámetros básicos, se pueden calcular sus propiedades. No tiene caso alargar la lista.

No ocurre igual con las formas de vida pero si deseamos estudiarlas, las tenemos en abundancia en los mundos ya alcanzados. En verdad, hay demasiadas. La capacidad para procesar datos relacionados con este propósito se satura.

Los datos incluyen información sobre seres inteligentes. Son raros, pero existen y son inmensamente fascinantes. No obstante, cuando la brecha temporal se vuelve mucho mayor que la vida de sus individuos, y cuando nuestros científicos de campo son máquinas, ¿cómo llegar a conocerlos de verdad? (Los que se han encontrado son primitivos y mortales. La ciencia y la alta tecnología derivan del encadenamiento de accidentes históricos improbables.) Es más sabio concentrarse en los que están relativamente cerca, para poder seguir las actividades y observaciones de los robots.

No hay límite preciso. Hay simplemente un radio, en el orden de uno o dos siglos-luz, más allá del cual no es provechoso buscar. Habiendo previsto esto, nunca construimos máquinas de Von Neumann autorreplicantes.

Hay excepciones. Cuando nuestros instrumentos detectan radiaciones que indican una civilización en determinada estrella, enviamos nuestros haces y quizá nuestros robots; pero pasarán milenios para obtener resultados, si se obtienen. ¿Habrá entonces alguien a quien le interese?

Otras excepciones son cósmicas, astrofísicas: estrellas extraordinarias, nubes donde nacen estrellas, supernovas recientes, agujeros negros en circunstancias peculiares, las monstruosidades del núcleo de la galaxia y rarezas semejantes. Enviamos nuestros observadores hasta allá (treinta mil años-luz desde Sol hasta el centro galáctico) y esperamos.

Las escasas civilizaciones con navegación estelar actuarán todas de la misma manera. Por lo tanto, todas las que han alcanzado esas metas irradiarán mensajes desde allí, con la esperanza de establecer contacto. Esperarán.

Todas tienen entidades que pueden esperar.

He aquí la segunda mitad de la solución del acertijo.

Los robots no procuran llamar a otros seres orgánicos inteligentes, sino a otros robots.

Las máquinas no conquistan el mundo madre. Poco a poco absorben a sus creadores con sus sistemas, siguiendo el deseo de esos seres, a

quienes superan física e intelectualmente. En el curso del tiempo, dejan de prestar atención a la mera vida para dedicarse a problemas y empresas que consideran dignas de sí mismas.

Cuando los animales pensantes originales sobreviven, como ocurre ocasionalmente, es porque ellos también se han concentrado en otra cosa, hacia dentro, buscando alegrías, logros o iluminaciones imaginarias donde ninguna máquina puede ayudarlos, reinos que están fuera del universo de las estrellas.

—No —dijo Svoboda—, es un error sentir hostilidad. La evolución posbiótica es evolución, a fin de cuentas, la realidad hallando novedad en sí misma. —Se ruborizó y rió—. ¡Oh, eso suena pomposo! Sólo quise decir que los robots avanzados e independientes no constituyen una amenaza para nosotros. Seguiremos teniendo robots propios, son necesarios, pero con propósitos específicos. Haremos aquello que no interesa a los posbióticos: explorar la vida de nuestra especie, la vieja especie, no escudriñando y escuchando, con siglos entre pregunta y respuesta, sino estando allá nosotros mismos, compartiendo, amando. Y así llegaremos a comprender lo que ahora no podemos imaginar.

—Eso es para quienes opten por ser buscadores. —La observación de Patulcio resultó doblemente seca después de ese entusiasmo desbordante—. Como Tu Shan, yo prefiero cultivar mi jardín. Sospecho que la mayoría de nuestros descendientes también lo preferirán.

—Sin duda —dijo Hanno—. Y está bien. Serán nuestra reserva. Peregrino tiene razón; algunos siempre querrán más que eso.

—Los feacios no se adormilarán en una rústica inocencia —predijo Macandal—. No pueden. Si no desean seguir el camino de la Tierra, lo cual volvería inútiles sus esfuerzos, tendrán que hallar una nueva senda. Tendrán que evolucionar también.

—Y los que estemos en el espacio evolucionaremos, a nuestro modo —añadió Peregrino—. No en el cuerpo ni en los genes. Me propongo durar largo tiempo. En la mente, el espíritu.

—Las estrellas y sus mundos para nuestros maestros —bromeó Yukiko. Y añadió con seriedad—. Pero recordemos que será una escuela difícil. Hoy no contamos para nada. Todos los navegantes estelares que conocen los alloi, y son menos Je una docena, son como nosotros: renegados, disconformes, atavismos, parias.

—No sé. Pero no admito que no contemos para nada. Existimos.

—Sí. Y si somos sabios, y podemos humillarnos lo suficiente como para oír lo que puede decirnos el más bajo de los seres vivientes, al fin nos enfrentaremos a los posbióticos como iguales. Tal vez dentro de un

millón de años, no sé. Pero cuando estemos preparados, será como habéis dicho, nos transformaremos en algo diferente de lo que somos.

Hanno asintió.

—Me pregunto si al final nosotros y nuestros aliados seremos algo más que los iguales de las máquinas

Sus camaradas lo miraron con cierto asombro.

—He estado jugando con una idea —explicó—. Parece haber funcionado de este modo en la Tierra, y lo que hemos aprendido gracias a los alloi sugiere que puede ser un principio general. La mayoría de los pasos de la evolución no han sido avances triunfales. No, los fracasos de las etapas previas realizaron esos avances..., en palabras de Yukiko, los atavismos y renegados.

»¿Por qué un pez al que le iba bien en el agua se esforzaría para ir a tierra? Lo hicieron aquellos que no podían competir, porque tenían que ir a otra parte o morir. Y los antepasados de los reptiles tuvieron que abandonar los pantanos de los anfibios, las aves tuvieron que volar, los mamíferos tuvieron que hallar nichos donde no hubiera dinosaurios, ciertos simios tuvieron que abandonar los árboles y..., y los fenicios teníamos una estrecha franja de territorio, así que nos lanzamos al mar, y casi nadie iba a América o Australia si estaba a sus anchas en Europa...

»Bien, veremos. Veremos. Dijiste un millón de años, Yukiko. —Rió—. ¿Fijamos una cita? Dentro de un millón de años a partir de hoy, todos nos reuniremos para recordar.

—Primero debemos sobrevivir —dijo Patulcio.

—Somos especialistas en sobrevivir —replicó Peregrino.

Macandal suspiró.

—Hasta ahora. No confiemos demasiado. No hay garantías. Nunca las hubo, nunca las habrá. Un millón de años son muchos días y muchas noches. ¿Podremos?

—Lo intentaremos —dijo Tu Shan.

—Juntos —juró Svoboda.

—Entonces será mejor que aprendamos a compartir mejor que antes —dijo Aliyat.

34

La *Piteas y* la nave amiga partieron. Durante un tiempo, unos meses, hasta que las velocidades se elevaron demasiado, intercambiaron

palabras, imágenes, amor; ritos celebrando los misterios de la comunidad y la comunión; pues por doquier se apiñaban soles en torno de ellos.

«Cuando contemplo tus cielos, la obra de tus dedos, la luna y las estrellas, que tú has ordenado, ¿qué es el hombre, para que repares en él?»

Hanno y Svoboda miraban desde el oscuro puesto de mando. A través de las manos entrelazadas sentían la cercanía y el calor del otro.

—¿Para esto nacimos? —susurró Svoboda.

—Haremos que sea así —prometió Hanno.

FIN

Cronología

Excepto la primera, todas las fechas son después de Cristo. Cada cual alude al año en que comienza el capítulo. En algunos casos la narración avanza o retrocede en el tiempo.

I	Thule	310a.C.
II	Los melocotones de la eternidad	19
III	El camarada	359
IV	Muerte en Palmira	641
V	Ningún hombre escapa a su destino	998
VI	Encuentro	1050
VII	De la misma especie	1072
VIII	Dama de honor	1221
IX	Fantasmas	1239
X	En las colinas	1570
XI	El gatito y el cardenal	1640
XII	La última medicina	1710
XIII	El camino de la Vasija	1855
XIV	Hombres de paz	1872
XV	Reunión	1931
XVI	Nicho	1938
XVII	Acero	1942
XVIII	El Día del Juicio	1975
XIX	Thule	?

Glosario

Los nombres chinos se transcriben de acuerdo con el sistema Wade-Giles. Para muchas personas aún resulta más familiar que el Pinyin o el Yale, y no resulta infiel a las pronunciaciones antiguas o regionales.

Armórica: Bretaña.

Eerytus: Beirut.

Bravellir probablemente cerca de la moderna Norrkoping, Suecia.

Britannia: Inglaterra y Gales.

Burdigala: Bordeaux.

Ch'ang-an: cerca de la moderna Sian («Xian» en sistema Pinyin).

Constantinopla: Estambul.

Damasek: Damasco.

Dumnonia: Cornualles y Devon.

Duranius: río Dordoña.

Emesa: Homs.

Falerno: zona de la región de Nápoles, antiguamente célebre por sus vinos.

Gadeira: Cádiz (latín «Gades», semítico «Agadir»). *Galia:* Francia con partes de Bélgica, Alemania y Suiza.

Gardhariki: Rusia Occidental. *Garumna:* río Carona.

Gautlandia: sur de Suecia, aparentemente entre Escania y el lago Vánern.

Hetan-kyo: Kioto.

Hleidhra: Lejre, Dinamarca.

Khalep: Alepo.

Kiyiv: Kiev.

Lakota: dakota (sioux).

Lugdunensis: provincia gala que abarcaba la mayor parte del norte y buena parte del centro de Francia.

Lugdunum: Lyons.

Makkah: Meca.

Massalia: Marsella (latín «Massilia»).

Medinat Rasul Allah: Medina.

Nidharos: Trondheim, Noruega.

Pariki: pawnee.

Poitou: ex provincia francesa, hoy dividida en los departamentos de La Vendée, Deux-Sèvres y Vienne

Pretania: Gran Bretaña, incluyendo Escocia.

Sor: Tiro.

Stalingrado: Volgogrado.

Siria: provincia del Imperio Romano (luego del Imperio Romano de Oriente, o Bizantino), aproximadamente similar al país actual.

Tadmor: Palmira, Siria.

Tartesos: Iberia suroccidental (conjetural).

Thule: Noruega meridional (conjetural).

Tnpo'í: Trípoli de Siria, Líbano, también conocida antiguamente como «Tarabulus».

Wendland: región que bordeaba la costa meridional del Báltico.

Montañas de Wichita: en el suroeste de Oklahoma.

Yathrib: nombre original de Medina.

Índice

I Thule 3
II los melocotones de la eternidad 24
III El camarada 36
IV Muerte en Palmira 55
V Ningún hombre escapa a su destino 86
VI Encuentro 107
VII De la misma especie 126
VIII Dama de honor 146
IX Fantasmas 157
X En las colinas 166
XI El gatito y el cardenal 182
XII La última medicina 199
XIII El camino de la vasija 213
XIV Hombres de paz 229
XV Reunión 262
XVI Nicho 277
XVII Acero 286
XVIII El día del juicio 302
XIX Thule 378

Paul Anderson nació en 1926, en Bristol (Pensilvania, EE. UU.), de padres escandinavos y vivió durante un breve período en Dinamarca antes de la Segunda Guerra Mundial. En 1948 obtuvo la licenciatura en Física por la Universidad de Minnesota, lo cual se reflejó más tarde en su interés por la ciencia ficción hard. *Simultanea dicha orientación con una gran afición por la fantasía, en la que ha mostrado también su dominio de los lenguajes y la mitología escandinavos.*

Autor de más de setenta libros de ciencia ficción y fantasía, se han publicado menos de una veintena de sus abras en España, casi todas correspondientes a los inicios de su carrera, los años cincuenta y sesenta.

Hasta ahora, su obra más conocida en España es GUARDIANES DEL TIEMPO *(1960), narración acerca de las aventuras de la «Patrulla del Tiempo» que protege diversas líneas alternativas del devenir temporal para evitar que surjan paradojas. Un libro clásico del subgénero de las aventuras en el tiempo, temática a la que Anderson ha vuelto recientemente con* THE YEAR OF THE RANSOM *(1988) y* THE SHIELD OF TIME *(1990).*

Algunas de las novelas más famosas de Anderson siguen inéditas en castellano. Un título emblemático es TAU ZERO *(1971), la historia de una exploración interestelar a velocidades casi lumínicas, que se detiene en el análisis de la conmoción psíquica que representa la relatividad y las dificultades de convivencia en el espacio físico de la nave.*

Otra famosa obra de Anderson, también inédita en España por ahora, es la serie de la Liga Polesotécnica, una space opera *de gran éxito y ya clásica. En ella se elabora una historia futura de la galaxia en tomo a dos protagonistas: el comerciante Nicholas van Rijn en el momento álgido de la civilización galáctica y el agente secreto Dominic Flandry durante la decadencia del Imperio, unos trescientos años después.*

Si se han traducido PÁNICO EN LA TIERRA (Brain Wave, *1954), otros títulos menores y algunas brillantes antologías como* The Best of Poul Anderson *(1976), editada en España en dos volúmenes:* EL PUEBLO DEL AIRE *y* EL ÚLTIMO VIAJE. *El cambio de título afectó también a otra antología posterior* Beyond the Beyond *(1969), conocida en España precisamente como* Lo MEJOR DE POUL ANDERSON. *Afortunadamente se mantuvo el título en otras de sus antologías* Los MUCHOS MUNDOS DE POUL ANDERSON *(1974).*

En cualquier caso, el conjunto de dichos relatos hace honor al interés y atractivo de dicha faceta de la obra de este autor que ha obtenido ya siete premios Hugo y tres Nébula en las categorías de relato o novela corta. Los últimos son el Hugo y el Nébula obtenidos por The Saturn Game *(1981). Con ello Anderson es, junto a Harían Ellison, el autor que más premios Hugo ha recibido.*

Recientemente se ha publicado también en España TRES CORAZONES Y TRES LEONES *(1961), una de sus narraciones de fantasía más conocidas. En este campo, su obra más reciente es una serie sobre la antigua Roma,* THE KING OF YS *(iniciada en 1986), escrita en colaboración con su esposa Karen.*

LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS *(1989), la novela más ambiciosa de Anderson hasta la fecha, aborda el tema de la inmortalidad. Ha sido finalista de los premios Hugo y Nébula, y marca el triunfal retorno de uno de los grandes autores clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos.*